R 50320

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA — CARACAS

HISTORIA DE VENEZUELA

ESCRITA EN 1581 POR FRAY PEDRO DE AGUADO

y publicada, bajo la inspección de la mencionada Academia, por disposición del Gobierno del General Juan Vicente Gómez

○═══○

Esta obra fué copiada del manuscrito original que existe en la Real Academia de la Historia de Madrid, por Rafael Andrés y Alonso, Archivista Paleógrafo, copia que fué dirigida y cotejada por Pedro César Dominici

EDICION OFICIAL

CARACAS
IMPRENTA NACIONAL
1913

SEGUNDA PARTE

de la Historia que compuso Fray Pedro de Aguado de la Orden de San Francisco, de la Observancia, Ministro provincial de la Provincia de Santa Fé, en el Nuevo Reino de Granada. Indias del mar Océano; en la cual se trata el descubrimiento y fundación de la Gobernación y Provincia de Venezuela, con el descubrimiento de la Isla Trinidad y fundación de la ciudad de Cartagena y su Gobernación en Tierra Firme; con el alzamiento y tiranía de Lope de Aguirre, traidor, hasta que fué muerto en la Gobernación de Venezuela por los del campo del Rey. Cuéntase todo el discurso del General Pedro de Orsúa, que fué muerto por este traidor Aguirre, yendo en busca de la tierra que llaman Dorado.

Con licencia y privilegio real de Castilla y de las Indias.

EL REY,

Por cuanto vos Fray Pedro de Aguado, Frayle menor de la Observancia de la Orden de San Francisco, nos habéis hecho relación que habéis compuesto un libro intitulado "El descubrimiento, pacificación y población de las Provincias de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada de las nuestras Indias del mar Océano", dividido en dos partes, obra de mucha curiosidad y que en hacerla habíais pasado mucho trabajo, suplicándonos os mandásemos dar privilegio por algún tiempo para que ninguna persona si no fuéseis vos o quien tuviese vuestro poder no lo pudiesen imprimir ni vender en las nuestras Indias o como la nuestra merced fuere; y habiéndose visto por los de nuestro Consejo de ellas el dicho libro y atento a lo susodicho, lo habemos tenido por bien; por ende, por la presente damos licencia y facultad a vos el dicho Fray Pedro de Aguado para que por tiempo de diez años primeros siguientes que corran y se cuenten desde el día de la data de esta nuestra cédula en adelante, solamente vos o quien vuestro poder hubiere y no otra persona alguna podáis llevar el dicho libro a las dichas nuestras Indias, Islas y Tierra Firme del mar Océano e imprimirle y venderle en ellas, y mandamos que en ello a vos o a quien el dicho vuestro poder hubiere no se os ponga impedimento alguno; y que durante el dicho tiempo de los dichos diez años ninguna persona si no fuéreis vos el dicho Fray Pedro de Aguado y quien tuviera vuestro poder no pueda imprimir ni vender en las dichas nuestras Indias ni en parte alguna de ellas el dicho libro, so pena de

perdimiento de los que imprimieren o vendieren y de las imprentas, moldes y otros aparejos con que los imprimieren, y además de ello cincuenta mil maravedís por cada vez a cada uno que lo contrario hiciere, la mitad para nuestra Cámara y Fisco y la otra mitad para vos el dicho Fray Pedro de Aguado; y mandamos a los nuestros Virreyes, Presidentes y Oidores de las nuestras audiencias reales de las dichas nuestras Indias, Islas y Tierra Firme del mar Océano y a cualesquier nuestros Gobernadores de ellas que guarden y cumplan y hagan guardar y cumplir esta nuestra cédula y lo en élla contenido, y contra su tenor y forma no vayan, ni pasen, ni consientan ir ni pasar en manera alguna y ejecuten y hagan ejecutar la dicha pena en los que contra lo susodicho fueren o pasaren. Fecha en Lisboa a tres de setiembre de mil y quinientos y ochenta y un años.

YO EL REY.

EL REY,

Por cuanto por parte de vos Fray Pedro de Aguado, de la Orden de San Francisco de la Regular Observancia, nos ha sido hecha relación de que vos habías compuesto un libro intitulado "Primera y Segunda Parte del Descubrimiento, Pacificación y Población del Nuevo Reino de Granada de las Indias", el cual era muy útil y provechoso, y atento al trabajo que en hacerle habíais pasado, nos suplicásteis os mandásemos dar licencia para poderlo imprimir y privilegio por tiempo de diez años o como la nuestra merced fuese, lo cual visto por los de nuestro Consejo y como por su mandado se hicieron las diligencias que la pragmática por nos nuevamente hecha sobre la impresión de los libros dispone, y por haceros bien y merced fué acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula para vos en la dicha razón y nos tuvímoslo por bien. Y por la presente os damos licencia y facultad para que por tiempo de diez años primeros siguientes que corran y se cuenten desde el día de la fecha de esta nuestra cédula, vos o la persona que vuestro poder tuviere y no otra persona alguna, podáis imprimir y vender el dicho libro que de suso se hace mención, y por la presente damos licencia y facultad a cualquier impresor de estos nuestros Reinos que vos nombrareis para que por esta vez lo pueda imprimir, con que después de impreso, antes que se venda, lo traigáis al nuestro Consejo juntamente con el original que en él se vió que va rubricado y firmado al cabo de Pedro Zapata del Mármol nuestro Secretario de Cámara de los que en el nuestro Consejo residen, para que se co-

rrija con él y se os tase el precio que por cada volumen hubiereis de haber, y mandamos que durante el dicho tiempo persona ninguna sin vuestra licencia no lo pueda imprimir ni vender so pena que el que lo imprimiere o vendiere haya perdido y pierda todos y cualesquier libros y moldes y aparejos que del tuviere, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que lo contrario hiciere, la cual dicha pena sea la tercia parte para el juez que lo sentenciare y la otra tercia parte para la persona que lo denunciare y la otra tercia parte para nuestra Cámara; y mandamos a los de nuestro Cansejo, presidente y oidores de las nuestras andiencias, alcaldes, alguaciles de la nuestra casa y corte y cancillerías, y a todos los corregidores, asistentes, gobernadores, alcaldes mayores y ordinarios y otros jueces y justicias cualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y señoríos, así a los que ahora son como a los que serán de aquí adelante, que os guarden y cumplan esta nuestra cédula y merced que así os hacemos, y contra el tenor y forma de ella ni de lo en ella contenido no os vayan ni pasen ni consientan ir ni pasar por ninguno, so pena de la nuestra merced y de cien mil maravedís para nuestra Cámara. Fecha en Lisboa a seis días del mes de Julio de mil y quinientos y ochenta y dos años.

YO EL REY.

PROLOGO AL LECTOR

No deben ser olvidados por silencio los hechos y obras tan heróicas de nuestros naturales españoles, en especial aquellos que para honra y gloria de Dios se han hecho y como quiera que por la mayor parte sean los hombres de flaca y frágil memoria, provée nuestro Dios con su grande sabiduría, a mover los corazones de algunos para que escribiendo las tales obras y haciendo libros e historias sean por esta manera reducidos a la memoria, a lo cual con facilidad son movidos por el gusto y contento que de ello reciben por la memoria que de ellos queda en los libros que componen de obras virtuosas y notables hechos pasados; porque, como dice Valerio, no hay humildad en el mundo por grande que sea que no sea tocada de dulzura y contento, y porque la memoria de los hechos y hazañas pasadas es un ejemplo para consultar las verdaderas, tocado algún tanto del dicho dulzor, me puse a recopilar esta segunda parte de mi historia en la cual se tratan y escriben los muchos trabajos, hambres y muertes que nuestros españoles pasaron, en los descubrimientos de parte del nuevo Mundo de Indias, donde no sólo mostraron sus invencibles esfuerzos y fuertes ánimos españoles en hambres, desnudez, naufragios y calamidades que pasaron, más también en guerras y batallas que con inumerables números de gentes tuvieron, siendo con grande pujanza acometidos, con grandes victorias de éllos salieron con el favor de aquel inmenso Dios por cuyo amor deseando la conversión de aquellas

gentes tan bárbara y aumento de nuestra santa fé católica estos trabajos tomaron. trátase del primer descubrimiento de Venezuela y su primer fundación con todo lo en ella sucedido hasta la muerte del traidor Lope de Aguirre que en la ciudad de Barquisimeto fué muerto y desbaratado; asimismo se trata el dercubrimiento de la Isla Trinidad con todo lo en ella sucedido al Capitán Antonio Sedeño y la fundación de la gobernación y ciudad de Cartagena puesta y asentada en la costa del mar oceano en Tierra Firme; con el discurso del Gobernador Pedro de Orsua hasta que fué muerto por Lope de Aguirre y don Hernando de Guzmán en el río Marañón. en el cual discurso se verán grandes crueldades, muertes y robos que éstos hicieron hasta que fueron desbaratados en la Gobernación de Venezuela, a todo lo cual me han movido y convidado las razones y causas que en mi prólogo de la primera parte tengo dadas, donde se podrán ver; y así del tiempo que en aquel trabajo y en éste pasé que a algunos podrá parecer no tan decente a mi estado y profesión como lo fuera si en otras historias más espirituales me ocupara, quedaré excusado si con corazones sinceros y desapasionados se mira, pues ésto lo había de hacer alguno y en ello había mucho descuido, a cuya causa quedara muy presto en oscuridad de olvido y fuera casi imposible haberse la claridad tan verdadera como en este tiempo yo he habido con tanto trabajo cuanto por lo en la misma historia contenido podrá ser visto y conocido.

TABLA DE LO CONTENIDO EN ESTA SEGUNDA PARTE

LIBRO PRIMERO

1. Capítulo I—En el cual se escribe el principio que tuvo la gobernación de Venezuela y cuales los primeros españoles que la principiaron.

2. Capítulo II.—En el cual se escribe el principio que tuvo la ciudad de Coro y cómo la gobernación fué dada a los Bezares por el Emperador.

3. Capítulo III.—Cómo los Bezares enviaron gobernador y gente a la gobernación de Venezuela y de adonde tomó este nombre Venezuela y de la laguna de Maracaibo.

4. Capítulo IV.—Cómo Micer Ambrosio entró con gente en la laguna de Maracaibo y se alojó en la otra banda de la laguna, donde después llamaron el pueblo de Maracaibo.

5. Capítulo V.—En el cual se escribe como los españoles y Micer Ambrosio, su capitán, anduvieron un año descubriendo la laguna de Maracaibo; trátase de la forma de las canoas y sus remos.

6. Capítulo VI.—Cómo Micer Ambrosio se partió con su gente de la laguna por tierra y llegó a las lagunas de Tamalameque, donde prendió al cacique y principal de aquella tierra.

7. Capítulo VII.—Cómo estando los españoles divididos se juntaron mucha cantidad de indios y vinieron a sacar de poder de los españoles a su cacique, y cómo Micer Ambrosio envió a Gascuña a Coro por más gente.

8. Capítulo VIII.—En en el cual se escribe como metiéndose Gascuña por los despoblados y arcabucos de la culata de la laguna pereció de hambre él y todos los demás que con él iban.

9. Capítulo IX.—En el cual se escribe el suceso de los cuatro españoles que se apartaron de Gascuña.

10. Capítulo X.—Cómo prosiguiendo Micer Ambrosio su jornada pasó por el Río del Oro y provincia de Guane y fué a salir a los páramos y tierras donde ahora está poblada la ciudad de Pamplona.

11. Capítulo XI.—En el cual se escribe cómo prosiguiendo Micer Ambrosio su descubrimiendo hacia la laguna fué muerto de ciertas heridas que en una guazabara le dieron indios.

12. Capítulo XII.—Cómo muerto Micer Ambrosio fué electo por capitán Juan de San Martín, y prosiguiendo su jornada fué a dar donde estaba Francisco Martín preso o cautivo de los indios, y tomándolo consigo salieron a la ciudad de Coro.

13. Capítulo XIII.—En el cual se escribe cómo el capitán Venegas que había quedado en el pueblo de Maracaibo, sabido la pérdida del oro de Gascuña, lo fué a buscar llevando consigo a Francisco Martín donde se hubiera de perder; y sin hallarlo se volvió a salir.

LIBRO SEGUNDO

1. Capítulo primero.—Como por muerte de micer Ambrosio proveyeron los Bezares por gobernador de Venezuela a Jorge Espira y por su teniente a Nicolás Fredemán; y de su pasada a Indias.

2. Capítulo II.—En el cual se escribe como llegado a Coro Jorge Espira, luego echó la gente la vía de los Llanos, y él se fue tras de ella para descubrir aquella vía, y cómo el teniente Fredemán se quedó en Coro para ir a Santo Domingo a hacer más gente.

3. Capítulo III.—En el cual se escribe como después de junto Jorge Espira con su gente pasó adelante hasta llegar a la población de Acarigua, donde tuvieron el invierno.

4. Capítulo IV.—En el cual se escribe como Fredemán envió gente la vuelta del cabo de La Vela y éste fue a Santo Domingo a rehacerse de más soldados y caballos, y la prisión que esta gente de Fredemán hicieron de ciertos soldados de Santa María y del capitán Ribera que con ellos iba.

5. Capítulo V.—Cómo pasande el invierno el Gobernador Jorge Espira marchó hasta llegar a las riberas del río Opia, donde tornó a invernar, y como en el camino prendió a Francisco Velasco con su teniente y lo envió a Coro por ciertas palabras que dijo.

6. Capítulo VI.—Cómo el teniente Chaves llegó a cabo de La Vela, y halló allí al teniente Fredemán que había venido de Santo Domingo, y como el capitán Ribera y los demás soldados de Santa Marta fueron sueltos.

7. Capítulo VII.—En el cual se escriben algunas cosas de las que al gobernador Jorge Espira y a sus soldados les suscedió en el invernadero del río Opia y como pasó de allí adelante.

8. Capítulo VIII.—Cómo pasado adelante Jorge Espira con su gente, dieron en una población que por su fortaleza llamaron Salsillas y de cierta noticia que tuvieron de un grande río que presumieron ser el Marañón.

9. Capítulo IX.—En el cual se escribe cierta noticia que una india dió a Jorge Espira de que había españo-

les perdidos cerca de donde estaba él alojado y cómo de aquí nació la opinión de la gente perdida de Ordas y del Dorado.

10. Capítilo X.—Cómo Fredemán partió del cabo de La Vela y se metió la tierra adentro, donde tornó a encontrar con el capitán Ribera y lo prendió a él y a sus soldados y dió la vuelta a la laguna de Maracaibo por diferente camino.

11. Capítulo XI. - En el cual se escribe una guazabara que los indios dieron a los españoles y el suceso de ella y como pasando adelante y pasando por muchas poblaciones y ríos caudalosos, llegaron al río del Papamene.

12. Capítulo XII.—Cómo teniendo Jorge Espira paz con los indios del Papamene pasó el río, y atravesando la tierra de este nombre, fue a dar con guías que de allí tomó a los Choques, de donde envió un caudillo con gente a descubrir lo que delante había.

13. Capítulo XIII.—En el cual se escribe la pelea que los españoles hubieron con los indios del pueblo que habían topado, y cómo retirándose hacia el alojamiento, fueron también acometidos y maltratados de otros indios que en el camino había

14. Capítulo XIV.—En el cual se escribe cómo venida la noche los españoles se retiraron llevando a cuestas sus enfermos, algunos de los cuales dejaron en el camino y llegaron al alojamiento donde Jorge Espira había quedado.

15. Capítulo XV.—En el cual se escribe como después de haber Fredemán pasado la laguna se fue a Coro y envió toda la gente por la tierra alta, la vía de las provincias del Tocuyo con el capitán Diego Martínez y lo que en el camino les sucedió hasta llegar a Carora.

16. Capítulo XVI.—Cómo el capitán Martínez llegó a las provincias del Tocuyo, donde a poco llegó

el general Fredemán y pasó adelante con su gente. Cuéntase todo el discurso de la jornada hasta que llegaron al pueblo que llamaron de la Poca Vergüenza

17. Capítulo XVII.—En el cual se escribe como Jorge Espira se volvió de los Choques y dió la vuelta a Coro y el teniente Fredemán pasó adelante prosiguiendo su jornada, y se apartó del camino por no encontrarse con Jorge Espira.

18. Capítulo XVIII.—Cómo el gobernador Jorge Espira después de haber enviado gente en seguimiento de Fedremán llegó a Coro donde halló el gobierno de la tierra en el doctor Navarro, proveído por la Audiencia de Santo Domingo.

19. Capítulo XIX.—Cómo atravesando ciertas ciénagas el teniente Fredemán con su gente se tornó a arrimar a la sierra y prosiguiendo su jornada llegó al pueblo de Nuestra Señora.

20. Capítulo XX.—Cómo atravesando Nicolás Fredemán desde el pueblo de Nuestra Señora, la cordillera y sierra entró en el Nuevo Reino de Granada.

21. Capítulo XXI.—En el cual se escribe lo que después sucedió a Jorge Espira en Coro, hasta que murió; y el resto del gobierno del doctor Navarro.

LIBRO TERCERO

1. Capítulo primero.—Cómo la Audiencia de Santo Domingo proveyó por gobernador de Venezuela al Obispo Bastidas y a Felipe de Utre, el cual juntó gente y salió en demanda de El Dorado.

2. Capítulo II.—Cómo pasado el invierno Felipe de Utre siguió a Hernán Pérez hasta que por ciertos respectos se apartó de su vía; y por diferente camino, después de haber invernado en el camino, se volvió al pueblo de Nuestra Señora.

3. Capítulo III.—En el cual se escriben los movimientos que en Coro sucedieron y hubo acerca del gobierno de la tierra en el ínterin que Felipe de Utre andaba en la jornada de suso referida.

4. Capítulo IV.—Cómo dejando Felipe de Utre los enfermos en el pueblo de Nuestra Señora, se partió con cuarenta soldados en demanda de El Dorado; cuéntase lo que en el campo le sucedió hasta llegar a cierta población que estaba cerca de la tierra de los Omeguas.

5. Capítulo V. En el cual se escribe cómo siendo guiado Felipe de Utre de cierto principal del pueblo arriba dicho, llegó al principio de la tierra del Dorado donde fué herido él y otro capitán y de allí dió la vuelta al pueblo de Nuestra Señora.

6. Capítulo VI.—En el cual se escribe como Felipe de Utre salió del pueblo de Nuestra Señora en seguimiento de Pedro de Limpias, que con cierta cautela se había apartado, y se encontró con Francisco de Carvajal en las Provincias del Tocuyo.

7. Capítulo VII.—En que se escribe cierta sedición y alboroto que entre Carvajal y Felipe de Utre hubo después de haberse juntado.

8. Capítulo VIII.—Cómo Carvajal cortó las cabezas a Felipe de Utre y a Bartolomé Bezar y a otros.

9. Capítulo IX.—Cómo por el Consejo Real de Indias fué proveído por Gobernador de Venezuela el Licenciado Juan Pérez de Tolosa, el cual viniendo a Venezuela cortó la cabeza a Carvajal y como la Gobernación fué quitada a los Bezares.

10. Capítulo X.—De los principios que tuvo la ciudad del Tocuyo en la Gobernación de Venezuela y de cómo el Gobernador Tolosa envio a Alonso Pérez de Tolosa, su hermano, con gente a descubrir las Sierras Nevadas donde hoy está poblada Mérida del Nuevo Reino.

11. Capítulo XI.—En el cual se escribe el fundamento y principio de la ciudad de Burburata de la Gobernación de Venezuela.

12. Capítulo XII.—Cómo el Capitán Alonzo Pérez de Tolosa, subiendo por el río Apure arriba, fué a dar al valle de Santiago donde ahora está poblada la villa de San Cristóbal del Nuevo Reino y de allí a los llanos de Cúcuta.

13. Capítulo XIII.—Cómo llegado el Capitán Alonzo Pérez de Tolosa a la Laguna y no pudiendo pasar adelante se volvió al Tocuyo con mucho trabajo y como el Gobernador Tolosa murió.

14. Capítulo XIV.—En el cual se escribe el descuido que en Venezuela se ha tenido y tiene en no enseñar la doctrina a los indios; y algunas cosas y propiedades de los llanos y falda de la Cordillera.

15 Capítulo XV.—En que se escribe la fundación. y principio de la Nueva Segovia, por otro nombre llamada Barquisimeto en Venezuela.

16. Capítulo XVI.—En el cual se escribe cierto alzamiento que los negros que andaban en las minas de Barquisimeto hicieron; y como fueron desbaratados.

17. Capítulo XVII.—De cómo fué proveído por Gobernador de Venezuela el Licenciado Villasanda y de su gobierno y muerte y de la fundación y suceso de una villa poblada en el valle de San Pedro.

18. Capítulo XVIII.—En el cual se escribe el principio y fundación de la ciudad de Trujillo de esta Gobernación y algunas cosas de los indios naturales de ella.

19. Capítulo XIX.—En el cual se escribe los mudamientos y traslaciones que en esta ciudad de Trujillo ha tenido hasta este tiempo; y mudanzas del gobierno de la Gobernación.

20. Capítulo XX.—En el cual se escribe en suma lo sucedido en esta Gobernación de Venezuela a Lope de Aguirre, con su fin y muerte.

21. Capítulo XXI.—En el cual se escriben las muertes de los Capitanes Luis de Narváez y García de Paredes; y la disposición de Caracas.

22. Capítulo XXII.—En el cual se escribe el segundo gobierno que en esta Gobernación tuvo el Licenciado Fernández y como en su lugar sucedió Don Pedro Ponce de León, en cuyo tiempo fueron reedificados y poblados los pueblos de Caracas.

LIBRO CUARTO

1. Capítulo primero.—De quién descubrió la isla de La Trinidad y cómo se la proveyeron a Antonio Sedeño por gobernación, y cómo hizo gente en Puerto Rico y se fué a ella con dos navíos y con sesenta hombres.

2. Capítulo II.—De cómo Sedeño saltando en tierra de La Trinidad hizo un palenque o fuerte de maderos y las causas que a ello le movieron y cómo los indios se confederaron con Sedeño.

3. Capítulo III.—Cómo los indios de La Trinidad se alzaron y rebelaron y vinieron diversas veces a dar en el real de los españoles.

4. Capítulo IV.—De una guazabara que dieron los indios a Antonio Sedeño, donde acaeció un notable hecho de una mujer española.

5. Capítulo V.—Cómo Antonio Sedeño viendo su perdición determinó salirse de La Trinidad y pasarse a La Punta o ancón de Uria Paria y así lo puso por obra.

6. Capítulo VI.—Cómo Sedeño hizo un fuerte en tierra de Paria y dejando en él algunos soldados se

fué a Puerto Rico y como los indios de Uria Paria se rebelaron contra los españoles.

7. Capítulo VII.—Cómo el Emperador Don Carlos dió a Don Diego de Ordas una gobernación en el río Marañón y su partida de España hasta llegar al paraje o boca del río Marañón.

8. Capítulo VIII.—Cómo la nave pequeña y la carabela de Ordas se perdieron a la boca del Marañón y lo que acerca de estos españoles perdidos se ha tratado después acá en el Nuevo Reino.

9. Capítulo IX.—Cómo escapando Ordas con su nave capitana de la fortuna del Marañón entró en el Golfo de Paria y se apoderó del fuerte de Antonio Sedeño por mandado de Jerónimo Hortal.

10. Capítulo X.—Cómo Ordas se informó así de los españoles de Sedeño como de los indios de aquella tierra, si había por allí cerca alguna provincia rica y lo que le respondieron y lo que él hizo.

11. Capítulo XII.—De cómo los Silvas, hombres naturales de la Isla de Tenerife siguieron al Comendador Ordas y el fin que hubieron por sus malas obras.

12. Capítulo XI.—Cómo Ordas partió de la Fortaleza de Paria y entró por el río de Uria Paria arriba; y la gran mortandad que sobre su gente vino.

12. Capítulo XIII.—Cómo el Comendador Ordal- llegó con sus naos al pueblo de Paria y echó ns gente en tierra y los indios le dieron de noche una guazabara.

14. Capítulo XIV.—Cómo dejando el Comendador Ordas los enfermos en Paria con Gil González de Avila, se partió con la demás gente y fué al pueblo o provincia de Curao y de la noticia que tuvo de Guayana.

15. Capítulo XV.—Cómo el Comendador Ordas salió con gente de la provincia de Curao y fué navegando el río arriba adonde el propio río es llamado Orinoco.

16. Capítulo XVI.—Cómo el Gobernador Ordas saltó en tierra de Orinoco y tuvo guerra con los indios, los cuales le dieron noticia de la riqueza de aquella tierra, por lo cual determinó dar la vuelta a la mar.

17. Capítulo XVII.—De cómo Ordas con la gente que le quedó dió la vuelta al río abajo y llegó al pueblo y fortaleza de Paria, donde halló los españoles que había dejado.

18. Capítulo XVIII.—Cómo dejando Ordas a Agustín Delgado con gente en la fortaleza de Paria se pasó con sus soldados a Cumaná o Cubagua, donde fué preso por Pedro Ortiz de Matienzo.

19. Capítulo XIX.—Cómo Ordas y Pedro Ortiz de Matienzo fueron a Santo Domingo y de allí a España y en el camino fue muerto Ordas con ponzoña.

20. Capítulo XX.—Cómo teniendo Sedeño noticia de la muerte de Ordas se pasó a Cubagua y de allí a Paria y llevando consigo algunos soldados que en la fortaleza había, se fue a la Isla de La Trinidad; y de la llegada de Alonso de Herrera a la misma Isla de Cubagua y después a Paria.

21. Capítulo XXI.—Cómo Sedeño prendió a Alonso de Herrera y a los demás que con él estaban en Paria y los llevó a la Isla de La Trinidad y cómo la audiencia de Santo Domingo tuvo noticia de éllo y dió provisiones para que le soltasen.

22. Capítulo XXII.—De como Alonso de Aguilar fue a la Isla de La Trinidad y Sedeño no quiso obedecer las provisiones, antes lo quiso prender sobre ello.

23. Capítulo XXIII.—Cómo Alonso de Herrera se soltó y libró de la prisión en que Sedeño lo tenía y se fue en el bergantín a Paria, adonde a la sazón es-

taba Agustín Delgado y lo prendieron con los que hallaron en su compañía.

24. Capítulo XXIV.—Cómo los soldados que estaban en la Isla de La Trinidad con Sedeño se amotinaron y lo prendieron y se fueron con él a Paria, donde Alonso de Herrera lo echó en prisión; y cómo después los propios soldados, amotinándose contra Herrera soltaron a Sedeño y se fueron con él a Cubagua.

25. Capítulo XXV.—En el cual se escribe la venida de ciertos indios caribes de la Isla de La Dominica a la Isla de San Juan de Puerto Rico; y la prisión que en ella hicieron de Cristóbal de Guzmán y de muchos negros esclavos e indios de su Provincia.

26. Capítulo XXVI.—Cómo los vecinos de Puerto Rico hicieron y juntaron gente y nombraron por Capitán de ella a Juan de Yucar y pasaron a La Dominica, donde comenzaron a hacer en los indios castigo de la muerte de Guzmán.

27. Capítulo XXVII.—En que se escribe todo el demás suceso que Juan de Yucar tuvo en La Dominica con los indios; y lo que Luis Martín Gobal hizo en una carabela en que había salido de Puerto Rico.

28. Capítulo XXVIII.—Cómo los indios de La Trinidad, por inducimiento de Sedeño pasaron a Paria y mataron los españoles que allí habían quedado por Heredia y lo que sobre ello pasó.

LIBRO QUINTO

1. Capítulo primero.—Cómo Jerónimo Hortal pidió la Gobernación de Paria en España y se le dió e hizo y juntó gente y se vino con ella derecho a la Fortaleza de Paria, donde estaba Alonso de Herrera.

2. Capítulo II.—Cómo Jerónimo Hortal se pasó a Cubagua a juntar la gente que con el Capitán Alderete había llegado a aquella Isla; y Alonso de Herrera con la gente subió el río arriba y se alojó a invernar y a hacer una barca en la Provincia de Carao.

3. Capítulo III.—En el cual se escribe como algunos principales vinieron de paz al alojamiento de Herrera; y cómo por traición intentaron pegar fuego a los bohíos donde los españoles estaban alojados; y cómo fué descubierto y remediado.

4. Capítulo IV.—Cómo el indio Arvaco juntó gente y se puso en emboscada para con élla librar a sus compañeros y lo que le sucedió y se hizo de los demás indios presos.

5. Capítulo V.—Cómo Alonzo de Herrera y los españoles que con él estaban salieron de la Provincia de Carao y comenzaron su navegación y jornada el río arriba y lo que le sucedió con ciertos caribes que en el camino toparon.

6. Capítulo VI.—Cómo prosiguiendo su viaje el río arriba los españoles y pasando por el pueblo de Cabrito llegaron al pueblo de donde eran los indios que hallaron atados en los árboles; y lo que allí le sucedió hasta pasar adelante.

7. Capítulo VII.—En el cual se escribe cómo prosiguiendo su viaje Herrera y los demás españoles el río arriba con grandes hambres y trabajos, entraron por el río de Meta, padeciendo dobladas miserias.

8. Capítulo VIII.—En el cual se escribe cómo después de haber invernado los españoles en las riberas de Meta, fué muerto Alonzo de Herrera su Capitán en una guazabara que los indios le dieron

9. Capítulo IX.—Cómo tomando Alvaro de Ordas a su cargo el Gobierno de la gente, después de haber hecho un parlamento a los soldados sobre lo que

debían hacer, dieron la vuelta el río abajo hasta llegar a Peratavre.

10. Capítulo X.—En el que se escribe como Alvaro de Ordas y los demás españoles, después de haber pasado gran tormenta en la mar, aportaron a la Isla de Cubagua; y Jerónimo Hortal que estaba en La Trinidad a esta sazón se pasó a Tierra Firme, al puerto de Naver, sabiendo la pérdida de su gente.

LIBRO SEXTO

1. Capítulo primero.—En el cual se escribe cómo Jerónimo Hortal envió a Agustín Delgado con gente a hacer esclavos al pueblo del cacique Guaramental, el cual se convidó y recibió amigablemente a los españoles.

2. Capítulo II.—En el cual se escribe como Agustín Delgado pasó con los españoles y con muchos indios amigos de Guaramental a la población de Arcupón, la cual robó y saqueó y arruinó.

3. Capítulo III.—En el cual se escribe como Antonio Sedeño tuvo en Puerto Rico noticia de Meta; y juntó gente y la envió con el Capitán Batista a Maracapana; y cómo los soldados de Jerónimo Hortal se dieron a robar y hacer esclavos con más libertad que de antes.

4. Capítulo IV.—En el cual se escribe como el Capitán Batista se entró a invernar la tierra adentro, donde desarmó e hizo cierto agravio a varios soldados de Jerónimo Ortal; después en venganza de esto desarmó la gente que con el Capitán Vega llegó a Maracapana.

5. Capítulo V.—En el cual se escribe cómo Jerónimo Hortal con la gente que tenía y alguna que le llegó de la del Capitán Vega, fué a dar sobre el Capitán Batista y lo prendió y desbarató y se vengó de la injuria que le había hecho.

6. Capítulo VI.—Cómo Jerónimo Hortal despidiendo al Capitán Batista y a los que eran de su opinión, se metió con los que lo quisieron seguir la tierra adentro en demanda de Meta; y como fué muerto Agustín Delgado de un flechazo.

7. Capítulo VII.—Cómo los españoles que con Jerónimo Hortal iban se amotinaron por inducimiento de Escalante; y lo descompusieron del cargo de Gobernador y lo enviaron a la costa; y nombraron ciertos Diputados que los gobernasen.

8. Capítulo VIII.—Cómo los españoles de Jerónimo Hortal, siendo gobernados por sólo dos Diputados en quienes habían resumido el Gobierno, fueron a salir al Tocuyo y tierra de Venezuela.

9. Capítulo IX.—En el cual se escribe como los de Venezuela quitaron la gente a Nieto y al Derete; y los enviaron presos a Coro.

10. Capítulo X.—Cómo Jerónimo Hortal, pasando por mucha gente de guerra, llegó a la costa donde fué seguido de la gente de Sedeño y escapándose de sus manos se embarcó en una canoa o piragua y se fué a Cubagua y de allí a Santo Domingo donde murió.

LIBRO SÉPTIMO

1. Capítulo primero.—Cómo Antonio Sedeño pasó a Maracapana y con la gente que allí halló se metió en la tierra adentro; y como el Licenciado Frías, Juez proveído contra él en Santo Domingo, fué en su seguimiento con gente y Sedeño los prendió y desbarató.

2. Capítulo II.—En el cual se escriben algunas costumbres y ceremonias de los indios naturales de Cumaná y Cubagua y de otras provincias a éstas sufragáneas.

3. Capítulo III.—Cómo Antonio Sedeño prosiguiendo su jornada marchó la tierra adentro y murió;

y en su lugar fueron nombrados por los soldados Reinoso y Losada para el gobierno de la gente.

4. Capítulo IV.—En el cual se escribe como la Audiencia de Santo Domingo, teniendo noticia de lo que Sedeño hizo con el Licenciado Frías, proveyó al Licenciado Castañeda que lo siguiese y prendiese; y lo que este Licenciado Castañeda hizo en la jornada. Cuéntanse algunas costumbres de ciertos indios por do el capitán Reinoso pasó.

5. Capítulo V.—En el cual se escribe como yendo Reinoso en seguimiento de su jornada, se le amotinó la mayor parte de la gente de suerte que vino a pelear con ella y los venció.

6. Capítulo VI.—En el cual se escribe lo demás que le sucedió a Reinoso con los soldados hasta volverse a El Tocuyo, tierra de Venezuela.

LIBRO OCTAVO

1. Capítulo primero.—De cómo fué dada a Don Pedro de Heredia por gobernación desde el rio grande de la Magdalena hasta el río Darién; y la venida de Don Pedro de Heredia a esta gobernación.

2. Capítulo II.—De la fundación de Cartagena y de cómo Pedro de Heredia fué a Turvaco, pueblo de indios, donde fué muerto antes Juan de la Cosa. Cuéntase la muerte de este Juan de la Cosa.

3. Capítulo III.—Cómo el Gobernador Pedro de Heredia juntó ciento y cincuenta hombres y se metió a descubrir la tierra adentro y llegó al primer Cenu.

4. Capítulo IV.—En que se escribe los diferentes Cenus que hay; y cual es el principal, y las sepulturas que en este Fincenus se sacaron y su manera y el disparate y muerte del Capitán Ojeda y de sus soldados.

5. Capítulo V.—De cómo el Gobernador Heredia y sus soldados salieron del Fincenu en demanda del Pancenu; y de lo que en el camino les sucedió hasta que volvieron a Cartagena.

6. Capítulo VI.—Cómo el Gobernador Pedro de Heredia envió a Alonso de Heredia, su hermano, a descubrir el Pancenu; y cómo el propio Gobernador salió después tras él por cierta ocasión y como fué poblada Uraba por el capitán Alonso de Heredia.

7. Capítulo VII.—De cómo en Cartagena quisieron matar al Gobernador Heredia y como el Gobernador Barrionuevo envió a Julián Gutiérrez a poblar en Uraba y como el Gobernador Heredia fue con gente a echarlo de la tierra.

8. Capítulo VIII.—De cómo el Gobernador Heredia con solos veinte y cinco hombres, peleó con Julián Gutiérrez y lo venció y prendió y lo echó de la tierra; y él se volvió a Cartagena.

9. Capítulo IX.—Cómo fué proveído el Licenciado Vadillo en Santo Domingo por Juez de residencia contra el Gobernador Heredia y lo prendió; y estando preso se huyó y se fué a España y cómo ciertos españoles con el capitán César salían de Uraba en demanda del Cenufama.

10. Capítulo X.—En el cual se escribe la guazabara que los indios del Cenufama dieron a los españoles; y como después de haber llegado a la noticia en cuya demanda iban se volvieron a Uraba.

11. Capítulo XI.—Cómo estando el capitán Francisco César con gente a pique para salir a descubrir desde Uraba, tuvo noticia el Licenciado Vadillo que le iban a tomar residencia y tomando en sí a todos los soldados que estaban juntos, se metió la tierra adentro y fue a salir a Cali, gobernación de Popayán.

LIBRO NONO

1. Capítulo primero.—Cómo el general Pedro de Orsúa después de la poblazón de Pamplona, fue proveído para que volviese a pacificar a Muso y después de haber juntado los soldados que pudo, entró por tierra de Saboya y la pacificó.

2. Capítulo II.—Cómo el general Orsúa se metió por la población de Muso y se alojó en ella a pesar de los moradores y de una prolija guazabara que le dieron en el valle de Pauna.

3. Capítulo III.—Cómo el general Pedro de Orsúa evitó cierta traición que los indios musos le ordenaron y como pobló la ciudad de Tudela de Navarra.

4. Capítulo IV.—Cómo el General salió con algunos españoles de la tierra de los musos a dar cuenta de lo que había hecho a la Real Audiencia; y como los oidores le mandaron que volviese a entrar a acabar de pacificar la tierra de los musos.

5. Capítulo V.—Cómo el general Orsúa se tornó a salir de Muso y con su salida se despobló el pueblo y ciudad de Tudela; escríbese cómo después fue poblada esta tierra y permanece el pueblo que en ella se pobló.

6. Capítulo VI.—En el cual se escribe cómo el general Orsúa fue proveído por los oidores que fuese a pacificar la tierra de Santa Marta y lo que sobre el hacer esta jornada le sucedió.

7. Capítulo VII.—Cómo Lidueña se salió de Guachaca al cabo de La Vela forzado de los españoles que con él estaban, y el general Orsúa se subió al reino donde siendo perseguido de Montaño se pasó a Popayán y de allí a Panamá.

8. Capítulo VIII.—En el cual se escribe cierto alboroto que en Panamá hubo al tiempo que Pedro de Orsúa llegó allí.

9. Capítulo IX.—Cómo le fue encargada a Pedro de Orsúa la guerra y pacificación de cierta chusma de negros rebelados y de cómo Orsúa envió a Fuentes, español, con ciertos soldados a castigar un robo que los negros habían hecho en el camino que va de Nombre de Dios a Panamá.

10. Capítulo X.—En el cual se escribe como el capitán Fuentes y los españoles desbarataron a los demás negros que sobre ellos vinieron y prendieron algunos, con los cuales se vinieron a Nombre de Dios y allí fueron aperreados.

11. Capítulo XI.—Cómo el general Pedro de Orsúa salió de Nombre de Dios con sesenta españoles; y después de alojado junto a la mar envió al capitán Fuentes con cincuenta españoles a reconocer la tierra; y lo que sobre esta salida de Fuentes sucedió con los negros.

12. Capítulo XII.—Cómo Orsúa envió por municiones a Nombre de Dios, y él se acercó al alojamiento de los negros e hizo paces y amistades con su rey y lo que sobre el prender y desbaratar los negros acordó hacer.

13. Capítulo XIII.—En el cual se escribe como por industria cautelosa de Orsúa, fueron muertos y desbaratados los negros y preso su rey Bayamo con la mayor parte que vivos quedaron.

LIBRO DÉCIMO

1. Capítulo primero.—Cómo pasó al Perú Pedro de Orsúa, año de mil y quinientos y cincuenta y ocho.

2. Capítulo II.—Que trata de algunas opiniones que hubo en Perú sobre la jornada que el marqués dió a Pedro de Orsúa

3. Capítulo III.—De cómo se comenzaron a hacer los bergantines, y como Pedro de Orsúa nombró por

su teniente a Pedro Ramiro, capitán de los Motilones.

4. Capítulo IV.—De cómo Orsúa se volvió al astillero con su gente; y lo que le acaeció en un pueblo llamado Moyobamba.

5. Capítulo V.—De lo que pasó sobre la muerte de Pedro Ramiro y los demás.

6. Capítulo VI.—Que trata lo que pasó sobre la prisión y muerte de los que mataron a Pedro Ramiro.

7. Capítulo VII.—De la sospecha que en Perú se tenía de Pedro de Orsúa; y de lo que le avisó un amigo suyo y el pronóstico que sobre su jornada hubo.

8. Capítulo VIII.—Cómo el Gobernador ordenó que Don Juan de Vargas fuese con treinta hombres delante y mandó que García de Arce se adelantase con otros treinta y lo que le acació a García de Arce.

9. Capítulo IX.—Cómo se partió Don Juan de Vargas con los sesenta hombres a Cocama y lo que le sucedió.

10. Capítulo X.—Cómo salió Pedro de Orsúa de Los Motilones y se despobló el pueblo de Santa Cruz y echaron los barcos en el río y como la gente se quiso amotinar y huír del astillero y él los aplacó.

11. Capítulo XI.—En el cual se trata de la partida de Pedro de Orsúa del astillero; y de lo que le sucedió en el río hasta los Bracamoros.

12. Capítulo XII.—En el cual se trata de cómo partió el Gobernador de los Bracamoros y llegó a Catomán; y de que cómo se partió de Catomán y del nacimiento de Cacomán y de lo que le sucedió hasta llegar a otro río que dijeron ser de la Canela.

13. Capítulo XIII.—Cómo llegó la armada a la isla de García de Arce y de la propiedad de la gente de ella y de lo demás que en ella sucedió.

14. Capítulo XIV.—Cómo envió el Gobernador a descubrir; y de cierto motín de Montoya y cómo fueron castigados los culpados y de las opiniones de la provincia.

15. Capítulo XV.—Cómo pasada la provincia de Carari dieron en un despoblado y la necesidad que en ella se pasó; y de cómo llegaron a Mochofur y de lo que acaeció a la entrada.

16. Capítulo XVI.—Que trata cómo el Gobernador envió a descubrir y de otras cosas que sucedieron en Machefaro.

17. Capítulo XVII.—Que trata de lo que el Gobernador pasó con algunos soldados sobre que decían que se volviesen a Perú y de cómo los amotinados persuadían a muchos que estuviesen mal con el Gobernador; y las causas que para ello les daban.

18. Capítulo XVIII.—Que trata de cómo concertaron de matar al Gobernador; y los pareceres que sobre ello hubo; y como engañaron a Don Hernando a que fuese su General y nombró los que fuesen en ello.

19. Capítulo XIX.—Que trata de cómo mataron al Gobernador y su teniente en Machifaro habiendo enviado a descubrir gente y tierra.

20. Capítulo XX.—Que trata de lo que toda la noche hicieron después de haber muerto al Gobernador y a su teniente.

21. Capítulo XXI.—Que trata de la persona de Pedro de Orsúa y de algunas propiedades nobles de su persona y de otras cosas que le levantaron.

22. Capítulo XXII.—De lo que los amotinados hicieron después que amaneció y hubieron muerto a su Gobernador Pedro de Orsúa y a su alguacil mayor Don Juan de Vargas.

23. Capítulo XXIII.—Que trata de la junta que hicieron los amotinados para determinar lo que habían de hacer; y lo que sobre ello pasó.

24. Capítulo XXIV.—De cómo los amotinadores pasaron del pueblo donde mataron al Gobernador y a otro que estaba una jornada más abajo; y el hambre que en él se pasó.

25. Capítulo XXV.—De cómo los amotinadores se conformaron con el parecer de Lope de Aguirre; y como Aguirre mató ciertos soldados.

26. Capítulo XXVI.—De cómo hizo Don Hernando teniente general a Juan Alonso; y quitó el cargo de Maese de Campo a Lope de Aguirre por aplacarlo.

27. Capítulo XXVII.—De cómo Lope de Aguirre publicó que Juan Alonso quería matar a Don Hernando; y el Don Hernando sobido esto, dió orden como se matase Juan Alonso; y de como lo mataron.

28. Capítulo XXVIII.—De cómo los indios por cierto agravio que les hicieron se alzaron y mataron ciertos españoles.

29. Capítulo XXIX.—Que trata de cierto parlamento que Don Hernando hizo a los soldados por inducimiento de Lope de Aguirre; y de como le tornaron a nombrar por general y se declararon los que no le querían seguir ni ser contra el rey.

30. Capítulo XXX.—Que trata de cómo juraron los soldados y Don Hernando la guerra que habían de hacer a los del Perú.

31. Capítulo XXXI.—Que trata cómo Lope de Aguirre hizo príncipe a Don Hernando y lo tuvieron todos por tal.

32. Capítulo XXXII.—Que trata de cómo Don Hernando puso casa de príncipe y nombró oficiales y señaló salarios en Perú y otros cargos que dió y conducta de ellos.

33. Capítulo XXXIII.—Que trata de la orden que los traidores habían tratado y dado para tomar el Perú y de las mercedes que ellos mismos a sí mismos prometían.

34. Capítulo XXXIV.—Que trata cómo partió la armada del pueblo de Los Bergantines y fue navegando por la mano izquierda; y la causa por qué llegaron a otros pueblos y de lo que en ellos sucedió.

35. Capítulo XXXV.—Que trata de cómo la armada llegó a otro pueblo muy grande, y de la manera del pueblo y condición de los indios y cómo se determinaron a aderezar en él los amotinados los bergantines.

36. Capítulo XXXVI.—Que trata de cómo se juntaron los amotinados a consultar sobre buscar El Dorado y determinaron de hacerlo y matar a Lope de Aguirre porque no lo estorbase, y de cómo por parecer de Montoya no lo mataron.

37. Capítulo XXXVII.—Que trata de cómo Aguirre dividió toda la gente del campo en compañías de a cuarenta soldados, y la causa y de cómo quiso matar a Gonzalo Duarte, y de otras cosas que sobre ellos sucedieron.

38. Capítulo XXXVIII.—Que trata de cómo Aguirre mató a Lorenzo Salduendo y a Doña Inés; y la causa por qué.

39. Capítulo XXXIX.—De cómo Don Hernando y Lope de Aguirre riñeron sobre la muerte de Salduendo y después se confederaron, y cómo Aguirre tuvo aviso de los de la junta como lo querían matar.

40. Capítulo XL.—Que trata de la muerte de Don Hernando y de un clérigo y de otros capitanes que mató juntos Aguirre.

41. Capítulo XLI.—Que trata de cómo Aguirre juntó la gente y les habló sobre la muerte de Don Hernando; y cómo hizo otros oficiales en lugar de los muertos.

42. Capítulo XLII.—Que trata de cómo Aguirre se partió del pueblo de donde mató a Don Hernando; y cómo caminó por mano izquierda del río y cómo

llegaron al pueblo donde hicieron la jarcia y lo que allí sucedió.

43. Capítulo XLIII.—Que trata de cómo se hizo la jarcia y velas de los bergantines en el cual tiempo mató el traidor cuatro hombres; y la causa por qué.

44. Capítulo XLIV.—Que trata de cómo partió la armada del pueblo de la jarcia; y cómo navegando mató el traidor al Comendador y llegaron a unos bohíos fuertes; y la manera de la gente de ellos.

45. Capítulo XLV.—Que trata cómo navegó la armada y se vió engolfada entre unas islas y no sabiendo por donde navegar, llegaron a una Isla donde dejaron el servicio ladino que trajeron de Perú; y mató el traidor dos españoles.

46. Capítulo XLVI.—En que se trata el tamaño del río Marañón y de su disposición.

47. Capítulo XLVII.—De cómo Aguirre salió a la mar y llegó a la Margarita; y de lo que le sucedió hasta saltar en tierra; y de cómo fingió ir perdido del Marañón; y de los soldados que mató y mandó matar cuando saltó en tierra; y de cómo envió algunos amigos suyos por comida a las estancias y al pueblo.

48. Capítulo XLVIII.—Que trata de lo que sospecharon los vecinos de la Margarita cuando vieron los bergantines; y de cómo enviaron así por mar como por tierra a saber que gente era; y la vino el Gobernador de ellos a ver.

49. Capítulo XLIX.—Que trata de cómo el Gobernador de la Margarita fue a ver a Aguirre y de lo que con él pasó y cómo lo prendió y se vino al pueblo.

50. Capítulo L.—Que trata de cómo los amotinados entraron en la Margarita y se apoderaron en él y en las casas y haciendas de los vecinos; y de todo lo que aquel día hicieron.

51. Capítulo LI.—Que trata de cómo algunos soldados que había en la Margarita se pasaron a Aguirre,

y de algunos avisos que le dieron, y de cómo Aguirre envió por el navío del Fraile Montesinos.

52. Capítulo LII.—De cómo Aguirre mandó a los vecinos de la Margarita que le hiciesen matalotaje y del parlamento que les hizo.

53. Capítulo LIII.—De cómo se le huyeron cuatro soldados en la Margarita a Aguirre; y lo que hizo sobre ello; y como le trajeron los dos de ellos y los ahorcó sin confesión y mandó matar un Fraile.

54. LIV.—De cómo Aguirre decía a sus soldados las justicias que había de hacer y las gentes que había de matar.

55. Capítulo LV.—En que se escriben algunas crueldades y muertes que hizo Lope de Aguirre en la Margarita.

56. Capítulo LVI.—De cómo Aguirre sospechaba que le habían muerto a sus soldados; y de las amenazas que sobre ello hacía y de cómo le vinieron nuevas de que el navío venía; y del suceso de Monguía; y de lo que hizo hacer acerca de ello.

57. Capítulo LVII.—Cómo mató Aguirre a Don Juan, Gobernador de la Margarita y a otros con él; y la causa por qué.

58. Capítulo LVIII.—Cómo Aguirre mostró los muertos a sus soldados y les hizo un parlamento y tornó a prender los vecinos y se fue a la Punta de las Piedras y dejó a Martín Pérez en la Fortaleza con los presos.

59. Capítulo LIX.—Cómo los de Burburata dieron aviso a su Gobernador de la llegada de Aguirre a la Margarita, el cual asimismo lo dió a los del Reino de Granada.

60. Capítulo LX.—Cómo Lope de Aguirre volvió al pueblo y mató a Martín Pérez, su Maese de Campo y la causa por qué; y cómo tornó a soltar a los vecinos.

61. Capítulo LXI.—De lo que hizo un Llamoso con el cuerpo muerto de Martín Pérez, Maese de Campo.

62. Capítulo LXII.—De cómo el navío del provincial surgió en el puerto de la Margarita; y una carta que le escribió Aguirre con la suma de lo que el provincial le respondió; y la muerte de dos soldados.

63. Capítulo LXIII.—Del alboroto y miedo que hubo en el Reino con la nueva de la venida de Aguirre; y de las personas que fueron señaladas para irle a resistir; y la orden que llevaron de los señores de la Audiencia.

64. Capítulo LXIV.—De los daños que hizo Lope de Aguirre en la Isla de la Margarita; y como mandó hacer navíos para irse de allí.

65. Capítulo LXV.—De cómo Aguirre hizo bendecir las banderas y de algunos avisos que dió a sus soldados.

66. Capítulo LXVI.—Que trata de cómo Alonso de Villena, queriéndose huir porque Aguirre lo quería matar, echó cierta fama para que después no le castigase; y de ciertos españoles y una mujer y un fraile que por su causa mató.

67. Capítulo LXVII.—Que trata de un fraile religioso de la Orden del Señor Santo Domingo, que mandó matar Aguirre; y la causa por qué.

68. Capítulo LXVIII.—Que trata de un hombre y una mujer que mató Aguirre y de otras cosas que hizo poco antes que se partiese.

69. Capítulo LXIX.—De cómo Fajardo vino a la Margarita, y de su temor encerró Aguirre su gente en la Fortaleza y de allí la embarcó en el navío y a un clérigo, y mató a su Almirante.

70. Capítulo LXX.—Que trata de cómo Aguirre navegó y se determinó de ir a la Burburata, y de

cómo llegó a élla y de lo que en el camino decía y hacía contra Dios.

71. Capítulo LXXI.—Que trata de cómo el Gobernador de Venezuela fue avisado de la llegada de Aguirre a Burburata, y de lo que sobre ello hizo y envió a llamar al Capitán Bravo y al Capitán Diego García de Paredes y de otras cosas que acerca de esto se hicieron.

72. Capítulo LXXII.—Que trata de cómo llegó Lope de Aguirre a la Burburata y de las cosas que allí hizo.

73. Capítulo LXXIII.—Que trata del pregón que dió Lope de Aguirre en la Burburata contra Su Majestad, apregonando guerra a fuego y sangre.

74. Capítulo LXXIV.—De cómo envió Aguirre a pedir caballos a Valencia; y cómo ahorcó al mercader y a un soldado.

75. Capítulo LXXV.—Que trata de cómo dos soldados se le huyeron a Lope de Aguirre, y lo que sobre ellos pasó.

76. Capítulo LXXVI.—De algunos alborotos que hubo en el campo de Aguirre.

77. Capítulo LXXVII.—De la ida que hizo Lope de Aguirre y su gente a la Nueva Valencia, y la enfermedad que allí tuvo.

78. Capítulo LXXVIII.—De cómo Don Julián trajo a Lope de Aguirre los dos soldados por quien tenía a su mujer y suegra en rehenes.

79. Capítulo LXXIX.—De un aviso que dió el Alcalde Chaves a Lope de Aguirre, y de tres soldados que mató en la Valencia.

80. Capítulo LXXX.—De lo que sucedió a Aguirre en el camino de Barquisimeto.

81. Capítulo LXXXI.—De cómo llegó Aguirre al valle de las damas y cómo intentó matar mucha gente de la que traía, por sospecha que de éllos tenía.

82. Capítulo LXXXII. -De lo qué Lope de Aguirre envió a decir a los del campo del Rey.

83. Capítulo LXXXIII. De cómo Lope de Aguirre llegó con su campo a la ciudad de Barquisimeto.

84. Capítulo LXXXIV.—Que trata de la plática que Aguirre hizo a su gente sobre los perdones que se hallaron del Gobernador Pablo Collado, y de una escaramuza que de entrambos campos hubo.

85. Capítulo LXXXV.—De una carta que Lope de Aguirre envió al Gobernador Pablo Collado, y de un esclavo que se huyó del campo del Rey al del traidor.

86. Capítulo LXXXVI.—Que trata de dos soldados de Aguirre que se pasaron al campo del Rey y de algún servicio que le fué tornado a Aguirre.

87. Capítulo LXXXVII.—De la escaramuza que tuvo Aguirre con los del Rey, y cómo se pasó Diego Tirado, Capitán de Caballos de Aguirre, al campo del Rey.

88. Capítulo LXXXVIII.—Que trata cómo visto Aguirre que sus soldados no herían a los del Rey, propuso de dar la vuelta a la mar.

89. Capítulo LXXXIX.—De cómo se pasaron todos los soldados de Aguirre al campo del Rey y le dejaron sólo con un soldado llamado Antón Llamoso.

90. Capítulo XC.—De cómo Aguirre mató a su hija y fué muerto por el maese de campo del Rey.

91. Capítulo XCI.—Que trata la vida y suerte y linaje de Lope de Aguirre.

LIBRO PRIMERO

N el libro primero se cuenta y da noticia del principio y origen que los españoles tuvieron en la gobernación de Venezuela, y cual fue la primera ciudad de españoles que en ella hubo, y quien la fundó, y de qué suerte; y cómo los Bezares hubieron aquella gobernación del Emperador, y quien fue el primer gobernador que a ella enviaron y cómo este su primer gobernador se puso a hacer nuevos descubrimientos, y la mala fortuna que en ellos hubo, y de cómo fué muerto en la jornada o descubrimiento que hizo a las provincias donde está poblada Pamplona. Trátase asimismo de la laguna de Maracaibo y gentes que en ella habitan y de un pueblo de españoles que allí quedó fundado. Dícese en él la pérdida de un capitán Gascuña con sesenta mil pesos y de un español que escapando de los de Gascuña vivió entre indios cierto tiempo, hasta que salió de entre ellos.

CAPÍTULO PRIMERO

En el cual se escribe el principio que tuvo la gobernación de Venezuela y cuales fueron los primeros españoles que la principiaron

Del descubrimiento y primera población de la gobernación de Venezuela no he hallado la claridad que quisiera y era justo para que la relación y noticia que de esta gobernación escribo, fuera entera y más a gusto de los lectores, porque entiendo que a nuestros sucesores e historiadores que en los siglos venideros nos sucedieren, no dejará de serles disgustoso este defecto; mas, podrán creer que no es culpa de mi parte, porque

ciertamente he puesto la diligencia a mi posible para saberlo muy de raiz, y sólo he hallado que en el año de mil y cuatrocientos y noventa y ocho, en el tercer viaje que Don Cristóbal Colón hizo a las Indias cuando embocando por las bocas del Drago que entre la Isla de Trinidad y Tierra Frme se hacen, vino a dar a Cumaná y a la isla Cubagua donde halló las pesquerías de las perlas, y costeando toda aquella costa hacia el poniente, descubrió hasta el cabo de La Vela, donde así mismo había pesquería de perlas; en esta navegación y descubrimiento entró toda la costa de Venezuela, que es desde el puerto y provincia de Caracas hasta la laguna de Maracaibo. Después de esta primera vista no he hallado que otros españoles entrasen en esta tierra de Venezuela con armada ni sin ella, *hasta que después del año de mil y quinientos y veinte y cinco que fueron dados por esclavos los indios* y había en la isla española muchos vecinos que hacían armadas y pasaban a las demás islas y a la costa de tierra firme a hacer cabalgadas y entradas en las poblazones de los indios y prender los que podían y hacerlos esclavos, que este era su principal trato y contrato. Entre estos mercaderes o tratantes era un Juan de Amprés factor del rey en aquella isla, el cual en este tiempo hizo cierta gente para pasar adelante con su manera de trato; dícese de este Juan de Amprés que habiendo salido de Santo Domingo a hacer esclavos que aportó al golfo y costa de Venezuela, a donde dicen el cabo de San Román, y se metió en un ancón que por causa de este promontorio o punta hace allí la mar, en el cual estando surto y habiendo saltado en tierra, tuvo noticia que en aquella tierra o provincia estaba un señor o principal de nación caquetio, que por la mayor parte suelen ser gente de muy buena distinción e inclinación y amigos de españoles; este principal sujetaba y mandaba toda aquella provincia y era muy poderoso y por este respecto muy temido, y aun tributado de todos sus circunvecinos con lo cual fácilmente les había hecho creer que él era el autor

y hacedor de muchas cosas que la tierra y elementos naturalmente producen por la ordenación divina, como son las lluvias, granizos, truenos y relámpagos y heladas y secas; y como del caer estas cosas a sus tiempos dependen los buenos temporales y fructificación de la tierra y el tener sustento las gentes, aquellos naturales temían con muy amedrentados ánimos el poder de este principal, y así cuasi lo tenían por Dios, acatándolo y reverenciándolo con extremo grado y procurando estar todos sujetos a su voluntad, en tanto grado que cuando había de ir fuera de su casa o pueblo a algunas recreaciones o pasatiempos, o a guerras, era llevado por los más principales de sus sujetos cargado en los hombres en un género de lecho que comunmente llamán hamaca, sin que ninguna distancia del camino poca ni en mucha cantidad la caminase a pie ni en ningún género de jumentos, porque en esta tierra no los había en aquel tiempo, aunque ahora, como adelante se verá, es muy abundante de todo género de ganados. Juan de Amprés sabida la grandeza de este señor procuró tener comercio y trato con él, entendiendo que de su amistad, le redundaría mucho bien y provecho a él y a sus compañeros, y así tuvo modos y maneras cómo este principal le viniese a visitar y a ver, porque aunque estaba en su tierra y era tan poderoso como se ha dicho, y el Juan de Amprés de menos gente y posible, quiso usar del término que siempre nuestros españoles han usado en las conquistas y descubrimientos, dando a entender a los naturales por muy poderosos y pujantes que sean, no tenerlos ni estimarlos en nada, para por esta vía ser más estimados de ellos, y así fue visitado de este principal, el cual hizo esta visita con tanto ornato cuanto pudo, para que los españoles conociesen y viesen por aquello ser mucho su poder y haber; trajo algunas cosas de presente así de comidas como de oro y mantas, lo cual recibió Juan de Amprés y en remuneración de ello le dió algunas cosas y rescates de España que, aunque por los in-

dios y principal fueron tenidos en mucho por ser muy nuevas a ellos, soy cierto que nunca llegaron al precio y valor de lo que le presentó este principal, porque me certificaron que pasaron de ocho mil pesos de oro fino sin las demás cosillas de mantas y comidas y otros juguetes que los indios suelen presentar. Allí se hablaron y comunicaron por sus intérpretes y trataron de paces y amistades, la cual siempre hasta el día de hoy conservó este principal y sus sugetos, y aunque en diversas veces les han dado ocasión de quebrarla y aun han pasado por las demás tribulaciones de ser saqueados y robados de soldados y algunos de ellos hechos esclavos, pero con todo esto siempre han conservado la primera paz. Determinó de hacer allí ranchería y asiento y de no dejar desierto aquel sitio de españoles, pareciéndole seguro puerto para hacer sus entradas en aquella tierra firme y pasar más prósperamente adelante con sus grangerías; y así hasta hoy no se despobló porque allí o cerca de allí está poblada la ciudad que dicen de Coro, que fue la primera que en aquella Gobernación se pobló. Este es el origen o principio que tuvo la Gobernación de Venezuela el cual así como en alguna manera fué infeliz haciendo esclavos los naturales, así el suceso de ella nunca ha sido muy feliz porque con estar en ella pobladas seis ciudades que son Coro, Burburata, La Valencia, Barquisimeto, El Tocuyo, Trujillo y otros dos pueblos que ahora nuevamente se han poblado en la Provincia de Caracas, no son bastantes los quintos que el Rey allí tiene para pagar los oficiales que administran y gobiernan aquella tierra espiritual y temporalmente; y así cumple Su Majestad los salarios que al Obispo y Gobernador da y a los demás, de la renta que tiene en el cabo de La Vela o río de La Hacha, que es donde sacan las perlas. Y por lo que aquí he apuntado, en suma se irá viendo por el discurso de la presente historia, pasaremos adelante con los negocios de nuestra Gobernación de Venezuela.

CAPÍTULO SEGUNDO

En el cual se escribe el principio que tuvo la ciudad de Coro, y cómo la gobernación fué dada a los Bezares por Emperador

Con el asiento que Juan de Amprés hizo en Venezuela y algunos ricos rescates y contratos que con los naturales tuvo, se divulgó luego fama por todas las Indias y lugares poblados en aquel tiempo de españoles, de la prosperidad de la tierra, a la cual acudieron gentes de todas partes, unos a conquistar y vivir por la soldadesca y otros a hacer esclavos, los que tenían licencia para ello, y otros a rescatar y contratar con los naturales, por lo cual en breve tiempo se reformó la ranchería y alojamiento que allí había tomado el factor Juan de Amprés, en tal manera que ya parecía más República o ciudad que ranchería y así le dieron desde ha poco tiempo título de ciudad y por ser aquella tierra llamada Coro, fue asimismo la ciudad llamada Coro, sin tener más fundación ni origen del que hemos dicho. Aunque luego que le dió la denominación de ciudad el que gobernaba la gente que allí residía, que era el Juan de Amprés, nombró sus Alcaldes y Regidores que gobernasen y rigiesen aquella República, en la cual manera de gobierno se sustentó algún tiempo, que fue lo que pudo tardar la nueva de la prosperidad de aquella tierra en llegar a España a tiempo que el Emperador y Rey Don Carlos era llegado de Alemania, donde había estado algunos días procurando mitigar y apagar las perniciosas centellas y aún abrazadoras llamas que Lutero el año atrás de veintiuno derramaba y sembraba entre aquellas gentes, y su venida fue a dar asiento de todo punto en las cosas del Gobierno de los españoles, los cuales habían estado fuera de la tranquilidad y asiento que aquel Reino suele tener por causa de las comunidades y alteraciones que el mismo año de veintiuno se habían engendrado entre ellos por las opresiones

y molestias que ciertos Gobernadores extranjeros que el Emperador había dejado les hacían. En todo lo cual y en la diligencia que el Almirante Don Fadrique Enríquez y el Condestable Don Iñigo de Velasco, después de haber rompido y desbaratado el ejército de los comuneros, pusieron en echar y ahuyentar a los franceses que aprovechándose de la ocasión y tiempo de ver ocupados a los españoles en las civiles guerras que entre sí tenían, se habían entrado por el Reino de Navarra y apoderádose de la mayor parte de él, se había regostado mucha más suma de dineros de la que las rentas del Emperador podían suplir y no obstante estos gastos referidos, sustentaba al presente, aunque ausente, la guerra y defensa del estado de Milán, donde en competencia del Rey de Francia tenía su ejército y campo, sustentándolo con superbas expensas y gastos que semejantes milicias traen consigo; aunque esta guerra le sucedió prósperamente al Emperador porque en ella su ejército desbarató al francés y prendió al Rey Francisco de Francia y fue traído a España por Don Carlos de Lanoy, el año de veintiséis, no fue esta victoria bastante para recuperar y soldar los gastos y daños pasados; y así el Emperador se hallaba a esta sazón con necesidad de ser socorrido y favorecido de dineros, aun en el cual tiempo era famosa la compañía o gran compañía que decían de los Bezares por las grandes contrataciones de mercaderías que en muchas partes del mundo tenían; los cuales oyendo la fama de la prosperidad y riquezas de esta Provincia de Coro o Venezuela que Juan de Amprés había descubierto, y sintiendo la necesidad en que el Emperador estaba, ofreciéndose a servirle con cierta cantidad de dineros porque les diese la conquista y pacificación de esta Provincia y les hiciese señores del primer pueblo que poblasen con doce leguas de término a la redonda, y que pudiesen enviar Gobernadores ellos de su propia autoridad, los cuales fuesen recibidos como si por el Rey

fuesen enviados y nombrados. El Emperador les concedió por remediar alguna cosa su necesidad y falta de dineros, la Gobernación con las condiciones que le pidieron los Bezares y con que para la pacificación y población de ella no trajesen otra nación de gente, salvo españoles, y con que el oro y plata y otras cosas que de ella sacasen fuesen llevadas a España y otras muchas condiciones y posturas que acerca de la jurisdicción y quintos reales el Rey les puso, de lo cual les fueron luego libradas y dadas cédulas y provisiones reales para que usando de ellas y de su jurisdicción pudiesen enviar a quien quisiesen por su Gobernador; además de esto, el Emperador, teniendo atención a lo que Juan de Amprés había gastado y trabajado en descubrir aquella tierra y sustentar aquella ranchería y a lo mucho que en ella le había servido y al interés que de ello al Rey se le había seguido, le hizo merced de darle una Isla que hoy es llamada de Curazao, en la cual había poblazón de naturales y al presente los hay, y por el derecho de este Juan de Amprés la posée Bejarano, vecino de Santo Domingo, y tiene de ella muy buen aprovechamiento de ganados de todas suertes que allí cría y otras granjerías a que los indios le ayudan. Está esta Isla junto a esta Provincia y ciudad de Coro, obra de tres leguas de ella, que tienen un brazo de mar que la divide de la Tierra Firme, es casi redonda, tendrá en contorno obra de cuatro leguas, los naturales que en ella residen por la mayor parte son ladinos, que es tanto como decir españolados en la lengua, no tienen allí Juez que los tenga en justicia porque según los pocos agravios que los unos a los otros se hacen, no lo han menester. Algunas veces suele estar en ella un sacerdote que administra los sacramentos a estos indios, a quien envía y paga su salario el que tiene aquel señorío, y cuando hay entre ellos alguna cosa que averiguar, que como he dicho son bien pocos o ningunos, este sacerdote los concierta y averigua.

CAPITULO TERCERO

Como los Bezares enviaron Gobernador y gente a la Gobernación de Venezuela y de donde tomó este nombre de Venezuela y la laguna de Maracaibo.

Luego en el mismo tiempo y año que el Emperador dió esta Gobernación a los Bezares, ellos comenzaron a hacer nuevos gastos y espensas y juntar gente y soldados para la poblazón de esta Provincia, para el cual efecto aderezaron cuatro navíos de todo lo necesario a semejante navegación, pertrechándolos y proveyéndolos de muchos géneros de armas de las que en las guerras comunes se suelen usar; metieron en ellos trescientos hombres que en la Andalucía hicieron, y navegando el río de Sevilla abajo, llamado Guadalquivir, entraron con próspero viento en el mar océano, de la cual armada y gente estos Bezares nombraron por Capitán y su primer Gobernador de Venezuela o Coro a un caballero de su propia nación, alemán, llamado Micer Ambrosio Delfín, y porque parece confusión que sin dar más claridad, a esta Provincia la hayamos nombrado unas veces Coro y otras Venezuela, será bien cumplir con esta duda para ahora y para adelante, porque nadie se halle perplejo acerca de ello. Junto a esta Provincia y población de Coro está un lago que así de las aguas que de las Provincias de Pamplona y Mérida, ciudades pobladas en el Nuevo Reino y de otras partes a éstas circunvecinas, corren y se desaguan, como por la entrada que la mar tiene en este lago, a causa de ser el sitio del más bajo, se ha hecho allí en tanta distancia que se halla por cosa cierta tener noventa leguas de circuito o bojación. Este lago a partes es houdable en tanta manera que pueden navegar en él naos de cualquier grandor, y por otras es muy terrero y de poca hondura. Toda la mayor parte de esta laguna está poblada de muchos naturales que habitan y viven así en el agua como en tierra; las casas de los que tienen sus habitaciones en este lago son

en esta manera que mediante la industria de que la naturaleza les proveyó como a las demás gentes, tuvieron tal arte y modo que hincando en el propio lago ciertos maderos o palos gruesos por su orden y cubierto, encima de ellos fabrican sus casas y moradas, en tal forma que habitan en ellas sin que el agua del lago ni la del cielo les dañe ni sea muy perjudicial; y para el servicio y provisión de lo que de la tierra han menester, usan de aquel género de bateles o esquifes que tan general es las Indias, llamados canoas. Este lago ni es todo dulce ni es todo salado; cuando el viento se ensoberbece corre en él el mismo género de tormenta que en la mar; y mengua y crece aunque no generalmente más que en las partes más cercanas a la mar; es redondo, algo prolongado hacia la culata, que es por donde entran los ríos y aguas que bajan de Pamplona. Otros quieren decir que es esquinada o triangulada casi a manera de un paño de tocar, pero lo más cierto es lo primero; tiene la boca algo angosta por espacio de dos leguas, y algunos la hacen de dos bocas, la una mayor que la otra; tiene peligrosa entrada: piérdense en ellas y hanse perdido algunos navíos por respecto de cierto ancón que de una parte y otra hace la mar, en el cual ancón o ensenada, por respecto de ser la tierra baja, cuando van navegando entendiendo que navegan seguramente, no sienten su perdición hasta hallarse encallados los navíos; y así, los que son diestros en esta navegación se apartan todo lo que pueden de esta laguna y de su tierra. Entrando, pues, españoles en este lago, hallaron esta nueva manera de habitación y poblazón de gentes que, como he dicho, habitaban en el agua; y viendo la mucha similitud que esta gente en su habitación tenía a la de Venecia, ciudad poblada en los lagos y lagunas, del mar Adriático, cuyos principios fueron casi tan flacos como los que en este lago se hallaron, porque con la gran destrucción y ruina que en tiempo del Emperador Valentiniano hizo en Italia el tirano Atila, que fué año de cuatrocientos y cincuenta y cuatro, cier-

tas gentes de una Provincia llamada Venecia, amedrentados de los estragos y crueldades de este tirano, se retiraron de la tierra firme y se pasaron a unos pequeños isleos que en las lagunas dichas hacía la mar, en los cuales estuvieron recogidos y fortificados hasta que pasó la persecución y tiranía de Atila; y viendo estas gentes la mucha seguridad y fortificación del sitio que allí tenían, nunca se mudaron ni quisieron ir de aquel lugar; antes, desde en adelante, lo procuraron amplificar y tomar en sí cierta orden de gobierno que ahora les dura y conserva y atraído en la prosperidad y sublime fama que al presente tiene, y como el número de los moradores iba creciendo, les era forzozo fundar y hacer sus casas en la propia agua, y así la mayor parte de esta insigne ciudad está poblada en el agua, y por ella con sus artificios y maravillosos ingenios andan y se tratan y comunican con mucha facilidad y sin ningún detrimento; y pareciéndoles, como he dicho, a los españoles, que por habitar estos indios de este lago en el agua de la forma que he contado, eran en alguna manera semejantes a los moradores de Venecia, pusieron por nombre a la provincia, Venezuela; y de esta suerte se oscureció desde en adelante de tener la Provincia nombre de Coro y quedarse con él solamente la ciudad; y así hasta este nuestro tiempo conmunmente aquella Gobernación se ha llamado y llama la Provincia y Gobernación de Venezuela. Y también es de saber que este lago por quien nos hemos alargado a contar lo que de suso se ha dicho, no tomó ni tiene la nombradía de la Provincia de Venezuela, que de él o por él fué nombrada así, más es llamada la laguna de Maracaibo. Laguna, como es notorio, es vocablo usado entre españoles, que significa congregación o ayuntamiento de aguas. Maracaibo era nombre propio de un señor muy poderoso que en este lago residía o vivía, que señoreaba y mandaba la mayor parte de las gentes que en ella habitaban, cuyo nombre era tan célebre entre aquellos naturales, que en viendo o entrando donde ellos estaban espa-

ñoles luego les nombraban Maracaibo o señalaban o daban a entender por señales su gran poder y grandeza; y de aquí le quedó entre los españoles el nombre y sobrenombre de la laguna de Maracaibo. Parecerle ha al lector que he salido un poco fuera del discurso de este Capítulo, y a mi parecer, no he sino cumplido con una parte de lo que adelante me queda por decir tocante a esta laguna, pues para dar razón y claridad de donde tomaron nombres la Provincia de Venezuela y la laguna de Maracaibo, ha sido menester la narración que he hecho.

Salido el Gobernador Micer Ambrosio del fin del río de Sevilla y entrado en la mar Océano, como al principio de este Capítulo dije, con sus navíos y gente navegó prósperamente por su derrota, y sin sucederle cosa notable adversa ni próspera, llegó en breve tiempo al puerto y surgidero de Coro, donde halló a Juan de Amprés y a la demás gente de su república, los cuales viendo la pujanza de gente que consigo llevaba Micer Ambrosio y las provisiones y cédulas que el Emperador les había dado a los Bezares para que fuesen Gobernadores de aquella Provincia, lo admitieron y obedecieron y metieron en posesión de ella.

CAPÍTULO CUARTO

Cómo Micer Ambrosio entró con gente en la laguna de Maracaibo y se alojó de la otra banda de la laguna donde después llamaron al pueblo de Maracaibo

Como al principio que el factor Juan de Amprés entró en esta Provincia de Venezuela e hizo asiento en ella según se ha dicho, se divulgó y extendió la fama por todas partes así de la riqueza y prosperidad de esta tierra como de los muchos y domésticos naturales que en ella había, y en aquella sazón ninguna persona tenía consignada la defensa y amparo de los naturales, y por otra parte estaba introducida aquella costumbre que en aquel tiempo había de hacer los indios

esclavos, que fué principal destrucción y desolación y ruina de muchas provincias que muy pobladas y abundantes de naturales en aquella sazón había junto a la mar del norte, y las que no despoblaron quedaron los naturales de ellas tan amaestrados en las cosas de la guerra y defensa suya y con un tan arraigado odio y enemistad contra los españoles, que se entiende que permitieran morir todos antes que serles sujetos ni tributarios a causa de los excesivos e intolerables daños que en sus personas, hijos y mujeres y haciendas recibieron, la cual enemistad y entrañable aborrecimiento que de tan antiguo tiempo estos indios tienen fijado en sus entrañas lo podemos ver con presente experiencia en aquellas provincias de Caracas y toda aquella costa hasta la isla Trinidad, donde tanta cantidad de españoles han sido miserablemente muertos en venganza de los daños que sus antecesores en aquella costa hicieron; la cual nueva de prosperidad y riqueza hizo que muchas personas que vivían de este trato de hacer esclavos, acudiesen a esta Provincia con su cierta manera y desorden que ellos en ello tenían, de tal suerte que en el poco tiempo que hubo desde que Juan de Amprés la descubrió hasta que el Gobernador Micer Ambrosio vino a ella, que como he dicho, fué el año de veinte y seis, se dieron tan priesa a hacer esclavos o despoblar aquesta tierra que casi en esta sazón que Micer Ambrosio llegó se hallaban muy pocos naturales cerca de Coro que les pudiesen dar a los españoles el sustento que habían menester, y así le fué forzoso a Micer Ambrosio dar luego orden como salir con su gente de este pueblo de Coro a buscar y descubrir tierras y provincias donde pudiese poblar y sustentarse. A esta sazón tuvo Micer Ambrosio noticia muy cierta de las muchas riquezas y grandes poblazones de indios que en la laguna de Maracaibo había, por lo cual fué movido a tomar esta derrota y demanda antes que otra ninguna, y aprestando luego las cosas necesarias a la navegación y conquista de la laguna, haciendo aderezar un navío de los que consigo había

traído y dos bergantines que en toda brevedad allí hizo, los cuales luego encaminó por mar que entrasen con alguna gente por la boca de la laguna, y él con toda la demás se partió por tierra dejando en Coro alguna gente que había caído enferma y otros soldados y vecinos para el sustento de aquel pueblo. Puesto en camino Micer Ambrosio, los soldados que con él iban entendieron que lo que trabajasen había de ser para gente extranjera y que la peor parte había de ser y era para ellos; jamás pretendían poblar ni hacer ningún beneficio en los pueblos y naturales que topaban, mas, todo lo procuraban destruir y arruinar a fin de que aquellos señores extranjeros ni gozacen de lo que el Rey les había dado ni de lo que les había costado sus dineros ni menos de lo que ellos descubriesen; y así por doquiera que esta gente anduvo y pasó, hasta hoy queda el rastro. Caminó Micer Ambrosio con su gente derecho a la laguna de Maracaibo, y luego pasó toda la gente de la otra parte de la laguna, que es hacia el cabo de La Vela, porque Coro está de esta otra parte de la laguna la costa arriba, más hacia el Oriente, y el cabo de La Vela de la otra parte la costa abajo hacia el Occidente, y allí hizo luego una manera de alojamiento que comunmente llaman ranchería, donde se alojó él y su campo para de allí dar mejor orden en lo que se había de hacer tocante al descubrimiento y pacificación de aquella laguna y sus provincias. Y porque consigo llevaba mujeres casadas y criaturas y otros géneros de carruajes que en semejantes jornadas causan estorbo y embarazo, con lo cual siguió la disciplina de los demás pobladores de Indias, que cuando así van a poblar alguna Provincia, lo primero que hacen en entrando en la tierra que van a descubrir o poblar buscan un sitio que esté más en comedio, abastecido de agua y leña y tal que la gente que en él dejaren se pueda defender de los naturales que les quisieren ofender; en el cual hacen luego su alojamiento o ranchería, haciendo ciertas maneras de casas en que habitar el tiempo que allí

estuvieren, que son unos bohíos pequeños hechos de varas delgadas y paja. Y hecho el alojamiento y ranchería donde puedan dejar el carruaje o fardaje y las otras cosas que le son estorbo para el caminar y pelear, luego desde allí da orden el capitán en enviar sus caudillos y descubrir y pacificar, dejando siempre fortificado el alojamiento y ranchería con guarnición de soldados, cual conviene conforme a la calidad de la tierra y gente de ella; pues en esta forma y por estos respectos, hizo Micer Ambrosio su ranchería de aquella parte de la laguna conjunta al agua, para de allí hacer sus salidas y entradas y descubrimientos que por el agua y por tierra fuesen menester, con intento de en habiendo visto todo lo que en aquel ancho lago había y en la tierra que lo cercaba, si fuese cosa tal cual él deseaba y por noticia le habían dado, poblar un pueblo más, o más, conforme a la disposición y poblazón de la tierra y del agua, y gozar de aquella merced que el Rey había hecho a los Bezares que por Gobernador le habían enviado. Esta ranchería o alojamiento que hizo Micer Ambrosio permaneció después por algunos años en forma de pueblo y fué sustentado y habitado por algunas gentes españolas y llamado el pueblo de Maracaibo, y al presente se tiene noticia en aquella Provincia de Venezuela, que en este sitio hay grandes árboles de granadas y parras de España, y otros muchos géneros de arboledas fructíferas de las Indias que los españoles que allí residieron habían plantado y cultivado, con que tenían particular recreación; por lo cual y por la mucha abundancia de caza de conejos, curíes, venados y otros géneros de montería que por allí cerca había y la mucha abundancia de pescados y otras cosas que de la laguna tenían, viven hoy en aquesta Gobernación algunas personas con gran deseo de volver a reedificar la poblazón y a vivir en ella. Y para promover los ánimos y voluntades de otros, añaden otras muchas buenas propiedades a este sitio o poblazón y a las provincias a él comarcanas, que por no tenerlas por ciertas ni verdaderas no

las digo. El Gobernador Don Pedro Ponce de León dió la población y pacificación de esta laguna y de la tierra que de la parte del cabo de La Vela hay, a un Alonso Pacheco, vecino de Trujillo, de la propia Gobernación, el cual hizo barcos y gente para entrarla a poblar. Y dije que le dió la poblazón de la otra banda de la laguna, porque hacia la parte donde está poblado Coro, están comarcanos o conjuntos a la misma laguna los pueblos o ciudades de Mérida, que es de la Provincia del Reino, y Trujillo, que como he dicho es de Venezuela, y los moradores de estas dos ciudades tienen sujetos y ocupados los naturales que hacia esta parte donde ellos están tiene esta laguna poblados así en la tierra como en el agua y les sirven y son sufragáneos y feudatarios, de todo lo cual más por extenso trataremos en su lugar, de la fundación y origen de cada una de estas dos ciudades.

CAPÍTULO QUINTO

En el cual se escribe como los españoles y Micer Ambrosio, su Capitán, anduvieron un año descubriendo y conquistando la laguna de Maracaibo; trátase de la forma de las canoas y sus remos

Dado el asiento que fué necesario y conveniente Micer Ambrosio en su alojamiento, o ranchería, luego comenzó a proseguir por agua y por tierra su nuevo descubrimiento de la laguna de Maracaibo y sus contornos, trayendo algunas veces la gente dividida por la laguna y por tierra y otras veces toda junta por el agua en dos bergantines y una canoa, que según figuran su grandeza, es cosa de notar; y para que mejor se pueda comprender esto que por cosa notable quiero decir, es de saber que según en otras partes de esta historia por la mayor parte he apuntado, todos los indios de las Indias usan de cierto género de nave pequeña de un madero que los latinos llaman *monoxilum*, para navegar por los ríos y lagunas, y éstas son llamadas por los españoles canoas y son de un solo palo o madero cavado, a manera de una artera o dor-

najo, excepto que se le da o hace en el palo toda la concavidad o hueco, que se puede hacer, de suerte que el casco quede fornido para sufrir la navegación, y vase engostando de popa y proa como un navío, para ser mejor gobernada; y en éstas navegan los indios bogando o remando, partidos en dos partes, unos a la proa y otros a la popa, partiéndose por su orden tantos a un lado como al otro, y todo el tiempo que van remando van los remeros en pie, porque ni el espacio y hueco o grandor de la canoa da más lugar; ni entiendo que pudiese sufrir otro género de remos de los que para este efecto los indios han usado e inventado de su antiguo origen, los cuales son poco menos que del grandor del hombre o indio que lo ha de llevar. Lo que de este remo entra debajo del agua es una pala puntiaguda poco más ancha que dos manos, muy delgada por los lados y por medio más fornida con una manera do lomo, y todo lo que de allí para arriba, que es lo que cae fuera del agua, es redondo y tan grueso cuanto puede ser empuñado del que lo ha de mandar; a la cual manera de remos los españoles comunmente llaman canaletes, que debió de ser el nombre que los primeros españoles pusieron, como en otras cosas se ha visto por experiencia; pero los indios en cada provincia los llaman diferentemente unos de otros. De esta forma que he dicho que son las canoas, tenía una Micer Ambrosio, hecha de un solo madero o árbol, sin añadidura ni compostura alguna, más de lo que en el propio palo se pudo cavar y labrar, en la cual cabían o traía Micer Ambrosio cuarenta hombres de armada con seis caballos, y algunos afirman que más; pero esto basta y es cosa que se puede tener por extraña y no vista hasta ahora, que en el hueco de un solo árbol, en la forma que éste estaba labrado, navegase tanta gente y caballos. Porque aunque en las primeras conquistas y descubrimientos de ríos caudalosos y lagos o lagunas, que en muchas partes de las Indias han sido andadas y descubiertas por españoles se ha hallado grandísimo nú-

mero de canoas de todas suertes, nunca jamás en sus principios ni después mediante la industria de los españoles se ha hallado ni hecho canoa que sola sufra a llevar seguramente dos caballos y muy poca gente, ni que con muchas partes llegase al grandor de ésta. Los indios de la laguna no temieron mucho esta entrada de Micer Ambrosio, así por ser ellos en sí gente muy atrevida y belicosa en el agua, como porque antes de esta entrada de Micer Ambrosio había por infortunio entrado en esta laguna un navío de españoles en que iba el Obispo de Santa Marta, Don Juan de Calatayud, a quien los indios desbarataron y se cebaron en sangre de españoles. De este Obispo se cuenta que luego que entró en esta laguna, los indios, viendo cosa tan nueva y nunca por ellos vista, se venían a los españoles casi simplemente, y algunos españoles que ya conocían el movimiento que los indios suelen tener y la vuelta que dan, procuraban aprovecharse de ellos en tanto que aquella sinceridad les duraba; por lo cual el Obispo reprendía asperamente a los españoles y les decía: «Dejadlos, no les hagais mal, que son ovejitas de Dios»; procurando por todas vías que no recibieran ningún desabrimiento de los españoles. Donde a poco tiempo los propios indios volvieron la hoja y vinieron con mano armada a dar las gracias al Obispo por el beneficio que les había hecho y comenzaron a disparar en los españoles la flechería que traían y a herirlos y maltratarlos, y entre los que al principio hirieron los indios fué al Obispo; el cual, viéndose de aquella suerte comenzó a animar a los españoles con muy grandes voces, diciendo: «A ellos, hermanos, a ellos, que estos no son ovejas de Dios sino lobos de Satanás»; mas con todo eso mataron allí los indios a todos los más españoles y quedaron también impuestos, que después no les pareció cosa nueva la entrada de Micer Ambrosio; antes entendiendo que todos habían de morir y quedar en su poder, se les mostraban amigos y después intentaban sus acometimientos muy a su salvo contra los españoles; en los cuales unas veces salían

descalabrados y otras veces descalabraban; y aunque las más victorias quedaban y quedaron por nuestros españoles, no dejaron de hacerles harto daño con la flechería de que estos indios usan, que es casi toda la más de dientes de pescados de diversas suertes. Micer Ambrosio con los españoles aunque a los principios les pareció mucha gente y canoas que se les llegaban a dar guazabara, no por eso dejaron de proseguir su descubrimiento como lo llevaban comenzado. Advierto de una cosa porque no me tengan por descuidado, y es que el vocablo que poco ha dije o nombre de guazabara, generalmente se usa de él en las Indias y se toma por cualquier recuentro que haya así por tierra como por el agua entre españoles e indios y entre indios y españoles, ora cometan los unos ora los otros, lo que no es en los recuentros que se han habido contra tiranos y españoles y negros que en estas partes se han alzado, y así doquiera que este término o vocablo yo usare, el lector entenderá que es recuentro, acometimiento o batalla o rompimiento entre españoles e indios. En poco más tiempo de un año vió este Gobernador con su gente toda la mayor parte de esta laguna de Maracaibo, navegándola y entrando en muchos ancones y lagos y esteros donde los indios tenían algunas poblazones fortificadas y escondidas y había y hallóse algún oro entre los naturales; más no era en tanta cantidad como los españoles y su Gobernador quisieran; por lo cual, aunque había cantidad de naturales, acordaron de no hacer allí más parada sino pasar adelante con su campo y gente, porque aunque estos descubridores llevaban a los que mostraban voluntad de poblar donde hubiese muchos naturales, su principal intento era buscar mucho oro y no darse mucho por poblar; y así dieron la vuelta a recogerse a su ranchería o alojamiento, trayendo consigo todos los indios que pudieron haber para enviarlos por esclavos a Coro y sacar de ellos algún dinero para reformación de algunas cosas que habían

menester para proseguir su jornada y especialmente de gente o soldados, porque así en guazabaras y de heridas y flechazos de indios como de enfermedades que comunmente los primeros días suelen dar a los que pasan a Indias, se le había muerto mucha gente a Micer Ambrosio de la que consigo había llevado; y también esta laguna y las tierras que la cercan no son sanas sino bien enfermas y de muy mala propiedad y costelación porque en nuestros tiempos han abajado de Mérida, ciudad del Nuevo Reino, algunos caudillos con gentes a descubrir puertos a esta laguna y a procurar otros aprovechamientos, y por poco que en ella o en sus riberas y territorios se han entretenido y vueltos a su pueblo, todos han caído enfermos de recias calenturas y algunos se han muerto, y los que han escapado por mucho tiempo, no se les quitaba del rostro una color casi amarillo que ponía admiración a los que los veían, y por esto entiendo que con la gente que los indios mataron e hirieron a Micer Ambrosio que no dejarían de caer enfermos y morir otros muchos de ciciones y llagas y otras enfermedades que en este lago y las tierras a él comarcanas, que por la mayor parte son montuosas, que solemos decir arcabucosas, por los malos vapores que en todo ello se engendran, pudieron los españoles adquirir y con ello la muerte.

CAPÍTULO SEXTO

Cómo Micer Ambrosio se partió con su gente a la laguna por tierra y llegó a las lagunas de Tamalameque, donde prendió el cacique y principal de aquella tierra

Vuelto Micer Ambrosio con sus bergantines o barcos y canoas a su alojamiento o ranchería de Maracaibo, dió luego orden en lo que se debía hacer para con brevedad proseguir su descubrimiento y llevar adelante sus designios antes que por algún infortunio de los que la fortuna suele oponer fuese frustrado de ellos, envió luego con toda presteza

los esclavos o indios que de la laguna sacó y de lo procedido de ellos le trajeron de rescate algunas cosas de las que envió a pedir, y algunos españoles para la reformación de su compañía y para ir menos impedido y no llevar consigo ningún género de estorbos, acordó dejar en aquel alojamiento o ranchería de Maracaibo todos los hombres casados con sus mujeres y los enfermos y otros que por diversos casos eran muy impedidos para el uso de semejantes guerras, que entonces y aún ahora por rebozo llamamos jornadas o descubrimientes, y dejándoles un sustituto o teniente suyo que los tuviese en justicia con otros algunos soldados sanos para que pudiesen los enfermos ser proveídos de la comida que hubiesen menester, se partió con todo el restante de la gente, atravesando cierta serranía o cordillera que casi cerca aquella laguna por aquella parte que ahora decimos la cordillera del Valle de Upar por estar a la otra vertiente que corre de Río Grande de la Magdalena, un pueblo de españoles con un valle dicho de este nombre. Este Río Grande de la Magdalena es el río por do se descubrió el Nuevo Reino de Granada y por donde hoy suben los españoles y provisiones de España a aquel Reino, según en otra parte se ha dicho. Atravesada esta cordillera Micer Ambrosio, pasando por entre diversas poblaciones y gentes fue a dar a las lagunas que hoy se dicen de Tamalameque, por llamarse el señor o principal que sujetaba los naturales que por allí había de este nombre, Tamalameque, y está en esta provincia poblado, ribera del Río Grande, un pueblo de españoles que se llama de este mismo nombre, la ciudad de Tamalameque, que es sufraganeo a la Gobernación de Santa Marta. Estas lagunas, o laguna de Tamalameque, es bien grande, hácense en ella algunas islas que estaban pobladas: congréganse aquí estas aguas por ser la tierra baja y estar en el paraje de la corriente y agua del Río Grande, por lo cual no pueden correr ni escurrirse

o aguarse los ríos que a esta laguna vienen a dar; de donde ella principalmente se hace es el Río de Zazare, que viene del Valle de Upar, río caudaloso, y que navegan por él canoas y todas las aguas que de la cordillera corren desde el Valle de Upar hasta junto una provincia que dicen los Carateres o pobladores sufraganea a la ciudad de Pamplona del Nuevo Reino, todas se juntan aquí. Llegado Micer Ambrosio a esta provincia y lagunas de Tamalameque hallóla, como he dicho, muy poblada de mucha cantidad de naturales y muy abundante de comida y de mucho oro que los indios poseían. Estaba el principal poblador o señor de la ribera de esta laguna en un pueblo que la vecindad de él tomaba un cuarto de legua; y aunque la poblazón era tan grande y otras muchas que a la redonda había y los naturales en mucha cantidad, nunca se atrevió este principal a esperar en su pueblo a los españoles por las nuevas que antes de ellos tenían y le habían dado otros indios sus vecinos, y así se recogió con su hacienda y gentes a una isla que en la laguna estaba algo apartada de tierra; creyendo que poniendo él en cobro todas las canoas y apartándolas de donde los españoles las pudiesen haber, no tendrían modo como pasar a la isla donde él estaba, por ser por allí algo hondable el lago; mas los españoles y su Gobernador, viendo delante de sus ojos aquellas gentes y que casi les hacían cocos con las joyas y aderezos de oro que sobre sí traían, buscaban y vacilaban sobre qué modo podrían tener para pasar seguramente el agua y entrar en la isla a despojar aquellos miserables de sus tesoros; y podemos decir que estos indios éllos mismos se hacían la guerra y se ponían asechanzas, pues mostrando o haciendo ostentación de las joyas y oro que tenían a sus contrarios les daban avilantez y ponían espuelas a su codicia para que con más calor procurasen de pasar a donde ellos estaban; y al fin después de muchos acuerdos que sobre ello el Goberna-

dor había tenido, fué resoluto en que todos los más de a caballo se echasen al agua en sus caballos y fuesen a dar en aquella gente que teniéndose por muy seguros con la fortaleza de que naturalmente estaba cercado aquel sitio con las aguas que lo fortificaban, no esperaban recibir ningún daño de los españoles ni tenían pensamiento de mudarse ni apartarse de allí; antes, como he dicho casi ponían por señuelo el oro, y riquezas que tenían, entendiendo con la vista de ello atormentar los codiciosos ánimos de los españoles y su Gobernador. Determinados ya, el Gobernador y sus soldados de seguir la toma de aquel isleo con esta industria remitiendo el fin del suceso a lo que su fortuna guiase, pusieron en obra su acuerdo, y cabalgando en sus caballos hasta treinta españoles con sus armas, se arrojaron al agua, y gobernando con los frenos los caballos, y animándolos con las espuelas, sin que ninguna de éllos peligrase ni pereciese, pasaron nadando a la isla donde los indios casi atónitos y sin sentido de ver aquella nueva manera de navegar de los españoles se hallaban tan confusos entre sí, que aún que tenían las armas en las manos no usaron de ellas con la presteza que era razón para defender la entrada a los españoles, lo cual pudieran hacer con facilidad por ser el sitio donde estaban acomodado para ello. Después que en la isla vieron a los españoles, comenzaron a usar de las armas para ofenderlos con el tumulto y alaridos con que todos generalmente lo suelen hacer; mas, como los españoles estaban ya en tierra donde podían aprovecharse de sus caballos y ser señores de ellos, comenzaron a correr y escaramuzar por entre los indios, hiriendo a todas partes de suerte que siempre los iban auyentando y constriñendo a que se recogiesen al agua, donde les era a los indios el daño doblado porque como la laguna era honda y la gente mucha, caían unos sobre otros, y el que no sabía nadar llevaba al fondo al que sabía, y así perecieron muchos sin los que en tierra fueron muertos, y sin otras muchas gen-

tes de todo sexo que amedrentadas de ver la ferocidad de los caballos y crueldad de los que los seguían, se arrojaron al agua a guarecer en algunas canoas de las que por allí tenían. Los españoles quedaron señores de la isla y hubieron preso al cacique o señor de aquellas gentes que como he dicho se llamaba Tamalameque, con otros algunos indios principales y mucha parte de sus riquezas y oro con que se pasaron muy contentos, a donde el Gobernador estaba con la demás gente mirando el suceso de esta guazabara, a quien entregaron luego todo el despojo y presa que en ella se había habido que fué cantidad de oro. Holgáronse todos con el buen suceso que allí habían tenido, pusieron a recaudo el principal Tamalameque, de quien esperaban haber gran suma de oro por su rescate e hicieron asiento allí por algunos días, así porque la gente descansase como por la mucha riqueza que de esta provincia esperaban sacar, según los buenos principios que habían visto y despojo que en este primer recuentro hubieron.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Cómo estando los españoles divididos, se juntaron mucha cantidad de indios y vinieron a sacar de poder de los españoles a su cacique, y cómo Micer Ambrosio envió a Gascuña a Coro por más gentes y soldados

Desde a pocos días algunos soldados quisieron pasar adelante sin hacer en esta provincia mucho asiento; mas Micer Ambrosio viendo la fertilidad de la tierra y las muestras de oro que en aquellas primeras vistas había habido, consideró que podía haber en esta provincia alguna parte de lo mucho que deseaba, y así con acuerdo de los más, determinó entretenerse en esta provincia algunos meses hasta ver y aún haber toda la riqueza que en la tierra había, con la cual resolución envió luego un Capitán o caudillo con la mitad de la gente, que serían noventa hombres, a ver lo que había en ciertas poblazones que cerca de allí estaban, y él se quedó en su alojamiento con la demás

gentes y con el cacique y los demás principales. Los indios de esta provincia, viendo que mucha parte de la gente española andaban fuera del campo, parecióles que era tiempo oportuno y que se les ofrecía ocasión en que pudiesen recobrar a su cacique o señor con lo demás que en la guazabara perdieron; y no perdiendo tiempo se convocaron y juntaron según afirman personas que se hallaron presentes más de diez mil indios de guerra, y bien aderezados conforme a su uso y costumbre de militar, metidos en la cantidad de canoas que para tanta gente era menester, se vinieron navegando hacia el real de los españoles; y según pareció después, estos indios como habían visto ir fuera los españoles que se ha dicho, creyeron que en el alojamiento quedaban muy pocos, a los cuales fácilmente desbaratarían y matarían, y como saltando en tierra y llegando a donde el Gobernador Micer Ambrosio estaba rancheado viesen la gente que con él estaba, se les mudó el ánimo de tal suerte que jamás ninguno de ellos se atrevió a principiar la guazabara ni acometer a los españoles; sino como hombres desatinados comenzaron a decir que les diesen su cacique muy porfiadamente y con muchas voces. El Gobernador, conociendo la pusilanimidad y cobardía que los indios consigo traían, mandó a los españoles que se estuviesen quedos y no les consintió que moviesen las armas contra aquella amedrentada gente, el cual asimismo mandó que dejasen luego las armas, donde no, que allí serían todos muertos por su gente. Los indios como estaban de suyo tan acobardados y perdido el ánimo y de nuevo los amenazaba Micer Ambrosio, obedecieron luego su mandado y soltándolas todos en el suelo se rindieron a voluntad y merced del Gobernador. Dicen los que presentes se hallaron, como por cosa de maravilla que era tánta la cantidad de armas que estos indios traían, que juntas y hecho un montón no se parecía un hombre de a caballo de la otra parte. Yo no tengo esta maravilla por tal, pues sabemos que en la Nueva España y en el Perú este ayuntamiento

de armas, que aquí eran arcos y flechas y macanas, allá era oro y plata. Y en la Nueva España se juntó en la plaza un montón de oro y plata que no se parecían dos hombres, el uno puesto de la una parte y el otro de la otra; y en el Perú fué de mucho mayor número. Mandó Micer Ambrosio a los indios que se volviesen y que si querían llevar o haber a su cacique, a quien venían a buscar, le trajesen cierta cantidad de oro que él allí les señaló. Los indios se volvieron y fueron pacíficamente sin hacer más acometimiento ni daño en los españoles del que se ha dicho, dejando sus armas que por hartos días sirvieron de leña para las cocinas de los españoles, y metiéndose o embarcándose en sus canoas se volvieron a sus poblazones. La gente que había ido a descubrir volvió desde a pocos días con algún oro, que generalmente en toda esta provincia lo tenían los indios y hoy día lo tienen. Estúvose Micer Ambrosio en esta ranchería o alojamiento haciendo entradas o correrías de una parte a otra casi un año, en el cual tiempo, así de lo que rancheáron y tomaron forciblemente a los indios como de lo que les daban de presentes y el cacique dió por su rescate, hubieron el Gobernador y sus soldados más de setenta mil pesos de buen oro. A cabo de este tiempo, ya que estaba arruinado y corrido y esquilmado todo lo que en esta provincia de Tamalameque había, acordó Micer Ambrosio pasar adelante con su descubrimiento y jornada, y pareciéndole poca gente la que tenía para tan larga entrada como se le ofrecía, porque de la gente que de la laguna sacó se le habían muerto así en la guerra como de enfermedades mucha parte de sus soldados, acordó enviar un caudillo con algunos soldados y alguna parte del oro que allí se había habido, a Coro, para que juntase toda la más gente que pudiese, dándoles todo avío del oro que llevasen y con toda brevedad volviesen y le siguiesen por el rastro y vestigio de la derrota que él de allí tomaría. Y para este efecto nombró y señaló a un capitán Gascunia o Gascuña, natural de Arévalo, y le

dió veinte y cinco soldados y así los sesenta mil pesos que era parte del oro que se había habido en esta provincia de Tamalameque, para que con aquella ostentación y muestra de riqueza moviese los ánimos de los soldados y los atrajese a sí para que con mayor voluntad los siguiesen. Partióse Gascuña con la gente que le fué dada la vuelta de Coro y provincia de Venezuela, de cuyo viaje en el siguiente capítulo trataremos largo; y el Gobernador Micer Ambrosio por entonces se quedó allí en el alojamiento y ranchería de Tamalameque, y donde a poco tiempo alzó su campo y siguió en viaje y derrota en la forma que adelante se dirá.

CAPÍTULO OCTAVO

En el cual se escribe cómo metiéndose Gascuña por los despoblados y arcabucos de la culata de la laguna, pereció de hambre él y todos los demás que con él iban

El Capitán Gascuña o Bascuña, puso en prosecusión el mandamiento del Gobernador y tomando consigo el oro que se le había dado, que como he dicho fueron sesenta mil pesos y sus veinticinco compañeros españoles, comenzó de caminar la vuelta de Coro por muy diferente camino del que había traído con su Gobernador, porque como el paraje donde a la sazón estaban era más arriba de la culata de la laguna de Maracaibo, parecía por buena conjetura que atravesando o bajando por tierra la serranía que por allí había de ir a salir de la otra banda de la laguna sin tener necesidad de atravesar aquel ancho lago, ni desandar el camino andado que le parecía más largo del que por donde pensaba ir podía ser. Estas consideraciones les salieron muy al revés a Gascuña de lo que él había trazado, porque en apartándose del real luego atravesó la cordillera que entre la laguna de Maracaibo y el río grande de la Magdalena está, que es la que hemos dicho llamarse la Cordillera del Valle de Upar, y trastornando la sierra a las vertientes de la laguna, caminó algunos días por tierra alta

aunque montuosa y mal poblada, y aunque de los altos de estas tierras vió Gascuña toda la tierra que por delante tenía, por la cual había de atravesar era cubierta de muy altas montañas y arcabucos y lo más de ella tierra llana que por la mayor parte suele estar anegada y cubierta de aguas, no consideró el daño que de seguir por allí su viaje le podía venir, más entendiendo que todo sería acompañado de algunas raras poblazones, como en los altos de aquella Cordillera las había, pasó adelante con sus compañeros; y caminando algunos días por despoblado, siguiendo la travesía de la culata de la laguna, sin que ningún camino les guiase, apartáronse tanto de las poblazones que a las espaldas dejaban qne cuando quisieron volver atrás no pudieron por respecto de que se les había acabado la comida que llevaban; y sin ningún recurso de mantenimiento, con solo la esperanza de hallarlo adelante, habían caminado ciertos días con solo comer algunas hojas silvestres que en aquellas montañas cogían; y como mientras más adelante caminaban más el hambre los maltrataba de tal suerte que no sólo no podían llevar sus armas más casi ni aún menear sus personas, consumidas las fuerzas de hambre, acordaron poner o dejar el oro escondido o enterrado en una parte señalada para que si saliesen a poblazones de españoles o de indios, pudiesen volver por ello; mas a estos soldados, y aun casi a los que con Micer Ambrosio quedaron, le fué este oro y riquezas el azote y castigo que al Cónsul Quinto Scipión y a sus conmilitones les fueron el saco y robo que en Francia hicieron cuando tomando y entrando por fuerza de armas a la ciudad de Tolosa, no sólo robaron lo que los del pueblo tenían, mas entraron en el templo de Apolo a quien aquellos ciudadanos servían con mucho acatamiento; y saqueando el templo como a las demás casas del pueblo, robaron de él ciento y diez mil libras de oro y cinco millones de libras de plata, y así el Cónsul Quinto Scipión como todos los que participaron de este robo murieron desastrada y

miserablemente, según que en su historia más largamente se refiere este caso. Gascuña y su gente enterraron estos sesenta mil pesos al pié de una ceiba, árbol muy grande y señalado en aquella comarca y casi dejando sus corazones allí soterrados con aquel metal, comenzaron a caminar por aquellas montañas a ver si podían hallar algún género de comida de cualquier suerte que fuese, y viendo que no lo hallaban y que las naturales fuerzas casi del todo les iban faltando, comenzaron a matar algunos indios e indias de las que consigo llevaban para comer de ellos imitando en esto la brutalidad de los animales irracionales, que faltándoles el uso de la razón muchas veces muerden y comen los unos a los otros. Comían de aquellas carnes humanas tan sin asco ni pavor como si se hubieran criado en ello y para ello. Mas no es de maravillar que hombres usasen de este género de crueldad por remedio contra las angustias del hambre, pues escribiendo Josepho en sus historias, y lo refiere Eusebio en el tercer libro de la Historia Eclesiástica, en el capítulo segundo, que teniendo Tito cercado a Jerusalén y habiéndola ya entrado o tomado, sobrevino tan gran hambre en la ciudad que una mujer que vivía ribera del río Jordán de la aldea de Benzob, llamada María, hija de Eleazaro, mujer rica y de noble linaje, hallándose en aquellos días en Jerusalén, con un cuchillo por su propia mano degolló a su hijo, y partiéndolo por medio, puso luego la mitad al fuego y asándola se la comió, y después vino a comer la otra mitad; cosa por cierto de grande admiración y que parece escandalizar sólo el oírlo. Yo a lo menos por tan castigo de Dios tengo el hambre y calamidad de estos soldados por los robos, fuerzas y muertes y otras crueldades e incomodidades de que con los indios habían usado, como el que vino sobre Jerusalén en los tiempos referidos de suso, viéndose ya de todo faltos de remedio, y que las fuerzas naturales los desamparaban del todo y que ya no les había quedado ningún indio a quien tan rabiosamente pudiesen sepultar en sus entrañas para

conservación de ellos, comenzaron a esparcirse y dividirse por entre aquellas montañas y arcabucos donde el hambre los consumió, así al Capitán como a todos los más de los soldados de quien no se supo más nueva, excepto cuatro de ellos que o por ser más animosos o más robustos, pudieron conservar más tiempo las fuerzas y el ánimo, los cuales caminando por donde su infortunio los guiaba fueron a dar a un río que casi entra en la laguna de aquella parte donde Mérida está poblada, riberas del cual se sentaron a descansar porque les pareció por algunas señales que en él vieron que era río poblado y que navegaban indios por él, con esperanza de que Dios encaminaría por allí alguna canoa de indios de donde pudiesen haber con que remediarse y sustentarse.

CAPÍTULO NOVENO

En el cual se escribe el suceso de los cuatro españoles que se apartaron de Gascuña

Dende a poco tiempo que estos españoles pararon a descansar ribera del río para soportar mejor el tormento de la hambre con la esperanza dicha, acertó a pasar por allí una canoa con indios que iban de un pueblo a otro, a los cuales llamaron los españoles con señas que les hicieron para que viniesen adonde ellos estaban. Los indios se acercaron a tierra por ver y conocer qué nueva gente era aquélla, mas no se llegaron tanto que los españoles los pudiesen asir para matarlos y comerlos, como después lo pusieron por obra; y viendo que los indios se llegaban recatadamente, sólo les dieron a entender con señales que les hicieron, la necesidad que padecían, rogándoles que les trajesen alguna cosa de comer. Los indios por el semblante o aspecto que en los españoles vieron, entendieron lo que les pedían y habían menester, y así se fueron el río arriba adonde tenían su poblazón, y tomando la comida que les pareció que era bastante para tan poca gente, volvieron adonde los españoles

estaban; los cuales, como los vieron volver, pareciéndoles que el mantenimiento que podían traer sería poco, determinaron que se tomasen los indios y se matasen y asasen en barbacoa para guardar y tener de repuesto para su comida. Los indios llegaron sinceramente, sin recelo de recibir daño ninguno de los españoles, a quien con tan buena voluntad traían de comer y saltaron en tierra sacando el maíz y otras raíces y legumbres que traían. Los españoles desde que los vieron que les parecía que podían ser señores de ellos, cada uno echó mano de su indio para poner por obra lo que antes habian tratado, y como su flaqueza era tanta y sus fuerzas tan pocas, poca fuga fué menester para que los indios soltasen de sus manos, y visto que los indios se les iban, juntáronse todos a uno de los indios y asiéndose de él lo mataron y despedazaron muy liberamente y asaron en barbacoa para su sustento. Esto de asar en barbacoa esta carne es una costumbre casi general en las Indias entre algunos indios, los cuales jamás acostumbran a salar carne ni pescado, aunque tengan abundancia de sal, mas haciendo unas barbacoas que no sean muy altas del suelo, que son unas estacas hincadas en tierra, del altor que les parece, encima de las cuales hacen un cañizo algo ralo de varas que llaman barbacoa, y allí ponen la carne a asar y mucha candela debajo hasta que se consume todo el jugo y humor y queda del todo seca, y con esto se entretiene mucho tiempo la carne, aunque sea de puerco, y el pescado y todas las otras cosas que después de muertas se pueden corromper y dañar. Y a falta de sal los españoles en las jornadas y nuevas poblazones se aprovechan de este uso de los naturales; y así lo hicieron estos de quien al presente vamos hablando, que muerto su indio y hecho sacrificio de él a su dios el vientre lo asaron en barbacoa por sus puestas; y luego allí comieron el asadura, pies y manos y el menudo, con tanta alegría como si fuera de otro animal de los acostumbrados a comer entre cristianos y recelándose que los indios

que se escaparon de sus manos no convocasen gente y vinieron sobre ellos, acordaron de irse de donde estaban y así comenzaron a caminar ribera arriba de aquel río todos éllos, excepto uno llamado Francisco Martín, que por tener una llaga en una pierna muy enconosa no pudo caminar y le fué forzoso quedarse allí; y los demás, prosiguiendo su desesperado camino el río arriba, padecieron como todos los otros habían hecho y acabaron sus vidas con bien largas y penosas muertes, y porque en lo de este capítulo me queda y en el siguiente, he de decir el suceso de este Francisco Martín, que por la enfermedad de su pierna no pudo seguir a sus compañeros en la muerte como los había seguido en la vida; diré lo que este hombre hizo antes de llegar a este río. Andaban sus compañeros y él tan acosados del hambre, que se podía bien decir por ellos que rabiaban de hambre. Cúpole a un indio que les había quedado la suerte del sacrificio y así lo sacrificaron y mataron, dándole por sus propias manos la muerte porque fuese más acepto; estando haciendo puestas o pedazos el cuerpo muerto para dar a cada uno su parte, quitaron el miembro genital, como cosa más inmunda, y echáronlo a mal, lo cual como viese este Francisco Martín, arremetió a él; y alzándolo del suelo, sin esperar a ponerlo en el fuego, se lo comió así crudo, como se había quitado del cuerpo, que fue cosa por cierto no de hombre sino de más que bruto y carnicero animal; y por esto no cuento la diligencia que todos ponían en que no se perdiese cosa ninguna de lo que en un cuerpo humano hay; la sangre no era menester llegarla al fuego porque en abriendo el muerto, con las manos la sacaban y se la bebían, y aún como suelen decir, se quedaban lambiendo las manos; y por no ser molesto no quiero pasar adelante con estos abominables ejemplos de crueldad. Este hombre, llamado Francisco Martín, permitiéndolo Dios para que estos castigos fuesen notorios, vino a escapar con la vida y a volver a

poder y compañía de españoles de la manera que por el discurso de esta historia se verá; mas para llegar a este tiempo pasó muchos trances que también iré declarando. Viéndose él triste, solo en aquella playa o ribera, donde sus compañeros lo habían dejado, acordó echarse él río abajo, pareciéndole que pues por allí navegaban canoas, que no dejaría de haber algunas poblaciones donde, o le conservarían la vida, o con más brevedad lo despenarían; sabía nadar, y ayudándose de un madero o palo grueso que allí halló, se echó por el río abajo y guiándole sus hados, fue a dar a una población de indios que en la ribera de este río estaba, gente de buena distinción o condición, los cuales como lo viesen, admirados de ver un hombre barbado y tan blanco, cosa que éllos nunca habían hasta entonces visto, lo tomaron y lo llevaron al cacique y señor de aquella provincia, el cual, con la misma admiración que sus vasallos, lo mandó recoger y tener en su casa, por cosa de grandeza, sin hacer ningún mal, ni consentir que se le hiciese por ninguno de sus súbditos.

CAPÍTULO DIEZ

Cómo prosiguiendo Micer Ambrosio su jornada pasó por el río del Oro y provincia de Guane; y fue a salir a los páramos y tierras donde ahora está poblada la ciudad de Pamplona

En tanto que estas cosas sucedieron al capitán Gascuña y a su gente, el Gobernador Micer Ambrosio, después de haberse entretenido algunos días en aquella provincia de Tamalameque, porque el socorro que de Coro le viniese y Gascuña le trajese, con más facilidad lo alcanzase; prosiguieron su viaje y descubrimiento por lo bajo de la cordillera o tierra que confina con las riberas del Río Grande, aunque algo apartado de él porque se debe notar que por de esta parte del Río Grande por donde Micer Ambrosio caminaba, siempre hay tierra llana entre el río y la sierra que va casi *subcesive* hasta sus nacimientos,

y esta serranía que va siempre a vista de este Río Grande, toda es ramos y gajes que quiebran de la cordillera que desde Chile viene entera ciñendo y rodeando casi toda esta parte de tierra firme donde está poblado el Perú y Chile, Los Charcas, Quito y Nuevo Reino y la Gobernación de Venezuela y otras Gobernaciones y provincias, lo cual parece que es diviso de la tierra de la Nueva España y Florida y esos otros reinos que de aquella parte están, por la mucha angostura y estrechura que entre estas provincias hace la tierra, desde el Nombre de Dios, poblado en la mar del Norte a Panamá, poblado en la mar del Sur, que de un pueblo a otro, o de un mar a otro, hay diez y ocho leguas, antes menos que más, y esta estrechura que aquí hace la tierra parece que divide estos dos grandes reinos y provincias, la una de la otra, no embargante que toda es tierra firme y que de Nueva España se puede ir a Perú y a Chile por tierra y andar toda la redondez de aquesta cuarta parte del mundo, desde la tierra que dicen del labrador que cae bien debajo del Norte hasta el estrecho de Magallanes, que por el contrario está o cae casi debajo del Sur; que casi parece que estas dos provincias están frontera la una de la otra, metiéndose el Océano mar en medio, que hace hacer a la tierra un ancón al Occidente, cuyo remate es el estrecho que he dicho, donde está poblado el Nombre de Dios y Panamá. Siguiendo Micer Ambrosio aquesta serranía sin dejar el Río Grande que llevaba a la mano derecha, caminó algunos días con buena esperanza así de lo que adelante esperaba hallar, como del socorro y ayuda que con el capitán Gascuña le había de venir, y pasado algún intervalo de tiempo y viendo la tardanza del socorro y que la tierra por donde iba era muy enferma a causa de las inundaciones que el Río Grande por allí hacía; con que se crían muchas sabandijas y mosquitos de todas suertes que les era a ellos plaga y muy pesada carga, habiéndolos de sufrir por

fuerza, con cuyas picaduras se causaban llagas e hinchazones en las piernas a los soldados y en las manos y en otras partes de sus cuerpos; determinó y acordó Micer Ambrosio meterse en las sierras porque generalmante toda tierra alta en las Indias es más sana que la baja; y a esta sazón estaba en el paraje de las provincias donde ahora está poblada Pamplona, y poniendo en efecto sus designios y determinación, comenzó a marchar con el campo y gente que hasta aquí le había quedado, por tierras muy ásperas y faltas de comida con que se les acrecentó o dobló el trabajo a los españoles, y quedándose algunos, que con la flaqueza y falta de fuerzas no podían subir la aspereza de las sierras, por los arcabucos y montañas, eran muertos de tigres y otros animales que por estas tierras se crían. Fué a salir Micer Ambrosio adonde ahora dicen el Río del Oro, que aunque está cerca de la ciudad de Pamplona, es término de la ciudad de Vélez, en cuyos vecinos están encomendados los naturales de él, de quien trataremos más particularmente a su tiempo. Llegado aquí Micer Ambrosio, traía su gente tan fatigada de hambre que casi no podían caminar ni en aquella parte del río donde habían llegado y estaban; no había poblazones ningunas de indios de do pudiesen haber algún recurso de comida; y porque caminando de aquella suerte era acrecentar los trabajos a los soldados y ponerse en aventura de perderse todos, como sucedió a los de Gascuña. Hallóse cerca de una ciénaga o lago pequeño que en aquella parte estaba, en el cual se criaba mucha cantidad de caracoles que fué un particular remedio para tolerar algo su hambre, de que se sustentaron muchos días; porque proveyó Dios que fuesen en tanta abundancia que bastasen a alimentar toda la compañía. Y de allí envió un caudillo, llamado Esteban Martín, con sesenta hombres de los más sanos y en mejor disposición, para caminar a que fuesen a descubrir algunas poblazones, porque allí donde estaban habían hallado algunos ras-

tros y vestigios de naturales, que les había dado esperanza de hallarlos cerca de allí; y aun les habían puesto a todos ánimo con la esperanza que tenían para mejor caminar y seguir su descubrimiento. Partióse Esteban Martín y caminando a la provincia de Guane, que está cercana al Río del Oro, y es sufragánea a la ciudad de Vélez, donde halló mucha cantidad de naturales y abundancia de comidas. Y reformándose allí y descansando con sus compañeros, recogió la comida que pudo llevar en las piezas o indios que consigo traía y con otros que en esta provincia de Guane había tomado; y dió la vuelta a donde Micer Ambrosio había quedado, llegando a cabo de veinte días de como se apartó de él, que en todo este tiempo Micer Ambrosio y los que con él quedaron no se sustentaron ni comieron otra cosa más de los caracoles que de la ciénaga o lago que he dicho podían sacar. Holgóse el Gobernador y toda su gente de las buenas nuevas que le traía Esteban Martín, y luego otro día siguiente marchó con toda la gente junta la vuelta de Guane, por el camino que el caudillo y gente que había enviado descubrieron; y llegados a Guane se entretuvieron algunos días a descansar y reformarse por venir tan maltratados y cansados del camino, pasado cuanto de lo dicho se puede colegir y conocer. Desde esta provincia de Guane caminó Micer Ambrosio con toda su gente junta hacia los páramos, que ahora son territorio de Pamplona, tierra fría y poblada de muchos naturales. Estos páramos fué por donde después anduvo Hernán Pérez de Quesada, hermano del Adelantado Don Gonzalo Jiménez de Quesada, que después de descubierto y poblado el Nuevo Reino por el dicho Adelantado, salió en descubrimiento de una famosa noticia que decían de la casa del Sol; y llegó a estos páramos y poblazones más de diez años después y halló los vestigios y rastros de esta gente de Micer Ambrosio, y reconocida la tierra por algunos que con él iban, de los que habían escapado de esta jornada de Micer Ambrosio, dió la vuelta y se

tornó al reino de do había salido, como de todo esto hemos tratado más largo en la Historia del Descubrimiento y Pacificación del Nuevo Reino. Entrado Micer Ambrosio con su gente en los lugares dichos, hizo allí algún asiento con el campo para mejor reconocer la tierra y ver y determinar la derrota que habían de tomar y hacer algunas correrías o entradas a una parte y a otra con sus caudillos, para reconocidos los alrededores y las partes hacia donde se inclinaba más la poblazón de los naturales, seguir lo que más le conviniese.

CAPÍTULO ONCE

En el cual se escribe cómo prosiguiendo Micer Ambrosio su descubrimiento hacia la laguna, fué muerto de ciertas heridas que en una guazabara le dieron indios.

Andando de estas poblazones y alojamiento donde Micer Ambrosio estaba y sus caudillos descubriendo a una parte y a otra y reconociendo todas las disposiciones de las tierras de que estaban cercados, parecióles la tierra de hacia el reino que tenían al Sur más alta y más quebrada y menos poblada, y la tierra de hacia la parte de abajo, al Nordeste, a do las aguas iban a la laguna de Maracaibo, más apacible y andadera y aun más poblada, por donde se inclinaron más a seguir la derrota o vía de hacia la laguna, aunque por diferente camino del que habían traído, que no la del reino. Y esto no fué porque entendiesen entonces que aquella derrota que tomaban era a la laguna de do habían salido, por haber rodeado mucho camino; y en esto fué esta gente desgraciada y como suelen decir, de corta ventura, porque si siguieran su derrota, como la habían comenzado, entraban en el reino, donde hubieran las riquezas que después hubo el Adelantado Jiménez y poseyeran aquella tierra; que es cierto que no estuvieron diez leguas de la primera gente mosca, que hacia aquella parte se

dice Chicamocha; mas siguiendo su camino por donde los guiaba su fortuna, pasaron unos páramos que desde estas poblazones hay, para ir al valle que ahora los de Pamplona llaman de Rabucha, en un día tan turbio y cargado de aguas y viento que generalmente puso en gran detrimento a toda la gente y compañía; y hubieran de perecer allí de frío y helados, que ni con el caminar, ni con el arroparse podían resistir la fuerza del páramo, y así murieron allí helados y emparamados mucha cantidad de indios y algunos españoles y caballos, que fué cosa acerbísima ver como sin poderse socorrer unos a otros se quedaban muertos y riendo o regañando los dientes. Los que de la tempestad de este páramo escaparon lo tuvieron en más que haberse librado de las hambres y calamidades pasadas. Entrando en el valle de Rabicha halláronlo muy poblado y los naturales de él muy a punto de guerra, y así el tiempo que por este valle y los a él comarcanos anduvo esta gente, nunca dejaron de recibir guazabaras de los naturales, que con buen ánimo les acometían, mas siempre iban con la peor parte, porque como sus armas son tan flacas y sus ánimos tan débiles, acabáseles presto todo, y retíranse y recógense tan sin orden que siempre son más maltratados en los alcances que les van dando que en disparate de sus guazabaras. Y antes que se pase esta ocasión, pues voy tratando de estos naturales, diré lo que hicieron según lo que se puede colegir, por permisión divina, con un hombre, imitador de abominables crueldades con indios. Micer Ambrosio traía este hombre por criado, que no le servía de otra cosa sino de traer a cargo una cadena en la cual venían aprisionados cierta cantidad de indios que traían cargados la munición y el demás fardaje que era del rancho y tienda del Gobernador, y están puestos por tal orden con sus colleras al pezcuezo, que aunque vayan caminando y cargados nunca se les quita la cadena, y como los indios sienten también la hambre como los españoles e iban cargados, cansábanse, y fáltándoles las

fuerzas, de flaqueza se caían y sentaban en el camino. Este alcaide o verdugo del demonio de Micer Ambrosio, por no detenerse a abrir la cadena y sacar el indio que se cansaba y por otros diabólicos respectos que le movían, cortábale luego la cabeza para quitarlo de la collera y dejábaselo allí muerto; y de esta suerte se certifica haber quitado la vida a muchos indios. Y como Dios Nuestro Señor no consiente que semejante tiranía y crueldad queden sin ejemplar castigo, sucedió que en el valle de Rabicha, de quien vamos tratando, salieron los indios un día a dar guazabara a los españoles y se acercaron tanto a ellos que casi de entre las manos les tomaron los indios a este verdugo, criado de Micer Ambrosio, y sin podérselo quitar y estorbar los españoles, allí delante de sus ojos le cortaron la cabeza a macanazos, y dejando el cuerpo a vista de los españoles se llevaron la cabeza consigo en pago de cuantas este miserable hombre había quitado injusta y cruelmente a los indios. El Gobernador con su gente siguió su descubrimiento y saliendo de este valle y pasando otras poblazones de indios, fué a dar al valle que dijeron de Micer Ambrosio, que es el propio que ahora dicen los de Pamplona, Chinacota, que es nombre propio de la tierra. Estaba este valle muy poblado de naturales y era abunnante de árboles, que aun en este tiempo se parece la prosperidad que entonces pudo tener, por haberse muerto y consumido por diversos respectos muchos naturales de él. Alojóse Micer Ambrosio en una parte de este valle con su gente por ser apacible su estalaje, para de allí enviar a descubrir lo que adelante hubiese. Los naturales que como vieron esta nueva gente en su tierra, y tenían ya por oídas noticias de su mala vecindad que a doquiera que llegaban hacían, dejaron sus casas desiertas y recogiéndose con sus mujeres e hijos y haciendas a las montañas comarcanas a ponerlo todo en cobro, acordaron venir a verse con los españoles y, si pudiesen, echarlos de su tierra. Y sucedió que el día que esto hubieron de hacer, Micer Ambro-

sio y Esteban Martín, su Capitán o caudillo, se apartaron paseando fuera de su alojamiento, descuidadamente, porque nunca habían visto ni oído ningún rumor de aquellos indios, antes tenían entendido que de miedo se habían ahuyentado por la noticia que de ellos les habían dado. Los indios con mano armada les venían a dar guazabara y los dos Capitanes echaron mano a sus espadas y teniéndose con ellos se defendieron valerosamente, sin que los indios les pudiesen echar mano, antes hirieron y mataron muchos de ellos. Y como Micer Ambrosio no tenía allí su sayo de armas con que mejor guardar su persona, recibió algunas heridas de los indios, malas y peligrosas. Y no era esto tan lejos del alojamiento que la gente que en él estaban no oyeran la grita de los indios, y sospechando lo que era salieron a ellos y hallaron a su Gobernador con su compañeron revueltos con los indios, como se ha dicho, y como acudieron allí luego todos los españoles, fueron los indios desbaratados y ahuyentados, aunque victoriosos, que así se puede decir, pues de las heridas que dieron a Micer Ambrosio murió dende a pocos días, y fué allí enterrado por los suyos, de donde le quedó la nombradía y apellido de Valle de Micer Ambrosio, que hasta hoy dura. De las propias naturalezas de estas provincias y de las que en estas comarcas de Pamplona anduvo esta gente y de los indios de ellas, no trato aquí por no ser éste su lugar.

CAPÍTULO DOCE

Cómo muerto Micer Ambrosio fué electo por Capitán Juan de San Martín, y prosiguiendo su jornada fueron a dar donde Francisco Martín estaba preso o cautivo, y tomándolo consigo salieron a la ciudad de Coro.

Muerto Micer Ambrosio, no dejó de causar su muerte alguna discordia entre sus soldados, porque como por su ausencia les era forzoso nombrar Capitán o persona que los tuviese y llevase en justicia,

pretendían algunos este cargo, aunque no lo osaban publicar ni declararse en ello más de estorbar la elección que los más querían hacer: y al fin viendo que de la tardanza de esta elección y nombramiento se podía seguir entre ellos mismos perpetuas discordias que fueran causa de su final destrucción, aviniéronse un día todos de conformidad, así los que pretendían el cargo como los que lo aborrecían, y nombraron por su Capitán para seguir la jornada, a Juan de San Martín, el cual acepió el cargo y comenzó a proseguir su viaje por la propia derrota y vía que Micer Ambrosio lo llevaba encaminado y saliendo de este valle de Chinacota o de Micer Ambrosio, fué a dar consigo adonde ahora dicen los llanos de Cúcuta, que son unas tierras mal pobladas que ahora sirven de criaderos de ganados a los vecinos de Pamplona y a los vecinos de la villa de San Cristóbal por estar en medio de los confines de estos dos pueblos; y de aquí teniéndose a la mano derecha del río de Pamplona, que muy caudaloso entra en la culata de la laguna de Maracaibo, como antes de ahora he dicho, fueron caminando a vista del propio río, hacia la laguna; porque siguiendo esta gente esta derrota fueron a dar sin pensarlo a la provincia donde estaba Francisco Martín, soldado que escapó mediante su buena industria de los que se perdieron con Gascuña. Diré aquí lo que a este Francisco Martín le sucedió desde que entró en poder de indios hasta que fueron estos españoles a dar con él. El cacique o señor de aquella provincia, habiendo ya aceptado en su servicio o en su casa a este Francisco Martín, como por cosa de grandeza, para que fuese visto de todos sus sujetos, según se ha dicho, tratábale bien y no consentía que se le hiciese mal ninguno, que era harto buena propiedad para las demás gentes de las Indias, los cuales son en sí tan crueles e impíos, que aunque no coman carne humana, no pueden acabar consigo, de tener vivo ningún prisionero español que a las manos hayan. Usando de esta clemencia que he dicho este principal con este Francisco Martín, los

indios y sujetos de este cacique, cuando su señor se iba fuera del pueblo tenían por pasatiempo a este español y usando con él de muchas maneras de juegos le trataban muy mal; entre los cuales diré aquí una bien mala burla. Atábanle estos bárbaros dos cabuyas o cuerdas a los piés y hacíanle que saltase todo lo que pudiese, y en estando el pobre hombre en el aire tirábanle de los cordeles atrás, y hacíanle dar de hocico o de colodrillo en el suelo, y de cuanto contento recibían los indios en ver esto, entiendo que nuestro español tenía de daño y tristeza. Y ciertamente el pobre hombre pereciera en estos pasatiempos, si no fuera favorecido de una hija del propio señor o cacique, que le era aficionada mediante haberse revuelto con ella carnalmente; ésta le quitaba de estos pasatiempos y otros semejantes con que los indios se holgaban, y conservándole la vida hizóle que siguiese los trajes y maneras de vivir de los indios y que imitase todo lo que viese, que con esto contentaría al cacique su padre y a los demás indios. El Francisco Martín se dió tan buena manera que ni traía ropa sobre su cuerpo ni daba lugar a que le naciese pelos en la barba ni en las otras partes inferiores, y usaba las armas y los otros ejercicios y aun creo que idolatrías de los indios, y el comer hayo y cal que es una costumbre muy general entre indios y muy usada; y aún después de salido de entre estos indios lo usaba muchas veces, porque se le habían asentado y encajado tan bien las cosas de los indios, que él las tenía por naturales y ellas a él por hijo; y finalmente, él salió tan buen mohan o físico, que dió a entender a los indios que sus curas eran sobrenaturales. Y así acudían a él con los enfermos como si en él hallaran toda la sanidad que buscaban. Y visto esto el cacique y entendido el amor que su hija le tenía, acordó de casarlos, y poniéndolo en efecto congregó sus gentes conforme a su costumbre para celebrar las bodas, a los cuales pesaba de ello por parecerles que había de pretender el Francisco Martín mandarlos, porque an-

tes de este tiempo habían visto en él señales de muy atrevido. Las bodas se celebraron y dende en adelante comenzó nuestro desposado a mostrarse más grave y hacerse temer de los indios y a seguir sus guerras y parcialidades y señalarse y aventajarse en las guerras que los indios de su pueblo tenían con otros; en manera que los mismos naturales, de su voluntad, le vinieron a nombrar por su Capitán, con lo cual comenzó a extremarse más con los indios y a quererlos sujetar y gobernar diferentemente de como solían en su antigüedad hacerlo. Los indios por esto y por otros agravios que este Francisco Martín les hacía, secretamente se amotinaban contra él, y su mujer como era emparentada, luego le daba aviso de ello, y él, mediante alguna más industria que tenía de la que los indios en semejantes hechos suelen tener, los esperaba a que viniesen, y procurando ganarles por la mano en el acometer, los descomponía; y luego, o mataba a los mullidores del motín o los apaciguaba y contentaba. Y con estos embustes y otros ardides de que usaba, ya no había quien osase tomar armas contra él; y así vivía y poseía pacíficamente lo que tenía, y unos por amor y otro por temor, no hacían los indios más de lo que él quería. En efecto, este hombre en todo y por todo seguía todas las costumbres, ritos y ceremonias de los indios, y tuvo dos o tres hijos en su mujer, por quien después suspiraba. En esta vivienda vivió este hombre casi tres años que hubo desde que Gascuña se perdió con el oro hasta que la gente que quedó de Micer Ambrosio aportaron a esta provincia, que es lo que ahora proseguiremos. El Capitán Juan de San Martín con los demás soldados fué caminando algunos días por la derrota que he dicho, y como esta era la primera vez que los naturales que en las comarcas de este río de Pamplona estaban poblados habían visto gentes españoles y caballos, no osaban usar de las armas contra ellos ni resistirles el camino, como después hicieron al Capitán Alonso Pérez de Tolosa, hermano del Gobernador Tolosa, que lo hicieron vol-

ver atrás, según que adelante contaré en su lugar. Metido en algunas jornadas el río abajo el Capitán Juan de San Martín con su gente, reconoció la laguna de Maracaibo y viendo cuán cerca estaba de Venezuela, animóse la gente por dar conclusión a su peregrinación, y pasando adelante ya que estaban junto a la propia laguna, hacia la parte do está poblada Mérida, acercáronse a la provincia y poblazón donde estaba Francisco Martín, convertido en indio. Los indios luego dieron noticia de cómo españoles se acercaban a su tierra. El Francisco Martín temiéndose que por aquellas nuevas de consentimiento de su suegro no le hiciesen algún daño, díjoles que él era indio y que aquellos españoles lo traían forzado o cautivo y que él se había huído de ellos que le diesen la gente de guerra que en el pueblo había y que él mataría a los españoles y los desbarataría. El cacique y los demás sujetos, creyendo ser así lo que su yerno decía, aderezaron sus armas y gentes para ir a dar en los españoles, los cuales iban marchando hacia aquella provincia donde el Francisco Martín estaba bien, quitados de que les sucediera también aquella derrota, porque por ser por allí la tierra de muchas montañas y muy anegadiza, con dificultad pudieran atinar a salir a donde pretendían, si no fuera habiendo muy buenos guías que supieran la tierra y los llevaron por donde habían de ir, y para este efecto y aun para traer a su amistad todas aquellas gentes que por allí había, les aprovechó mucho el hallarse en esta tierra este español que estaba ya tan bien instruido en la lengua de aquellos naturales, que con facilidad, mediante el hablarla tan bien, los atraía a lo que quería. Visto por los indios donde el Francisco Martín estaba que se acercaban a su pueblo los españoles determinaron salirles al encuentro, y llevando por su capitan al tornadizo le comenzaron a seguir con sus armas y orden de pelear, el cual les iba dando la orden que habían de tener en el acometer,

y poniéndolos en celada o emboscada dándoles a entender que aquel era el mejor modo de guerrear se apartó de ellos con título de que iba a espiar a los españoles, los cuales venían bien cerca de donde los indios se habían puesto por consejo de Francisco Martín en emboscada. Este español según la usanza que de vivir entre los indios tenía como ya he dicho, iba desnudo en carnes y emplumajado y embijado que es cierta manera de barniz con que se untan cuando han de ir a semejantes lides y a otros pasatiempos, y con su arco y flechas en las manos, el cabello largo, la barba pelada, y en el miembro genital puesto un calabacillo pequeño, según lo tenían de costumbre aquellos indios, y todas las demás naciones que traía, venía tan al natural indio cuanto se puede creer que lo estaba en actos y costumbres; y acercándose a los españoles y dándoles vista, ellos tuvieron por temeridad y grande atrevimiento la de aquel hombre que siendo uno solo y teniendo ya noticia de cómo trataban los españoles a los indios, se viniese de mano armada a ellos y porque semejante manera de desvergüenza no quedase sin castigo, determinaron de alcanzarlo los que delanteros venían, y viendo el Francisco Martín que los españoles llevaban hacia él semblante de maltratarlo, anticipóse a hablarles diciéndoles que no tenían para que apercibirse contra él porque era su compañero y soldado de su compañía. El capitán Juan de San Martín y los que allí junto con él venían, admirados de oír hablar aquel indio en lengua española, casi se turbaron, y reparándose para entender mejor lo que les había hablado, y acercándose más a ellos el Francisco Martín, les declaró su caso por extenso, quién era y el modo de su perdición y la vivienda que tenía. Los españoles luego reconocieron a este soldado y admirados de la forma que traía se apearon y le cubrieron con algunos vestidos y con él lloraron la pérdida de sus compañeros con extremos de entrañable sentimiento, y todos juntos

se fueron adonde estaba la emboscada de los indios, a los cuales habló Francisco Martín dándoles a entender diferentemente de lo que antes les había dicho, cómo aquellos españoles eran sus hermanos y que no les harían ningún daño, ni mal tratamiento; y confederados de esta manera, se fueron al pueblo donde el principal estaba, el cual dió muestras de holgarse de la confederación y amistad de los españoles y hospedándolo amigablemente les proveyó de lo que hubieron menester para su sustento, los cuales descansaron allí algunos días, donde fueron bien servidos, así de estos indios como de todos los demás comarcanos, a quien el Francisco Martín trajo a la amistad y gracia de los españoles, los cuales después de estar algo reformados de los trabajos pasados, prosiguieron su viaje y derrota para Coro, llevando consigo a Francisco Martín y buenos guías que los encaminaban por caminos muy escombrados de ciénegas y anegadizos que es lo que más pesadumbre les daba; y por doquiera que pasaban mediante el faraute que llevaban les salían los indios de paz y les hacían todo buen hospedaje; y después de haber peregrinado por las partes dichas y pasado los trabajos referidos y otros muchos que aquí no se cuentan, llegaron estos españoles a Coro sin su Gobernador y con pérdida de la mayor parte de sus compañeros que habían salido con ellos, que quedaron muertos en el discurso de esta larga jornada, que desde la salida hasta la entrada en Coro, tardaron cinco años sin hacerse más fruto espiritual ni corporal del que de todo lo dicho se puede presumir. Aunque Mícer Ambrosio siempre procuró que se hiciese buenos tratamientos a los indios, y no consintió que ningún soldado llevase indio cargado, ni aún india que le moliere a los principios de su jornada, pero después todo el daño que podían hacían, y mandó por edicto público que todo el oro que hallasen los soldados en poder de los indios o en sus casas se lo tomasen y quitasen cincuenta

graves penas que para ello les impuso, y por otra parte mandó también por edicto público que los soldados no rescatasen ninguna comida con los indios, a fin de que no fuesen molestados de los soldados, ordenanzas por cierto muy de reir, que por una parte mandaba que les tomasen todo el oro que los indios tenían, y por otra que no les comprasen lo que habían menester y ellos quisiesen de su voluntad vender. Yo entiendo que de esta suerte debieron de ser todas las demás Constituciones y ordenamientos que en Gobierno y jornada y gente este Gobernador hizo y así hubo el suceso y fin de su jornada que habemos contado.

CAPÍTULO TRECE

En el cual se escribe cómo el capitán Venegas, que había quedado en el pueblo de Maracaibo, sabiendo la pérdida del oro de Gascuña, lo fue a buscar y llevando por guía a Francisco Martín, donde se hubiera de perder y sin hallarlo se volvió a salir

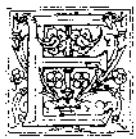
Llegada la gente de Micer Ambrosio a Coro, cada cual procuró su descanso y remedio que lo habían bien menester, según salieran de trabajados y maltratados de la jornada; los vecinos de Coro, sabido el suceso del capitán Gascuña y como Francisco Martín venía y había salido en cueros de entre los indios, movidos de caridad y compasión, lo vistieron y proveyeron abundantemente de ropas y caballos por parecerles que más por ordenación divina que por potencia humana había aquel hombre escapado con la vida y salido de entre los bárbaros. Procuraban saber de él si con facilidad se podía volver a la parte donde se había perdido Gascuña, para procurar sacar aquel oro; mas aunque Francisco Martín les decía que sí, no por eso se atrevían a ponerlo en efecto, temiendo de perderse como los demás; y como antes de ahora he dicho no fuese aquel oro el oro tolosano y así lo desearon de ir a buscar los

de Coro, más después como luego diré no faltó quien tomase aquella demanda sin hacer ningún efecto en ella. De este Francisco Martín se dice que era tanto el amor que a la mujer e hijos que en su cautividad hubo y tenía, que lamentaba y lloraba por ellos y procuraba vías y maneras como volverse a ellos que estaban en él tan impresas las ceremonias y costumbres de los indios que muchas veces por descuido usaba de ellas entre los españoles. Aunque el comer ajo no lo usaba por descuido sino por vicio y así lo acostumbró mucho tiempo como los mismos indios; dícese que fué tanto el deseo que que en este hombre convertido en bárvaro reino de ver a su mujer infiel y a sus hijos indios que procuró volverse a ellos; y así lo hizo que desapareciéndose de entre los cristianos confiado en su despierta lengua y habla de indios se metió por entre los pueblos de los indios sin ningun temor y volvió adonde había vivido algunos años gentílicamente, donde después estuvo cierto tiempo hasta que acertó a volver gente española por aquella provincia y fué de ellos tomado y sacado forciblemente y contra su voluntad; y aún afirman que a estos españoles se les huyó del camino y se tornó entre sus parientes o de su mujer y volvieron otra vez a la propia provincia y lo tornaron a haber a las manos y lo sacaron con más guarda y vigilancia hasta que lo volvieron a Coro, y de allí lo encaminaron con cierto capitán al nuevo reino de Granada para alejarlo y quitarlo de aquella ocasión, donde anduvo y estuvo después mucho tiempo; pero antes que ésto le sucediese o hiciese Francisco Martín, un capitán Venegas, natural de Córdova, a quien Micer Ambrosio había dejado por su Teniente en el pueblo o ranchería de Maracaibo, pretendiendo o deseando que aquella riqueza de oro que con tanto trabajo de su persona y riesgo de su conciencia había habido su Gobernador, de la sustancia temporal de aquellos míseros indios da Tamalameque por do había andado, no se perdiese y se aprovechase él de ella, atrajo a sí a este Francisco Martín e

hízole grandes ofertas y promesas de que le gratificaría muy bien, si le llevaba a donde Gascuña se había perdido y el oro se había enterrado, de lo cual le daría muy buena parte. Francisco Martín confiado de su juicio aunque no debiera ser tan perfecto como él presumía que era, díjole al Venegas que él le guiaría y llevaría a donde le pedía sin errar punto. El Teniente Venegas con aquel deseo y codicia que de haber aquel oro tolosano tenía, juntó sesenta hombres a los cuales también hizo promesas de que participarían de aquella riqueza; y partiéndose con ellos del pueblo de Maracaibo sin llevar más de un caballo y ese sin silla para hacer ostentación y muesta de él a los indios, que en gran manera temían a los caballos, y a su furia, y toda la gente a pié y mal armados se fué la vuelta de Tamalameque guiándolos Francisco Martín, y de allí revolviendo sobre la cordillera a tomar la derrota que Gascuña había tomado, la atravesaron y bajaron a los propios arcabucos y montañas donde se perdió la gente; y como las vueltas y guiñadas que de una parte a otra habían dado por aquel arcabuco fueron muchas y por muy diversas partes de él desatinó la guía y trájolos algunos días de una parte a otra, y de otra a otra, y casi estuvieron en el mismo riesgo de perderse que Gascuña; lo cual visto por el Capitán Venegas y que ya les comenzaba a aquejar la hambre, y aún a caer la gente enferma, con toda la más presteza que pudo dió la vuelta por el propio camino por do había entrade, lo cual le fué fácil de hacer porque como este Teniente tuviese ya mediana experiencia en cosas de descubrimientos de Indias, al tiempo que entraba por el arcabuco, o montaña, iba señalando el camino con cortaduras que hacía en los árboles por do pasaba; y como todo quedase señalado fuele muy ligero de atinar por do había entrado y volverse a salir sin hacer ninguna cosa que le aprovechase, y así fué burlado de sus pensamientos. Volvióse a su pueblo de Maracaibo donde residió después muchos días hasta que después según

que adelante se dirá, llegó la gente de Fredemán y llevó consigo toda la gente que en Maracaibo había y despobló el pueblo. Pasó este Teniente y los que con él estaban grandísimo trabajo en el sustento de este pueblo de Maracaibo, porque como junto a él no hubiese ningunas poblazones de naturales, eran forzados a ir a buscar la comida muy lejos y a traerla a cuestas los propios españoles, y después a los que la traían se la quitaba la justicia para partirla igualmente con los enfermos y otras gentes que en el pueblo quedaban, y aún salían al camino a ver que no dejasen alguna cosa escondida tanta era su necesidad y falta de comida. Ayudaba en esta sazón a sustentar este pueblo el Capitán Martínez que después fué con Fredemán al Nuevo Reino, al cual dándole este Teniente Venegas cierta gente y bergantines y la canoa grande, se andaba por la laguna de pueblo en pueblo rancheando los indios y quitándoles lo que tenían y proveyendo, de cuando en cuando, el pueblo de maíz, y él tenía su habitación a manera de corsario pirata en la provincia de Guevara, y de allí salía con sus bergantines a correr la laguna y robar a los navegantes que por allí pasaban.

LIBRO SEGUNDO



N el libro segundo se dice cómo los Besares sabida la muerte de Micer Ambrosio su Gobernador tuvieron proveído a Nicolás Fredemán. al cual revocaron la conducta por quejas que de él hubo, y proveyeron por Gobernador a Jorge Espira, y por su Teniente a Fredemán. Venidos a Venezuela los dos, cada cual de éllos intentó una jornada por sí, saliendo por diferentes derrotas o caminos, y después de haber llegado por los llanos adelante Jorge Espira a los choques fué forzado a volverse con pérdida de mucha gente a Coro. Fredemán fué la vuelta del Cabo de la Vela pasando la laguna de Maracaibo con intento de proseguir la jornada que Micer Ambrosio había errado del reino, y en el camino arrepintióse y prendió al Capitán Rivera que con gente había salido de Santa Marta, y dando la vuelta sobre la laguna de Maracaibo la pasó y revolvió sobre los llanos de Venezuela para ir en demanda de la noticia de Meta. En el camino tuvo noticia cómo venía desbaratado Jorge Espira; dióle de industria lado y apartóse de él por no ser forzado a alguna alteración, y prosiguió adelante hasta que entró en el Nuevo Reino de Granada. Jorge Espira después de haber pasado por él Fredemán, tuvo noticia de ello y envió tras de él cierta gente para avisarle, los cuales no pudiendo pasar los ríos de Apure y Zarara, se volvieron a Coro adonde hallaron por Juez de residencia al Doctor Navarro, de Santo Domingo, y al obispo Bastidas. Quedó suspenso Jorge Espira del Gobierno y donde a poco murió: y Navarro se fué a Santo Domingo, con todo el discurso de entrambas jornadas muy copiosamente escrito.

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo por muerte de Micer Ambrosio proveyeron los Bezares por Gobernador de Venezuela a Jorge Espira y por su Teniente a Nicolás Fredemán y de su pasada a Indias

Al tiempo y sazón que a la ciudad de Coro llegó la nueva de la muerte de Micer Ambrosio, Gobernador, y del mal suceso de su jornada y descubrimiento, hallóse allí Nicolás Fredemán, el cual como de antes tuviese conocimiento particular con los Bezares, pareciole oportuno tiempo éste para haber para sí aquella Gobernación de Venezuela, y procurando algunas ricas joyas y piezas de oro se fué a España, donde a la sazón residían algunos de los de la compañía que tenían cargo de proveer los Gobernadores a Venezuela, a los cuales Nicolás Fredemán procuró aplacer y contentar para ganarles la voluntad dándoles algunas dádivas de oro del que había llevado, prefiriéndose de servirles muy bien en aquella Gobernación si le daban el cargo del gobierno de élla. Los Bezares viendo la plática y suerte de Fredemán que era muy principal y de su propia Nación y la buena orden y traza que daba en los negocios del gobierno de aquella tierra, determinaron de encargársela y hacerlo Gobernador de élla; y poniéndolo en efecto le dieron y libraron las cédulas o provisiones de Gobernador con particular instrucción de lo que había de hacer, y aceptado el cargo por Nicolás Fredemán, luego comenzó a hacer gente para pasar y llevar consigo a Venezuela, y tener copia de Compañías de soldados con que hacer nuevos descubrimientos, con lo cual se divulgó y publicó luego la nueva de como Fredemán tenía el Gobierno de Venezuela, de que pesó a ciertos soldados que de la propia provincia habían ido a España y en la sazón dicha se hallaron en ella, y luego ayudados de la persuación de otras personas que pretendían el propio cargo, se fueron a los Bézares y les dijeron que no les convenía ni era provechoso que Fredemán

fuese a gobernar aquella provincia de Venezuela, por que era de ánimo bullicioso y soberbio e intolerable de sufrir, y que con sus pesadas palabras maltrataba los soldados y con otros términos muy extraños e insufribles de que usaba, era muy aborrecido de toda la gente que en la Gobernación había y que lo mismo sería de los que llevase. Con las persuasiones de éstos y de otros que como he dicho pretendían este gobierno, mudaron fácilmente los Bezares el acuerdo movidos de temor no fuese causa Fredemán de que hubiese alguna alteración en la Gobernación por donde la viniesen a perder con lo que en élla tenían y pretendían; y pareciéndoles justas causas las que les daban y el temor que éllos habían concebido, revocaron la conducta que de Gobernador habían dado a Fredemán y diéronsela a Jorge Espira, caballero de su propia nación de Alemania; y porque Nicolás Fredemán no quedase del todo descontento y despojado de sus pensamientos, nombrándole por Teniente General de Jorge Espira, casi dándoselo por acompañado en el gobierno, confederándolos a entrambos de suerte que entre éllos nunca hubiese ninguna desconformidad, mas con que siempre tuviese la superioridad Jorge Espira, dijéronles que pues la tierra de Venezuela era larga que bien podían entre ambos efectuar sus designios y hacer por diferentes derrotas jornadas y descubrimientos con que todos fuesen aprovechados y su Gobernación aumentada. Con estos medios y otros que los Bezares entre Jorge Espira y Fredemán pusieron, los confederaron y hermanaron, de suerte que nunca más quebraron ni hubo entre éllos ningún género de discordia; mas acabando de hacer la gente con toda diligencia en la Andalucía y reino de Murcia y en otras partes de España, juntaron cuatrocientos hombres, gente muy lucida, y en cinco navíos que adezaron para su viaje salieron del río de Sevilla, Guadalquivir, por el año de mil y quinientos y treinta y tres y entrando en la navegación del mar océano tomaron su derrota a las Islas de Canaria y antes de llegar a ellas donde dicen

el Golfo de las Yeguas, que es donde por la mayor parte son desbaratadas con adversa fortuna las armadas que vienen a indias por las grandes tempestades que allí se levantan, dióles tal tormenta que en breve tiempo arribaron a Sanlúcar donde estuvieron hasta que la mar se apaciguó y abonanzó el tiempo; y tornando a proseguir su viaje por el océano adelante, ya que estaban a la vista de las Islas de Canaria, les tornó a dar otra fortuna y tormenta contraria de su navegación, tan soberbia y recia que aquella propia noche que la tormenta les dió, aportó la nao capitana a Nuestra Señora de Regla, y otra de las de la Compañía casi en el mismo tiempo fué a Cádiz, que fué cosa que parece imposible haberse podido navegar en tan poco tiempo; y los demás navíos arfando y corriendo su fortuna y alijando muchas cosas de las que traían a la mar, arribaron a Cádiz y a cabo de poco tiempo fué allí junta toda la armada de este Gobernador Jorge Espira; y viendo muchos soldados que no les había Dios hecho pequeña merced en haberlos librado de las tormentas pasadas, donde por momentos se habían visto en punto de ser sumergidos en la mar y muertos miserablemente, acordaron perder la señal, como suelen decir, y no tornar a entrar en la mar ni seguir el viaje, porque casi todos los que se quedaron en Cádiz de esta vez, que serían doscientos hombres, perdieron todo cuanto en los navíos habían metido así de matalotaje como de otros aderezos que para sus personas llevaban. El suceso de estas tormentas o infortunios de la mar fué atribuido a que Dios Nuestro Señor lo permitió así por culpas y pecados de algunos que en la armada iban, entre los cuales se halló un sodomita que acostumbraba usar aquel pecado en tierra y aun no se sabe si lo usaba en la mar; y no nos debemos maravillar de que esta armada padeciese las tormentas e infortunios dichos, sino cómo no fué tragada y absorbida de la mar, pues nos es notorio el castigo que Dios Nuestro Señor hizo en la gentilidad de Sodoma y Gomorra y los otros pueblos sus comarcanos, como se

lée en el Génesis, capítulo diecinueve, en el cual se trata que con fuego y relámpagos del cielo fueron quemados y abrasados, y por memoria de este castigo está el sitio de esta ciudad hecho un lago o ciénaga, pésima e infructuosa, y estará hasta el fin del mundo. Este malvado cristiano, después de haber saltado en tierra de esta segunda vez que arribaron a Cádiz, quiso reincidir en su maldad, y juntándose con otros dos de su oficio, tuvieron cierta pasión o rencilla en que el uno de los tres fué muerto y a los dos prendieron, y sabida la causa de su discordia fueron castigados y quemados conforme a las leyes del Reino; y pareciéndoles a los que en la armada habían quedado, que con haber sido castigado este malaventurado se aplacaría la ira y castigo de Dios contra ellos, tornaron a embarcarse y proseguir su viaje; y con buen tiempo, sin ningún contraste de fortuna, llegaron a las Islas de Canaria ocho días antes de Navidad, donde se holgaron y regocijaron la Pascua; y los Gobenadores y sus Capitanes procuraron en aquellas islas rehacerse de gente, por habérseles quedado, como se ha dicho, la mitad de la que habían juntado y traían en Cádiz. Juntáronseles allí doscientos hombres, gente basta y grosera, y pasada la Pascua hicieron señal de recoger o embarcar la gente para pasar adelante; y saliendo con próspero viento de las Islas de Canaria, caminaron sin sucederles cosa alguna, hasta reconocer a San Germán, que es cierto promontorio o punta de la isla de Puerto Rico, y pasando de allí adelante hacia Coro, se les cayó en la mar un pajecillo o grumete que servía en el navío, y sin saber nadar fué sustentado sobre el agua en la mar hasta tanto que el navío en que iba, que con próspero viento y todas velas navegaba, amainó y echó el batel en la mar, que pasó harto espacio o intervalo de tiempo, y entrando gente en él volvieron a buscar al muchacho, buen rato atrás, y halláronlo encima del agua entretenido sin ser hundido; y viendo que era cosa maravillosa el no haberse ahogado aquel mozo, pues sin

tener con qué poderse sustentar sobre el agua ni saber nadar lo habían hallado vivo, le preguntaron qué modo había usado para no ahogarse; el cual respondió que él era devoto de Nuestra Señora y que al tiempo que cayó invocó su nombre y se encomendó a ella, y que mediante esto tuvo entendido que no había perecido. Los marineros se volvieron al navío con su paje y dando todos gracias a Dios por el suceso, lo tuvieron por buen prodigio o señal; y prosiguiendo su viaje, llegaron dende a dos a dos días de como esto les sucedió al puerto y ciudad de Coro, donde desembarcaron con mucho contento y alegría. Y aunque esta narración o digresión que en este capítulo he hecho no era de mi historia, por ser todo ello cosas sucedidas fuera del Imperio de las Indias, donde es mi principal intento tratar y dar cuenta de los descubrimientos y poblazones y guerras en ellas sucedidas, lo he tratado porque estos dos Capitanes o Gobernadores, Jorge Espira y su teniente Fredeman, hicieron dos jornadas diferentes la una de la otra y con diferentes sucesos en la Gobernación de Venezuela; y habiendo de tratar de sus descubrimientos y conquistas, parecióme que también era razón tratar de sus principios para más claridad de lo que de ellos tengo de escribir; y lo mismo se entenderá en lo demás que se hallare escrito en esta historia, que sea peregrino de las Indias.

CAPÍTULO II

En el cual se escribe cómo llegado a Coro Jorge Espira, luego echó la gente la vía de los llanos, y él se fué tras de ella para descubrir aquella vía; y cómo el teniente Fedreman se quedó en Coro para ir a Santo Domingo a hacer más gente

Llegado Jorge Espira a Coro, que fué por el año de treinta y cuatro, y viendo el mal aderezo que en aquel pueblo había para poderse detener ni sustentar allí tanta gente como él había traído, y los

demás que en el pueblo estaban, dió luego orden en aderezar su entrada, y porque los navíos en que había venido eran de un flamenco vecino de Sanlucar, llamado Pero Marqués no fuesen sin alguna joya de la tierra, envió cierta compañía de soldados a una provincia de indios dichos jiraharas, infamados de gente indómita y de mala digestión para con españoles, y entiendo que lo deben ser porque hasta el día de hoy se están rebeldes esos pocos que quedaron, sin querer ninguna amistad ni conformidad con los españoles que siempre han residido en Coro; y trayéndole cierta cantidad de indios de la parte dicha, los hizo esclavos, y los entregó al señor de los navíos, y con esto los despachó y se fueron la vuelta de España y él se quedó aprestando con toda diligencia para entrar la tierra adentro a seguir su nuevo descubrimiento; y porque como en el capítulo antes de este apunte Jorge Espira y Fedreman hicieron dos jornadas casi a un mismo tiempo, aunque salieron por diferentes caminos, iremos tocando por su orden de cada uno y del suceso de su descubrimiento sin hacer ninguna distinción en sus historias; más de dar entera noticia de entrambos, aunque mezclada, pero de suerte que se entienda. Queriendo, pues, salir de Coro Jorge Espira, cómo he dicho, a su descubrimiento, de parecer de algunos españoles prácticos en la tierra y diestros en la guerra de los indios, a quien suelen llamar isleños, dividió su gente en dos partes y la una, que serían doscientos, con los capitanes Cárdenas y Martín González y Micer Andrés, envió por las sierras que entiendo ser lo que ahora llaman las sierras de Carora, a pie y sin caballos por parecerles que aquella tierra tenía disposición de muy áspera y que por ella no podían ir ni atravesar los caballos, y también hizo esta división el Gobernador Jorge Espira porque aquella provincia no la tenían por muy fértil, y si todos iban juntos por un mismo camino irían en aventura de padecer hambre; encaminó esta gente delante y mandóles que le esperasen en sa-

liendo a los llanos, y él se quedó en Coro dando traza y orden cómo su teniente Fredemán se aviase para seguir su jornada; concertaron que Fredemán fuese a Santo Domingo y tomase de los factores de los Bezares todo lo que hubiese menester para caballos y avíos de soldados, y haciendo toda la más gente que pudiese se volviese a Coro, y con los soldados y capitanes que allí le quedaban siguiese su jornada por de la otra parte de la cordillera que cae sobre los llanos de Venezuela, porque Jorge Espira había de ir bajando la cordillera por la parte de los llanos y llevándola entrambos capitanes en medio, verían mejor lo que en ella había, porque como en este tiempo no se había visto lo que era la cordillera, considerábanla muy angosta y estrecha y en tal forma que la podían tomar en medio los dos capitanes, lo cual era imposible, según adelante se podrá ver; y dando Jorge Espira para todo lo dicho muy cumplida instrucción y recaudos a Fedreman, se partió de Coro con el resto de la gente y con ochenta caballos, y tomando la derrota de la Burburata por la ribera de la mar, prosiguió su camino a encontrarse con la gente de a pie, que de delante había enviado por las sierras, los cuales como eran recién venidos de España y no hechos a aquel trabajo, y el tiempo invernizo y de muchas aguas tenían por intolerable aquella manera de vivir y grangear la vida, y también, no obstante la pesadumbre que el camino y el invierno les daba, los indios naturales de las tierras por do iban les acometían muchas veces dándoles guazabaras y procurando estorbarles el pasaje. Los peones lo hicieron tan bien, que resistiendo a todas estas controversias, aunque trabajosamente, pasaron toda aquella serranía que serían sesenta leguas y fueron a dar consigo a una provincia llamada Buraure, que está al principio de los llanos y a las espaldas de donde ahora está poblada en esta propia Gobernación la ciudad de El Tocuyo, cuyos naturales eran en mucha cantidad y muy belicosos y guerreros, en tanta

manera, que desde que esta gente española de a pie entraron en su territorio, hasta que los echaron y ahuyentaron de él, nunca cesaron de darles guazabaras y alcances, y aunque los españoles tenían cantidad de arcabuces no les aprovechaban de ninguna cosa, porque el tiempo era de aguas, y los indios estaban ya tan amaestrados y diestros, que nunca venían a verse con los españoles y tener con ellos sus refriegas sino era cuando más llovía, con que salían victoriosos. Visto los españoles el daño que de los indios recibían y el que la hambre les causaba que no hallaban comida en aquella provincia, por tenerla los naturales alzada y puesta en cobro, acordaron retirarse y volver atrás a encontrarse con el Gobernador Jorge Espira y la demás gente de a caballo, que aún a esta sazón no habían llegado a donde ellos estaban; y tomando por instrumento y amparo de esta su tornavuelta la oscuridad de la noche que para esto sólo les era favorable, se retiraron y salieron de aquel sitio y poblazón donde estaban, con el mejor orden y silencio que pudieron para no ser sentidos de sus enemigos, los cuales, cada día, se iban acrecentando y tomando más avilantez y osadía por no recibir ningún daño de los españoles; los cuales, si más tiempo allí estuvieran o permanecieran, recibieran muy gran daño de los naturales. Retirados los españoles cómo está dicho, se alejaron y apartaron lo que pudieron de estos naturales, de suerte que no pudiesen ser damnificados de ellos; y aunque había pareceres que no parasen hasta donde topasen su Gobernador, los muchos heridos y enfermos que traían no les dieron lugar a que hiciesen tan larga vía o revuelta como querían. Rancheáronse o hicieron asiento en el desembocadero que dicen de Barquisimeto, donde esperaron al Gobernador Jorge Espira y a los que con él iban por la ribera de la costa que con menos trabajo que los de a pie habían llevado por llevar consigo todos los caballos e ir por tierra más apacible y andadera, y de naturales más

domésticos, ya que los soldados de a pie y sus capitanes habían descansado en el alojamiento dicho del desembocadero de Barquisimeto. Asomó el Gabernador a vista de ellos por un alto, con que se alegraron y regocijaron y aliviaron los enfermos; y juntos todos en aquel alojamiento diéronse largas noticias los unos a los otros, del suceso de sus viajes, y cada cual recontaba sus trabajos por mayores, pasando el tiempo en esto, en tanto que el Gobernador con sus consejeros daban orden en la derrota que de allí adelante se había de tomar y en el modo que se había de tener para mejor descubrir e ir viendo la tierra.

CAPÍTULO III

En el cual se escribe cómo después de junto Jorge Espira con su gente, pasó adelante hasta llegar a la poblazón de Chacarigua, donde tuvieron el invierno

Platicado el Gobernador con sus isleños experimentados, sobre la derrota y vía que habían de llevar, determinaron que debían seguir la vía de los llanos llevando la cordillera que a mano derecha tenían por guía, no perdiéndola de vista, y con esta determinación alzó el Gobernador su campo y comenzó a marchar hacia las poblazones de Buraure, que es donde habían hecho retirar a los capitanes Cárdenas y Martín González y Micer Andrés con la gente de a pie, cuyos moradores aún no habían dejado las armas de las manos, antes como gente victoriosa deseaban la vuelta de los españoles a su tierra; entendiendo desbaratarlos y gozar de sus despojos; y como entendían que no se habían alejado de ella muchas jornadas, tenían puestas sus centinelas y espías en partes altas, sobre árboles, donde por mucha distancia pudiesen señorear con la vista los caminos por do los españoles podían entrar en su tierra, y como este tiempo se acercase y la gente del Gobernador llegase a vista de los espías, ellos luego dieron aviso de ello a sus principales y gente de sus pueblos,

los cuales juntándose en gran número porque era la tierra muy poblada, muy regocijados y armados según su costumbre, salieron al encuentro fuera de su pueblo a recibir a los españoles con las armas en las manos, y no mirando en la gente y caballos que en el campo se habían acrecentado porque hasta entonces estos indios no habían visto caballos, ni sabían el daño que con ellos se hacía, arremetieron con buen ánimo a los españoles, los cuales venían apercibidos para recibir y resistir el ímpetu de los indios, y rebatiendo los españoles esta primer arremetida de los indios, sin que les hiciesen daño alguno, salieron a ellos los de a caballo y comenzaron a herir y a lancear aquella gente desnuda, aunque no de ánimo, de suerte que en breve espacio los desbarataron y constriñeron a que perdiendo su primer brío, volviesen las espaldas y cada cual procurase poner en salvo su persona, dejando hecho muy poco daño en los españoles, más de haber herido algunos livianamente, de suerte que nadie peligró, sólo mataron dos caballos. El Gobernador, habida esta victoria, se fué derecho a las poblazones de los indios y en ellas se alojó y estuvo quince días, por haber en esta sazón cargado las aguas de suerte que no se podía caminar. Es toda esta tierra de los llanos en general muy abundante de caza de venados, y como la yerba que en ella se cría son pajonales muy altos, fácilmente los alcanzan los de a caballo y los alancean, y como estas poblazones de Caraure no tenían la abundancia de comidas que para tanta gente era menester, especialmente que cómo he dicho, todos los indios fueron forzados algunos de a caballo ir a lancear o cazar venados para sustentarse y dar algún refresco a la gente que llevaban enferma, que padecían doblada necesidad, entre los cuales salió uno llamado Orejón; y apartándose de sus compañeros en seguimiento de un venado, se alejó tanto de ellos y del alojamiento que después de alcanzar y matar el venado, nunca pudo atinar a salir por do había

entrado en aquellos llanos. Los demás españoles, sin poder matar ningún venado por respecto de estar la tierra muy harta de agua y no poder correr los caballos por ella, se volvieron al real y echando menos al compañero Orejón y dando de ello noticia al Gobernador, hizo sus diligencias mandando tirar muchos arcabuzazos, para que con el estruendo de ellos pudiese atinar a salir de donde estaba, y ninguna cosa aprovechó. Finalmente, el pobre Orejón español se quedó en la campiña o sabana aquella noche, y habiéndolo visto los indios naturales andar desvariado y que se quedaba allí aquella noche, se juntaron cantidad de ellos y fueron donde estaba durmiendo, y sin que fuesen sentido lo tomaron a manos y con su propia espada le cortaron la cabeza. El caballo de este español andaba suelto y con el bullicio de los indios se espantó y se fué adonde estaban los demás españoles alojados, de donde conjeturaron su mal suceso. El Gobernador envió luégo un Capitán con gente a buscar rastro o señales de este español entre los indios, los cuales dando en cierto lugar o ranchería donde muchos indios estaban congregados y fortificados, hallaron la espada del muerto y parte de la cabeza cocida para comer y el cráneo de ella aderezado para beber en él; y con ésto no curaron de buscar más a su compañero, sino prendiendo alguna gente de la que en aquel lugar estaba, hicieron el castigo o venganza de la muerte del español, matando culpados y no culpados; a los únos por lo que hicieron y a los otros porque adelante no hiciesen daño. Pasado ésto y el tiempo dicho, se tuvo noticia de otra provincia que más adelante estaba, llamada Chacarigua, de tierra mas alta y airosa y abundante de comida, a la cual se fué luego el Gobernador con toda su gente, y alojándose en ella en parte cómoda, tuvo allí el invierno, que serían tres meses, donde se le murieron algunos españoles de los que iban enfermos y algunos otros que constreñidos y forzados de la hambre a buscar qué comer, se iban a pescar algo apartados del aloja-

miento, donde eran miserablemente muertos de los indios habitadores de aquella provincia y de tigres, de los cuales generalmente en todos estos llanos, desde su principio hasta el cabo, hay mucha abundancia, que han hecho harto daño en españoles, y en los propios naturales que por aquellas comarcas habitan, hasta despoblar y arruinar muchos pueblos de indios, dejándolos desiertos e inhabitables.

CAPÍTULO IV

En el cual se escribe cómo Fredeman envió gente la vuelta del cabo de La Vela y él se fué a Santo Domingo a rehacerse de más soldados y caballos; y la prisión que esta gente de Fredemán hicieron de ciertos soldados de Santa Marta y del Capitán Ribera que con ellos estaba.

En tanto que con los acaecimientos dichos proseguía su descubrimiento Jorge Espira, su teniente Nicolás Fredemán dio principio a su jornada y descubrimiento por muy diferente camino del que había dicho Jorge Espira, y aun con muy diferente propósito, porque juntando la gente que en Coro pudo juntar, nombró por su alcalde mayor a Antonío de Chávez y los encaminó la vuelta de la laguna de Maracaibo, para que pasando y atravesando de la otra banda de aquel ancho lago, marchasen la vuelta del cabo de La Vela, donde le esperasen y él había de acudir por mar con la gente y caballos que en Santo Domingo, isla española, había de hacer a costa de los Bezares, conforme a la facultad que para ello le había dado Jorge Espira, su Gobernador; y de allí proseguir su jornada, por el orden que se verá en el discurso de esta historia; y con este concierto y acuerdo él se embarcó para Santo Domingo, y Antonio de Chávez prosiguió su viaje con su gente, derecho a la laguna de Maracaibo, donde ya estaba un capitán llamado Martínez, que con el navío que Micer Ambrosio metió en esta laguna, y la canoa grande de quien hemos hecho mención y otros barcos, sustentaba y proveía de comidas la gente que Micer Ambrosio había de-

jado en su alojamiento o ranchería, que ya a esta sazón tenían título de pueblo, y por tal se sustentaban allí aunque trabajosamente; y este Martínez corría toda la laguna hasta la culata con obra de sesenta hombres que consigo tenía, y proveía como he dicho de mantenimiento a la gente del pueblo o ranchería, y él se aprovechaba de algún oro que rancheaba o tomaba, y de algunas piezas de indios e indias que hacían esclavos. A éste dió aviso de sus designios Fredemán antes que se fuese a Santo Domingo, mandándole que tuviese prevenido de comida aquel pueblo y alojamiento de Maracaibo para cuando su gente llegase, y él estuviese a punto con sus navíos y canoas para pasarlos a todos de la otra parte de la laguna; y a esta causa pasaron mucho más trabajos en esta sazón los soldados que con Martínez estaban, por haber de prevenir y proveer de tanta comida como para tanta gente era menester, llegó el alcalde mayor Chávez a la laguna con la gente que a cargo llevaba, y halló el pasaje puesto a punto, y en pocos días se hallaron de la otra banda alojados en el pueblo de Maracaibo, donde se entretuvieron algunos días, considerando la tardanza que el teniente Fredemán había de hacer en Santo Domingo; lo cual le fué causa de gran calamidad y trabajo, porque como esta laguna y las provincias comarcanas al pueblo había tantos años que sustentaban la gente que allí an daba, y había sustentado la Compañía y gente de Micer Ambrosio, mucho tiempo como se ha visto; ya no tenían ni hallaban mantenimientos ni vituallas en tanta abundancia como de antes, y como en esta sazón cargó tanta gente de golpe, faltaron también de golpe los mantenimientos, y así la hambre les fué causa de muchas enfermedades de que murió mucha gente, y por otra parte los tigres que en esta provincia había, andaban tan encarnizados y cebados que hicieron muy grandes daños en los indios que estos españoles tenían en su servicio y en los propios españoles. Viendo el Alcalde Mayor Chávez y los

demás capitanes que con él venían, la mortandad y destrucción que en la gente había sobrevenido, determinaron salirse de este pueblo, y dividiendo la gente en tres partes y encargándose de élla tres capitanes, salieron por diferentes caminos para que mejor se pudiesen sustentar; mas con orden y concierto de que para cierto tiempo se hallasen juntos en el Cabo de La Vela para recibir a Nicolas Fedremán que se entendía que para aquel tiempo que señalaron habría ya llegado, o llegaría de Santo Domingo. En este mismo tiempo, siendo Gobernador en Santa Marta el Oidor o Doctor Infante por la Audiencia de Santo Domingo, salieron de Santa Marta el Capitán Rivera y un Capitán Méndez por su mandado, en un navío con cincuenta de a pie y de a caballo a hacer esclavos a la Ramada, que es cierta provincia que está hacia la parte del Cabo de La Vela y Gobernación de Venezuela; y llegados allí y saltados en tierra tomaron algunos indios e indias y haciéndolos esclavos los embarcaron en el navío y los enviaron a Santo Domingo; y éllos se quedaron en aquella provincia como gente aventurera procurando haber algún oro por fuerza, o de grado, entre los naturales de aquellas provincias; dende a poco tiempo murió el Capitán Méndez y quedó el gobierno de la gente en el Capitán Rivera, el cual por impedimento de algunos ríos que con la fuerza del invierno traían mucha agua, no había podido volverse por tierra a Santa Marta aunque lo había intentado algunas veces, y estando alojado en la provincia, o junto al río de Macomite, el cual por ser caudaloso y venir muy crecido les había impedido la vuelta y pasaje, envió obra de veinte hombres a buscar comida hacia la parte de la laguna de Maracaibo, por donde la gente de Fredemán iba marchando; y de una de las compañías de Fredemán que no lejos de este lugar estaba alojada, había, a la propia sazón, salido una escuadra con veinticinco hombres a buscar también comida hacia Macomite, donde el capitán Ribera estaba alojado; y yendo la escuadra

de los de Fredemán que se decía Murcia, marchando por un camino que no debía ser muy escombrado ni muy derecho, oyó ruido y estruendo que los soldados de Ribera iban haciendo, y reparándose y emboscándose con los soldados que con él iban, llegaron dos o tres de los soldados de Santa Marta muy descuidadamente, a los cuales tomó Murcia, y desarmándolos los metió entre los suyos y esperó allí a los demás que desordenadamente y apartados unos de otros iban caminando; y como iban llegando sin hacer ningún alboroto, los recogía y desarmaba hasta que los juntó todos muy pacíficamente y con ellos dió la vuelta a donde estaba o había quedado su capitán, el cual, sabida aquella nueva y como por allí andaba gente de Santa Marta, procuró luego reducir y juntar así la otra gente de su compañía que andaba dividida para mejor sustentarse, como se ha dicho, y juntos todos los capitanes y soldados de Fredemán, ordenaron de tratarse y hablarse con el capitán Ribera, o por grado o por fuerza, traerlo con toda su gente a su compañía, lo cual intentado hicieron fácilmente, porque viéndose Rivera con tan poca gente y que el tiempo le era contrario para poderse retirar y recoger hacia Santa Marta con los compañeros que le quedaban, acordó condescender con aquel género de violentos ruegos, con que era más forzado que rogado por los capitanes de Fredemán; y así se juntó con ellos creyendo que fácilmente le darían lugar a que se volviese a Santa Marta; más los capitanes de Fredemán y su alcalde mayor Chavez, no se hallaron con tal parecer; antes determinaron de tenerlo consigo a él y a toda su gente hasta que el teniente Fredemán viniese de Santo Domingo, y él hiciese lo que quisiese de ellos, y con este acuerdo se estuvieron todos juntos pasando el invierno con harto trabajo y hambre.

CAPÍTULO V

Cómo pasado el invierno, el Gobernador Jorge Espira marchó hasta llegar a las riberas del río Opia, donde tornó a invernar y cómo en el camino prendió a Francisco Velasco con su teniente y lo envió a Coro por ciertas palabras que dijo

Ya que el alegre tiempo del verano le entraba a Jorge Espira y las aguas se aplacaban, aprovechándose de la ocasión que el tiempo le ponía en las manos, porque hasta entonces, aunque por la hambre había sido forzado a mudarse de aquel alojamiento de Acarigua, las aguas de que había estado cercado, no le dejaban efectuar su voluntad, se mudó y pasó más adelante con su gente y campo a una provincia llamada Amorodore, en la cual se alojó y rancheó para que la gente se reformase de la hambre que traían de atrás; porque como en esta provincia no se había hecho daño ninguno hallaron en élla abundantemente de comer, y también era grande impedimento y estorbo el caminar y así porque por ser aquella tierra llana, aún no se habían escurrido ni enjugado las aguas, se estuvo en esta poblazón y alojamiento un mes, donde los naturales de élla deseando echar de sí tan malos huéspedes como los españoles era por los daños que en sus comidas y aún personas de éllos recibían, convocándose y juntándose muchos indios tomaron las armas en las manos para echar de allí a los nuestros, más ninguna cosa les prestó, porque dos veces que acometieron a dar en sus enemigos, fueron con mucha facilidad rebatidos y auyentados tan amedrentadamente que nunca más osaron juntarse ni tomar las armas en las manos; antes, apartándose todo lo que podían de los españoles, les dejaban gozar con quietud de sus casas y haciendas y de todo lo demás que entre manos tenían, en pago de lo cual les habían muerto dos caballos. Después del tiempo dicho pasó el Gobernador adelante con su gente prosiguiendo su descubrimiento por la falda de la sierra

y cordillera que siempre llevaba a mano derecha, y llegó a otra provincia de indios llamados Coyones bien poblada y la gente belicosa y guerrera y de buen coraje en las guazabaras y de diferente lengua de la de atrás. Alojóse en esta provincia la gente española y pretendiendo los naturales de ella ganar más honra que los de atrás, salieron de mano armada y con buena orden acometieron a los nuestros, los cuales aunque estaban ya puestos a punto para recibir a los enemigos no dejaron de tardar en desbaratarlos por ser gente que les duraba el brío algún tiempo: y aunque fueron maltratados y desbaratados de los españoles, todavía les pusieron en condición de matar al Capitán Montalbo al cual quitaron la lanza y derribándolo del caballo se lo llevaban a manos vivo sino fuera socorrido de algunos soldados que lo defendieron y quitaron de las manos de los indios; hirieron y maltrataron a otros españoles más no murió ninguno. Acometieron otras dos veces estos indios y siempre fueron frustrados de sus designios con daños de sus personas. De esta provincia de Coyones pasó adelante Jorge Espira con su gente y llegó a las provincias y ríos que dicen de Varinas, que es a las espaldas de donde está ahora poblada la ciudad de Mérida del Nuevo Reino. Allí se rancheó y alojó el Gobernador con su Compañía por descubrir y ver si por allí cerca hubiese entrada para atravesar la sierra. Estuvo en este sitio o alojamiento muchos días Jorge Espira con gran daño de su gente por que se hallaba poca comida y había muchos enfermos que les era gran impedimento y estorbo para seguir su descubrimiento y jornada con la diligencia necesaria, de donde redundaba aquel Gobernador hiciese tantas paradas y sintiese la gente tanto la hambre de tal suerte que muchos días se sustentaron con solamente palmitas y otras comidas silvestres y no conocidas, causadoras de mayores enfermedades y males; y estando en esta necesidad tan extrema tuvo noticia el Gobernador que en la sierra o cordillera se hacían ciertos valles poblados de indios en que habría

abundancia de comida, el cual luego envió a su Teniente llamado Francisco de Velasco con doscientos hombres y algunos caballos y le mandó que llegase con los caballos hasta el pie de la sierra y que quedándose él en unos poblezuelos de indios que allí había con alguna gente, enviase la de más arriba a atraer comida y le proveyesen de todo el maíz, yuca y batata y sal que pudiesen, que era todo bien menester. El Teniente Francisco Velasco se partió con la gente y llegando al pie de la cordillera hizo lo que el Gobernador le había mandado, quedándose él allí con cincuenta hombres y enviando los demás a lo alto para el efecto dicho con un caudillo llamado Nicolás de Palencia, los cuales caminando hallaron un bohío redondo muy grande, hecho en un arcabuco o montaña, en el cual había más de mil y quinientas fanegas de maíz, y alegrándose los soldados con tan buen encuentro, pararon allí con el servicio de indios e indias que llevaban, de donde salían a correr los pueblos y lugares de alrededor, prendiendo alguna gente de la que por allí había, rancheándoles esa miseria que tenían, donde hubieron alguna provisión de sal conque restauraron algún tanto la mucha falta que de ello todos tenían; y enviando de este bohío redondo la gente que pudieron cargada de maíz y otras raíces y sal, se quedaron los más de los soldados en guarda de aquel bohío, porque si lo desamparaban los indios, no les escondiesen el maíz. El Francisco de Velasco holgóse con el recado y comida que le habían traído de la sierra y procuró que se llevasen dos o tres camínos *(sic)* de comida adonde el Gobernador estaba con los enfermos, y procuró informarse de las gracias que Jorge Espira le daba por el socorro de la comida que le había enviado, al cual dijeron que estaba algo quejoso por lo poco que le habían llevado, y amohinándose el Velasco de estas nuevas dijo: "Oh cuerpo de tal con el Gobernador, pues voto a tal que si él tiene allá ciento de capa blanca, yo tengo acá doscientos de capas negras"; y con esto recogió la gente y fuese donde Jorge

Espira estaba. A algunos amigos del Gobernador les pareció mal estas palabras del Francisco de Velasco, y dando aviso de ello al Gobernador lo indignaron contra él, de tal suerte que luego procediendo contra Velasco lo prendió y aprisionó con todo recado e hizo sus informaciones muy bastantes de lo que había dicho, y consultando el negocio con los capitanes y personas principales que en el campo traía, les pidió parecer de lo que se debía hacer, los cuales acordaron que debía echar de sí a Velasco, porque no hubiese tantos superiores. Visto esto y que ningún bien habían de causar al teniente, y así de parecer de todos, acordó el Gobernador echar de sí a Velasco enviándolo a Coro con toda la gente enferma que en el campo había y algunos sanos para su resguardo y custodia. Envió asimismo un capitán con una compañía de soldados para que acompañasen aquella gente enferma y presa hasta echarlos fuera de las provincias que atrás quedaban, que eran de gente belicosa y guerrera, sin que recibieran de ellos ningún daño. Hecho esto y vueltos los que acompañaron al teniente Velasco y enfermos, prosiguió su descubrimiento el Gobernador con su gente los llanos adelante y como el tiempo era ya del todo enjuto y los ríos venían muy mansos, no se detenían en ninguna parte; antes, caminaban con toda ligereza, pasando por muchas provincias pobladas de gentes diferentes unas de otras y de diferentes lenguas y nombres, con todos los cuales no dejaron de tener algunos recuentros y guazabaras, más no de suerte que les impidiesen el caminar. Llegaron a los ríos famosos por su grandeza llamados Apure y Sarare; como era verano, fácilmente los pasaron porque la tierra es llana y ellos van derramados y extendidos y muy sosegados y mansos. Y sin estos otros muchos ríos de mediana grandeza que también suelen impedir el pasaje a los descubridores, como son los ríos Casanare, de igual grandeza que los nombrados, y Pauxoto y Sosubana y el Temeri y Guanaguanare y Opia y Haya

y Graubiare y Papamene, todos éstos que salen de la sierra y cordillera dicha, cuyos nombres referidos son los propios que los naturales les tienen puestos. Y caminando ya que el invierno entraba, llegaron a un río llamado Opia, a la ribera del cual había algunas poblazones de indios, donde pareció al Gobernador y a sus capitanes ser parte acomodada para tener y pasar el invierno por poderse proveer y sustentar de las comidas y mantenimientos que los naturales de estos pueblos tenían para su sustento; y así hicieron su alojamiento y ranchería en el mejor y más alto sitio que les pareció de estos lugares y pueblos que a la ribera del río Opia estaban.

CAPÍTULO VI

Cómo el teniente Chávez llegó al cabo de La Vela y halló allí al teniente Fredemán que había venido de Santo Domingo; y cómo el capitán Ribera y los demás soldados de Santa Marta fueron sueltos

El río de Macomite, en cuyas riberas la gente y capitanes del teniente Fredemán invernaron, había ya bajado y el invierno cesado, cuando el teniente Chávez y los otros caudillos determinaron pasar adelante con su descubrimiento la vía del cabo de La Vela; y dejando en aquel alojamiento o invernadero toda la gente enferma porque no les fuese estorbo ni impedimento en su jornada, pasando el río Macomite prosiguieron adelante y comenzaron a entrar entre algunas gentes belicosas y desnudas, salteadoras y vagabundas, las cuales no habitaban en poblazones ni en lugares conocidos, sino metidos en montañas, ni menos cultivaban las tierras para sustentarse, ni cogen ningún género de frutas de ellas, así por ser como he dicho estas gentes enemigas del trabajo como por ser la tierra algo estéril, mas con todo eso, no hay campo que si lo cultivan no lleve fruto. El sustento y mantenimiento de estos indios es carnes de venados que hay por allí en abundancia y pescados que en aquella comarca

se toma mucho, y por pan comen ciertos puches o mazamorras hechos de una semilla muy menuda, como mostaza, que la tierra por allí produce de suyo. Estos indios, aunque están tan divididos, son en cantidad; salieron diversas veces a acometer a los españoles con muy buen brío, y como era gente muy suelta y diestra en el guerrear, hiciéronles poco daño los nuestros y ganaron con ellos poca honra, porque en un rencuentro o guazabara que tuvieron los unos con los otros, perdieron los españoles un capitán llamado Avellaneda de Guzmán, con otros seis soldados que a manos vivas les tomaron los indios, y les pusieron en condición de perder más gente; y así tuvieron los nuestros por más acertado el pasar adelante que el pretender sujetar estas gentes, pues con ellas no se podía ganar ninguna honra ni aun hacienda, porque no tenían oro ni otras riquezas de que pudiesen ser aprovechados. En esta propia jornada y descubrimiento hallaron estos descubridores en la costa de la mar cuatro navíos de españoles hechos pedazos y las gentes de ellos tendidas por la playa y costa y arenales de la mar, todos muertos, que pareció haber perecido de hambre y sed, sin que en ellos hubiese señal de haberlos muerto ni llegado a ellos indios, ni menos pudieron atinar qué gente fuese ésta. Pasados los españoles de las tierras de estos salteadores y entrando entre otra gente más doméstica, acordaron enviar por la gente enferma que habían dejado en el alojamiento del río Macomite y enviando a la ligera tres soldados, buenos peones y atrevidos, que fueron Alonso de Olalla y Alonso Martín de Quesada y Diego de Agudo, les mandaron que fuesen a dar aviso a la gente enferma que se apercibiesen y estuviesen a punto para cuando los caballos llegasen por ellos, que luego se partiesen. Otros tres soldados españoles con solas sus personas, espadas y rodelas, se metieron temerariamente por entre las provincias dichas y por otras, aventurándose a ser presos de los indios, y queriéndolos Dios guardar pasaron sin recibir ningún daño

y llegaron al alojamiento donde había quedado la gente enferma, de los cuales hallaron muy pocos vivos, que con las enfermedades y hambres y poco refrigerio todos los más se habían y estaban muertos en sus propios lechos y hamacas, sin que los vivos, que eran bien pocos, los pudiesen enterrar ni dar sepultura, ni aun creo que usar los unos con los otros de ninguna obra de misericordia. Los tres soldados quedaron admirados de ver la mortandad que en el alojamiento hallaron y los que estaban vivos sintieron tanto placer en verlos, que olvidados de sus enfermedades saltaban de las camas a congratularse con ellos, dando no sólo con palabras muestras de su alegría, más con abundancia de lágrimas que de sus ojos vertían. Entre sanos y enfermos determinaron hacerse un convite o banquete para mejor celebrar su alegría y contento, y para efectuarlo mataron un borrico pequeño que amaneció * en aquella ranchería y con dos pares de bollos de maíz que á los tres soldados les había sobrado del matalotaje, a medio asar la carne se sentaron a comer; por lo cual entiendo que aún hasta ahora no la han digerido algunos. Con esta cena o convite y con el contento dicho, se esforzaron los enfermos y cobraron ánimo para mejor sufrir su calamidad, y de allí adelante lo pasaron mejor porque con algunos bledos que los soldados que en socorro habían ido les cogían y cocían de los que había por allí nacidos, se sustentaron hasta que llegaron los caballos y subiéndolos en ellos caminaron a donde estaba la demás gente; y como estaban tan debilitados y consumidos y los regalos que se les hicieron fueron tan pocos y el caminar a caballo suele matar los sanos cuanto más los enfermos, se iban muriendo por el camino hasta que llegaron a juntarse con los demás españoles donde esos pocos que vivos quedaron fueron reformados y curados, y dende a poco se partieron de este alojamiento donde habían estado esperando los enfermos, y prosiguiendo su derrota caminaron al-

* Nota.—En el original se lee *remamaneció*.

gunos días trabajosamente, al cabo de los cuales llegaron al cabo de La Vela, donde hallaron al teniente Nicolás Fredemán que era ya llegado de Santo Domingo con ochenta hombres y cantidad de caballos y comida que había recogido de por allí cerca y él había traído de Santo Domingo. Alegráronse mucho todos estos capitanes y soldados de hallar allí a su general por el buen socorro que les tenía de comida y ropa para vestirse. Fredemán asimismo se holgó de ver su gente aunque no dejó de sentir la mucha que le faltaba y se había muerto. Luego su teniente o alcalde mayor. Antonio de Chávez, le dió noticia de cómo estaban con ellos el capitán Ribera que con ciertos soldados había salido de Santa Marta a hacer esclavos como se ha dicho, y que por hallarlo en su jurisdicción o Gobernación, él los había preso y los tenía allí para que hiciese de ellos a su voluntad. El Gobernador Fredemán mandó luego parecer ante sí al capitán Ribera y a los demás soldados que con él salieron de Santa Marta, y les habló muy afablemente induciéndolos a que lo siguiesen de su voluntad, en fin de lo cual les dijo que él tenía por señor y padre al doctor Infante, Gobernador de Santa Marta y Oidor de Santo Domingo, por cuyo mandado había venido allí, al cual no quería disgustar ni dar ninguna pesadumbre, que aunque lo habían hecho mal en entrar a hacer esclavos en aquella tierra que era de su distrito, lo de hasta allí pasase y dende en adelante no lo hiciesen sino que se recogiesen a su Gobernación, y si entre ellos había algún soldado que de su voluntad quisiese quedarse en su compañía, que él se lo agradecería y tendría muy particular cuenta con su persona, y si nó que ninguno quedase y fuesen con la bendición de Dios, ofreciéndoles si habían menester, algún avío o socorro para su camino. El capitán Ribera y sus soldados tuvieron en mucho el parlamento que Fredemán les había hecho tan acompañado de buenos cumplimientos y amorosas palabras y ofrecimientos, que si no lo tuvieren en aquel tiempo por cosa fea el no

volver a dar cuenta a sus gobernadores, desde luego se quedarían con él; mas, forzados de esta costumbre se despidieron y apartaron de Fredemán para irse la vuelta de Santa Marta, excepto tres soldados que usando de su libertad no quisieron seguir a su capitán Ribera y se quedaron allí con el general o teniente Fredemán, el cual se detuvo en este alojamiento del cabo de La Vela algunos días, intentando, con cierto artificio de rastros, si podía sacar perlas de la mar; lo cual por entonces fué de ningún efecto y fué en vano su trabajo; mas, ahora entiendo que gozan de ello los vecinos del río de La Hacha, que cerca de este cabo de La Vela habitan, los cuales han sacado y sacan muy gran cantidad de perlas, de donde Fredemán no las pudo sacar; el cual viendo cuan mal le iba con la grangería de las perlas, determinó dejarla y dar orden en la prosecución de su descubrimiento y jornada en la forma que adelante se dirá.

CAPÍTULO VII

En el que se escriben algunas cosas de las que al Gobernador Jorge Espira y a sus soldados les sucedió en el invernadero del río Opia, y cómo pasó de allí adelante

Con la fuga de las aguas del invierno creció tanto el río de Opia, en cuyas riberas se había alojado el Gobernador Jorge Espira con sus compañeros, que con su inundación cubrió muchas tierras comarcanas al alojamiento, con que causó muy gran daño a los españoles que con esto eran impedidos a no poder salir a poblazones apartadas a buscar comida, y así les sobrevino tan aflijida hambre que les causaba enfermedades y otros daños con que eran muertos; y por otra parte eran dannificados de los tigres que como a lugar más alto y seguro de las aguas se habían recogido muy gran cantidad de ellos, adonde el real de los españoles estaba alojado, que en pocos días les habían

llevado delante de los ojos y aun casi de entre las manos muy gran cantidad de indios e indias ladinos que les servían y entre ellos algunos españoles. Y entre otros a quienes esta desgracia les sucedió, fué a un Manuel de Serpa, portugués, que habiendo salido con otros compañeros a coger cierta fruta, no muy desviado del alojamiento, llamada hobos, que era el principal mantenimiento con que se sustentaban los españoles, un tigre llegó desvergonzadamente y con su bruto y cruel atrevimiento, delante de los demás españoles le dió con las manos un golpe o manotazo a este portugués en la cabeza que la hizo pedazos, y pasando por entre los demás el tigre armado o enrizado no hubo quien osase herirle ni hacerle mal ninguno, traían estos animales tan amedrentada toda la gente, que hasta los caballos sentían el daño y no osaban salir ni apartarse del alojamiento a pacer por estar algunos heridos y lastimados de ellos. Las espías que para resguardo del campo se suelen poner en lugares acomodados para ello y junto a los caminos por donde más el peligro se teme, no daban lugar los tigres a que así se hiciese ni se guardase en esto ni en otras muchas cosas la disciplina militar, mas interrumpiéndolo todo eran causa que los que hacían la guardia y servían de espías y velas, hiciesen sus oficios encima de árboles muy altos a donde aún del todo no se tenían por seguros según las astucias y traiciones de que usa este carnicero animal por haber y matar alguna persona; y viendo el Gobernador la calamidad que su gente padecía por falta de comida, acordó que se hiciese una balsa de maderos livianos para en ella atravezar el río de Opia y pasar a un lugarejo que de la otra parte estaba, a proveerse de alguna comida; y poniendo en efecto este acuerdo hicieron la balsa en quince días, bien grande, en que cabían buen golpe de gente la cual echaron en el agua y en ella entraron todos los soldados que cupieron y con su cierta manera de remos y otros soldados, buenos nadadores, que yendo por el agua nadando tiraban con cabullas

o sogas de la balsa para ayudarla a navegar y pasarla de la otra banda, comenzó a engolfarse en aquel ancho río y llegando al medio de la corriente y fuga del agua, fué fácilmente desbaratado el gobierno de la navegación y llevándola el río con la corriente, fueron todos los españoles que en ella iban puestos en condición de ser muertos, porque los indios que de la otra banda estaban viendo que la industria de los nuestros no había sido tal que bastase a cortar por la coriente del agua y atravezar el río, antes habían sido señoreados y sojuzgados de el, llevándolos el agua por do había querido, prestamente entraron en sus canoas con sus remos o canaletes y armas en las manos y enderezando las proas a la balsa partieron con ánimos de ganar una buena victoria y haber en su poder toda la gente que en la balsa iba, si sus designios no fueran estorbados con la muerte de un español de los que habían salido nadando delante de la balsa llamado Francisco de Cáceres que en el río toparon sobre el agua, los cuales ocupándose y teniéndose a dar la muerte a este español que con sumirse debajo del agua muchas veces los entretuvo muy gran rato, hasta que la balsa de nuestros españoles por la propia agua y combates del río fué restituida a tierra hacia la parte donde estaban alojados los españoles, donde luego los que dentro iban desamparándola se metieron por la montaña adentro huyendo cada cual como podía, temiendo que aún por la tierra irían con las canoas los indios bogando en su alcance, según sacaron los ánimos amedrentados de aquella tribulación; acabados los indios de dar la muerte a Francisco de Cáceres, soldado afamado entre estas Compañías por su buen brío e industrias en cosas de guerras, fueron en seguimiento de la balsa la cual hallaron sin ninguna gente y llevándosela consigo se andaban regocijando en ella por el agua, trayéndola de una parte a otra, dando muy grandes muestras de alegría como gente que solo aquello tenían por entera victoria y que su barbaridad no al-

canzó aprovecharse de tan buena ocasión como tuvieron para hacer más daño en los nuestros y haber una victoria harto notable, pues en ella habían a las manos los más y mejores soldados de la compañía conque quedaba todo el resto de la gente perdida por estar muchos o los más de éllos enfermos y no para tomar armas en las manos. Con estos trabajos y otros que mi pluma calla por parecer increíbles, pasó el invierno y las aguas aflojaron, de suerte que un poco más arriba del alojamiento por cierto vado apacible quo el río Opia por aquella parte hacía, lo pasaron los nuestros y comenzaron a marchar por entre gentes de diversas y diferentes lenguas que por no tener intérprete que las entendiese para saber cuales eran y los nombres de sus provincias y pueblos, no van aquí escritas en este discurso, que sería en el paraje de los chiscas o laches, llamado Chita y el cucuy por donde después se siguó el camino de la Gobernación de Venezuela al Nuevo Reino. Hubieron estos españoles un indio, que aunque oscuramente era entendido de cierto faraute que en el real traían, el cual dió el Gobernador Jorge Espira muy entera relación del nuevo Reino de Granada porque a esta sazón estaban en el paraje de él, declarándoles muy particularmente las muchas riquezas que los naturares poseían y los muchos y grandes señores que en él había con la muchedumbre de naturales; y que la sal y mantas que por allí habían entre aquellos indios de lo llano por donde andaba toda, bajaba del Nuevo Reino; dándoles también a entender que para señorear y sujetar tantos señores y naturales como en aquella tierra había, eran muy pocos los españoles que él allí había visto, prefiriéndose este Indio a meterlos en la tierra que les decía, y aunque en alguna manera hallaban los españoles por allí algunas señales de lo que el indio decía, no del todo eran promovidos sus ánimos a seguirlo, pues lo guardaron tan flojamente que se les huyó una noche y por huírse el pobre indio cayó de una barranca abajo en un río que cerca es-

taba donde se mató y fué comido bien en breve de los peces, porque yendo otro día a pescar al propio lugar un español tomó un pez crecido, en el buche del cual hallaron la natura y compañones todo junto de este indio y aunque después por persuación de algunos buenos soldados fué persuadido Jorge Espira a enviar gente a descubrir este reino y salieron al efecto cierta compañía de soldados con un Juan de Villegas que después gobernó aquella provincia de Venezuela, no hicieron cosa ninguna que les aprovechase porque hallando la subida de la sierra dificultosa para caballos se volvieron desde ciertos pueblos que algo metidos en la cordillera estaban, donde tomaron cantidad de mantas y sal de las que del Reino bajaba; y con esta su flojedad dejaron casi como de entre las manos este pedazo de prospera tierra con que después con no menores trabajos y calamidades de los que esta gente pasó, pero con mejor fortuna y más obstinados ánimos, descubrieron por muy diferente derrota de esta y conquistaron y sujetaron el Teniente Gonzalo Jiménez de Quesada y sus conmilitones, tres años después del acontecimiento de Jorge Espira con que ilustraron y perpetuaron sus buenos hechos y hazañas y mereció dignamente el Teniente y General Jiménez de Quesada ser adelantado del Nuevo Reino y sus soldados y compañeros en el trabajo gozar de una prospera quietud con que descansadamente hoy gozan de los frutos y esquilmos de aquella tierra justamente por éllos merecidos y de esta propia adversa fortuna participó Micer Ambrosio como en su historia trata, pues hallándose el año de veinte y nueve, no diez leguas ni aún ocho de esta provincia del Nuevo Reino, por la parte por donde al presente está poblada la ciudad de Pamplona en el Distrito del propio Nuevo Reino, dejó de seguir su descubrimiento como lo llevaba encaminado y dando la vuelta sobre mano izquierda, inclinándose a ciertas poblazones de gentes chitarera que de aquella parte había, fué dende a pocos días muerto, y su gente se volvió

a la laguna de Maracaibo por diferente camino del que había llevado, y de allí a Coro.

CAPÍTULO VIII

Cómo pasando adelante Jorge Espira con su gente, dieron en una poblazón que por su fortaleza llamaron Salsillas y de cierta noticia que tuvieron de un gran río que presumieron ser el Marañón

No pasó el Gobernador con su gente por las tierras y poblaciones que en suma y algo oscuramente referí en el Capítulo antes de éste, tan pacíficamente que no le matasen y descalabrasen e hiriesen algunos soldados, de suerte que le fué necesario detenerse algunos días adelante de donde intentó entrar en el Nuevo Reino, hasta tanto que sus enfermos tuviesen mejoría y convalecieron de tal manera que aunque trabajosamente estuvieron para caminar y pasando adelante con su largo y trabajoso descubrimiento con sobra de buena esperanza, porque algunos indios que se habían tomado por las provincias por do habían pasado, astuta y malvadamente, a fin de echar los españoles de sus tierras, y conociendo en alguna manera aunque bárbaros y de rústicos ingenios la pretensión de los españoles, que era haber muchas riquezas de oro y plata, de lo cual, aunque aquellos bárbaros carecían no dejaban de tener algún conocimiento de muy lejos, especialmente que el Gobernador les mostraba algunas piezas que de estos metales llevaba, y así casi todos los indios parecía que por aviso del demonio estaban tan conformes que uno de otro no discrepaba en dar muy buena relación y noticia al Gobernador Jorge Espira, de que adelante por la derrota que iba, hallaría tanta abundaneia de aquellos preciosímos metales que cargarían muy muchos caballos de ellos en llegando, y con esto añadían calidades de gentes vestidas de mucha gravedad y majestad que lo poseían y con otros falsos colores que a sus pláticas daban, henchían los ánimos de los soldados de

una tan buena y loca esperanza que ciegos y llenos de codicia pasaban por muy intolerables trabajos y no estimando los que delante se les ofrecían ni escarmentando como suelen decir en cabeza agena, pues cada día veían disminuir y apocar el número de la gente de su compañía con miserables muertes que recibían, unos de hambre, otros de cansados y trabajados, otros comidos y despedazados de bravos tigres y otros de diferentes géneros de enfermedades que les daba, más usando de sus invencibles ánimos, aunque temerariamente, siempre proseguían adelante con su descubrimiento y jornada; y así dieron de repente y sin pensarlo, casi desapercibidos de comidas, en una tierra algo áspera y quebrajosa, en parte montuosa y en parte rasa, de muy rara poblazón y estéril de comidas, donde se tomaron algunos indios, los cuales, siendo interrogados por sus farautes, dieron noticia que cerca de allí, sobre la mano izquierda, estaba un pueblo grande, bien proveído de mantenimientos y de otras cosas. El Gobernador, con codicia de ver y saber lo que era, si por ventura fuese el principio de la noticia que de atrás traía, hizo asentar su campo en la parte más alta que le pareció y enviando una buena compañía de soldados de los más dispuestos para ello, les dió naturales que los guiasen por buen camino, los cuales, apartándose algunas jornadas de la demás gente, llegaron a un cerro y poblado de crecidas montañas y arcabucos, lo alto y cumbre del cual era raso y llano y en él estaba un lugar o pueblo de hasta cien casas o bohíos grandes, el cual, demás de la fortificación con que la naturaleza lo había dotado, artificialmente por la industria de los indios y moradores de aquel pueblo, tenía hecho un palenque de gruesos troncos de palma, muy espinosos y puyosos; apretados y abrazados unos con otros, de mediana altura; junto con esto y alrededor del mismo palenque, tenía hechas muy hondas cabas, dentro de las cuales estaban hincadas muy largas y altas puyas, las puntas para arriba y cubier-

tas estas cabas muy sutilmente con muy delgadas varas y tierra encima y sobre la tierra de las cabas sembradas algunas yerbas para más disimulación, que ninguno que no lo hubiera visto pudiera presumir que allí hubiese aquellos hoyos, ni que gente de tan rústicos ingenios como son aquellos indios tuviesen capacidad para inventar semejante manera de fuerza y custodia para su pueblo y personas. Llegados nuestros españoles como se ha dicho a vista de este pueblo y palenque, luego que fueron juntos determinaron de arremeter y asaltarlo porque la cerca no era muy alta, y como de tropel se fuesen llegando sin mirar por do iban, uno de los de la compañía llamado Miguel Lorenzo anticipóse de los demás queriéndose nombrar y ganar honra, más como no mirase donde ponía los pies, fué engañado con el artificio e ingenio de aquellos bárbaros y cayó dentro de un hoyo de aquellos, y como los demás viesen que el compañero no parecía, presumiendo el engaño que en la tierra había, se repararon y fueron llegando atentadamente hasta donde el soldado se había sumergido, y hallándolo vivo, porque cayó casi de lado entre las puyas y estacas del hoyo, no había recibido lesión ninguna, y echándole ciertas varas largas en que se asiese, lo sacaron con toda presteza del hoyo, sin que los indios tuviesen lugar de tomar las armas y ofenderles, pero aunque cuando acudieron estaba ya fuera el español, ellos comenzaron desde lo alto del palenque a arrojar innumerable cantidad de flechería y muchas lanzas y dardos con que hicieron retirar a los españoles y los arredraron del palenque, hiriéndoles algunos soldados y sin recibir ellos daño alguno, quedaron victoriosos, porque aunque los nuestros aquel propio día y otro después diversas veces procuraron con buenos ardides asaltar el palenque, fueron siempre rebatidos de los de dentro, sin poder hacer ningún daño en ellos, y considerando cuán fortalecido estaba aquel pueblo y que si perseveraban en quererlo tomar, su obstinación sería de ningún efecto; y así tenida por

temeraria y loca, acordaron dejar aquel pueblo con su victoria, al cual por parecerles con aquella manera de fortificación inexpugnable para las armas que tenían con que arruinarlo, le pusieron por nombre Salsillas, casi en memoria de la inexpugnable fuerza de salsas que en Cataluña está. Solamente hubieron de este pueblo una india con una criatura de hasta siete u ocho años, con la cual por presa de su trabajo se volvieron adonde había quedado su Gobernador alojado, sin llevar otro recurso ni proveimiento de comida, que fué harto desconsuelo para todos. El Gobernador tomó la india y con sus intérpretes procuró inquirir y saber de élla si se hallaría por allí cerca comida alguna, la cual le respondió que ciertas jornadas de allí había mucha abundancia de maíz y de otras cosas de comer, pero que habían de ir por unas ciénegas y manglares, tierra muy mala y de perverso camino, y después habían de llegar a un río muy caudaloso, por el cual habían de ir en canoas a donde la comida estaba. La necesidad que de ella había, hizo que al Gobernador no le pareciese nada dificultoso este camino para sus soldados; luego mandó apercibir los que les pareció y dándoles por caudillo uno de aquellos capitanes y a la india para que los guiase, les mandó que fuesen a traer el bastimento que pudiesen y que llevasen atada y con todo recaudo aquella india que habían de llevar o llevaban por guía, la cual si se les iba, sería en vano su trabajo y pondrían la gente en riesgo de perecer de hambre. A este río, de que esta india dió noticia, algunos en aquel tiempo quisieron afirmar que era el río Marañón, y no es de maravillar que lo tratasen, pues entonces no había la claridad que de él y de otros muchos ríos muy caudalosos ahora hay; y más lo cierto es que este río no es el Marañón, por donde bajó Orellana de Perú y después la gente de Aguirre, porque desde este paraje hasta las provincias, de donde se volvió perdido este Gobernador Jorge Espira, hay muy grande distancia de tierra y se pasan otros mu-

chos ríos caudalosos, que aunque todos se juntasen, no llegarían a hacer un río que con alguna similitud pudiese ser comparado con el Marañón. Demás de esto, sin lo que este Gobernador caminó prolongando la sierra y cordillera que sobre mano derecha llevaba, sin encontrar río que con su grandeza le impidiese el pasaje, como el Marañón lo hiciera; casi por el mismo camino caminaron después otros capitanes con número de gentes como fueron Hernán Pérez de Quesada, hermano del adelantado del Nuevo Reino, que prolongando la cordillera fué a salir a las espaldas de Pasto, según en su historia se dice, y después de él anduvo Felipe de Utre, que salió de la Gobernación de Venezuela, y después Don Pedro de Silva que salió del Nuevo Reino, y con haber como he dicho, más claridad, y pasado más adelante de este paraje de Jorge Espira, jamás ninguno se afirmó haber visto el río Marañón para afirmarse en ello, más de divisar desde lejos grandes aguas que presumían ser él. He querido dar aquí esta claridad y relación sobre este caso, porque ninguno debe tener por cierta la opinión que algunos quieren sustentar de que los Gobernadores y capitanes que de Venezuela y de Cubagua salieron antiguamente a descubrir, hubo algunos que llegaron a las riberas del río Marañón, también porque lo dicho es materia conveniente a lo que en el capítulo siguiente tengo de tratar; y para más comprobación de mi opinión que es la que en él apuntaré.

CAPÍTULO IX

En el cual se escribe cierta noticia que una india dió a Jorge Espira, de que había españoles perdidos cerca de donde estaba alojado, y cómo de aquí nació la opinión de la gente perdida de Ordaz y lo de El Dorado

El caudillo que el Gobernador Jorge Espira enviaba a buscar comida, tomó la india que para guía le había dado y pretendiendo guardarla desde luego con cuidado, atóle una cabulla o soga al pescuezo

por prisión, que es una cosa muy usada entre gentes de jornadas, cuando así van en descubrimientos. A los indios que les van sirviendo y les llevan sus cargas y comidas les ponen esta manera de prisión para que demás del trabajo que llevan en ir cargados y fuera de sus casas y naturalezas, vayan sujetos a una perpetua servidumbre. Viéndose, pues, esta pobre india enlazada por el pescuezo, comenzó a quejarse de la crueldad y tiranía que con ella usaban estos españoles y a decir que a élla la habían tenido sujeta otros españoles, pero que no lo habían hecho tan severamente con élla ni le habían puesto aquella manera de prisión; antes, después de haberse servido libremente de élla el tiempo que les pareció, le habían dejado y enviado con todo contento a su casa, y como el faraute o intérprete diese noticia de esto que la india había dicho, causóles grande admiración y los hizo estar perplejos, considerando qué pudiese ser aquello, pues hasta entonces nunca por aquella vía había pasado ninguna gente de ninguna parte a descubrir; antes, ellos eran los primeros descubridores de aquellas tierras; y con esta confusión, el Gobernador llamó a la india y le tornó a repreguntar lo que había dicho, la cual, por el faraute o intérprete, respondió que ciertos hombres de la suerte y manera de los que allí estaban, habían subido por el río arriba por donde élla los quería llevar y llegados a aquel pueblo del palenque que los españoles llamaron Salsillas, se volvieron, y que aunque en aquella sazón la prendieron aquellos españoles sin hacerle daño ninguno, la habían soltado, por temor de los cuales aquellos indios habían fortificado en aquella forma aquel su pueblo y que estaban diez jornadas de allí el río abajo en una tierra de muchos pueblos de indios, donde los cristianos tenían hecho otro palenque fuerte en que se recogían y estaban fortificados contra las acechanzas y calumnias de los naturales de aquellas tierras, y eran ya muy viejos y que tenían muchos hijos ya grandes e indias que les servían, los cuales no te-

nían para defensa de sus personas sino sólo dos espadas y los demás usaban las armas de la tierra que eran arcos y flechas y que asimismo no tenían caballos, que en su lengua llaman *guabiares*, más que tenían perros, a quienes llaman *aures*. Esta relación y noticia que esta india dió de estos españoles, movió los ánimos de muchos soldados a tener voluntad de ir en demanda de aquella tierra y gente de quien les había dado noticia aquella bárbara mujer; mas, al Gobernador Jorge Espira no le pareció acertado viaje dejar de seguir el descubrimiento por tierra e ir a meterse en la fortuna del agua por dicho de una infiel, de menos verdad que fe; y así con buenas razones dió a entender a los suyos que debían de quitarse de aquel propósito y los ánimos que tan valerosamente querían emplear en seguir aquella rústica mujer que por ventura pretendía meterlos en donde pereciesen, los conservasen para la noticia que casi entre las manos llevaban por la mucha certidumbre que los naturales de atrás les habían dado de las riquezas de adelante. De estos propios soldados que aquí se hallaron con Jorge Espira, han querido y aún quieren afirmar, que esta noticia que con astucia de haber libertad les dió esta india de haber visto y conocer españoles en aquella tierra y están en la parte dicha, es cierta y verdadera y que es la gente que Don Diego de Ordaz perdió viniendo al Marañón, y lo que acerca de esta gente de Ordaz hay que saber yo lo tengo escrito en esta historia, tratando de aquella propia jornada, y los propios soldados de Ordaz que hoy son vivos, afirman que en el Marañón no se perdió ninguna gente de los de su compañía, sino en unos bajos de los que allí se perdieron en el propio batel de la nao escaparon ciertos soldados que dieron noticia de la perdición y anegación de los demás; y como en la propia parte traté esto de decir que hay españoles en aquellas provincias de El Dorado, o sierras del Sur, es invención sembrada mañosamente, para con esta color persuadir a los Go-

bernadores que consientan juntar gente para ir a buscarlos; de la cual fama y divulgación tuvo noticia Su Majestad en España el año de mil y quinientos y cincuenta y nueve y envió una cédula real al Audiencia del Nuevo Reino de Granada para que se informasen de los naturales qué gente españoles había perdidos en aquellas provincias del Sur, y aunque diligentemente lo procuraron, no hallaron ninguna evidencia ni claridad de ello, y así se dejó caer, porque es cierto que un solo cristiano que Su Majestad entendiera que había en aquellas partes entre indios, es tanto el entrañable amor que a sus súbditos y vasallos tenía y tiene, que sobre el libertarlo hubiera puesto toda la diligencia posible. Allende de esto como poco ha dije, el río Marañón está tan desviado de esta provincia y paraje de donde voy tratando cuanto atrás queda declarado, luego síguese que aunque se hubiera perdido gente en el Marañón que no podía haberse apartado tanto de él ni metídose en la tierra por ser los descubrimientos y conquistas de aquel tiempo de tal condición que consumían en breve tiempo muy grandes compañías de gentes. Y esto no lo digo porque por ello pretenda deshacer la grandeza de la tierra que en aquellas del Sur hay que llaman El Dorado, porque yo por muy cierto tengo en este caso la común opinión y noticia que siempre han dado los naturales, algún principio de la cual vió Felipe de Utre el año de cuarenta y siete cuando salió herido y casi huyendo, y admirado y espantado de aquel principio que vió él y los que con él iban, que los naturales vecinos de aquella tierra y amigos suyos le vendieron por muy pequeña cosa, en comparación de lo que adelante había, como en su lugar más largo lo diré tratando de su jornada, y lo mismo confirmó después Don Pedro de Silva, que yendo con unos pocos compañeros enfermos y mal aderezados vió un principio de poblazones y gentes tan ricas y tantas que le fué necesario, sin darles ninguna pesadumbre, volverse por do había entrado,

de lo cual también en su lugar diré cómo pasó, y pues tantos testigos hay y de tanto crédito, por muy cierta se puede tener la felicidad de aquella tierra y porque sobre todo lo dicho tocante al Dorado y a la gente de Ordas se trata más largo en la parte referida podrá cesar aquí la plática y aún rogar a estos señores Gobernadores y sus soldados que se entretengan un poco buscando que comer en estos arcabucos, en tanto que recorremos la salida del Teniente Fredemán del Cabo de La Vela en prosecución de su jornada y declaramos algo del suceso de ella. Sólo me resta aquí decir que los soldados y Capitanes de Jorge Espira se conformaron con la voluntad de su Gobernador y siguiéndola no curaron de tratar más en lo que la India decía con propósito de seguir su descubrimiento, como lo llevaban comenzado por la falda de la cordillera del Reino.

CAPÍTULO X

Cómo Fredemán partió del Cabo de la Vela y se metió la tierra adentro, donde tornó a encontrar con el Capitán Ribera y lo prendió a él y a sus soldados y dió la vuelta a la laguna de Maracaibo por diferente camino

En tanto que los trabajos referidos padecían el Gobernador Jorge Espira y sus soldados, al Teniente Fredemán no le sucedían sus cosas tan prosperamente que no participase de las mismas calamidades e infortunios porque después de haber estado algunos días en el Cabo de la Vela fueron resolutos, él y sus Capitanes y gente, que siguiesen las pisadas y camino que Micer Ambrosio había llevado, porque en su compañía había algunos soldados de los que escaparon de aquella jornada que le certificaban que si llegaba al paraje donde Micer Ambrosio llegó y de allí proseguía adelante con su descubrimiento, que podía dar en alguna tierra próspera y feliz por haberle parecido en alguna manera buena disposición de tierra, la de adelante hacia el Norte. Aunque a otros que con Micer Ambrosio iban les pareció lo contrario

por la poca voluntad que de pasar adelante tenían, aflijidos de los grandes trabajos y necesidades que habían pasado; y con esta determinación se partió Fredemán con toda su gente del cabo de La Vela, tomando la derrota y vía del valle de Upar para de allí ponerse en el camino que tenía pensado, y aunque en este viaje no fueron perseguidos de naturales, fuéronlo de enfermedades que comenzaron a dar a los soldados en apartándose de la costa y frescura de la mar, porque luego se metieron en unas tierras y valles muy cálidos y que carecían de todo refresco y aun de comidas y de aguas, que era lo que más atormentaba la gente, porque como eran recién venidos de España y no hechos a semejantes trabajos, hambre y sed, fácilmente eran consumidos y muertos; y así el teniente iba cada día perdiendo gente por el camino, sin poderlos remediar. Apartábanse algunos soldados a quien la sed más aquejaba a buscar agua, y engolfados la tierra adentro, que por allí en algunas partes era muy llana, fácilmente desatinaban y perdían el tino sin jamás poder acertar con el camino por do habían entrado, y así como locos se andaban de una parte a otra, hasta que vencidos de flaqueza y faltos de fuerza no se podían menear a una parte ni a otra, y allí donde esta triste voz les tomaba, allí se quedaban mirlados y muertos. Y de esta suerte le faltó mucha gente a Fredemán sin poder él poner ningún remedio en ello, porque si se detenía a buscar los soldados que de esta suerte se le perdían era poner en condición de perder de todo punto su campo, pues mientras más se detuviese por estas tierras calientes y secas, más había de cargar la sed y enfermedades en su gente; y así, aunque cada día le daban nuevas que se le quedaba la gente perdida, pasaba de largo y disumulaba con ello, porque como he dicho, no podía ni le convenía hacer otra cosa, so pena de perderlo todo. El capitán Ribera, que con sus cincuenta compañeros se había apartado en el cabo de La Vela de Fredemán, para irse a Santa Marta de do

había salido, prosiguiendo su viaje le fué estorbado el pasaje por los indios de Chimila, pueblo cercano a la Marina y a Santa Marta, porque hiriéndoles ciertos soldados en una guazabara que con ellos tuvieron, les fué forzoso retirarse de noche y volver atrás, por lo cual determinó el capitán Ribera de verse otra vez con Fredemán a fin de rogarle que si tenía algún navío en la costa se lo vendiese para ir a Santa Marta. Algunos soldados de los de Ribera quisieron estorbar estas vistas, diciendo que si con Fredemán se tornaban a ver que podría ser contreñirles a que fuesen con él. Mas Ribera como era hombre cabezudo repudió el consejo que le daban, diciendo que no sería parte Fredemán para estorbarle de hacer lo que quisiese; y con esta determinación llegó a encontrarse con Fredemán, a tiempo que le habían ya faltado parte de sus soldados y estaba con necesidad de acrecentar su gente; y viéndose los dos capitanes fácilmente se concertaron, porque Fredemán ofreciéndose de hacer todo placer al capitán Ribera, si de su voluntad le siguiese con sus soldados, le persuadió por muchas vías y con muchos buenos cumplimientos a ello; y viendo Ribera que si lo que Fredemán le rogaba no lo hacía de voluntad lo había de venir a hacer con violencia y por fuerza, acordó .complacer al teniente Fredemán y condescender con su ruego y así le dió la palabra de no hacer más de lo que quisiese. Esto determinado, algunos soldados de los de Ribera no pareciéndoles bien tanta tardanza como Ribera hacía en estarse allí con el teniente Fredemán, porque deseaban volverse a Santa Marta, fuéronse a Fredemán a preguntarle lo que estaba hecho y si los había de dejar ir a Santa Marta, el cual los remitió a su capitán Ribera para que les diese la respuesta de ello, donde luego supieron lo que estaba determinado y concertado entre los dos capitanes; y para más congratularse Ribera con Fredemán y excusarlo de culpa, hizo cierto escrito o petición, diciendo que él de su voluntad se metía debajo de su bandera por estar en

parte donde podía ser desbaratado y maltratado de los naturales. Algunos soldados de los que Ribera había traído quisieron intentar novedades y comenzaron a mover los ánimos de muchas personas para que dejando la compañía de Fredemán se fueran a Santa Marta; mas, siendo descubiertos sus designios y tratos fueron frustrados de ellos y algunos castigados ejemplarmente, porque el alcalde mayor Antonio de Chávez, por consejo y mandado del teniente y capitán Fredemán, ahorcó dos soldados de los de Santa Marta que parecían tener los ánimos más levantados y causar más bullicio en el campo, y con todo este castigo y la vigilancia que los capitanes de Fredemán ponían en guardar y mirar que no se les fuesen los soldados que habían venido con el capitán Ribera, se les fueron una noche seis soldados, y echándolos menos otro día el capitán Ribera, los envió a buscar, haciendo gracia y merced de los caballos y ropas y presas y armas y de todo lo demás que los fugitivos llevaban, a los que iban en su alcance y seguimiento, para que con más voluntad los siguiesen, y después de haber caminado en su demanda algunos días se volvieron sin hacer ningún efecto, porque en el camino perdieron el rastro, y no atinando la derrota que podían llevar, fueron burlados por las astucias y buen ingenio de los fugitivos, los cuales entendiendo que había de salir gente en su alcance, llegaron al río Llano y haciendo señal o rastro de que habían pasado adelante, se volvieron al propio río y caminando por el agua de él muy gran rato, se emboscaron y escondieron, de suerte que, como he dicho, no pudieron ser hallados de los que los buscaban, los cuales se volvieron sin la presa adonde Fredemán estaba; y los soldados de Santa Marta prosiguieron su viaje, y pasando por muchas poblazones de naturales y gentes muy belicosas, llegaron a Santa Marta donde hallaron al Adelantado de Canaria, don Pedro Fernández de Lugo, que había recién llegado de España, el cual, sabido lo que Fredemán había hecho, le escribió muy

comedidamente que se hiciesen buena vecindad y que le desocupase lo que de su Gobernación le tenía ocupado. Estas cartas por manos de los naturales de unos en otros fueron a poder de Fredemán, el cual, sabida la pujanza de gente que el Adelantado había traído de España, caminó luego con su campo derecho al valle de Upar, como iba para según se ha dicho seguir la derrota de Micer Ambrosio, y entrar en el Reino. Mas, como la joya y suerte del Nuevo Reino no estaba guardada para estos Gobernadores de Venezuela, que eran muy amigos de derramar sangre humana y de oprimir los pobrecillos, en llegando Fredemán al valle de Upar mudó consejo con la ambición y deseo que tenía de ser Gobernador de Venezuela; porque parece ser que cuando salió de España, los Bezares le dieron toda buena esperanza de que tras de él le enviarían provisiones para que en él quedase el gobierno de la tierra, y con este deseo imaginó que ya estas provisiones que él esperaba estarían en Coro; y así, dejando el camino y derrota que llevaba, en la cual no interesaba más de ganar por la mano al Licenciado Jiménez y entrar mucho tiempo antes en el Nuevo Reino de Granada, dió la vuelta sobre la mano izquierda, acostándose a la laguna de Maracaibo, para volver a la ranchería y puerto por do su gente había pasado. Dividió su gente por diversas partes para que mejor se pudiesen sustentar, y con todo eso era tan mal poblada por allí la tierra como la de antes por do había pasado, y así no menos hambres y necesidades padecieron en esta tornavuelta que en lo que atrás quedaba andado, con muertes de muchos españoles. En esta jornada se apartó un capitán, llamado Pedro de Limpias, a quien cupo por suerte ir con cierta gente por la cordillera y serranía que caen sobre la propia laguna, donde tomó cantidad de oro fundido y alguno en polvo, de do quedó la noticia y fama que ahora dicen de los Brazos de Herina *(sic)* que es esto, y aunque después lo han salido a buscar algunos capitanes, nunca han

topado con ello. Es tierra de pocos naturales pero de muy ricas minas de oro debajo de la tierra. Y con la orden dicha caminó el campo de Fredemán derecho a la laguna, donde llegó con harto trabajo y pérdida de los suyos al propio paso y lugar de do antes había partido Chávez con toda la gente, que era la ranchería y alojamiento do estuvo Micer Ambrosio. Llegados allí hallaron mal aderezo para poder pasar la laguna, porque los bergantines y canoas todo lo quemaron cuando pasaron; sólo les quedó para remedio de esta pasada, sacar de la laguna las obras muertas del navío que antes allí habían tenido para su conquista y pasaje; que habiéndole pegado fuego se había quemado todo lo que cae fuera del agua, y aderezándolo lo mejor que pudieron, pasaron todos de la otra parte de la laguna de Maracaibo, donde se alojó el campo, en tanto que Fredemán juntamente con su ida a Coro determinaba su viaje y la derrota que había de tomar.

CAPÍTULO XI

En el cual se escribe una guazabara que los indios dieron a los españoles y el suceso de ella y cómo pasando adelante y pasando por muchas poblazones y ríos caudalosos llegaron al río del Papamene

Habiendo ya asosegado Jorge Espira a su gente del alboroto que entre éllos se había levantado, sobre ir en descubrimiento de las tierras y españoles que por noticia les había dado aquella india de quien atrás queda largamente dicho y estando casi de camino para pasar adelante, fueron juntos y convocados esos pocos naturales que por aquella comarca había para acometer a los españoles y hacer en éllos el daño que pudiesen; y poniendo en efecto su determinación vinieron de mano armada un día muy de mañana ya que quería amanecer que es la hora en que más comunmente los indios suelen dar en los españoles y llegando a donde las velas o centinelas estaban casi

dormidas, arrojaron una lanza y dieron a uno de los que velaban en la rodela que se la pasaron y juntamente con ella el cuerpo del que la tenía que dende a poco murió de ello, y con esto fueron sentidos los indios por los demás españoles, los cuales luego tomaron las armas para resistir a sus contrarios y los aderezos de guerra que traían estos naturales eran muy crecidas lanzas de palmas y rodelas de anta y mucha cantidad de flechería con recios arcos y grandes hondas de las cuales usaban con mucha destreza; eran muy ciertos en el golpe, traían asimismo muy grandes hollas y gruesas caballas o sogas para atar a los españoles y guisarlos y comerlos y celebrar una muy buena comida; para el cual afecto traían allí consigo a sus mujeres con los aderezos de cocinar. Ya que había entrado el día, comenzóse a trabar la guazabara o pelea entre los unos y los otros, tan reciamente que casi estuvo por algún espacio dudosa la victoria, porque demás de que los indios eran briosos y muchos usaban bien de todas sus armas, damnificaban a los nuestros en gran manera con las piedras que les arrojaban con las hondas, que al caballo que una vez acertaban con una piedra de las que tiraban, nunca más le podían hacer arrancar contra los indios; y como en estas guerras la principal fuerza sean los caballos y los más rehusaban los encuentros con el temor de las piedras, daban mayor esperanza a los enemigos de conseguir la victoria y era tanta la fuerza e ímpetu con que estos bárbaros arrojaban una piedra, que con ella quebraban una rodela hecha de macanas o de duelas que es bien recia y fuerte. Viendo los nuestros el vigor y resistencia de los contrarios y cuan en aventura estaba la victoria de esta guazabara, envió el Gobernador Jorge Espira cincuenta soldados de a pie y quince de a caballo que rodeando cierto trecho por detrás de un monte o arcabuco pequeño que al un lado se hacía, fuesen y diesen en las espaldas a los contrarios con que los ahuyentasen, lo cual, con la brevedad que el caso lo requería, fué hecho, y dando

por las espaldas inopinadamente de los enemigos, fueron heridos y muertos muchos de ellos, y como por ambas partes fuesen guerreados, dejando las armas se dieron a huir con mucha soltura; y así hubieron la victoria los nuestros, aunque con algún daño que se recibió de heridas que dieron a particulares soldados y a muchos indios del servicio de los españoles que también salieron a la pelea. Recogióse la gente y porque los que salieron heridos fuesen curados y no puestos en el trabajo del camino, tan presto holgaron en este alojamiento otros quince días más, al cabo de los cuales prosiguió el Gobernador su descubrimiento por la falda de la sierra y fué a dar a un pueblo que llamó el pueblo de Nuestra Señora por respeto de que en él holgaron y estuvieron el día de Nuestra Señora de Agosto y este día les hizo el Gobernador un convite a todos los soldados en regocijo de las buenas nuevas que los indios de aquel pueblo les daban de la prosperidad de tierra y naturales y riquezas que adelante decían que habían, a fin de echar a los españoles de su tierra, y aquí asimismo hizo esta gente cierta promesa a Nuestra Señora porque les encaminase aquello que deseaban. Este pueblo de Nuestra Señora cerca de donde al presente está poblado un pueblo de españoles, dicho San Juan de los Llanos, que por vía del Nuevo Reino pobló el capitán Avellaneda, es por donde después vino a entrar el teniente Fredemán en el Nuevo Reino, como adelante diremos en esta misma historia. Hallaron en este pueblo de Nuestra Señora un bohío o casa de admirable grandeza; tenía de largo doscientos pasos y cada frente dos puertas grandes y según después se supo, era este bohío templo de aquellos bárbaros, donde hacían sus sacrificios al sol, a quien tenían por Dies, y en él tenían muchas doncellas recogidas que eran ofrecidas como en sacrificio de sus padres, con las cuales estaba un indio viejo que era como el sacerdote para aquellos ofrecimientos, el cual tenía cargo de predicar a aquellas mujeres, lo que con-

forme a sus preceptos habían de guardar. Tenían en este bohío cantidad de todo género de mantenimiento para el sustento de aquellas encerradas doncellas. Pasadas las fiestas y regocijos, que no debieron ser pocos los que se hicieron con las buenas nuevas de la tierra de adelante, prosiguieron su viaje, y al salir del pueblo de Nuestra Señora, ya que iban marchando, salieron a dar en los españoles cantidad de indios de aquella provincia, los cuales se habían juntado para dar en el alojamiento de los españoles y allí damnificarlos todo lo que pudiesen, porque les parecía mal la mucha tardanza y entretenimiento que en su tierra hacían, y tan mal libraron en este acometimiento del camino, como libraran si en el alojamiento acometieran, porque luego la gente que allí iba de a caballo dio en ellos y alanceando muchos de los que en la delantera iban, fueron fácilmente rebatidos y desbaratados, de suerte que no tornaron a dar más desasosiego al campo que caminaba. Aquel día propio fueron los nuestros a alojarse a un lugar o pueblo que estaría dos leguas del de Nuestra Señora, cuyos moradores habían sido llamados y llevados para la guazabara o pelea que con los españoles tuvieron; y como otro día acudiesen a sus casas y alrededor de ellas encontrasen los caballos que andaban sueltos paciendo, eran tan opresos del temor que en la guazabara del día antes habían cobrado, que sin osar ni poder volver atrás ni pasar adelante se dejaban caer en el suelo y metiendo las cabezas y rostros entre la paja, dejaban los cuerpos descubiertos como suele hacer la perdiz, cuando es perseguida del cazador. De este pueblo pasó nuestra gente adelante en su descubrimiento y llegaron a un río llamado Oriare u Oguape, ribera del cual había algunos naturales poblados de lengua guati. Alojóse el Gobernador en la ribera de este río por ir algo crecido, los naturales que de la otra parte estaban contrataban con los nuestros, aunque no con mucha seguridad porque pasaban el río en canoas con algunas comidas y cuando llega-

ban cerca de tierra decían a los españoles que pusiesen el rescate a la lengua del agua y que se arredrasen a fuera; y con esto llegaban los indios y tomando el rescate que les daban, dejaron allí las comidas que traían y se volvían sin querer mostrar su conversación y paréceme que lo hacían astutamente, pues si caían en poder de aquella gente que venían hechos a tomar todo lo que habían menester graciosamente, se había de hacer lo mismo con éllos y aún si pasaban sin darramamiento de sangre, sería muy gran merced que se le hacía. Estos indios pensando asombrar a los nuestros hacían en sus pueblos que estaban a la ribera de aquel río Ariare muy grandes candelas o fuegos toda la noche y una de las noches que allí estuvieron los nuestros, de repente alzaron los indios muy gran grito y vocería que causó alguna admiración entre los españoles; y procurando inquirir y saber que fuese la causa de aquel alboroto y grita, era que en aquella sazón había hecho eclipse la luna y conforme a las supersticiones que estos indios usan, tuviéronlo por mal pronóstico y señal como que por aquel eclipse les habían de sobrevenir hambre o mortandad; y para remedio de estos males o en venganza del pronóstico y señal que la luna les había dado, se airaban y enojaban contra élla arrojándole muchos tizones y palos y piedras y otras cosas que a las manos habían, con el mismo ímpetu los principales y señores, siguiendo la misma furia y superstición de sus súbditos, tomaban las macanas que son sus armas y daban muy grandes golpes en los árboles que topaban en señal de venganza contra la luna; y volviéndose a los indios sus vasallos los consolaban diciendo que no temiesen las calamidades que representaban los prodigios de la luna, que éllos lo remediarían todo con grandes sementeras que harían para su sustento y mantenimiento, y con esto se aplacaron. Los nuestros buscando vado, pasaron el río muy apartados de la poblazón dicha y prosiguiendo su descubrimiedto por la falda de la cordillera que a mano derecha llevaban, fueron a dar a

una provincia que tiene un río llamado Guaviare, y por la lengua de los naturales camicamares, cuyos naturales salieron al encuentro al Gobernador Jorge Espira y a los suyos por los que les fueron fácilmente desbaratados y auyentados; y no deteniéndose en esta provincia, prosiguieron adelante y llegaron a un pueblo de cierta gente llamados Guayupes, cuyos moradores esperaban a los nuestros en sus propias casas con las armas en las manos y para representar con más ferocidad la braveza de sus personas que eran muy crecidas, estaban todos untados con el zumo de ciertas manzanas que en común llaman jaguas, con lo cual eran vueltos muy negros. Estas jaguas es cosa muy usada en las indias, casi tanto como la bija, betún colorado de que también como en muchas partes, de esta historia he tratado, usan los indios e indias mucho. Estaban estos bárbaros desnudos en cueros para mejor usar de la ligereza de sus personas, y con esto se habían emborrachado con aquel brevaje de que usan todos los indios en general que es o de maíz o de aquella raíz llamada yuca porque tenían estos indios y sin ellos otros muchos, que saliendo borrachos a la guerra o pelea llevan consigo más vigor y fuerza y coraje. Mas, todas estas invenciones no les aprovecharon cosa alguna porque aunque en el primer acometimiento que nuestros peones les hicieron, se defendieron muy bien, luego que llegaron los de a caballo fueron con facilidad rompidos y desbaratados y puestos en huida. Los nuestros saquearon el pueblo y alojáronse allí aquel día y el siguiente se partieron para adelante y en pocos días llegaron a un río caudaloso llamado Papamene, que en lengua de aquellos naturales quiere decir río de Plata, ribera del cual se alojaron para dar orden en su pasaje y en buscar vado para ello y haber algunos indios naturales de por allí que los guiasen adelante.

CAPÍTULO XII

Cómo teniendo Jorge Espira paz con los indios del Papamene, pasó el río, y atravesando la tierra de este nombre, fué a dar con guías que de allí tomó a los Choques, de donde envió un caudillo con gente a descubrir lo que adelante había.

Alojado Jorge Espira riberas del río Papamene, luego los naturales de aquella provincia admirados de ver aquella nueva manera de gentes barbadas y vestidas y en toda manera de vivir muy diferentes de ellos, comenzaron a cercar recatadamente a los nuestros para mejor verlos y reconocerlos, lo cual visto por el Gobernador comenzó a llamarlos por señales que les hacía y por algunos intérpretes que traía, que, aunque torpemente, entendían en alguna manera aquella lengua. Los indios entendiendo por las señas que veían que los nuestros querían su amistad y trato, tomaron la comunicación que les pareció más segura y de que menos se podían aprovechar los españoles para resistirles, y metiéndose gran cantidad de ellos en canoas, se vinieron por el río acercándose adonde estaban alojados los españoles, los cuales no dejaban de estar muy recatados y sobre el aviso viendo que los indios habían usado de aquella destreza, y que para venirlos a ver, se habían juntado más de trescientas canoas. Comenzáronse a tratar los unos con los otros por vía de rescate y mercado, porque los indios traían cantidad de pescado asado en barbacoa y otros géneros de comidas de que ellos usan, y a trueque de ello pedían de lo que los españoles traían, y lo que más les agradaba eran cascabeles, por los cuales daban más que por otro ningún género de rescate de los que los españoles traían, y con este género de contrato vinieron los indios a perder el temor y a darse más a conversación con los nuestros; de suerte que vinieron a saltar en tierra y a entrar muy sin temor en el alojamiento de los españoles. Viendo esto el Gobernador, procuró informarse de estos indios de la noticia que

adelante había o tenían de gentes y oro, los cuales como si estuvieran en los corazones de los nuestros, así les pintaban por palabras lo que iban a buscar, diciéndoles que en tiempos pasados sus mayores habían ido a guerrear con ciertas gentes que adelante de ellos estaban, de donde habían traído gran cantidad de oro y plata; y como era cosa que los españoles y su Gobernador mucho deseaban haber, no pusieron ninguna duda en ello; mas, tomando de aquellos propios indios cuatro o cinco para guías y lumbre de aquella tierra, levantando sus tiendas pasaron el río de Papamene y caminando por donde los indios los llevaban, fueron a dar a unas provincias llamadas Los Choques, tierra bien poblada aunque arcabucosa y muy doblada y los naturales de élla muy belicosos e indómitos y de muy mala distinción y condición y gente muy diestra y animosa en el guerrear; y así usan de lanzas muy largas de palma, a las puntas de las cuales tienen puesto un pedazo de una canilla de un indio, muy delgada y afilada e ingerida allí con hilo, con que hieren reciamente a sus contrarios. Usan para su defensa de rodelas de palo muy recias y muy ligeras y en la manija de la rodela traen siempre puesto un pedazo de cierto género de caña que en esta tierra y en otras muchas hay y tan agudo como cualquiera navaja, aunque no tan recio ni tan durable, para, en hiriendo el indio, degollarlo y cortarle la cabeza. Es gente que come carne humana toda ella en general, hasta las mujeres, por lo cual se mueven grandes guerras entre sí unos con otros, y por comerse no tienen ley el padre con el hijo y el marido con la mujer. Están muy juntos los pueblos unos con otros, pero fortalecidos con palenques de gruesos maderos por lo poco que entre ellos dura la amistad. Al tiempo de ir a hacer sus sementeras, llevan consigo sus armas y con la una mano cavan y en la otra tienen la lanza y la rodela, porque como todos andan enemistados por sus continuas guerras, en ninguna parte tienen seguridad. Es tierra de muchas aguas y ríos y muy

húmeda y manantiales, y por esto malsana para españoles. Entrando Jorge Espira en esta provincia de Los Choques se alojó en la parte más cómoda y descubierta que le pareció, donde dende a poco tiempo llegaron unas indias naturales de aquella provincia, que traían en las manos ciertas vasijas de agua con una manera de isopos hechos de cabulla, que es como cáñamo, los cuales mojándolos en el agua comenzaron a asperjar a los cristianos; y discurriendo por todos con su manera de salutación, luego les comenzaron a lavar los pies a algunos y beberse el agua con que los lavaban y comerse cualquier cosa que podían haber de las uñas de los pies o carnosidad y otras inmundicias que allí se suelen criar o pelos que de la barba se les caían, superstición o ceremonia bien sucia, a mi parecer; y hecho esto, estas bárbaras comenzaron a hablar muchas cosas en su lengua, de las cuales los nuestros no pudieron entender ningunas por falta de intérpretes, porque los que del Papamene habían sacado, en el camino se les habían huído por negligencia de los guardas que los traían a cargo; y con esto se volvieron a ir las indias por el camino por do habían venido y nunca más volvieron. Los indios de esta provincia, aunque entre sí estaban discordes, en esta sazón se confederaron para dar en los españolas, y tomando todos de conformidad las armas, revolvieron con éllas sobre los nuestros, teniendo por muy cierta la victoria por la gran confianza que de sí tenían en casos de guerra; mas, en todo se hallaron burlados de sus designios, porque al acometer a los nuestros fueron de ellos rebatidos y luego acudieron los de a caballo y dando en ellos hirieron a muchos y fueron desbaratados y ahuyentados en breve espacio de tiempo. Y con no salirles este acometimiento con la prosperidad que pensaron, nunca dejaban de acometer a los nuestros y venir cada día sobre el alojamiento a dar gritos y desasosiegos y a hacer daño en los indios del servicio de los españoles; porque poniéndose los propios indios choques en emboscada cerca de

donde estaban rancheados los españoles, les tomaban algunas piezas que salían del alojamiento a buscar agua o leña y otras cosas necesarias. El Gobernador, queriendo saber qué tierra era aquélla y las poblazones de ella, mandó a un su maese de campo, llamado Esteban Martín, que con cincuenta peones y quince de a caballo saliese a visitar y ver aquella tierra y reconocer lo que en ella había; y salido este capitán con la gente que se le dió, nunca se pudo apartar mucho del alojamiento a causa de los muchos manglares y otros estorbos que había, por donde no podían ni pudieron jamás pasar los caballos, que se les sumían casi todos por entre las muchas raíces de árboles que sobre la haz de la tierra había, que son llamadas manglares y pantanos o tremadales, de suerte que de toda imposibilidad no se podían llevar caballos; y así se volvió Esteban Martín con la compañía adonde el Gobernador estaba y le dió cuenta y razón del impedimento que había tenido para no pasar adelante a hacer lo que le había mandado, el cual tornó a mandar al propio Capitán Esteban Martín, que dejando los caballos fuese con cincuenta compañeros y viese aquella tierra y lo que en élla había. El Esteban Martín era hombre baquiano en Las Indias, que es lo mismo que isleño, y de experiencia suficiente y uno de los que escáparon de la jornada de Micer Ambrosio, el cual como atentadamente había considerado la disposición de aquella tierra y la desvergüenza y atrevimiento de los naturales de élla, pesóle de que el Gobernador tornase a mandar que fuese con gente de a pie y sin caballos a verla, y tuvo empacho de decirle al Gobernador que no quería ir o que no convenía aquella ida, porque no dijesen que lo hacía de flaqueza o temor, solamente le dijo: «Vuestra Señoría, obstinado en su primer acuerdo me manda ir entre gente tan beliciosa y guerrera como esta es y de sierra y montaña y que comen carne humana, y a pie y sin caballos. Plega a Dios que volvamos acá alguno de los que allá vamos, porque yo por mi cuenta hallo que esta

gente es más beliciosa que otra alguna de cuantas he visto ni andado y que habremos bien menester las manos». El Gobernador, pasando por lo que su maese de campo Esteban Martín había dicho, tornó a mandar que saliesen los que estaban apercibidos y que si no querían ver lo que en aquella tierra había que apartándose de la poblazón de la provincia de Los Choques donde estaban, pasasen a descubrir y ver lo que adelante había; con lo cual se despidió y apartó Esteban Martín con sus cincuenta compañeros, y dejando las poblazones que cerca del alojamiento estaban, pasó adelante por tierra muy cerrada y sin caminos y por entre ciénegas y arroyos que fatigaban y afligían demasiadamente la gente que consigo llevaba, lloviéndoles muy continuos aguaceros de noche y de día y después de haber caminado tres o cuatro días con harto trabajo, ya que estaban para dar la vuelta al real, por parecerles de ningún efecto ni provecho aquel su caminar, deparóles la fortuna una angosta senda o caminillo pequeño e inusitado por el cual caminaron otros dos días y al tercero ya tarde dieron en unas labranzas de indios y en una tierra muy doblada y quebrada y razonablemente poblada por los altos, donde encontraron un camino ancho y bien seguido, y caminando por él anduvieron toda aquella noche bajando quebradas o arroyos muy hondos y subiendo a lo alto; ya que era cerca del día llegaron junto a un pueblo o lugar de hasta treinta casas que en lo alto de un cerro estaba fundado de tal suerte que con las propias casas hacían o cercaban una plaza de mediano grandor, de condición que, si no era por las propias moradas de los indios, no se podía entrar en la plaza y estas eran llanas a manera de ramada, excepto que a un canto de cada bohío estaba hecho un retrete o apartadizo para dormitorio de los moradores, y el restante estaba lleno de grandes atambores y otros instrumentos de que aquellos indios usaban. El Capitán Esteban Martín se detuvo antes de entrar en este pueblo por poner en concierto su gente que como había

caminado todo la noche, venía algo desconcertada y aún cansada, y los indios del servicio y carruaje que traían muy extendido por el camino.

CAPÍTULO XIII

En el cual se escribe la pelea que los españoles hubieron con los indios del pueblo que habían topado; y cómo retirándose hacia el alojamiento, fueron también acometidos y maltratados de otros indios que en el camino había.

Como los indios del servicio y carruaje que Estaban Martín llevaba venían muy derramados, no se llegaron ni juntaron tan fácilmente como el Caudillo pretendía, el cual viendo que la luz del día se acercaba y pareciéndole que era mejor ocasión y más acertado dar en el pueblo con el velamen y oscuridad de la noche, dejó a Nicolás de Palencia, que después fué vecino en Pamplona, en el Nuevo Reino, para que recogiese la gente que faltaba, y él con la mayor parte de los soldados que llevaba dió en el pueblo, moviendo algún tumulto y alboroto en las primeras casas, porque como los moradores de ellas sintiesen sobre sí gentes y armas extranjeras y eran heridos y maltratados de los españoles, alzando sus voces y gritería, dieron a entender a los demás del pueblo la aflicción en que se veían y la entrada de los nuestros, en su tierra y así toda la otra gente del pueblo tomando las armas en las manos, acudieron a aquella parte donde más bullicio había y dando en los españoles que andaban algo derramados; los constriñeron y forzaron a que se recogiesen a un cuerpo y escuadrón con los cuales pelearon buen rato sin que de ninguna parte se reconociere ventaja ni el daño que se hacía por la oscuridad de la noche; y como los indios tenían ventaja a los nuestros en el conocimiento del lugar y en el número de guerreadores, forzáronles a que desamparando de todo punto el pueblo en el cual habían peleado gran rato, se retirasen fuera de él a cierto sitio, donde se fortificaron y entretuvieron hasta que la demás gente que atrás había quedado

llegó; y en este tiempo ya los indios habían lastimado y herido algunos soldados y muerto algunos indios ladinos de los que al principio llegaron, que se esparcieron por el pueblo a ranchear y hurtar lo que había, como de costumbre lo tenían; mas, estos eran fácilmente muertos de los naturales con lanzas que les atravesaban por el cuerpo. Juntos, pues, todos los españoles, recobraron el ánimo perdido y dando con muy buen brío y coraje en los indios los hicieron retirar, aunque con harto trabajo y riesgo, porque como las armas que aquellos bárbaros tenían eran lanzas muy largas y rodelas y peleaban a pié, quedo y con buen compás, con dificultad les podían entrar los nuestros ni hacerles daño; mas, al fin, como he dicho, ellos hicieron retirar a los indios y tornaron a ganar el pueblo y lugar que habían perdido, con lo cual los indios perdieron el ánimo y no apretaban a los nuestros con la furia que de antes. Reconocieron fácilmente los españoles la flojedad de los indios y el poco brío con que peleaban, y aprovechándose de la ocasión y no perdiendo punto, siguieron su victoria, y aunque con trabajo muy grave los desbarataron y de todo punto los ahuyentaron y echaron del pueblo. Los bárbaros no apartándose mucho del lugar pusieron las rodelas sobre las cabezas porque llovía muy reciamente, y siempre había llovido durante el tiempo de la guazabara y estuviéronse allí esperando a que amaneciese para reconocer y ver que género de gentes eran las que con tanto ímpetu los habían echado de sus casas y pueblo. Los nuestros para poner mayor temor en los ánimos de los indios y amendrentarlos por todas vías y para señorear mejor aquel sitio, pusieron fuego al pueblo y quemáronlo todo sin que dejasen en pie más de solas tres casas que estaban algo desviadas de las demás en que guarecerse del agua y alojarse el tiempo que allí estuviesen. Llegado el día, los indios se estaban bien cerca de los españoles como antes lo habían hecho con sus armas en las manos sin moverse, espantados y admi-

rados de ver cuan poca gente les había hecho tanto daño. A los nuestros no le pareció bien la osadía de estos bárbaros estarse tan desvergonzadamente allí junto, y hablándoles con un intérprete que traían que los entendía torpemente, les dijeron que si allí se detenían mucho, que verían el fin de sus vidas porque además de ser éllos gentes que a otras muchas e innumerables naciones habían sujetado y arruinado, habían enviado a llamar un gran número de compañeros que atrás habían dejado, los cuales llegados que fuesen, pensaban no sólo a éllos, mas a todos los que en aquella provincia hubiese, destruirlos y asolarlos. Los indios respondieron que a ningún género ni número de gentes temían porque éllos y los demás que en aquella provincia vivían estaban hechos a las armas y eran de ánimos invencibles, y que aunque por las continuas guerras que entre sí tenían, vivían discordes que para aquel efecto se confederarían y que si entonces los españoles los venciesen creerían que habían vencido y sujetado otras muchas gentes, como decían, y que dignamente merecerían ser señores de éllos. Plática y respuesta fué ésta, por cierto a mi parecer, bien semejante a la que un Capitán de los misios dió en tiempo de Otaviano Emperador a Conidio, su Capitán, que siendo enviado con el ejército a sujetar estas gentes que habían rebelado, ya que los ejércitos de ambas partes estaban para combatirse, un Capitán de los misios haciendo señal mandó callar a los de su ejército, y preguntando en alta voz a los del ejército romano: ¿quién sois vosotros?, le fué respondido: «somos los romanos, señores de toda las gentes». Replicó el Capitán de los misios: «así será si a nosotros nos sujetáreis y venciéreis». Los nuestros incitaban a los indios a pelear; mas ellos, no queriendo moverse de donde estaban, no hacían caso de lo que se les decía, lo cual visto por los españoles, movieron sus armas contra los bárbaros para echarlos de aquel sitio do estaban y hacerlos cobrar temor, lo cual fué de ningún efecto, porque esperando con obstinados ánimos los in-

dios a los nuestros sin hacer ningún movimiento del lugar donde estaban los rebatieron sin recibir ningún daño. Antes, al tiempo del acometer hirieron con sus largas lanzas algunos de los nuestros; y aunque diversas veces los españoles intentaron ahuyentar y echar estos indios de su presencia y castigarlos de su rústica desvergüenza con que tan llegados a los nuestros estaban, nunca lo pudieron hacer, lo cual visto por el caudillo, pareciéndole que si muchos naturales de aquella nación se juntaban, fácilmente los desbaratarían y matarían toda la gente, porque aquellos pocos indios los tenían como cercados sin dejarlos ir a una parte ni a otra. Acordó retirarse de noche, porque estando a esta hora algo descuidados los enemigos que sobre sí tenían, pudiesen más seguramente, volviéndoles las espaldas, caminar; y aquella propia noche después del primer gallo, se retiraron por el propio camino por do habían entrado y fueron al tiempo que amanecía a dar a otro lugarejo que había dejado atrás de hasta treinta casas, cuyos moradores estaban ya avisados y convocados por parte de los del pueblo de donde los nuestros se habían retirado para que tomasen las armas contra ellos; y saliendo estos indios de mano armada dieron en los españoles que iban marchando y cansados de los trabajos pasados en tres partes y haciéndoles desconcertar de la ordenanza que llevaban los constriñeron a que divididos los españoles acometiesen a hacer resistencia en los indios conforme a cómo les habían acometido; y así los de la vanguardia que iban subiendo una cuesta hacia el pueblo de los indios, se tuvieron con los enemigos hasta que matando algunos de ellos les hicieron desamparar el paso y el pueblo y retirarse bien a lo largo. Las otras dos partes de los españoles fueron tan apartadas y maltratadas de los indios que si no fueran socorridos de los que habían desbaratado al primer escuadrón de la vanguardia, perecieran los unos y los otros. Salió herido de esta refriega el caudillo Esteban Martín de siete lanzadas bien peli-

grosas, con las cuales disimuló sin ser sentido de los suyos porque no desmayasen, hasta que del todo fueron desbaratados los indios: y los españoles, aunque maltratados y muchos de ellos muy mal heridos recogidos al pueblezuelo donde cada uno mostraba los despojos que de la guazabara en el cuerpo había sacado. Los indios de la tierra, al tiempo que acometieron a los españoles, les habían tomado todo el carruaje y servicio y ropa que llevaban y después de pasada la guazabara y haber perdido la victoria por no conocer la ocasión y tiempo que para ello tuvieron, se venían cerca de donde los españoles estaban recogidos y haciendo muy menudos pedazos toda la ropa que habían tomado, lo ponían en las puntas de las lanzas y dando muy grandes voces, la arrojaban hasta que de esta suerte lo despendieron todo, sin quedarse con cosa ninguna. Los nuestros curaron sus enfermos o heridos lo mejor que pudieron y deseando conservar sus vidas procuraron modo como retirarse hacia donde el Gobernador Jorge Espira estaba, escapado de aquel riesgo y notable peligro en que se veían, porque ni eran parte para caminar seguramente ni para sustentarse allí algún tiempo, ni entre ellos había español que de noche se atreviese a guiar por el camino por donde habían entrado. En esta refriega se dice que habiendo llegado un español llamado Valdespina, mal herido, al pueblo donde estaban recogidos los de la vanguardia, les dijo que su capitán quedaba ya en poder de los indios muy mal herido y que en aquella sazón sería ya muerto. Algunos de los que allí estaban se afligieron demasiadamente, dando muestras de haber perdido el ánimo, con palabras flacas, diciendo que pues el capitán había muerto, que también a ellos matarían los indios, a lo cual replicó Nicolás de Palencia, reprendiendo su pusilanimidad con palabras ásperas y eficaces, diciendo que el capitán no era más que úno ni peleaba más de por uno, y ya que lo hubieron muerto ellos eran hombres para defenderse y ofender a los ene-

migos y que a esta sazón llegó el caudillo Esteban Martín disimulando con las heridas que traía y reprendió a los que con la nueva de su muerte habían desmayado y envió a socorrer la demás gente como muy buen capitán, y fué cierto que los indios lo tuvieron en su poder y que mediante ser favorecido de otro soldado escapó de sus manos. Estando pues en esta aflicción estos atribulados soldados, sin esperanza de ningún remedio, fué abierta divinalmente la boca de un indio ladino de los que allí habian escapado, el cual se prefirió de llevar de noche a los españoles por el propio camino que habían traído, al alojamiedto do estaba Jorge Espira. Fué esta voz del indio ocasión de mucho placer a aquella atribulada gente, aunque se hallaban apartados del Gobernador más de veinte leguas de muy mal camino, áspero y cenagoso y el tiempo muy metido en aguas, que casi no cesaba de llover de noche ni de día; y aunque los españoles que estaban sanos tenían como he dicho, grande voluntad de conservar sus vidas, desanimábalos muy mucho aquel triste espectáculo que de muertos y heridos delante de sí tenían, porque algunos que por sus mortales y peligrosas heridas no podían caminar, los habían de llevar en hamacas cargados sobre sus propios hombros por aquella asperísima tierra, de noche y lloviendo, con lo cual se les hacía más dificultosa y dura la esperanza de verse fuera de aquel peligro en que estaban entre aquellos bárbaros que no cesaban de tenerlos cercados y ponerles contínuas acechanzas. Estos indios eran también de la propia nación y generación de los choques, donde Jorge Espira estaba alojado.

CAPÍTULO XIV

En el cual se escribe cómo venida la noche, los españoles se retiraron llevando a cuestas sus enfermos, algunos de los cuales dejaron en el camino y llegaron al alojamiento donde Jorge Espira había quedado.

Estando perplejos los españoles con las consideraciones dichas, esperando la noche para con el amparo de la oscuridad y la guía que tenían salir como pudiesen de aquel pueblo, cada cual blasfemaba y maldecía la loca determinación de aquel su Gobernador extranjero que con inconsiderada obstinación los había puesto en aquellos trabajos, no dejándose regir por los que más entendían de aquella orden y disciplina de guerra, porque como se ha dicho, Esteban Martín, a quien estos soldados tenían por Caudillo, herido de crueles lanzadas que los indios le habían dado, había rehusado la salida, y por lo que había visto hacer a los naturales y por la disposición de la tierra y el tiempo que les era contrario, pronosticó su perdición y daño; y dándoselo a entender al Gobernador Jorge Espira, los había hecho salir muy contra su voluntad a aquella jornada, y por eso puesto en la calamidad en que estaban. Venida la noche, la gente determinó de con el trabajo que se les ofrecía retirarse, y aderezando cuatro hamacas en cuatro palos, pusieron en ellas cuatro españoles que habían mal herido, que no podían caminar, y cargándolos sobre sus hombros, guiándolos el indio ladino, comenzaron a caminar. Estos heridos que en hamacas se cargaban, eran el caudillo o capitán Esteban Martín y un Valdespinosa y otros dos españoles, y para que con el silencio de la noche los indios no entendiesen o presumiesen que se habían retirado los españoles, ataron un perro que consigo tenían en uno de los bohíos donde estaban rancheados y como el perro quedase y se viese sólo, no cesó de ladrar y aullar muy reciamente toda la noche, con

el cual estruendo o ruido, aunque después el siguiente día era ya tarde, siempre creyeron estarse los españoles dentro en los bohíos. Los nuestros caminaron toda aquella noche con sus enfermos cargados y acompañados de muy recios aguaceros que les hacían sentir el trabajo doblado, la tierra era áspera y doblada, los arroyos venían muy crecidos, que casi los pasaban a nado, y con no parar toda la noche, cuando amaneció se hallaron apartados poco más espacio de media legua de do habían salido, y los soldados tan cansados y afligidos del trabajo pasado de la noche, que con palabras ásperas decían que antes querían perecer y morir y con la muerte dar fin a sus infortunios que tolerar ni sufrir aquella carga y trabajos que llevaban; por lo cual entre todos se tomó una determinación, no menos cruel que necesaria a su salud, y fué que llevando consigo cargados al capitán y al Valdespinosa se dejasen allí los otros dos soldados heridos, que por estar ya inficionados del frío y casi pasmados, no se tenía ninguna esperanza de su salud; y poniendo en ejecución esta su determinación, tomaron los dos soldados y apartándolos buen trecho del camino porque no fuesen hallados de los indios, les dijeron que en pasando los otros dos enfermos un río que cerca de allí estaba volverían por éllos. Los soldados, sintiendo más que el propio morir aquella crueldad que en dejarlos en aquellas montañas con ellos se usaba, y entendiendo que no habían de volver más por éllos, solamente les dijeron con palabras muy acompañadas de lágrimas, que ellos bien entendían cuan al cabo y en lo último de sus vidas estaban, y lo poco que podían vivir, que solo les pasaba de no hallarse al tiempo de su muerte entre cristianos para con más ánimo pasar aquel tránsito; y con esto los dejaron con harta pena y apartándose de éllos vinieron con los otros dos cargados a la orilla de un río caudaloso que pasaron por unas puentes de bajucos bien peligrosas y de gran riesgo. Pasado este río luego allí en su ribera se alo-

jaron los nuestros para descansar del trabajo pasado, porque estaban allí ya con alguna seguridad de que los indios no les podían hacer mucho daño, a causa de que dejaban atrás todas las poblazones de quien se temían. Pusieron sus centinelas y guardas de gran recado en las puentes y estuviéronse quedos hasta que escampase para poder hacer lumbre con que calentarse y alegrarse, que de otra cosa no les podía aprovechar por no traer consigo ninguna cosa de comer que tuviese necesidad de llegar al fuego. Luego que pasaron este río, un soldado llamado Pedro de la Torre que era muy buen peón deseando la salud y remedio de sus compañeros les dijo que aunque desde donde estaban al alojamiento de Jorge Espira había cerca de veinte leguas, que le diesen licencia y que él se pondría en aquel día donde la demás gente estaba y daría aviso para que les enviasen socorro y comida; y viendo todos lo que les importaba veniries al camino algo que comer y quien les ayudase a llevar la carga de los enfermos, le dieron licencia á este Pedro de la Torre, el cual se dió tanta prisa a caminar que aquel día llegó donde el Gobernador estaba y le dió aviso de lo que pasaba, y poniendo en ello luego remedio el Gobernador mandó aderezar para que otro día saliesen soldados con comida a recibir y favorecer a los que escapando de las manos de los bárbaros por particular gracia que Dios les quiso hacer, iban con el trabajo que se ha dicho; los cuales descanzando aquel día ribera del río de las puentes y teniendo por particular comida y refugio unos cuescos de ciertas palmas silvestres que, asándolos, comían un poco de tuétano que dentro de sí tenían, otro día marcharon con sus enfermos a cuestas y caminaron como dos leguas y al tiempo que se ranchearon se les murió Valdespinosa uno de los dos que llevaban cargados, con que se les alivió algo el trabajo; y prosiguiendo poco a poco su camino, saliéronles al encuentro los soldados que Jorge Espira envió con alguna comida, con los cuales se holgaron y juntos todos llegaron en pocos

días adonde su Gobernador estaba, que no poco le pesó de ver la pérdida de los suyos especialmente de ver cuan mal herido venía el Capitán Esteban Martín en cuya salud procuró el Gobernador poner todo el remedio posible; mas, como las heridas eran tan peligrosas, aprovechó todo poco, porque dende a pocos días murió, cuya muerte dió harta pena a todos los del campo, generalmente por ser este hombre de principal ingenio y de mucha experiencia en las cosas de Indias. Estuvo en esta provincia de Los Choques Jorge Espira más de un año sin poder salir de ella a causa de las muchas aguas que continuamente caen sin cesar, que casi parece que en esta tierra no se conoce ni saben cuando es verano, en el cual tiempo se les murió y enfermó la mayor parte de la gente y cada día se le morían, y asimismo los caballos, que como no gozaban de ningún buen herbaje criaban dentro, en el buche, gran cantidad de lombrices que los mataban, y hacía tanta falta la muerte de los caballos que después de la pérdida de los españoles no había cosa que más se sintiese.

CAPÍTULO XV

En el cual se escribe cómo después de haber Fredemán pasado la laguna, se fué a Coro y envió toda la gente por la tierra alta la vía de las provincias del Tocuyo con el capitán Diego Martínez; y lo que en el camino le sucedió hasta llegar a Carora.

Engolféme tan de golpe en los tristes espectáculos y sucesos de la jornada del Gobernador Jorge Espira, que casi me había olvidado de proseguir adelante con lo que su teniente y su gente hizo después de pasada la laguna; mas, como esto no haya sido en mi mano, claramente lo podrá ver el lector, pues no era justo dejar quebrado el hilo de la historia en un lugar tan calamitoso y donde la fortuna más cruelmente quiso mostrar sú potencia y furia mudable contra aquella gente, y de una vana esperanza que les había dado de riquezas y prosperidades,

convertírsela en hambres y enfermedades y muertes y otras adversidades e infortunios, y al fin sin darles algún contento ni alegría después en ningún tiempo, los forzó a que se volviesen a do habían salido, como adelante se verá. El teniente Fredemán pasada su gente la laguna de Maracaibo, se determinó en que toda ella con el capitán Diego Martínez, natural de Valladolid, se fuesen por la tierra alta y serranía, llamadas las Provincias de Carora, a dar al valle que dicen de Tacarigua y que allí le esperase para juntándose él otra vez con su gente, meterse en los llanos en demanda de la noticia de Meta, y aunque su Gobernador Jorge Espira había llevado la misma derrota, hacía cuenta Fredemán que la tierra era ancha y larga, y que en tomando certidumbre del camino o viaje que el Gobernador llevaba, apartarse él de sus pisadas y seguir por otra derrota. Apartóse Fredeman con algunos de aquellos capitanes amigos suyos y fuese la vía de Coro para ver si hallaba lo que pretendía y haber algunos soldados y otros pertrechos de guerra e ir después por la vía de la mar en alcance de su gente. El capitán Martínez prosiguió su viaje como le había sido mandado por su General, caminando por lo alto, con alguna falta de comida que llevaba algo fatigada la gente. Al principio de entrar o caminar por esta serranía el capitán Martínez, sucedió un caso que por parecerme de admiración lo pongo aquí: entre los otros soldados que en esta compañía iban había uno llamado Martín Tinajero, natural de Ecija, hombre que al parecer exterior vivía bien y cristianamente. Fué necesario apartarse un caudillo, llamado Hernando Montero, con hasta veinte compañeros a buscar comida, y fué uno de ellos este Martín Tinajero, al cual en esta salida le aquejó cierta enfermedad que tenía, de que murió, y fué enterrado por sus compañeros en un hoyo o concavidad que en invierno había hecho el agua y cubierto el cuerpo con tierra, y dejándole

así se volvieron con su provisión o mantenimiento al campo; y dende a ciertos días se ofreció ir gente otra vez a aquella propia parte donde el cuerpo de Martín Tinajero estaba o había sido enterrado, y queriendo ver los españoles si los indios habían andado con él o lo habían desenterrado, halláronlo que estaba el cuerpo algo descubierto y le salía un cierto olor muy suave y agradable y con tanto ímpetu que más de cincuenta pasos a la redonda ocupaba el campo; y admirados de aquella maravilla se volvieron sin llegar a él, porque estaba cubierto de una gran multitud de abejas de las que crían miel; y muchos por lo que de aquel hombre conocieron y por lo que después en su cuerpo muerto vieron, juzgaron ser algún bienaventurado; mas, como nuestros españoles y su capitán y caudillos llevaban los ojos puestos en las riquezas que deseaban haber, no curaron de examinar aquel caso ni ver si eran dignos de llevar consigo aquel cuerpo o darle eclesiástica sepultura; mas, prosiguiendo su camino llegaron a cierta provincia de indios, cerca de Carora, caribes o caníbales, llamados *jiraharas*, gente belicosa y guerrera, los cuales viendo que los españoles llevaban su vanguardia enderezada a su pueblo, tomaron las armas, que eran arcos y flechas, y saliendo al camino a recibir a los nuestros, acometieron a los de la vanguardia a los cuales pusieron en condición de desbaratarlos si no fueran con brevedad socorridos de los demás que atrás venían, con que rebatieron a los indios y los desbarataron y ahuyentaron, matando muchos de ellos. Los indios hirieron algunos españoles con recia furia y fuerza, aunque de las heridas no murió ninguno. Dieron entre otros flechazos uno a un García Calvete por un lagrimal de un ojo, que le salió la flecha al colodrillo y con estar en lugar tan peligroso y pasada la flecha de parte a parte, no murió este hombre; antes, viviendo muchos días vino a ser vecino en la ciudad de Vélez, del Nuevo Reino de Granada. Desbaratados los caribes, nuestros espa-

ñoles se alojaron en su pueblo donde hallaron alguna provisión de comida, porque jamás dejaron de caminar con falta de ella. Los indios, deseando vengarse de la injuria recibida y echar de su pueblo y tierras a sus enemigos que en ellas se estaban, convocaron todos los naturales, sus vecinos comarcanos, e induciéndoles y rogándoles que en su favor quisiesen tomar las armas contra los nuestros, los atrajeron a ello con algunas dádivas que les dieron y para con más seguridad efectuar lo que pretendían, ordenaron que los naturales de allí saliesen de paz a los españoles y los demás comarcanos estuviesen emboscados a la mira y que cuando oyeran el ruido que entre los indios y los españoles se trabaría, acudiesen en su favor, y habría lugar de destruir del todo a los nuestros; y con este concierto se vinieron al real una banda de aquellos bárbaros, que serían hasta cuatrocientos, con algunas cosas de comer para los españoles y unos hacecillos de paja dentro de los cuales traían escondidas sus armas y flechas; y siendo esta traición descubierta por lenguas que tenían, fueron los indios castigados de su loco atrevimiento, porque luego que los españoles entendieron la celada que tenían y traían ordenada, dieron en aquellos que en el pueblo estaban y matando muchos de ellos ahuyentaron a los demás, quedando en su presos hasta ochenta de los más principales; y como los indios que estaban emboscados y a la mira, que serían más de mil valientes gandules, viesen y oyesen el tumulto y ruido que en el alojamiento de los españoles, adonde sus compañeros estaban había, acudieron prestamente con sus armas y halláronlos desbaratados y muertos y presos los que he dicho; y aunque acometieron con sus armas a los nuestros fué de ningún efecto su acometimiento por estar ya los nuestros puestos en orden de guerra y sin ningún temor, antes amenazaban a los indios con que darían en su presencia crueles muertes a los que tenían presos si suspendiendo sus armas no se retiraban con presteza. Los indios lo

hicieron así, que volviendo a sus casas y pueblo trataron luego del rescate y libertad de sus principales y compañeros, lo cual concluso pasó el capitán Martínez adelante con su gente y adelantóse él con treinta compañeros una jornada de los demás que le iban siguiendo, llegó a una provincia de naturales que confinaban con los de las provincias de Carora, cuya gente era belicosísima y guerrera, los cuales luego que sintieron la poca gente que consigo llevaba el capitán Martínez, se juntaron, y tomando sus armas, que eran flechería, arcos y macanas, se vinieron para él en un pueblezuelo o lugarejo do estaba alojado, lo cual visto por el capitán Martínez y sus compañeros, armándose con las armas con que acostumbraban pelear, salieron al encuentro a los indios, que serían más de cuatrocientos, y aunque a los principios se tuvieron con los enemigos, después fueron constreñidos a retirarse y recogerse junto a un gran bohío, donde se fortificaron y defendieron valerosamente de aquellos bárbaros, que con pretensión de tomarlos vivos y a manos a todos no se habían aprovechado de la ocasión que su fortuna les puso en las manos. Recogidos los nuestros a aquel lugar, trataron de paces con los indios para debajo de éllas hacer algún ejemplo de cueldad con que atemorizar y espantar a los demás y echarlos de sobre sí. Fué, pues, el suceso que los indios más principales debajo de trato doble de amistad que los españoles les hicieron, llegaron a ellos quietamente, aunque con las armas en las manos; el capitán Martínez se metió con seis soldados armados en un bohío grande que allí tenían por reparo y dijo que los indios que le quisiesen ver entrasen dentro para hablarles, dejando los demás soldados en su guardia a la puerta. Entraron de aquella canalla y rústica gente como doscientos gandules, con todas sus armas. Martínez y los que con él estaban, dando en estos indios que en el bohío habían entrado, los mataron a todos sin que ninguno escapase, lo cual visto por los demás indios que fuera habían quedado, no osando detenerse más allí, se retira-

ron y fueron a sus casas y dejaron libres a los españoles del cerco y tribulación en que les tenían puestos, aunque algunos malheridos. Llegada toda la demás gente que atrás venía, el capitán Martínez marchó con todos juntos y entró en las provincias de Carora, donde hallaron muchos naturales ricos y de buena y afable condición para con los nuestros, donde determinó descansar y holgarse algunos días, para que así los españoles como los caballos se reformasen de las hambres y trabajos que desde que se apartaron de la laguna hasta que llegaron a estas provincias de Carora habían pasado.

CAPÍTULO XVI

Como el capitán Martínez llegó a las provincias del Tocuyo y donde a poco llegó el general Fredemán y pasó adelante con su gente; cuéntase todo el discurso de su jornada hasta que llegaron al pueblo que llamaron de la Poca Vergüenza.

El capitán Diego Martínez se estuvo con la gente y compañías de Fredemán holgando en las provincias de Carora dos meses por ser la tierra acomodada para ello, después de los cuales, ya que la gente y caballos se habían reformado y holgado de los trabajos pasados, se movió con la compañía para adelante y habiendo algunas refriegas y alborotos de poca importancia con algunos naturales que por el camino había, vino a parar a ciertas provincias llamadas del Tocuyo, adonde ahora está poblada la ciudad del Tocuyo en aquella Gobernación de Venezuela, tierra fértil y abundante de comidas y naturales. Alojóse la gente en el sitio de un pueblo que pocos días antes habían quemado ciertos indios serranos, llamados Coyones, que bajando de las sierras y montañas donde tenían su habitación, gran número de ellos y dando de repente en aquel pueblo, hicieron gran estrago en los naturales, matando muchos de ellos y llevando presas mujeres y otras criaturas, pegaron fuego al pueblo y dejáronlo asolado y todo quemado. Y por-

que sobre esto y sobre la llegada de la gente de Jerónimo Ortal y los capitanes Alderete y Nieto a este alojamiento y de cierta guazabara que a todos juntos les dieron los indios coyones y de todo lo sucedido en esta ranchería hasta que Alderete y Nieto se fueran o los enviaron a Coro con la venida de Fredemán a su campo, largamente trato en esta historia, en lo que sobre las jornadas de Jerónimo Ortal he escrito en el libro quinto y sexto, en los capítulos ocho y nueve; solamente proseguiré de aquí adelante con el descubrimiento y derrota que el teniente Fredemán con toda la gente de su compañía y la de Cubagua, que trajeron los capitanes Nieto y Alderete todos juntos, hizo por los llanos de Venezuela adelante por donde había ido descubriendo y conquistando su Gobernador Jorge Espira. Habiendo, pues, el teniente Fredemán acudido ya a tierra del Tocuyo donde su gente y la de Cubagua estaban alojados, y enviado o ídose a la ciudad de Coro los capitanes Nieto y Alderete, que después vino a ser Adelantado de Chile, supo el general Fredemán como entre sus soldados había cantidad de oro que a los naturales de las provincias por do pasaron les habían tomado o rancheado, persuadióles a que se lo diesen para enviar a la costa por algunas cosas necesarias y que si ellos tuviesen necesidad de algo para sus personas, lo diesen por memoria, que del propio oro que daban se lo traerían. Los soldados, haciendo el ruego del capitán que en alguna manera era fuerza, le encargaron que les hiciese comprar lo que ellos por sus memorias pedían, y enviándolo todo a Coro se partió de aquel sitio del pueblo quemado y atravesando por las provincias del Tocuyo, pobladas de muchos naturales, gente cobarde y de poco ánimo, se pasó al valle de Barquisimeto, donde asimismo está poblado otro pueblo de cristianos llamado la Nueva Segovia de Barquisimeto, y por ser tierra airosa y algo más sana que la de atrás y bien proveída de comidas, se estuvo y entretuvo en este valle algunos días esperando lo que había

enviado a buscar a Coro y las provisiones de Gobernador, que aún todavía reinaba en él aquella codicia y ambición de gobernar solo; la cual esperanza demás de ser vana por jamás nunca venir al efecto, fué causa de algunos daños en su campo, porque como con vil vicio había despendido y gastado el alegre y enjuto tiempo del verano, después frustrado de sus designios y enfadada la gente de estar allí, comenzó a marchar hacia los llanos en fin del verano y principio del invierno, tiempo muy recio y cruel para los que habían de caminar y seguir su descubrimiento, dividiendo su gente por dos partes porque mejor se sustentasen hasta salir a los llanos donde se habían de juntar. El capitán Martínez fué con la una parte de la gente por unas provincias de indios, llamados los Gueros, y Fredemán fué por el desembocadero de Barquisimeto, donde a pocos días se juntaron en lo llano, y como comenzando a marchar creciese la fuga del invierno, fuéle forzoso a Fredemán retirarse de lo llano y volverse a invernar a la sierra, lo cual hicieron con gran trabajo por estar ya algunos arroyos grandes ocupados con la muchedumbre de agua que había llovido. Vueltos a la sierra hicieron su alojamiento en una provincia y poblazones de indios llamados Coyones, y después de dado asiento en las cosas necesarias, Fredemán, que todavía vivía en él la esperanza de verse Gobernador, se apartó con algunos soldados y volvió al valle de Barquisimeto y a otro que está cerca de él llamado el Valle de las Damas, a ver si habían venido o venían de Coro con los recaudos que esperaba, y no hallando ningún rastro ni señal de ello, se volvió a su alojamiento, donde halló noticia que cierta gente enferma que el Gobernador Jorge Espira había enviado de adelante con su teniente o maese de campo Francisco de Velásquez, según queda atrás dicho, estaba cerca de allí; y luego sin considerar los estorbos e impedimentos de las aguas, que eran muchas, envió a Pedro de Limpias, su capitán, con cincuenta hombres que lo fuesen a

buscar. Limpias se apartó con sus compañeros del alojamiento, y dejando la sierra inconsideradamente, se metió por lo llano, engolfándose en aquellas llanas campiñas o tierras que en esta sazón más estaban para navegarse que para caminarse, y como la tierra por do iba era despoblada y sin ningunos naturales, fué su jornada de mayor trabajo y riesgo demás de ser inútil. Acabóseles la comida que llevaban a Limpias y a sus compañeros y cuando quisieron dar la vuelta no pudieron caminar con la facilidad lo que habían andado, porque como había siempre llovido, había el agua anegado más tierra y así no podían caminar sino muy poco y por rodeos y desechos. El remedio que tuvieron para restaurar la falta de la comida fué un perro o galgo que consigo llevaban, que matando toda la carne de venados que para el sustento de aquella compañía era menester, les dió a todos de comer hasta que después de haber caminado muchos días llegaron a donde Fredemán su General estaba alojado, hallando nueva cierta de que los españoles enfermos en cuya busca habían salido eran ya pasados la vía de Coro. A esta sazón ya las aguas se aplacaban, por lo cual comenzó el teniente Fredemán a marchar hacia un pueblo o provincia de indios donde los naturales de atrás le habían dicho que habían estado españoles y llegando a él y hallando los rastros y vestigios de la gente de Jorge Espira, no curó de detenerse ni perder más tiempo ociosamente y pasando adelante caminó muchos días sin sucederle cosa alguna notable porque las poblazones eran raras y como habían quedado amedrentados los naturales de éllas de la gente y campo del Gobernador Jorge Espira que antes había pasado por aquella derrota, no osaban tomar las armas contra la gente de Fredemán. Yendo pues Fredemán en su descubrimiento, llegó a un pueblo de indios que por la causa que luego diré fué llamado el pueblo de la Poca Vergüenza. Los moradores de este pueblo se estuvieron en sus casas hasta que los espa-

ñoles entraron, a quien el teniente y capitán general había mandado que ninguno se detuviese a ranchear en los bohíos o casas de los indios, sino que si los naturales huyesen siguiesen el alcance y prendiesen los que pudiesen, y si se defendiesen, peleasen con ellos con el vigor que solían. Fué pues el caso que como los indios desamparando sus casas y haciendas huyesen de ver entrar por su pueblo a los españoles, algunos codiciosos soldados menospreciando el mandato de su capitán y contra toda buena disciplina y orden de guerra, dejando de seguir el alcance, se metían por las casas de los indios a robar y ranchear lo que en ellos hallasen, a ejemplo de los soldados de Sertorio, que teniendo preso al magno Pompeyo en la batalla que junto al río Juquer en España hubieron los dos, por robar los ricos aderezos de plata que el caballo de Pompeyo traía, se les fué el prisionero de entre las manos y escapó con la vida, y aunque esta batalla la venciese de Sertorio, por quedar Pompeyo con la vida por la desordenada codicia de los soldados de Sertorio, vinieron después a matar a Sertorio y a destruirle su campo y a suceder las demás guerras civiles que entre Pompeyo y Julio César sucedieron, porque de Sertorio defendía y era de la parte de Mario, en cuyo lugar sucedió después Julio César y Pompeyo en el de Sila. Y como el capitán Fredemán viese lo que sus soldados hacían, volvióse a éllos y díjoles: «qué poca vergüenza de soldados». Esta palabra de Fredemán fué muy notada de los suyos porque hasta este tiempo antes ni después jamás les había dicho palabra desmedida ni malcriada; mas, siempre los había tratado con generosa y amigable afabilidad; y no sólo no se las había él dicho, mas ni aún consentido que otros se las dijesen, y admirados los españoles de cómo su General se había desmandado esta vez, aunque con razón, a decirles lo que les dijo como cosa que otra tal ni semejante jamás oyeron de su boca, llamaron a este pueblo el pueblo de la Poca Vergüenza. Los

soldados que siguieron el alcance de los indios tomaron algunos varones y mujeres y hallaron en este pueblo los nuestros mantas de algodón bien hechas y en cantidad de pampanillas, que es ciertos paños de algodón tejidos por sí con que las mujeres cubren sus inferiores partes. Hallaron asimismo gran cantidad de hilo de algodón en muy grandes ovillos que tenía harto que cargar un hombre en uno de ellos, y abundancia de comidas. Holgó en este pueblo Fredemán con su gente algunos días porque iban cansados del camino pasado.

CAPÍTULO XVII

En el cual se escribe cómo Jorge Espira se salió de Los Choques y dió la vuelta a Coro, y el teniente Fredemán pasó adelante, prosiguiendo su jornada, y se apartó del camino por no encontrarse con Jorge Espira

Viendo Jorge Espira que en la provincia de Los Choques, donde estaba alojado, que la fortuna le había burlado por mano de los naturales de atrás, los cuales malvadamente y con cautelosa industria habían encaminado a los nuestros a aquella tierra, donde vieron su fatal perdición, determinó salirse de ella, lo cual hizo con muy gran trabajo, porque como en el poco número de gente que le habían quedado fuesen más los enfermos que los sanos, era mayor el trabajo y más crecida la necesidad y falta de comidas; mas, como hombres que para sufrir los trabajos y contrastes de fortuna no habían menester nueva disciplina, pues toda su jornada había sido una escuela de ellos, dieron la vuelta a Coro, saliéndose de aquella mala tierra y caminando algunos días por la propia derrota y camino que había llevado. Nunca recibieron de los naturales ningún daño, porque como la tierra es larga y ancha los indios que estaban poblados en el paraje o camino por do había ido Jorge Espira, escarmentados y amedrentados de los daños que habían recibido, dejando sus

territorios y poblazones desiertas, se pasaban a vivir a partes remotas, apartándose del camino todo lo que podían, y como por esta causa no hallasen por la vía que caminaban ningún género de mantenimientos sino era acaso y de tarde en tarde, era muy mayor la hambre que padecían y así se les iban muriendo cada día los enfermos y los sanos enfermando, entre los cuales fueron los capitanes Mulga y Sabayos y Cárdenas y Murcia de Rondón, que fué Secretario del Rey de Francia Francisco, al tiempo que estuvo preso en España; éste se dice que fué el que descubrió al Emperador el trato y concierto que el Rey Francisco tenía hecho para irse de la prisión en que estaba y huir de España a Francia. Otros muchos caballeros y personas principales murieron en esta tornavuelta que aquí no escribo sin la soldadesca común que fué gran número. Caminando con esta calamidad, llegaron a un poblezuelo pequeño, cuyos moradores se estaban en sus casas por no haber sentido la vuelta de los nuestros con tiempo; mas por tarde que lo sintieron tuvieron lugar de ponerse en parte segura, porque iban tan cansados y debilitados los españoles que ni estaban para ofender ni defender, ni seguir ningún alcance. Alojóse en este pueblo Jorge Espira donde halló alguna cantidad de patatas y yucas que tuvieron que comer algunos días que allí se detuvieron porque descansase la gente; en el cual pueblo sucedió que andando ciertos soldados alrededor de él buscando algunas cosas de las que los indios suelen dejar escondidas cuando van huyendo, hallaron entre cuatro soldados que iban de camarada, una criatura de edad de un año que su madre había dejado por guarecerse y escapar su persona y huir más sin embarazo. Estos soldados al ejemplo de los caníbales o caribes, gente del Brasil, que tienen por gran felicidad sustentarse de carne humana, pareciéndoles que con aquella criatura mitigarían algún tanto el furor de su desordenada hambre, la mataron, que según pareció estaba muy gor-

dita y de carnes muy mantecosas como la leche de las mujeres las suele criar, y comiéndose luego el asadurica azada sobre las ascuas o brasas del fuego pusieron su olla a cocer con la cabeza y manos y pies y una parte del cuerpo, de cuyo caldo o brodio habían estos caribes soldados hecho ya sus migadas o sopas con ají, y como acaso llegase por donde la olla se cocía, una india cristiana y ladina y le diese olor de lo que se cocía, llegóse a ver lo que era porque estaban ausentes sus dueños, y hallando lo que dentro estaba, dió de ello aviso a su amo, por donde se vino a divulgar esta maldad, de suerte que llegó a oídos del Gobernador Jorge Espira y como evidentemente hallase claridad de ello porque se tomó lo que en la olla estaba cociendo, quiso castigar con pena de muerte a los inventores de aquella maldad: más fué impedido por ruegos de muchos y por la necesidad que la gente llevaba, y así no les dió el castigo que dignamente merecían. Caminó el Gobernador adelante y acaso adoleció uno de los cuatro que fueron en matar y comer aquella criatura, y certifican personas que se hallaron presentes que estando en lo último de su vida estuvo penando y basqueando tres días sin poder morir, hasta que públicamente manifestó y confesó con lágrimas y señales de exterior e interior arrepentimiento, aquel delito, y acabado de hacer esto murió. He apuntado esto aquí para que vean los que son crueles y carniceros e imitadores de los abominables ejemplos de crueldad, que no sólo en la otra vida serán castigados conforme a sus maldades, pero que en ésta verán el principio de sus tormentos, como lo vieron muchos inicuos y malos hombres que por estar los libros llenos de sus ejemplos aquí no los refiero y nombro, y según en otras partes tengo referido, los que ahora vivimos los hemos visto en algunas personas que usando con más rigor de crueldad del que es permitido a sus oficios de soldados en las conquistas y pacificaciones de nuevas poblazones, se han bañado no sólo sus

crueles espadas y manos y brazos, como suelen decir, hasta el codo, pero lo interior de sus ánimos en sangre humana, derramándola sin causa ni necesidad, cuyas maldades asimismo delante de nuestros ojos han sido castigadas por permisión divina, viniendo por vías no pensadas a poder de indios, donde han recibido crueles muertes y algunos han sido sepultados en las entrañas de los propios indios en venganza del daño que de ellos recibieran. De este lugarejo, como he dicho, prosiguió Jorge Espira acercándose a los caudalosos ríos de Apure y Zarare para donde asimismo su teniente Nicolás Fredemán, partiendo del pueblo de la Poca Vergüenza, después de haber descansado algunos días caminó con toda su gente y llegado que fué a las riberas de Apure, cuyos nacimientos son en las provincias de Mérida, en las quebradas que llaman de Bravo y por otro nombre Aricagua, donde el propio río es llamado por los naturales Capuri y corrompido el vocablo por la diversidad de las lenguas, vino a llamarse Abajo Apure. Tuvo Fredemán noticia por relación de los indios de cómo Jorge Espira, su Gobernador había dado la vuelta y se volvía a Coro y asimismo a esta sazón llegó un Capitán llamado Juan Gutiérrez de Aguilón con quince hombres que desde Coro había salido en su seguimiento para irse con él al descubrimiento y no le había podido alcanzar hasta este paraje. Holgóse Fredemán con la llegada de estos soldados por tener noticia del estado y suceso de las cosas de Coro. Sabido de todo punto por el Teniente Fredemán que era cierta vuelta de su Gobernador Jorge Espira, aborreciendo ver sobre sí superior ni otro que mandase más que él, no curó de dar a sus soldados noticia de ello sino calladamente pasó los dos ríos de Apure y Zarare donde perdió un Secretario suyo que el ímpetu del agua llevó y ahogó, dejando la derrota que por la falda de la cordillera llevaba y metiéndose mañosamente por lo llano adelante, dió lado al Gobernador Jorge Espira para que sin toparse con él pasase adelante la

vuelta de Coro donde se iba Jorge Espira marchando con sus continuos trabajos y pesada carga de gente enferma que consigo traía. Llegó a Zarare y pasándolo trabajosamente con buena esperanza de tener algún descanso y refrigerio en unos pueblos de indios caquetios que entre los dos ríos Apure y Zarare estaban poblados, cuyos moradores habían dejado de paz cuando por allí pasaron y muy en amistad de españoles a los cuales la gente de Fredemán habían ahuyentado y tomádoles sus mujeres e hijos y lo que tenían y convertido su amor en odio. Pues cómo Jorge Espira llegase a estos pueblos y los hallase arruinados y los indios muy fugitivos y destruídos las comidas, procuró haber algunos y preguntándoles la causa de su calamidad y el andar fuera de sus casas, le dijeron como poco tiempo antes cierta gente había pasado por allí que les habían hecho los tratamientos dichos. Jorge Espira admirado de aquello no curó detenerse, mas luego prosiguió su camino y pasando el río Apure de la otra banda halló la ranchería y alojamiento que la gente de Fredemán habían hecho pasando por allí y por los vestigios y rastros colegían haber poco más de quince días que habían pasado españoles o estado allí sin saber quienes fuesen, y con este cuidado se daba Jorge Espira toda la prisa que podía a caminar por ver si hallase quien le diese entera relación de qué gente fuese aquella que había pasado; y yendo caminando llegó al río llamado Aure, y como fuese falto y necesitado de comida fuéle forzoso alojarse riberas de aquel río para procurar alguna vitualla o sustento para su gente, y yendo ciertos soldados a unas poblazones de indios caquetios que cerca del alojamiento estaban, dieron en ellos y entre los demás naturales se tomó una india ladina que había venido en compañía de Fredemán, la cual por haber caído enferma la dejaron entre aquellos indios que habían quedado en su amistad, y como la india fuese traída ante el Gobernador Jorge Espira, dióle entera noticia y relación de cómo la gente que por allí había pasado era Fredemán

su Teniente con los Capitanes Limpias y Pinilla y Ribera y un padre Requejada Agustino y otros muchos soldados, los cuales iban diciendo ir en busca del Gobernador Jorge Espira, pero si Fredemán iba publicando esto no llevaba intención de cumplirlo, pues cuando supo que Jorge Espira se acercaba a él se apartó de su encuentro como se ha dicho y se metió por lo llano. El Gobernador estuvo perplejo algún tiempo en tomar determinación de lo que haría, porque era persuadido a que volviese siguiendo a Fredemán y le tomase la gente y con élla intentase otro nuevo descucrimiento, mas, considerando la poca gente y mal armada que consigo traía y la mucha que podía llevar Fredemán, parecióle que era ponerse en las manos de su Teniente o de su enemigo para que de él hiciese lo que quisiese y así se detuvo en las riberas de este río Aure, hasta determinar cuerdamente lo que debía hacer y que a sí y a sus soldados fuese más sano.

CAPÍTULO XVIII

Cómo el Gobernador Jorge Espira después de haber enviado gente en seguimiento de Fredemán, llegó a Coro donde halló el gobierno de la tierra en el Doctor Navarro, proveído por la Audiencia de Santo Domingo

Después de haber estado pocos días Jorge Espira riberas del río Aure, fué resoluto en enviar alguna gente tras de Nicolás Fredemán, su Teniente, con nuevos poderes suyos para ganarle la voluntad, porque ya que no era poderoso para sujetarlo pretendíó por maña hacer lo que no se atrevió con fuerzas y a que le avisasen que no siguiese la derrota que él había llevado porque se perderia, sino que en llegando al pueblo de Nuestra Señora, procurase meterse en la sierra y atravesar la cordillera, porque allí le habían dado cierta noticia los indios de mucha gente y oro, sobre lo cual le escribía muy largamente y porque en aquel lugar do estaban alojados ribera del río Aure,

no había abundancia de comida para dar matalotaje a los que atrás habían de volver, pasaron adelante a unas provincias abundantes de mantenimiento de ciertos indios llamados Giraharas, poblados junto a la propia cordillera que ya traían a mano izquierda. Estos Giraharas están poblados en tierra montuosa, es gente desnuda, muy enemigos de españoles, grandes guerreros y salteadores, usan para la guerra de unas macanas muy grandes que es una arma de palma negra que ellos se aprovechan de ella como los españoles de un montante, usan de arcos grandes y anchos y muy recia flechería la cual tiran y avientan con gran furia de suerte que si aciertan con ello pasan un hombre de parte a parte; es gente idólatra y muy supersticiosa. En esta provincia hizo el Gobernador Jorge Espira hacer matalotaje para los que habían de volver en el alcance de Fredemán y mandando a percibir para este efecto treinta hombres y entre ellos doce de a caballo y por su caudillo a Felipe de Utre, caballero alemán de la propia casa de los Bezares que era su capitán de la guardia, los envió con los despachos dichos, y él prosiguió su camino según lo llevaba por la falda de la sierra sin detenerse en ninguna parte más que a tomar comida, hasta la sierra que dicen de Coro donde se detuvo a reformar los caballos y a descansar algunos días. Felipe de Utre con sus compañeros caminó hasta Apure donde le fué impedido el pasar adelante porque como hubiese empezado a entrar el invierno venía aquel poderoso río tan crecido que excediendo sus ordinarios límites, inundaba grandísima legua y media de tierra llana. Estúvose Felipe de Utre esperando treinta días a ver si el río se aplacaba y le daba lugar para pasar, y como lo viese siempre estar en un sér, dió la vuelta camino de Coro en seguimiento de su Gobernador al cual alcanzó alojado y descansando en la sierra de Coro, como se ha dicho. Airóse Jorge Espira de que la quedada de Felipe de Utre hubiese sido sin ningún efecto; mas, sabido el contraste que para volverse habían tenido,

mitigó su furor y determinó llegar con brevedad a Coro. Los días que Jorge Espira se detuvo en esta sierra de Coro a descansar fué por los naturales de élla muy mal hospedado, porque jamás cesaban de ponérsele sobre algunos collados que sojuzgaban su alojamiento y de allí los flechaban y damnificaban seguramente sin poder recibir daño ninguno de los nuestros, lo cual visto por Jorge Espira determinó armarles una celada y enviando de noche cierta cantidad de españoles a que se emboscasen en unos arcabucos o montañas que en los collados donde los indios acostumbraban venir a flechar estaban, fueron fácilmente castigados aquellos bárbaros de su loco atrevimiento porque como otro día de mañana viniesen inconsideradamente al lugar do solían flechar a los nuestros, fueron por los del real movidas pláticas con que los descuidaron y dando los españoles de la emboscada en ellos, fueron muertos muchos y presos más de treinta, de los cuales empaló diez por aquellos cerros para atemorizar la tierra. Castigo cierto abominable y cruel y que por manos de cristianos no se había de dar a ningunas gentes y ha sido tan ordinario en algunas partes de Indias que al que conforme a ley natural defendía su patria mereciendo por ello antes premio que pena, le daban tan de ordinario este castigo y pena de empalado como si así fuera justicia. Esto está ya estirpado y quitado por mano de algunos cristianísimos Jueces que el Rey ha enviado a Indias y especialmente en las tierras sujetas al Nuevo Reino de Granada, donde como en su lugar más largamente dije, se usaba este género de castigo en los indios por algunos inconsiderados y crueles hombres. Mas los Gobernadores y Jueces Supremos que en la Audiencia de aquel Reino han residido, han castigado y enmendado estos negocios y otros muchos, tocantes al buen tratamiento y conservación de los naturales, de tal suerte que parece ya haber llegado a aquella tierra una edad muy florida y alegre para los naturales, lo cual no ha sido en esta Gobernación de Venezuela, de

quien al presente tratamos, que en algunos pueblecillos de ella no usan de crueldades por no tener ya indios en quien usarlas; y donde los hay, andan los soldados tan encarnizados y cebados en maltratarlos, que casi aposta les mueven ocasiones con que los indios se alcen para después con ese color irles a hacer guerra y por castigo jurídico empalarlos y aperrearlos o comérselos con perros como a fieras, a imitación de lo que Solimano, gran turco, hizo casi en este mismo tiempo, que sería por el año de treinta y seis, que enviando los Asapos y los Acarsis contra ciertas gentes llamados los Simiriotos, gentes que habitan en el monte de la Cimera en tierra de Butintro, hacía que a manera de monteros y corredores anduviesen tras estos desarmadas y desventuradas gentes y los matasen y diesen fin y cabo de todos éllos por cierto enojo que de éllos hubo. Y mientras su Majestad aquella Gobernación no la pusiere debajo del Audiencia del Nuevo Reino para que por mano de los Jueces que en aquella audiencia residen sean visitados estos pueblos y quitados estos daños, no dejaran aquellos míseros naturales de padecer e irse apocando. Esto he dicho aquí porque se me ofreció esta ocasión; si en alguna manera me he apartado de la historia el lector con paciencia tolere lo que yo con inadvertencia he hecho. Después de haber Jorge Espira amedrentado bien con el castigo que hizo, no sólo a los moradores de aquella provincia donde estaba, mas a todos sus circunvencinos; ya que su gente y caballos estaban algo descansados, caminaron derecho a Coro, sin que otros indios ningunos osasen tomar armas contra éllos, ni salirles al camino a hacer estorbo ni desabrimiento. Después de haber caminado algunos días llegó a la ciudad de Coro Jorge Espira, donde halló expirada su Gobernación y jurisdicción, y por Gobernador de élla al Doctor Navarro, vecino de Santo Domingo, a quien la Audiencia de aquella isla había proveído por Gobernador de Venezuela por habérsele acabado a Jorge Espira el tiempo que traía señalado en su conducta para gober-

nar. Entró en Coro Jorge Espira con sólo noventa hombres pobres y flacos y muy maltratados, al cabo de cuatro años que de élla salió con cuatrocientos soldados bien aderezados. Estuvo en Coro algunos días Jorge Espira donde era aborrecido de los españoles, por no querer sufrir a ser gobernados por extranjeros, y como le habían quitado y él no era parte a apremiar a los soldados que siguiesen su voluntad, estúvose en Coro como persona privada o particular donde, como adelante diremos, murió. Y porque primero que tomé la mano en proseguir el suceso de las cosas de esta Gobernación estoy obligado conforme, a la orden que llevo, de dar cuenta del remate de la jornada de Nicolás Fredemán que pasados los ríos de Apure y Zarare se apartó de la cordillera y se metió en los llanos por no encontrar con su Gobernador y por evitar toda ocasión de discordia y pasión como cuerdo y astuto Capitán, proseguiremos con el suceso de su jornada en los siguientes capítulos, donde solamente trataremos de él hasta que entró en el Reino y se juntó con la gente del Licenciado don Gonzalo Jiménez de Quesada, teniente del Adelantado don Pedro Fernández de Lugo, y no más porque lo que de allí adelante le sucedió queda escrito en la primera parte en el descubrimiento del Nuevo Reino.

CAPÍTULO XIX

Cómo atravesando ciertas ciénegas el teniente Fredemán con su gente, se tornó a arrimar a la sierra, y prosiguiendo su jornada llegó al pueblo de Nuestra Señora

Según atrás queda dicho, como por no verse Fredemán con su Gobernador Jorge Espira dejase el camino de la sierra pasados los ríos Apure y Zarare y se metiese por lo llano, dió en unas ciénegas o lagos de poca agua, pero largos y dificultosos de pasar y atravesar por respecto de ser ellos en sí muy cenagosos y llenos de lama, de suerte que pusieron en gran trabajo así a los soldados como a los caba-

llos, para haber de salir de ellos. Estas ciénegas eran llamadas en lengua de los naturales que a sus orillas estaban poblados, *arechona y caocao*. Estos naturales tenían pocas comidas de labor por ser lo más de sus mantenimientos pescados que de aquellas ciénegas pescaban, lo cual fué causa de padecer muy gran hambre y necesidad los españoles. Estos indios tenían alguna ropa de mantas razonable, y cantidad de hilo de todos colores, lo cual con otras baratijas escondían, por librarlo de la avaricia de los soldados, entre algunos juncales y otros herbazales que en aquellas ciénegas se criaban; mas, los soldados que por robar y ejercitar todo avariento acto imitan los rastreadores sabuesos que por el olor del aire descubre la caza por partes no pensadas, iban a dar con la miseria que los indios tenían en el agua escondida y se lo llevaban para sus menesteres. Pasadas estas ciénegas entraron luego en tierra enjuta, y engolfándose por lo llano en pocos días, perdieron de vista la sierra y cordillera que casi por guía y lumbre o farol de su derrota traían, donde les faltó tan de golpe la comida que les puso en condición de perecer todos de hambre; mas esta falta remediaron los caballos, a los cuales comenzó a dar cierta enfermedad de que murieron muchos y supliendo con la carne de ellos la necesidad de la comida, se alimentaron muchos días hasta que llegaron a un río algo angosto pero muy hondable en cuyas riberas había grandes vestigios y señales de haber habido en otros tiempos grandes poblazones. Alojóse allí Fredemán con su compañía y luego envió un capitán con gente a buscar comida por los alrededores de aquella provincia y hallaron desviado del río algunos poblezuelos de indios con algunos mantenimientos. Tomaron lo que habían menester y algunas piezas de indios e indias naturales de aquellos lugares y se volvieron a su alojamiento, donde deseando Fredemán saber la causa de la ruina de aquellos poblezuelos que parecía haber habido ribera de este río, preguntó a los indios que le

habían traído, la claridad del negocio, los cuales les dijeron que dentro en aquel río en cuyas riberas estaba alojado, andaba un animal feroz y bravo que tenía diversas cabezas, que matando algunos indios había sido causa que los demás se arredrasen y apartasen de aquel lugar y sitio do estaban poblados. De esto no fueron muy maravillados algunos soldados de Fredemán que demás de haber oído todo el campo los grandísimos bramidos que este animal dió estando alojados ribera de aquel río, lo vieron por sus propios ojos y certificaron ser una muy espantable y fiera que juzgaron tener diversidad de cabezas, y unos la tuvieron por sierpe y otros por culebra. Aquí le pareció a Fredemán que su Gobernador habría ya pasado adelante, por lo cual determinó tornarse arrimar a la sierra, y enviando de sí a Pedro de Limpias con alguna gente que fuese descubriendo y a buscar algún lugar para invernar porque ya se acercaba el invierno, él se partió en su seguimiento con todo el resto de la gente. Pedro de Limpias caminó lo que pudo hasta llegar a un río llamado El Pauto, donde halló cantidad de pueblos y abundancia de comidas y sitio acomodado para tener el invierno, y de allí envió ocho soldados de los que consigo llevaba que volvieran atrás a dar mandado a Fredemán que poco a poco iba marchando con la otra gente, y por este respecto se hallaba en esta sazón desviado algunas jornadas de donde Limpias estaba. Los ocho soldados que con esta embajada iban, apartándose del camino que habían traído, dieron en un poblezuelo donde había unos pocos moradores; asaltándolo ahuyentaron a los indios y ellos tomaron lo que en el pueblo había, que era algún oro y otras cosas de rescate y algunos indios, y no queriendo pasar de allí por temer que habría adelante indios que le damnificasen o por no perder la presa que en las manos tenían, se volvieron vergonzosamente adonde estaba Pedro de Limpias, el cual como los viese ir sin llevar recado de lo que les había enviado, disimuló con ellos y envió otros ocho

soldados al propio efecto, los cuales llegaron adonde toparon a Fredemán y dándole noticia de a lo que iban, todos juntos se volvieron, o vinieron en pocas jornadas a donde Limpias estaba, el cual les salió a recibir al camino a un pueblo de indios dicho *Vacoa*, donde supo el teniente Fredemán el cobarde hecho que los ocho soldados habían perpetrado en volverse del camino. Hizo en ellos un castigo ejemplar aunque no conforme a como su cobarde vileza merecía, que quitándoles todo lo que habían robado a los indios, así oro como piezas de servicio, lo dió todo a los otros ocho soldados que en su lugar habían sucedido y demás de esto les dió por pena que cada uno de ellos cargase en su caballo treinta jornadas un enfermo de los que en el campo iban, que no tenían caballos. Alojóse Fredemán con su campo en el alojamiento que Limpias le había señalado para invernar y durante el tiempo del invierno envió ciertas escuadras con gente que por aquel paraje viesen y descubriesen si se podía atravesar la cordillera para por allí entrar con toda la gente; los cuales fueron y después de haber andado algunos días buscando esta entrada, se volvieron sin hallar la que buscaban por ser allí la sierra muy áspera y que por ninguna vía se pueden meter caballos. Pasó el invierno sin sucederles cosa próspera ni adversa y luego que empezaron a tener alguna rareza las aguas, prosiguió su camino casi por el propio que Jorge Espira había llevado, llevando siempre la sierra a mano derecha y caminando por la falda de ella. En este tiempo sucedió que yendo el campo marchando por una campiña rasa, salió un tigre desvergonzada y atrevidamente y metiéndose entre la gente que en el batallón iba, con más presteza de la que se puede pensar mató un español y tres piezas, indios ladinos y cristianos; y como al alboroto acudieron muchos españoles de a pié y a caballo, dejando el tigre hecho el daño dicho se apartó muy mansamente sin que ninguno lo osase hacer mal porque no volviese su encarnizada furia

contra los demás que le quisiesen ofender. Alojáronse allí cerca por dar sepultura a aquellos cuerpos muertos, y hubiera de ser en más daño y ofensa suya porque como el tigre volviese a buscar la presa que había hecho y gente que había muerto, entrábaseles por el alojamiento a hacer otros muchos daños; lo cual con continua vela y guardia que toda la noche tuvieron le estorbaron. Amanecido, Fredemán caminó con su gente y dende a pocos días llegó al río de Meta, cuyos nacimientos están dos leguas de la ciudad de Tunja, en el Nuevo Reino de Granada, en el camino que de Tunja llevan a la ciudad de Santa Fe. Llámase este río de Meta en sus nacimientos, *Bajaca*. Ribera de este río de Meta se alojó Fredemán, donde descansó algunos días; están poblados muchos naturales riberas de él, gente de buena distinción y amigables; llegan a este paraje aquellos grandes pescados, dichos *bufeos*, que se crían en el mar océano. Este río se junta con el río Orinoco, doscientas leguas apartadas de la mar; y ambos juntos, junto a la mar, son llamados el río de Uriaparía, de quien adelante se trata. Hay en estos llanos de Venezuela cierta nación de indios llamados *guayhiguas*, gente que no viven en pueblos ni son cultivadores ni labradores ni tienen lugar señalado donde habitar; traen consigo unas tendezuelas hechas de algodón, en que se recogen de noche, susténtanse de lo que salteando roban y hurtan a las otras gentes más nobles, a imitación de los haydones, famosos salteadores que robando y salteando bajan por los bosques de Esclavonia y corren todas las tierras que por aquellas provincias hay hasta los confines de Hungría, haciendo extraños daños y maleficios a las otras gentes, teniendo esto por principal oficio para su sustentación. Estos guahyguas es gente muy ligera y suelta, tanto que con poca delantera que a un caballo lleven, con dificultad les alcanzan. Usan de cierto género de instrumento hecho a manera de pretales de cascabeles con que entran haciendo estruendo por los pueblos

en donde entran a robar. Entiendo que esta propia nación de indios son los que por otro nombre en estos propios llanos llaman giraharas, que viven de la propia manera que éstos. Después de haber descansado Fredemán ribera del río Meta algunos días pasó adelante con su campo y marchando por la falda de la sierra llegó a la provincia llamada de sus propios naturales Marvachare, que es donde los de Jorge Espira dijeron el pueblo de Nuestra Señora, y esta gente de Fredemán llamaron el Pueblo de la Fragua, por haber allí armado una fragua para aderezar ciertas herramientas, y todo esto es en el territorio donde ahora está poblado el pueblo dicho San Juan de los Llanos, que es del Distrito del Nuevo Reino de Granada, de quien en la primera parte de esta historia queda escrito.

CAPÍTULO XX

Cómo atravesando Nicolás Fredemán desde el pueblo de Nuestra Señora la cordillera y sierra, entró en el Nuevo Reino de Granada

Llegado el teniente Nicolás Fredemán al pueblo Nuestra Señora, en la parte que le pareció más acomodada hizo su alojamiento y luego de algunos indios que allí se tomaron, procuró informarse y saber que disposición de tierra y gente había adelante por la falda de la cordillera, por ver si le convenía pasar adelante, aunque también consideraba que pues Jorge Espira y sus soldados se habían vuelto de hacia aquella parte como le daban claras señas el rastro de su camino que no debía de haber ninguna buena tierra por aquella derrota. Los indios le dijeron claramente que no curase de pasar adelante sino que por allí atravesase la cordillera, donde daría en gente muy rica. Fredemán llevaba consigo los aderezos de una fragua, la cual mandó armar allí para aderezar las herramientas que traía gastadas y maltratadas del camino pasado, porque si se le

ofreciese abrir alguna montaña o arcabuco se hallase en las manos con que hacerlo. Hecho esto tomó consigo una parte de su gente y algunos capitanes y salió a buscar algunos naturales para mejor informarse de ellos de la noticia y nueva que los indios del pueblo de Nuestra Señora le daban, y caminando tres días dió en una provincia de indios llamados operiguas, al principio de la cual halló un pueblo pequeño y recogido, fortificado con un recio y grueso palenque, cuyos moradores en sintiendo los españoles se pusieron en arma defendiendo con obstinados ánimos sus casas; los nuestros hicieron todo su posible por asaltarlo; mas nunca pudieron, hasta que llegándose a él mañosamente, lo abrieron por un lado con las hachas y machetes que llevaban y por un portillo que le hicieron entraron los españoles sin recibir más daño de herirles un soldado a la entrada de un flechazo. Llamaron a este pueblezuelo Salsillas por parecerles recio el palenque. Este lugarejo es distinto del que atrás digimos que la gente de Jorge Espira no pudo asaltar y lo llamaron también Salsillas. Rancheóse lo que había en el pueblo y tomáronse algunos indios porque todos los más huyeron cuando vieron que los españoles entraban ya en el palenque. De estos indios que aquí se tomaron tornó Fredemán a informarse e inquirir y saber lo que adelante había, los cuales confirmando lo que los de atrás habían dicho, dándoles nuevas de mucha gente de naturales que poseían grandes riquezas y diciéndoles que allí iban muy pocos españoles, que volviesen por los que atrás quedaban, y que ellos les meterían en la tierra. Con esta buena nueva y guías que ya Fredemán tenía, se volvió a do estaba su alojamiento a dar orden en partirse con toda su gente la sierra adentro para atravesar la cordillera, y llegado que fué halló que la gente estaban faltas de quien les llevasen sus cargas y lo que tenían, porque se les habían huído muchos indios que hasta allí habían traído, y para remediar esta necesidad, Fre-

demán envió tres de sus capitanes con gente por diversas partes a buscar indios para el efecto dicho, y dende a dos días volvieron los dos bien proveídos de naturales, y el otro que fué Pedro de Limpias no le sucedió tan bien como a los demás, que fué causa de no acudir tan presto, porque echándose el río Ariare abajo, en un pueblo llamado de sus propios naturales Miyegua, y dando en él halló que los varones y gente para tomar armas no estaban allí, que eran idos a pescar y ensartando en sus colleras algunas mujeres y de la gente más crecida que en el pueblo había, dió la vuelta hacia donde Fredemán estaba; y como los indios fuesen avisados de este saco que en sus mujeres e hijos se había dado, dejando la pesquería tomaron las armas y vinieron en seguimiento de Limpias y de sus compañeros, los que les alcanzaron a tiempo que por defecto del camino se habían apartado los peones con la presa que llevaban de la gente de a caballo, y dando en ellos los indios los hicieron soltar la más de la gente que les habíaa preso trabando con ellos guazabara en la cual hirieron de una lanzada a un soldado, de que murió después; y como a esta grita acudieron los de a caballo que no iban muy desviados, fueron los indios forzados a huir y retirarse al río, donde se arrojaron y guarecieron nadando. Todavía se quedaron los españoles con parte de la presa, con la cual llegaron al alojamiento; y acercándose el tiempo de la partida fueron repartidos aquellos indios e indias que los capitanes habían traído entre todos los del campo para que les llevasen sus cargas, y los españoles casi forzados a salir de allí porque les habían dado cierta enfermedad o ramo de esquilencia, con que habían muerto algunos soldados e indios ladinos. Envió el teniente o capitán general de esta gente, Fredemán, a Pedro de Limpias delante con los guías, que fuese descubriendo y metiéndose en la sierra para atravesarla. Limpias tomando su vanguardia caminó por donde los guías le llevaban y una jornada apartado del alo-

jamiento del pueblo de Nuestra Señora, dió en un río llamado el río de Tegua, a la entrada del cual hallaron un lugarejo de hasta diez o doce casas que el día antes sus propios moradores le habían pegado fuego porque no se aprovechasen de él los españoles; entre las cenizas del cual hallaron alguna sal que les dió mucho contento porque iban muy faltos de ella, y pasando adelante fueron a hacer noche a otro lugarejo apartado de allí el propio río arriba, donde estando durmiendo los soldados y los centinelas velando, llegó un tigre y tomó una india de debajo de la hamaca o lecho de un soldado, y sin ser poderosos todos los que allí estaban para quitársela, la llevó arrastrando para su sustento. Otro día prosiguiendo Limpias su descubrimiento, atravesando por diversos y frigidísimos páramos y sierras muy ásperas y montuosas y muy faltas de comida, donde padeció muy extraños trabajos con los soldados que con él iban, y perdió algunos de ellos, porque demás de la falta que de comidas llevaban les era forzoso abrir los arcabucos y caminos por do habían de pasar cortando muy gruesos árboles y maderos que el tiempo había derribado y travesado por la vía que llevaban, y cortando grandes peñascos con picos y azadones para que pudiesen pasar los caballos; y donde sus fuerzas no bastaban a quebrantar las peñas, para este efecto sobrepujaba su industria, porque atando los caballos con sogas los subían por lugares muy altos; y con estos trabajos y calamidades llegó Limpias a una loma muy agria y áspera que tenía la paja muy crecida y seca en lo alto y por los lados eran despeñaderos y el camino por do habían de subir muy estrecho y áspero, de suerte que por ninguna manera se podía con presteza bajar por él; y los indios como viesen entrar a los españoles pegaron fuego por lo alto, y como el aire viniese de aquella parte donde el fuego se había pegado, veníase con gran furia acercando a los nuestros y cogiéndolos en el lugar apretado que no podían volver atrás con los caballos

ni aun con las cargas; lo cual visto por Limpias, usando de toda la presteza que pudo, echó un contrafuego con el cual atajó solamente el daño que los caballos habían de recibir, que era despeñarse o quemarse, porque con su ímpetu el fuego les quemó muchos indios con las cargas y ropas que llevaban, y un español enfermo que iba cargado en una hamaca fué dejado de los que le llevaban por guarecer sus vidas, y allí fué abrasado; y otro llamado Bivanco, por antiguo temor que debía tener a este elemento y por no morir en su poder, se arrojó de la altura de aquella loma o siera y quiso más morir despeñado y hecho pedazos, que vivir con alguna señal defectuosa que chamuscándole el fuego le podía hacer como a otros muchos hizo. Pasado el ímpetu de este fuego, Limpias no curo de volverse atrás; mas, pasando adelante con su buen ánimo y mejor fortuna, con iguales trabajos que los de hasta allí, llegó dende a pocos días al valle de Fosca, donde halló alguna poblazón de indios moscas, de los sujetos al Nuevo Reino, y alguna comida, aunque poca, con que descansó algunos días, y durante este tiempo siempre el teniente Fredemán le venía siguiendo con el resto de la gente, aunque apartadamente, pero por sus propias pisadas, gozando de las hambres y necesidades que los delanteros gozaron, pero no de tanto trabajo, por hallar ya el camino, que era de montañas, abierto y descubierto. De Fosca salió Pedro de Limpias a Pasca, otro repartimiento del Nuevo Reino, donde halló algún rastro de caballos, aunque dudoso, y como no tenía lengua o intérprete que entendiese aquellos naturales, no podía haber ninguna claridad de lo que pretendía, y estando así perplejo en Pasca recibió cartas del Licenciado Jiménez, teniente del Adelantado don Pedro Fernández de Lugo, que por la vía de Santa Marta y Río Grande de la Magdalena había entrado en aquella tierra, en que le hacía saber cómo él estaba allí poblado por Santa Marta y que le hiciese placer de que se viesen. Limpias despachó luego con brevedad al-

gunos soldados a su General Fredemán, que en su seguimiento iba con indios cargados de comida, dándole aviso de lo que pasaba y asimismo envió a un Hernando Montero, a quien traía por su escuadra, que fuese a verse con el Licenciado Jiménez, el cual fué muy bien recibido de Jiménez y para traerlo con más facilidad a su amistad y saber de él lo que pretendía, dióle una cadena que traía al cuello, que pesaba más de cien castellanos, e informado de Montero de la gente que era y de la manera que venían, envió luego ciertas personas principales de su compañía que fuesen a saludar de su parte al teniente Fredemán y tratar como se viesen. Cuando estos legados del licenciado Jiménez llegaron a Pasca ya había llegado allí con el resto de la gente Fredemán que como en el camino le llegaron las nuevas y cartas que le enviaba Limpias, apresuró su caminar y llegó a Pasca con más brevedad de la que pensaba, y como llegaron a verse con Fredemán los legados del Licenciado Jiménez, según dije, fueron por él muy bien recibidos y saludados, y luego se partió al Valle de Bogotá adonde el Licenciado Jiménez estaba alojado, en el sitio donde ahora está poblada la ciudad de Santa Fe. Después de haber cinco años que su gente, que serían cuatrocientos hombres, salieron de Coro, la vuelta de la laguna de Maracaibo hasta que entró en el Reino, año de treinta y nueve, con solo cien hombres y porque el suceso de las cosas de Nicolás Fredemán y de sus soldados y capitanes de este punto y aún desde un poco más atrás, no pertenecen a este lugar, cesa aquí su historia con decir que después por ocasiones que en el Nuevo Reino se ofrecieron fué a España juntamente con el Licenciado Jiménez y con el teniente Benalcazar que a esta propia sazón entró en el Reino por la vía del Perú y estando allá litigando sobre no se qué pretenciones murió dende a poco tiempo que las Indias fué. Proseguirse han de aquí adelante los demás sucesos de Venezuela por la orden que los llevan entablados.

CAPÍTULO XXI

En el cual se escribe lo que después sucedió a Jorge Espira en Coro hasta que murió, y el resto del gobierno del Doctor Navarro

Según atrás queda apuntado, durante el tiempo que Jorge Espira andaba en su infeliz jornada y descubrimiento por los llanos, se le cumplió el término de su conducta de Gobernador por lo que el Audiencia de Santo Domingo proveyó por Juez de Residencia al Doctor Navarro, vecino de aquella isla con tiempo limitado, el cual cumpliéndose cesaba su jurisdicción, y como cuando Jorge Espira llegó a Coro desbaratado de su jornada, hallase al Doctor Navarro que gobernaba, fué luego despojado de todo su trono y aborrecido de los soldados que entrañablemente deseaban echar de sí aquella carga de Gobernadores extranjeros, y así ayudándose los españoles del favor de don Rodrigo de Bastidas que en aquella sazón era obispo de Venezuela y estaba en Coro, pretendían que por ninguna vía le fuese por el Juez de Residencia encargado a Jorge Espira ninguna compañía de gente ni conducta para entrar la tierra adentro porque habiéndose ofrecido en aquella sazón ocasión de ir a castigar unos indios poblados hacia la boca de la laguna de Maracaibo, por haber muerto ciertos españoles, pretendía Jorge Espira llevar a cargo aquella Jornada e ir por capitán de ella para de allí hacer otro descubrimiento, y como los soldados lo contradijeron con el favor del obispo que tenía mucha mano en los negocios de la Gobernación, usó Jorge Espira de mapa para efectuar sus designios y corrompiendo al obispo con algunas dádivas que le dió, le hizo volver la hoja y tomar la demanda por él contra los españoles, los cuales estaban ostinados en aquella su opinión, que aunque el obispo en el púlpito decía muchas palabras diciendo que era grande la maldad de la gente y soldadesca que teniendo Rey buscaban Rey

y teniendo Gobernador buscaban Gobernador, con otras muchas palabras y razones, no fué todo esto parte para convencerlos ni hacerles que se volviesen a meter debajo del gobierno de Jorge Espira; y visto por el Doctor Navarro la obstinación de los españoles envió los que allí pudo juntar que serían ciento y tanto con un capitán de su nación a hacer el castigo a la parte dicha, los cuales fueron y prendiendo los culpados los enviaron a Coro donde el Gobernador y Juez estaban; y ellos deseando verse fuera de aquella Gobernación por ser la jurisdicción de ella sujeta a extranjeros que procurando su particular interés y provecho, tenían sujetos y presos los codiciosos ánimos de los españoles con mucha diversidad de fueros con que apremian la avaricia de los menores y acrecentaban la suya, acordaron pasarse a las provincias de Cubagua que en esta sazón eran muy acompañadas de gentes españolas que pasaban a ellas de Santo Domingo y de las otras islas a hacer esclavos y gozar de la riqueza y pesquería de perlas que en la isla Cubagua, cercana a aquella provincia había, y por eso dicha de este nombre se sacaba, (*sic*) y dejando hecho el castigo, caminaron apartándose de la poblazón de Coro, y entrando y metiéndose en la sierra para por allí atravesar a Cubagua. Algunos soldados de flacos ánimos y fuerzas pareciéndoles dificultuosa y trabajosa esta jornada, dejaban de seguir a sus compañeros y se volvían a Coro, donde el obispo Bastidas y Jorge Espira increpaban mucha culpa al Doctor Navarro de la ida de estos soldados, pareciéndoles que quedaba aquella Gobernación muy falta de gente para su defensa y para intentar nuevas jornadas. Navarro, viéndose fatigado de las voces del obispo y de las de Jorge Espira y de los demás factores de los Bezares, determinó juntar la gente que pudo e ir en seguimiento y alcance de aquellos soldados tomando su camino por la costa de la mar vía de Burburata para por allí con más presteza salir a los valles de Barquisimeto y El Tocuyo y tomarles

la delantera. Los soldados que por la sierra iban pasaron muchos trabajos y riesgo de ser tomados a manos de los indios por no llevar caballos, y al cabo de cierto tiempo hallaron rastro del Doctor Navarro el cual había y apasado por allí; y metidos en una poblazón de indios llamados los Ajaguas, donde tuvo noticia que estaban los fugitivos, los cuales sin saber de él lo habían harrado (*sic*) en el camino, dándole lado de Barquisimeto se salieron los soldados fugitivos a lo llano por el desembocadero de Bnravre, donde a tino tomaron la derrota que les pareció, y fueron a parar a un río llamado el Pao, en cuya ribera se alojaron para rehacerse de comida que llevaban muy gran falta de ella. El Doctor Navarro llevaba buenas lenguas o intérpretes con las cuales fácilmente había noticia de los naturales por do pasaba de la derrota y camino que llevaban los fugitivos y así los iban siguiendo casi por sus propias pisadas. Fuélos a alcanzar en las riberas del rio Pao, donde como se ha dicho se habían alojado para buscar comida. Llegado el Doctor Navarro con su gente que serían sesenta hombres con buenos aderezos y caballos al alojamiento de los fugitivos, no halló en él más de a los enfermos, que los demás soldados se habían esparcido por diversas partes a buscar comida; y como a la tarde fuesen juntos fueron reprendidos ásperamente por Navarro de lo que habían intentado hacer por haberle a él cargado el Obispo y Jorge Espira la culpa de su alteración y movimiento. Los fugitivos le dijeron que ellos no se iban de aquella Gobernación más de por no estar debajo del dominio de los Bezares ni de sus extranjeros gobernadores, y que como la tierra hubiera de ser gobernada por naturales españoles que de entera voluntad residieran en ella, pero que entendiese que por entonces en ninguna manera volverían a Coro; y que si como fué él el que vino en su seguimiento y alcance hubiera sido el Gobernador Jorge Espira que con una miserable y cruel muerte le dieran el castigo

que su osadía y atrevimiento merecía. Viendo el Doctor Navarro la arrogancia con que estos desarmados soldados hablaban, díjoles que se reportasen y aderezasen que aunque no quisiesen habían de volver con él a Coro. Los fugitivos, que serían treinta, porque todos los demás se habían vuelto del camino a Coro, disimulando por entonces su injuria callaron, y tratando con el capitán que ellos habían electo, que se decía Pancorso, lo que debían hacer, dieron de noche en la gente de Navarro y quitándoles las armas y caballos que traían y dejándolos desarmados, les hicieron perder el brío y furia que traían contra los desarmados fugitivos y estar sujetos a lo que ellos quisiesen hacer. Mudada de esta suerte la fortuna de los fugitivos y de sus perseguidores, fué compelido el Doctor Navarro a sujetarse a ellos y pedirles misericordia rogándoles muy ahincadamente que no le infamasen de aquella suerte; mas que volviéndole sus armas y caballos, se fuesen con él a Coro, los cuales como favorecidos de su hado y fortuna usasen bien de la ocasión que entre las manos tenían, despidiendo al Doctor Navarro y a su gente, les volvieron algunos caballos para que seguramente pudiesen pasar por entre los indios por do habían de volver, y les dijeron que no tratasen más en la vuelta pues demás de ser de ningún efecto lo que sobre ello se dispusiese era incitar los ánimos de algunos soldados que agraviados estaban del Doctor y de otros de su compañía a tomar venganza por sus propias manos de su adversario. Visto esto, el Doctor que sin ánimo injuriado no podía parecer en Coro, ante el obispo y los otros sus contrarios, pues además de no haber hecho ningún efecto su jornada había sido tan vergonzosamente despojado de sus caballos y armas, determinó irse con los fugitivos la vuelta de Cubagua, los cuales lo aceptaron, haciendo que la demás gente se volviesen la vuelta de Coro a dar noticia de lo que pasaba, aunque todos quisieran irse con los fugitivos la vuelta de Cubagua por salirse de la mira-

ble Venezuela, no lo consintieron, sólo por evitar que en el camino no se moviese entre éllos alguna discordia excepto a cuatro soldados de los del Doctor con quien tenían particular conocimiento y amistad. En este alojamiento del río Pao se apartaron las dos escuadras, los unos a Coro y los otros a Cubagua, a donde fué el Doctor Navarro. Los de Coro se volvieron por el camino por do habían ido sin sucederles ningún contraste; y los de Cubagua como habían de pasar por tierras innotas y no andadas de españoles hasta entonces, pasaron muy grandes trabajos, hambres y necesidades y riesgos de ser diversas veces tomados a manos y muertos de belicosos y caribes indios que por do pasaban topaban, y riesgos de ríos y de tigres que les comieran algunos soldados y de otros infortunios que semejantes jornadas traen consigo, especialmente a tan poca gente como esta era. Al cabo de haber caminado algunos meses de la manera dicha, llegaron a la provincia de Cubagua donde descansaron. El Doctor Navarro vuelto a Coro dejó el gobierno de la tierra porque se le había ya cumplido el tiempo que traía limitado y volviose a Santo Domingo donde después vivió mucho tiempo y murió allí. En este mismo tiempo le dió a Jorge Espira en Coro una enfermedad parte de ella de enojo de verse despojado del gobierno de la tierra y parte del quebrantamiento de los trabajos pasados, de que en pocos días vino a morir aunque algunos hay que afirman haber Jorge Espira muerto en Santo Domingo, habiendo ido allá a procurar que se le volviese el gobierno. En la una u otra parte murió a esta sazón.

LIBRO TERCERO

N el libro tercero se da noticia de cómo vuelto el Doctor Navarro a Santo Domingo la Audiencia proveyó por Gobernador a don Rodrigo de Bastidas, obispo de Venezuela, y por su General a Felipe de Utre, el cual hizo cierta gente y entró a descubrir la tierra adentro por los llanos, con todo lo sucedido en su jornada y de cómo en el interin que Felipe de Utre andaba en su descubrimiento, el Rey proveyó por obispo de Puerto Rico a don Rodrigo de Bastidas, el cual yéndose a su obispado dejó por teniente a Diego de Boizal; y éste, queriéndose ir, nombró por Alcalde Mayor a un factor de los Besares dicho Enrique Rembol, el cual murió dende a cierto tiempo; y por fin de éste proveyó la Audiencia por Gobernador de Venezuela y Juez de Residencia de Cubagua al Licenciado Frías, Fiscal; y por su Capitán General a un Juan de Caravajal, relator. El Frías se fué a Cubagua a tomar residencia, y el Caravajal se vino a Coro y falseando las provisiones que llevaba, se hizo Gobernador y juntó cierta cantidad de gente española con la cual se metió la tierra adentro hasta las provincias del Tocuyo, donde se alojó y estuvo muchos días en los cuales Felipe de Utre dió la vuelta algo desbaratado y llegó al Tucuyo donde halló a Carabajal y con él tuvo ciertas rencillas por donde el Carabajal malvadamente le cortó la cabeza a él y a otros; y de cómo en España fué proveído el Licenciado Tolosa, el cual venido a Venezuela y sabido lo que Carabajal había hecho, entró la tie-

rra adentro y lo prendió e hizo justicia de él; y de cómo y por qué el Rey quitó la Gobernación a los Besares y en qué tiempo, con la jornada que Alonso Pérez de Tolosa hizo por el río de Apure arriba y el suceso de élla con todo el discurso de Gobernadores que hasta nuestro tiempo ha habido en aquella Gobernación y pueblos que en ella se han poblado, con sus pobladores o fundadores, con los sucesos de cada pueblo en el propio capítulo hasta nuestro tiempo.

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo la Audiencia de Santo Domingo proveyó por Gobernadores de Venezuela al obispo Bastidas y a Felipe de Utre, el cual juntó gente y salió en demanda del Dorado

Según en el último capítulo del presente libro digimos, vuelto el Doctor Navarro a Santo Domingo y muerto Jorge Espira y entrado Fredemán en el Nuevo Reino, quedó la Gobernación de Venezuela sin Gobernador por lo cual la Audiencia de Santo Domingo proveyó luego por Gobernador de aquella provincia a don Rodrigo de Bastidas, obispo de élla, y por Capitán y Teniente General para que entendiese en las cosas de guerras y nuevos descubrimientos y en los negocios criminales a Felipe de Utre, caballero alemán, deudo o de la casa de los Besares, mancebo de floreciente edad que había andado con Jorge Espira en la jornada larga de los llanos. Llegadas las provisiones del Audiencia a Coro donde el obispo Bastidas estaba, luego dió como buen prelado y Gobernador orden cual convenía para el buen gobierno de aquella tierra y conservación de los naturales, aunque algunos quieren decir haber hecho lo contrario, porque como en aquella sazón hubiese llegado el Capitán Pedro de Limpias que había bajado del Nuevo Reino de Granada, a donde poco antes entró con el Teniente Fredeman por la vía de los llanos de Venezuela, hizo el señor obispo cierta junta de solda-

dos bien aderezados, y entregándoselos a este Capitán Limpias, los envió a la laguna de Maracaibo a que rancheasen y robasen todo el oro que pudiesen y tomasen todos los indios que hallasen, para hacerlos esclavos, y de su valor pagar los fletes de ciertos navíos que de Santo Domingo le habían enviado con gente y caballos para el sustento de aquella tierra. Pedro de Limpias, tomando debajo de su amparo la gente que serían sesenta soldados y partiéndose con éllos la vuelta de la laguna, dióse tan buena maña como hombre que ya otras veces había andado por allí que en breve tiempo tomó y aprisionó de aquellos míseros naturales más de quinientas personas de varones y mujeres, y dando la vuelta con éllos a Coro las entregó al obispo, el cual más como mercenario que como pastor las mandó marcar o errar por esclavos y embarcándolos en los navíos fueron llevados en perpetua y miserable cautividad a Santo Domingo, donde todos perecieron pagando con la sangre de inocentes sus profanidades y tramas. Concluso esto, luego Felipe de Utre con la gente que por allí pudo juntar, determinó de hacer una jornada o entrada por la propia parte por do había ido Jorge Espira, pareciéndole que por el mal gobierno de aquel su Gobernador con quien él primero había ido, se había quedado por descubrir y ver la tierra y como comunmente suele acaecer entre los soldados que de alguna jornada salen perdidos sin haber hecha ningún bien efecto, que se levantan entre ellos opiniones soñadas o imaginadas diciendo si por tal parte hiciéramos o tomáramos tal derrota o creyéramos a tales indios o sigiéramos a tales guías nunca nos perderíamos, y así a este brioso mancebo se le ofrecían muchas consideraciones y casos sucedidos en la jornada a Jorge Espira, por donde le parecía que con aquella poca de experiencia pasada, era ya suficiente para gobernar cualquier número de gente y para estos pocos soldados que tenía juntos o podía juntar, pasar mucho más adelante de donde su Gobernador había lle-

gado. A esto se juntaba también que como Pedro de Limpias había con Fredemán andado aquella derrota de los llanos y había estado en el Nuevo Reino de Granada, en donde se tenía gran nueva y noticia de ciertas provincias hacia la parte del Sur, que confronta con aquel Reino, que ahora y aún entonces llamaban El Dorado, daba noticia de ello y esperanza de meter a Felipe de Utre y a los que con él fuesen en la tierra rica de El Dorado, y cómo por su ancianidad y mediana experiencia en los negocios de descubrimientos y jornadas, era persona de mucho crédito, aumentaba el deseo a Felipe de Utre y la codicia al Obispo, que deseaba que durante el tiempo de su Gobierno se hiciese alguna cosa notable o memorable, pues como el Gobernador y Obispo y su Capitán General fuesen de ánimos tan conformes mediante la diligencia que entrambos pusieron, juntaron en Coro ciento veinte hombres bien aderezados de armas y caballos, entre los cuales era Limpias, de quien poco ha trataba, y Bartolomé Bercia, hijo de Antonio Bercia, uno de los de la compañía y otros muchos caballeros e hijosdalgos con los cuales salió Felipe de Utre de la ciudad de Coro, por el año de cuarenta y dos, y empezando su jornada por el camino de la costa por ser más breve a dar a Burburata y de allí al desembocadero de Barquisimeto a salir a los llanos, caminó con próspero tiempo por la falda de la sierra, llevándola siempre a la mano derecha, como Jorge Espira y Fredemán habían hecho, y como los naturales de aquel camino estaban ya amedrentados de las otras compañías que antes habían pasado, no curaban de salir a hacer guerra a esta gente de Felipe de Utre, antes, según en otra parte he dicho, dejando sus antiguos pueblos desiertos se iban a vivir a lugares apartados de allí por no recibir más daño del recibido; y aunque en el caminar por estos llanos Felipe de Utre no tuvo con los naturales ningunas guazabaras, no dejó de padecer las mismas calamidades y perse-

cuciones de hombres y tigres, ríos y aguas que los demás. Invernando a sus tiempos y deteniéndose en este camino casi los propios días que su Gobernador se detuvo, siguiendo en él como he dicho, las propias pisadas de sus antecesores, hasta llegar a la provincia del pueblo de Nuestra Señora, donde deteniéndose allí para invernar y tomar más claridad de la provincia de El Dorado, halló rastros y vestigios de Hernán Pérez de Quesada, hermano del Licenciado Jiménez, que después fué Adelantado que poco antes había salido con doscientos hombres del Nuevo Reino y bajado a lo llano en demanda del Dorado, donde Felipe de Utre estuvo algún tiempo perplejo e indeterminable sobre si pasaría adelante siguiendo las pisadas de Hernán Pérez, pareciéndole que aquellos a quien la fortuna había metido por diversos caminos en la felicidad y prosperidad de aquel Nuevo Reino, los llevaba también por aquella vía a entregarles otras nuevas provincias mejoradas y mas prosperas que las que habían dejado de entre las manos en donde en alguna manera con el oro y riquezas que allí tomaron habían puesto calor a su avaricia y desordenada codicia. Mas, esto no fué así porque mudando con mucha presteza la fortuna su rueda contra éstos que del Reino habían salido en busca y demanda del Dorado, los llevó a tierras muy ásperas y pobladas de muy altas montañas y arcabucos y desiertas de gentes naturales donde dándoles doblada adversidad que les había dado de prosperidad, les hizo padecer muy extraños trabajos y siendo los más muertos miserablemente, fueron unos pocos que vivos escaparon a salir a las espaldas de Pasto, en la Gobernación de Popayán, según se verá mas largamente escrito en la primera parte de esta historia donde tratamos de las jornadas que del Nuevo Reino se hicieron; porque consideraba y con mucha razón Felipe de Utre y sus Capitanes que la gente que en el Nuevo Reino estaba no se movería de aquella próspera tierra si no fuese teniende guías ciertas que sin andar vaci-

lando de una parte a otra les metiesen en el Dorado, y por estas causas se determinó de seguirlos e ir en su alcance, pareciéndole que tierra donde tantas riquezas y naturales habían dicho algunos indios que había, que no sería tan corta ni angosta que él y sus soldados no cupiesen en ella con los demás que delante iban.

CAPÍTULO II

Cómo pasado el invierno, Felipe de Utre siguió a Hernán Pérez hasta que por ciertos respectos se apartó de su vía y por diferente camino después de haber invernado en el camino, se volvió al pueblo de Nuestra Señora

A la sazón que el invierno comenzó a aplacarse, ya estaba a punto Felipe de Utre para partirse porque le parecía que no era cosa acertada gastar el tiempo en ningún ocioso entretenimiento, pues todo lo que Hernán Pérez y los que con él iban le llevaban de delantera, era en su perjuicio, por parecerle que a la primera entrada siempre se suele mejor gozar de las riquezas de la tierra; y llevando consigo indios que le guiasen por el propio camino que Hernán Pérez llevaba, se daba toda la priesa que podía a caminar hasta que llegó a la provincia del Papamene donde se alojó en un pueblo de indios en que había alguna comida, para descansar e informarse de la derrota que Hernán Pérez llevaba, aunque hasta este lugar no había perdido el rastro. Esta provincia del Papamene, según muchos afirman, cae y está a las espaldas de la villa de Timana, poblada en los nacimientos del río grande de la Magdalena. En este pueblo del Papamene hubo Felipe de Utre un indio principal natural de aquella provincia, que parecía ser señor y bien acondicionado y que en su sér daba muestras de ser hombre de verdad, de quien procuró informarse y saber si la demanda y nòticia que Hernán Pérez llevaba era cierta o nó, y si la debía él seguir o volverse; sobre lo cual Felipe de Utre hizo a este indio principal muy

particulares preguntas con los intérpretes y lenguas que tenía. El cacique o principal, entendido bien lo que se le preguntaba, respondió que no le convenía seguir la derrota que llevaba, porque por allí no había ningunas poblazones de gentes que tuviesen oro, por ser todo arcabucos y tierra muy mal poblada y muy áspera y quebrada y que pocos días antes habían pasado por allí cierta cantidad de españoles o gente como ellos y que todos se iban muriendo por no hallar qué comer y de otras enfermedades que les daba y que a lo que entendía por lengua de los indios sus vecinos, ya serían muertos todos o los más y que si Felipe de Utre iba en busca de gentes naturales y oro que atrás las dejaban en muy mucha cantidad; que si de allí querían volverse, que él los guiaría y les llevaría a ella, y para confirmación de lo que decía, sacó ciertos nísperos de oro y plata y dijo que aquellos había traído de la tierra que él les había dicho un hermano suyo que pocos días antes había venido de allá, y que para caminar por camino más derecho desde allí donde estaban, habían de ir en demanda de un pueblo de indios llamado Macatoa, poblado en las riberas del río Guaynare, de la otra banda de él, en cuya demanda siempre que caminaban llevaban el pecho al Oriente, ladeados un poco sobre el hombro izquierdo, que es aquella parte que los mareantes llaman el sureste. Felipe de Utre aunque diversas veces se informó de este principal, jamás lo halló variable en lo que decía; no por eso le quiso dar crédito, creyendo que aquel bárbaro lo hacía por desviarlo de la demanda que llevaba Hernán Pérez o de otra alguna rica provincia que debía estar adelante, o de algunas poblazones de indios amigos suyos que en aquel camino debían estar, a fin de que ellos no fuesen a proveerse de lo necesario; y así prosiguió su camino por la vía que Hernán Pérez llevaba, llevando consigo al indio principal, prometiéndole que dende a pocos días daría la vuelta e iría con él adonde le decía;

y después de haber pasado ocho días de aquellas montañas y sierras, viendo el principal cuán obstinados iban los españoles en seguir aquel perverso camino que los llevaba al matadero, dejólos una noche y volvióse a su casa. Los soldados, viéndose metidos en aquellas montañas y que iban enfermando y faltos de comida, pesóles de que Felipe de Utre siguiese aquella derrota y dejase de seguir la que el principal les había dicho, y aunque daban muestras at capitán de seguir de mala gana aquel desesperado camino, ninguna cosa les prestaba, porque iba Felipe de Utre tan metido y contumaz en seguir a Hernán Pérez, que casi con ésta su loca determinación daba a entender desear y buscar su propia perdición como los demás que iban delante hicieron; pero al fin, después que vió que mientras más seguía aquel camino más se iba su gente atormentando y enfermando y padeciendo hambres y necesidades, dejólo de seguir y túvose a mano izquierda, porque Hernán Pérez siempre iba caminando y teniéndose a mano derecha, y apartándose algunas jornadas por la vía de mano izquierda que había tomado, vió una punta o ramo de la cordillera que se metía gran trecho por los llanos adelante, que fué llamada la Punta de los Pardaos, y creyendo ser aquella distinta y apartada sierra de la por donde iba, caminó a gran prisa con su gente para ella, porque según siempre le habían dicho, El Dorado estaba en otra cordillera distinta de la por donde había caminado hacia la parte del Sur; y desde que cerca llegó, reconoció como era la propia cordillera de mano derecha y que no se remataba allí, sino que iba dando la vuelta sobre la misma mano derecha. A esta sazón entraba ya el invierno y con facilidad no podía volver atrás y así le fué forzoso irlo a tener a aquella parte de la cordillera dicha de los Pardaos, tierra muy estéril y enferma y de muy pocos naturales y esos tan brutos y bestiales en su manera de vivir, que no hay nación en el mundo a quien en rusticidad y tor-

peza de juicios se pueda igualar, porque ellos comen carne humana, culebras, sapos, arañas, hormigas y cuántos viles y sucios animales produce la tierra. Toman estos indios un bollo de maíz algo tierno y pónense como osos encima del hormiguero y moviendo ruido para que las hormigas salgan, cuántas puedan haber, juntan con el bollo o pan y allí las están estrujando y amasan y se las comen, cosa cierto jamás oída hasta nuestros tiempos que otras gentes hagan, y cierto que tierra que tan bárbaras gentes y más semejables a los brutos que otras ninguna cría y sustenta que no puede producir buenos aires ni vapores porque aquí enfermó toda la gente a Felipe de Utre y separaban los soldados hipatos e hinchados y perdiendo sus naturales colores cobraran otros muy diferentes, casi naranjados; pelábaseles el cabello y en lugar de ello salíales pestífera sarna, de que morían, y porque aquí no se dijese que todos los duelos con pan etc., casi apenas hallaban qué comer. Las mismas calamidades padecían los caballos que hinchándose a manera de hidrópicos y cayéndoseles el pelo y cubriéndose de sarnas eran muertos, y con el gran deseo que de comer sal tenían, en viendo cualquier ropa puesta. al sol a enjugar, arremetían a ella con ferocidad de brutos y por presto que sus dueños acudían les había de quedar algo en la boca. Con esta calamitosa adversidad pasaron el invierno en aquella punta de sierra dicha de los Pardaos; el cual pasado, dieron la vuelta por diferente camino del que llevaron con pérdida de algunos soldados que se les habían muerto y con trabajo de muchos que traían enfermos, hacia el pueblo de Nuestra Señora, para dejar allí los enfermos, los cuales no se atrevía Felipe de Utre pasar adelante, por serle impedimento para el caminar y guerrear, y por no dejarlos en tan mal sitio y lugar como era el donde había invernado y por ser la tierra del pueblo de Nuestra Señora tierra más descubierta y sana y de allí tornar a dar la vuelta sobre su noticia con la gente que estu-

viese para ello, y caminando con no menos trabajos que a la ida llevaron, llegó este capitán Felipe de Utre al pueblo de Nuestra Señora después de haber casi un año que de él había salido en seguimiento de Hernán Pérez, y alojándose allí para descansar y reformar su gente y dar con brevedad la vuelta, fué de nuevo por él movida plática de la noticia que el principal del Papamene le había dado, porque era este capitán tan animoso y deseoso de salir con algún buen hecho, que con todos los trabajos y calamidades pasadas no había perdido ninguna parte del brío con que salió de Coro, y así luego procuró haber indios de aquella provincia del pueblo de Nuestra Señora para de nuevo informarse de ellos de la noticia de El Dorado, por ver si en alguna cosa conformaban o concordaban con el indio y principal del Papamene.

CAPÍTULO III

En el cual se escriben los movimientos que en Coro sucedieron y hubo acerca del gobierno de la tierra en el ínterin que Felipe de Utre andaba en la jornada de suso referida.

Durante el tiempo que las cosas que de suso en suma hemos contado le sucedieron a Felipe de Utre en su jornada y descubrimiento y demanda de El Dorado, no dejaba de haber en Coro nuevos sucesos y movimientos, porque proveyendo Su Majestad a don Rodrigo de Bastidas Obispo de Venezuela por Obispo de San Juan de Puerto Rico, fuéle forzoso dejar el cargo de Gobernador que tenía e irse a su nuevo Obispado y nombrando por su teniente general para que por su ausencia tuviese en justicia la tierra, a un Diego de Boyza, castellano, Comendador de la Orden de Cristo de Portugal, persona principal y de buen linaje y suerte, se fué a Puerto Rico. Este tuvo el gobierno de aquella provincia poco más de un año, sin hacer ni suceder en su tiempo cosa digna de escribirse; y queriéndose ir de esta tierra por provisión

particular que para ello tuvo de la Real Audiencia de Santo Domingo, nombró por su Alcalde Mayor a un factor de los Bezares, llamado Micer Enrique, el cual deseaba grandemente intentar alguna cosa digna de memoria; y como en su tiempo había llegado a Coro Diego de Lozada, que había salido poco hacía, perdido de la jornada de Sedeño, donde había andado por Maese de Campo de Pedro de Reinoso, fué enviado con veinte compañeros por tierra la vuelta de Cubagua a que trajese a sí alguna gente de la mucha que allí había perdida y ociosa, para con ella hacer alguna nueva jornada o poblazón; porque como ya, a esta sazón, Su Majestad, como cristianísimo Rey y Emperador, hubiese quitado la granjería de hacer esclavos los indios y los hubiese puesto en libertad, toda la gente que en aquella provincia de Cubagua vivían de este trato, que era muy mucha, estaban suspensos sin saber adonde ir ni tener ninguna manera de granjería; y como Diego de Lozada se acercase a ellos induciéndolos a que se entrasen en la jurisdicción de Venezuela para allí hacer nuevas jornadas y descubrimientos, fácilmente lo hicieron y se les pasaron más de noventa hombres, con los cuales se volvió Lozada y Villegas su compañero, a quien para el mismo efecto había Micer Enrique dado igual comisión; y como por antigua costumbre entre los que son iguales en jurisdicción se halle pocas iguales la condición o conformidad, nació entre estos dos capitanes sobre el mandar algunas cosquillas que después, durando por algún tiempo, parieron diversidad de discordias. Dieron la vuelta, como dije, con sus noventa compañeros hacia Coro para allí ordenar y hacer por mano del Alcalde Mayor lo que conviniese; detuviéronse algún tiempo en el camino, así por ser largo como por los muchos ríos y belicosos naturales que por él hay, de suerte que cuando llegaron a Coro hallaron ser ya muerto su Alcalde Mayor Micer Enrique, por cuyo fin y muerte y por no haber noticia de Felipe de Utre, que había días que andaba en su descubrimiento, la Au-

diencia de Santo Domingo nombró por Gobernador de Venezuela y Juez de Residencia de Cubagua al Licenciado Frías, Fiscal de aquella Audiencia, que es el propio que fué por Juez de Comisión o de Residencia contra Antonio Sedeño, Gobernador que fué de La Trinidad, a quien el propio Sedeño, en tierra de Cubagua desbarató y aun maltrató, según adelante se dirá; y por su capitán o teniente nombraron a un Francisco Caravajal, que era relator en la propia Audiencia, y librándole las provisiones de todo ello, el Licenciado Frías se fué la vuelta de Cubagua a tomar la residencia como le era mandado por la Audiencia a ciertos españoles que allí habían andado haciendo esclavos y otros agravios a los indios. Francisco de Caravajal con algunos soldados y gente que juntó para los descubrimientos que pretendía hacer, se vino la vuelta de Venezuela, y no pudiendo tomar puerto en Coro fué a desembarcar a Paraguaná, que estará cuarenta leguas de Coro; y sabido por Villegas la llegada de Caravajal luego se partió a recibirle para tenerle propicio y favorable y con mano agena perseguir a Lozada, con quien ya tenía más clara enemistad. En todo se dió Villegas tan buena maña que atrajo al Caravajal a ser su amigo y metió todo el mal que pudo entre él y Lozada; por donde venido que fué Caravajal a Coro, usó de mañas con que con buena color echó a Diego de Lozada de la tierra, para que ni él estorbase lo que pretendía hacer ni con su presencia diese enojo a su enemigo Villegas; porque como Diego de Lozada era caballero de ánimo reposado y muy bien hablado y por eso bien quisto de todos los que en aquel pueblo residían, temióse Caravajal que en los bullicios que él pensaba intentar no ocurriese la gente a aquel caballero que con sus virtudes los tenía a todos sujetos a su querer y tomándole por cabeza destruyesen de todo punto sus designios. Ido Lozada de Coro, luego Caravajal comenzó a juntar gente para ir la tierra adentro a hacer nuevas poblazones y descubrimientos; y como los soldados dijesen que no que-

rían ir con él por no ser él Gobernador, sino un teniente de limitada jurisdicción, intentó una maldad digna de grave castigo, y fué que tomando las provisiones que traía de Teniente y mudando la sustancia de ella en que dijesen Gobernador, hizo demostración de ellas a algunos amigos suyos para que divulgasen y dijesen como era Gobernador nombrado por la Audiencia y que por tal lo podían tener, porque así lo rezaban y decían las provisiones que había traído; y como por faltar entre los que deseaban descomponer a Caravajal no tuviese ninguna contradicción su falsedad, usó dende en adelante de su jurisdicción como Gobernador, nombrando por su teniente a Juan de Villegas, por haber sido su cómplice y compañero en la falsedad. Dióse Caravajal toda la prisa que pudo en hacer y juntar gente para hacer su jornada, y como algunos por no seguir a aquel Gobernador que les parecía que tiránicamente gobernaba se ausentasen a los montes, eran por él traídos y despojados de lo que poseían, caballos y otras cosas, y como desterrados por graves delitos, eran echados de la tierra; y con estas violencias y amenazas juntó Caravajal una buena compañía de doscientos hombres, razonablemente aderezados; y porque cuando el Licenciado Frías viniese a Coro no hallase armas ni gente con que seguirle, procuró que quedase aquel pueblo tan desproveído de todo, que saliéndose de él con su gente para su jornada, lo dejó casi como si de enemigos hubiera sido saqueado y arruinado. Metiéndose la tierra adentro con su gente fué a parar a las provincias del Tocuyo, donde hizo su alojamiento con propósito de pacificar aquella tierra y poblar en ella los pueblos que le pareciese.

CAPÍTULO IV

Cómo dejando Felipe de Utre los enfermos en el pueblo de Nuestra Señora, se partió con cuarenta soldados en demanda de El Dorado. Cuéntase lo que en el campo le sucedió hasta llegar a cierta población que estaba cerca de la tierra de los Omeguas.

Después de haberse holgado y descansado algunos días Felipe de Utre en el pueblo de Nuestra Señora y haberse bien informado de algunos indios que por allí se tomaron, si era cierta la noticia del pueblo que en el Papamene le habían dado, al cual llamaban los naturales de aquel pueblo Guagua y los del Papamene Omegua, que casi corresponde con la que Orsúa tuvo en el Marañón llamada Omegua, hallando ser cierta y que todavía le afirmaban y confirmaban la prosperidad de aquella tierra, dió la vuelta sobre la punta de los Pardaos, de donde se había retirado a dejar en buena parte sus enfermos y reformar sus jumentos, y llevando consigo cuarenta hombres y con ellos a Pedro de Limpias, que demás de ser hombre venturoso y mañoso y de buen conocimiento en cosas de indios, habíase dado a deprender las diferentes lenguas de aquellos bárbaros, las cuales entendía medianamente, comenzó a seguir por la derrota que los indios le habían dicho, y aunque pasando por raras poblazones, siempre de los indios que podía haber se procuraba informar dónde estaba el pueblo llamado Macatoa y si para ir a él llevaba buena derrota por do iba. Los indios no apartándole ni estorbándole punto de su camino por parecerles que iba a tierra donde más no volvería y que con miserables muertes que los omeguas les daría se vengarían de los daños que sus comarcanos y vecinos habían de españoles recibido, siempre les encaminaban la vía derecha al río Guaviare, en cuyas riberas estaba poblado Macatoa, por quien iba preguntando. Caminando siempre por camino llano, alto y enjuto

que por pocas partes de aquellos llanos se suele hallar ni se ha hallado, y sin sucederles ningún contraste ni infortunio, dieron dende algunos días que habían caminado en el río llamado Guaviare, el cual es río caudaloso y muy hondable y algo furioso y que si no es en canoas o nadando no se puede pasar, lo cual tenían Felipe de Utre y sus soldados necesidad de hacer, porque de la otra banda estaba el pueblo en cuya demanda iba. Anduvieron algún rato por las riberas de Guaviare buscando si hallarían vado por do pasarlo o indios que los pasasen, y lo uno ni lo otro pudieron topar, más de solamente un indio que acaso andaba pescando o mariscando por aquella ribera al cual, después de haberle preso, con halagos que le hicieron y buenas palabras que le dijeron, le aplacaron de la ira y coraje que en verse en poder de gentes para él tan espantables había cobrado, y dándole a entender el poco daño que le habían de hacer, le preguntaron a qué parte estaba el pueblo llamado Macatoa. El indio, como era natural de por allí y sabía y conocía bien aquella tierra, luego les declaró muy por extenso lo que le preguntaban, señalando la parte y lugar donde aquel pueblo caía y la poca distancia que de allí estaba, agua arriba, excepto que se había de pasar el río. Felipe de Utre, confiándose en lo que la fortuna quisiese hacer, dió algunos regalos o rescates a aquel indio y persuadióle y rogóle que fuese al pueblo Macatoa, y que de su parte saludase al señor de él y le dijese que él con aquellos soldados que allí tenían iban en demanda de ciertas provincias de mucha gente que le habían dicho que él sabía para irse a ver con ellos; que tuviese por bien de recibir su amistad, que él le sería perpetuo amigo y no consentiría que en sus tierras ni vasallos se hiciesen ningunos daños ni robos, y que no reinase en él ni en sus indios ningún temor de que por los suyos se les harían ningunos malos tratamientos ni se ausentasen de sus casas, y otras cosas para atraer los ánimos de aquel indio y señor de aquel pueblo y de sus sujetos

a su amistad y comunicación, porque como las crueldades de que los españoles les solían hacer en aquellos tiempos volaban y penetraban a partes muy remotas y apartadas, no dejaban los moradores de este río de tener ya noticia de la furia e ímpetu en ánimos de los nuestros y de cómo sujetaban y arruinaban las tierras por do pasaban, y por esto le convino a Felipe de Utre enviar aquel mensajero con todos estos halagos y muchos más. El indio se fué con su embajada la vuelta de Macatoa y llegado allá la debió de dar muy cumplida según pareció, porque otro día siguiente vinieron adonde Felipe de Utre estaba, noventa indios en canoas acompañando a un hijo del señor o principal de Macatoa, al cual su padre enviaba con la respuesta de la embajada que el día antes había llevado el indio. Los españoles temiendo no fuese aquella gente de guerra que venía a pelear con éllos, pusiéronse a punto de guerra. Llegaron las canoas a la parte de la ribera donde estaban alojados los españoles y saltando en tierra aquel bárbaro que su padre enviara por embajador, acompañado de otros algunos indios, preguntó en su lengua desde lejos por el principal o cabeza de los cristianos, y como fuese entendido lo que decía, salió a él Felipe de Utre, acompañado del Capitán Limpias que entendía aquella lengua, y de otros algunos soldados; y como por lo que se le dijo y enseñó, el indio conociese que Felipe de Utre era el Capitán de aquella gente, le habló en su lengua de esta manera: "Ayer enviáste con uno de los moradores de estas riberas que por allí hallas, a saludar a mi padre, haciéndole saber vuestra venida convidándole con vuestra amistad, prefiriéndoos a no damnificar a él ni a sus sujetos, dándole a entender que no es vuestro intento más de informaros y saber de qué gentes son las que habitan en las tierras comarcanas a ciertas sierras que apartadas de aquí están, este río abajo, en cuya demanda váis y que porque os encaminase a ellas le seríais muy gratos y le haríais todo el beneficio que pudiéseis, por todo lo cual se

halla mi padre tan deudor vuestro cuanto yo no se decir ni significaros, porque halla en vosotros muy diferentes obras y palabras de las que algunas gentes le habían dicho significándole que érais unos hombres terribles, feroces, crueles, enemigos de toda paz, amistad ni concordia, sembradores de guerras, derramadores de sangre humana, y finalmente que toda vuestra felicidad era desasosegar con mil géneros de crueldades a las miserables gentes por do pasábais. Enviame a vosotros para que de su parte os dé la norabuena de vuestra venida y llegada y que es muy contento de aceptar vuestra amistad y no sólo advertiros de lo que pretendéis saber de él, más también serviros con todo lo que fuere necesario para vuestro viaje y daros guías que os guíen y lleven por buen camino y en breve tiempo. Ruégaos que os paseis a aposentar a su casa y pueblo donde mejor os puede servir y ver, y para este efecto vienen aquí estas canoas que os pasarán de la otra parte de este río". El General Felipe de Utre le replicó con el intérprete que le agradecía su embajada y que en todo se remitía a las obras que vería. Apartóse algo el General a tratar con los suyos lo que el indio había tratado y dicho; y como los españoles sea gente tan recatada, no les pareció que aquella embajada traía la sinceridad y llaneza que debía traer, sino que debajo de ella había alguna celada y parecióles que aquel día no se pasase el río Guaviare, porque era ya tarde y las canoas que traían no eran tantas que de una vez pudiesen pasar todos, porque si divididos pasaban era darles materia y ocasión a los indios para que si tenían pensada u ordenada alguna traición, la efectuasen; y yendo o pasando todos juntos ya que algo hubiese podríanse defender mejor. Felipe de Utre le dió por respuesta a aquel principal que el ser de tarde y haber pocas canoas para el pasaje del río, les era impedimento para que luego no se efectuase lo que decía acerca de que luego pasasen a la otra banda, que se volviese en horabuena adonde su pa-

dre estaba y que otro día pasarían. El indio, entendido lo que se le había dicho, dijo que por falta de pasaje no le dejasen, que él haría allí venir más canoas y así, envió luego un indio que hizo venir allí otras tantas y más que las que antes él había traído y visto los españoles la liberalidad del indio porque no pensasen que de temor lo dejaban de hacer, se embarcaron y llevando los caballos a nado pasaron todos juntos aquella tarde el río y allí luego se alojaron por parecerles que no era ya hora de caminar ni llegar al pueblo de Macatca. Al embajador o hijo del cacique le pesó de que los españoles no quisiesen pasar de allí; mas, avisándoles que no fuesen el río abajo donde podrían ser dagnificados de ciertas gentes que por allí habitaban, se fueron a su pueblo a dar cuenta de lo sucedido a su cacique o principal. Otro día de mañana envió el señor de Macatoa cincuenta indios cargados de maíz y pescado y carnes de venado y cazabe a los españoles y a su General, y les envió a rogar que se fuesen a descansar a su pueblo que se holgaría mucho de verlos allá. Y como el General y los demás tuviesen deseo de ver aquel principal, luego se partieron todos juntos para el pueblo de Macatoa, el cual hallaron desocupado de sus moradores porque en él se alojasen los españoles, y toda la gente del pueblo, que serían cuatrocientos vecinos, se habían alojado un tiro de arcabuz de allí, ribera del río Guaviare; y admirados de esta hazaña y liberalidad le preguntaron al cacique o señor que cómo o por qué había desembarazado su pueblo e idose de sus casas a alojarse junto al río, el cual respondió que conociendo la gran ventaja que los españoles les tenían en personas y en valentías y en su manera de vivir y de tratar y en todo lo demás que hacían, hallaban no sólo merecer y ser dignos de que ellos les diesen sus propias casas en que se aposentasen, sino de que perpetuamente les sirviesen. Era este principal un indio bien apersonado, de mediano cuerpo y alegre y liso de

rostro, de muy amigable y noble aspecto, no viejo sino que al parecer tendría de treinta y seis a cuarenta años; sus indios eran gente crecida y lucida aunque desnuda, de nación guaypes que por otro nombre son dichos guayupes; tenían estos indios el pueblo limpio y bien aderezado y muy proveído de comidas de toda suertes de las que ellos usaban y muchas hamacas en que los españoles durmiesen. Felipe de Utre con sus intérpretes luego tomó la mano en informarse de este principal y señor de Macatoa, de la tierra de El Dorado en cuya demanda iba, y en cuatro días que allí estuvo descansando, su principal ejercicio era éste, variando en sus preguntas por ver si el indio variaba en sus respuestas; el cual decía que junto a cierta cordillera que en días claros de allí se divisaba, había grandísimas poblazones de gentes muy ricas y que poseían innumerables riquezas; que le parecía que no debía ir a ellas con tan poca gente como llevaba, porque por muy valientes que fuesen, la muchedumbre de las gentes donde iban los consumirían y acabarían muy pronto. El general, como iba determinado a no dar la vuelta sin ver el principio de la tierra. pidió guías al cacique para proseguir su viaje, el cual se los dió, porque para llegar a otra poblazón de indios amigos suyos había ciertas jornadas de despoblado; le dió otros muchos indios cargados de comida para el camino, con los cuales se partieron los españoles y siendo guiados por unas sabanas o campiñas rasas y sin caminos, porque de industria eran llevados por allí a fin de apartarlos de ciertas poblazones que ribera del río Guaviare había, donde podían recibir daño; y después de haber caminado nueve días de despoblados llegaron cerca del pueblo amigo del señor de Macatoa, a quien los nuestros iban recomendados para que les hiciesen buen hospedaje y los guiasen adelante. Los guías que los españoles llevaban, ya que estuvieron obra de dos tiros de arcabuz del pueblo, de suerte que los moradores de él se empezaban a alborotar para tomar

las armas, dejaron a los nuestros a que se alojaran allí donde estaban y ellos fuéronse al pueblo a dar noticia de la gente que era y la derrota y demanda que llevaban y a sosegar los alborotados ánimos de aquellos bárbaros que con la vista de los nuestros estaban ya con las armas en las manos para salirles al encuentro.

CAPÍTULO V

En el cual se escribe cómo siendo guiado Felipe de Utre de cierto principal del pueblo arriba dicho, llegó al principio de la tierra de El Dorado, donde fué herido él y otro capitán; y de allí dió la vuelta al pueblo de Nuestra Señora.

Dende a poco tiempo que los guías estuvieron en aquel pueblo sosegando la gente y dándoles cuenta del efecto a que los españoles iban, se volvieron a donde Felipe de Utre estaba alojado y le dijeron cómo dejaban quieta aquella gente y al principal o señor de aquel pueblo en su amistad, y que él les daría guías y todo recado para proseguir su viaje desde allí adelante hasta llegar a la tierra; y pues ellos no tenían más qué hacer les dejase volverse a su pueblo de Macatoa. El general les agradeció lo que habían hecho y les dió licencia que se volviesen, los cuales luego lo hicieron. Este propio día le vino a visitar el señor o cacique de aquel pueblo con ciertos indios cargados de comida y a saber más por extenso los designios de los españoles, los cuales le fueron muy particularmente declarados y entendiéndolos el indio, mediante los intérpretes que Felipe de Utre llevaba, estando admirado y espantado de ver aquella nueva manera de gente vestida y barbada y que caminaban en sus jumentos o caballos, de cuya terrible vista no menos se maravilló, se dice que les cobró tanta afición y amistad, que mostró gran pesar de verlos tan obstinados de querer pasar adelante, porque le parecía que no sólo no serían parte para volver atrás, si una vez entraban en aquella tierra en

cuya demanda iban, pero que miserablemente habían de ser muertos y despojados de lo que llevaban por la belicosa gente de aquella provincia. Dióles asimismo entera relación de la gente de aquella tierra, diciendo ser innumerable y gente vestida y que usaban traer cubiertas sus carnes, y que tenían ciertos animales que según figuraron ser como las ovejas que los indios del Perú tienen y tenían, y otros géneros de aves como pavos y gallinas de papadas; y algunos quisieron afirmar que les habían dado por noticia estos indios que los otros de El Dorado poseían o tenían ciertos animales crecidos, que afirmaban ser camellos; mas esto no tiene ninguna similitud ni apariencia de verdad. Lo que más contentó a los nuestros fué la mucha cantidad de oro que les decían que tenían y pueblos muy recogidos; y visto por este principal que sus persuasiones no eran parte para estorbar a Felipe de Utre que no pasase adelante, dijo que él en persona le llevaría y guiaría hasta el principio de la tierra, porque gustaba mucho este bárbaro de ver andar los españoles encima de los caballos y de verlos ginetear y hacer mal, y por sólo esto se movió a acompañarlos por aquella llana tierra. Después de haber descansado Felipe de Utre con sus compañeros tres días en aquel alojamiento, se movió para pasar adelante, y llevando en su compañía aquel principal, con obra de cien indios que llevaban comida y algunas baratijas de los españoles, caminaron cinco días por muy seguidos y anchos caminos, aunque por allí parecía la tierra inhabitable y al último día, bien temprano, dieron en una casería de hasta cincuenta bohíos, en los cuales había gente; y preguntado aquellos naturales que quiénes éran, aquéllos dijeron que allí se recogían los indios que tenían cargo de guardar las labranzas o sementeras de los pueblos de adelante, los cuales, en sintiendo los españoles, luego comenzaron a huír. Desde este lugar se dice que así el General como todos los demás que con él iban veían bien cerca un pueblo de disforme grandeza,

tanto que aunque estaban bien cerca no le veían el cabo, todo junto y puesto por su orden, en medio del cual estaba una casa que en grandeza y altura sobrepujaba mucho a las otras, y preguntando a aquel principal que por guía llevaban qué casa fuese aquella tan señalada y eminente entre las otras, respondió ser la casa del principal o señor de aquel pueblo llamado Cuarica, el cual aunque tenía ciertos simulacros o ídolos de oro del grandor de muchachos y una mujer que era su diosa toda de oro, y poseía otras riquezas él y sus vasallos que eran muchos, había más adelante, muy poco trecho, otros principales y señores que en número de vasallos y en cantidad de riquezas y de ganados excedían a aquel y a su gente, y que aunque de allí para adelante no habían menester guías que los guiasen porque siempre, si los dejaban vivos, andarían y caminarían por grandes poblazones, pero que para mejor informarse de la riqueza de aquellos omeguas, que así dijo llamarse aquella gente, procurasen tomar un indio de los que de aquellos bohíos habían salido para que mejor les advirtiese de todo, porque él se quería volver a su pueblo sin pasar de allí. A esta sazón se hallaron a caballo el General Felipe de Utre y otros que los tenían y corriendo tras los indios ninguno pudieron alcanzar, excepto el General y un capitán Artiaga que iban juntos y por llevar buenos caballos iban en alcance de dos indios que llevaban dos lanzas o dardos en las manos, los cuales, viendo que ya los dos de a caballo les iban en el alcance, se volvieron contra ellos y empleando muy bien sus lanzas hirieron con ellas a los dos capitanes en un mismo lugar entre las costillas debajo del brazo derecho y quedando con esto victoriosos sin recibir daño ninguno, se fueron derechos a su poblazón. Juntóse luego Felipe de Utre y Artiaga con la demás gente, los cuales viendo aquel desgraciado suceso, casi cortados estaban, perplejos e indeterminables en lo que harían. Asimismo el cacique que los había guiado hasta allí,

viendo el mal principio que habían tenido, estaba temeroso si acudirían luego las gentes de aquellas provincias sobre él y los españoles y los matarían a todos, y decía que dignamente merecían perecer y ser muertos allí todos, pues menospreciando su consejo y parecer se habían querido meter en aquella agonía y trabajo. Ya a esta sazón estaba en el pueblo grande que delante tenían la nueva de cómo habían llegado allí los españoles, donde sonando grandísimos estruendos de atambores y fotutos y alaridos de indios, parecía que algún tempestuoso ejército se movía y venía sobre los nuestros. Con esto, luego la noche que fué como muro y defensa puesto para guarda y amparo de los españoles e indios que con ellos estaban, porque cargando en hamacas los indios amigos a los dos capitanes heridos dieron la vuelta caminando toda la noche y el día siguiente sin parar hasta que llegaron al pueblo de do habían salido, donde luego dieron orden en curar los heridos que hasta entonces no se habían curado; hizo allí un soldado llamado Diego de Montes, natural de Madrid, una cura cierto buena para no ser hombre cursado en ello, lo cual contaré sólo por la delicada astucia de que usó. Como las heridas estaban entre las costillas y él no alcanzase por no tener estudio ni experiencia, se caían más altas o más bajas de las telas que comunmente llaman entrañas los que no son cirujanos, tomó un indio viejo y harto de vivir que allí le dieron en aquel pueblo, que debía ser esclavo, y poniéndolo encima de un caballo, hizo que otro con una lanza de indios le hiriese con el propio acometimiento que al General le habían hecho cuando lo hirieron, vistiéndole primero el sayo de armas con que el propio General estaba vestido al tiempo que fué herido, y metiéndole la lanza por el propio agujero del sayo, fué el indio herido por la parte que el General, y apeándolo del caballo fué por el Diego de Montes abierto y hecho de él anotomía, y viendo que la herida caía sobre las telas dichas tomó sus dos enfer-

mos y rasgándoles las heridas por lo largo de las costillas, les hizo cierto lavatorio con que meciéndolos de una parte a otra según suelen hacer a los odres para lavarlos, fueron limpios de mucha maleza que dentro tenían y en breve sanas. Los indios de este pueblo se admiraron y maravillaron mucho, así de la orden y manera con que fueron curados como del sufrimiento y confianza que tuvieron a sufrir aquella anatomía y cura, y les dijeron que si muchos hombres traían como aquellos, que bien podían entrar por fuerza de armas en las tierras y poblazones que atrás quedaban, los cuales aunque los nuestros se retiraron, no por eso se habían sosegado. Mas juntando cantidad de quince mil indios que antes más que menos les parecieron a los nuestros, vinieron en su seguimiento y alcance, de lo cual luego que se acercaron a donde los nuestros estaban tuvo noticia aquel principal o cacique amigo por lengua de sus sujetos y labradores que por las campañas andaban y los habían visto venir, y de ello dió aviso al General Felipe de Utre; y él, como estaba malo, remitió la orden de la guerra al capitán Limpias, hombre bien afortunado en guazabara. Este, como viese que los indios omeguas que en su alcance habían salido se le acercaban, puso los españoles armados en concierto y saliendo al encuentro a los omeguas que venían divididos en diversos escuadrones y armados con lanzas y rodelas, les arremetieron con muy buen ánimo con la gente de a caballo, y aunque al primer ímpetu los indios rebatieron a los nuestros, fué Nuestro Señor servido de favorecerlos porque de otra suerte no eran parte para descomponer ni ahuyentar tanta cantidad de gentes y tan bien armadas y belicosas. Tornó Limpias con sus treinta y ocho compañeros arremeter contra aquellos bárbaros que por su muchedumbre les parecía que tenían ya en las manos la victoria, y rompiendo por ellos, comenzaron a lancearlos de una parte y de otra y a derribar y atropellar con los caballos mucha cantidad de ellos, sin

que los nuestros recibieran ningún daño; lo cual visto por los omeguas comenzaron a perder el ánimo con que allí habían llegado y con más temor de la ferocidad de los caballos que de los ginetes, comenzaron a retirarse muy desconcertadamente y los nuestros a seguir su victoria y alcance para poner mayor temor en ellos, y así los hicieron volver desbaratados a su pueblo con pérdida de mucha gente que así en la guazabara como en el alcance fueron muertos. Algunos dicen que en esta guazabara fué donde hirieron al capitán Artiaga y no cuando a Felipe de Utre. Que sea en la una o en la otra parte no hubo más heridos en todo esto que las de los capitanes. En tanto que los nuestros y los omeguas peleaban, el cacique de aquel pueblo y sus indios con las armas en las manos estaban haciendo guardia a Felipe de Utre, y desde que vieron la victoria que los nuestros habían habido fueron grandemente espantados de que tan poca gente hubiese desbaratado a tanta, y alabando la fortaleza de los nuestros les tornaron a decir que si se juntasen un razonable número de ellos que bien sujetarían a los omeguas y gozarían de sus riquezas que eran muchas. Pasados pocos días Felipe de Utre determinó dar la vuelta al pueblo de Macatoa y de allí al de Nuestra Señora, de lo cual pesó harto al principal que mostraba desear que se estuviesen allí y comunicar con ellos por desprender algunas cosas políticas y provechosas para su vivir. Mas, desde que vió que era así la voluntad de los españoles, dióles la comida que era menester e indios para que la llevasen y encaminólos por do habían venido. Felipe de Utre caminó por los despoblados por do había ido y como caminaba sin camino y los indios y guías que traía se huyesen y le dejasen en el camino, fué a salir a las riberas del río Guaviare, más arriba de do estaba el pueblo de Macatoa, y reconociendo la tierra y paraje donde estaba y que aquel pueblo quedaba atrás, envió a él a Pedro de Limpias para que le hiciese subir canoas el río arriba para que le pasasen de la

otra parte. Limpias lo hizo, así que volviendo otro día con abundancia de comida y canoas pasó el río Guaviare. Prosiguiendo su camino llegó al pueblo de Nuestra Señora, donde había dejado sus enfermos después de haber tres meses que se había apartado e ido en demanda de El Dorado.

CAPÍTULO VI

En el cual se escribe cómo Felipe de Utre salió del pueblo de Nuestra Señora en seguimiento de Pedro de Limpias, que con cierta cautela se había apartado y se encontró con Francisco de Caravajal en las provincias de El Tocuyo

Fué tanto el contento y alegría que la gente que Felipe de Utré dejó en el pueblo de Nuestra Señora recibió así de ver volver a su General y compañeros como de la grande y cierta noticia que les traían que ya se juzgaban por poseedores y señores de aquella próspera y rica tierra, especialmente que cuando así vienen algunos soldados de buscar alguna nueva tierra o descubrimiento siempre acrecientan doblada la fama de lo que vieron, y para encarecer su trabajo arman unas máquinas de cosas que vieron y oyeron y les sucedieron con que atraen fácilmente a todas gentes a que con muy intrínseca afición deséen ya verse en aquella tierra o el pie en el estribo para ir a ella, y cada cual se juzgaba por bien aventurado en parecerles que no podía dejar de verse poseerla. Estos soldados y su capitán fueron burlados de sus propios deseos y codicia porque no sólo no volvieron a poblar aquella tierra de El Dorado, mas entre ellos mismos nacieron luego discordias, por donde se desbarataron y volvieron sin concierto, y aún su General fué muerto por ser despojado del derecho que a esta tierra tenía, porque pasa así que, como antes de ahora he dicho, entre la demás gente llevaba Felipe de Utre a Pedro de Limpias, a quien había dado cargo de Maese de Campo y a Bartolomé Berzar, hijo de Antonio Berzar, a quien había hecho capitán, y como éstos fuesen ca-

bezas en el campo y el uno fuese montañés y el otro alemán y entrambos pretendiesen mandar y ser respetados y supremos, no se conformaban en nada; antes, se llevaban mal y andaba entre ellos la ambición de mandar el uno más que el otro, tan desulata (*sic*) que casi se hacían obras por do viniesen a rompimiento, porque como el Bartolomé Berzar era de la Nación de Felipe de Utre e hijo o deudo de los Gobernadores de aquella tierra, era por él favorecido y así con su calor cobraba brío para competir con Pedro de Limpias, el cual como la fortuna le ofreciese ya ocasión y aparejo para apartarse con buena color de la compañía de Felipe de Utre y aún tomar venganza de los desabrimientos que entre ambos Capitanes se le habían hecho, trató que se le diesen algunos compañeros con que poder salir a Coro, para juntar alguna buena compañía de gente y armas y caballos y volver con ello con toda presteza a socorrerle para que todos juntos volviesen de nuevo a los Omeguas, diciéndoles que el volver todos juntos a Coro era fatigar los enfermos que había, y que en el ínterin que él iba y volvía descansarían y se reformarían así los enfermos como todos los demás. Este doble aviso o consejo de Pedro de Limpias les pareció bien a Felipe de Utre y a Bartolomé Berzar y otros muchos; por lo cual le fué luego dada licencia y veinte compañeros que con él saliesen a Coro; y el General con la demás gente se quedó en el pueblo de Nuestra Señora descansando según lo habían concertado. Pedro de Limpias siguiendo su tornavuelta se vino por el propio camino por do había ido hasta que llegó a las propias provincias del Tocuyo y Barquisimeto donde halló al nuevo Gobernador, aunque con falso título, Francisco de Caravajal que poco había que era llegado a aquellas provincias, al cual procuró ante todas cosas ganar la voluntad y conseguir su gracia para después alcanzar de él lo que quisiese. Dióle cuenta de la nueva y rica tierra que habían descubierto y cómo venía a buscar copia de soldados

para volver a élla, para el cual efecto quedaba esperando Felipe de Utre con la demás gente en la parte dicha, y excitando al Caravajal, que pues tenía abundancia de gente para hacer la jornada, que tomase aquella empresa tan próspera y feliz, con la cual podría ganar gran honra y fama además de las muchas riquezas que se podían interesar, y que a Felipe de Utre que pretendía el señorío de aquella tierra, con enviarle preso a Coro a él y a sus compoñeros, fácilmente lo frustaría de sus designios, pues para todo esto era poderoso con la gente que tenía. Caravajal era algo ambicioso y bullicioso y fácilmente fué conducido a fijar su ánimo aunque malvadamente en efectuar y poner por obra aquellas cosas que Limpias le había dicho. Felipe de Utre y Bartolomé Berzar después de partido y apartado Limpias de éllos, presumieron la maldad que traía pensada por las pasiones pasadas y pareciéndoles que no podía ser pequeña la guerra que aquel doméstico enemigo les haría ni fáciles de remediar los daños que les causaría, con la presteza que el caso requería se pusieron luego en camino, caminando a las mayores jornadas que pudieron, por ver si en alguna manera le podían alcanzar; y como Limpias, usando de la misma presteza no se había detenido en el camino cosa alguna, fué de ningún efecto la presteza o diligencia de que usó Felipe de Utre; el cual, llegado que fué al desembocadero de Barquisimeto, tuvo noticia de los indios de cómo en la provincia del Tocuyo estaban españoles, que era Caravajal, y por no meterse inconsideradamente entre gente que no conocía ni sabía si eran amigos o si enemigos, usando de aviso de hombre recatado y de guerra, se alojó en valle de Barquisimeto para de allí reconocer qué gente era la que estaba en el Tocuyo y ver lo que le convenía. Dende a pocos días se venieron a tratar los de Caravajal con los de Felipe de Utre, y a haber entera noticia los unbs de los otros y a poner la guarda necesaria cada cual de los dos Capitanes en su alojamiento y gente. Pedro de Lim-

pias no cesaba de poner calor con el enojo y odio y enemistad que a Felipe de Utre tenía el Capitán Caravajal, para que lo prendiesen y persiguiesen, pues tenía copia de aventajada gente; mas Caravajal como era hombre mañoso y de agudo ingenio, no quería poner aquel negocio en ventura de batalla en donde la fortuna suele por no pensados modos dar la victoria no a los que en fuerzas y muchedumbre de gentes la tienen por cierta, sino a aquellos que por ser pocos y tener reconocidas claras ventajas en sus contrarios, procuran peleando con osados ánimos vender sus vidas a costa de mucha sangre que de sus contrarios derraman, a donde suele esta variable fortuna poner todas sus fuerzas dándoles claros triunfos a quien no los pensaba gozar. Y así pretendía Caravajal, con mañas y simulaciones, atraer a su alojamiento a Felipe de Utre, para allí seguramente ser señor de él y hacer lo que le pareciese. De todas estas cosas era avisado Felipe de Utre por cartas de hombres que en compañía de Caravajal estaban, que aborrecían por todo extremo el gobierno de aquel hombre, tan malvadamente y por tan torpe modo adquirido. Escribíanle también que no desabrazase ni apartase de sí aquel título que tenía de General, ni se dejase gobernar ni sujetar de Caravajal, porque si la Audiencia de Santo Domingo algún nombramiento había hecho de nuevos oficiales o ministros de justicia, fué y era entendiendo que él era muerto o perdido; y que así no había derogado sus poderes; con lo cual hacían estar obstinado a Felipe de Utre en querer mandar y gobernar aquella tierra con aquel rancioso título que tenía, aunque en tales tiempos más firme título es y suele ser la fuerza del ejército que la abundancia y antigüedad de provisiones y poderes reales. Finalmente, el Caravajal se dió tan buena orden en seguir sus ardides y mañas, que eran como de hombre andaluz y reformado en Indias, que hizo entender y creer a Felipe de Utre que no se haría más de lo que él quisiese y ordenase, y que de conformidad se nombrasen per-

sonas que viesen las provisiones de entrambos y que estuviesen por lo que los árbitros sentenciasen, o que, ya que esto no quisiese, que ambos, de conformidad, gobernasen el campo y gente y juntos fuesen a poblar y conquistar El Dorado. Fué tan convencido y creído Felipe de Utre de esto que le decía Caravajal, que dejando su primera determinación, se levantó del alojamiento donde estaba y se metió y mezcló con su gente y soldados en la ranchería y alojamiento de Caravajal, con que se acabó de destruir, según luego se verá.

CAPÍTULO VII

En que se escribe cierta sedición y alboroto que entre Caravajal y Felipe de Utre hubo, después de haberse juntado.

Juntos los dos capitanes o gobernadores, como los que terciaban mal de la una y de la otra parte los tenían más cerca, más frecuentemente los incitaban a enemistad y a que se damnificasen el uno al otro; pero como Caravajal, tuviese más gente, aunque alguna de ella más para ofenderle que para defenderle, disimulando con las promesas y ofrecimientos que a Felipe de Utre había hecho, aunque tratándolo amigablemente, procuraba haber ocasión para prenderlo, porque aquel caballero alemán, confuso de lo que había hecho en juntarse con Caravajal, andaba muy sobre el aviso, acompañado de sus familiares, previniendo y apartando toda ocasión que a Caravajal le pudiese ser útil y provechosa para efectuar sus designios. Fué, pues, el caso que como Caravajal no hallase comodidad para sin notable escándalo y alboroto prender a Felipe de Utre, convidólo a comer para si allí hubiese ocasión y lugar, prenderle y hacer lo que pretendía. Felipe de Utre, porque no se presumiese de él que le había faltado el ánimo y que por temor no quería aceptar aquel cauteloso convite, que con falsa ostentación de buena voluntad se

le había hecho, concedió a Caravajal lo que le rogaba, y fuése con él a comer dejando prevenido a Bartolomé Belzar y a sus amigos, que estuviesen al aviso y con las armas en las manos, para en oyendo algún bullicio acudir a defenderle; y él, como hombre que iba comer con su enemigo, llevaba en su persona gran aviso y recato y aun armas defensibles encubiertas. Comieron y pasaron su convite o cena sin que en él se intentase cosa alguna, porque Caravajal había sido avisado de la gente que Felipe de Utre dejaba prevenida. Levantados de la mesa, el alemán tomó la mano en hablar, visto que todo estaba sosegado y que no se intentaba nada de lo que él pensaba, diciendo a Caravajal que pues ninguna cosa de las que le había prometido no cumplía ni quería hacer, antes violentamente más con la fuerza de su gente que con el derecho ni justicia, que él se quería ir a Coro con sus soldados para de allí ir a dar cuenta a la Audiencia que le había enviado, de lo que en la jornada había hecho. Caravajal le replicó que bien podía irse donde quisiese, pero que la gente no la había de llevar consigo, ni se llamase dende adelante General ni Teniente, pues sus provisiones habían ya expirado y estaban derogadas, y que en aquella gobernanación otro no tenía jurisdicción sino él, a quien la Audiencia había enviado por Gobernador. El capitan Felipe de Utre replicó contradiciendo a Caravajal, y como las voluntades de estos dos capitanes estuviesen tan inficionadas y revueltas para damnificarse el uno al otro, fueron en esta pequeña ocasión tan encendidos y abrasados en ira, acompañada de ásperas y sobradas palabras, que incitaban cada cual a los suyos a que tomasen las armas, con que diese fin aquella su rencilla y arraigada enemistad; y como Bartolomé Berzar estaba puesto a punto de parte de Felipe de Utre, en oyendo las alteradas voces que los dos daban, salió de donde estaba, siguiéndoles los suyos, y con furia de alemán, que por extremo suele ser muy soberbia y ciega, se fué derecho a Carava-

jal con la espada desnuda para herirlo o matarlo; mas como algunos hombres neutrales que allí estaban, a los cuales conforme a las leyes de Solón podían ser justamente tenidos por infames y nunca admitidos a ningunos oficios ni honores, se metiesen de por medio, repugnaron la furia de Bartolomé Berzar de suerte que no pudo efectuar lo que pensaba hacer; y porque mejor se entienda esto que dije de las leyes de Solón, es de saber que entre otras muchas que para el buen gobierno de su República aquel gentil hizo y ordenó, fué una que decía que si por algún caso humano se levantase alguna sedición o alboroto, el que en semejante caso fuese favorecedor de la una parte y contrario de la otra, que éste tal incurriese de las penas dichas y no gozase de las preeminencias, porque quiso más buscar su provecho particular que el bien común. Era cosa de notar y aún de reir que en este sedicioso alboroto cada una de las partes se aprovechaba de la voz del Rey, con la cual querían fortificar sus pasiones, porque como los Jueces españoles tienen por costumbre, cuando alguna sedición se revuelve en que les hagan resistencia, pedir auxilio a los presentes de cualquier condición que sean con decir «aquí del Rey», cada cual de estos dos capitanes apellidaba y pedía favor y ayuda para defenderse el uno del otro usando de las palabras referidas; mas, como ya los más de los soldados estuviesen determinados en sus voluntades de lo que habían de hacer, cada cuál se arrimaba al que tenía por amigo o al que pensaba seguir; y esto no lo hicieron todos porque muchos estándose a la mira para después seguir al que la fortuna sustentase, no curaban de acudir a llamamiento de ninguno de los capitanes, lo cual por entonces hizo más pujante la parte de Felipe de Utre, porque como descubiertamente se llegasen todos sus amigos y enemigos de Caravajal, pudiera fácilmente triunfar de su adversario dándole por su mano la pena que sus desatinos merecían. Mas, no queriendo haber esta victoria con fama de tirano o traidor por

no macular su persona y linaje, dejando con la vida a su contrario, cabalgó en su caballo y haciendo todos sus amigos lo mismo, tomaron del alojamiento de Caravajal las demás armas y caballos que les pareció y apartándose de allí fueron a alojarse al Valle de Quíbor, que ahora son estancias de El Tocuyo, para de allí dar mayor dolor con su presencia a su enemigo, lo cual sabido por Caravajal, usando de su industria conforme al suceso que fortuna había guiado, usó de nuevas cautelas para recobrar los caballos y armas que Felipe de Utre y los suyos le habían llevado y echando algunos amigos suyos como echadizos, les dijo que fuesen a Felipe de Utre y le significasen cuán grave delito era el que había cometido en alborotarse contra un Gobernador del Rey y tomarle las armas y caballos que tenían, por lo cual podrá ser gravemente castigado por la Audiencia, y que lo mejor era que se tornase a confederar con Caravajal y le volviese sus armas y caballos y que él, Caravajal, le perdonase a él y a todos los demás como Gobernador que era de aquella tierra. Tratáronse estos negocios con tanta eficacia por los a quien fueron cometidos, que fácilmente atrajeron a Felipe de Utre a que los hiciese, y sobre ello hicieron escritura de concierto y amistad y ciertas capitulaciones que llamaron de paz y fueron firmadas por Juan de Villegas, teniente de Caravajal, que era uno de los que vinieron a donde Felipe de Utre estaba a tratar los conciertos, y después los firmó el propio Caravajal, y así le fueron vueltas las armas que se le tomaron y caballos, no embargante que el Felipe de Utre, avisado de los suyos que no se fiase en cosa alguna de las cosas que Caravajal le prometiese ni hiciese ningún concierto con él, porque era hombre muy versuto y cauteloso y que ninguna cosa hacía si no era con doblez. Confirmada la paz y amistad de la suerte dicha entre los dos, Felipe de Utre se partió más descuidadamente de lo que debía la vuelta de Coro, caminando a pequeñas jornadas y muy

sin orden ni concierto, como hombre que entendía no dejar a las espaldas enemigo astuto y vengativo, sino cordial amigo.

CAPÍTULO VIII

Cómo Caravajal cortó las cabezas a Felipe de Utre y a Bartolomé Berzar, y a otros

Después que Caravajal se vió apoderado en sus armas y caballos y tuvo nueva cierta que Felipe de Utre era partido de las sabanas de Quíbor la vuelta de Coro, llamó y juntó toda la gente que con él había quedado, a los cuales habló diciéndoles que si eran españoles y en ellos reinaba la nobleza y valor de la gente española acostumbrada, que suele tener por natural que no podían dejar de haber sentido entrañablemente la afrenta e injuria que a todos generalmente había hecho aquel mancebo extranjero, favorecido de algunos de su nación que con demasiada soberbia se habían extremadamente señalado en despojarles de sus armas y caballos, tomando para ello la voz de no se qué mohoso título que decía tener de General, fundándose principalmente en la potencia de sus amigos y allegados, con los cuales habían maculado a todos los que allí quedaban, pues les habían tomado sus armas y caballos, y después por vía de afrentoso concierto vuéltoseles casi, dando a entender que no sólo les hacían merced de ellas, más que aún también de las vidas, y de lo cual todo y de haberse descomedido y desvergozado contra la persona real en cuyo lugar él asistía, no sólo en sus ánimos lrían regocijándose, pero que se irían jactando de ello y divulgándolo por entre sus deudos y conocidos, que sería abominación y gran vituperio para todos ellos, y así los incitaba a que tuviesen compasión de sus propias honras y no las dejasen así estragar de gente extranjera, y que tomando las armas en las manos y siguiéndole él los

pondría en su poder a Felipe de Utre y a Bartolomé Berzar, alemanes, hombres soberbios y escandalosos y que sin tener título se quería hacer señor de aquella tierra y les había tan malvada y traidoramente agraviado, y que cuando ellos no quisiesen, como era razón y debían y eran obligados, darle auxilio y favor como a su Gobernador para ir en su alcance y prenderlos, que tiempo vendría en que serían castigados por ello y que porque no tuviesen escrúpulo alguno en si él era Gobernador o nó de aquella provincia, viesen los títulos que de ello tenía, de los cuales les hacía ostentación para que de ello estuviesen más satisfechos. Vieron los que allí estaban sellados con el sello real y la letra aunque falsada rezaba a él nomdrándolo Gobernador. Con esto y con las disfrazadas amenazas que les hizo y algunos que por la particular enemistad tenían deseo de seguir y perseguir aquellos caballeros alemanes y a los de su parcialidad, fueren movidos sus ánimos a seguir el querer de Caravajal y tomar las armas para seguirle, el cual no fué nada perezoso a ponerlo por la obra, porque cabalgando luego en su caballo y poniéndose en el camino, dió ocasión a que con brevedad le siguiesen los demás con determinada deliberación de haber entera venganza de sus contrarios. Fué pues el caso que caminando Caravajal y la gente que con él iba a grandes jornadas, en breve alcanzó a Felipe de Utre y a sus compañeros, que como he dicho caminaban floja y descuidadamente, los cuales estaban ya alojados a la barranca de una quebrada honda, y como Caravajal con los suyos llegase de repente y habían quedado las amistades hechas aunque fingidamente por parte del Caravajal, no hubo causa que moviese a Felipe de Utre a tomar las armas entendiendo como he dicho que las amistades eran fijas. Mas, desde que Caravajal y los que con él iban se hubieron apeado, prendieron con poco escándalo ni resistencia a Felipe de Utre y a Bartolomé Berzar y a un Palencia y a un Romero y a otros, sosegando con buenas pala-

bras a los demás, y mandando a un negro que como a malhechores atase las manos a aquellos sus prisioneros. Hizo que con un boto machete les fuesen allí en el suelo cortadas las cabezas con bárbara crueldad porque como el cuchillo o machete con que aquella injusticia se ejecutaba, fuese gastado de servir y el en sí muy grosero y bastardo, ninguna cosa cortaba sino haciéndoles muchos pedazos los pescuezos y machucando y quebrando la carne y huesos que estaban compuestos, les daba unas crueles y penosas muertes, incitando y dando calor a Caravajal para que con brevedad matase aquellos Capitanes émulos, Pedro de Limpias y un Sebastián de Armacia y otros. Hecho esto, dió la vuelta como hombre victorioso Caravajal al Tocuyo volviendo consigo a los más de los que iban con Felipe de Utre, y algunos dejó que se fuesen a Coro a llevar las nuevas de este malvado y cruel hecho, aunque otros afirman que no dejando ni consintiendo que ningún soldado fuese a Coro a llevar esta nueva, se los volvió todos consigo a su alojamiento con su propósito de haber entera venganza de todos aquellos que más abiertamente se habían mostrado contra él, a los cuales pensaba castigar con mucha severidad cuando más olvidados estuviesen del suceso de aquel negocio, porque para tener más viva la memoria de los que le habían ofendido para de ellos haber entera venganza con crueles géneros de muertes que les pensaba dar, había hecho un padrón o minuta de todos, a imitación y ejemplo del cruel emperador Cómodo que con el ánimo de crueldad que entre los otros vicios en él reinaba, hizo un memorial para matar a muchos principales de Roma y de su Corte y entre éllos estaba su muy querida amiga Marcia, la cual, como por cierta ocasión hubiese el papel a las manos y viese la crueldad y maldad que Cómodo tenía ordenada, acordó ganarle por la mano y con la presteza que el negocio requería, sin dar parte de ello a algunos de los condenados, le dió cierta ponzoña con que lo mató; y aunque en Caravajal no hizo este

propio efecto su memorial, a lo menos fué mucha parte para que se le diese la muerte que después se le dió; y sólo se mostró riguroso mofaz (*sic*) contra un Pedro de San Martín, español amigo suyo que tenía cargo de factor, porque viendo cuan tiránicamente guiaba Caravajal sus negocios y cuan dañado tenía el ánimo contra muchos españoles y cuan cebado y puesto estaba en hacer crueldades y en querer matar a muchos de los que en el primer ímpetu habían quedado con las vidas, le iba a la mano refrenando sus severidades y desatinada crueldad, persuadiéndole a que no matase tanta gente como quería matar, pues mejor fama y loa se adquiere con la misericordia y clemencia que con la crueldad y rigor; mas, como este violento y tirano Gobernador estaba tan impuesto en haber entera venganza de los a quien había tenido por contrarios y para conservación y sustentación de este su mal pecho no faltasen sustentadores y hombres que no menos malvados designios tenían que el propio Caravajal, persuadíanle a que efectuase lo que San Martín con tanta instancia le estorbaba, y así vino Caravajal a aborrecer de todo punto la amistad y consejos de San Martín y a desecharlo de sí, redarguyéndole algunas cosas falsamente opuestas con la cual ocasión le apartó de sí y de su gente enviándolo a Coro preso y desterrado para que de allí lo llevasen a Santo Domingo, porque a este perverso haciasele de mal matar a San Martín por parecerle que con la muerte de aquel hombre, que tan amigo suyo había sido, cobraría una notable y perpetua infamia con que hiciese más abominables sus malvados y crueles hechos, los cuales quería conservar con título y color honroso diciendo que los había hecho por la fuerza e injuria y manifiesta afrenta que aquellos alemanes descomediéndose contra la persona real a quien él representaba, le habían hecho.

CAPÍTULO IX

Cómo por el Consejo Real de Indias fué proveído por Gobernador de Venezuela el Licenciado Juan Pérez de Tolosa, el cual viniendo a Venezuela cortó la cabeza a Caravajal; y cómo la Gobernación fué quitada a los Bezares

Caravajal cuando más metido estaba en sangre y más cercano a poner por obra sus inicuos designios, fué frustrado de ellos porque en el ínterin que las cosas recontadas después de la muerte del Gobernador Jorge Espira pasaban en Venezuela, fueron a España al Consejo Real de Indias y al propio emperador muy grandes y particulares quejas y relaciones así de la gran destrucción que los Gobernadores y factores de los Bezares habían hecho en Venezuela, en muchas provincias de naturales, y aún todavía hacían haciendo esclavos los indios y robándoles y rancheándoles sus haciendas, como de la grande opresión y fuerza que los españoles de ellos recibían, teniéndoles en perpetua servidumbre con título y color de haberles dado fiadas algunas mercaderías y llevándolos forciblemente a las jornadas donde por parte de los malos tratamientos que de los Capitanes recibían eran miserablemente muertos y además de esto nunca le pagaban ni habían pagado al Rey sus quintos, ni cumplido las otras capitulaciones que hicieron y pusieron; por lo cual determinó de quitarles el gobierno de aquella tierra a los Bezares que tan contra justicia administraban, y para este efecto y para tomar residencia en toda aquella costa desde el Cabo de La Vela hasta Cubagua, nombró por Juez y Gobernador al Licenciado Juan Pérez de Tolosa, el cual llegado a la Gobernación de Venezuela o a la ciudad de Coro casi a la propia sazón que Caravajal mató a Felipe de Utre y a Bartolomé Berzar y a los demas, y hallándose en Coro al Licenciado Frías que ya había venido de Cubagua, tomándole residencia, lo

dió por buen Juez y lo envió a Santo Domingo donde luego, por soldados que se desgarraron y huyeron de Caravajal con temor que de morir a sus manos tuvieron, supo Tolosa las nuevas crueldades y tiranías por él cometidas; aunque ya había sabido de la manera que había entrado en Coro y lo que había allí hecho y la violencia con que había juntado la gente que consigo tenía. Demás de lo dicho, fué hecha relación del gran riesgo en que otros muchos soldados que en poder de Caravajal habían quedado estaban de ser por él muertos, por el particular odio que con ellos tenía; por lo cual fué incitado el Gobernador Tolosa a con más brevedad partirse en demanda de Caravajal, con cierto número de gentes que para el mismo efecto había allí juntado el Licenciado Frías; y llevando consigo buenos guías o intérpretes y mucha diligencia de que no se le diese aviso de su ida a Caravajal, caminó la vuelta del Tocuyo a muy grandes jornadas, sin detenerse en el camino cosa ninguna, y en todo se dió tan buena orden y modo, que sin ser sentido amaneció un día con su gente en el rancho de Caravajal, y cercándolo con todo cuidado fué por él preso y puesto en seguras prisiones con la guardia de soldados que se requería; y porque no sabía que tales fueran las generales voluntades de todos los soldados que con Caravajal estaban ni si habría nuevos bullicios por estar por ventura todos conjurados, hizo llamamiento con mucha modestia de los que en aquella sazón estaban con Caravajal, porque la mayor parte de ellos habían ido con un capitán Juan de Ocampo a descubrir ciertas poblazones o provincias de indios cerca de allí; porque Caravajal, no habiendo querido seguir su primer propósito y palabra que a Pedro de Limpias había dado de ir a poblar los Omeguas, o Dorado, que Felipe de Utre había descubierto, por parecerle jornada muy larga y de mucho riesgo y aun mal afortunada por haberse perdido en ella tanta gente como se había perdido, había mudado propósito y determinado en-

tretenerse por allí algunos días con su gente para después hacer lo que la ocasión le ofreciese. Juntos, pues, los soldados que en el alojamiento o ranchería de Caravajal había, Tolosa les mostró las provisiones que del Rey traía y les habló elocuentemente, diciéndoles que el efecto de su venida no era ni había sido para agraviar a nadie, sino para darles toda libertad y contento, porque el Rey no sólo había quitado la jurisdicción a los Bezares, como se ha dicho, más mandó que ningunos soldados fuesen detenidos por ninguna deuda que les debiesen y que ellos gozaban con sosiego de todas las libertades que Su Majestad les daba, y que ninguno se alborotase de ver que había preso a Caravajal, pues lo había hecho para con más quietud ser informado de lo que convenía al servicio del Rey y de todos ellos; que si en él hallase cosa indebida d indigna de su persona y cargo, que él lo enviaría a la Audiencia, donde fuese oído y sentenciado. Con estas y otras razones que Tolosa dijo y trató con los que allí estaban, a los amigos de Caravajal y que deseaban su libertad, agradó y contentó, y a los demás dió buena esperanza de lo que deseaban, y así, todos de conformidad le respondieron que lo que Su Majestad había hecho en enviarle a él por Gobernador, había sido como de clementísimo Emperador, y lo que él allí intentaba y pensaba hacer eran cosas de prudente y desapasionado Gobernador; y así tomaron las provisiones que traía de Gobernador, de las cuales les hizo demostración, y con una antigua y virtuosa ceremonia, que entre la gente española se acostumbra y usa en semejantes negocios, las besaba cada cual de por si y las ponía o tocaba sobre lo superior de su cabeza en señal de obediencia y de que estaban y pasaban por lo que el Rey por ellas les mandaba y estarían obedientes a lo que su Gobernador hiciese y les mandase. Con esto se sosegaron y apaciguaron todos, pero luego con toda presteza el Gobernador Tolosa mandó a Diego de Lozada, capitán que consigo llevaba, fuese con

alguna gente de la que consigo había traído la tierra adentro a donde el capitán Juan de Ocampo con el resto de la gente de Caravajal andaba, y llevase los trasuntos de las provisiones y recaudos que había traído, los cuales les enseñase a todos y congregándolos con afabilidad les hablase mansamente de suerte que los ánimos de ninguno de ellos no fuesen encendidos a mover algún tumulto o sedición, dandoles a entender el efecto y causa de su venida, como era más para darles contento y tranquilidad que desasosegarlos ni inquietarlos; y en el caso hiciese aquello que como hombre del juicio y partes que Losada tenía se esperaba y con todos juntos se volviese al alojamiento de El Tocuyo, donde le quedaba esperando con Caravajal y la demás gente. El capitán Losada se dió en todo lo que el Gobernador le encargó tan buena maña que no sólo todos de conformidad le obedecieron, más dando muestras de gran contento y alegría se juzgaban haber cobrado un bienaventurado y alegre tiempo siendo libres de las tiranías y opresión de Caravajal. Vuelto Losada al alojamiento de El Tocuyo con el capitán Juan de Ocampo y la gente que con él andaba y viendo el Gobernador Tolosa las voluntades que los más tenían de pasar y estar por lo que él hiciese y que daba muestras de desear ver el castigo que las sediciones y tiranías de Caravajal merecían, no quiso usar de la presteza y rigor que contra los semejantes se suele usar para evitar algún futuro escándalo que la dilación de las cosas arduas suele traer consigo; y así muy por los términos judiciales nombró, o como suelen decir, crió su Fiscal que de parte de la justicia acusase a Caravajal de los delitos que tiránica y malvadamente había cometido, y concluyendo con él su proceso o causa por los términos del derecho, vino a condenar a Caravajal a que fuese arrastrado por los lugares más públicos de aquel alojamiento y fuese colgado de una ceiba, árbol crecido que el propio Caravajal había conservado y no consentido

que se cortase para tenerla por horca o rollo en que castigar los que él quisiese ajusticiar, amenazando con él a sus contrarios y a las personas con quien tenía particular odio, en lo cual le sucedió a Caravajal lo propio que a Amán, privado del Rey Asuero, que habiendo hecho una horca en que Mardoqueo, tío de la Reina Ester, fuese ahorcado por odio que con él tenía, permitió Dios que en la propia horca que Amán había hecho para dar la muerte a Mardoqueo, allí fuése el propio Amán ahorcado y no otro ninguno, como se cuenta en el Libro de Ester (capítulo siete). Mandando, pues, Tolosa que en este propio árbol ceiba, que por horca tenía Caravajal señalado, fuese ahorcado, mandó que después de muerto fuese hecho cuartos y puestos en cuatro palos y partes públicas para ejemplo y manifestación de su delito y castigo. De esta sentencia apeló Caravajal para ante Su Majestad, alegando que por derechos reales estaba mandado que ningún Gobernador fuese condenado a muerte sino por el propio Supremo y Real Consejo de las Indias, y demás de esto fué muy rogado Tolosa de todos los principales que con él estaban, que no ejecutase aquella sentencia de su muerte en Caravajal; pero ninguna cosa prestó lo uno ni lo otro, porque contándole claramente a Tolosa de los delitos y maldades que había cometido Caravajal y que si dilataba su muerte, según era mañoso y cauteloso, podría atraer a sí algunos amigos que le soltasen y hubiese algún nuevo bullicio con mayor daño del pasado; hizo que con mucha brevedad, hallandose él presente, ejecutase su sentencia, y así fué Caravajal sacado de la prisión en que estaba, arrastrando, en la forma acostumbrada con que esta ceremonia de justicia se suele hacer en España, y siendo colgado del pescuezo de la horca o árbol en que fué mandado colgar, dieron fin sus días y fueron castigadas sus maldades; mas, fué cosa de notar y maravillar que luego que Caravajal fue colgado y muerto en aquel árbol, con ser uno de los árboles que más viciosamente

se crían y más sustentan el verdor, le fué dende en adelante secando y consumiendo hasta que no quedó memoria de él. La gente que con Tolosa estaban le rogaron que no consintiese ni permitiese que Caravajal ya muerto fuese hecho cuartos, por no dar noticia de su muerte a los naturales que sabiéndola con más razón abominarían a los españoles y los tendrían por crueles que por misericordiosos ni mansos. Tolosa les concedió lo que en este caso le rogaron; y así fué enterrado en una ermita o Iglesia que allí tenía hecha. Sucedió esto el año de cuarenta y siete.

CAPÍTULO X

De los principios que tuvo la ciudad del Tocuyo en la Gobernación de Venezuela; y de cómo el Gobernador Tolosa envió a Alonso Pérez de Tolosa, su hermano, con gente a descubrir las sierras nevadas donde hoy está poblada Mérida del Nuevo Reino

Después de haber el Gobernador Tolosa muerto a Caravajal de la manera dicha, luego procuró que aquel alojamiento donde Caravajal estaba, que ya en alguna manera tenía forma de pueblo, se hiciese y perpetuase para que toda aquella gente española que allí estaba por ir a buscar su sustento a otras partes, no fuesen causa de mayores daños y así procuró que se avesindasen y tomasen solares y estancias y él nombró e hizo nombramiento de Alcaldes y Regidores que tuviesen a cargo la Administración de la República, y dende en adelante se intituló ciudad, y este es el fundamento y principio de la ciudad del Tocuyo, famosa en aquella Gobernación por estos sus infelices principios. De la fundación de este pueblo, lo que he hallado por más cierta opinión; aunque algunos la atribuyen al Capitán Francisco de Caravajal por haber sido el propio pueblo el sitio de su alojamiento y haberse conservado y permanecido allí algunos días; otros la atribuyen a Villegas que se halló con Caravajal por su Teniente y después privó con Tolosa y fué también su Teniente, y cómo en

esto vaya poco, cada cual podrá arrimarse a quien tuviere la afición. Sólo sobre él diré que según parece el Tocuyo fué poblado el año de cuarenta y siete y aquel propio año fué muerto Caravajal, yo tengo que la muerte de Caravajal fué primero que la poblazón del Tocuyo según me han informado algunas personas que en aquella tierra están y por esto me afirmo en mi opinión de que el Gobernador Tolosa la pobló, el cual asimismo repartió los naturales que por allí cerca había entre los que quisieron ser vecinos y moradores de la ciudad del Tocuyo y porque la gente española que allí había era mucha y todos no se podían sustentar en aquel pueblo, a persuación de algunas personas ordenó el Gobernador que un hermano suyo llamado Alonso Pérez de Tolosa fuese con una parte de la gente que allí había a descubrir la provincia de Sierras Nevadas, donde al presente está poblada la ciudad de Mérida del Nuevo Reino, aunque a otros ancianos de los que en aquel tiempo se hallaron allí, certifican que no salió Alonso Pérez de Tolosa con gente del Tocuyo a este efecto, sino que persuadido e inducido el Gobernador de un Cristóbal Rodríguez que había estado en el Reino, que se le seguiría a aquella Gobernación muy gran provecho y utilidad de que hubiese camino por donde tratase y comunicase los vecinos de ella con los del Reino, envió a su hermano a que descubriese este camino. Que sea de la una o de la otra manera, por comisión del Gobernador salió del Tocuyo o ciudad nombrada Alonso Pérez de Tolosa con cien hombres, entre los cuales iba el Capitán Diego de Losada, más por Administrador y Gobernador de la persona del Alonso Pérez que por soldado, porque como este Capitán era persona grave y de mucha experiencia en cosas de indias, fué por el propio Gobernador rogado que fuese con su hermano para encaminarle y regirle en lo que había de hacer, dándole título de Maese de Campo. Caminaron la vía del río del Tocuyo arriba ciertas jornadas y dejándolo a mano izquierda atravesaron

cierta serranía que hay por allí, y fueron a dar, a las vertientes de los llanos, a otro río que en lengua de los indios es llamado Zazaribacoa por do acabaron de salir a lo llano. Este río entiendo ser el que ahora comunmente llaman Guanaguanare, por el cual acabaron de bajar a lo llano, por do caminaron en seguimiento de su jornada, y en llegando en el paraje de las Sierras Nevadas que desde lo llano se ven, quisieron los Capitanes atravesar para con más brevedad dar en la noticia que iban a buscar, porque en aquel tiempo y mucho despnés no dejó de ser soberbia aquella noticia, hasta que después descubriéndola y poblándola los del Reino, el año de cincuenta y ocho, vieron cuan poca y miserable era. No faltaron muchos soldados que con intención de acercarse al Reino para ver si se podían meter en él, contradijeron esta entrada y subida por la Sierra Nevada poniendo a ella muy grandes inconvenientes como de cierto los había, porque con haber ya cerca de diez años que está aquella provincia poblada de españoles, los de Mérida jamás por esta parte, por donde esta gente intentaba subir, han podido bajar caballos a lo llano por la aspereza y maleza de la sierra y estrechos caminos que por allí hay, que aun con dificultad los caminan a pie. Pasó la gente adelante sin detenerse en ninguna parte hasta llegar al río Apure, ribera del cual se alojaron; y como a los naturales que por allí había poblados les pareciese poca gente aquella para la que otras veces habían visto pasar por allí, y demás de eso los viesen estar con algún reposo, procuraron como se suele decir, tentarles las corazas, y juntándose todos los naturales de aquella provincia en concierto y orden de guerra, vinieron a dar muy de mañana sobre los españoles, los cuales como hasta entonces no habían recibido ninguna alteración de los indios, estaban con más descuido del que se requería y era permitido a gente que estaba entre sus enemigos, lo cual hubiera de ser causa de que recibiesen algún notable daño; pero como todos los más eran

hombres ya hechos a las alteraciones y tumultos con que los indios suelen acometer a sus enemigos, no se turbaron punto; mas, tomando con toda presteza las armas, los detuvieron aunque con algún daño porque les hirieron algunos españoles y les mataron un soldado, pero juntandose los más de los nuestros con sus armas en las manos fácilmente fueron rebatidos y ahuyentados los indios con harto daño que recibieron, porque demás de los que corriendo sangre iban heridos de los alcances que hacían los de a caballo, que entre indios suele ser los más dañinos, quedaron actualmente muertos mucha parte de aquellos bárbaros que con sus cuerpos desnudos y rústicas y flacas armas les parecía que por haber usado de aquella industria de tomar la mañana tenían ya la victoria en casa; pero ellos quedaron tan hostigados que no sólo no volvieron los propios a acometer a los nuestros, pero en mucha distancia de tierra que turaba la gente de aquella nación no hubo indio que tomase armas en la mano ni aun osase asomar a dar grita desde lo alto de los cerros, que es cosa muy usada entre ellos. Descansaron en este alojamiento los españoles donde les fué dada esta guazabara, algunos días, por curar sus heridos.

CAPÍTULO XI

En el cual se escribe el fundamento y principio de la ciudad de Burburata, de la gobernación y costa de Venezuela.

Teniendo ya el Licenciado Tolosa la tierra y bullicios de los españoles todo asentado y sosegado y habiendo enviado a su hermano Alonso Pérez de Tolosa, como se ha dicho, a poblar a Sierras Nevadas, parecióle que era bien de cumplir con lo que Su Majestad le había encargado y mandado, y así se partió la vuelta de Coro para de allí ir al cabo de La Vela a tomar residencia a las Justicias que en él residían, dejando por su Teniente en la ciudad del Tocuyo a Juan de Villegas, que por conocimiento que

de sus mayores tenía, vino a tenerle por amigo y hacer mucho caso de él. Háseme olvidado de declarar un punto, el cual, aunque no sea de este lugar, tomarlo ha el lector donde lo hallare. Según de lo que atrás queda dicho, consta y parece que este nombre Tocuyo era propio de los naturales dado a aquella provincia donde Caravajal estaba alojado, y como al tiempo que allí se rancheó o alojó el alojamiento se llamaba de este nombre, la ranchería del Tocuyo, después cuando se mudó en nombre de ciudad no hubo ninguna innovación en el nombre, como comunmente en Indias lo suelen hacer los que pueblan ciudades o villas, dándoles la nombradía de sus propias patrias o provincias o reinos de donde son naturales, y así se quedó este pueblo con el nombre de aquella provincia, que era dicha Tocuyo. Pasando adelante con nuestra historia, como quedase Juan de Villegas con el cargo de Teniente de Gobernador y acompañado de mucha gente que aún habían quedado en el Tocuyo, demás de los que estaban avecindados y tenían indios, determinó ocupar en algo a los ociosos, y como era él hombre que diversas veces por su antigüedad había andado aquellas provincias y tierras, por muchas partes tenían noticia de que en la provincia de la Burburata había algunos naturales donde se podían sustentar y entretener parte de los españoles que con él estaban; y así envió un capitán llamado Pedro Alvarez, con cuarenta hombres a poblar aquella provincia, el cual pobló en la costa de la mar el pueblo que comunmente llaman de la Burburata, y aunque el Capitán Pedro Alvarez al tiempo que lo pobló, es cierto que le puso otro nombre a similitud de los de España, éste se perdió y yo no he podido haber noticia de él para darla, más de que como he dicho comunmente se llama la ciudad o pueblo de la Burburata por ser así llamada antiguamente esta provincia donde está poblado de sus naturales y moradores. El puerto marítimo de este pueblo es el más frecuentado y usado en aquella Gober-

nación, y por donde se proveen los demás pueblos que al presente están poblados la tierra adentro de todas las cosas que se traen de fuera para el sustento de sus personas y casas, es pueblo bien proveído, aunque de mucha sosobra y trabajo por haber continuo de andar los moradores de él con las haciendas en los hombros, porque como allí no tienen ningún género de fortaleza para hacer resistencia a los corsarios franceses que muy a menudo acuden a la costa de las indias a robar, en viendo cualquier navío, luego son los pobres vecinos contreñidos a tomar, como suelen decir, faldas en cinta y a meterse a manera de fieras y salvajes por los montes y arcabucos a guarecer sus personas. y esa miseria que tienen en este pueblo fué a donde el traidor de Aguirre después de haber arruinado la isla Margarita y hecho las severidades que en otra parte yo trato, saltó y hubo lengua o noticia de algunos portugueses y otros malvados hombres de la comodidad que tenía aquesta, Gobernación de Venezuela, para por ella pasar al Nuevo Reino de Granada por estar la tierra tan desproveída de armas y gentes como estaba; y en él no dejó de hacer su buena estrena con algunas crueldades de que usó, matando algunas personas así de las que con él venían, como de otras que de la tierra hubo. No trato aquí particularmente de la conquista y pacificacion de los naturales de esta provincia y pueblo de la Burburata, porque aunque en haber la relación y noticia de ello, he puesto toda la diligencia a mi posible, no he podido tener de ella más claridad de lo que he dicho. Caen la jurisdicción y términos de este pueblo, las minas de oro dichas de Burburata donde se saca con esclavos y con indios muy buen oro y subido de quilates y muy alabado por los plateros para su oficio por ser muy dulce de labrar. Otra cosa notable no hay que a mi noticia haya venido que se pueda escribir de este pueblo y provincia de Burburata ni de sus naturales antiguos moradores y habitadores de ella; excepto que pocos días ha atemo-

rizados los vecinos de los continuos asaltos que los franceses les dan, se quisieron pasar a vivir a la nueva Valencia que está doce leguas la tierra adentro, y dejar o despoblar este pueblo; y por el Gobernador don Pedro Ponce de León no les fué permitido, antes mandó con graves penas que lo sustentasen. El pueblo malsano para los que nuevamente entran en él, que por sus continuas calores y vapores que de algunas montañas que cerca de sí tienen salen, causan grandes ciciones y calenturas, y si no tienen buen gobierno y regimiento en todo lo que se debe tener, fácilmente son consumidos. Es tierra muy dejativa, y lo mismo tienen casi todos los pueblos de esta Gobernación, porque todos éllos están poblados en tierras calientes y de no muy buenos aires.

CAPÍTULO XII

Cómo el capitán Alonso Pérez de Tolosa, subiendo por el río de Apure arriba, fué a dar al valle de Santiago, donde ahora está la villa de San Cristóbal del Nuevo Reino, y de allí a los llanos de Cúcuta

Volviendo a la jornada y suceso de Alonso Pérez de Tolosa, después de haber mejorado sus heridas, alzó tiendas de las riberas del río Apure, donde estaba alojado, y prosiguiendo su descubrimiento, de común consentimiento, por el propio río de Apure arriba y metidos en la sierra, apartáronse del General o capitán obra de cuarenta hombres a buscar comida, los cuales llegaron a un pueblo cuyos moradores estaban puestos en arma, porque habían tenido noticia de la ida de los españoles, los cuales, llegando a donde los indios estaban, fueron por éllos con las armas detenidos algún tanto, de suerte que no fué mucha la resistencia que les hicieron, porque aunque eran muchos en número, los nuestros fatigáronlos tanto que los hicieron dejar el sitio que tenían y recojerse los unos a sus casas y bohíos y los otros a lo largo. Los que en el pueblo se metieron defen-

dieron sus bohíos gran rato, de suerte que primero que los rindiesen hirieron al capitán Romero y a otro soldado, pero al fin ellos fueron apretados de suerte que los nuestros los hubieron por prisioneros y les saquearon el lugar y les hicieron otros muchos daños y con la presa de indios y maíz y otras menudencias que estos cuarenta soldados tomaron en este pueblo, se volvieron a juntar con la demás gente que siempre iba marchando o caminando por las riberas del río Apure, y andadas pocas jornadas fueron a dar a cierta nación o pueblo de indios llamados Los Tororos, poblados en la ribera del propio río Apure, de la otra parte, los cuales como viesen a los españoles que querían pasar el río para ir a su pueblo, pusiéronse en las riberas o barrancas para estorbárselo; mas, como los nuestros, armados sobre sus caballos, pusiesen el pecho al agua y lo atravesasen y pasasen a la parte donde los indios estaban, fueron con mucha facilidad rebatidos y quitados no sólo de las riberas del río, pero de su propio pueblo y lugar, metiéndose y alojándose los españoles en él y saqueando y robando lo que en él había. Estuviéronse allí descansando tres o cuatro días, en los cuales dos soldados españoles no guiándose por prudencia sino por su desordenada codicia, se apartaron de los demás a ver si hallarían algunas mantas u oro u otras bujerías que los indios suelen tener y los soldados codiciar, aunque sean de poca estimación; a los cuales como los indios viesen solos y apartados de los demás tanta distancia, arremetieron a ellos y al uno tomaron a manos y le dieron el pago que su necio atrevimiento merecía con una cruel muerte; y el otro, por ser más ligero y suelto, se escapó de sus manos y fué a parar a las de su General Tolosa, el cual por el desacato de haberse ido sin licencia y sido causa que matasen a su compañero, lo mandó luego ahorcar; mas, siendo rogado con mucha importunidad de todos los del campo fué forzado a dispensar con él y conmutarle la pena de

muerte en otros trabajos y ejercicios tocantes al beneficio y servicio común. De este pueblo de Los Tororos prosiguieron su viaje dejando el río de Apure sobre la mano derecha, que como he dicho en otro lugar, tienen sus nacimientos en las provincias de Mérida, y siguieron por otro río que con este mismo se junta, que baja de las provincias y valle de Santiago donde ahora está poblada la villa de San Cristóbal en el Nuevo Reino, entre Pamplona y Mérida. Caminando por este río que es dicho Colvalle de Santiago, nuestros españoles, ya que estaban cerca del propio valle, les salieron a recibir con las armas en las manos muy gran número de naturales del propio valle de Santiago, que teniendo noticia de las nuevas genfes que hacia su tierra se acercaban, con determinación de defenderles la entrada y rebatirlos si pudiesen, habían salídoles al encuentro, una jornada el río abajo, por la angostura de él. Mas, después que cerca se vieron, admirados y espantados de ver la nueva manera de gentes nunca por ellos vista y los caballes y perros que llevaban, fueron suspensos de tal suerte que ni para acometer ni para huir les quedó ánimos, a los cuales los españoles arremetieron y matando e hiriendo muchos de éllos, forzaron a los demás a huir y retirarse hacia sus casas, y aquel día se alojaron cerca del propio valle de Santiago, y otro día entraron en él dando de repente en un pueblo que a la entrada de este valle, sobre la mano derecha, estaba. Hallaron los moradores de él más cuidados de lo que pensaron. Mas éllos, viendo a los españoles, no fueron perezosos en tomar las armas, con las cuales procuraban defender su pueblo y echar de él a los nuestros. Mas como sus armas fuesen flacas y sus cuerpos no tuviesen ningún amparo ni defensa, por andar desnudos, no fueron bastantes sus ánimos y bríos a resistir ni tolerar los golpes de las espadas y armas de los españoles; y así, viéndose maltratar tan cruelmente de éllos, les dejaron libre el pueblo y se retiraron a

las montañas que cerca estaban, donde se mampararon de la furia de sus enemigos, los cuales se aposentaron en el pueblo, saqueando y arruinando lo que en él había, y de algunos indios que se tomaron tuvieron noticia los nuestros de que más arriba estaba otra poblazón o pueblo grande que era el que ahora es por los de la villa de San Cristóbal llamado el pueblo de las Auyamas, por la mucha abundancia que de ellas había en este pueblo. Cuando después el año de cincuenta y nueve, pasando el capitán Juan Maldonado, vecino de Pamplona, a las provincias de Mérida, estuvo con su gente alojado en él, pues a este pueblo de las Auyamas caminó otro día el capitán Tolosa haciendo la jornada de noche por ser menos sentido de los naturales, y llegando al pueblo cuando amanecía, como ya los indios tuviesen noticia de los españoles o de. sus crueldades y los viesen entrar por sus puertas, diéronse más a huir que a tomar las armas ni defenderse. De este pueblo de las auyamas atravesaron a unas poblazones que estaban frontero de la otra banda del río de las Auyamas, en unos altos cuyos naturales se habían ahuyentado y dejado sus casas desiertas; mas, como los españoles, poniendo toda diligencia por haber a las manos aquella gente que de éllos se había ausentado temiendo sus crueldades y tiranías, fuéronlos a hallar en unas escondidas rancherías o alojamientos donde se habían recogido con sus mujeres e hijos; y como ellos viesen que hasta en aquel escondido lugar los habían ido a buscar y a perseguir, tomaron las armas y defendióse con ánimos obstinados. Hirieron al capitán y a otros algunos soldados con seis caballos, que de las heridas murieron, pero al fin, aunque vengados, fueron rebatidos y desbaratados los indios y sus alojamientos ganados y saqueados de los nuestros. Habida esta victoria, los españoles se salieron de todo punto del valle de Santiago, atravesando por la loma que dicen del Viento y fueron a salir a los llanos que ahora llaman de Cúcuta, donde los vecinos de Pamplona y

San Cristóbal crían sus ganados por bajo de donde están los cortijos o casas y corrales de los ganados en unas poblazones de indios que hoy en día están allí, sufraganas o sujetas a la villa de San Cristóbal. Llegados que fueron los nuestros a esta poblazón y primer pueblo de ella, los indios de él se recogieron a un bohío grande que tenían casi a manera de fortaleza con sus troneras o flechaderos, por donde empezaron a disparar y tirar de su flechería contra los españoles y se defendían tan obstinada y reciamente que sin ser rendidos ni damnificados de los nuestros los forzaron a que se retirasen y apartasen de su pueblo, con daño y pérdida de algunos españoles y caballos que murieron de los flechazos y heridas que de los indios recibieron; y marchando la gente y su capitan Tolosa fueron desde este pueblo al río que llamaron de las Batatas, que es el que los de Pamplona hoy dicen el río de Zulia, y metiéndose por la serranía adelante hacia los Carates o despoblados, siete u ocho jornadas, la aspereza y fragura de la tierra los forzó a que se retirasen y volviesen atrás al valle o provincia de Cúcuta, donde se alojaron para descansar algunos días y reformarse, que andaban ya muy trabajados y cansados.

CAPÍTULO XIII

Cómo llegado el capitán Alonso Pérez de Tolosa a la Laguna y no pudiendo pasar adelante, se volvió al Tocuyo con mucho trabajo, y cómo el Gobernador Tolosa murió

Ya que algunos días hubieron descansado el capitán Alonso Pérez de Tolosa y sus capitanes y soldados en el llano de Cúcuta, comenzaron a caminar el valle abajo por las riberas de los ríos de Pamplona hacia la laguna de Maracaibo, que es donde los propios ríos van a parar, y caminando muchos días con varios sucesos de algunos belicosos indios por do pasaban, teniendo con ellos algunos repiquetes de poca importancia, aunque de algún riesgo, por he-

rirle, como les hirieron, algunos españoles que de las heridas murieron, llegaron a los llanos que dicen de la Laguna, hacia la parte do está poblada ahora Mérida, poblados de naturales llamados Bobures, que es gente más doméstica y menos guerrera ni bulliciosa que la que habita en las sierras comarcanas, y marchando por aquellos llanos adelante para bajando aquella parte de la laguna donde estaban, volverse a Venezuela, pues no hallaban tierra acomodada a su gusto para poblar. Dieron de repente en un estero o ciénega que cuasi atravesaba todo lo llano y de ancho tendría media legua, la cual les fué impedimento y estorbo para no poder pasar adelante ni hacer lo que pretendían, porque como este lago fuese muy hondo y cenegoso, no podían los caballos ni peones en ninguna manera pasarlo, aunque con mucha diligencia procuraron y buscaron si por alguna parte de este lago habría algún vado que le diese lugar y aparejo para pasarlo. Gastaron y destruyéronse en ver si el agua de él se abajaba o menguaba más de seis meses, después de los cuales, viendo que su estada allí era de ningún efecto y la hambre les iba ya maltratando por no tener ya comidas los naturales que por allí cerca había, dieron la vuelta para salir por do habían entrado. Envió Tolosa delante a Pedro de Limpias con veinte y tantos compañeros para que a la ligera caminase a grandes jornadas y fuese a dar mandado al Gobernador su hermano o a sus Tenientes, de su vuelta, para que al camino le saliesen con algún socorro de comidas u otras cosas; a los cuales, luego en apartándose del capitán Tolosa, les mataron a la tercera jornada dos compañeros; mas, no por eso dejaron de proseguir su viaje, y con gran trabajo y riesgo llegaron al Tocuyo. Tolosa con la demás gente prosiguió la salida, luego, tras de Limpias, pero como traía más gente y casi toda enferma, sustentábase más dificultosamente; y así, yendo marchando, les fué forzoso apartarse del camino a tomar comida a un lugarejo de hasta seis casas o bohíos, cu-

yos moradores, aunque pocos, no desampararon sus casas; más, defendiendolas con las armas en las manos, resistieron a los nuestros que no entrasen en ellas; y como acaso hallasen los españoles un bohío apartado de los otros, proveído de mucha carne de puerco asada en barbacoa y otras cosas de comer, dejando de pelear con los enemigos que tenían presentes, se iban desordenadamente aflijidos de la hambre a haber parte de la comida que en el bohío había, sin tener cuenta con el daño que les podía venir; el cual desorden como los indios viesen, doblándoseles el ánimo, salieron su propio pueblo a echar a los españoles de donde estaban encarnizados en la comida; y como los indios diesen en ellos al primer encuentro o refriega, mataron dos soldados y les hicieran más daño si ellos, encendidos con el temor de ser allí muertos de aquellos bárbaros, no tornaran a tomar las armas animosamente y haciendo rostro a los indios les rebatieron e hicieron recoger a su pueblo; y siguiéndolos hasta dentro de sus casas, los forzaron a desampararlas y huir por guarecer las vidas, dejando a los nuestros el pueblo con lo que en él había; y tomando la comida que hallaron, que fué poca para la que habían menester, se volvieron al camino, el cual prosiguieron muy trabajosamente a causa de ser tan grande la falta de comida que les sobrevino, que en obra de diez leguas de camino se les quedaron veinticuatro soldados muertos de pura hambre y falta de comida, con el cual trabajo llegaron a Cúcuta, valle de las estancias o criaderos de ganados de Pamplona, y subiendo por aquel valle arriba a unas poblazones que en lo alto están repartidas a vecinos de Pamplona para haber allí alguna comida para su viaje y vuelta, la cual tomaron, y retirándose a lo llano les vinieron los indios dando grita y alcance hasta que se alejaron bien de su territorio y se metieron en lo llano de Cúcuta; y con esta comida atravesaron el valle de Santiago y sin detenerse en el punto, se metieron por el río y angostura abajo por

do fueron a dar al río de Apure, donde se alojaron entre los dos ríos Apure y Sarare, junto riezuelo pequeño que entre los dos corre, llamado Chorro. En este alojamiento algunos soldados que tenían poca gana de volver a Venezuela, pidieron licencia al capitán Tolosa para venirse al Reino, el cual se la otorgó y dió, y juntándose treinta soldados de esta opinión y entre ellos un Pedro Alonzo de los Hoyos, por su caudillo. que después fué poblador de Pamplona, se vinieron perlongando la sierra hasta que llegaron al río de Casanare, que baja a las espaldas de los Laches, dichos Chita y Cocuy, y metiéndose por este río de Casanare arriba, caminaron hasta que hallaron sal y mantas de las del Reino; y siguiendo el rastro de ello, no con sencillos trabajos fueron a salir a los pueblos dichos del Cocuy y Chita, que son en los términos de Tunja, del Nuevo Reino. Hice aquesta particular mención de estos soldados, porque mediante el descubrir ellos este camino tan cercano a Venezuela se trató esta Gobernación y aquel Reino, y fué proveído de mucha abundancia de ganados de que tenía gran necesidad; porque en aquella sazón había muy poco y valía a excesivos precios; y después acá por este propio camino y por otros que se han descubierto, se han metido infinitos ganados de toda suerte, de donde ha venido a abundar la tierra del reino de carnes aunque todavía no dejan de traer de la Gobernación. El Capitán Tolosa prosiguió luego su viaje y pasando Apure por cerca de lo llano por mano de unos caquetios indios que le salieron de paz y le proveyeron de comida, pasó de largo sin detenerse en el camino hasta que llegó al paraje de los ríos de Barinas que es casi en el paraje de las Sierras Nevadas de Mérida, y siéndole necesario enviar a la sierra por comida para pasar adelante, fué a ello Diego de Losada con cuarenta hombres y metiéndose en la sierra con toda la gente que llevaba se le apartaron de los demás siete soldados los cuales fueron a dar a un bohío grande donde hallaron unas indias y maíz y alguna sal de la

cual tenían grande falta. Regocijados los siete soldados con la buena fortuna que les había corrido en haber hallado aquella buena presa, llegaron cantidad de indios de guerra y cercando el bohío, poniendo a tres puertas que tenía muy buenas guardas de valientes indios para que los españoles no saliesen, intentaron de poner fuego al bohío y como la paja no quisiese arder, tuvieron lugar los cercados de animarse y aventurarse a salir y rompiendo y rebatiendo las guardas que a la una puerta estaban, salieron todos fuera y peleando animosamente con los indios que lo tenían cercados, mataron algunos de ellos con que los demás huyeron. Los soldados cargaron luego de todo lo que pudieron llevar y dando vuelta a donde Lozada había quedado, se volvieron todos juntos al lugar donde su General Tolosa los esperaba, y con la comida que de Barinas sacaron, caminaron todos juntos hasta llegar al Tocuyo, al cabo de dos años y medio que de él habían salido, hallaron que el Gobernador Juan Pérez de Tolosa era ya muerto, que murió yendo la vía del cabo de La Vela a tomar residencia. Gobernaba aquel pueblo del Tocuyo el mismo Juan de Villegas, a quien el Gobernador Tolosa había dejado por Teniente.

CAPÍTULO XIV

En el cual se escribe el descuido que en Venezuela se ha tenido y tiene de enseñar la doctrina a los indios, y algunas cosas y propiedades de los llanos y falda de la cordillera.

Esta jornada de Alonso Pérez de Tolosa, entiendo haber sido la última que de la provincia de Venezuela se hizo e intentó por los llanos o para los llanos a hacer descubrimientos y poblazones, porque como en adelante los Bezares no tuvieron jurisdicción en ella y por el mismo caso cesaron de enviar factores con mercaderías, de las cuales daban algún avío a los soldados y fiándoles algunas cosas de tienda les forzaban a que residiesen en la tierra; y sus Gobernadores

con la codicia pue traían de haber oro para restauración de sus gastos y luego hacían juntas de gentes e iban a una parte y a otra a descubrir y ver si les ha tornado a crecer la lana a aquellas desventuradas ovejas, y si no la tenían, sus personas lo pagaban. Los Gobernadores que el Rey ha enviado han sido muy moderados y hallaban la tierra tan gastada y cansada de la continua sujeción y subsidio en que los Gobernadores alemanes la habían tenido, que en toda ella no había ya hombre que desease salir de un miserable rancho, aunque grande y bien escombrado, y dándose a criar ganados de vacas, ovejas y yeguas, por ser la tierra acomodada para ello, contentándose con sólo el esquilmo que del ganado habían, y porque por la falta que del oro tenían, no les acudían ningunas mercaderías de España como eran paños y lienzos para su vestir, a imitación de Noema, hermana, de Tubal y de Tubalcaín, inventora del hilar y tejer y hacer ropa para que se cubriesen los hombres y mujeres, inventaron ellos entre si el tejer e hilar, que entiendo que fué la primera parte de las Indías donde hombres y mujeres españolas lo usaron de hilo de algodón, haciendo unas telas de donde cortaban camisas y jubones y todo género de ropa blanca y de lana; hicieron ciertá manera de paño de popa suerte llamado jerguilla, para sayos y capas. Esto hacían en telares altos, a uso de la demás gente de Europa, porque los indios ninguna ropa que tenían la tejían, de la suerte que las naciones de Europa hacen, sino muy diferentemente como en otro lugar se dirá. Y así dende en adelante, como he dicho, contentándose con esta pasadía, juzgábanse por tan bien aventurados como los que poseían las muchas riquezas de Perú, se estaban en sus pueblos y casas gastando el tiempo en vil ocio, porque todas las otras cosas que fuera del sustento de carne y lana habían menester se las habían de dar los indios, así el algodón o el hilo hilado, como el maíz para pan e indias para molerlo y para las otras cosas. Esto a punto no para infamarlos sino para

increparlos de descuidados, porque con haberse sustentado más tiempo de veinte años con el sudor y trabajo de los indios, aunque mediante su industria, entiendo que no se ha hallado hombre en toda la Gobernación que en la poblazón de los indios de su encomienda haya hecho iglesia ni han puesto la menor diligencia del mundo en que siquiera supiesen que hay Dios, o siquiera decir Jesús u otra cosa que tuviese señal de haber estado allí cristianos, para que pareciese que en algo les pagaban aquellos miserables sus trabajos. Ello es cierto gran lástima de algunos descuidados e inconsiderados cristianos que siquiera por vía de plática y razonamiento como se paran a hablar con los indios otras ociosidades y torpedades, no gastarían su conversación en cosas espirituales. El indio, el moro, el gentil, todas cuantas naciones ha habido en el mundo que ciegamente adoraban y tenían por dioses los simulacros y obras de sus manos y de naturaleza, persuadían con mucha instancia a los con quien trataban que creyesen en sus dioses y les hiciesen sacrificios, dándoles a entender que los de las otras gentes eran dioses falsos y los suyos verdaderos, y aún acá en las Indias pocos tiempos antes que los españoles entrasen en Perú reinando en aquellos reinos un bárbaro dicho Guaynacapa, con la ambición que de reinar tenía, hizo guerra a muchas gentes muy apartadas de sus reinos y a todos los que sujetaba les inducía y persuadía a que dejando su lengua materna y la idolatría de sus imaginativos dioses creyesen en los suyos, que él tenía por verdaderos. Verdaderamente ha sido tanto el descuido que en esto han tenido los españoles y cristianos que hasta aquí ha habido en esta provincia de Venezuela, que no sólo a los indios de su repartimiento no les han dado ningún género de doctrina, pero ni aún a los que en sus propias casas y de sus puertas adentro les servían, porque pasa en verdad lo que diré: al tiempo y sazón que Mérida, ciudad en las provincias de

Sierra Nevada se pobló por el Nuevo Reino, asimismo se pobló o reedificó la ciudad de Trujillo en la provincia de Cuicas por Venezuela, y como los de Mérida tuviesen sacerdote que les administraba los santos sacramentos y los de Trujillo careciesen de este beneficio, a ruego del Obispo de aquella Gobernación o de los propios vecinos, pasó el cura de Mérida a confesar la gente que había en Trujillo y certifica este sacerdote, que es hombre de fe y crédito, que llegaron a sus pies a confesarse indias e indios ladinos del servicio de algunos de los que en aquel pueblo estaban, que cortaban y hablaban la lengua castellana tan agudamente como sus amos y por ventura mejor, porque algunos eran portugueses, los cuales indios e indias con haber estado veinte años y más tiempo en compañía y servicio de aquellos cristianos, no sólo no sabían ninguna oración de las dominicales, pero ni aún hacer la señal de la cruz, y muchas bautizadas y cristianas, María y Juana y Catalina etc., limitábanse a ir a la iglesia y venir de la iglesia y a otros actos y ceremonias exteriores, que aunque eran bien hechas, no sé lo que parecerían en aquellas que no entendían ni sabían lo que hacían; y así entiendo que divinalmente ha de venir a ser castigada esta gente si en lo dicho y en otros excesos que en aquesta tierra se hacen, no hay enmienda. He salido un poco fuera del propósito con que empecé a escribir este capítulo, pero fué mi pluma rodando de suerte que no pude dejar de divertirme. Pase este caso con los demás; y, volviendo a la materia, digo que por haber cesado como cesaron las jornadas de estos llanos, que nunca más se entró en ellos con junta de gentes para largos descubrimientos por vía de Venezuela, sino fué para llevar ganados al Nuevo Reino. Cesará aquí la materia de tratar de ellos en esta historia de Venezuela, y por esto me quiero despedir con recontar algunas particularidades que los soldados de aquel tiempo y que anduvieron en algunas de las jornadas referidas cuentan por haberlos visto

por sus propios ojos, sin embargo de otras muchas que los españoles poblados en la ciudad de San Juan de los Llanos han visto y sabido después acá, mediante el trato que en los indios que hacia aquella parte hay han tenido y las buenas lenguas o intérpretes de que han usado, según en su lugar queda escrito, y en diversos lugares de esta historia he tocado. En estos llanos desde el pueblo o ciudad de El Tocuyo hasta la ciudad de San Juan de los Llanos, poblada en el pueblo que comunmente hemos llamado de Nuestra Señora, hay de camino por la falda de la sierra, doscientas leguas, antes más que menos, en las cuales caen los ríos que en diversas partes de esta historia hemos nombrado, en los cuales los modernos que por allí han caminado con ganados, han puesto diferentes nombres, como ha sido el río de Tapia y el río del Estribo y otros, así que no hay para que referirlos. Todos estos ríos son abundantísimos de muchos géneros y diversidades de peces chicos y grandes y de todas suertes y de muy diferedtes formas y hechuras; y porque en este caso, si particularmente yo hubiese de tratar de todos los géneros y formas y efectos de los peces que en estos ríos se crían, sería ponerme a lo que no puedo cumplir y caer en falta, sólo diré del efecto de tres o cuatro peces de diferentes formas y efectos, el uno de hechura de una morena de las que en la mar se suelen criar, tan largo como tres palmos, muy mantecoso y grueso, de suerte que se aprovechan los indios de su grosura y manteca para algunos efectos y curas. Es de muy buen gusto en el comer; este pez, en llegando a picar en el anzuelo, tiene en sí tal propiedad que al pescador hace luego temblar y casi perder la color y turbarse, y si muchos acuden a echar mano de él, todos tiemblan. A los principios ponía en gran congoja la operación de este pez a los españoles por pensar que perpetuamente habían de quedar temblando o les había de acudir aquella enfermedad. Mas, después le perdieron el temor y aun-

que temblaban, érales ocasión de regocijo a los que miraban. Hallóse en ellos el manatí, pescado que se cría en el agua y pace las yerbas que en las riberas se crían; el caimán, hechura y forma de lagarto que por su ferocidad y bestial atrevimiento es muy temido, por los grandes daños que en los hombres hace, más que otro animal de los que en el agua se crían. Críase asimismo un animalejo de hechura de un venado, que se sustenta o mantiene en tierra y habita en el agua. es patihendido y estercola como venado. tiene el hocico o cara de hechura como la cabra, aunque más chata, las orejas pequeñas como de lebrel, tiene dientes y muelas, altas y bajas, las piernas y brazos cortos, ancho de pecho y lomos como un berraco grande, la cola que casi solamente se señala, el pelo muy corto y bermejo, cómese su carne, es duro de cocer, el gusto tiene de pescado; llaman los españoles a este animal ancha, no se aparta mucho de las riberas de los ríos. De este animal o pescado yo no he hallado que hasta nuestros tiempos se haya visto en otras partes, porque este no es de la naturaleza o generación de otros animales llamados dantas que también los hay en estos llanos, que son de hechura de mulas pequeñas, aunque patihendidas. En el río llamado Pauta afirman algunos haber visto dos sierpes de mediano grandor. En lo que toca a los animales de tierra, pasaremos con la misma brevedad que en lo de los pescados: hay tigres muy dañinos como atrás se ha dicho, leones bermejos y muy cobardes, osos hormigueros, dantas, venados, puercos monteses de dos suertes o maneras, unos que son los que llaman váquiras que no andan en manadas sino apartados de dos en dos, hay conejos, liebres, curíes que son de hechura de ratones excepto que no tienen rabo, cierto género de lagartos que no son los que llaman iguanas qne tienen buena comida, mayas, que es un animalejo pequeño como un guzque, hay otros animales pequeños de hechura de una zorra, manchados de pardo y blanco y negro llamado mapurite; éste, si se ve acosado de los perros

se hace mortecino y si llegan a él vierte una orina de tan pésimo hedor que los aparta y arredra de sí, hecha espumarajos por la boca y si algún español se allega a ellos y le mean en la ropa no es más de provecho; hay otro inútil animal que los españoles suelen llamar perico ligero, este es pardo, de hechura de un sapo, como tres o cuatro pies de largo, el pelo muy blando, da muy grandes voces que casi en ellas imita la voz de un hombre que da voces; el humor de este animal es tan flemático que me parece que en un día no se moverá distancia de cincuenta pasos porque él anda como lagarto, la barriga arrastrando por el suelo y mueve con tanta pesadumbre el brazo que cuando mueve el pie o la pierna para pasar adelante ha pasado grande espacio; dícese de este perico ligero que con toda su torpedad se sube muy poco a poco sobre uu árbol a comer fruta y que desde que se harta, por no atreverse a bajar por do subía, se deja caer desde donde está al suelo sin recibir ningún daño; no sé que para ninguna cosa sea provechoso este torpe animal; haylo en muchas partes y provincias arcabucosas y calientes. Hallóse en estos llanos un animalejo pequeño del grandor de un conejo, el pelo como de un cordero, manchado, las uñas anchas y largas como de oso hormiguero, cuando le fatigan métese en el agua; con el pelo de este animalejo hecho ceniza y polvo se curan los indios donde los hay, las bubas, que son muy enfermos de ellas. He tratado aquí de estos pocos animales por parecerme más extraños y monstruosos de otros muchos que en estos llanos hay muy diferentes de los que en Europa se crían, que por no tener en este lugar entera noticia de ellos, no lo trato. En el discurso de esta historia no dejaré de apuntar y decir de lo que se me ofreciere que, como he dicho, me ha parecido que son extraños y nunca vistos. De árboles y aves y otras muchas cosas notables que por estos llanos hay, no se hace aquí memoria porque como no están poblados de españoles, ni aún por ellos se sigue ningún camino

del Reino a Venezuela, no se puede haber la noticia de todo ello que en otras partes se tiene por estar españoles en ellas que curiosamente los escudriñan. También digo que muchas cosas así de naturalezas de indios como de cosas que la tierra cría y produce que en toda la Gobernación de Venezuela hay, no irán aquí escritas por defecto de no hallar yo quien me diese claridad de ellas; y así solamente trataré en lo que me queda por decir de algunos pueblos que en ella se han poblado y de los Gobernadores que en ella desde Tolosa hasta nuestro tiempo sucedieron en el gobierno de aquella tierra, con lo que a nuestra noticia hubiere venido, del fruto y utilidad que en ella hicieron. En lo tocante a los llanos se me había olvidado un punto acerca de los tiempos, y es que en aquellas tierras casi son diferentes los temporales de otras porque el verano incluye en sí los meses de octubre, noviembre, diciembre, enero, febrero, marzo, aunque en estos meses no dejan de acudir algunos prolijos aguaceros; el invierno comienza por abril y dura marzo, junio, julio, agosto y setiembre y estos son los tiempos que han acostumbrado seguir los que por estos llanos han caminado.

CAPÍTULO XV

En que se escribe el fundación y principio de la Nueva Segovia, o por otro nombre llamada Barquisimeto en Venezuela.

Muerto el Licenciado Tolosa, según se ha dicho, Juan de Villegas se quedó con el cargo de Teniente del Tocuyo, y como los vecinos de aquel pueblo deseasen tener o descubrir algunas minas de oro para remedio de sus necesidades, determinó enviarlas a buscar y descubrir, para el cual efecto nombró por caudillo a un Damián del Barrio; y dándole para ello cierta gente, fué a las provincias de Nirva, algo apartado del Tocuyo, mas adelante del valle de Barquisimeto, en donde Damián del Barrio halló o descubrió un poco de oro de minas que al principio tuvo una

razonable muestra, a las cuales minas llamó las minas de San Pedro; y dando de ello aviso y noticia al Teniente Juan de Villegas, él asentó allí su ranchería con la gente que llevaba. Sabido por Villegas las minas ser descubiertas, como siempre estas cosas traigan consigo hacerlas más de lo que son y representar grosedades de oro y riquezas, fué promovido a irlas a ver con alguna gente de la sobrada que en el Tocuyo había, y como viese que entre las minas de San Pedro y el Tocuyo había copia de naturales para poderse sustentar entre ellos algunos españoles, acordó poblar un pueblo, el cual pueblo, riberas del río Buría, y llamó la Nueva Segovia, nombrando en él sus Alcaldes y Regidores para la administración de la república y justicia ordinaria. Ese pueblo fué poblado en la provincia llamada Barquisimeto, por lo cual los españoles luego comenzaron a llamar a este pueblo Segovia de Barquisimeto, y después andando el tiempo, perdióse u olvidóse el nombre Segovia y quedóse el de Barquisimeto; y así hoy comunmente este pueblo es llamado Barquisimeto. Después, en tiempo del Gobernador Villasanda, hallándose los vecinos de la Nueva Segovia enfermos en aquel sitio y lugar donde la había poblado Juan de Villegas, pidieron licencia para mudarse a otra parte más sana y mejores aires, la cual les fué concedida por el Gobernador Villasanda, y mudándose de adonde estaban, se poblaron más allegados al Tocuyo doce leguas, donde les halló Lope de Aguirre, traidor, al tiempo que entró en aquella Gobernación; y como entrando la tierra adentro Aguirre, la gente de este pueblo de la Nueva Segovia o Barquisimeto, temiendo las tiranías y crueldades de este traidor, desamparasen el pueblo y llevasen consigo lo que tenían, enojado de ello Aguirre lo mandó quemar y arruinar, y así fué asolada la mayor parte de él, por lo cual los vecinos acordaron no reedificar allí sus casas por estar aquel sitio algo abuhado, y mudáronle en tiempo de Pablo Collado, gobernador, a otro sitio entre los

dos ríos llamados el Claro y el Turbio, donde hicieron sus casas de nuevo; y como hoyándose la tierra y levantándose algunos recios vientos anduviesen por el pueblo muy continuos e insufribles polvos que se les echaba a perder la ropa y les causaba algunas enfermedades y muy gran fastidio, después que estuvieron allí algunos días y fué ido de la tierra el Gobernador Pablo Collado, que había dado consentimiento en este mudamiento del pueblo, acordaron mudarse a otra parte, en tiempo que gobernaba aquella tierra un caballero llamado Manzanedo, el cual les dió licencia para ello; y ellos lo mudaron y pasaron a la sabana alta de Barquisimeto, donde se dieron vista la gente del traidor Lope de Aguirre con la del Rey, y este lugar permanece hoy, y nadie se debe maravillar de que una ciudad o república se haya mudado tantas veces y con tanta facilidad, porque, como para hacerse una casa de las en que estos vecinos moraban no fuesen menester muchos materiales de cal, piedra ni ladrillo, sino solamente varas de arcabuco y paja de la sabana, con mucha facilidad hacían y deshacían una casa de éstas, y también porque en los oficiales y obreros que las habían de hacer les costaban muy pocos dineros, que por enviar por ellos al repartimiento les servían de bueyes para acarrear la madera y de carpinteros para cortarla y de albañiles para hacer los demás edificios, que si todo esto hubiera de costar dineros, a buen seguro que no se mudaran a menudo; y también son tal mal edificadores en aquella gobernación, que en toda ella, aún en estos tiempos, hay muy raras casas de piedra y esas solamente las hay en la ciudad del Tocuyo. No eran ni son forzados a permanecer en cualquier disgustoso sitio o asiento, como lo han hecho los vecinos de Tunja del Nuevo Reino, que con estar en uno de los más disgustoso y frío y destemplado sitio que hay en todo aquel Reino, solamente por haber edificado todos los más vecinos desde principio muy suntuosas casas de piedra y tierra, les es forzoso no mudarse de allí

por no dejar perdido lo que les costó sus dineros, y así permanecerá aquella ciudad donde está. Estos fueron los principios, medios y fines de la ciudad de la Nueva Segovia. Su provincia es tierra cálida y no bien sana por la abundancia de frutas que en ella se crían; los vecinos comunmente se sustentan de los ganados que crían por tener tierras aparejadas para ello. Los indios les dan poco provecho, no más de ayudarles a hacer las labranzas de maíz y darles algún hilo de algodón. Hay personas en esta ciudad de mediano posible, mediante algunos tratos a que se han dado enviando o vendiendo sus ganados para el Reino. De las minas de San Pedro hubieron poco provecho, porque, como luego se dirá, se les alzaron ciertos esclavos que en ellas tenían y vinieron a perder los más de ellos y alzarse los indios naturales de aquella provincia donde las minas estaban, los cuales hasta este tiempo no han podido pacificar ni sujetar de todo punto, aunque diversas veces han ido a ellos. Esto sólo se ha podido escribir de la poblazón y fundamento de la Nueva Segovia de Barquisimeto.

CAPÍTULO XVI

En el cual se escribe cierto alzamiento que los negros que andaban en las minas de Barquisimeto hicieron, y cómo fueron desbaratados

Dende a un año, o poco más tiempo que la Nueva Segovia se pobló en su primer sitio, los vecinos se dieron tan buena maña que entre todos alcanzaban más de ochenta negros esclavos, los cuales con algunos indios labradores y mineros que traían en las minas de San Pedro sacando oro y con ellos tenían algunos españoles que llaman mineros, los cuales tienen cargo de recoger el oro que se saca y tomar y registrar las minas para sus amos y azotar a los labradores si no sacan mucho oro o les traen buen jornal, fué pues el caso que un minero de Pedro de los Barrios, vecino de Barquisimeto, por causas que a ello le movieron, quiso castigar con rigor un esclavo de los que a su

cargo estaban, llamado Miguel, negro muy ladino en la lengua castellana y aun resabido y entendido en bellaquerías. Este esclavo viéndose en esta aflición, determinó no obedecer ni tener sufrimiento más. Hallando allí a mano una espada se defendió del minero y se fué huyendo al monte de donde voluntariamente con diabólica y depravada intención, comenzó a persuadir a los demás esclavos a que dejando la servidumbre en que estaban, tomasen la malvada libertad que él tenía usurpada. Entre los demás negros hubo algunos que menospreciando los consejos y persuaciones del fugitivo Miguel, no quisieron hacer lo que les decía y con mucha instancia les persuadía, pero al fin vino a hallar hasta veinte negros que quisiesen seguir su opinión, los cuales, juntándose con él, tomaron las armas y vinieron a dar sobre los mineros españoles que en las ruinas estaban, a los unos de los cuales prendieron y desarmaron; y dando crueles muertes a los de quien habían recibido enojo, saltaron a los demás enviándolos a dar mandado y aviso a los ciudadanos de Barquisimeto para que con las armas en la mano les esperasen porque determinaban ir a despojarles de su pueblo y haciendas y darles crueles muertes, tomando sus queridas mujeres para su servicio. Los ciudadanos de la Nueva Segovia almirados de aquel suceso no dejaron de temer y enviar al Tocuyo a que les diesen auxilios y favor, pero no para que creyesen y entendiesen que en los esclavos alzados reinase tanto ánimo que osasen tomar las armas para venir sobre su pueblo. Miguel y sus secuases, luego que acabaron de haber victoria contra los mineros españoles y hacer lo que les pareció de ellos, fueron en seguimiento de su maldad a los lugares donde divididos en diversas partes, andaban los demás negros lavando o sacando oro, a los cuales constriñeron a que los siguiesen y se juntasen y congregasen con éllos. Y asimismo forzaron a otros muchos indios ladinos que con éllos andaban a las minas, de todos los cuales hizo una compañía de

hasta ciento y ochenta personas de las cuales era tan atacado y reverenciado y estimado este nuestro tirano, que determinó de hacerse Rey: y poniéndolo por la obra, hizo que todos aquellos de su compañía le tuviesen y acatasen y nombrasen como a tal, y dende en adelante no se decía menos del señor Rey Miguel que creo que fué el primero que de este nombre ha habido en el mundo; y a una negra su manceba, la Reina Guiomar, y asimismo tenía un hijo que fué llamado Príncipe y jurado por tal. Hizo luego el negro Rey Miguel sus Ministros y Oficiales de casa de Rey, y usando de toda potestad espiritual y temporal constituyó y nombró por obispo a uno de sus compañeros que le pareció más suficiente para ello, el cual usando de su malvada prelacía, hizo luego hacer iglesia y hacía congregar en élla aquellas sus roñosas ovejas. El Rey Miguel ordenó luego su pueblo, y mandó hacer casas en que viviesen, como hombre que pensaba permanecer perpetuamente; y concluso lo que tocaba a su República, mandó aderezar armas para venir sobre el pueblo de la Nueva Segovia o Barquisimeto, los cuales hicieron de los almocafres con que sacaban oro enderezándolos e inflándolos, palos largos como gorgüces o dardos y algunas espadas de las que habían tomado a los españoles; y haciendo pintar de negro todos los indios qué consigo tenía con zumo de jaguas, que como he dicho, son unas manzanas que sirven para aquel efecto a los indios, lo cual hizo para que el número de los negros pareciese mayor y aquella compañía más espantable. Sacó su gente de aquel pueblo o alojamiento que tenía ya hecho, a los cuales, aunque toscamente hablaban, incitándolos a que con ánimos llevasen adelante su libertad, pues tan justamente la podían procurar porque habiéndolos Dios criado libres como a las demás gentes y siendo ellos de mejor condición que los indios, los españoles tiránicamente los tenían sujetos y puestos en perpetua servidumbre, y que solamente en España tenían esta sujeción en los de su nación y no en otra parte nin-

guna, porque en Francia ni en Italia y Alemania y en otras partes del mundo, donde sólo por las condiciones de la guerra quedaban los vencidos en alguna sujeción, y no eran los negros cautivos y que si ellos peleasen con la estimación y brío que era razón que les daría la victoria en las manos, porque demás de ser poco número de españoles el que en Barquisimeto había, estaban confiados en que no les osarían acometer y por eso descuidados de su llegada y demás de esto mal proveídos de armas y hallando en los suyos repuesto de hombres que deseaban verse ya con sus enemigos, siguió su camino. Llegó a Barquisimeto y dando un el pueblo por dos partes con su gente dividida, entraba la negrería apellidando *¡Viva el Rey Miguel!*, poniendo fuego a las primeras casas, y como los españoles aunque velaban estuviesen algo descuidados, cuando acordaron a tomar las armas y retirar a la negra comunidad, ya habían muerto a un sacerdote y quemádoles la iglesia y otras casas; pero al fin, juntándose los vecinos que serían cuarenta, con las armas en las manos acometieron con tanta furia y brío a los negros que huyendo algunos de ellos y muchos de los indios, los rebatieron y ahuyentaron de suerte que los echaron fuera del pueblo; y como cerca estuviesen algunas montañas donde los negros se recogieron y metieron, no pudieron los ciudadanos y vecinos haber entera victoria; y así cada cual se recogió a su ciudad y república. Los vecinos de Barquisimeto, tan alborotados, viendo el atrevimiento de los esclavos y que no habían ido tan maltratados que no se pudiesen tornar a juntar, pues el Rey les había quedado vivo, enviaron de nuevo a pedir socorro al Tocuyo. El cabildo del Tocuyo, viendo el daño que de aquel alzamiento y junta de los negros también a ellos se les podía seguir como a sus vecinos, juntaron la gente que pudieran y nombrando por capitán de ella a Diego de Lozada, le enviaron a Basquisimeto donde también le confirmaron con el cargo de capitán para contra el negro Rey Miguel, y

dándole allí la más gente que pudieron, entre unos y otros se juntaron cincuenta hombres con los cuales el capitán Lozada salió de la Nueva Segovia a Barquisimeto; y siguiendo con toda brevedad y presteza su jornada, dió en el pueblo de los negros sin que ellos hubiesen sido avisados de su ida ni lo sintiesen hasta que estuvieron a las puertas de sus casas o juntos en su pueblo. Los negros con toda presteza tomaron las armas, y siguiendo a su negro Rey Miguel, salieron al encuentro a los españoles, resistiéndoles con coraje la entrada; mas, fueron por los nuestros rebatidos y hechos retirar a su pueblo, donde todavía los negros peleaban animosamente; mas, siempre nuestros españoles iban ganando tierra hasta que los arrimaron a una parte o lado del pueblo donde fué más porfiada la pelea. Animando Miguel a los suyos con voces y gritos que les daba; no siendo él de los postreros en el escuadrón; mas, como por uno de los españoles le fuese dada una estocada, de la cual cayó muerto en el suelo, perdieron los suyos el ánimo con ver a su Rey perdida la vida y comenzaron a aflojar en su pelea y a no menear las armas con el brío que de antes, lo cual visto por los españoles arremetieron a ellos con gran ímpetu y furia, hiriendo y matando a muchos, con que los desbarataron y pusieron en huída; y siguiendo el alcance prendieron a muchos, de suerte que por los pocos que vivos quedaron reconocieron haber habido entera victoria de los esclavos. La Reina y el negrito Príncipe con sus damas se estuvieron dentro en el pueblo a la mira sin hacer ningún movimiento con la cierta esperanza que tenían de la victoria; allí fueron presas y vueltas a su primer cautiverio y los nuestros se volvieron a la ciudad de Barquisimeto, de donde habían salido. Los indios de la tierra viendo cómo los negros habían sido desbaratados de los españoles, juntáronse y dieron sobre los que quedaron vivos, y matando algunos forzaron a los demás que se volviesen a casa de sus amos donde fueron presos por la justicia y castigados

con las penas que conforme a sus delitos merecieron. He querido contar este alzamiento de estos esclavos aquí, aunque no era negocio anexo ni concerniente a mi historia que es de las conquistas y descubrimientos, sólo por haber sido una de las cosas o acaecimientos más notables que en esta Gobernación han sucedido después de lo de Aguirre.

CAPÍTULO XVII

De cómo fué proveído por Gobernador de Venezuela el Licenciado Villasanda, y de su gobierno y muerte y de la fundación y sucesos de una villa poblada en el valle de San Pedro

Por muerte del Licenciado Tolosa proveyó el Rey por Gobernador al Licenciado Villasanda, el cual vino a la Gobernación después de estar poblada la Nueva Segovia y haber pasado el alzamiento y desbarate de los negros que hemos contado. En tiempo de este Gobernador hubo pocas cosas de que podamos dar noticia, y así será breve el discurso de su tiempo. Del Gobierno de su tiempo solamente hay que decir el principio que tuvo un lugar o villa de españoles, poblado en las minas de San Pedro, con todo lo en él sucedido hasta este nuestro tiempo. Y viniendo al caso para de esta manera, como la Nueva Segovia fuese mudada al sitio donde la arruinó el traidor Aguirre y por estar apartada más distancia de las minas de San Pedro, los naturales se rebelaban cada día y daban en los mineros y lavadores y hacían en ellos algunos daños auyentándolos de las minas, lo cual visto por los vecinos de aquella ciudad acordaron que para que las minas estuviesen seguras, se poblase en ellas un lugar o villa de españoles a los cuales se les diese para sustento los indios que por allí había, haciendo éllos dejación de las encomiendas de indios que se les habían dado en aquella parte; y para que esto huviese efecto, lo comunicaron con su Gobernador Villasanda, el cual, pareciéndole que se debía hacer como los vecinos lo pedían, envió por persona o cau-

dillo que lo fuese a hacer a un Diego de Montes, hombre famoso en aquella Gobornación por su mucha experiencia del conocimiento de yerbas y otras cosas naturales, que era vecino del propio pueblo de Barquisimeto, el cual, juntando consigo cuarenta hombres españoles, se fué a la provincia de las minas de San Pedro, a donde lo primero que hizo fué hacer algunos daños y muertes en los naturales para espantarlos y amedrentarlos, a lo que llaman comunmente castigo; y para hacer esto tomó por ocasión las muertes de ciertos españoles y de ciertos negros que andaban a sacar oro, que los indios habían hecho por echarlos de sobre sí; y acabado el castigo o daños que los indios quisieron hacer, Diego de Montes miró la tierra como hombre considerado para en la parte o sitio más acomodado poblar su pueblo, y pareciéndole que era lugar conveniente para ello las riberas de un río que cerca de las propias minas estaba, llamado el el río de Las Palmas, pobló allí una villa a la cual nombró villa de Las Palmas, y pareciéndole que la tierra quedaba bastantemente castigada y que los indios no intentarían más novedades, volvióse a Barquisimeto y tras de él lo más de los que consigo había llevado, por ser vecinos de la propia ciudad de Barquisimeto, con lo cual quedaron tan pocos españoles en la villa, que casi no se atrevían a salir de sus casas; lo cual, visto por los indios, comenzáronse a juntar y a congregar para venir a dar sobre el pueblo y villa y matar a los españoles que en él estaban, los cuales lo entendieron y coligieron por conjeturas que vieron, y temiendo no ser muertos y desbaratados por las manos de aquellos bárbaros, desampararon el lugar antes que los indios los viniesen a cercar y volviéronse a la ciudad de Barquisimeto; y así quedó la villa despoblada dende a poco tiempo que se pobló, en el propio año. En el verano siguiente, los vecinos de Barquisimeto deseando que las minas se sustentasen para poder sacar algún oro, eligieron de nuevo un capitán que volviese a pacificar aquella provincia

y reedificar la villa; y éste fué un Diego de Parada, natural del Almendradejo, el cual fué con veinticinco hombres que juntó, y entrando en la provincia de las minas de San Pedro, comenzó a mover guerra a los indios y castigarlos de los bullicios y alborotos que habían movido contra los españoles primeros pobladores porque adelante y porque después no hubiese otros; y después de parecerle que tenía ya pacífica la tierra, pobló la villa en el río que dicen de Nirua y la nombró la villa de Nirua. Sustentáronse estos españoles bien todo el tiempo que duró el verano; mas, desde que comenzó a entrar el invierno, los indios se comenzaban a inquietar y alborotar, de suerte que constriñeron y forzaron a los españoles a que desamparando su pueblo o villa se retirasen otra vez a Barquisimeto; los cuales lo hicieron así y quedó despoblada segunda vez y de segundo sitio aquella villa. En este instante murió el Gobernador Villasanda y los vecinos de Barquisimeto porque recibían daño de que los naturales de las minas de San Pedro estuviesen alterados y no les consintiesen gozar de las minas, de nuevo enviaron gente a que los pacificasen y castigasen y por caudillo de ella a un capitán llamado Diego Romero, el cual fué con cuarenta compañeros y anduvo algunos días en la provincia haciendo castigo y ruina en los indios y pueblos; y cuando le pareció que los tenía ya domados y sujetos; dejó la gente alojada en las propias minas y volvióse a dar cuenta de lo que había hecho al Cabildo que lo había enviado, donde halló que la Audiencia de Santo Domingo había proveído por Gobernador de aquella provincia a Gutiérrez de la Peña, que después fué General contra el traidor Aguirre, y dándole relación de lo que en la provincia había hecho, el Gobernador le tornó a enviar y le dió comisión para que poblase y reedificase aquel pueblo o lugar en la más acomodada parte que le pareciese. Volvióse el capitán Romero con esta comisión a las minas de San Pedro donde había dejado la gente alojada, por entrar

en aquella sazón el invierno y no ser tiempo de andar trastornando sierras ni caminando de una parte a otra: pobló en el propio alojamiento o ranchería de las minas de San Pedro su villa, a la cual la nombró la Villa Rica porque así le fué mandado por el Gobernador, y estúvose allí aquel invierno y algunos días más, hasta que en el Consejo Real de Indias fué proveído por muerte de Villasanda el Licenciado Pablo Collado; el cual, viniendo a la gobernación de Venezuela y hallando los negocios de la villa en este estado, mandó al capitán Romero que la mudase a donde quisiese y que en su memoria la llamase Nirva del Collado. Romero, por complacer a Pablo Collado, mudó el lugar de donde estaba y pasóse con su villa al río de Nirva, donde Diego de Parada la había poblado la segunda vez, aunque no en el propio sitio, porque la asentó en el paso del camino que por aquel río llevan los vecinos de Barquisimeto a la Nueva Valencia, y allí estuvo poblado más tiempo de tres años, al cabo de los cuales, por la pobreza y miseria de la tierra y por la inquietud y rebeliones de los naturales, la tornaron a dejar los españoles y se tornó a despoblar; y después, en tiempo que gobernaba la segunda vez esta provincia el Licenciado Bernaldez se tornó a reedificar este pueblo y estuvo poblado cierto tiempo, al cabo del cual los naturales fatigaron tanto a los españoles, que les mataron a su capitán, que se decía Ramírez, y los forzaron a que retirándose y desamparando el pueblo les dejasen libre su tierra; y así se han quedado libres de la servidumbre de los españoles, que tantas veces han intentado tenerlos sujetos. Muerto Villasanda quedó el gobierno de la tierra en las Justicias de los pueblos hasta que la Audiencia de Santo Domingo, según poco há dije, proveyó por Gobernador a Gutierre de la Peña, vecino de aquella propia gobernación.

CAPÍTULO XVIII

En el cual se escribe el principio y fundación de la ciudad de Trujillo de esta gobernación, y algunas cosas de los indios naturales de ella.

Porque también, conforme al orden que llevo en mi escribir, es razón que dé noticia y escriba aquí las cosas sucedidas en tiempo de .....(1) como escribo las acaecidas cuando hay excesos en los gobernadores, trataré el principio que en este tiempo tuvo la ciudad de Trujillo, que hoy está poblada; y aunque por no romper la materia de lo tocante a este pueblo, como lo he hecho en los demás, prosigo con el discurso de los tiempos hasta lo presente, no por eso dejaré de ir por sí haciendo particular mención de los gobernadores como hasta aquí lo he hecho. Cerca de los términos de la ciudad del Tocuyo había unas provincias de indios llamados Cuycas, gente desnuda y que se sustentaban y vivían pobremente, de los cuales los vecinos y moradores de esta ciudad tenían noticias porque algunas veces enviaban algunos criados suyos con rescates a que comprasen hilo de algodón entre estos indios para hacer sus telas y socorrer a sus necesidades, a quienes ellos propios tenían por ricos y prósperos por sólo poseer un poco de hilo y cierta manera de cuentas blancas que llaman quitero; y pareciéndoles que poblándose españoles entre estos cuicas habría más comodidad para poder ellos participar a menos costa de aquellas miserias que los indios cuicas tenían, determinaron juntar todos los más españoles que pudieron y nombrando el Cabildo por capitán de esta gente, para entrar en estas provincias, a Diego García de Paredes, hijo natural del valiente capitán Diego García de Paredes, que en tiempo antiguo del Emperador Don Carlos nuestro Rey de España, hizo por su persona famosos hechos en las guerras que en aquel tiempo se siguie-

(1) Aquí una palabra sin sentido.

ron en Italia y en otras partes, y le dieron entera comisión y jurisdicción para que entrase en aquellas provincias cuicas y poblase. Este Diego García con la gente que le dieron y él juntó, se metieron la tierra adentro y por ser en este tiempo los indios cuicas gente muy doméstica, anduvo y paseó toda la provincia con su gente sin ninguna controversia ni haber con los indios naturales, guazabara y guerra y otros alborotos que en semejantes entradas suelen haber; y buscando parte acomodada para poblar, se subió a una poblazón de indios llamada Escuque, que está en un lugar alto a las vertientes del río Mitatán, que tiene sus nacimientos en los páramos de Mérida, que llaman los páramos del Tuerto y pasa por el valle que dicen de Corpus Cristi. Subido Diego García con los españoles que consigo llevaba a este sitio, alojóse en él y parecióle lugar cual convenía para habitación de los españoles, pobló allí un pueblo al cual llamó Trujillo, estuvo en él algunos días después de haber hecho repartimiento de los naturales que en la provincia había entre los que con él fueron, se tornó al Tocuyo a dar cuenta de lo que había hecho y aun a holgarse. En este tiempo que Diego García estuvo ausente, algunos mozuelos de baja suerte y condición, muy indignados, desmandábanse a hacer algunas fuerzas y robos a los indios, tomándoles las cuentas e hilo y quitero que tenían, que esto era toda su riqueza; y hallándolos domésticos en que les sufrieron esto, se desmandaron a tomarles las mujeres e hijas y a fornicar con ellas tan desvergonzadamente cuanto yo no sé decir, porque delante de los propios indios maridos y padres cometían estas maldades. Los indios, como naturalmente ninguna cosa amen más que a sus mujeres e hijos, encendidos con mucha razón en ira y furor de bárbaros, tomaron las armas en las manos y mataron a todos aquellos que malvadamente hacían estos insultos; y determinando que de todo punto en su tierra no quedase generación de gente que tan disoluta y absolutamente cometían aquellos pecados de

infidelidad, queriendo en esto imitar el furor de los romanos que quisieron castigar la disolución de Sexto Tarquino, el mancebo hijo del Rey Tarquino, por cuya maldad no sólo no consintieron que en Roma quedase hombre de aquel linaje, pero ni aun que se llamase Tarquino, fué de los romanos aborrecido y compelido a irse a vivir fuera de Roma. Tomaron las armas de conformidad estos bárbaros juntos muy gran número de ellos, y poniendo cerco sobre el pueblo de los españoles, los pusieron en tanto aprieto, que si con brevedad no fuesen socorridos de su capitán Diego García de Paredes, que de ello fué avisado, allí perecieran; pero este solo hecho sólo prestó para refrenar el ímpetu de aquellos bárbaros de quien temían ser rendidos y miserablemenie muertos, porque permaneciendo los indios en su primer ímpetu, seguían con obstinados ánimos la guerra contra los españoles, viniendo muy ordinariamente a darles guazabara a su propio pueblo, matándoles algunos soldados en ellas. El capitán Diego García de Paredes, viendo que le habían muerto algunos de sus compañeros y que los indios obstinadamente permanecían en su opinión y que para apartarlos de ella no había bastado las muchas veces que los había rompido y desbaratado con muertes de muchos de ellos, ni las grandes ofertas y prometimientos que les habian hecho, determinó desamparar el pueblo y salirse de entre las ansias de aquella gente que tan de veras procuraban de todo punto destruirlos y matarlos; y esperando para esto tiempo cómodo, aprestó una noche toda su gente porque de otra manera no pudieran salir sin recibir algún notable daño, se retiró y salió de aquel pueblo dejando en él gran cantidad de ganado vacuno que los españoles habían llevado para su sustento y perpetuidad y se volvió a la ciudad de El Tocuyo, de donde había salido. La gente de esta provincia de Cuicas es como he dicho, gente que anda desnuda, crecida y muy lucida y bien agestada, es idólatra, tienen o usan de algunas figuras en que adoran, que

llaman los españoles tunjos. Lo que estos indios ofrecen en sus santuarios es hilo y quitero y otras cuentas hechas de cierto género de cuentas de piedras, algo verdes que son de la generación de otras piedras que en esta provincia y en la de Mérida hay, provechosas para el dolor de la ijada. También ofrecen sal y algunas mantas pequeñas de poca estima, que estos indios hacen; sacrifican venados en los santuarios y ponen también venados; todas cuantas cabezas pueden haber de venados en tanta cantidad, que en entrando en uno de estos santuarios y templos, casi no verán otra cosa sino cabezas y astas de venados. Usan estos indios comer ceibas, que son ciertas almendras de la Nueva España, contratación principal. Es esta provincia de muy diferentes temples porque participa de tierras frías y de tierras muy templadas y de tierras muy calientes, y así hay en ella de las frutas y comidas que en todas estas diversidades de tierras suelen haber. Es toda la mayor parte de esta provincia tierra rasa doblada y aún a partes muy doblada, quebrada lo que de ella es comarcano y más conjunto a la laguna de Maracaibo, es montuoso y arcabucoso y lo que cae asimismo sobre los llanos de Venezuela, porque entre estos dos mojones está situada esta provincia por las dos partes, y por las otras dos tiene a las provincias y términos de la ciudad de Mérida del Nuevo Reino y a la ciudad de El Tocuyo, de la propia Gobernación de Venezuela. No trato de la religión, ceremonias, costumbres y manera de vivir de estos indios, porque como ha poco que estos indios y este pueblo se reedificó, no se ha podido haber entera relación de ello. Hay en esta provincia dos parcialidades de gentes, los unos se dicen cuicas y los otros timotos, los timotos es gente más belicosa y guerrera e indómita y caen hacia los confines de Mérida, que la mayor parte de esta gente llamados timotos sirven y son sufragáneos a los vecinos de Mérida. Los cuicas caen hacia

las otras tres partes, es gente más mansa y doméstica, según he dicho, que los timotos. Todos estos pelean generalmente con lanzas y dardos y macanas, es gente muy suelta y para mucho trabajo. Después que esta primera vez echaron los españoles de su tierra, diéronse a hacer unos fuertes en que se recogen en tiempo de guerra y aún de paz, los cuales hacen en las más ásperas y agras cuchillas y lomas que pueden hallar, cortándolas por las dos partes con una ancha y honda caba de fosa, y por los dos lados procuran que sean muy pendientes, de suerte que aunque por ellos quieran subir, en ninguna manera pueden. Tienen sus puentes levadizas para entrar y salir por sobre las cabas, y allí dentro tienen hechos sus bohíos y casas y metidas sus provisiones de vituallas para sustentarse. Han sido estos fuertes causa de multiplicarse las discordias entre estos indios y los españoles, que después fueron allí a poblar por recogerse a ellos muy a menudo.

CAPÍTULO XIX

En el cual se escribe los mudamientos y traslaciones que esta ciudad de Trujillo ha tenido hasta este tiempo, y mudanzas del Gobierno de la Gobernación

Cuando Diego García de Paredes salió de la provincia de Cuicas y quedó despoblada la ciudad de Trujillo, que él había poblado, halló en la Gobernación de Venezuela a Gutierre de la Peña que venía de Santo Domingo, proveído por Gobernador, por fin y muerte del Licenciado Villasanda, según atrás queda apuntado; el cual, según parece, no se llevaba bien con el Diego García, de muchos días atrás que se habían conocido, porque como se hubiese despoblado la ciudad de Trujillo, determinó el Gobernador Peña de enviarle a reedificar y este cargo no se lo quiso volver a dar al mismo Diego García; mas, dióselo a un Francisco Martín que era vecino de la propia ciudad de El Tocuyo. Este juntó hasta cincuenta sol-

dados, así de los que primero habían sido vecinos de la ciudad de Trujillo como de otros que por allí pudo haber. Apartándose de El Tocuyo, se metió en el principio de la provincia de los suy(1)os a la parte de un valle dicho de Tostos y de Boconó, porque de estas dos maneras fué llamado, y allí se alojó y rancheó con su gente para reformar sus armas y hacerlas de nuevo para la guarda de sus personas, porque como los indios habían quedado victoriosos con la echada de los españoles fuera de su tierra, temíanse que les habían de resistir ásperamente en la entrada y estorbar la reedificación del pueblo. En este mismo tiempo había salido de la ciudad de Mérida Juan Maldonado, vecino de Pamplona, con poco más de cincuenta hombres a descubrir esta provincia de Cuicas y andando por ella, viéndola acaso un día, se apartó, con obra de veinte soldados, de la demás gente y caminando ciertas jornadas por diversas partes de esta provincia, vino a dar al valle de Boconó, que el propio Maldonado llamó Tostos, por cierto pueblo que en él había de este nombre, y como de repente viese era alojada la gente de Francisco Ruiz, y topase dos hombres de los tocuyanos que le dijesen lo que pasaba, no turbándose punto, les dijo que dijesen a su capitán que buscase otra tierra en que poblar porque aquella él la tenía por suya; y recogiéndose con sus veinte compañeros en un acomodado para poder resistir si los contrarios lo quisiesen prender, envió cierto embajador o mensajero para que de su parte saludase a Francisco Ruiz y le dijese lo propio que él había dicho a los soldados que antes había topado. El Francisco Ruiz, por el contrario, envió a decir a Maldonado que le dejase su tierra y pasaron otras palabras que el que las quisiere ver largamenie escritas las hallará en lo que yo escribo sobre la poblazón de Mérida. Aquella noche propia, Francisco Ruiz envió gente a que se metiesen en el sitio donde había estado poblada la

(1) Aquí hay una letra emborronada.

ciudad de Trujillo, porque hasta este punto no hubía tenido pensamiento de reedificar aquel pueblo. El capitán Maldonado, asimismo, se retiró hacia donde estaba la demás gente de su compañía aquella noche propia y se juntó con ella; dende ha dos días el capitán Francisco Ruiz, siguiendo luego tras los suyos con la demás gente, se juntaron en la poblazón de Cuique, en propio sitio donde había sido poblado Trujillo, que aún todavía estaban en pie muchas casas que los indios no habían querido quemar, y metiéndose en ellas, luego el capitán Francisco Ruiz pobló allí de nuevo su pueblo y reedificó el viejo, llamándole la ciudad de Mirabel; nombró sus alcaldes y regidores e hizo las otras solemnidades y ceremonias que en semejante caso se suelen hacer, y aunque sin embargo de esto pudiera Maldonado echarlo de la tierra o a lo menos constreñirle a que se fuese, no lo quiso hacer; mas, desde ha cierto tiempo y después de haber pasado otras muchas cosas que en la parte dicha se escriben, se volvió a Mérida con su gente y Francisco Ruiz con su pueblo de Mirabel y toda la provincia su (*sic*) servicio si él la pudiese sujetar, la cual luego repartió haciendo nuevas cédulas de encomiendas en los vecinos o españoles que con él habían ido, de los indios que en aquella provincia había. En tiempo de este Gobernador Gutierre de la Peña, en viendo que tuvo principio la conquista y poblazón de las provincias de Caracas por los Fajardos, mestizos hijos de una india señora de aquella propia provincia, estando las cosas de la nueva ciudad de Mirabel en el estado que he dicho, llegó a la Gobernación de Venezuela, proveído Pablo Collado por Gobernador, que fué por el año de cincuenta y nueve, proveído por el Real Consejo de Indias, por muerte del Licenciado Villasanda, por quien también había sido proveído Gutierre de la Peña en Santo Domingo. Este Pablo Collado, siendo informado del agravio que a Diego García se le había hecho en no darle licencia que volviese a

la reedificación de su pueblo, revocó todo lo que Francisco Ruiz había hecho y dió nuevos poderes a Diego García para que fuese a la provincia de Cuicas y tomase en sí la gente española que en ella había y tenía Francisco Ruiz, y reedificase de nuevo su pueblo e hiciese nueva elección de alcaldes y regidores. Diego García de Paredes lo hizo así como le fué encargado y él deseaba, y quitando el nombre de Mirabel al pueblo le volvió el de Trujillo que de antes se tenía y aún creo que le añadió no sé qué panaso (*sic*), a contemplación de Pablo Collado. En todo este tiempo los indios no intentaron hacer ninguna novedad porque los más de ellos estaban debajo del amparo de los vecinos de Mérida, con quien ellos se hallaban muy bien, por ser gente moderada en el tratamiento de los indios y que nunca les quitaban esa miseria que tenían. Mas, después que los merideños se apartaron de ellos y se recogieron con su capitán Maldonado a su ciudad, luego movieron bullicios y escándalos y se comenzaban a rebelar. El sitio donde Trujillo estaba poblado era algo fastidioso para los vecinos a causa de las aguas y grandes truenos que de ordinario acudían sobre él y así procuraron mudarse de este sitio a otro que les pareció mejor, y con licencia de su Gobernador y consentimiento de su capitán se mudaron y poblaron este pueblo en la cabezada de una campiña o sabana que estaba ribera del río Boconó, en el valle que dice llamarse de este nombre y también Tostos, que parecía ser sitio más apacible para la vivienda de los españoles aunque fuera de comarca, para el servirse de los indios. Estuvieron en este sitio poblados algunos días, hasta que les faltó y se ausentó de ellos el capitán Diego García, que los conservaba en paz y amistad, y luego que Diego García se apartó de ellos y se fué a España a cosas que le convenía, comenzó a nacer entre los vecinos, domésticas discordias que los depravaron mucho: fué que los que antes tenían sus indios junto a la primera poblazón y sitio donde Trujillo fué po-

blado, comenzaron a proponer razones trayendo por compuestos argumentos y causas con que daban o querían dar a entender ser cosa muy necesaria que el pueblo se mudase de esta su fundación a donde primero estaba o por allí cerca, y sobre esto se levantaron dos bandos y parcialidades que claramente pugnaba el uno contra el otro, los unos por mudarse y los otros porque no se mudasen. En este ínter fueron quejas del Gobernador Pablo Callado al Audiencia de Santo Domingo de poca importancia, por las cuales fácilmente se movieron los concilianos de aquella Audiencia a proveer Juez que tomase residencia a Pablo Callado, para el cual efecto nombraron a un Licenciado Bernárdez que por sobrenombre llaman «Ojo de Plata» por tener en la una cuenca que le falta un ojo, otro de plata. Este llegó a Venezuela, como he dicho, al tiempo que entre los vecinos de Trujillo andaba ya muy encendido el fuego de su enemistad y discordias, y siéndole hecha relación por algunos de los que deseaban mudar el pueblo de donde estaba, fué fácilmente inducido a ello porque hubiese de él alguna nueva memoria y así les dió licencia que mudasen el pueblo a dondé mejor les pareciese y que lo llamasen Trujillo de Medellín, por ser él y sus padres de Medellín naturales. Los vecinos, usando de esta comisión, llevaron su pueblo con mucho contento de los que lo habían intentado y a pesar de los contrarios a las riberas del río Hitatán, al contrario de donde solía estar en la primera fundación en una sabana que llamaron algunos la Sabana de los Truenos por una gran tempestad que una noche, estando alojado en élla el Capitán Maldonado con su gente hizo, poco más de una legua apartado del primer sitio o asiento donde estuvo poblado en Escuque. Hicieron allí sus casas y su nueva reedificación de Trujillo de Medellín, donde también permanecieron muy poco tiempo por que al cabo de algunos días acudieron tigres al pueblo y gran cantidad de hormigas caribes que les hacían muy gran daño, por lo

cual determinaron de su autoridad mudarse de allí a donde lo pagasen todo junto, porque esta considerada gente con su bárbara obstinación se querían andar a manera de alarbes o perseguidos gitanos con sus tiendas a cuestas de una parte a otra, sólo por quebrantar y damnificar los unos las opiniones de los otros, así los que fueron en que el pueblo no se mudase de las riberas de Boconó, su segunda fundación, a las riberas de Mutata, su tercera fundación, fueron en mudarlo después al propio río de Mutata abajo, casi cuatro leguas entre unas montañas y arcabucos donde los propios bárbaros naturales de aquella provincia, jamás no han habitado por la maleza de la tierra, y allí están al presente donde purgan bien su liviandad y mudamiento, aunque lo mas lastan los indios que allí les van a servir porque o de enfermedad que les da o de tigres que los comen, no pueden dejar de morir muy presto y es tanta la estruchura del sitio que no tienen donde hacer un huerto ni soltar a pacer un caballo, ni donde sustentar algún ganado junto al pueblo para su mantenimiento; la carne fresca al segundo día se les corrompe; si un caballo sueltan acaese no hallarlo en una semana y estar casi dentro en el pueblo por la espesura de la montaña y si hubiese de decir todos sus inconvenientes y malas propiedades, no acabaría tan presto; de este sitio han intentado mudarse a otra parte; mas, el que es al presente Gobernador, que se dice don Pedro Ponce de León, no les ha querido dar licencia hasta que personalmente vea los inconvenientes que para ello hay; y esto creo que no se hará en su tiempo por ser hombre tan cargado que le es muy dificultoso el caminar, porque el Gobernador, informado de las rencillas y pasiones que entre estos vecinos hay, como hombre cuerdo a ningunos de ellos quiere dar crédito acerca de estos negocios sino irlos el a ver por su persona. Esto es lo que hay que escribir al presente acerca de la fundación de Trujillo.

CAPÍTULO XX

En el final se escribe en suma lo sucedido en esta Gobernación de Venezuela a Lope de Aguirre, traidor, y de su fin y muerte

Aunque las traiciones y crueldades que Lope de Aguirre, traidor famoso por su iniquísima y abominable severidad, hizo en esta Gobernación de Venezuela con su fin y muerte, yo las escribo en un compendio particular que hice de todo lo sucedido en Las Indias al Gobernador Pedro de Orsua, parecióme referir aquí en suma todo lo que este traidor hizo hasta su muerte y desbarate en Venezuela, por ser cosa que además de haber acaecido en esta Gobernación de quien particularmente voy escribiendo, gobernaba también la tierra el Licenciado Pablo Collado de cuyo tiempo y gobierno voy tratando. Pasó Lope de Aguirre con sus secuaces de la isla Margarita a donde aportó luego que salió del Marañón a tierra firme al puerto y pueblo de la Burburata, por el mes de agosto del año de mil y quinientos y sesenta y uno; y como en el puerto ni en el pueblo no hallase quien le resistiese, apoderóse en todo y estuvo ciertos días domando yeguas y potros para pasar adelante, y haciendo todos los daños que podía con sus marañones en los ganados y otras haciendas que los vecinos por allí tenían donde estuvo algunos días, al cabo de los cuales determinó entrar la tierra adentro para colar de largo por la Gobernación y pasar al Nuevo Reino de Granada, donde deseaba mucho verse con sus Ministros, y llevando la derrota o vía de la Nueva Valencia, llegó a ella algo mal dispuesto y enfermo donde, no hallando tampoco como en la Burburata, quien le defendiese la entrada ni hiciese resistencia, se apoderó de ella y sus soldados comenzaron a buscar que robar y echar a perder y no dejaron de hallar algunas cosas porque como los vecinos de este pueblo fuesen tarde avisados y en-

tendiesen cuán a la puerta tenían el enemigo, de priesa con lo que pudieron llevar a cuestas se fueron a guarecer a los montes o arcabucos donde de todo punto no tuvieron la seguridad que pensaban, porque la gente y soldados de Aguirre, esparciéndose con su desordenada codicia y costumbre por muchas partes a buscar que hurtar y robar, dieron con algunas mujeres de vecinos principales y las trajeron a poder de su Capitán. A esta sazón ya el Gobernador Pablo Collado, que residía en la ciudad del Tocuyo, tenía noticia de la llegada y entrada del amotinado Aguirre en su Gobernación y de la derrota que llevaba, que era hacia donde él estaba. Nombró luego el Gobernador para su Capitán General a Gutierre de la Peña, que había sido Gobernador antes de él, y por Maese de Campo a Diego García de Paredes para que juntasen la gente que pudiesen y con ella, ya que no fuesen parte para desbaratar a Aguirre, a lo menos hiciesen alguna obstentación de suerte que no pasase tan desvergonzadamente como pensaba. Y juntamente con esto envió a pedir socorro al Capitán Pedro Bravo de Molina que por Justicia Mayor asistía en Mérida, ciudad circunvecina a su Gobernación del Distrito del Reino, y con esto comenzó Gutierre de la Peña a hacer y juntar alguna gente de la que en la Gobernación y pueblos al Tocuyo más allegados había. El traidor Aguirre, todo el tiempo que en la Nueva Valencia estuvo, siempre fué aflijido de una grave enfermedad que le tuvo suspenso en una cama, donde los que después acá se jactan de que eran grandes servidores del Rey, pudieran muy seguramente atajar sus designios y hacer cesar sus crueldades con darle una muerte que ya que no fuera cual sus crueldades la merecían, a lo menos con ella aseguraran sus propias vidas y aun perpetuaran sus nombres con honrosa loa, y no sólo fueran perdonados de sus errores, pero gratificados muy cumplidamente como el ínclito Rey Don Felipe lo acostumbra hacer. Mas, ¿qué pediríamos a esta gente obstinada en

maldades y en seguir al traidor por gozar de sus tiranías y libertad, cuando, enfermo como estaba, lo sacaron sobre sus hombros en una hamaca, de la propia Valencia, y lo llevaron algunas jornadas por la vía y camino de Barquisimeto y el Tocuyo, a donde llevaba la proa puesta, para de allí pasar al Reino? Después de dejar destruída la Nueva Valencia y robar cuanto en sus comarcas pudieron haber, acercándose Aguirre a la ciudad de Barquisimeto, que en la manera del caminar que llevaban estaba antepuesta a los del Tocuyo, los vecinos de ella habían sacado sus mujeres y haciendas y puéstolas en cobro en lugares apartados, y ellos se habían juntado en compañía de Gutierre de la Peña con otros muchos soldados que ya se le habían allegado. Aguirre con el caminar mejoró de su enfermedad, y caminando a ratos concertada y desconcertadamente, llegó sin que en el camino recibiese ningún alboroto ni desasosiego, a la ciudad de Barquisimeto, donde entró con su gente puesta en ordenanza y recatadamente, porque yendo marchando había visto algunos soldados de los del general Gutierre de la Peña bajar de un lugar alto que sobrepujaba el pueblo, al propio pueblo, y temióse no hubiese alguna celada en el pueblo; mas, los soldados que del general Peña habían bajado, como eran pocos y mal armados y aun mal aderezados, viendo la lucida gente que Aguirre traía y la copia de arcabuces, retiráronse luego a lo alto, donde su general estaba a la mira con el resto de la gente. Aguirre, con tan poca resistencia, metióse en el pueblo y para estar más seguro, alojóse con su gente en un cercado de dos tapias en alto que a una parte del pueblo estaba, al cual llamaron el Fuerte de Aguirre; y porque las demás casas no le fuesen ocasión de recibir algún daño, por poder la gente del Rey, encubiertamente, llegársele por allí a hacerle daño, mandólas quemar todas y entre ellas la iglesia. Donde en adelante la gente del Rey procuraba allegársele a Aguirre a darle algunas armas y desasociegos, llevando por cabezas y caudillos en es-

tos casos a los capitanes Diego García y a Pedro Bravo de Molina, y después de haber estado Aguirre en su Fuerte ciertos días, ofreciósele ocasión para salir con toda su gente al alto de una sabana o campiña donde el general Gutierre de la Peña estaba alojado con su gente, a socorrer ciertos soldados suyos que la noche antes habían salido a asaltar el campo y gente del Rey si la hallasen, porque como estos soldados fuesen con la luz del día vistos de una compañía de gente de a caballo que con los capitanes Diego García y Bravo los habían salido a buscar, por haber tenido noticia de su salida, fueron constreñidos los del traidor a retirarse y por el mismo caso a ser socorridos de su capitán, y asimismo la demás gente que había quedado en el alojamiento con el general Gutierre de la Peña y con el gobernador Pablo Collado, saliendo a juntarse con el resto de la gente que andaban fuera, fueron a un mismo tiempo socorridos los unos y los otros de sus generales. Aguirre, viendo la ventaja que sus contrarios le tenían en andar todos a caballo, recogióse con su gente a un pantano o ciénega que en aquel llano se hacía para que de allí con su arcabucería él pudiese dañar a los de a caballo, y ellos no a él ni a su gente, y después de haber pasado algunos repiquetes de poca importancia y habérsele pasado o huído a Aguirre uno de los suyos llamado Diego Tirado a la gente del Rey, y haber conocido en los suyos una flojedad y tibieza, de suerte que no usaban de la arcabucería como podían, porque con tener a los del Rey a tiro de arcabuz no hirieron a ninguno, se retiró con su gente hacia su Fuerte y encerrándose con ella quiso dar la vuelta al mar; así porque no le parecía buen camino el que traía para el reino, como porque durante el tiempo que en el Fuerte y pueblo de Barquisimeto estuvo, tuvo muy gran falta de comida y mantenimiento de suerte que fué forzado a matar alguno de los jumentos que traía (*sic*) flacos y llenos de mataduras, y perros de todas suertes, para que su gente comiese, y viendo algunos o los

más de los soldados de Aguirre como su capitán andaba vacilando y variando con su fortuna, la cual se le iba ya inclinando y volviendo adversa, determinaron desampararle y dejarle y pasarse a la partida del general y gente del Rey, los cuales lo hicieron así y por el mismo temor otros muchos y respetados y queridos del Aguirre y luégo los muy amigos, de suerte que siguiendo casi unos tras otros dejaron a su capitán solo con un compañero llamado *Momoso,* que era capitán de la munición, pareciéndoles que con usar de este término a que la pura hambre les forzó, eran dignos no sólo del perdón de sus maldades, mas de gratificadoras mercedes que por ello aun el día de hoy algunos esperan recibir y aun juran que les son debidas de derecho. Diego García de Paredes, Maese de campo que a esta sazón había salido con cierta gente a dar algún alboroto a la gente del Aguirre, como en el camino topase aquella canalla de fe doblada e incierta y ellos le certificasen que Aguirre quedaba solo, fuese derecho al alojamiento y Fuerte donde el traidor estaba y hallóle que había acabado de dar de puñaladas a una hija suya, mestiza que consigo traía; porque como este malvado fuese de su natural inclinación tan cruel y derramador de sangre humana, no fué parte el amor paterno para estorbarle e impedirle que dejase de hacer con su propia hija la crueldad que con las demás gentes usaba, tomando por máxima para hacer aquella iniquísima maldad, decir, que mas quería ver muerta su hija con sus manos que no que después de muerto fuese por la maldad de su padre vituperada e improperada de hija de un traidor y por ventura dada a todos en común uso y deshonra. Diego García de Paredes, no perdiendo la ocasión que presente tenía para acrecentar su fama, dió luego la muerte a Aguirre por mano de dos soldados arcabuceros del propio Aguirre, los cuales tirándole por mandato del Maese de campo Diego García, dos arcabuzasos le dieron la muerte y luégo le cortaron la cabeza; y hecho esto llegó el Gobernador Pa-

blo Collado y el general Gutierre de la Peña y el capitán Bravo con toda la demás gente y allí se apoderaron del despojo (*sic*) de Aguirre y de las municiones y artillería que allí había y el cuerpo de Aguirre, después de haber estado hollado uno o dos días, fué hecho cuartos y puesto por los caminos en palos y la cabeza llevada, por mandato del Gobernador Pablo Collado, al Tocuyo, y allí, en memoria de este hecho, puesta en una jaula en la plaza. De la gente de Aguirre, aunque había muchos dignos de muy gran castigo, no fué castigado ninguno por el Gobernador, por parecerle que habían de gozar de m perdón géneral que él les había dado a todos los que antes de muerto el traidor se les pasasen. Sólo han habido por castigo general y particular toda esta gente de Aguirre una cédula que su majestad, usando de su natural clemencia, envió el año de sesenta y dos, fechada en Madrid, para que los enviasen a España, pero ninguno va ni irá perpetuamente, ni su maldad habrá ningún castigo, y así no es de maravillar cómo cada día nb hay motines en las Indias, pues esto fué y pasó sin ningún castigo con haber sido el más cruel de los que en las Indias se han hecho, como se podrá ver según he dicho largamente escrito en la parte alegada al principio de este capítulo. Fué muerto y desbaratado este traidor en la ciudad de Barquisimeto por el Gobernador y capitanes dichos, a veinte y siete de octubre de mil y quinientos y sesenta y na años, víspera de los bienaventurados San Simón y Judas. En este mismo tiempo fué muerto en esta Gobernación Juan Rodríguez Juárez, natural de Mérida, en España, que fué el primer fundador de Mérida, del nuevo reino. Este Juan Rodríguez era un hombre a quien los indios temían mucho por ser inhumano con ellos. Matáronle indios Caracas saliendo de aquella provincia a servir al Rey contra el traidor Aguirre. Dícese que fueron autores de su muerte los Fajardos, mestizos que fueron primero pobladores de aquellas provincias y pueblos que en ellos se poblaron de españoles, a

quienes los indios respetaban mucho por contemplación de su señora, india principal y madre de los Fajardos, como en otra parte queda tocado, y éstos por envidia y aun temor que a Juan Rodríguez tuvieron, hicieron a los indios que se congregasen y saliesen al camino y lo matasen, como lo hicieron, a él y a otros cuatro españoles que con él iban, lo cual también tengo tocado algo más largo en la población y sucesos de la ciudad de Mérida que este capitán pobló.

CAPITULO XXI

En el cual se escriben las muertes de los capitanes Luis de Narváez y García de Paredes y la disposición de Caracas.

Aunque atrás queda apuntado en suma cómo por la audiencia de Santo Domingo fué proveído el licenciado Bernardez para que tomase residencia al licenciado Pablo Collado (no ha llegado su tanda hasta ahora, por haber en los capítulos pasados tratado particularmente de Pablo Collado, y lo que allí toqué de Bernardez fué para que el suceso de las cosas de la ciudad de Trujillo no fuese repartido en muchas partes y por eso van allí referidos los nombres de otros Gobernadores). Viniendo pues al propósito de nuestra historia, después de la muerte y desbarate del traidor Aguirre, llegó el licenciado Bernardez a la Gobernación de Venezuela con sus provisiones de juez de residencia, para que si hallase culpado en algo al Gobernador Pablo Collado se quedase él en el gobierno de la tierra y lo enviase con su residencia a España, (y como todas las comisiones se den de esta suerte, yo soy cierto que al que da la residencia no le faltan culpas, ni al que se la toma diligencia para buscárselas y ponérselas). Tomada la residencia a Pablo Collado, fué enviado a España, y el Licenciado Bernardez se quedó por Gobernador, el cual, como en su tiempo fuesen los pueblos que de españoles había poblados en Caracas puestos en grande aflicción y trabajo por los naturales de aquellas provincias, fué

necesitado a socorrerlos porque no se despoblasen, y aunque su deseo fué bueno, la obra que hizo no sólo fué de ningún efecto, pero perjudicial, porque como para favorecer aquellos trabajados pueblos nombrase por capitán a un Luis de Narváez, natural de Antequera, este hizo y juntó cierta gente que serían hasta sesenta hombres para ir a socorrer y reforzar los pueblos dichos, y como sin ningún orden ni concierto entrasen por las tierras de guerra donde los indios eran belicosos y briosos, caminando sin llevar a punto de pelear sus soldados y las armas puestas a pique, porque los arcabuces y otras municiones que habían de ir en las manos y hombros de la gente que las había de mandar las llevaban liadas y atadas sobre las bestias de carga, fué asaltada y acometida por los indios su gente por diversas partes, que iba muy esparcida, y como para resistir a tan repentino acometimiento no tuviesen ni les fuese dado lugar de desliar la carga para sacar las armas y los más de los soldados fuesen bisoños que comunmente llaman chapetones, y estos perdiesen el ánimo de sólo ver el alboroto y alarido de los indios, antes que les hiciesen notable daño se dieron a huír vergonzosamente sin bastarlos a detener las persuaciones y voces de su capitán que encima de un caballo andaba haciendo la resistencia que podía a los indios, al cual hirieron de diversos flechazos de que murió allí propio, y como los indios viesen la pusilanimidad de los soldados y cuán ciega y temerariamente huían divididos cada uno por su parte, seguíanlos con ánimo y coraje y como los iban alcanzando los iban matando, que de todos no escaparon sino dos o tres que por ser buenas lenguas y buenos peones y saber bien la tierra, con gran trabajo fueron a salir a uno de los pueblos que en la propia provincia estaba poblado, y otro portugués que por su buena suerte y brío salió a las partes de Barquisimeto, el cual, como viese que los indios que le iban ya alcanzando y que no podía escapar de sus manos, se volvió a éllos diciéndoles en su propia lengua portuguesa,

como si los indios la entendieran y fueran expertos en ella, que no le matasen, trayéndoles a la memoria la muerte y llagas de nuestro Redentor Jesucristo, (término de que usan mucho en sus aflicciones), y que él no había venido a hacerles ningún daño sino a ser su compañero y hermano, y otras razones para incitar a los indios a misericordia, virtud entre ellos nunca usada ni hallada, y como aquellos bárbaros no curasen de lo que el portugués les decía, antes se allegasen a él con sus macanas para herirle y matarle, ya lo hubiesen alcanzado un golpe con ellas, fué indignado nuestro portugués contra los indios y echando mano a una espada que traía comenzó a defenderse y aún herir en ellos de suerte que matando a tres o cuatro de los que más le perseguían, fueron los demás forzados e inducidos a temer de la furia de aquel hombre que con tanto valor y vigor de ánimo peleaba con ellos, el cual, escapando de sus manos, salió, como he dicho, a tierra de paz. De toda la demás gente española, indios e indias, que era gran cantidad la que llevaban para su servicio, no escapó ninguno, pues todos fueron allí miserablemente muertos y todo su bagaje y carruaje tomado por los indios. Los moradores de los pueblos de Caracas, sabida la victoria que los indios habían habido, temieron grandemente su perdición, porque con la victoria habida, los indios se empezaban a juntar para ir a dar sobre ellos, lo cual como fué entendido y sabido por los españoles, retiráronse del pueblo de San Francisco, donde estaban, que así se decía el que estaba poblado la tierra adentro y recogiéronse al pueblo que en la costa de la mar de aquella provincia había poblado, en donde asimismo temieron la fuga y junta de los indios, y embarcándose por la mar se salieron de la tierra y se fueron a la Borburata y a la Margarita, donde a poco tiempo aportó a este puerto y pueblo de Caracas el capitán Diego García de Paredes, que después de haber muerto al traidor Aguirre, se fué a España, donde su majestad le hizo merced de darle la Gobernación de Popayán, en gra-

tificación de sus servicios, para que fuese Gobernador de ella, y como en aquella costa hubiese algunos indios muy ladinos en la lengua española, que conocían al Diego García, el cual creyó que la tierra estaba poblada de españoles y que en ella estaba el capitán Luis de Narváez, que era amigo suyo, de cuya muerte él no había sabido más de cómo había salido del Tocuyo para aquellas provincias, fué fácilmente engañado por los indios, los cuales le dijeron que bien podía saltar en tierra a descansar en el inter que ellos enviaban la tierra adentro a hacer saber a Narváez como él estaba allí, y como el Diego García llanamente creyese lo que los indios le decían, saltó en tierra con algunos caballeros amigos suyos para el efecto dicho; los indios, para poder mejor efectuar su maldad apartáronlos de la mar a darles de almorzar en unos bohíos donde ellos habitaban algo apartados del agua, y como ya estuviese entre ellos tratada la orden de acometer y dar la muerte a Diego García y a los que con él estaban, y todos ocultamente estuviesen con las armas en las manos al tiempo que Diego García y sus compañeros se pusieron a comer, fueron de repente cercados de un grande escuadrón de indios y empezados a flechar y a ser heridos, los cuales aprovechándose de las armas que consigo tenían comenzaron a irse retirando hacia la mar e hiriendo en los indios, los cuales, como eran muchos, sobrepujaban en fuerzas a los briosos ánimos que estos caballeros tenían, y así los mataron a todos, que no escapó sino solo un marinero que cen otros dos que en el bajel habían quedado a la lengua del agua, se fué huyendo al navío con tales heridas que luégo de ellas murió. De este Diego García se dice que pudo muy bien guarecer su persona y escapar con la vida, pero porque no dijesen que huyendo vergonzosamente había dejado y puesto a sus compañeros en las manos de sus enemigos, murió peleando como valiente capitán, donde antes que los indios acabasen de dar fin a sus días, había muerto y herido muchos de ellos, con que antes

que muriese tenía ya hecho a su ánima el vengativo sacrificio que a manera de los gentiles acostumbran algunos florentinos hacer a las ánimas de sus deudos muertos con las vidas de los que fueron en matarlos, procurándolos haber por cualquier precio de dinero.

CAPITULO XXII

En el cual se escribe el segundo Gobierno que en esta Gobernación tuvo el licenciado Bernardez y como en su lugar sucedió don Pedro Ponce de León en cuyo tiempo fueron reedificados y poblados los pueblos de Caracas.

Llegado al Real Consejo de Indios (*sic*) el Licenciado Pablo Collado, los señores de aquel Consejo, proveyeron por Gobernador de Venezuela a un caballero llamado Manzanedo, hombre ya mayor y que más estaba para descansar que para trabajar. Este vino a Venezuela y tomando residencia al Licenciado Bernardez lo envió a Santo Domingo y él se quedó en su Gobernación, donde por haber gobernado poco tiempo, hay poco que contar de él, porque a los pocos días le dió una enfermedad de que murió, acompañando a esta la vejez, que fué la más cierta causa de su muerte; gobernóse la provincia por interregnum a cada pueblo, administrándola sus alcaldes o cónsules, hasta que la Audiencia de Santo Domingo tuvo nueva de esta vacación y tornó a proveer por Gobernador al mismo Licenciado Bernardez, que antes lo había sido, el cual, después de haber vuelto a su Gobernación de Venezuela, quiso poblar y pacificar las provincias de Caracas por su persona y reedificar aquellos pueblos que de antes en su tiempo se habían despoblado, y poblar otros de nuevo, para el cual efecto juntó más de cien hombres aunque no todos para guerra, y por no ser experto ni experimentado *(sic)* en las cosas de guerra, nombró por su general a Gutierre de la Peña, a quien su majestad, en gratificación de lo que le sirvió contra el traidor de Lope de Aguirre, había dado ya título de mariscal con otras no sé que preeminencias, y partiéndose para las provincias de Caracas,

como los indios andaban victoriosos, luego que sintieron que los españoles entraban por su tierra tomaron las armas y muy atrevida y desvergonzadamente salieron al camino a resistirles, y como el general quisiese usar con aquellos bárbaros del rigor necesario para auyentarlos y hacerles cobrar miedo, érale impedido y estorbado por el Gobernador, (el cual no quería sino que primero se les hiciesen algunos requerimientos y otros preámbulos de poco momento para con aquellos bárbaros, que en ninguna cosa se gobiernan por razón ni justicia, ni entiendo que haya otra justificación más de la que con el rigor de las armas se puede haber), y ponerse a hacerles requerimientos, que es la que ellos jamás lo entienden; es como suelen decir, gastar palabras al aire; y lo más acertado es cuando de hecho un juez o capitán quiere entrometerse en lo que no puede, tocante a hacer castigo en los indios, es encargarles la moderación en los excesos, porque aunque diga que se hagan requerimientos y que fueron rebeldes los indios y no quisieron obedecer ni entender lo que de parte de su majestad les decían y notificaban para justificación de los que los hacen, mal se le puede atribuir a los indios haber incurrido en estos crímenes, pues ni ellos, como he dicho, entienden lo que son requerimientos, ni para qué efecto se les hacen, solamente entienden el daño que ven presente y por eso procuran resistir con las armas. Y disgustado de esto el general o mariscal Gutierre de la Peña, acordó de dejar al Gobernador con su gente y volverse al Tocuyo. Los soldados, viendo el mal orden que el Gobernador llevaba en aquella guerra y que se ponían en evidente peligro de ser todos muertos, comenzaron a seguirle con tibieza y a cumplir de mala gana sus mandamientos, a fin de que se enfadase de ser capitán y se volviese a ser Gobernador, el cual lo hizo así que saliéndose de la provincia de Caracas, donde ya había empezado a entrar con la gente que había llevado, se volvió a Barquisimeto y al Tocuyo, donde residió hasta que el Consejo Real de

Indias, sabida la muerte del Gobernador Manzanedo, proveyeron en su lugar a don Pedro Ponce de León, el cual venido a Venezuela, tomó residencia al Licenciado Bernardez y envióla a España y luégo procuró que las provincias de Caracas se pacificasen y poblasen, por estar ya tan desvergonzados aquellos indios, que salían a robar y asaltar a los indios domésticos que servían a los españoles, al cual efecto envió al capitán Diego de Losada con casi doscientos hombres, el cual a la entrada de la provincia y conquista de ella vertió muy poca sangre o ninguna de indios y luégo pobló o reedificó los pueblos que de antes estaban poblados, y al uno llamó Santiago de León, por respeto del Gobernador que se decía don Pedro Ponce de León, y al otro Nuestra Señora de los Remedios, y repartió la tierra entre algunos de los que con él fueron. En tiempo de este Gobernador, día de Nuestra Señora, de setiembre año de sesenta y siete, ciertos navíos de franceses y escoceses que andaban hechos corsarios en la costa de Venezuela entraron en la ciudad de Coro y la saquearon y robaron cuanto en ella había, porque tomando descuidados a los vecinos del pueblo, solamente les dieron lugar a algunos para que con sus mujeres se escapasen de sus manos. Aunque no dejaron de prender alguna parte de ellos en la iglesia y templo de la ciudad, hicieron el daño que pudieron; porque la parte de los escoceses eran luteranos y así todo aquello que hallaban católico y contrario de su secta lo echaban a perder, así en libros como en imágenes. Estaban en esta sazón en esta ciudad de Coro el Obispo de Venezuela, don Fray Pedro de Agreda y el Gobernador, los cuales asímismo se escaparon por piés, aunque ajenos. Desearon estos salteadores haber a las manos estas dos personas constituídas en dignidad, más para vengarse de ellos que para haber sus riquezas, y finalmente quisieron quemar y asolar el pueblo y matar y llevarse consigo a los que allí cautivaron, si no les daban por ello cierta cantidad de oro que pedían, y al fin se hu-

bieron de concertar y diéronles dos o tres mil pesos por el rescate de la gente y pueblo. Demás y allende del oro y otras muchas joyas y ropas que robaron en el saco, con esto se fueron aquellos malvados corsarios dejando tan arruinada la tierra cuanto no podrán restaurar en mucho tiempo los vecinos que allí vivieren. El Obispo y el Gobernador, pasada esta calamidad, se metieron la tierra adentro por vivir más seguros. Esto es lo que he podido recopilar de la provincia de Venezuela hasta este tiempo. Otra ciudad hay poblada en esta Gobernación, que está a doce leguas de Borburata la tierra adentro, llamada la Nueva Valencia. No he hecho aquí particular mención de ella, como de las demás, por no haber habido relación de ello.

LIBRO CUARTO

EN el libro cuarto se trata del primer descubrimiento de la Isla de la Trinidad y de quien la descubrió, y cómo le fué dada por Gobernación a Antonio Sedeño con todo lo que en ella le sucedió y cómo el Emperador don Carlos dió a don Diego de Ordaz una Gobernación en el río Marañón, y cómo después de haber pasado muchos trabajos fué preso por Pedro Ortíz de Matienzo, después de lo cual fué muerto Ordaz con ponzoña, yendo a España. Asímismo se trata cómo Sedeño prendió a Alonso de Herrera y a toda la gente que con el estaba en Paria.

CAPITULO PRIMERO

Que trata de quien descubrió la Isla de la Trinidad y como se la proveyeron a Antonio Sedeño por Gobernación y como hizo gente en Puerto Rico y se fué a allá con dos navíos y con setenta hombres.

La Isla de Trinidad, cercana a tierra firme, en el Golfo y costa de Paria, fué descubierta por el esclarecido varón don Cristóbal Colón en el primer descubrimiento de tierra firme en el año de mil y cuatrocientos noventa y siete. Y porque al quererse poblar y conquistar esta Isla por Antonio Sedeño, fué origen de algunas guerras y disenciones que entre españoles sucedieron, así en la misma Isla como en la tierra firme y Punta de Uriaparia. Se hace aquí particular mención de ella. Fué pues el caso, que estando Antonio Sedeño en la isla de San Juan de Puerto Rico por

Contador de la Hacienda Real, viviendo prósperamente con lo que Dios allí le había dado, no contentándose con su mediano estado y pasadía y queriendo emprender cosas arduas para dejar alguna particular memoria, acrecentando la de su noble linaje, mediante el favor que en la Corte del Emperador tenía, intentó que se le diese la Isla de la Trinidad por Gobernación y Adelantamiento para poblarla y pacificarla. Su majestad, deseando que los naturales de aquella Isla viniesen en conocimiento de Dios Nuestro Señor y entrasen en el gremio de la Iglesia, dió la. Isla por Gobernación a Antonio Sedeño y lo hizo Adelantado de ella. Los solicitadores de Sedeño sacaron sus provisiones y con toda brevedad se las enviaron a Puerto Rico donde como se ha dicho, residía. Recibidas por Antonio Sedeño, yendo con aquella pompa y título de Adelantado de la Trinidad, procuró luégo poner en ejecución su jornada, y poniendo toda diligencia en aderezar navíos, juntar gente y hacer todos los pertrechos y aderezos de guerra que eran necesarios, puso a punto dos carabelas y juntando en ellas setenta hombres que había habido en aquella Isla, se partió para su provincia y Adelantamiento con vana esperanza de hacerse rico y poderoso en breve tiempo. Por el año de mil y quinientos y treinta llegó a la Isla de la Trinidad y surgió con sus navíos hacia la parte de tierra firme, que es al mediodía, por parecerle lugar más acomodado, así por el abrigo que la mar tiene, y para que los vientos no le arborotasen con la soberbia que en otras partes, como por ser la Isla por aquella más apacible y mejor poblada y más abundente de mantenimiento, y también porque la travesía que por aquella parte hábía de la Isla de la Trinidad a tierra firme era muy poca, y si los indios de la Isla les pusiesen en algún aprieto podrían con más facilidad y brevedad y con pequeños barcos pasarse a Paria, y según lo afirman algunos lo miró disoretamente Sedeño, porque conforme a lo que después les sucedió, a no hallarse tan cerca de tierra firme, le damnificaran los indios

y naturales de aquella Isla, mucho más de lo que le damnificaron. Surtos los navíos, los indios no se alborotaron mucho, porque como antes habían visto parar allí a Colón y después a otros sin hacer asiento ni escala en su tierra, creyeron que lo mismo había de ser o hacer Sedeño y los que con él iban, los cuales, luégo echando sus bajeles fuera, echaron de la gente que más dispuesta y mejor armada traían, saltaron en tierra y con ellos saltó su Capitán Antonio Sedeño, llevando consigo algunas cosas de rescate para con ello aplacar a los indios y contentarlos.

CAPITULO II

De cómo Sedeño saltando en tierra de la Isla de la Trinidad hizo un palenque o fuerte de maderos y las causas que a ello le movieron y como los indios se confederaron con Sedeño.

Saltado Antonio Sedeño, Adelantado, en tierra de la Trinidad, los indios lo esperaron, los cuales como son amigos de novedades y Sedeño había sacado algunas cosas de España que darles, mostráronse muy amigos, especialmente un principal o señor llamado Chacomar, que allí junto tenía su población, el cual tenía guerra con los demás señores de la Isla, y por tener ayuda y favor para contra sus adversarios, se confederó con los españoles con más brevedad de la que los demás indios lo hicieron, y habiendo repartido entre ellos cuentas, marcandetas y abalorios y otras niñerías, de esta suerte, pareciéndoles a aquellos bárbaros que el principal fin de los españoles era venirles a dar aquellos rescates, dieron muchas más muestras de alegría, y aunque no había intérprete o lengua que los entendiesen, por señas daban a entender que se holgaban mucho de que Sedeño y sus soldados y gente hiciesen asiento allí. Con esta manera de seguridad echó Sedeño toda su gente en tierra, no desamparando los navíos por tener propicio el remedio si alguna necesidad le constriñese a buscarlos, y en la mejor parte que le pareció conjunta a la marina asentó

su real, con propósito de que con la brevedad que pudiese, entrar la tierra adentro a ver la Isla y naturales y pobladores de ella. Los indios que más cercanos estaban no dejaban de venir de ordinario a ver a los españoles y caballos y perros y otras cosas que llevaban, para ellos de grande admiración, por no haberlas visto ni oído, y traían y proveían de algunas comidas de la tierra a los españoles para su sustento. También ocurrían otras muchas gentes de otras partes de la Isla a ver los españoles, con la fama que les iba de la nueva gente que en su tierra había entrado, aunque hasta entonces no habían recibido ninguna mala obra de sus nuevos huéspedes. Pasados algunos días, viendo Antonio Sedeño la mucha cantidad de naturales que le venían a visitar, y que así como por la noticia que de ellos antes tenía como por el trato y aspecto de sus personas parecían ser belicosos, no tuvo por seguro hospedaje el suyo, por ser los españoles pocos y algo bisoños para el uso de la guerra de indios, y con este temor procuró, antes que la fortuna intentase de darle algún recuentro, de repararse lo mejor que pudiese, y con dádivas que dió a los indios que le venían a ver, y con ayuda del principal su amigo y vecino Chacomar, ordenó y puso por obra hacer un cercado de maderos gruesos muy juntos, que comunmente llaman palenque, para que estando recogido allí con su gente los indios no fuesen parte para ofenderle tan a su salvo como lo pudieran hacer sin este abrigo, y así luego puso por obra lo que tenía pensado y comunicado con sus soldados y capitanes. Y trabajando y poniendo la mano todos en ello acabaron el palenque o cercada en pocos días, dentro del que con los mismos naturales y a fuerza de dádivas que les daban, hicieron algunas casas de paja para su habitación y morada. Con los cuales pareció así al Capitán como a los soldados que sería parte para resistir cualquier número de indios que les vinieran a ofender y aún de allí salir a recorrer la tierra y pueblos comarca-

nos para proveerse de lo que más la necesidad los constriñese a buscar para su sustento. Tuvieron muy grande alegría y contento así el Gobernador como sus soldados de verse mejorados en la tierra con esta manera de fuerza, y cierto tenían razón, porque según los indios de aquella Isla, de su propio natural son indómitos y belicosos y amigos de efectuar cualquier mal propósito que les ocurra. Y las muchas y muy peligrosas armas que tienen, si los nuestros no se anticiparan proveyéndose con esta manera de reparo, sin duda en breve tiempo no quedara ninguno y fuera imposible escapar.

CAPITULO III

Como los indios de La Trinidad se alzaron y rebelaron y vinieron diversas veces a dar en el Real de los españoles.

Pasados algunos días, como los indios son amigos de que ordinariamente les den y contribuyan, y a Antonio Sedeño se le habían acabado los rescates y dádivas con que los solía contentar, constreñido de la necesidad persuadía a los indios a que le proveyesen de lo necesario para comer conforme a los mantenimiento que los mismos indios usan y crían, los cuales viendo que por lo que se les pedía no les habían de dar ni pagar cosa alguna, acordaron alzarse y evitar y apartar el trato y conversación que con los españoles tenían y aún poner y hacer todo su posible por desarraigarlos y echarlos de la tierra. Los soldados a quienes la falta de la comida oprimía a que se desmandasen a buscarla y tomarla como pudiesen, diéronse a hacer algunas salidas de su Fuerte y palenque e ir a los pueblos más cercanos a proveerse del mantenimiento necesario, el cual era algún maiz, yuca y patata y otras inusitadas comidas para ellos. De esta suerte, y viendo los naturales que ya sus huéspedes los españoles se desmandaban a tomar las comidas sin su voluntad y licencia, comenzaron a tratar entre sí de dar orden como matarlos o echarlos de la tierra. Y comunicándolo entre todos los isleños o naturales,

que era harto número de gente, lo aprobaron por cosa acertada y conveniente. Y con esta determinación se previnieron luego de armas y de hacer muy fina y buena yerba y todos los pertrechos y aderezos de guerra de que ellos suelen usar, que no son tan simples ni sencillas como algunos han afirmado, porque la yerba de que usan tiene tal fuerza y vigor, que sin dar mortal herida con ella, mas de rasguñar el cuero de suerte que pueda tocar en sangre o que la sangre toque en la yerba, no hay remedio con que fácilmente pueda escapar, si no es que Dios por su misericordia los quiera librar, o porque en este tiempo no se tenía casi experiencia para atajar la furia de la yerba, como en algunas partes después acá se ha hallado, según en algunos lugares de esta mi historia lo escribo. Y con este género de armas mueren los heridos rabiando y haciéndose pedazos sus propias carnes. Con esta perversa determinación procuraban los indios venir donde los españoles a amedrentarlos y alborotarlos y hacerles el daño que pudieren hasta matarlos o echarlos de la tierra y así los tenían todos los más días cercados, no consintiendo *(sic)* que saliesen a buscar comida a la tierra, adentro Los españoles, aunque eran pocos en número para tanta multitud de indios como sobre ellos venían, usando de los invencibles ánimos de que suelen usar, salían lo mejor armados que podían, y con los caballos que tenían, y dando con los enemigos, los ahuyentaban y echaban de sí y haciéndoles subir a los altos collados y sierras donde, por su aspereza, no podían los caballos subir ni llegar, y unas veces damnificando a los indios y otras veces los indios a ellos, se sustentaron muchos días dentro de aquel Fuerte, sin el cual reparo en breve tiempo los naturales, por el gran número que de ellos se juntaban para las refriegas y cercos que a los españoles hacían, les desbarataran y mataran, y con todo esto, en las refriegas que los unos con los otros tuvieron, le mataron al Gobernador Antonio Sedeño la mayor parte de sus soldados, no tanto con las crueles heridas

que les daban, cuanto con la pestífera yerba que les tocaban, y así vivía con gran confusión de ver que su gente cada día era menos y se disminuía con la guerra que los indios le hacían sin cesar, y porque no fuese sentido el daño que en los españoles los indómitos y pésimos naturales hacían con aquel género de armas, procuraba Antonio Sedeño que los que mataban fuesen enterrados lo más ocultamente que ser pudiese, y no fuese sentido el daño que se les hacía, con la cual industria desecharon de sobre sí el contínuo cerco que los indios les tenían puesto, los cuales, creyendo que con sus armas no hacían daño ninguno a los cristianos, y cansados y aún lastimados de la guerra que muchos días habían tenido, dejaron a los atribulados españoles, y con el propósito de reformarse y juntar más gente para proseguir adelante o ver si podían acabar sus perversos vecinos, se retiraron la tierra adentro.

CAPITULO IV

De una guazabara que dieron los indios a Antonio Sedeño donde acaeció un notable hecho de una mujer española.

No muchos días después sucedió, que un indio de los de aquella Isla, o importunado de sus mayores o por mostrarse más atrevido que los demás, bajó de la tierra a espiar y a ver si podía reconocer los españoles que habían y lo que hacían, el cual temerariamente se metió en medio del día dentro del cercado o palenque, y como la gente estuviese reposando la siesta, no vió hombre ni persona alguna de quien pudiese tener miedo, más que de una mujer española que con su marido había venido en compaña del Gobernador, la cual estaba asentada a la puerta de su casa o aposento labrando; el indio se fué derecho a ella y, poniéndosele delante, comenzó a jugar con ella, a retocarla y quitarle la labor de las manos, la cual viendo la atrevida desvergüenza de aquel bárbaro, se levantó y tomando un palo que cerca de sí halló, sin llamar auxilio de su marido ni de otra persona alguna, dió tras del indio y lo ahuyentó e hizo ir más que de paso. El bárbaro se

salió sin recibir otro daño más del que esta mujer le pudo hacer, que sería bien poco, y se fué y volvió por el camino por donde había bajado, dando noticia a sus mayores y compañeros de la poca resistencia que había hallado y de la poca gente que había visto, y animándolos a que se juntasen y diesen sobre los españoles. Con las nuevas que este indio les dió y persuación que les hizo, se juntó gran número de gentes y al cabo de dieciseis días vinieron por la orden que acostumbraban de noche, a cercar a los españoles en el Fuerte donde estaban, para ver si cogiéndolos descuidadamente, podían dar fin a sus días. Las velas que los españoles tenían puestas, sintiendo la gente que a su Fuerte se allegaba, dieron alarma; los españoles se levantaron con la presteza que la brevedad del negocio requería, y armando esos pocos caballos que tenían, aunque la noche hacía algo oscura, salieron, por no mostrarse cobardes, al encuentro de sus contrarios y comenzaron a escaramuzar con ellos y los indios a defenderse de los españoles. El indio que los días antes había venido a espiar, o afrentado y corrido del daño que la mujer española le había hecho, o por buena voluntad que le debió de cobrar, tomó otros cinco compañeros y, apartándose de la demás gente de su escuadrón, que por ser oscuro no lo echaron de ver, fueron por una puerta falsa que el palenque tenía hacia la parte de la mar, y hallándola abierta y sin ninguna resistencia, se entraron dentro y se fueron derechos a la casa y bohío donde había sucedido al indio los requiebros con la mujer española. la cual sintiendo el estruendo que los indios traían y considerando el daño que podía ser a sobrevenirle, la cual, es de creer, que andando su marido y los demás españoles en la pelea que andaban, no estaría durmiendo, tomó una espada que en su aposento estaba, y poniéndose a los pechos el almohada de su cama, para la defensa de las flechas, se llegó a la puerta de la casa o bohío doade vivía, y con ánimo más varonil que de mujer, defendió valerosamente a aquellos iní-

cuos bárbaros que no le entrasen dentro, hiriéndoles con la espada, tan diestra y animosamente, que aunque estuvieron allí más de tres horas haciendo todo su posible por ganar la puerta y entrar dentro, jamás lo pudieron hacer, con sólo la resistencia que aquella buena mujer les hacía, aunque los bárbaros procuraron ofenderla con mucha cantidad de flechas que le tiraron, las cuales, fué Dios servido, que hacían el golpe en la almohadilla que por rodela o antepecho tenía, y así nunca recibió ningún daño; estando en este aprieto, un soldado de los que en la pelea o guazabara de los indios andaba con los demás españoles, recibió un flechazo peligrosísimo, el cual con el extraño dolor y tormento que de la yerba que la flecha tenía recibió, se retiró a su Fuerte tan fuera de tino que ni sabía ni veía por donde venía, y con esta turbación y alteración, privado de su natural juicio y sentidos, pasó por cerca de donde la española estaba defendiendo su casa y persona de aquellos indios, la cual no sabiendo ni creyendo la turbación y peligrosa herida que aquel español llevaba, le comenzó a llamar importunándole y rogándole que la favoreciese, pero como ni él sabía adónde iba ni quién le llamaba, por el gran tormento de la yerba, se metió en una concavidad que, entre el palenque y bohío donde la mujer estaba, había, y arrimándose a los palos del cercado murió tan miserablemente que, sin caer en el suelo, se quedó arrimado al palenque, yerto, donde después fué hallado. Y aquella alba rendía o amanecía; los españoles que a caballo andaban, ahuyentaron los indios y los hicieron retirar la sierra arriba, aunque con daño de alguno de sus españoles, a quienes con algunas flechas enerboladas de aquella pestífera yerba, habían herido. Y vueltos a su Fuerte y palenque entraron gritando con la victoria que habían habido, Santiago, Santiago. Los indios, que tenían puesta en aprieto y nunca podido rendir ni vencer a nuestra española, sintiendo que los españoles venían, desampararon la casa y pusiéronse en huída; la mujer, viéndose libre

de aquellos bárbaros que la habían querido prender y tomar a manos, con la venida de los españoles fué tanto el placer que sintió que, como muchas veces suele acaecer, con los dos extremos de placer y tristeza, se le cubrieron las telas del corazón y cayó amortecida en el suelo. Los españoles llegaron y, como no la oyeron hablar, sospecharon que fuese muerta y llevada de algunos indios, y entrando en su casa halláronla privada de sus sentidos y por el poco sentimiento que hacía creyeron que sería muerta, y alzándola del suelo y entendiendo el desmayo que tenía, del que a poco volvió en sí, donde comenzó a quejarse de la inhumanidad que el español, ya muerto, había usado con ella en no favorecerla, y andándolo a buscar para reprenderle de su crueldad y cobardía, lo hallaron muerto en la forma que está dicho. Fué tan valeroso este heclio de esta varonil mujer, que cierto es digno de que se haga particular mención de ella y de su nombre, el cual quisiera saber, por estamparlo en este lugar con letras de oro.

CAPITULO V

De cómo Antonio Sedeño, viendo su perdición, determinó salirse de la Trinidad y pasarse a la punta o ancón de Uria Paria y así lo puso por obra.

Estaba Antonio Sedeño con gran temor, y no sin razón, de ver el fin y ruina suya y de sus soldados, porque con las contínuas escaramuzas, recuentos y guazabaras que con aquellos indómitos bárbaros había tenido, le habían faltado la mayor parte de ellos, muertos cruel y miserablemente con la yerba de que eran heridos, y por el consiguiente los caballos se le habían apocado, y aunque nunca le había faltado la amistad del cacique y señor Chacomar, su vecino, no había sido parte para la resistencia de la multitud de aquellos bárbaros, porque el cacique tenía poca gente y ya que era suficiente para sustentar la amistad de los cristianos, no era poderoso para resistir a sus contrarios ni estorbar sus perversos designios y obras do

ellos; mas, con todo esto no dejaba de ser muy provechosa la amistad de este principal a los cristianos, que tan aflígidamente se sustentaban, y proveyéndoles de algunas cosas necesarias de comida, y dándoles aviso de lo que los contrarios querían o determinaban hacer; y andando el Gobernador considerando cuán presta o propincua tenía su mala destrucción, procuraba atraer a su imaginación todos los medios que podía para fomar el más conveniente, a sí y a su gente, e irse él a Puerto Rico a traer más gente. Unas veces le parecía que era cosa acertada dejar allí, en aquel Fuerte, la gente e irse él a Puerto Rico a traer más gente, y a esto se le oponía el mal suceso que tendrían los que allí quedasen, y cuán perdidas o vendidas quedaban sus vidas; otras veces le parecía que era mal caso desamparar del todo la tierra, que sería perder el título y merced que Su Majestad le había hecho de Adelantado de la Trinidad, y que era gran vergüenza para él volverse sin efectuar cosa alguna; y entre éstas y otras consideraciones, le pareció que lo más acertado sería pasarse con toda la gente que tenía a la costa de tierra firme y provincia o punta de Uria Paria, y allí hacer una fortaleza y dejar en ella la gente con el más bastimento que pudiese, y dar la vuelta a Puerto Rico con algunos de sus amigos y juntar de nuevo la gente que pudiese, para tornar a entrar en la Trinidad, y comunicándolo con los soldados que le habían quedado, por verse fuera de tanto riesgo como tenían, aprobaron y confirmaron el parecer del Gobernador Sedeño, y poniéndolo luégo por la obra, se embarcaron en los navíos que habían allí traído, y desamparando el palenque o cercado que tenían, se partieron de la Trinidad, después de haber residido en ella con la calamidad y trabajos y hambre y necesidades, que Dios Nuestro Señor sabe, mucho tiempo—un año—y rogando al cacique, su amigo, que les diesen algunos indios para que les ayudasen a hacer la fortaleza que pensaban hacer, llegaron el propio día a la punta o ancón de Uria Paria, donde des-

embarcaron con harto contento por verse fuera del riesgo con que en la Trinidad vivían y habían residido.

CAPITULO VI

Cómo Sedeño hizo un Fuerte en tierra de Paria y dejando en él algunos soldados se fué a Puerto Rico, y cómo los indios de Uria Paria se rebelaron contra los españoles.

Saltada toda la gente de Sedeño en Paria, luego se ocuparon en ver y saber cuál sería el más cómodo lugar y sitio para fabricar y hacer la fortaleza o Fuerte que pretendían, y mirándolo diligentemente en la parte más cómoda que a todos pareció, comenzaron a hacer su fortaleza de piedra y tierra, con ayuda de los naturales e indios amigos, que trajeron de la Trinidad, y con otros que de la propia provincia y tierra de tierra de Paria les habían venido a verlos, los cuales, ignorando los designios e intentos de los españoles, fácilmente les ayudaron a fabricar lo que querían, porque es cierto que, según es de belicosa y atrevida aquella gente de Paria y enemigos de gente que los pueda sujetar, si entendieron el propósito con que los españoles hacían la fortaleza, no sólo no les ayudaron, mas procuraron juntar todas sus fuerzas y echar de la tierra o matar a los españoles, y no sin falta de mucho trabajo que los españoles padecieron en la obra, acabaron su fortaleza, y para que los que en ella habían de quedar quedasen con bastante mantenimiento, de suerte que la necesidad y falta de ellos no les constriñese a irlo a buscar a las poblaciones comarcanas, donde pudiesen recibir daños o ser muertos de los naturales. Hizo el Gobernador Sedeño con toda la gente, con algunos resgates que le habían quedado y a las veces sin ellos, y por las demás vías que pudo juntar en la fortaleza, gran cantidad de comida y bastimento para los que en ella habían de quedar y, hecho esto, determinó de partirse dejando en ella por su teniente a Juan González, con hasta veinte y cinco hombres, animándolos a que con toda constancia y fidelidad, guar-

dasen aquella fortaleza que les dejaba a cargo y no la entregasen a ningún español o Gobernador que por allí viniese, porque su vuelta con el socorro sería con toda la brevedad posible, y con esto se embarcó y partió de sus compañeros y provincia de Uria Paria y se fué la vuelta de Puerto Rico a buscar y proveerse de más gente. Los de la fortaleza se conservaron algunos días en amistad con los indios comarcanos, los cuales queriendo escudriñar o tentar las fuerzas de los españoles, se rebelaron y rompiendo o quebrando la paz y amistad que con ellos tenían, se comenzaron a indignar los unos a los otros y a tratar que los españoles se estaban en su tierra y querían vivir en ella; que, antes que viniesen más, los echasen de allí o los matasen y derribasen aquella casa o Fuerte que tenían hecho, para que, si otros viniesen, no hallasen donde recogerse ni albergarse, y con la guerra que ellos les hiciesen, no pararían y se irían a otra parte; y viniendo todos los naturales de aquella provincia en este mal propósito, se juntaron y pusieron a punto de guerra y con sus armas enarboladas y orden de guerra que ellos acostumbran, vinieron sobre los españoles, que algo temerosos de este suceso estaban y puestos en vela y mira cerraron sus puertas; los indios les cercaron la fortaleza, y como no saben más de pelear con aquellas armas arrojadizas que usan y tiran, no supieron como entrar a los españoles ni escalarles su Fuerte, y así los tuvieron cercados algunos días; visto que su cerco era de ningún efecto, se volvieron a sus pueblos, y no dejaban de venir algunos días a ver si los españoles salían o se alejaban por algunas partes o poblaciones a buscar de comer, y así se sustentaban con harto trabajo los soldados, sin ser señores de alargarse mucho de su fortaleza a buscar algunas cosas de que tenían necesidad, porque la comida se les iba acabando y habían de ser forzados a irla a buscar y tomar, y empezaban ya a padecer hambre y a comer muy limitadamente.

CAPITULO VII

Cómo el Emperador Don Carlos dió a Don Diego de Ordaz una Gobernación en el río Marañón y su partida de España hasta llegar al paraje o boca del río Marañón.

En este mismo tiempo, que sería por el año de treinta, Don Diego de Ordaz, Comendador de la Orden de Santiago, y a lo que afirman de sangre ilustre, habiendo ido a los reinos de España de la conquista de la nueva España, donde se halló por Capitán con Hernán Cortés desde su primer entrada y descubrimiento hasta que fué enviada gente a España, con los cuales fué este caballero con propósito de emprender alguna cosa ardua con que esclarecer más su nombre y dejar de sí la memoria que los demás pretenden, inquiriendo diligentemente qué provincias había en este tiempo por poblar en que pudiese emplear su valor y aprovechar su persona, supo o fué informado de personas que los sabían, que la mejor demanda y de más provecho era el río Marañón, aunque en este tiempo llamaban el Marañón otro río más pequeño, que está más adelante, que entra en la mar por sí, y el que ahora llaman llamaban entonces mar dulce, y después fué llamado el río de Orillana. Otros afirman, y esto es lo más cierto, que este río, que primero fué llamado Marañón, no lo hay o es el mismo que ahora llaman Marañón, que es por do bajó Orillana y después el infeliz traidor Lope de Aguirre. Este río fué descubierto por los Pinzones el año de mil y quinientos menos uno, y aunque al principio algunos afirmaron ser muy rico, debieron decirlo por conjeturas, o porque les pareció que un río de tan grande boca y de tan grande ayuntamiento de aguas no podía dejar de ser muy poblado y rico; mas su opinión fué incierta, pues hasta hoy no se ha hallado en él cosa notable, porque Orillana que fué el primero que lo navegó, dijo algunas cosas apócrifas y sin fundamento inventadas sólo para mover y atraer gente así para llevarlos consigo a descubrir la tierra, si alguna había, lo cual confirmó después la gente que por

este propio río abajó amotinada de Perú con Lope de Aguirre, los cuales afirman no haber visto cosa notable en el principio, medio, ni fin de este río, mas de que cerca de la boca o remate del de una parte y de otra había y vieron cierta cerranía baja y pelada, toda rasa en la cual vieron cantidad de humos y gran apariencia de estar poblada, pues antes de Orillana y de Lope de Aguirre, pidió el Comendador Diego de Ordaz al Emperador Don Carlos, en el tiempo dicho, la conquista y población de este río Marañón. Su Majestad se la concedió atento la calidad de su persona y lo mucho que le había servido en el descubrimiento de la nueva España con título de Gobernador y Adelantado de todo lo que descubriese y poblase en este río y sus comarcas. De la nueva España llevó algunas riquezas Don Diego de Ordaz a España, con los cuales y con la codicia que los españoles suelen tener de subir y valer más, juntó mil y doscientos hombres y con ellos se partió de España el año referido, en dos naves y una carabela y vino a las Islas de Canaria, porque, como es notorio, desde el primer descubridor de las Indias hasta el último navegador de aquella carrera todos han llegado a reconocer estas Islas y tomar puerto en la que más cercana así hallan, por estar en el camino de su navegación y rehacerse en ellas de algunas cosas necesarias para su mantenimiento o matalotaje. La Isla donde Ordaz llegó fué la de Tenerife, porque en aquel tiempo era y ha sido ahora la más fuerte y abundante de comidas y mantenimientos que ninguna de las otras; en esta Isla, en el puerto que dicen de Santa Cruz, estuvo Ordaz con su armada poco más de dos meses, en el cual tiempo se realizó así de gente como de otras cosas necesarias a su navegación, y entre las demás gentes que en esta Isla se le llegó al Comendador *(sic)* Ordaz fueron unos hidalgos naturales de ella llamados los Silvas, que se ofrecieron a llevar ciertos navíos y gente a su costa para esta jornada, de los cuales más particularmente diré adelante; viendo el Comendador Ordaz que se detenía o había deteni-

do mucho en esta Isla de Tenerife y que los Silvas no estaban del todo aderezados para juntamente con él seguir el viaje, acordó dejarlos aderezándose para que cuando estuviesen de todo punto aprestados fuesen en su seguimiento; y así les dijo cómo se quería partir y que la derrota que llevaba sería de las Islas de Cabo Verde, porque también en la primera navegación de las Indias se iban a reconocer estas Islas de Cabo Verde, que son o eran del Rey de Portugal, y de allí navegan derecho al poniente, lo cual no se hace ahora porque se ataja algún tanto de camino, y que de estas Islas iría derecho al Cabo de San Agustín o a la boca del río Marañón, donde los esperaba hasta que fuesen llegados y juntos pusiesen en ejecución la jornada de tierra. Los Silvas quedaron de hacerlo como el Comendador Ordaz, en cuya Capitanía y jurisdicción se habían metido, les mandaba, y con esto los unos se quedaron aprestando y los otros se hicieron a la vela y siguiendo su derrota y viaje de la suerte que he contado, llegaron al río Marañón, y digo río Marañón, porque el agua dulce de este río entra en la mar doce leguas sin que el amargor y salobridad de la mar lo corrompa, y así aunque metidos en los términos marítimos, que se puede decir que estaban en el río en el que no pudieron entrar a causa de los muchos y grandes bajíos que con la inundación del río hacía por allí la mar, en tanto grado que por distancia de doce leguas apartados de tierra tenía tan poco hondo la mar, que se hallaban las naves a tres brazas y sin poder navegar, si no era con riesgo, y por esta causa le fué forzoso hacerse a la mar y navegar fuera del peligro y riesgo de los bajíos.

CAPITULO VIII

De cómo la nave pequeña y la carabela de Ordaz se perdieron a la boca del Marañón y lo que acerca de estos españoles perdidos se ha tratado después acá en el Nuevo Reino.

Estando esta armada de Ordaz en el peligro y riesgo que he dicho, por hallarse tan lejos de tierra y tan en ella a causa de la poca hondura que la mar allí hacía, o con tormenta que sobrevino o con la turbación que de verse en términos de perderse tuvieron los pilotos y capitanes de la otra nave y carabela, se apartaron de su Capitán y dejándose llevar de los vientos y aguas fueron a dar a unos bajíos o anegadizos que llaman de encima de arnacos, donde viéndose la gente sin ningún remedio de poderse guarecer, aprovechándose los que pudieron del último que les quedaba, se metieron en los bateles los que mediante su buena solicitud y diligencia pudieron caber en ellos, y pereciendo todos los demás en aquellos anegadizos, navegaron en demanda del ancón o Golfo de Paria, donde tenían entendido que estaría su Capitán, y como para ir en demanda de este golfo habían de navegar otro más peligroso, que era el donde estaban, y los bateles no eran de tanto sustento y fundamento como para sufrir semejantes males y carga se requería, con pequeña tormenta sorbió y tragó la mar el uno de los bateles con la gente que en él iba sin escapar ninguno, y el otro batel, más por milagro y voluntad divina que por ser él parte para haberse de poderse escapar donde el otro se había perdido, aportó a la Fortaleza de Paria, donde estaba la gente de Sedeño, donde dió esta noticia de la nave pequeña y carabela en la forma que he contado. Acerca de lo cual hay otra y aún otras opiniones, y es que al tiempo que esta armada llegó cerca del Marañón, esta nave y carabela de quien se ha contado, como eran menores que la capitana y traían menos carga sufrían navegar en menos agua que la nave capitana, y así se dejaron ir al amor del agua y tiempo

y fueron llegándose más a tierra o por el río adentro adonde no fueron parte para volver atrás cuando quisieron, y siendo arrebatados por los cafareos velajes, que la mar con su creciente hacía, fueran llevados forciblemente el río arriba donde se tuvo por cierto que la gente saltaría en tierra y aprovechándose del remedio de las armas procurarían conservar sus vidas entre los naturales que por allí hallasen. De esta gente, conforme a este suceso, se dice haber dado noticia algunos naturales comarcanos al Nuevo Reino de Granada que tratan y contratan hacia esta parte que allí llaman las Sierras del Sur y por otro nombre El Dorado, diciendo que en estas Sierras del Sur hay españoles o gente barbada y vestida de la propia suerte y manera de los españoles, a los cuales el vulgo ha llamado la gente perdida de Ordaz, por los que en estos dos navíos se perdieron, y podría ser que fuese cosa inventada por algunas personas a fin de que con este color de decir que en aquella Provincia hay españoles perdidos se dé comisión para irlos a buscar, y yéndolos a buscar, buscar la noticia que riquezas y naturales siempre se ha dado de este Dorado (o Sierras del Sur), lo cual los que han gobernado, de contínuo han rehusado, a fin de que por hacer bien a los pocos perdidos ha de redundar daño a muchos otros, porque para hacerse esta jornada, forzosamente se ha de juntar congregación de más de trescientos españoles, y para juntarse éstos podría ser despoblarse algunos pueblos, que están poblados y que por ser pobres y de poco provecho, los que en ellos residen son compelidos de pura necesidad a sustentarlos y hallasen esta puerta abierta, aunque en duda y aventura dejaran lo que tienen y se irían a buscar otra cosa mejor; y además de esto habían de despoblar algunos pueblos de naturales que de fuerza o de grado llevaran consigo, y este daño tarde o temprano ha de recibir el Nuevo Reino, porque según opinión de muchos y experimentados conquistadores, y aún por lo que palpablemente vemos por vista de ojos de esta

jornada, no se puede hacer mejor ni menos costa ni en más breve tiempo ni con menor riesgo por ninguna parte por las hasta hoy descubiertas ni pobladas, como por el Nuevo Reino, por estar tan cerca la una Provincia de la otra y tener el Nuevo Reino abundancia de las cosas necesarias para jornadas y buenas y ciertas guías y españoles que se hallaron con Felipe Dutre al principio de esta notícia, como en otra parte diremos. Mas volviendo a lo de los españoles de Ordaz, como dije, no tengo por cosa cierta haber españoles en esta provincia perdidos, y ser, como he dicho, invención de soldados, porque demás de lo que en contrario de esta opinión he referido, hay otra que den *(sic)* todo en todo la repugna y contradice, y es que el año de veinte y ocho, atravesando por los Llanos de Venezuela un Capitán, que con cierta gente había salido de Coro, pueblo de la Gobernación de Venezuela, a buscar y descubrir nuevas tierras para poblarlas. (Entre la gente que este Capitán llevaba, se divulgó y derramó esta nueva de que en aquella banda del Sur, que es como he dicho, lo que llaman El Dorado, había españoles, y desde entonces dura esta fama hasta hoy sin mas claridad), pues las naves o gentes de Ordaz se perdió el año de treinta, y esta fama tuvo origen el año de veinte y ocho que fué dos años antes que Ordaz viniese al Marañón; sigue de esto clara y evidentemente ser esta noticia de españoles en las Sierras del Sur, cosa fabulosa y soñada.

CAPITULO IX

Cómo escapando Ordaz con su nave Capitana de la fortuna del Marañón entró en el Golfo de Paria y se apoderó del Fuerte de Sedeño por mandato de Gerónimo Ortal.

Viendo el Comendador Ordaz el gran peligro y riesgo en que estaba, por no tener suficiente hondura allí la mar para navegar con la brevedad que se requería, procuró hacerse a la mar, a lo cual lo ayudó

fácilmente el viento, que por permisión divina en aquel punto se volvió a tierra y haciéndose a la mar tomó acuerdo con algunos de los que tenían noticia de aquella costa y tierra, en lo que debían hacer, pues no eran parte para entrar en el río Marañón a causa de no haber en algunas partes de su entrada la hondura que para navegar su nave se requería. No faltó quien tuvo noticia de la tierra de Paria, cuya provincia se afirma ser muy poblada de naturales y rica de oro y plata, y dando aviso de ello al Gobernador, de cuán cerca estaba de allí y de su Gobernación, luégo de común consentimiento tomaron la derrota para ir allá, y comenzando a navegar, no apartándose de vista de tierra por no engolfarse, sin haber navegado mucha distancia permitieron sus hados, que en todo les eran contrarios, que diese y encallase la nave en una pequeña Isla o bajío, que por delante tenía, cuya playa, por ser arenosa, o leganosa, no causó la total perdición de esta nave y gente, los cuales, viéndose en este peligro, y que por razón de no haberse de repente la nave quebrado y hecho pedazos podían ser remediados con toda diligencia, saltó toda la gente en tierra, que serían seiscientos hombres, y alijando y echando fuera cuarenta caballos y otras muchas cargas que dentro tenía, procuraron por todas las vías que pudieron, sacar la nave sin lesión alguna de aquel peligro, y por mucha prisa que se dieron y diligencia que pusieron, se estuvieron allí dos mareas sin poder mover la nave, y a la tercera quiso Dios Nuestro Señor porque tanta gente no pereciese que echando todos los remos que pudieron en el batel o fragata que la nave traía para su servicio, y atando la nave al batel y tirando con todo ímpetu y fuerza que pudieron poner en los remos, sacaron la nave a lo largo, do podía navegar, y tornando a embarcar los caballos y otras cosas que habían sacado fuera, prosiguieron su viaje y embocando por las bocas del Drago, que es un estrecho y angostura que una punta de la Trinidad hace con otra de la Tierra firme, entraron en el Golfo de Paria, que es una concavidad que

de mar se hace entre tierra firme de Paria y la Isla de la Trinidad, el cual está casi cerrado, porque sólo dos salidas que tiene que, como he dicho, la una es las bocas del Drago y la otra hacia la parte de Cubagua, donde así mismo otra punta de la Isla de la Trinidad estrecha la mar con la Tierra firme; son muy angostas y estrechas, y aun esta salida que este Golfo de Paria tiene hacia Cubagua, es de más peligro y riesgo que las bocas del Drago, por tener en medio dos islas pequeñas, donde peligran muchas veces los navegantes. Entrado en este Golfo el Comendador con su nave, echó de su gente en tierra a la parte de Paria, en una provincia de indios llamada los Acios, que por haber tratado antes con españoles, no se acoraron ni alborotaron con la llegada de la gente de Ordaz; antes, tratándose amigablemente con ellos, les dieron a entender, casi por señas, cómo en otra provincia, que estaría ocho leguas de allí, llamada Turuquiare, habían españoles. Sabida por don Diego de Ordaz esta nueva, no dejó de alborotarse, por no saber qué gente fuese aquella y parecerle que forzosamente había de tener controversias sobre el poseer de aquella tierra; porque pretendía que ya que por su contraria fortuna le había salido incierta la jornada del Marañón, introducirse y meterse en aquella provincia de Paria, diciendo que entraba en los términos y límites de su Gobernación, y con esta confianza vino a preguntar qué gente estaría donde los indios decían, los cuales le respondieron dándole a entender que serían hasta veinte hombres y que estaban en una sola casa. Con esta nueva cobró más aliento el Gobernador Ordaz, y mandando aderezar cien hombres, les dió por Capitán a Gerónimo Ortal, que después, por muerte suya, vino a ser Gobernador de Paria, a quien él traía por Tesorero de la Hacienda Real en su Gobernación, mandándoles que diligente y cuerdamente fuesen donde los indios decían y viesen qué gente era aquella y la reconociesen, y si fuesen parte para con poco tumulto, prenderlos y le avisasen de ello.

Con estos hombres se embarcó Gerónimo Ortal en el bergantín, y navegando hacia la fortaleza de Paria llegó a ella, donde no pequeño contento y alegría recibieron los soldados que allí estaban, por ver españoles y gentes de su nación con quien poder salir y escapar de la sujeción que los naturales de aquella provincia tenían sobre ellos, que a no haber tenido el reparo y abrigo de aquella frágil casa y cercado de tapias donde estaban recojidos, a quien tenían puesto nombre de fortaleza, habrían sido muchos días antes muertos y desbaratados de los indios, aunque fuera mucha más cantidad y con mejores aderezos de armas que ellos allí tenían. Saltando en tierra Gerónimo Ortal con su gente y viendo la poca gente que en la fortaleza había, y cuán descoloridos, flacos y maltratados estaban, se entró, como suelen decir, de rondón en la fortaleza y preguntándoles la causa de su estada allí, y habida la repuesta de ellos, se apoderó de la fortaleza y de todo lo que en ella había, y despojando a Juan González, a quien Antonio Sedeño había dejado allí, por su teniente o caudillo del poder y jurisdicción que tenía, luego dió aviso de ello al Comendador Ordaz, que con la nave había quedado atrás, de todo le que pasaba y había visto y hallado, a lo cual envió el bergantín en el que había venido con algunos soldados, así de los de Sedeño como de los que con él habían venido.

CAPITULO X

Cómo Ordaz se informó así de los españoles de Sedeño, cómo de los indios de aquella tierra y si había por allí cerca alguna provincia rica y lo que le respondieron y lo que él hizo

Despachado el bergantín por Gerónimo Ortal con la nueva de lo que en la fortaleza había hallado, llegó en breve a la nave donde dió noticia y relación de todo lo que había y pasaba al Comendador Don Diego de Ordaz, el cual recibió muy gran contento en saber que no había quien le resistiese ni defendiese la posisión que de aquella tierra a título de Gobernación suya pensaba tomar, y no deteniéndose ni perdiendo más

tiempo, se hizo luego a la vela y se fué derecho a surgir al puerto ya dicho de la fortaleza, y saltando en tierra con el resto de la gente que quedaba, mandó luego parecer ante sí a Juan González, teniente de Antonio Sedeño y a todos los más de los soldados que allí con él habían quedado y, fingiéndose muy enojado, los reprendió de palabras ásperamente, dándoles a entender que si la necesidad que tuvieron de salirse de la Trinidad no les hubiera constreñido a pasarse a aquella tierra y hacer aquella fortaleza, los castigara con todo rigor, como a hombres que por vía de injusta instrucción se apoderaban y metían de su autoridad en Gobernación y Distrito ajeno, y que a él le estaba encargado y dado por su Majestad allende de la grave punición que merecían, por haberse tan temerariamente y con tan loca osadía metido tan pocos soldados y tan mal aderezados entre tan gran número de naturales como en aquella provincia había y tan belicosos, donde por no ser ellos parte para defenderse ni sustentar ningún tiempo, hubieran recibido con crueles muertes que aquellos bárbaros les diéran la pena de su inconsideración, cuyo justo castigo redundara en daño de todos los españoles y cristianos que después llegaren a aquella provincia, los cuales pudieran ser muertos y maltratados de los indios por estar ya impuestos en ello con la muerte que a ellos les hubieran dado y otros géneros de crueldades que en ellos hubieran ejercitado; y dando fin a su plática, les dijo, cómo aquella tierra era suya y de su Gobernación y que él la venía a poblar y pacificar, y que si les quisiesen seguir en la conquista y pacificación de ella, que les gratificaría a todos tan particularmente como a los que con él venían, sin que en ello hubiese distinción de personas, mas de que conforme a lo que cada uno trabajase sería enteramente gratificado. Y dando todos muestra con alegres rostros de que le seguirían y servirían con entera voluntad, cesó la plática, y luégo el Comendador o Gobernador Ordaz comenzó a informarse de los españoles de Sedeño lo que habían entendido o sabido en el tiempo

que allí habían estado, de la gente y riqueza de aquella provincia, los cuales le respondieron haberles dicho los indios que por allí cerca estaban, con quien al principio mediante los resgates que le habían dado, habían tratado y conversado, que en el río de Uria Paria, que estaba pocas leguas de allí, había mucha cantidad de naturales que poseían mucho oro y otras riquezas, lo cual habían certificado otros naturales de otras poblaciones más apartadas que allí les habían venido a ver. Sabido esto por Ordaz, luégo procuró atraer así de paz los naturales de aquella provincia, los cuales fácilmente vinieron, e informándose de ellos acerca de la noticia que los españoles le habían dado, le respondieron y dijeron lo mismo, y teniendo por verdadero lo que le decían, luego procuró con acuerdo de sus capitanes y principales dar orden en lo que se debía aderezar y hacer para efectuar aquella jornada y navegación y conquista del río de Uria Paria, y porque para hacer esto se había de detener algún tiempo en aquella provincia, y no traía suficientes vituallas y bastimentos para la gente, acordó repartirla toda la más por los pueblos más cercanos a la fortaleza, y que estaban de paz y en su amistad, para que allí se sustentasen a menos costa y conservasen el amistad de los indios y con su presencia les hiciesen acudir con las cosas necesarias a su avío, que era traer madera para hacer tres bergantines y otros barcos pequeños que fácilmente pudiesen navegar por el río de Uria Paria y para con ellos subir navegando la nave, lo que la pudiese en llevar el río arriba; también se detuvo aquí el Comendador Ordaz, por esperar algunos días a ver si la nave y caravela que en la boca o bajos del Marañón se habían apartado, donde acudían a buscar, en el cual tiempo llegó el batel donde vinieron noticias de su perdición en la forma que arriba queda declarado, y porque atrás dije que daría entera relación de los Silvas que quedaron haciendo gente en Tenerife y que habían de ir en seguimiento del Gobernador, y estándose haciendo estos barcos y bergantines en la fortaleza de Uria Paria, lle-

garon los dos hermanos. De ellos trataré en el siguiente Capítulo, todo lo a ellos tocante hasta su muerte, porque mejor se entiende estando escrito todo ello en un Capítulo sólo que en diferentes lugares de la Historia donde pertenece escribirse.

CAPITULO XI

De cómo los Silvas, hombres naturales de la Isla de Tenerife, siguieron al Comendador Ordaz y el fin que tuvieron por sus malas obras.

Al tiempo y sazón que el Comendador Ordaz llegó a la Isla de Tenerife, saltó a tierra Alonso de Herrera, a quien él traía por su Maese de Campo, para que como hombre práctico en negocios de milicia, y de singular gracia para atraer a sí los ánimos de los soldados, por su familiaridad así en el hablar como en el tratar, juntase alguna gente, el cual entre otros vecinos y naturales con quien allí trató y tuvo amistad, fueron estos Silvas, gente de mediana hacienda y linaje, y juveniles en la edad y aún en el juicio, a los cuales fácilmente atrajo a sí Alonso de Herrera, para que deshaciéndose del patrimonio y bienes que allí tenían, los gastasen en armar un navío, o los que pudiesen, y en ellos metiesen los soldados y gente que hallasen, para ir con el Comendador Ordaz en demanda de aquella rica por fama, e incierta noticia del Marañón, y con esto no sólo adquirirían títulos de capitanes y personas principales y preeminentes, más tenían tanta mano en el negocio del gobierno de la gente y tierra que se descubriese y poblase, como el propio Gobernador, y poniéndoles por delante además de las adulaciones dichas, las muchas riquezas, aunque violentamente habidas, que en aquellos tiempos de las indias se llevaban a España, que aunque no eran tantas ni tan lícitamente habidas como las de estos tiempos, parecían ser en tanto número, por ser la tierra nuevamente descubierta. Determinados los Silvas de hacer lo que Alonso de Herrera les rogara, pareciéndoles venirles muy bien y a pelo el negocio, con una incierta y vana esperanza se deshicieron de los bienes y hacienda que en ella tenían y com-

prando una nave, y una caravela o navío, comenzaron a ponerse a punto de proseguir y salir con su jornada adelante, convocando y atrayendo a su compañía muchos amigos y conocidos de los que en aquella Isla tenían, los cuales con ver a estos vecinos deshacerse de sus heredades y dejar la cierta y mediana posición que tenían, por meterse debajo de lo que la fortuna con ellos quisiese guiar, fácilmente se dispusieron a seguirlos y así juntaron más de doscientos hombres. Estando ya a punto estos capitanes con su jente y navíos para partir en seguimiento de su Capitán y Gobernador, llegó a la misma Isla de Tenerife al propio puerto de Santa Cruz, donde estaban surtos los navíos de los Silvas, un galeón de un caballero portugués cargado de mercaderías y de otras cosas que para el sustento de aquella Isla se traían, en el cual así mismo venía una doncella de poca edad, hija o parienta del señor del galeón; el que venía por maestre de este galeón, o por enojo que de su dueño tuvo, o por otra diabólica codicia que a ello le movió, trató con Gaspar de Silva, que era hermano mayor de los tres, que se apoderase él del galeón y de todo lo que en él estaba y lo llevase consigo; Gaspar de Silva dejóse fácilmente vencer de su codicia e hizo lo que el maestre del galeón le decía, del cual apoderándose contra toda razón y justicia, echó los demás que contra su opinión y voluntad estaban en él y dióles en recompensa la nave que tenía para su viaje, que era vieja y maltratada con el mucho trabajo, y de lo que le pareció, pasó al otro navío que él antes tenía en el cual pensaba navegar con la doncella que en el galeón había venido. Repartiendo la gente que allí tenía hecha en el galeón y navío, metió a sus dos hermanos llamados Juan González y Bartolomé González en el galeón por capitanes de él y él se metió en la caravela, y haciéndose a la vela tomaron su derrota a las Islas de Cavo Verde, como el Gobernador Ordaz les había mandado, a donde en pocos días llegaron, y saltando en tierra a tomar algún refresco para la mar, procuró aprovecharse más de lo que era razón a gente de su na-

ción, robando todos los ganados y otras cosas que pudo haber contra la voluntad de sus dueños, y aún casi a manera de amotinado, robó y despojó algunos portugueses que en la Isla a mano halló, todo lo que tenían, y dejándolos despojados de sus haciendas, se embarcó y prosiguió su viaje, en el cual, para que se efectuasen todos los géneros de maldades forzó y corrompió a la doncella que en el galeón había tomado, con las otras cosas; el galeón era más lijero en el navegar, y así en el camino, se adelantó y dejando atrás a la carabela en que iba Gaspar de Silva, se fué dando vista al río Marañón y a los demás puertos que por allí había, y viendo que en todos ellos no había rastro ni señal de los navíos del Comendador Ordaz, embocó por las bocas del Drago, y fué derecho a dar al puerto de Uria Paria, donde halló que estaba surta la nave Capitana. El Comendador sintió muy gran alegría y contento de ver venir la gente que atrás había dejado, y haciéndose su salva o manera de recibimiento los unos a los otros, surgió el galeón de los Silvas y saltando en tierra fueron muy bien recibidos de su Gobernador, y viendo que tan bien proveídos venían, aunque no sabía a cuya costa y que no sólo traían lo que habían menester, más otras muchas cosas para vender a los que en la tierra estaban, se alegró muy mucho más y les rindió más particularmente las gracias, dándoles licencia para que pudiesen vender lo que traían sobrado, como quisieren; mas, Dios Nuestro Señor, que no consiente que semejantes maldades pasen ni queden sin castigo, permitió que dos soldados que en el galeón habían venido, llamados Hernán Sánchez Morillo, y Briorres *(sic)*, que no debían de haber sido consentidores en las maldades de los demás, dieron noticia al Gobernador Ordaz de lo que los Silvas tan malvadamente habían hecho, así en haberse alzado con el galeón y todo lo que en él venía, como del corrompimiento a fuerza de la doncella y robo hechos en Cabo Verde, lo cual no curando disimular el Gobernador, antes procurando y deseando que se les diese el castigo que semejantes negocios merecen,

mandó luego a Gil González de Avila, a quien él tenía por su Alcalde Mayor, que prendiese a los dos hermanos que venían en el galeón y que, haciendo información sobre los crímenes de que le habían dado noticia, hiciese justicias de ellos y castigase a todos los más culpados; el Alcalde Mayor puso luego por obra lo que su Gobernador le mandara y, habida información bastante sobre ello, cortó la cabeza a los dos hermanos Juan y Bartolomé González, y afrentó y azotó a otros participantes de estos delitos, a cada uno según tenía la culpa, donde a pocos días llegó a esta fortaleza Gaspar de Silva, el hermano mayor que había quedado atrás, y halló que se había ya partido el Comendador en demanda y seguimiento de su jornada al río Uria Paria, en cuya busca y alcance fué luego; a los cuales alcanzó luego a la entrada del propio río de Uria Paria, mostrando mucha alegría con voces y artillería que soltó de su caravela, y se metió luego en un esquife y se fué a la nave Capitana a besar las manos al Gobernador Ordaz, el cual luego lo mandó prender y se hiciese justicia de él como de sus hermanos, y lo llevaran a enterrar a una isleta pequeña que allí cerca hacia el río, llamada Peratavre, la cual desde ahí en adelante se llamó la isla de Gaspar de Silva, y de esta suerte estos tres hermanos hubieron y recibieron la pena que su loco atrevimiento e infames hechos merecieron, participando del castigo y pena todos los demás soldados y otras personas que habían sido participantes de los delitos, cada cual según tenía la culpa. Como arriba referí, todos los bienes y mercaderías que estos Silva robaron, así en el galeón como en Cabo Verde, y los demás que ellos traían por suyos, fueron secuestrados y vendidos, y encargado a los que allí venían por oficiales del Rey para que los pusiesen en cobro; de esto se puede conjeturar cuán más y mejor hubiera sido a estos Silvas contentarse con su mediana posición, y no procurar o pretender por inciertas vías y medios adquirir vana honra, especialmente siendo tan inciertos los bienes

y prometimientos de la fortuna, pues, como es notorio, por uno que en las Indias sube y alcanza mayor dignidad y estado y más prosperidad de riquezas, descienden y se pierden diez de mayores quilates que aquel que subió, como nos lo muestra la experiencia de muchos mayorazgos, que con vanas esperanzas de ser más ricos, se han deshecho en España de sus patrimonios con que honrosamente sustentaban la memoria de sus mayores, y pasando a las Indias, y perdiendo y gastando el aparato que de España sacaron, han venido a morir miserables y paupérrimamente, y aún muchos de ellos en poder de indios Caribes y de tigres y otros animales en cuyos vientres han sido sepultados, careciendo de la materna sepultura, y lo que más es de sentir, de los beneficios y sufragios que en su tierra se les hicieran, de que pudieron gozar no siguiendo la vanidad, ni dejando lo cierto por lo dudoso, como el vulgar refrán dice.

CAPITULO XII

Cómo Ordaz partió de la fortaleza de Paria y entró por el río de Uria Paria arriba y la gran mortandad que sobre su gente vino

En hacer los bergantines y barcos necesarios para la navegación del río, se tardó y detuvo el Comendador Ordaz en la fortaleza y su provincia, dos meses, al cabo de los cuales, estando ya todas las cosas a punto y los barcos hechos, determinó partirse con su gente y armada, y porque los negocios de los descubrimientos y jornadas son tan varios e inciertos como por las experiencias se habían visto, y cada día se ven, acordó el Comendador Ordaz dejar gente en aquella fortaleza, porque si en el río se perdiesen y escapasen algunos soldados, hallasen a la mano auxilio y favor donde guarecerse y librarse y no fuesen de todo en todo perdidos y destrozados, para el cual efecto apartó cincuenta hombres de los que más aptos le parecieron para sufrir el trabajo que allí se había de padecer, y dándoles por su caudillo o Capitán a Martín Niáñez

Tafur, uno de los principales y señalados que él traía en su campo, que hoy es vecino y vive en la ciudad de Tocaima, del nuevo Reino de Granada, se partió de la fortaleza dejándoles instrucción de lo que habían de hacer y el tiempo que lo habían de esperar; otros dicen que el propósito de dejar Ordaz en esta fortaleza esta gente, fué temiéndose que había de volver Antonio Sedeño, de Puerto Rico, con alguna gente apoderarse en esta tierra de Paria, y para que hallase quien se lo contradijese y resistiese, y si fuese necesario le prendiesen y quitasen la gente que trajese o hiciesen sobre ellos lo que les pareciese. Además de lo dicho, hay otra opinión acerca de esto, la cual tengo yo por más cierta, aunque todas juntas podrían haber concurrido en el Gobernador Ordaz, y es que al tiempo que él se partió de España, dejó en el río de Sevilla una nave llamada Maestra y Capitana y a ua Capitán para que hiciese doscientos hombres, o los que pudiese, y fuese en su seguimiento y socorro, y para que si esta nave, en el inter que él andaba en el río de Uria Paria, aportáse por allí, tuviese quien le diese aviso y noticia de la derrota que él había llevado y acudiesen donde él estaba, con la gente y nuevo refresco y socorro que le trajesen, dejó este Capitán con la gente dicha; sea como fuere, Martín Niáñez Tafur quedó en la fortaleza de Paria con sus cincuenta soldados, y el Gobernador se partió, como he dicho, con su armada de naves y bergantines y se fué derecho a la boca del río de Uria Paria, por el cual comenzó a entrar navegando con su armada, y aunque tenía harta hondura y no mucha corriente para estorbar la navegación de la nave Capitana, érale gran estorbo e impedimento la falta de viento marítimo, que todo lo más del tiempo les era calma, y si corría les era contrario, y así les fué forzozo de usar de fuerza y maña para cubrir la falta del viento y subir la nave Capitana por el río arriba, que por aquellos sus principios, cuanto a su entrada y fines, cuanto a su nacimiento, venía y estaba tan lleno, ancho y hondable y navega-

ble, que parecía a los ojos de los que los miraban, que casi no se movía el agua. Echaron toda la gente que pudieron en los bergantines y barcos de remo que habían hecho, y atando las popas de ellos desde la proa de la nave, con diferentes maromas y guindaletas, llevábanla con muy gran trabajo de todos los que en la armada iban la nave navegando, supliendo con la fuerza de sus brazos la falta del viento; con esta nueva manera de navegar, aunque de extraño trabajo para los soldados, iban subiendo o metiendo la nave Capitana río adentro, tan poco a poco, que casi no la podían mover por su grandeza y pesadumbre, y también porque es verosímil que cualquier navío o nave navega muy más pesadamente por las lagunas, ríos y aguas dulces, que no por la mar, la cual es mucha parte para que con más facilidad y ligereza se muevan y naveguen por ella los navíos, aunque estén muy cargados; este mismo trabajo padecían los pobres españoles con el otro galeón pequeño, que los Silva armaron en Tenerife, que también lo traían allí con los bastimentos y otras cosas necesarias que de España *(sic)* habían traído para avío de su jornada. Antes que Ordaz saliese de la fortaleza, entre las otras nuevas que les dieron los naturales y cosas que le dijeron, fué cómo a la entrada del río de Uria Paria estaba el pueblo llamado Uria Paria, y como llevase ya las señas de esto y hacia la parte do caía, túvose siempre a aquella banda con su armada, y navegando cosa de cuarenta leguas, que estaba este pueblo de Uria Paria, el río arriba, fué tan grande el trabajo que la gente padeció, así en el llevar y subir de la nave y galeón el río arriba, como con enfermedades y hambre que les sobrevinieron de la región y constelación de aquel río, que en la distancia de estas cuarenta leguas que trabajaron para llegar a Paria, murieron y perecieron cuatrocientos soldados, poco más o menos, y era tan mala y pésima esta región y tan corruptos y empecadores los aires y vapores que en este río se congelaban, (?) que acontecía, en haciéndose muy poca sangre o en

picando un murciélago, o de otra ocasión que se les hiciese alguna pequeña llaga, luégo les caía cáncer, y hubo hombres que en una noche y un día les consumía el cáncer toda la pierna desde la ingle hasta la planta del pié, y así se veían morir los unos a los otros con estas enfermedades y con hambre que tuvieron, a causa de estar por allí la tierra muy anegada y cubierta del río y no poder ir los bergantines a buscar comida a ninguna parte, y con todas estas calamidades, muertes y hambre y necesidades, jamás se pudieron persuadir a dejar de proseguir su viaje y jornada y volverse a la fortaleza de Paria a intentar esta entrada por otra parte de menos peligro y riesgo.

CAPITULO XIII

Cómo el Comendador Ordaz llegó con sus naves al pueblo de Paria y echó la gente en tierra y los indios le dieron de noche una guazabara.

Con estos trabajos perdidos y menoscabo de su gente llegó el Comendador Ordaz con su armada al pueblo de Uria Paria, que estaba cerca de la Barranca del Estero o anegadizo, que el río por allí es de tal hondura que hasta la propia barranca llegaban las naves navegando; los naturales de este pueblo, aunque se espantaron o maravillaron de ver aquellos navíos tan grandes y la nueva manera de gentes que en ellos venían, no quisieron ausentarse ni dejar su pueblo, confiados en su mucho número y valentía, porque era este pueblo de cuatrocientos bohíos o casas grandes y los indios flecheros y guerreros y muy belicosos, a quienes temían y respetaban, por sus tiranías y atrevimientos, todos sus comarcanos; el Comendador saltó en tierra con toda su gente, y aunque la extraña necesidad que de mantenimiento llevaban le obligaba a tomarlos por la vía que pudiese de aquel pueblo, no quiso, aunque de ellos tenían los indios en mucha abundancia de todo género de pescados y legumbres, por no dar ocasión a estos bárbaros a que se desmandasen y quejasen de él, y así, apartado del pueblo,

obra de un tiro o dos de arcabuz, se alojó lo mejor y más seguramente que pudo y le pareció que convenía, y luégo por vía de buenos medios y rescates comenzó a tratar con los indios y a inducirles a que le trajesen algunos mantenimientos para el sustento de la gente, lo cual los indios fácilmente hacían, mediante la buena paga de rescates y cosas de Castilla que les daban; pasado poco tiempo, de como el Gobernador y su armada llegó a este pueblo, los indios, como son tan mudables, quisieron acometer a los españoles, por tentar sus fuerzas y por ver quiénes eran y si eran belicosos como ellos, y para efectuar su propósito tomaron por ocasión bastante, el andar unos puercos que el Gobernador había llevado de España, que serían hasta treinta machos y hembras, cerca de sus casas, y poblaron y acordaron de matar una noche todos los puercos y un español que los guardaba, el cual, o por indicios o por otras señales que vió, coligió lo que querían hacer, y apartándose la propia noche de donde traía su ganado, fué a dar aviso al Gobernador de lo que los indios querían hacer. El Gobernador, no satisfaciéndose de lo que aquel soldado le decía, creyendo que con el temor de verse solo se le habría representado aquello, envió diez soldados con sus armas a que disimuladamente entendiesen lo que los indios hacían, los cuales habían salido de mano armada a matar a aquel que guardaba los puercos, y no hallándolo, se estuvieron quedos a ver si volvía; y ellos en aquesto estando, llegaron los diez soldados que por espías Ordaz enviaba, a los cuales recibieron con las armas en las manos y, dando en ellos, mataron a cinco, y los otros, por ser más ligeros o hallarse más apartados se escaparon y dieron aviso del suceso al Comendador, el cual alborotándose con más aceleración de la que era razón, sin orden ni concierto de guerra se partió luego con todos los que le siguieron al pueblo de los indios, para hacer venganza de aquella injuria y desacato hecha a él y a su gente. Los indios, que aún no habían resfriado el calor o ánimo

que el vino les había puesto, porque (como es notorio) es general costumbre en todas las indias que cuando los indios han de ir a hacer alguna guerra o dar alguna batalla, que por otro nombre llaman guazavara, los principales sacrificios y oraciones que hacen para hacer victoria, es al dios Baco, aforrándose con unas coracinas de vino que ellos artificialmente hacen, con lo cual, como hombres fuera de juicio, muchas veces pelean valiente aunque desatinadamente, y como todavía tenían el ardor en el cuerpo, llegó el Comendador y los suyos a tiempo que recibieron de los indios más daño que provecho porque se defendieron tan valientemente con su flechería, que hicieron mucho daño en la gente del Gobernador, y ellos no recibieron ninguno, porque como era de noche y los indios peleaban en su propio pueblo y tierra, sabían muy bien por donde habían de acometer a los españoles, lo cual por el contrario les era dañoso a los cristianos que no sabían por dónde habían de atravesar ni arremeter, y así les fué forzoso al Gobernador retirarse luégo a la hora para no recibir más daño del recibido y volverse a su alojamiento. Los indios, viendo retirados a los españoles, y pareciéndoles que la ventaja que habían tenido se la había dado la noche y oscuridad de ella, y que si el día les tomaba allí podríañ tornar a perder la victoria y honra que habían ganado, con gran daño y pérdida suya, luégo sin ser sentidos de los españoles, embarcaron por otra parte del estero o ciénega, sus mujeres e hijos y todas sus baratijas, y porque con el mantenimiento que en los bohíos había no les quedase ninguna cosa ni sustento a los españoles, les pegaron a todos fuego, de suerte que ninguna cosa que de provecho fuese pudo quedar de toda cuanta comida en ellos había, lo cual causó doblado dolor y hambre en todo el alojamiento de los españoles, por no tener por allí cerca ningún recurso, ni de dónde poderse proveer de maiz y de otras comidas de la tierra, y así en el tiempo que en este pueblo estuvieron su principal sustento, y aún todo era gran cantidad de pesca-

do, que allí se tomaba, con lo cual pasaban y sustentaban la vida. Acerca de la pelea que Ordaz tuvo con los indios, dicen otros españoles, de los que de ello han dado noticia, que al tiempo que los diez soldados que el Gobernador inició por espías llegaron al pueblo, que los indios, que ya estaban puestos en armas, alzaron muy gran grita, conforme a su general costumbre, y dieron en los diez soldados y que a estas voces y alborotos acudió el Gobernador Ordaz, que, como de paso se ha dicho, estaba alojado obra de un buen tiro de arcabuz del pueblo con la gente que le pudo seguir, los cuales recibieron el daño, que se ha dicho, como ello ha sido, él lo hizo inconsideradamente y no conforme a la orden y usos que en las indias se tiene en semejantes tiempos y ocasiones y así es culpado de todo el daño que aquí recibieron sus soldados, así de las heridas que los indios les dieron como de la falta de comidas y mantenimientos que tuvieron, por haber quemado los indios el pueblo.

CAPITULO XIV

Cómo dejando el Comendador Ordaz los enfermos en Paria con Gil González de Avila, se partió con la demás gente y fué al pueblo o Provincia de Carao, y de las noticias que tuvo de Guayana.

Venido el día, y viendo el Gobernador que todos los bohíos con la comida que en ellos había, estaban quemados y que allí no se podía sustentar tanta gente, por estar lejos y apartados de las demás poblaciones de indios, acordó con la brevedad posible dar orden a su jornada para pasar con ella adelante, y porque la carga de los enfermos que traía no le fuese enojosa y estorbo para su viaje, acordó dejarlos en aquel sitio, haciendo una trinchera (*sic*) a la redonda del alojamiento para guarda y reparo de la gente, y dejando con los enfermos otros veinte y cinco hombres que los guardasen y defendiesen, y por su caudillo a Gil González de Avila, se partió en los bergantines con el resto de

la gente, que serían más de cuatrocientos hombres; dejando así mismo, en el propio estero, la nave Capitana y el galeón y se fué derecho a una población y provincia que estaba de la otra banda del río llamada Carao, los naturales de la cual le recibieron amigablemente, proveyéndolos de las comidas y otras cosas para sustento, aunque algunos quieren decir que en este pueblo o provincia de Carao, fueron recibidos como enemigos y les dieron los indios dos guazabaras, y después viendo lo poco que ganaban o habían ganado en ellas, procuraron aliarse y confederarse con los españoles. El Gobernador se estuvo en esta población reformando ciertos días, en los cuales los indios le dieron noticias de que cerca de su provincia y territorio había otras de muchos naturales y riquezas. y que si querían ir a ellas, que ellos los llevarían a ellas y a todo su aparato. El Gobernador Ordaz estaba perplejo en ello, porque le parecía que podía ser más cierta la noticia que los indios le habían dado del río arriba, que la que en aquel pueblo entonces le daban, y que lo podían hacer los indios por meterlos la tierra adentro y hacerles algún daño, y como todavía los indios le importunaban a que fuesen donde ellos les decían y querían llevar, porque no le tuviesen por pusilánime, acordó hacer la experiencia del negocio con riesgo ajeno, así envió a Juan González, que era el que Sedeño había dejado en la Fortaleza de Paria con veinte hombres, a la noticia que aquellos indios le daban la cual era lo que ahora llaman Guayana con intención y voluntad de que los indios le matasen porque parecía que lo traia consigo con alguna pesadumbre temiéndose que en vengarse del agravio que le había hecho en quitarle la fortaleza, no convocase o induciese algunos soldados para que se volviesen y lo dejasen el Juan González con otro ánimo e intención de la que su Capitán tenía. Aceptó la jornada y se fué con sus compañeros la tierra adentro, a do los indios lo guiaron y llevaron a las provincias y rica noticia de Guayana, tierra muy poblada y apacible y de innumera-

bles riquezas, cuyos naturales lo recibieron muy amigablemente y le proveyeron de muchas comidas y algunos indios que con él volvieron, y habiendo gastado en la ida y vuelta espacio de veinte días, llegó do había dejado a su Gobernador, el cual es de creer que no recibiera tanto contento en verle como todos los demás del campo recibieron; pues le había iniciado a fin de que lo matasen y cierto lo tenían ya por muerto; pero él volvió vivo y con muchas cargas de pescado y carnes de venado y con las buenas nuevas de la tierra que había visto, con todo lo cual dló más alegría de ló que se puede escribir, y con todo esto jamás quizo Ordaz ir en demanda de esta tierra, sino seguir sus primeros designios, que eran subir el río arriba. Sobre esta entrada de este Juan González en tierra de Guayana, hay otras dos maneras de opiniones dichas asi mismo por soldados que de la propia jornada salieron, la una es que dada esta noticia por los indios de Carao, el Gobernador no usaba o no quería enviar gente a ella, y viendo esto Juan González trató con el Gobernador le diese licencia para que con cierto principal de aquella provincia ir a ver aquella tierra que los indios decían, y el Gobernador deseando que los indios lo matasen le dió licencia, el cual fué con un principal de aquella provincia, y llegando a vista de la noticia que los indios les daban, les salieron los naturales de ella de paz, en cantidad, con abundancia de comidas, y que de allí lo hicieron volver, y vuelto no dió relación de haber visto ninguna tierra ni provincia que pareciese estar poblada ni rica. Lo otro que dicen es que estando el Gobernador para hacer justicia de este Juan González, a su pedimento y por ruego de muchos de su campo, en pena de su delito le conmutó la muerte, en que se fuese como desterrado, a su ventura, a vivir y estar con los indios, y que yendo el Juan González en cumplimiento de su destierro, se metió la tierra adentro y fué a aportar a una provincia muy poblada y de muchos naturales y muy ricos de oro, los cuales lo recibieron amigablemente y, dándole algunas joyas, le

tornaron a enviar a su Capitán, y que el Juan González, por no dar ninguna alegría ni buena esperanza al Gobernador, había dado o vuelto las joyas a los indios y se había tornado, desde cierto tiempo adonde estaba su Capitán, al cual rogaron todos los soldados que perdonase a Juan González, el cual lo hizo así; pero con esto jamás le pudieron persuadir a que dejasen la derrota tan trabajosa que llevaban agua arriba, y se fuesen en demanda de esta tierra que tan ahincadamente les querían dar en las manos los indios de aquella provincia, y así mandó a aprestar su gente y bergantines, que ya estaban descansados y reformados, por haber días que habían allí reposado, para proseguir su contumaz opinión e incierto viaje.

CAPITULO XV

Cómo el Comendador Ordaz salió con su gente de la provincia de Carao y fué navegando el río arriba adonde el propio río es llamado Orinoco.

Aprestada ya la gente y bergantines para partir del pueblo y provincia de Carao, entendiéronlo los naturales de aquella provincia, los cuales, debajo de la paz y amistad que con los españoles tenían, quisieron usar de cierta manera de traición, y cuando más ocupados y elevados estuviesen los españoles en aprestarse y aderezar las cosas necesarias para su navegación, dar sobre ellos repentinamente y matarlos; este trato no fué tan oculto ni secreto, que por insignias y conjeturas que los españoles vieron, presumieron el hecho que los indios pensaban, y habiendo algunos a las manos e interrogándoles sobre el caso disimulada y secretamente, supieron y entendieron de ellos lo que toda la demás gente tenía ordenado, lo cual, averiguado y sabido por cosa cierta por el Comendador Ordaz, determinó de no dejar aquellos indios sin el castigo que sus cogitaciones merecían, y así, so color y debajo de la amistad que con ellos tenía, los hizo llamar y comparecer ante sí y entrar en un bohío, fingiendo que se quería informar de ellos de algunas cosas de importan-

cia, dándoles algunos rescates y otras cosas para con más facilidad engañarlos y atraerlos sin ruído a lo que quería y pretendía, de los cuales metió en el bohío los más de los que allí a mano pudo haber, y por abreviar con la ejecución de la injusticia y distinguir cuáles habían sido los más culpables e inventores de la traición y dar a cada uno el castigo, según tuvieren la culpa y hubiesen delinquido, como todo buen juez lo debía hacer, hizo pegar fuego al bohío, y quemando todos los que dentro estaban; castigó con este abominable género de pena y punición a inocentes y culpados, imitando en ésto más la crueldad e inrústica costumbre de los propios bárbaros, que las leyes de equidad y costumbres que su Rey y mayores siempre han usado, castigando antes con clemencia semejantes delitos y perdonando los culpados, que poniendo los inocentes y sin culpa, como es cierto, que de todo género y condición había en estos que aquí se quemaron, y hecho esto y sastifecho Ordaz del motín de los indios, puso en efecto su partida y embarcando toda su gente en sus bergantines, comenzó a navegar el río arriba, con excesivo trabajo de los pobres soldados, porque ellos eran remeros, marineros y soldados, a sí para en el río como para por tierra, y navegando con este intolerable trabajo corporal que en subir los bergantines tenían, al cual se les añadía la gran hambre que por la mucha falta de comida y rara población de naturales que en aquella tierra había, pasaban sufriéndolo y soportándolo con los buenos ánimos con que todas las adversidades se vencen, llegaron a un pueblo de indios llamado Cabrito, que estaba poco menos de doscientas leguas de la mar arriba, del cual atrevesaba el río una cinta o cingla de peñas por debajo del agua, de tal suerte que hacía correr el agua con tanta furia que casi no podían mover los bergantines hacia arriba, y aunque con la falta de la comida iba la gente algo debilitada por pasar adelante y ver si podían llegar a la noticia, procuraban, como suelen decir, sacar de flaqueza, ánimo, y mostrando su poder contra la propia naturaleza que

aquella parte del río había puesto adversa a toda la navegación, la pasaron y navegaron, como he dicho, a pura fuerza y con ingenios artificiales que para ello hicieron; esta cingla o cinta de peñas, dicen que se causa y hace de un río que junto a ella entra, al Este de Uria Paria, hacia la mano derecha, agua arriba que es llamado el río de Meta; pasado este trance, prosiguieron su viaje con el acostumbrado trabajo, y habiendo navegado obra de cien leguas, toparon otro salto y estrechura que el propio río hacía, por donde ni fuerza ni maña eran bastantes a subir por él arriba los bergantines, y visto por el Comendador el justo impedimento que para adelante tenía, acordó tomar tierra y arrancharse en ella para ver si podía hallar alguna claridad por las noticias que de abajo traía y consultar y tratar con su gente lo que se debía hacer que más conveniente fuese a todos en este paraje. Este río de Uria Paria había ya perdido el nombre, y según pareció, por la lengua de los propios naturales que por aquí se tomaron, dijeron llamarse Orinoco, y este nombre Orinoco viene corrompiéndose desde su nacimiento, que está a las espaldas del Nuevo Reino de Granada, hasta este paraje donde se llama Orinoco y abajo se llama Uria Paria, por respeto de aquel pueblo tan señalado de Uria Paria y gente que abajo tiene, de que hemos escrito arriba, y esta costumbre de no tener el nombre de los ríos desde su nacimiento hasta sus fines, es muy general en todas las Indias y en algunas partes de España y en todo el mundo.

CAPITULO XVI

Cómo el Gobernador Ordaz saltó en tierra del Orinoco y tuvo guerra con los indios los cuales le dieron noticia de la riqueza de aquella tierra, por lo cual determinó dar la vuelta a la mar.

Habiéndose llegado a una de las barrancas del río el Gobernador, con su armada, los indios de la tierra, que no debían estar muy lejos ni descuidados, comenzaron a flechar y tirar de sus armas a los ber-

gantines, para ofender y hacer mal a aquella gente tan nueva para ellos, y usando de bozes y otros instrumentos de que generalmente suelen usar en semejantes actos; el Gobernador, viendo que además del atrevimiento que los indios habían tenido en acometerle, con lo cual le habían dado muy justa ocasión para saltar en tierra a vengar sus injuriales razones, para las cuales eran cosa muy necesaria y conveniente tomar algún indio de aquellos para guía y claridad de lo que pretendía saber, lo más apresurado y recatadamente que pudo, allegó sus bergantines a tierra, y echando toda la más de la gente, procuró fortificarse, de suerte que ántes pudiese ofender que ser ofendido; y con esto, Alonso de Herrera, su Maese de campo, que era buen hombre de a caballo, puso muy gran diligencia en echar fuera los caballos que llevaban, para en ellos más a su salvo hacer la guerra, y con la soberbia presencia de estos animales espantar y amedrentar los indios, los cuales, viendo que no habían sido parte para resistir a los españoles la entrada y saltada en su tierra, acordaron hacerle la guerra en otro forma, y fué, que como toda aquella tierra cercana adonde los españoles habían saltado era paja y heno, que por otro nombre llamaban sabana, pusieron fuego a la redonda, para con sus llamas y calor ahuyentar los españoles, los cuales estaban ensillando sus caballos y armando sus personas para más seguramente dar en los indios, y viendo el fuego que sus contrarios habían puesto, usaron de contrafuego poniendo ellos también, por la parte donde estaban, fuego a la sabana, para que yendo tras él por lo quemado, llegasen a sus enemigos, sin recibir daño de ellos ni de su fuego, porque con la mucha llama y humo no se veían los unos a los otros; llegaron de repente los de a caballo con otros que de a pié los siguieron, y dando en los indios los ahuyentaron, hiriendo y alanceando algunos de ellos, de los cuales tomaron vivos dos indios para saber de ellos dónde estaban o qué pa-

raje de tierra era aquel, y si era cierta la noticia que de aquella tierra les habían dado los indios de Paria; y aunque no tenían intérpretes que entendiesen aquella lengua y gentes, por señales procuraron saber y entender lo que deseaban, y entre las demás cosas que del indio se informaron y supieron, fué esto; aunque algunos quieren decir, que uno de los indios viéndose en poder de los españoles, con más curiosidad de la que de un bárbaro como este se esperaba, preguntó, o por señas dió a entender a los españoles, qué querían o qué buscaban por aquella tierra donde hasta entonces jamás habían tenido noticia de españoles ni de gente de su jaez, y por el Capitán y Gobernador le fué mostrado un pedazo de hierro, dándole a entender que venían a buscar adonde hubiese mucho de aquel, el cual indio, viéndolo y mirándolo, dijo que por allí no había semejante metal ni cosa como la que se le enseñaba; mostróle el Gobernador o hízole mostrar una paila, dándole a entender que de aquel metal buscaban, y tomándola el indio en las manos y refregándola, oliola, y como el latón tiene en sí un cierto hedor de herrumbre, conoció no ser oro, y dijo que no había de aquello por aquellas provincias; señaláronle y mostráronle los caballos para saber lo que decía, y así respondió que, como los caballos, en aquella tierra no había, pero que se criaban otros más pequeños; mas que no subían los indios en ellos, los cuales eran llamados dantas; generalmente las hay en todas las Indias; otras muchas cosas de España se les mostraron, que no las suele haber en semejantes partes de las Indias, donde nunca entraron españoles, y a todo dijo que no había, y a la fin le vinieron a mostrar una sortija o anillo de oro que el Gobernador traía en el dedo, y mirándola el indio, y conociendo que era de oro, después de haberle restregado y olido, dijo que de aquello había mucho atrás de una cordillera que a

mano izquierda del río se hacía, donde había muy muchos indios, cuyo señor era un indio tuerto, muy valiente, al cual, si prendían, podrían henchir los navíos que traían de aquel metal; mas que les avisaba que, para ir adonde aquel señor estaba, eran muy pocos cristianos; que sin llegar al pueblo del principal habían muchos indios que los desbaratarían y matarían, y en esto se afirmó mucho este indio; preguntáronle que si había venados en aquella tierra, donde estaba aquel señor, dijo que sí, y que también habían otros como venados, en que andaban los indios caballeros, los cuales se entiende ser ovejas del Perú; enseñósele a este indio una botija o vasija vidriada, de España, y certificó y afirmó tener aquellos indios vasijas de la propia color y barro, y aunque después sobre estas cosas le fueron hechas diferentes y varias preguntas, por ver si discrepaba o barajaba, jamás hizo diferencia de lo que dijo a lo que había dicho al principio acerca de esta noticia, por lo cual el Gobernador y su gente la tuvieron por cierta, y así se les movió los espíritus para ir allá y haberla, o morir en la demanda; mas, el Gobernador, a cuyo cargo estaba todo, no le parecía cosa acertada entrar tan pocos soldados, como allí estaban, en una noticia y tierra de tanta gente, donde no sólo aventuraban de que los matasen a ellos, mas a todos los demás que en el pueblo y fortaleza de Paria habían quedado, y tratando y comunicando sobre ello muchas veces con sus soldados y gente, a los más les pareció que era acertado acuerdo el que su Gobernador tenía, porque además de ser tan pocos como eran, no habían de donde fácilmente les pudiese venir socorro, ni menos había gente para poder volver el río abajo a dar aviso y mandado a la gente que había quedado en los lugares referidos y a la demás que de España esperaban de la nave Marineta, y que dando la vuelta y juntando toda la gente y la demás que de España viniese, con más facilidad y mejor orden podrían salir con su empresa intentándola por tierra,

desde la costa de la mar que por aquel tan trabajoso río de navegar, así por sus furiosas corrientes como por la falta de comidas y naturales que por él había, lo cual se podría fácilmente hacer por Cumaná, donde a la sazón estaba una fortaleza con alguna gente española, y les sería gran lumbre y guía para seguir el viaje de tierra, y platicado esto, les pareció bien a todos, y así determinó el Gobernador, dar la vuelta con el resto de la gente que le habia quedado, que serían casi cuatrocientos hombres; algunos quieren decir que este parecer de volverse desde aquí el Gobernador y su armada que los soldados dieron, fué más por verse fuera del Gobierno y jurisdicción de don Diego de Ordaz, que no porque no fuesen parte para dar vista a la tierra, porque pues eran poco menos de cuatrocientos hombres, claro está que podrían llegar y ver cualquiera población, por grande que fuese, mas el Gobernador, con su gran arrogancia y mala condición, tenía tan contra sí a todos los más del campo, que si no temieran la infamia y pena, ellos hubieran procurado su libertad; habiendo el Gobernador Ordaz, con su severidad, causado de que muchos soldados además de ser oprimidos del gran trabajo que pasaban y les daba de la gran hambre que padecían y los trataba tan mal de palabra, que perdiendo la consideración cristiana que debía tener, con un cierto género de desesperación se saliesen y huyesen de su compañía y se metiesen por los arcabucos y entre los pueblos de los bárbaros, donde es de creer, que habrían y recibirían crueles y miserables muertes, y muchos de los que allí estaban habían sufrido esta inmensa soberbia y mala condición de este Capitán, por no perder con las vidas las ánimas; estas y otras consideraciones tenían muy apartados los ánimos de muchos soldados, de seguir a este Gobernador, pareciéndoles que si en tierra rica daban, que sería mayor su prisión y tiranía, y así aprobaron y tuvieron por cosa acertada el dar la vuelta a la costa, donde fácilmente, y por estar tan cerca de allí Cumaná y la Isla de Cubagua,

en aquel tiempo florecientes de españoles, por las muchas perlas que en aquella costa se sacaban y esclavos que se hacían, se podrían salir y quitar del dominio y mando de aquel su tan severo Gobernador.

CAPITULO XVII

De cómo Ordaz con la gente que le quedó, dió la vuelta al río abajo, y llegó al pueblo y fortaleza donde halló a los españoles que había dejado.

O por la determinación del Gobernador, o por la flojedad que en los soldados había para proseguir la jornada, por las causas ya dichas, dierón la vuelta contra toda razón y disciplina militar, que en las Indias, en semejantes jornadas, han acostumbrado los descubridores y pobladores de ellas, que pues tan a la mano tenían la tierra, estaban obligados a darle vista aunque no fuera más de por ver si era verdadero, o había algunas insignias, de ser verdad lo que el indio les había dicho, lo cual eran parte para hacer cincuenta hombres, quedándose los demás en guarda de los bergantines, y así dejaron oscura aquella noticia, pudiendo traer claridad de ella, lo cual ha sido causa que nunca más se haya movido ninguna persona a procurar esta jornada y hacerla, y el trabajo de tanto tiempo como gastaron en subir el río arriba a costa de tanto número de españoles como en él murieron, fué inútil y sin ningún efecto, y a las veces el mucho deliberar y tardar en semejantes negocios, redunda en infamia del Capitán y daño de sus soldados, pues es de creer que como los había llevado hasta allí, los podía llevar lo poco que quedaba; yo soy cierto que si tanto pesaran en los principios de los descubrimientos del Perú y Nueva España y Nuevo Reino de Granada Cortés y Pizarro y Jiménez de Quesada, los sucesos del medio y fin de sus jornadas, que nunca salieran a luz con sus empresas; mas, ellos desechando los varios pareceres de algunos soldados, que con ánimos amedrentados les daban, quisieron más probar sus fuerzas

y saber y conocer lo que la fortuna les tenia guardado, que incauta y medrosamente dar la vuelta de las puertas de sus casas, como este Capitán hizo, los cuales fueron muchas veces forzados a ello, por la gran multitud y poderío de sus contrarios que lo pretendían, haciéndoles grandes daños en sus propias personas, resistiéndoles por todas las vías que pudieron, mas, ellos, por no ser mal mirados con su propia fortuna, ni volverles las espaldas al mejor tiempo, sacando fuerzas de sus invencibles ánimos, poniendo, como suelen decir, de todo punto el pecho al agua, sujetaron y señorearon los largos reinos, innumerables gentes que hoy poseen y rigen y gobiernan nuestros Reyes de Castilla, quedándose ellos casi con sólo el trabajo y riesgo, como de sus particulares historias, y de esta se puede ver más largamente; y así este Gobernador Ordaz y sus soldados llevaron el pago que su inconstancia mereció, por haberles faltado el ánimo al mejor tiempo o haberse querido gobernar tan cabezudamente, porque, como adelante se verá, fueron desbaratados y su Capitán preso y muerto casi por esta ocasión, y hasta hoy bien miserablemente algunos soldados, y con harto trabajo, por no haber querido conseguir ni hacer lo que eran obligados en dar vista a esta noticia, pues si la vieran, ella les pusiera ánimos para no rehusar el menor trabajo, que era poblarla y sustentarla; heme un poco alargado en esto, porque de recibir pena de los hombres que repudian y desechan su buena fortuna, y por una poca de pasión o por, como suelen decir, quebrar un ojo a su adversario, se quiebran así entrambos. Dada la vuelta este Capitán con sus soldados, en breve tiempo llegó al pueblo de Uria Paria, donde había dejado la nave y a Gil González de Avila, su Alcalde Mayor, con los enfermos, a los cuales halló con alto riesgo de acabarse de perder, porque de los enfermos enan algunos ya muertos, y de los que quedaron sanos, habían enfermado los otros, y la comida que les había quedado se les había apocado, y aún faltado del todo y no eran parte para irla a buscar, de suerte que si los que

subieron el río arriba, siempre trabajaron, a los que en Paria quedaron, nunca les sobró descanso, con el temor de perecer allí todos, y esto fuera por su culpa, porque bien pudieran, viendo su total perdición, meterse en una de las naves y salir a la mar e irse a la población de cristianos que más cerca estuviese; mas Gil González de Avila nunca quiso jamás convenir en ello, por parecerle que le sería mal contado. Don Diego de Ordaz tomó luego todos los que en el pueblo de Uria Paria halló en sus bergantines, y de allí prosiguió adelante su viaje y fué a la fortaleza de Paria, que, como se ha dicho, estaba en la costa de la mar, apartada del río, donde según tengo referido, había dejado a Martín Niáñez Tafur con cincuenta hombres en guarda de ella y de toda la provincia, a los cuales halló con harto trabajo, aunque la buena esperanza de que tendrían cada día buenas nuevas del suceso y descubrimiento que Ordaz había ido hacer el río arriba, vivían o habían vivido con algún contento; mas desde que lo vieron volver perdido y desbaratado, si se puede decir, por su propia voluntad, comenzaron de nuevo a sentir lo ya pasado, y llorar el tiempo perdido, y así luego, dejando aparte las opiniones que en semejantes sucesos se suelen mover por los soldados, o si hiciéramos esto, más si hiciéramos lo otro, si el Gobernador creyera a fulano, si no fuera tan cabezudo, nunca nos perdiéramos, resumiéndose en que el daño y el buen consejo que le había anteceder, ambos llegan juntos procurando dar luego orden en lo que se debía hacer para remedio de tantos perdidos como allí estaban, y no olvidando lo que al tiempo que dieron la vuelta al río abajo trataron acerca de que se haría la jornada por Cumaná. Se movió de nuevo la plática, y pareciéndoles el último remedio para cobrarse, vinieron en ello, aunque confusa y arrepentidamente de lo ya hecho, los cuales fueron parte para estorbar el pasar adelante; el Gobernador dió ocasión para que se volviesen, y así viniendo todos en ello, dieron o comenzaron a dar orden en proseguir su viaje para Cumaná, por

donde habían de entrar en la noticia y tierra rica que en el río les habían dado.

CAPITULO XVIII

Cómo dejando Ordaz a Agustín Delgado con gente en la fortaleza de Paria, se pasó con sus soldados a Cumaná y Cubagua, donde fué preso por Pedro Ortiz de Matienzo.

Andando ya toda la gente y aderezando su partida, con determinación de hacer todo lo posible por tierra para descubrir y poblar aquella provincia, acordó el Gobernador dejar gente en la fortaleza, por no perder la posesión de aquella tierra que él tenía por su Gobernación, o porque si por allí llegase la nave Marieta que esperaba de España, tuviese quien le diese aviso de lo que debía hacer, o estarse allí y echar la gente en tierra, y que sus soldados y capitanes tuviesen lugar de hacer lo que les pareciese, como en tierra de su Gobernación, porque se temió que si llegando allí la nave, y no hallando gente de la suya, se pasase adelante, que yendo a parar a Distrito o Gobernación ajeno y fácilmente sería desbaratada la gente, y los capitanes no tendrían jurisdicción sobre los soldados, y así no se podría aprovechar de ellos; con estos y otros motivos, nombró el Gobernador por Capitán de la gente que allí había de quedar a Agustín Delgado, natural de las Islas de Canaria, hombre animoso e ingenioso, para entre indios, y dando principio a su viaje, envió delante a Gil González de Avila, con toda la más de la gente que se fuese a Cumaná y allí los esperase, y donde a poco se partió él con el resto, a donde se juntaron, para proseguir su jornada, porque había él quedado en la fortaleza acabando de reformarla y dejarla proveída y abastecida de mantenimientos, de suerte que la necesidad no constriñese a los que allí quedaban a irlos a buscar entre los indios, donde por ser pocos, fuesen muertos y desbaratados, lo cual concluído, se fué, como se ha dicho, a Cumaná, donde ya estaba Gil González de Avila, con la más de la gente, al cual habían ya desbaratado, y preso un Pedro Ortiz de Matienzo,

que era Justicia Mayor en la Isla de Cubagua, y después de llegado el Gobernador Ordaz, también los prendió Pedro Ortiz de Matienzo, e hizo de él lo que adelante se verá; porque pasa de esta manera que en aquella sazón, en la Isla de Cubagua había cantidad de españoles que allí residían al provecho de las perlas que de la mar se sacaban y esclavos que en la Tierra firme de Cumaná se tomaban, que estaba muy cercana esta Isla, a los cuales administraba y tenía en Justicia este Pedro Ortiz de Matienzo, y toda el agua que para el beber y sustento de la gente que en la Isla residía era necesaria, se traía de una fuente, arroyo o manantial que había en tierra de Cumaná, junto a la mar, llamado Chichiriviche, y por allí cercano había otra agua de donde se sustentasen, por lo cual y porque los naturales no les enponzoñasen el agua o se la segasen o ensuciasen, los españoles que en la Isla residían, había hecho una fortaleza o casa fuerte junto a la fuente o manantial, donde tenían de ordinario gente que la guardase por respeto de que si aquella fuente les faltaba, o se había de despoblar la Isla o habían de ir muy lejos por ella y con mucho trabajo, y así les era forzoso guardar y conservar esta fuente o río de Cumaná, aunque Francisco López de Gomera en la Historia General dice que esta Fortaleza de Cumaná, la hizo Jácome Castellón el año de veinte y tres, yendo a pacificar y afirmar aquella provincia, por mandado del Audiencia y Almirante de Santo Domingo; pero lo más cierto es esto que yo aquí he escrito; pues estando la gente de Ordaz de partida en Paria, dos o tres soldados de los que más mal estaban con él vieron una piragua de navegación de indios, y metiéndose en élla, fueron a la Isla de Cubagua, y llegados para indignar a la Justicia y gente de Cubagua contra el Gobernador Ordaz, les dijeron que pusiesen cobro en el agua y fortaleza de Cumaná, porque Don Diego de Ordaz pensaba venir a ella con toda su gente y apoderarse en la tie-

rra y venderles el agua muy bien vendida, lo cual era fácil, porque, como de lo dicho se ha visto y colije, ni el Gobernador ni ninguno de sus capitanes tal propósito tenía. Sabido esto por los de Cubagua, luego se pusieron en armas para prender y desbaratar a los de Ordaz, y embarcándose todos los más de los que en aquella Isla estaban, con muchos indios amigos que de Cumaná les habían venido a ver, haciéndoles entender, para moverlos a que tomasen las armas contra la gente de Ordaz, que iban a prender a otros españoles como ellos, que andaban en servicio de su Rey, y que además de esto eran hombres que vivían mal y sodomitas, el cual pecado aborrecen grandemente aquellos indios, con lo cual los indios se prefirieron a ayudarles, y pasando a Cumaná y hallando descuidada la gente de Ordaz de semejante hecho, fácilmente los prendieron y desarmaron sin ninguna resistencia, y donde a quince días llegó el Gobernador Ordaz con el resto de la gente en su bergantín, al cual así mismo desarmaron, y prendiéndole, le pusieron a todo recaudo. Este desbarate de Ordaz, cuentan otros de otra manera, y porque aunque ha pocos años que pasó, no dejan de variar en el dar de la relación, y dícese que dada la orden que había Ordaz en la gente que en la fortaleza quedaba, él con toda la gente se partió para Cumaná a proseguir su jornada, y no creyendo que en Cubagua se le atreviera nadie por la mucha gente que llevaba, llegó aquella Isla a verse con la Justicia y gentes de ella, y como de los soldados que Ordaz llevaba iban muchos dispuestos en hacerle el mal que pudiesen, por haberlos él maltratado en su Gobernación y en la jornada del río de Uria Paria, en saltando en la tierra se fueron y salieron de su compañía todos los más de sus soldados, que hasta entonces no se habían osado mostrar contra él, y dando y firmando sus quejas ante Pedro Ortiz de Matienzo, y prefiriéndose de ayudarle y favorecerle para prender a Ordaz, fué promovido Pedro Ortiz de Matienzo a prenderlo, y así lo efec-

tuó y puso por obra, mediante los muchos soldados que de la compañía de Ordaz se le habían ido a quejar y prometídole el auxilio y favor para ello, lo cual hizo con determinación de enviarlo o llevarlo a Santo Domingo a la Audiencia Real, diciendo o proponiendo contra el Ordaz que él lo había preso, porque sin tener facultad del Rey, se le entraba en su Gobernación de Cumaná y Cubagua y se le quería alzar con la fortaleza y río o fuerte de Cumaná, y esto más se entiende que lo hizo Pedro Ortiz de Matruenzo, a fin de desbaratando él por esta vía al Gobernador Ordaz, hacer él después esta jornada que por Cumaná quería hacer Ordaz, que con celo de desagraviar a nadie; otros cuentan esta prisión de Ordaz, que pasó casi de la propia manera que últimamente he dicho, mas no en Cubagua, sino en Cumaná, donde llegado Ordaz con toda su gente y hallando allí a Pedro Ortiz de Matruenzo, con los que de Cubagua habían ido con él, todos los que estaban mal con Ordaz, que era la mayor parte de su gente (*sic*), viendo el recurso y amparo que en Matruenzo podían tener, dejaron a su Capitán Ordaz y se fueron a meter debajo de la jurisdicción de Pedro Ortiz de Matruenzo, el cual, viendo cómo sus propios soldados desamparaban a Ordaz, lo prendió y llevó a Cubagua preso.

CAPITULO XIX

Cómo Ordaz y Pedro Ortiz de Matruenzo fueron a Santo Domingo y de allí a España, y en el camino fué muerto Ordaz con ponzoña.

Preso Don Diego de Ordaz por Pedro Ortiz de Matruenzo, y su gente desbaratada y arrepentida de lo ya hecho, por verse vivir miserablemente y corridos de la gente de Cubagua, por lo que habían tan inconsideradamente hecho, desamparando su Gobernador y entregarlo en manos de su contrario, a quien, como es costumbre, ya que la traición le agradó, nunca le contentaron los obradores de ella, determinó de darse prisa y abreviar la salida de Cubagua con el Gobernador Ordaz, porque no se viniesen a desvergonzar los

soldados y quisiesen soltar a su Gobernador y a él prender, y naciesen de ello algunas guerras civiles por donde viniesen a destruirse y perderse así él, como los de su bando, y los demás sus contrarios; y poniendo en efecto la obra se embarcó en uno de los bergantines que allí tenía, con Don Diego de Ordaz, para ir con él a Santo Domingo, a dar cuenta a la Audiencia Real de lo que había hecho. Jerónimo Hortal y Alonso de Herrera, que eran de la parte de Don Diego de Ordaz, pareciéndoles que no era cosa justa dejar ir solo a su Gobernador, se embarcaron con él y se fueron todos juntos a Santo Domingo, donde llegados y habida por el Audiencia relación o información de lo que pasaba, y cuán injusta y cautelosamente había sido preso y desbaratado Don Diego de Ordaz, le restituyeron en su libertad, mandándole y dándole licencia que se volviese a su Gobernación e hiciese lo que su Majestad le había mandado y conviniese. Don Diego de Ordaz no sólo pretendía su libertad, mas también que fuese castigado Pedro Ortiz de Matruenzo del delito que había cometido en prenderlo, y le pagase los daños, pérdidas y menoscabos que de la injusta prisión se le habían seguido, lo cual la Audiencia no quiso hacer; y viendo esto, pidió licencia para ir a España ante el Rey y suplicó que mandasen a Pedro Ortiz para que también fuese y compareciese con él en Corte y que pues le restituían su Gobernación y jurisdicción, que él nombraba por su Teniente de élla a Alonso de Herrera, a quien él quería enviar para que conservase y tuviese en justicia la gente y españoles que en Paria habían quedado; y que se le mandase dar provisión real para que le obedeciesen y tuviesen por tal. La Audiencia otorgó y concedió a Ordaz todo lo que pidió, el cual partió juntamente con Jerónimo Hortal y Pedro Ortiz de Matruenzo en un navío para España, y Alonso de Herrera se quedó en Santo Domingo aderezando su partida y gente que llevar a Paria. Navegando Ordaz y Matruenzo, iba éste muy teme-

roso de que su ida a España le había de suceder mal por respecto de que Don Diego de Ordaz era muy conocido y favorecido en Corte, y él se hallaba falto de favor y temíase de algún grave castigo, por la cual ocasión deseaba y procuraba por todas vías la muerte a Don Diego de Ordaz la cual en el propio navío le vino a dar. Y fué de esta manera: que según parece estando Pedro Ortiz de Matruenzo en la Isla de Cubagua, llegó allí un genovés, boticario, que traía cierto artificio para sacar perlas, y por causas que a Pedro Ortíz le movieron también, lo desbarató y prendió como a Ordaz y lo dejó residir allí, y al tiempo que tenía preso a Don Diego de Ordaz, le dijo a este boticario que le hiciese placer de hacerle tres píldoras o bocados ponzoñosos con que pudiese matar tres Caciques o Principales de Tierra firme de quien él se temía que le andaban por hacer mal o daño, y que, porque no fuesen sentidos de sus súbditos y se le alzase y revelase toda la tierra, los quería matar disfrazadamente. El boticario creyendo ser así, le hizo los bocados que convenían, los cuales Pedro Ortiz de Matruenzo no dió por entonces a Ordaz temiendo ser descubierto o sentido, o teniendo confianza que la Audiencia de Santo Domingo daría por bueno y aprobaría todo lo que él había hecho; y saliéndole muy contrarios sus designios, y llevándose todavía consigo los bocados de ponzoña que el boticario le había hecho y dado en Cubagua, tuvo forma y manera como dárselos a comer disfrazadamente a Don Diego de Ordaz, el cual desde a muy poco tiempo cayó súbitamente muerto; aunque otros dicen que reventó, lo cual yo no tengo por cierto, porque si reventara era presunción de que le habían dado ponzoña, y así, sobre sospecha pudieran prender a Pedro Ortiz de Matruenzo y descubrirse la maldad; mas como es cosa tan ordinaria o que muchas veces acaece el morir súbitamente, no se presumió nada contra el que la había muerto y así lo echaron a la mar; y en haber sido

Don Diego de Ordaz muerto inopinada y desastradamente, pareció ser permisión divina y justo castigo de su severidad y arrogancia, con que había sido causa que muchos españoles desesperados del trabajo y hambre y malos tratamientos que les hacía en la navegación del río Uriaparia, como atrás se ha contado, desesperados se metiesen por montañas y arcabucos donde miserablemente perecieron; y así vino a ser sepultado en los vientres de los peces él que fué causa y ocasión que sus prójimos y hermanos que por no sufrir su intolerable condición, él les dió por sepulcros los tigres, leones, caimanes y otros fieros animales. En esta sazón había proveído Su Majestad un Juez de residencia para Cubagua, y la nave que lo traía encontró en el camino con la nave en que había partido de Santo Domingo Don Diego de Ordaz, y hablándose y saludándose se dieron noticia los unos a los otros, de la muerte de Don Diego de Ordaz, y la misma nueva se le dió a la gente que en la nave Marieta venía de España, en socorro de Don Diego de Ordaz, de la cual se ha hecho mención atrás; y sabiendo la gente de la nave Marieta la muerte del Gobernador se vinieron a Santo Domingo derecho donde se esparcieron, y cada uno se fué por su parte como ovejas sin pastor, y el Juez se fué derecho a Cubagua, donde fué recibido de la gente que allí estaba, sin contradicción alguna.

CAPITULO XX

Cómo teniendo Sedeño noticia de la muerte de Ordaz se pasó a Cubagua y de allí a Paria, y llevando consigo algunos de los soldados que en la fortaleza había, se fué a la Isla de La Trinidad; y de la llegada de Alonso de Herrera a la misma Isla de Cubagua y después a Paria.

La nueva que la nave Marieta trajo a Santo Domingo de la muerte del Gobernador Ordaz, pasó luego a San Juan de Puerto Rico, a donde estaba Antonio Sedeño, Gobernador de La Trinidad, el cual hasta entonces no se había movido ni querido volver a su Gobernación, así porque no había hallado la copia de gente que para tornar a entrar en la Isla de La Trinidad y poblarla y sujetarla era menester, como porque ya había tenido noticia de cómo Don Diego de Ordaz había llegado a Paria y le había tomado toda la gente que en la fortaleza él había dejado, y se había apoderado en toda la tierra, por lo cual, aunque juntase alguna gente, no sería parte para defenderse de Ordaz ni de sus soldados. Habida pues noticia de la muerte del Gobernador Ordaz y de cómo había sido desbaratado, y que la más de la gente se estaba en Cubagua, y que así mismo había quedado Agustín Delgado en la fortaleza de Paria con algunos soldados, lo más presto que pudo Antonio Sedeño se aderezó y con algunos amigos se pasó luego a la Isla de Cubagua, donde halló al Juez de residencia que de España había venido, y tratándose y visitándose entrambos, el Gobernador Sedeño dió relación al Juez de Cubagua, cómo por merced y provisión real era Gobernador y Adelantado de La Trinidad y le rogó e importunó que le diese licencia para sacar toda la gente de Ordaz que en aquella Isla había, para con ella pasar a La Trinidad y poblarla y pacificarla o hacer lo que pudiese. El

Juez de Cubagua estuvo perplejo sin querer condescender con lo que Sedeño le rogaba, con propósito de con aquella gente haçer él o enviar a hacer algún descubrimiento a Tierra firme; y aunque sobre ello andaban terceros y rogadores, jamás lo quiso hacer el Juez. Estando en estos tratos y contratos los de Cubagua, llegó Alonso de Herrera que venía de Santo Domingo con provisiones de Teniente de Gobernador de la Gobernación de Ordaz, al cual Antonio Sedeño pretendió estorbar su jornada, rogándole primero y persuadiéndole luego a que dejase la jornada tan trabajosa que llevaba y que se fuese con él a la Isla de La Trinidad y le haría su Teniente general, poniéndole por delante la muerte de Don Diego de Ordaz y cuán poco le podría durar el mandar, pues ya en España estaba la nueva de la muerte de su Gobernador Ordaz, y de necesidad el Rey había de proveer a otro la merced de aquella Gobernación. Ninguna de estas cosas fué parte para que Alonso de Herrera dejase de proseguir su jornada, queriendo más, ser Teniente y señor de Paria o como suelen decir allí, el primero, que en la Isla de La Trinidad, Gobernación de Sedeño, el segundo; y con esta determinación procuraba atraer a sí algunos soldados y amigos viejos, para con ellos pasar a la fortaleza de Paria, y lo mismo hacía Antonio Sedeño para irse a su Gobernación, sobre lo cual hubieron de venir a haber palabras los dos y amordazarse, de suerte que fué necesario que el Juez de Cubagua entendiese en ello, aprisionándolos en partes cómodas, después de lo cual se dió tan buena maña Antonio Sedeño que al cabo hizo con el Gobernador o Juez de Cubagua que lo soltase y le diese licencia para que se fuese a su Gobernación, y luego que la tuvo, se partió con alguna copia de soldados. Al salir de Cubagua se anegó una piragua donde iban veinte hombres, diez de los cuales se ahogaron y los otros diez salieron a nado a Tierra firme, donde después de haber pasado hartos trances y trabajos, hubieron otra

piragua de unos indios pescadores; y se pasó a La Trinidad y se fué derecho a la fortaleza de Paria donde estaba Agustín Delgado, por Don Diego de Ordaz, al cual habló y persuadió que dejase aquella fortaleza y que se fuese con él a La Trinidad porque su Gobernador era muerto, y venía por Teniente Alonso de Herrera proveído por Santo Domingo, que luego le había de quitar el cargo, y que si él se iba con la gente que allí tenía a La Trinidad que él lo haría su Teniente y así él como todos los demás que en la fortaleza estaban que con el quisiesen ir, los gratificaría y daría muy largamente de comer. Agustín Delgado dijo, que lo trataría con los soldados y gente que con él allí estaban y que lo que de común parecer y consentimiento se determinase que aquello se haría, lo cual trató con toda la gente que Delgado allí tenía y nunca se conformaron en hacerlo por causas que a ellos los movieron, no embargante que fueron muy persuadidos e importunados a ello por Agustín Delgado y por algunos amigos suyos y por el propio Sedeño. Vistos por Agustín Delgado los varios pareceres y opiniones de los soldados, se determinó de con los que le quisiesen seguir, pasarse e irse con Sedeño a La Trinidad, y así lo puso (*sic*) por la obra, dejando por caudillo de la gente que en la fortaleza quedaba, que serían hasta veintitrés o veinticinco hombres a un Bartolomé González amigo conocido del Delgado, dejándole avisado que aunque Alonso de Herrera viniese allí no le recibiesen sin dar de ello primero aviso a Sedeño en La Trinidad, haciéndoles para que lo cumpliesen, grandes amenazas y poniéndoles temores de castigo si no lo cumpliesen y juntamente con ésto los dejaron sin ninguna comida, para que el hambre les forzase a dejar la fortaleza y seguirles. Sedeño y los de su parecer y opinión se fueron a la Isla de La Trinidad a dar principios a las cosas de su población y pacificación. En tanto que estas cosas pasaban entre Sedeño y los de la fortaleza, Alonso de Herrera alcan-

zó licencia del Juez de Cubagua para irse a Paria, y con cuatro o cinco amigos se metió en una piragua o canoa de perlas que allí le dió un conocido suyo, y se fué y pasó a la fortaleza de Paria con confianza de que hallaría allí a Delgado, y a toda la demás gente que Ordaz había dejado; y llegado que fué a Paria y hallando tan mudados los negocios de como él los había dejado, porque como los que estaban en la fortaleza habían quedado de mano de Sedeño y amenazados si recibían a Alonso de Herrera o a otro algún Juez que allí viniesen, no se determinaron a recibir ni admitir a Alonso de Herrera hasta ver si tenía bastantes recaudos para ello; el cual luego sacó las provisiones reales que en Santo Domingo le habían dado de Teniente y mostrolas a Bartolomé González y a los demás que Sedeño había allí dejado, los cuales viéndolas y pareciéndoles que traía bastentes recaudos para recibirlo por Teniente, lo admitieron por tal y le dieron la obediencia y lo metieron en posesión de la Tierra y fortaleza, y se lo entregaron todo.

CAPITULO XXI

Cómo Sedeño prendió a Alonso de Herrera y a los demás que con él estaban en Paria y los llevó a la Isla de La Trinidad; y cómo la Audiencia de Santo Domingo tuvo noticia de éllo y dió provisiones para que lo soltasen.

Pocos días pasaron, después que Alonso de Herrera se apoderó de la fortaleza de Paria, cuando lo vino a saber y entender el Gobernador Sedeño que estaba en La Trinidad entendiendo en las cosas tocantes a la pacificación y sustento de aquella tierra, lo cual le causó no poca turbación y alteración, por parecerle que eran principios aquellos para tornarse a desbaratar, y que no tuviese su jornada el suceso y fin que él pretendía, como ciertamente lo fué de la suerte que adelante se verá; y usando de la brevedad que el negocio requería para que antes que a

Alonso de Herrera le fuese favor de alguna parte y tuviese copia de gente con que defenderse luego, incontinenti mandó aderezar toda la más de su gente y se embarcó en un navío que allí tenía, y una noche atravesó aquel golfo o brazo de mar que entre Paria y La Trinidad hay, y saltando en tierra antes que amaneciese ni pudiesen ser sentidos, cercaron la fortaleza; de suerte que, al tiempo que amaneció y los de dentro abrieron las puertas, entró Sedeño con su gente de tropel que serían sesenta hombres, y recogiendo ante todas cosas las armas de los de dentro, los prendió a todos sin ninguna resistencia por estar tan descuidados como estaban de esta venida de Sedeño; y deseando el mismo Antonio Sedeño, no llevar consigo a Alonso de Herrera a La Trinidad, por que, como (*sic*) era persona principal, fácilmente podría atraer a sí los soldados y causar algún alboroto, o salirse con ellos de la tierra, le dijo que le soltaría y dejaría para que libremente se fuese a Cubagua o donde quisiese, con tal aditamento, que le hiciese juramento de que no volvería más a aquella fortaleza ni tierra de Paria. Alonso de Herrera viendo que si aquel juramento hacía, quedaba obligado a cumplirlo, respondió, que nó lo quería hacer ni juraría lo que le era pedido, aunque entendiese claramente que por ello había de estar toda su vida en prisión. De esta respuesta se indignó tanto el Gobernador Sedeño, que luégo lo comenzó a molestar con prisiones y rigurosos tratamientos, poniéndole grillos a los pies y un cepo al pescuezo, con intención de si por aquella vía pudiese constreñir a Alonso a que hiciese el juramento que le pedía, el cual jamás lo quiso hacer. Visto esto por Sedeño y que si así libremente lo dejaba y soltaba podría juntar gente y so color de volver a Paria, iría a donde él estuviese a vengarse, acordó llevárselo consigo preso a La Trinidad en todo recaudo, de suerte que no se le pudiese soltar, y por entonces dejó sin gente e inhabitable la fortaleza. Llegado Sedeño a La Trinidad con esta victo-

ria, quiso mostrarse más riguroso de lo que en semejantes lugares y tiempos es razón, y así puso en prisión a Bartolomé González que era la persona que estaba por caudillo en la fortaleza al tiempo que Alonso de Herrera entró en élla, y a un sobrino de Diego de Ordaz, llamado Alvaro de Ordaz y a otros amigos y a paniaguados del Gobernador Ordaz; y pareciéndole que en el haberse entrado Alonso de Herrera en la fortaleza había habido alguna traición o había sido corrompido el Bartolomé González con dádivas, para ello determinó de darle tormento. Para saber la verdad el cual se los dió lo más recios e inhumanos que pudo hasta que lo descoyuntó, y viendo que no hallaba ninguna claridad de lo que pretendía, ciego con alguna demasiada ira, quiso ahorcar a Alvaro de Ordaz y a otros dos hidalgos muy amigos del Gobernador Ordaz. Este hecho no les pareció bien a los allegados y consejeros de Antonio Sedeño por lo cual le persuadieron a que no le hiciese y así le fueron a la mano y se lo estorbaron, y sosegaron al Gobernador aunque no del todo, pues por una parte tenía guerra con los naturales de aquella tierra y por otra había de estar siempre recatado de los presos que consigo tenía. En este tiempo acertó a llegar a esta Isla de La Trinidad un navío de un Sanabria que por aquella costa de Paria andaba a rescatar esclavos, conforme a la costumbre de aquel tiempo; y para que Antonio Sedeño no tuviera ocasión de hacerle alguna molestia si le hallaba en Paria haciendo esclavos, aunque era fuera de su Gobernación, fué a él y le pidió licencia para ello, el cual se la dió, con que no los comprase ni rescatase de veinticinco años para bajo; y yendo a pedir esta licencia Sanabria supo la prisión de Alonso de Herrera, cómo había pasado y después de haber rescatado sus esclavos dió la vuelta a Cubagua donde hizo relación del suceso, y prisión de Alonso de Herrera con todo lo que sobre ello había pasado, lo cual sabido por un Alonso de Aguilar que en

aquella Isla residía que era muy grande amigo de Herrera, luego, incontinenti se partió para Santo Domingo, donde dió relación a la Audiencia real de todo lo que Antonio Sedeño había hecho con Alonso de Herrera y cómo lo tenía preso. El Audiencia sabido este atrevimiento dicho de Antonio Sedeño, luego dió provisiones muy bastantes para que el propio Aguilar fuese, y con un escribano notificasen a Sedeño que soltase a Alonso de Herrera y a todos los demás que tenía presos, y a los que con él se quisiesen ir a su Gobernación, y se les volviese todo lo que se les había tomado, así de caballos como de otras armas y pertrechos de guerra, con graves penas que para ello se le imponían; y recibidas sus provisiones, Alonso de Aguilar, luego, sin más se detener, dió la vuelta a Cubagua, para de allí ir a La Trinidad y hacer soltar a su amigo Alonso de Herrera y a los demás presos.

CAPITULO XXII

De cómo Alonso de Aguilar fue a la Isla de La Trinidad y Sedeño no quiso obedecer las provisiones, antes lo quiso prender sobre ello,

¡Oh, cuánto puede y cuánta fuerza tiene la ley de amistad! pues a este Alonso de Aguilar constriñó dejar su casa, a poner en riesgo su vida y gastar su hacienda, a pasar la mar, a sufrir otros muchos trabajos y riesgos, sólo por sacar a su amigo Alonso de Herrera de la injusta y molesta prisión en que Antonio Sedeño lo tenía, y así se puso, después de tantos trabajos, en aventura de que el mismo Sedeño lo prendiese e hiciese de él lo mismo que había hecho de Alonso de Herrera porque pasa en esta forma: que llegado que fué con las provisiones a Cubagua, luego, sin detenerse, buscó y convocó algunos soldados amigos suyos para que le acompañasen hasta La Trinidad, y metiéndose con estos ocho compañeros en un bergantín se fue derecho a donde Antonio Sedeño estaba usando de un bárbaro rigor con todos los que tenía presos, porque ni

él les daba de comer ni les quería dejar para que lo fuesen a buscar; y así no sólo les daba pena la prisión en que estaban mas les atormentaba la hambre que padecían. Llegado Alonso de Aguilar a La Trinidad, saltó luego en tierra con un escribano que llevaba, a notificar las provisiones y recaudos que de la Audiencia había llevado a Sedeño, el cual los recibió con alegría y contento no creyendo que fuesen a aquel efecto, mas desde que lo supo, fué tan grande el enojo que tuvo y recibió del atrevimiento de Alonso de Aguilar, que luégo allí, incontinenti, le quitó el escribano que llevaba y lo prendió. Con áspero semblante y no curando de obedecer ni cumplir lo que se le mandaba por la Audiencia, con áspera ira respondió que las obedecería, y cuanto a cumplir lo que se le mandaba que no convenía ni había lugar, y disimulando su pasión propuso de dar orden de cómo prender a Alonso de Aguilar y detenerlo allí hasta que a él le pareciese, y así acordó de convidarlo a comer, para que estando comiendo más seguramente lo prendiesen y sin alboroto. El Alonso de Aguilar sospechó la cautela, luego imaginó el modo que tendría en escaparse y no dando a entender que había entendido cosa alguna de lo que contra él se trataba, le rogó al Gobernador Antonio Sedeño que le hiciese merced de dejarle ver a Alonso de Herrera, pues que no lo había de soltar como el Rey mandaba, que le quería hablar antes de partirse. Sedeño por disimular más sus designios dijo que le hablase en buena hora, con tal que a ello se hallase presente su Teniente, el cual era muy grande amigo del Herrera y compañero que habían andado juntos en compañía de Don Diego de Ordaz, y debajo de esta amistad dió lugar a que los dos amigos Herrera y Aguilar se hablasen en secreto; Aguilar dijo a Herrera que ya veía que Sedeño no lo quería soltar, que no había otro remedio sino que una noche él se procurase soltar y fuese a la mar que allí él lo recibiría y haría lo que era obligado a su amistad. El Herrera quedó de hacer lo que pudiese por soltarse, pues a él le iba más

que a ninguno, y con esto se volvieron a la posada de Sedeño ya que se hacía hora de comer, y estando puestas las mesas y llamados los huéspedes para sentarse, el Alonso de Aguilar fingió que quería proveerse y como allí no había otro lugar sino el arcabuco o montaña, entrose por él y encubiertamente y sin ser sentido ni visto se fue a su bergantín, y después de metido en él no curó de saltar más en tierra a esperar ni estar en arbitrio de lo que tan inhumano Gobernador como Sedeño quiciese hacer. Sedeño estuvo esperando buen rato a su huésped para comer y desde que vió que se tardaba envióle a buscar creyendo que le hubiese sucedido alguna desgracia, mas Aguilar viendo desde el bergantín que le buscaban, dió voces diciendo que no le buscasen porque el se había ido a comer con sus compañeros por comer más seguro y descansadamente; que él no quería más tratos ni contratos con el Gobernador Sedeño, de que le diese su escribano por que se quería volver a Cubagua. Sedeño, viendo cuán en vano le habían salido sus designios, turbose demasiadamente, entendiendo que el no prender a Aguilar le había de ser dañoso y respondió, que la necesidad que de gente tenía, le constreñía a detener allí al escribano; que le perdonase pues no se podía hacer otra cosa y que ya veía la gran falta que la gente tenía de comida, que le rogaba que fuese con su bergantín al pueblo de Chacomar, para que le trajesen algunas patatas y casabe [?] y otras comidas de la tierra, a lo cual respondió Aguilar que era contento de hacer lo que le rogaba pero que él era bisoño o chapetón en el trato de aquella tierra; que enviase una persona que supiese tratar y rescatar con los indios. Sedeño se holgó con la respuesta de Aguilar y así le envió para el efecte un amigo suyo llamado Bartolomé González, que es el que halló Ordaz en la fortaleza de Paria por Sedeño. Y antes que pasemos adelante, es de saber que en esta sazón no estaba toda la gente de Sedeño en La Trinidad, porque en el navío que allí tenía había ido Agustín Delgado a buscar comida con cierta gente a la cos-

ta de Paria y había llevado consigo un soldado llamado Andino, que era o había sido secretario de Alonso de Herrera, para hacer justicia de él, diciendo que este Andino había persuadido a Herrera que fuese a Paria e hiciese lo que hizo. Por esto y otros motivos que el Agustín Delgado tuvo, afrentó a este Andino o lo azotó al rededor de la fortaleza, y sabido por Sedeño cómo Delgado había afrentado a Andino, temióse que si de allí escapaba los podría seguir o perseguir, y así le envió desde La Trinidad una botija vacía con sólo un cordel atado al cuello, dándole a entender que lo ahorcase, lo cual alcanzó y entendió el Agustín Delgado, pero no lo efectuó porque llegó a la sazón a Paria Alonso de Aguilar y Herreña que se lo estorbaron como luego diremos, y por esta causa no se halló presente Delgado a esto que hemos contado que pasó a Aguilar con Sedeño, ni a todo lo demás que vamos diciendo, lo cual le fué gran ayuda para que Herrera se soltase y Sedeño no prendiese a Aguilar; y es cierto que si Agustín Delgado con el navío se hallara en La Trinidad a la sazón que esto pasaba, Sedeño se vengaba a su voluntad del Aguilar y por ventura fueran los negocios más malos y feos de lo que fueron.

CAPITULO XXIII

Cómo Alonso de Herrera se soltó y libró de la prisión en que Sedeño lo tenía y se fue en el bergantín a Paria, a donde a la sazón estaba Agustín Delgado y lo prendieron con los que hallaron en su compañía.

En este tiempo que Antonio Sedeño estuvo en La Trinidad, que pasaron algunos meses, no dejó de tener guazaveras y guerras con los indios, los cuales le habían muerto en diferentes reencuentros que tuvieron más de veinte hombres y los demás estaban tan amedrentados, así de la mucha multitud de indios que cada día veían sobre sí, como por no ser parte para ir por los pueblos comarcanos a buscar comida las cuales necesariamente se habían de proveer de fuera de la tierra, que deseaban y procuraban salirse de allí; y algunos

quieren decir que de verse la gente que allí tenía Sedeño, tan oprimidos y trabajados y en riesgo de caer cada día en poder de sus enemigos, persuadieron e importunaron a Sedeño que saliese de la tierra y fuese a rehacerse de más gente o no curase demás de aquella tierra pues la gente de ella era tan indómita y pésima; y que esto le constriñó y forzó a Sedeño a salir de La Trinidad, mas conforme a lo que vamos tratando, yo no tengo por cierto esto, sino que la gente de Ordaz lo compelieron a salirse como luego se verá. Vuelto que fué el bergantín de Alonso de Aguilar con la comida que había ido a buscar a Chacomar echola en tierra y retuvo en sí a Bartolomé González, que era la persona e intérprete que Sedeño le había dado para rescatar la comida, enviándole a decir que no le daría su veedor, que este cargo tenía Bartolomé González, si no le daba su escribano, y de camino envió a decir con un esclavo negro que allí tenía Sedeño que era o había sido de Ordaz a Alonso de Herrera, que procurarse soltarse aquella noche, porque él lo esperaba allí para recibirlo, lo cual el esclavo le dijo a Alonso de Herrera, y él lo procuró poner por obra como diremos. Sabida por Sedeño la retención que Aguilar le había hecho de su veedor, enviole a rogar que se lo soltase sin querer él soltar el escribano que preso tenía y visto que no aprovechaba nada no curó de hablar más en ello, procurando poner toda guarda y custodia en Alonso de Herrera por que no se le fuese, al cual tenía con grillos y con diez hombres de guarda con que se aseguró Sedeño creyendo que con tanta gente como lo guardaba sería imposible la fuga. Alonso de Herrera usó de un ardid que fué darse a parlar y chocarrear con los que le guardaban a fin de desvelarlos en el primer cuarto, para que entrando más la noche ellos fuesen vencidos del sueño y se durmiesen todos, y él tuviese lugar de irse y habiendo gastado en parlar más de media noche, las guardas todas se durmieron y Alonso de Herrera se descalzó los grillos y poniendo unos palos o bancos en la hamaca donde dormía por que si la meneasen la

hallasen pesada, y creyesen que él estaba en élla, tomó una ballesta de los que lo guardaban y se fué a la mar y se entró en el bergantín. Viniendo el día y hallando menos Sedeño a Herrera, echó luego toda su gente para que lo buscasen por los arcabucos o palmares que por allí había y así mismo envió en una canoa a su Alcalde mayor para que viese si estaba en el bergantín. Alonso de Aguilar y Herrera viendo venir al Alcalde mayor de Sedeño, le dijeron que dejase la vara en la canoa y entrase en el bergantín a ver y hablar lo que quisiese el cual lo hizo así; y después de haberse hablado y saludado como amigos, Alonso de Herrera le dijo, que para qué había tomado aquel trabajo tan en vano, pues sabía que no había preso que suelto no se quisiere ver, y que las inhumanidades y rigores que con él había usado Sedeño, que ya que él no pudiese vengarse por sus manos, que esperaba que del cielo le vendría el castigo por su gran ingratitud, pues que estando él preso y teniendo los indios cercado a Sedeño y su gente y a punto de matarlos a todos, él se había soltado y cabalgado en un caballo en pelo, y tomado una lanza y ahuyentando los indios, y echádolos del cerco que les tenían puesto, y que en pago de esta buena obra y servicio le había tornado a poner más graves y ásperas prisiones que antes tenía; que pues en pago de tan buena obra él le había dado tan mala gratificación que no esperase ningún bien de él en remuneración de la severidad que con él había usado y de la arrogancia con que lo había tratado; y sabida esta respuesta por Sedeño, temiéndose no quedase hecho algún concierto entre Alonso de Herrera y soldados amigos suyos que allí habían quedado, que serían más de treinta hombres, luego los prendió a todos e hizo poner una fragua en medio de la plaza o ranchería para en ella, con el trabajo de los propios soldados hacer copia de prisiones que echarles y en que tenerlos. Alonso de Aguilar y Herrera se partieron luego y se fueron derecho a la fortaleza de Paria, donde hallaron a Agustín Delgado con algunos solda-

dos que quería ahorcar al Andino, por la seña que Sedeño le había enviado; y prendiendo a Agustín Delgado y a sus amigos, dieron la vida al pobre Andino y ellos se apoderaron de nuevo, otra vez, en la fortaleza y en todo lo que en ella había. Los soldados que Sedeño había preso, viendo que no les bastaba su hambre y necesidad, y trabajos y enfermedades que habían pasado, sino que de nuevo los quería molestar con prisiones, rogaron a un Morán, persona principal y amigo de Sedeño, que le dijese que les bastaba la prisión que tenían y no poder salir de aquella Isla donde habían pasado las calamidades que era notorio, sin que de nuevo los aprisionase, dando a entender que de todo punto deseaba y pretendía su total perdición y muerte. Morán se juntó con otro hidalgo que allí estaba por Tesorero, que se decía Villegas, y se fueron al Gobernador Sedeño y le dijeron: el amistad y voluntad que a Vmd. tenemos, nos constriñe y oprime a decirle lo que sentimos de lo que al presente hace y pretende hacer con los soldados que tiene presos, lo cual no sólo cualquier hombre de buen juicio verá y colegirá mas todo bárbaro, que con algún velo de pasión no tuviere cerrados los ojos del entendimiento; y dirá que lo que Vmd. al presente hace, es fuera de toda la modestia que debe tener y benevolencia que está obligado a usar, no sólo con los de su nación, mas con los extranjeros y no conocidos; y así parece crueldad inhumana que después de tantos trabajos como estos miserables hombres han padecido, en ayudar a sustentar a Vmd. en esta tierra, pasando los trabajos y necesidades que es notorio poniendo sus vidas en riesgo de perderlas, en pago de todo ello, sean puestos en tan ásperas prisiones, para que ofreciéndose algún día alguna repentina guazavera de estos indios de esta tierra, sean muertos cruelmente, no es cosa que conviene pasar adelante con el propósito que Vmd. tiene, soltándolos con halagos y blanduras de palabra, atraerlos a sí para que cuando fuere menester pongan las vidas por su Gobernador. A Sedeño nunca ablandaron estas y

otras palabras que le dijeron, mas con ánimo severo y obstinado les respondió: que a los que siempre le habían sido amigos y se lo era, que él los había tratado y trataba como hermanos; y que los demás no sólo habían de ser tratados de él ásperamente y mandados a coces y puntillazos, mas que no los había de soltar de las prisiones en que estaban sino para los oficios y obras civiles que se ofreciesen, y que él pondría tanto recaudo de prisiones en ellos, que aunque quisiesen no se soltasen. Viendo Morán y Villegas la obstinación y crueldad del Gobernador, lo dejaron sin curar de gastar más palabras y se fueron a sus posadas, harto descontentos en ver que no habían podido acabar con Sedeño una cosa tan justa y caritativa como la que pedían.

CAPITULO XXIV

Cómo los soldados que estaban en la Isla de La Trinidad con Sedeño, se amotinaron y lo prendieron y se fueron con él a Paria, donde Alonso de Herrera lo echó en prisión; y cómo después los propios soldados amotinándose contra Herrera soltaron a Sedeño y se fueron con él a Cubagua

Los soldados que presos estaban, viendo que Morán a quien habían encargado que hablase al Gobernador Sedeño, no les volvía con respuesta alguna, coligieron que no habría querido condescender con su ruego, y así acordaron tomar su libertad con sus propias manos, porque algunos de los que estaban presos habían ya hablado y tratado con amigos suyos que andaban sueltos, para que les ayudasen a soltarse si el Gobernador de su voluntad no lo quisiese hacer; y, a medio día, en punto que todos los más estaban comiendo o reposando, los presos, ayudándose los unos a los otros, se soltaron y tomando algunas armas de las que Sedeño tenía en depósito recogidas, salieron por el pueblo o ranchería, dando voces y diciendo viva el Rey que libertad nos ha dado y el Gobernador nos quiere hacer esclavos, a los cuales luego se juntaron otros amigos y compañeros y conocidos para salirse de la Isla, porque

lo deseaban grandemente a fin de verse redimidos de las vejaciones y trabajos que allí pasaban, y con todos los que en el camino se les llegaron, se fueron derecho a donde el Gobernador Sedeño estaba, al cual prendieron y sin hacerle más daño de despojarle de sus armas, le mandaron por la violenta jurisdicción que ellos habían adquirido, que tuviese aquella su posada por cárcel, so pena de la vida, sin haber entre esta gente cabeza que se señalase, sino que todos de una conformidad lo hacían y mandaban, por no poder ya sufrir ni tolerar las crueldades de Sedeño, el cual en este trance nunca halló amigos que por él volviesen ni quisiesen tomar la voz para defenderlo y así determinaron de venido que fuese el navío que esperaban, embarcasen en él e irse a Cubagua o la vuelta de Paria o donde les pareciese. Estando esta gente en esta sedición y escándalo o revuelta, a cabo de tres días pareció la carabela de Sedeño, que venía de la costa y fortaleza de Paria con comida, la cual no había topado en el camino el bergantín de Aguilar y Herrera, y así los que en ella venían ignoraban lo que había pasado, así en La Trinidad como en Paria con Agustín Delgado; y entendiendo el Gobernador Sedeño que ya la carabela se acercaba a tierra, procuró ponerse en parte do lo viesen y comenzó a hacer señas con un paño, para que se volviese y no llegase a tierra. Los soldados que no deseaban hacer daño ni mal a Sedeño, más de salir del cautiverio, le rogaron que se dejase de hacer lo que hacía y no permitiese que la carabela se volviese y pereciesen allí; todos los que en la carabela venían se acercaron a tierra sin haber entendido las señales que por Sedeño se les habían hecho, y desde que los soldados la vieron surta y al maestre en tierra, se metieron y apoderaron todos en ella, rogando al Gobernador Sedeño, que si se quería ir con ellos que lo llevarían; el cual con una loca obstinación, menospreciando lo que los soldados le ofrecían, dijo que se fuesen con Dios, que él con los que le quisiesen acompañar se quedaría allí, diciendo que

los que le eran y habían sido amigos se lo mostrasen en aquel trabajoso tiempo. A esta opinión y voluntad de Sedeño correspondieron solamente seis hombres amigos suyos, los cuales se le ofrecieron, que habiendo copia de soldados para defenderse de los naturales, de acompañarle y residir allí con él; Sedeño se lo agradeció y dijo a los demás, que antes quería con los seis compañeros solos quedarse allí a su ventura, que ir en compañía de tan mala gente; los soldados y amigos que allí se le habían mostrado a Sedeño, pareciéndoles que si conforme a lo que decía y pretendía se quedaban allí, que de su propia voluntad se entregaban en poder de los naturales bárbaros de aquella Isla para ser sacrificados neciamente y ofrecidos a la muerte, y así persuadieron a Sedeño que dejase su loca y temeraria determinación y se metiesen en su navío y se fuesen donde tuviesen las vidas seguras, y así casi por fuerza tomaron a Sedeño y a sus amigos y criados y lo metieron en el navío harto contra su voluntad, lo cual visto por Sedeño, y que le dejaban allí tres caballos que tenía de mucha estima, envió a rogar al Cacique Chacomar, que era su amigo y siempre se había conservado en su amistad, que llevase los caballos a su pueblo y los tuviese y curase en él; y con esto partieron de La Trinidad y se fueron derechos a Paria, ignorando que Herrera estuviese en ella. Los cuales saltaron en tierra en la fortaleza, y viéndolos Alonso de Herrera, usando del propio rigor que con él se había usado, prendió a Antonio Sedeño y a sus amigos y criados y púsolos en prisiones dentro de la fortaleza, y todos los demás se holgaron los unos con los otros en verse fuera de la sujeción y dominio de Sedeño.

Alonso de Herrera se detuvo algún tiempo en esta fortaleza reteniendo en ella los presos, por ver si acerca de la Gobernación de Paria había alguna innovación de España o de Santo Domingo, para disponer de los presos a voluntad del que viniese, y aun ante él pedir contra ellos lo que le conviniese. En el cual tiempo se ofreció que envió ciertos soldados a una población de caribes que

estaba cerca de allí, los cuales, o por descuido suyo o por ánimo e industria de los indios, les mataron ciertos españoles y los hicieron volver casi huyendo, de lo cual se hallaron corridos todos, y los más soldados que de esta jornadilla escaparon, antes de llegar a la fortaleza se concertaron de soltar a Sedeño y a sus amigos de las prisiones en que Herrera los tenía, e irse con los que les quisiesen seguir a Cubagua, en unas piraguas o canoas que habían tomado en aquella población de caribes; y llegados que fueron a la fortaleza de Paria, se fueron derechos a Antonio Sedeño, y porque después de suelto, con favor de algunos allegados suyos, no quisiese hacer nuevas molestias a Alonso de Herrera y a sus amigos, recibieron de él juramento, antes de soltarlo, que después de suelto no haría ningún desabrimiento ni descontento a Alonso de Herrera ni a los de su parcialidad, sino que él con los que lo quisiesen seguir se irían a la Isla de Cubagua, el cual se lo prometió; así y debajo de este presupuesto, le soltaron a él y a Agustín Delgado y a todos los demás que estaban presos, los cuales luégo con los que les quisieron seguir se embarcaron en las piraguas y canoas que habían traído de los caribes y se fueron a Cubagua, y de allí se volvió Antonio Sedeño a Puerto Rico, donde sucedió un caso bien extraño, que por ser tal, lo pretendo escribir en este libro. Luego Alonso de Herrera con los de su parcialidad se quedaron en la fortaleza de Paria esperando si venía Gobernador o socorro para que pudiesen efectuar lo que tanto tiempo había pretendido, que era ver la noticia que en aquella provincia les habían dado.

CAPITULO XXV

En el cual se escribe la venida de ciertos indios caribes de la Isla de La Dominica a la Isla de San Juan de Puerto Rico; y la prisión que en ella hicieron de Cristóbal de Guzmán y de muchos negros esclavos e indios de su Provincia.

¿Por qué vine a tratar de San Juan de Puerto Rico? Por respecto de ser Antonio Sedeño vecino y Tesorero de esta Isla, contaré un caso acaecido en ella el año de veintiocho, por la maldad y crueldad de ciertos bárbaros y naturales de la Isla de La Dominica que excediendo a todos sus pasados en osadía y atrevimiento y vigor de ánimos, juntaron una buena armada de piraguas, y metiéndose en ellas a imitación de los antiguos salteadores de Corinto, quebrantando los términos de toda amistad y conformidad y conservación de la humana vida, pasando de su tierra a las Islas comarcanas puestas en el Mar Mediterráneo, las asaltaban y robaban, dando crueles y miserables muertes a los moradores de ellas. Vinieron estos caribes navegando por el Mar Océano a asaltar y robar en esta Isla de San Juan de Puerto Rico; y para que mejor se entienda este suceso y acaecimiento, es de saber que en esta Provincia o Isla, en la ciudad principal de ella, había un ciudadano principal, así en hacienda como en linaje, llamado Cristóbal de Guzmán; éste tenía un cortijo o estancia en la cabeza de la Isla, en donde dicen el Daguao, do había gran cantidad de esclavos y esclavas negros e indios e indias que labraban las tierras y las cultivaban, y sacaban oro de las de las minas que allí cerca estaban; y habiendo ido Cristóbal de Guzmán, como hombre curioso y cuidadoso a visitar su hacienda, la cual caía en la parte dicha sobre las riberas del Mar Océano, apartado media legua, y estando allí sin esperanza de ningún adverso suceso, porque en la Isla no había ya naturales que estuviesen en guerra, sino todos pacíficos y domésticos, ni había que temer ninguna cosa dañosa que se hubie-

se de recibir por mano de enemigos, ni menos franceses: en aquel tiempo ni navegaban ni pasaban a robar a las Indias; y así estaban todos y vivían en sus cortijos, seguros de las asechanzas y daños que en otras partes, donde más próximas tienen las ocasiones dichas, se esperan recibir; pues estando como he dicho, Cristóbal de Guzmán en esta su estancia, de repente llegaron sobre él, un domingo de mañana, gran cantidad de indios caníbales o caribes, naturales de la Isla de La Dominica, tierra bien apartada y dividida de la de San Juan por las aguas del mar que en medio están, y otras muchas Islas que se anteponen entre las dos Islas, los cuales habiéndose metido con bárbara temeridad en navegar con tan pequeños esquifes como son las piraguas, y meterse en un golfo y mar tan impetuoso como es el que atravesaron y pasaron, y llegando al puerto de aquella estancia del Daguao estaba apartada la distancia que poco ha dije, al cuarto del alba, por no ser vistos ni sentidos de la gente de la tierra, saltaron con las armas en las manos y saltando con brío de fuerzas que, por la antigua enemistad que en el linaje humano tienen, se sustentan de cuerpos de hombres, aquel cortijo, donde tan descuidados vivían de ver semejantes enemigos sobre sí, mataron cantidad de indios e indias y esclavos y esclavas; y como el Cristóbal de Guzmán a quien ellos deseaban tomar vivo y sin ninguna lesión para tener larga ocasión de pasatiempo con él, se defendiese valerosamente, fué herido de algunos flechazos y con ellos constreñido a rendirse a los caribes, y por ellos preso y metido en sus piraguas. Tomaron vivos algunos indios e indias y negros y negras, a los cuales con los demás cuerpos muertos, con todo el demás despojo que en el cortijo pudieron haber, se embarcaron y dieron la vuelta a su tierra. Partidos los caribes con este triste espectáculo, aunque para ellos de grande alegría y contento, se fueron a una Isla que cerca del Daguao estaba, dicha Bique, donde por parecerles lugar seguro tomaron puerto y saltando en tierra comenzaron a solemnizar

su victoria, haciendo grandes convites y banquetes y comidas, con la carne de los cuerpos muertos que llevaban, los cuales comían con tanto contento y alegría, como si naturalmente lo hubiera el poderoso Dios criado para su sustento y mantenimiento, acompañando sus cenas y comidas de muchos alegres cantos de que en semejantes regocijos suelen usar, y después de haber estado en la Isla de Bique cuatro días en estas fiestas y regocijos, dispendiando y comiendo la carne de los difuntos, porque no se les dañase ni perdiese, se partieron, llevando gran guardia en los demás prisioneros vivos y poniendo mucha diligencia en curar a Cristóbal de Guzmán porque no se les muriese, no por compasión ni amistad que con él tuviesen ni porque deseasen restaurarle la vida para algún buen efecto, sino sólo para como he dicho, tener con él larga materia y ocasión de pasatiempo; y caminando la vía de su tierra llegaron a la Isla de Santa Cruz, donde saltando en tierra para hacer nuevos regocijos, se detuvieron seis días gastando el tiempo en comer y beber y cantar, para el cual efecto mataban con mucha infamia y alegría y bárbaras ceremonias a algunos de aquellos indios y negros que llevaban presos, bebiéndoles la humana sangre, caliente, como la iban sacando de los cuerpos, sin que consintiesen que una sola gota se perdiese; y partiendo de la Isla de Santa Cruz, tocaron en la Isla dicha La Virgen Gorda, donde asimismo saltaron en tierra para holgarse y hacer memoria de su trofeo, y sacrificando a sus vientres de aquellas vidas y cuerpos humanos que llevaban en prisión, mataron a algunos con la solemnidad acostumbrada. A esta sazón la yerba de las flechas con que habían herido a Cristóbal de Guzmán había hecho tal operación, que los caribes veían claramente que su vida no tenía remedio, y porque su muerte no careciese de la solemnidad que las demás, ni dejase de participar muy enteramente de su bárbara crueldad, tomaron a este caballero y aspáronlo o ataron a un árbol con recios cordeles, y despojándolo de las vestiduras que llevaba para

que más escombrado y exento estuviese el blanco o terrero, comenzaron a hacer sus bailes y regocijos y músicas, según su bárbara costumbre; y en ellos trayendo sus arcos y flechas en las manos, cada uno le tiraba, de suerte que aquella parte de su cuerpo que más contento les daba, casi sin perder tiro dispararon en él muy gran cantidad de flechería. Dicen unas esclavas que estaban presentes, las cuales, como adelante se dirá, volvieron vivas a poder de españoles, que sufriendo con buen ánimo Cristóbal de Guzmán la cruel muerte que le daban estos caribes, ya que estaba en lo último de la vida, alzó las manos y ojos al cielo dando grandes muestras y señales de contrición y arrepentimiento, invocando el auxilio divino, con las cuales señales murió, no cesando en todo este tiempo los crueles bárbaros de arrojarle continuas flechas con que hacer más penosa su muerte y de mayor pasatiempo y contento para ellos; y fué cosa de maravillar que estos caribes no quisieron comer este cuerpo, como habían hecho a los demás sino allí se lo dejaron donde lo martirizaron, y aunque aquellas esclavas que vivas estaban, quisieron cubrir el cuerpo muerto con arena, porque no fuese comido de las aves o de otras fieras, los indios se lo estorbaron y aun sobre ello las maltrataron; y embarcándose en sus piraguas prosiguieron su camino y llegaron a La Dominica, donde con nuevas juntas de gentes acabaron de celebrar la victoria habida de Guzmán y de su gente, matando algunos de los prisioneros que les quedaban vivos, para comer y dar en el convite y borrachera; y porque ya que he dado noticia y relación de este malvado hecho que estos crueles caribes hicieron, es bien que la dé del castigo que sobre ello se hizo, aunque a costa de algunos españoles, prosiguiendo con la materia adelante, lo cual no pensaba hacer, por no gastar tiempo en estas cosas que parecen peregrinas y extranjeras de mi historia.

———

CAPITULO XXVI

Cómo los vecinos de San Juan de Puerto Rico hicieron y juntaron gente y nombraron por Capitán de ella a Juan de Yucar y pasaron a La Dominica, donde comenzaron a hacer en los indios castigo de la muerte de Guzmán.

Este caballero de cuya desgracia y suceso y terrible muerte hemos tratado, era casado en la propia Isla y ciudad de San Juan de Puerto Rico con una señora noble en linaje y costumbres, llamada Mayor Vásquez, la cual, sabido el suceso de su marido aunque no la cruel muerte que se le había dado, hizo el sentimiento que conforme a su calidad y nobleza era razón que hiciese, y aunque deseaba ir o enviar a ver y saber si su marido era vivo o muerto, no lo hacía porque, como las viudas aunque sean ricas no alcanzan tan enteramente lo que de justicia les compete como a los hombres si tienen el mismo posible, érale denegado el hacer junta de gente por la justicia. Para este efecto y así le fué necesario enviar a llamar un cuñado suyo, hermano del propio Guzmán a España, Fraile de la Orden de Santo Domingo, llamado Fray Vicente de Guzmán. Este, sabida la tomada y cautiverio que los caribes habían hecho de su hermano, con toda la presteza que pudo, vino a Puerto Rico donde procuró con el que gobernaba la tierra, que era un Francisco Manuel de Olando, que hiciese una buena armada para ir a saber el suceso de aquella gente que los caribes habían llevado, haciéndose el gasto de élla entre la mujer de Guzmán y la Ciudad de Puerto Rico; porque ya que los hubiesen muerto, como se presumía, podrían prender número de aquellos malhechores y traerlos para esclavos, que en este tiempo se hacían, de donde sacarían el gasto que en hacer la armada hiciesen; fuéles otorgada la licencia y juntaron doscientos hombres, y embarcándose en una carabela y dos bergantines bien aderezados y por Capitán General nombrado por el Cabildo a Juan de Yucar, de nación navarro, y Fray Vicente con

ellos, se fueron en demanda de La Dominica por la misma derrota que los indios habían llevado. Fuéles el tiempo muy contrario y por eso no sólo se detuvieron mucho tiempo, pero dividiéndose con las refriegas de la mar los unos de los otros, fueron a aportar los bergantines en que iba la mayor parte de la gente con el Capitán y Fray Vicente a la Isla Guadalupe y la carabela a Mari Galante, casi sin saber los unos de los otros. La gente de los bergantines como era mucha, acabaron presto la comida y como se detuvieron en Guadalupe sin hallar allí qué comer, padecían muy grande necesidad de hambre, por lo cual determinó el Capitán Juan de Yucar meterse en un barco e ir a buscar la carabela con doce compañeros, y dejando por caudillo de la gente a Fray Vicente, se partió y al primer bordo que dió en demanda de la carabela, dió con ella en Mari Galante, donde los que con él iban satizficieron el hambre que padecían y se estuvieron allí algunos días, después de los cuales tomaron en el barco todo el matalotaje y vituallas que pudieron y dieron la vuelta a Guadalupe donde halló el Capitán Juan de Yucar la gente como casi amotinada, porque como con la hambre fuesen afligidos y constreñidos a buscar su remedio y dar orden en que no pereciesen sus vidas por falta de comidas, concertaron algunos de aquellos soldados embarcarse en los bergantines y dar la vuelta a Puerto Rico, y como esto les fuese estorbado y resistido por el Fray Vicente, que era Teniente y por algunos de su bando y opinión, moviose entre ellos una grau sedición y alboroto, de suerte que tomando las armas en las manos los del uno y otro bando comenzaron a reñir su pendencia, menospreciando la autoridad Real del que los gobernaba, de suerte que fueron algunos de los movedores de este alboroto y escándalo, heridos a cuchilladas que les dieron, y si a esta sazón no llegara el Capitán Juan de Yucar que los mitigó y apaciguó fácilmente, perecieran todos. Luego que el Capitán puso paz entre sus soldados aunque no de todo punto y hubo repartido

la comida que llevaba, se embarcó con toda la gente en los bergantines y se volvió a Mari Galante y juntándose con la carabela, dejó en ella a Fray Vicente con algunos soldados, y tomando consigo toda la más de la gente y armas en los bergantines se fué la vuelta de La Dominica a poner en efecto su deseo, y aguardando a vista de ella la oscuridad de la noche para poder llegar a tierra sin ser vistos de los naturales. Le sucedió todo como quiso, porque como después de anochecido llegase a tierra con sus bergantines y echase un soldado llamado Limón, muy diestro en conocer por las pisadas y vestigios de los indios las vías de los pueblos, fué por éste fácilmente descubierto el camino que iba a la población de los indios que no estaban lejos de la mar, y hallado este rastro y siendo avisado de ello el Capitán Juan de Yucar luego saltó en tierra con los más de sus soldados, para hacer espaldas a Limón, que confiándose en su soltura y ligereza, astutamente se desnudó en cueros porque si fuese encontrado de algunos indios no fuese extrañado, y siguiendo el camino y rastros que antes había visto, caminó la tierra adentro, solo y desnudo, obra de media legua donde halló un pueblezuelo o lugarejo de cuatro caneyes que son unos bohíos o casas muy largas en que se recogen mucha gente a vivir, cuyos moradores estaban a lo que parecía, bien descuidados de que en su tierra hubiese gente extranjera; y dando Limón la vuelta adonde su Capitán había quedado, le dió noticia de lo que había visto, el cual luego se partió con su gente. Puesta en concierto y dando en los bohíos de los indios, prendió a todos los que en ellos estaban sin que se les escapase más de una sola persona, que serían ochenta presos, y después de haberlos atado y puesto a recaudo, preguntó a un indio de aquellos que en este pueblo se tomaron, el Capitán Juan de Yucar, con un intérprete que le hablaba, si era vivo Cristóbal de Guzmán y que dónde estaba, el cual por dar contento a los españoles, y pareciéndole que por ello le

soltarían, le respondió que era vivo y estaba en un pueblo cerca de allí. El Capitán para más claridad del negocio, apartando aquel indio, preguntó lo mismo a una india, la cual respondió, que no curasen de preguntar ni buscar a aquel español porque los indios que lo habían preso, lo habían muerto con gran regocijo y alegría en la Isla llamada La Virgen Gorda, y que uno de ellos había sido el propio indio que decía que estaba vivo; teniendo pues por más cierta y verdadera esta respuesta que la india había dado que otra ninguna, no curó el Capitán de hacer más pesquizas ni inquisición; mas un soldado que debía tener particular amistad con Cristóbal de Guzmán, ya difunto, queriendo hacer sacrificio al ánima de su amigo con la sangre de los que lo mataron, allí, de repente dió con el espada que en las manos tenía, al rendido y atado indio que decían haber sido uno de los matadores, una cuchillada que le quitó la cabeza de los hombros, y si le dejaran pasar adelante con su holocausto, él sacrificara a las ánimas y los cuerpos de todos los indios e indias que presentes estaban, con que quedara tan ufano que sin duda le pareciera con aquel ejemplo de bárbara crueldad (*sic*) había librado de pena el ánima de su amigo y puéstola en perpetua gloria, mas no estaba fuera de esta iniquísima opinión el Capitán Juan de Yucar, porque luego que le fué certificada la muerte de Guzmán, dijo a sus soldados que determinadamente hiciesen la guerra a aquellos indios y que al que no pudiesen haber vivo para esclavo y aprovecharse de él, le dieran la más cruel muerte que les pareciese y todo lo que pudiesen destruir y arruinar lo destruyesen y arruinasen, de suerte que con actual y ejemplar castigo quedasen aquellas gentes con el pago que su malvado y fiero atrevimiento merecían y ellos quedasen con bastante satisfacción de la injuria que habían recibido los ciudadanos de San Juan de Puerto Rico, a cuya tierra habían ido aquellos bárbaros, a hacer los asaltos y robos y muertes que les eran notorios, y con

esto se procuró informar de los indios que presos tenían, donde había poblaciones de indios, para ir a ellas, los cuales fácilmente les dijeron, que cerca de allí estaba otro pueblezuelo de gente de su nación y sus compañeros, los cuales tenían en su poder dos negras esclavas que habían tomado con la demás gente en Puerto Rico y que además de esto, otro día siguiente, habían de llegar a aquel puerto donde los bergantines estaban, cuatro piraguas de indios que venían a holgarse y beber con ellos, de unos pueblos que estaban en aquella costa adelante. Juan de Yucar habida esta nueva, luego tomó una determinación de hombre práctico y enviando cuarenta hombres con un Capitán Diego Vásquez les mandó que fuesen a dar en el pueblo donde decían estar las negras y dejando en aquel propio lugar la presa que habían hecho de indios bien atados y puestos a recaudo con gente y soldados que los guardasen; él con el resto de la gente se fué con toda presteza a meter en los bergantines, para antes que la luz del día viniese, con que podían ser vistos, ir y ponerse en salto o emboscarse en un promontorio o punta que allí cerca hacia la tierra, por el cual habían de pasar las piraguas; y en esto no fué nada perezoso, porque con ser bien cerca del día cuando se partió del pueblezuelo donde había hecho la presa, antes que fuesen bien esclarecidos estaba ya puesto en la emboscada tras del promontorio.

CAPITULO XXVII

En que se escribe todo el demás suceso que Juan de Yucar tuvo en La Dominica con los indios; y lo que Luis Martín Gobal hizo en una carabela en que había salido de Puerto Rico.

El Capitán Diego Vásquez con sus compañeros caminó con tanta presteza al pueblo donde las negras estaban, que antes que amaneciese dió en él y hallando descuidados y dormidos a aquellos miserables moradores, fácilmente lo sujetó y tomó muchos

de ellos, y muchos mató a cuchillo y muchos quemó vivos en los bohíos, que luego poniéndoles fuego arruinó, de suerte que en los miserables moradores de aquel lugarejo ejércitó todos los géneros de crueldad que pudo. Algunos de sus soldados fueron heridos por mano de aquellos indios, que sintiendo el tumulto que en su pueblo andaba, se levantaron y tomando las armas en las manos, quisieron defender su patria y echar los enemigos de élla, los cuales, siendo cercados por los españoles, fueron miserablemente muertos con los demás; hecho esto, los españoles tomaron las negras de quien supieron muy por extenso todo lo susodicho, y llevando a recaudo los indios e indias que habían dejado vivos dieron la vuelta a donde estaba la otra presa de indios que en el primer pueblo de atrás habían tomado y dejado. El Capitán Juan de Yucar que estaba esperando tras del promontorio las piraguas no hubo menor suceso en su empresa que Diego Vásquez, aunque no de tanta sangre, porque como las piraguas viniesen navegando sin recelo ni sospecha de los que les estaban esperando, al tiempo que doblaron el promontorio y emparejaron con la emboscada, fueron con tanta presteza acometidos por los bergantines y como las piraguas viniesen cargadas y embalumadas de cosas de comer y beber pertenecientes a sus regocijos, no pudieron usar de la presteza y ligereza que otras veces, y así fueron todas cuatro tomadas con la gente que en ellas venía, sin escapar más de solamente seis indios que, atreviéndose a su diestro nadar, se arrojaron a la mar y caminando gran trecho por debajo del agua, fueron a salir a tierra donde no podían recibir ningún daño de Juan de Yucar, el cual, temiéndose que aquellos indios que se habían arrojado al agua no fuesen a dar mandado y aviso a los pueblos comarcanos, navegó con toda diligencia la costa arriba, y dando en un pueblo de indios que estaban descuidados y cubiertos con cierta roca o peña alta, fueron presos y cautivos por la gente española obra de sesenta piezas de aquel pue-

blo, varones y mujeres, y matados a cuchillo con bárbara crueldad, y queriendo el Capitán pasar adelante con su castigo y venganza, halló que ya eran sentidos y tenían los demás naturales aviso de la gente que en su tierra andaban, y estándose en aquel aprieto donde había hecho esta presa, vinieron a él por tierra muy gran cantidad de naturales con las armas en las manos, a vengar las muertes y daños hechos en sus compañeros y hermanos, y apartándose los españoles con los bergantines de tierra, los indios comenzaron a flecharles y a tirarles flechas, aunque no les hacían daño con ellas y por el consiguiente los españoles con la artillería que llevaban, tiraban a los indios pero en nada les dañaban con élla. El Capitán Juan de Yucar, queriendo ver si podía hacer algún engaño a aquellos bárbaros, con que destruír algunos de ellos, habloles desde la mar con un despierto intérprete que tenían, tratándoles de paces y que se diesen rehenes los unos a los otros y se concertasen; los indios vinieron en ello y enviando a los bergantines cuatro principales, fué por el Capitán preguntado a los españoles si había algunos que en lugar de aquellos indios quisiesen ir a tierra, mas como todos conocían cuán dudosa fé y palabra era la de aquellos bárbaros, rehusaron la idea por rehenes, sino fué Limón, de quien atrás dijimos que, con sólo los vestidos de que naturaleza lo vistió, fue a descubrir la población; éste, con otro vizcaíno llamado Orozco, con ánimos temerarios, aceptaron el ir por rehenes entre los indios, de que no poco después se arrepintieron, porque como aquellos bárbaros los tuviesen en su poder y ellos sean en sí gente desvergonzada y rústica y sin ningún género de miramiento ni comedimiento, llegábanse a estos dos españoles y con bestial desenvoltura les llegaban con sus manos a tentar sus vergüenzas y a ver la forma que tenían, y luego les ponían las manos en las barbas y les tiraban blandamente de ellas por ver si era cosa postiza; y para regocijarse de todo punto, jugaban con ellos a pasa-gonzalo, dándoles buenos papirotes en las nari-

ces. En estas cosas y otras semejantes, pasaron el tiempo estos dos soldados en el inter que en poder de los indios estuvieron, que serían dos horas, que cierto para ellos fueron dos muy largos años, diéronles de comer los indios, pero con tan mala salsa, no podía hacer buen gusto la comida; pasadas estas cosas los españoles fueron vueltos a sus bergantines y los indios a tierra, y como en estos tratos no hicieron ninguna cosa de las que entrambas partes pretendían, que era engañarse los unos a los otros, cesó entre ellos la guerra; conque otro día se vinieron en aquel propio lugar para de todo punto hacer fija y pacífica amistad, pero estos bárbaros andaban haciendo estos entretenimientos con los españoles por poner en cobro sus mujeres e hijos y ver si podían hacer junta de más gente para ofenderles; el Capitán con su gente y presa se partió luego a donde estaba esperándolo Diego Vásquez con los demás compañeros e indios que habían cautivado, y aquella noche propia se embarcaron todos los que con Vásquez estaban con la presa que habían hecho en aquella parte; y poniendo los presos en orden y recaudo dentro de los bergantines, otro día de mañana, todos juntos se volvieron a tratar de las paces y amistades que el día antes habían quedado principiadas por el Capitán Juan de Yucar con los otros caribes, y como llegando a este puerto no hallase ninguna gente ni pareciese en toda aquella costa, pasose adelante a un puerto muy seguro y bueno, dicho el puerto del Azufre, donde había un río llamado el Río Caliente, y como así mismo no hallase en él gente, determinó de saltar a tierra y entrar a la tierra adentro con sus soldados a hacer todos los daños que pudiese en los indios, y poniéndolo en efecto, tomó consigo ochenta hombres bien aderezados y los más belicosos y dispuestos para aquel trabajo y guerra, y habiendo por allí cerca unos indios que les dijeron y dieron relación de donde estaba recogida la gente de aquella provincia, los llevaron por guías y metiéndose con ellos la tierra adentro, caminaron cuatro días lle-

vando siempre Juan de Yucar delante de sí, apartados distancia de un tiro de arcabuz, seis hombres que a manera de exploradores o espías, fuesen viendo y descubriendo lo que había; en las cuales jornadas hallaron más de treinta lugares o pueblos de indios sin ninguna gente, los cuales quemaron y arruinaron, y al quinto día dieron los que iban adelante en un arroyo o quebrada de muy mal pasaje; de la otra banda del cual en una alta barranca estaban recogidos y hechos fuertes los indios con sus mujeres e hijos los cuales habían ya sentido la ida de los españoles en su busca y estaban en aquel arroyo, una parte de ellos puestos en asalto; y como los seis exploradores españoles por cierta sospecha que del corazón, pronosticador de los malos sucesos, les venía, temiesen y rehusasen la pasada de aquel arroyo, alzaron los ojos y vieron los indios que los estaban mirando desde su alojamiento, y queriendo retirarse para dar mandado al Capitán que tras de ellos iba, fueron de repente cercados por los caribes que estaban puestos en celada los cuales alzaron las voces pareciéndoles que tenían ya segura aquella presa; mas como el Capitán oyese la grita de los indios porque iba caminando por montaña y podía oirlos y no verlos, apresuró el paso con su gente y dando en los indios de repente los rebatió y apartó, de suerte que quitaron el cerco que tenían puesto a los seis soldados y se juntaron todos, mas los indios no se apartaran mucho de donde estaban antes peleando; obstinadamente ponían en condición a los nuestros de ser desbaratados y perdidos, pero como los españoles no diesen a entender a sus enemigos que en ellos había flaqueza y los unos y los otros sustentasen muy bien sus bríos en pelear, cansáronse los indios primero y suspendiendo sus armas y apartándose un poco, dieron lugar a los nuestros a que les volviesen las espaldas con título de retirarse, porque el Capitán viendo cuan desiguales le eran los indios en número y que peleaban por su libertad y por la defensa de sus personas y mujeres e hijos, parecíale que no se podía haber ninguna

honrosa victoria con gente que a sus buenos bríos acompañaban y favorecían tantas justas condiciones, y a él y a los suyos contrarias; y así tomando el Capitán Juan de Yucar con los más valientes soldados la retaguardia, que en aquel tiempo era más peligroso lugar, dieron la vuelta hacia la mar; los indios los siguieron con mucha ligereza, acometiéndoles por muchas partes sin que pudiesen recibir daño ninguno de los nuestros, y habiendo caminado dos leguas los indios dejaron el alcance y se volvieron a su alojamiento, y los nuestros llegaron otro día a la mar, hambrientos [?] y fatigados del trabajo del camino, aunque con pocas heridas, donde se estuvieron cuatro días descansando y holgando, en el cual tiempo, los indios de la tierra juntaron algunas piraguas y determinaron venir a dar en los españoles por tierra y por mar, y poniéndolo en efecto, un día estando los nuestros descuidados, asomaron por un punta que la tierra allí se hacía, obra de diez piraguas, las cuales, como por los nuestros fuesen vistas, presumieron lo que era y queriendo con toda presteza apartarse de tierra los bergantines para hacerse a lo largo, fueron asaltados por los indios que en un pequeño montecillo, que un tiro de ballesta de la mar había, estaban emboscados, y como el bergantín del Capitán Juan de Yucar con gran presteza cortase el proiz y se hiciese a lo largo, el otro bergantín fué embarazado por no usar de la presteza que era razón en cortar su proiz y así recibió notable daño, porque cayendo sobre él innumerable multitud de flechería y piedras que los indios les tiraban, les mataron veinticinco hombres sin contar otros muchos que les hirieron. Juan de Yucar yéndose a encontrar con las piraguas fué de ellas recibido con mucho ímpetu, y peleando gran rato los unos con los otros, después de haberse hecho daño de la una y de la otra parte, se arredraron las piraguas y se hicieron a lo largo y dieron la vuelta; y como se viese libre de las piraguas, el bergantín del Capitán acudió luego con toda presteza a socorrer a los del bergantín que había quedado en la costa, a quien

los indios no cesaban de ofender con sus continuas flechas y piedras, y sacándolo de aquella aflicción dieron la vuelta a donde Fray Vicente les estaba esperando con la carabela, echando cada día gente a la mar porque como las flechas con que herían a los españoles tenían muy penosa yerba por pequeña que fuese la herida que con ella daban, era mortal; y así fueron pocos los que con la vida escaparon de las heridas. Juntáronse los bergantines con el Fraile, y los de la carabela se fueron a tierra firme a tomar indios y hacerlos esclavos, y los bergantines con sus presas se volvieron a Puerto Rico. Casi en este mismo tiempo sucedió, yendo de esta Isla de Puerto Rico una carabela con esclavos y algunos españoles y mujeres a Santo Domingo, para de allí irse a Perú, que iban en ella ciertos flamencos, uno de los cuales era un Luis de Longabal y su mujer Malmasela [?] Clareta, que decían ser deudos de Mingobal, caballerizo del Emperador Don Carlos V, nuestro Rey. Estos salieron enojados y agraviados de Puerto Rico porque entre el vulgo se había dicho que no eran casados sino amancebados, y tomando por muy gran injuria esta vulgar opinión se iban a Santo Domingo, para de allí irse a España a quejar al Emperador, y como los españoles que en la carabela iban, saltasen en tierra en la Isla llamada La Mona, para allí recrear sus personas, y echasen todos sus esclavos en tierra para el mismo efecto, este Luis Mingobal determinó hacer un abominable hecho para en venganza de su injuria, y fué que, como los españoles empezasen a recogerse con sus esclavos al navío, a la segunda barcada, tomando las armas en las manos este furioso flamenco y los demás de su nación que con él estaban, que eran bien pocos, quitaron el batel a los marineros y comenzando a herir en ellos, los mataron a todos y a los demás españoles y españolas que en el navío habían, sin dejar viva criatura ni negro alguno, ni perro, ni gato, ni cosa viva que los españoles allí llevasen, y entre los demás hombres y mujeres mataron estos bárbaros a una doncella de noble linaje y muy hermosa

que se iba o la llevaban a casar a Santo Domingo; dícese que los que en tierra estaban veían a la mujer de Mingobal, con una espada en la mano, dar el asalto de una parte a otra, imitando la malvada crueldad de su marido, tras las mujeres españolas que en el navío andaban huyendo de una parte a otra, y así se hicieron a la vela con el navío y con lo que en él había. Sabido por el Presidente y Arzobispo de Santo Domingo, que era Fuenmayor, envió con ciertos navíos a buscar estos flamencos para castigarlos, y andando en busca de ellos, llegaron a la costa de Las Lucayas donde hallaron la carabela que había dado al través y en la playa, muchos rastros de sangre y cabellos de gente que parecían haber muerto allí; presumióse que por permisión divina dieron estos flamencos en esta costa de Las Lucayas, donde con crueles muertes que los indios les darían, pagaron su malvado hecho y crueldad. Los que en la Isla de La Mona quedáronse, estuvieron allí hasta que pasando otra carabela por allí, los recogió y llevó consigo.

CAPITULO XXVIII

Cómo los indios de La Trinidad, por inducimiento de Sedeño pasaron a Paria a matar los españoles que allí habían quedado por Herrera, y lo que sobre ello pasó.

Después que los soldados de su propia autoridad como se ha dicho, soltaron a Antonio Sedeño, no fué tan breve su partida que no tuvo lugar de hablar así a los indios comarcanos, como a los de La Trinidad, que con lenguas que de su mano tenía, al parecer, cómo allí se quedaba Alonso de Herrera con unos pocos de cristianos para robarlos y hacerles mal, que mirasen por sí y si los pudiesen matar los matasen, porque él se holgaría de ello; esto que Sedeño dijo a los indios les cuadró tan bien, que desde luego comenzaron a rebelarse y convocarse los unos a los otros y a darles la priesa que pudieron; y si no fuera por dos principales o indios que por amigos o compañeros tenían allí cerca, llamados Pedro Sánchez y [?] Juanico [?] que

eran cristianos y amigos de cristianos, por esta ocasión que en tiempos pasados, navíos que habían llegado a aquella provincia a hacer esclavos, habían tomado estos dos indios y los habían llevado a Santo Domingo a donde después de ser cristianos, el Audiencia los mandó poner en su libertad y que fuesen restituídos a su tierra, como lo fueron estos indios, que eran principales y sujetos por su respeto; tenían muy gran conversación con Alonso de Herrera y sus compañeros y no sólo venían ellos a donde estaban los españoles mas muchas veces llevaban a su población a los cristianos para que se holgasen y comiesen. Sucedió que estando un día Alonso de Herrera con toda su gente que serían treinta hombres, en la población de estos indios que por otro nombre los llamaban los Pintados, pasó cantidad de indios de La Trinidad en canoas o piraguas a pelear con los españoles y a ver si los podían matar, que estaban cebados por haber muerto otros españoles en tiempo de Sedeño; los indios amigos, sabida la llegada de los caribes de La Trinidad dieron luego aviso a los españoles de ello, que estaban como se ha dicho holgándose en un pueblo de estos dos indios; desviados de la mar los caribes, habían llegado y saltado en otro pueblo de los propios indios que estaba más cercano a la mar, y porque todos eran conocidos y se trataban los unos con los otros de esta nueva se atemorizaron mucho los españoles por hallarse fuera de su fortaleza y entre gente dudosa, y que no sabían si los entregarían en manos de sus enemigos, como los indios entendiendo el temor que en los cristianos reinaba, los aseguraron y animaron, diciendo que tuviesen ellos ánimo para matarlos y que ellos los emborracharían y se saldrían del pueblo con sus mujeres e hijos y los dejarían solos, donde podrían llegar y hacer lo que les conviniese, antes que fuesen sentidos por los indios y gente de la Sierra que también eran caribes y que desearían matar a los españoles. Este concierto contra los indios de La Trinidad se efectuó al pié de la letra como se ha contado, que después de haberlos emborrachado, fue-

ron los españoles y los mataron, con lo cual se aseguraron por entonces, y en esta victoria habida por mano agena se volvieron a la fortaleza con el despojo de canoas y otras baratijas que habían traído; y al cabo de pocos días, la falta de la comida constriñó a los españoles a salir de la fortaleza y esparcirse por entre los indios de los principales ya nombrados, a sustentarse y comer porque ni tenían con que comprarla ni eran parte para tomarlo por fuerza. Sabido por los indios de las sierras comarcanas, cómo los españoles andaban fuera de la fortaleza y derramados, determinaron de venir sobre ellos y matarlos, la cual determinación no fué tan oculta que no la entendieron los indios principales cristianos ya nombrados, los cuales luego lo dijeron a Alonso de Herrera, el cual con algunas dádivas que les dió, les persuadió a que les juntasen sus compañeros y se los trajesen y llevasen a la fortaleza, porque como se ha dicho, andaban algo divididos sustentándose; los indios lo hicieron así como les fué rogado por Alonso de Herrera, y cuando los de la Sierra acudieron a hacer el mal que pretendían, halláronse burlados, por lo cual convirtieron sus armas contra los pueblos y gentes de aquellos principales que dieron el aviso a los españoles, los cuales, viendo que ni los españoles, por ser tan pocos les podían dar favor ni ayudar, ni ellos eran parte para defenderse de los serranos, dejando su natural y tierra se metieron con sus mujeres e hijos en canoas y se pasaron a vivir a Arbaco. Nuestros españoles quedaron demasiadamente desconsolados, por ver que los que hasta allí les favorecían y sustentaban, se habían ido a vivir a otra parte y cuyos pueblos los serranos destruyeron y tacaron [?] de todo punto, de forma que ninguna comida de que los españoles se pudiesen aprovechar quedó en ellos, por lo cual y por lo mucho que la hambre les apretaba les fué necesario salir más a lo largo, a buscar comida a unos pueblos de indios que estaban algo más apartados, donde o por no poder pelear y defenderse, o por ser muchos los indios que sobre ellos vinieron, les ma-

taron diez hombres con que quedaron los demás tan amedrentados que no sabían qué hacer, porque ni tenían con qué salir de la tierra ni modo como sustentarse en ella, a la cual necesidad, Dios Nuestro Señor, proveyó y remedió en la manera que luego diremos; todos los cuales sucesos que de suso se han contado, pasaron desde el año de treinta hasta el de treinta y cuatro, que es el año en que sucedió lo que desde aquí para adelante se dirá, y no se pusieron los tiempos en que señaladamente sucedió cada cosa de las dichas, por no tener memoria de ello los que lo vieron y se hallaron presentes a ello.

LIBRO QUINTO

En el libro quinto se hace mención de cómo llegado a España el navío en que murió don Diego de Ordaz, Jerónimo Hortal que en él iba, pidió la Gobernación de Paria, fuele dada por el Consejo de Indias, vínose a ella con la gente que pudo hacer y dejó al Capitán Alderete haciendo más gente en Sevilla. Llegado Jerónimo Hortal a Paria, halló en la fortaleza a Alonso de Herrera con unos compañeros hambrientos y amedrentados, ordenó luego la navegación del río de Paria, tomando por blanco de su empresa la noticia de Meta y nombró por su Capitán general a Alonso de Herrera; detúvose cierto tiempo en Paria haciendo bergantines para la navegación del río; al tiempo de la partida vino la nueva que el Capitán Alderete había llegado con cierta gente a la Isla de Cubagua, encargó el proseguir de la jornada a Alonso de Herrera y él fuese a Cubagua a verse con Alderete, con propósito de ir luego en seguimiento de Alonso de Herrera y de la demás gente que con él quedaban, los cuales se partieron de Paria y entraron por el río de Uriaparia, navegaron hasta las juntas de Meta y Orinoco, y siguiendo el río de Meta arriba, habiendo navegado algunos días por él, murió el Capitán Herrera de ciertos flechazos; quedó por Capitán de la gente Alvaro de Ordaz, y viéndose todos tan trabajados y sin Capitán, dieron la vuelta el río abajo en tiempo que Jerónimo Hortal, su Gobernador, estaba en la Isla de La Trinidad casi de camino para ir en su seguimiento

y viniéronse a Cubagua; sabida por Jerónimo Hortal la perdición de su gente, desesperado de salir con su empresa, se pasó a Tierra firme donde emprendió nuevas cosas como en el libro sexto se dirá.

CAPITULO I

Cómo Jerónimo Hortal pidió la Gobernación de Paria en España y se le dió, e hizo y juntó gente y se vino con ella derecho a la Fortaleza de Paria, donde estaba Alonso de Herrera.

Según atrás se dijo, al tiempo que el Gobernador Don Diego de Ordaz se embarcó para España en Santo Domingo, se embarcó con él Jerónimo Hortal, muy grande amigo suyo, y que en su propia compañía había venido de España y le había seguido y acompañado en los trabajos y jornadas ya contados. Era este Jerónimo Hortal, valenciano, tenido por caballero y de buena parte y que no le faltaba favor ni aun dineros según algunos afirman, el cual, viendo el suceso de la muerte de su Gobernador, Don Diego de Ordaz, propuso de procurar y haber la Gobernación, con intento de volver a Paria y conseguir el descubrimiento de las ricas noticias que en el río de Uriaparia le habían dado a Ordaz, de todo lo cual él había sido testigo; y parecíale que, como hombre que ya había andado y navegado el río, y tenía mucha noticia y experiencia de las cosas de él que no podía errarse, sino que con poco trabajo sacaría a luz, lo que con mucho no había podido haber su Gobernador; y con este presupuesto llegó a España, donde por ser como se ha dicho, caballero y persona favorecida y emparentada, y que le llevaba relación y noticia de las cosas de Paria, fácilmente alcanzó del Emperador Don Carlos, Rey y señor nuestro, la Gobernación como la pretendía, donde después de habidas las cédulas o provisiones de la merced, se verían derramar famas de innumerables riquezas, de prósperas y pobladísimas tierras de apacibles temples, de agradables aires, finalmente la pin-

taba a todos y a cada uno conforme a como la quería imaginar, usando del remedio engañoso con que otros muchos han hecho a innumerables gentes dejar su natural y haciendas y patrimonios y medianas pasadías, y llevádolos al matadero o carnicerías, donde de mil y más españoles acontecía no quedar ni escapar ninguno. Con este título de Gobernador y alguna largueza de que usó, y promesas que hizo, juntó en el Andalucía ciento y sesenta hombres, con los cuales se embarcó en dos navíos y dejando en Sevilla un Capitán suyo llamado Alderete para que, haciendo la gente que pudiese lo siguiese, se partió para las Indias, tocando como siempre se ha usado en las Islas de Canarias; y sin sucederle en el camino cosa notable vino derecho a embocar por la Boca de Drago. Antes que de aquí pasemos, quiero decir, que en el llamar a esta entrada del Golfo de Paria Boca de Drago hay variación, porque unos llaman Bocas de Drago, a la salida del Golfo de Paria hacia Cubagua y otros la llaman a esta entrada Boca de Drago; y yo en esto he seguido y sigo a Gomara, que tratando del tercer viaje que Colón hizo a las Indias, dice que entró por esta angostura que la Isla de La Trinidad hace con Tierra firme de Paria de que arriba he tratado, y que por la mucha corriente de la mar y angostura de tierra en la cual pensó perderse, la llamó Boca de Drago, donde claro parece no ser este nombre de la salida de el golfo. Embocando como dije, Jerónimo Hortal por esta Boca de Drago, después de haber dado vista a la gente de La Trinidad, se vino derecho al puerto y fortaleza de Paria, donde halló a Alonso de Herrera en la tribulación y aflicción que tengo dicho, con sólo veinte compañeros, con cuya llegada se holgaron y alegraron tanto la gente de la fortaleza cuanto era razón que se regocijasen los que de cautivos se hacían libres; el mismo contento recibió Jerónimo Hortal en hallarlos allí por tener de ellos claridad de las cosas de la tierra, porque aunque él se había hallado en aquella provincia con Don Diego de Ordaz y tenía noticia de lo más de ella, parecíale

que los que allí habían residido tanto tiempo sabrían mucho más. Sintió grandemente Jerónimo Hortal las diferencias y alteraciones que habían tenido entre sí, Alonso de Herrera y Antonio Sedeño, Gobernador de La Trinidad y mostró pesarle de no haber llegado a tiempo que los hallara revueltos para vengar y satisfacer a sus compañeros de las injurias y agravios que Sedeño y los suyos le habían hecho, y para no perder tiempo luego comunicó con Alonso de Herrera la orden que debían tener en hacer su jornada y descubrimiento, los cuales acordaron que se hiciese por el río Paria arriba no siguiendo la derrota que Don Diego de Ordaz había llevado sino la del río de Meta, cuyo apellido y nombre tenía la noticia que les habían dado, la cual era imposible descubrir ellos por aquella vía, porque según después acá se ha visto esta noticia, Meta era el Nuevo Reino de Granada, que después por vía de Santa Marta y río grande de la Magdalena descubrió la gente del Adelantado de Canaria y porque del nuevo reino nacía el río que entraba en Paria. Por donde se determinaba subir Jerónimo Hortal se llama el río de Meta, no porque pudiesen saber la mucha distancia y trabajoso camino que era, mas de que como en el Nuevo Reino había mucho oro y se hacían muchas y muy buenas mantas de algodón y mucha sal, el contrato de esto corría a partes muy remotas y apartadas y de unos en otros pasaba la noticia y nombradía de que las mantas, oro y sal, los tenían esta gente de Meta, por cuya causa no fué mucho llegar a la costa de Paria porque también de Coro, pueblo de la Gobernación de Venezuela, salieron algunos Capitanes en demanda de esta noticia de Meta que tan esparcida andaba entre las muy lejas poblaciones por los respectos ya dichos, como en otra parte de esta historia se verá. Tratando entre los dos el conseguir y efectuar su jornada por los ríos de Paria y Meta, luego dieron orden en hacer bergantines para la navegación del río, los cuales luego se pusieron por obra, para que con más calor se efectuase la obra de los bergantines y

se aderezasen las cosas necesarias a su jornada y viaje, hizo su Teniente y Capitán general a Alonso de Herrera que además de ser hombre ya vaquiano y experimentado en las cosas de la guerra de Indias, era de buen linaje y de noble condición y que todos le respetaban y amaban por su familiaridad; entre las otras cosas que a Jerónimo Hortal le dijeron los que en la fortaleza estaban fué que Antonio Sedeño había dejado en La Trinidad, tres caballos y otras muchas cosas de España en poder del principal y cacique llamado Chacomar, que siempre había conservado él amistad con los cristianos, aunque no tenían certidumbre de si estarían vivos los caballos, por la falta y necesidad que de ellos tenían, envió ciertos soldados y un español llamado Nieto, que entendía la lengua de aquella gente en un navío de los que él había traído, para que les trajesen los caballos, fué esta gente a La Trinidad y el intérprete habló al cacique diciendo que allí había un hermano de Antonio Sedeño que enviaba por los caballos y por otras cosas que allí tenía; el cacique estuvo rehacio, pareciéndole que no era cosa acertada dar lo que tenía en depósito a quien no se lo había entregado, y al fin por la importunación de los que se lo iban a pedir, se lo dió diciéndole al intérprete: mira Nieto no querría que me mintieses y que ese Gobernador que dices que te envía por los caballos no fuese hermano de Sedeño, mas al fin vosotros sois cristianos y no me mentiréis. Vueltos los soldados con los caballos en su navío, se holgó mucho de verlos porque se los traían gordos y bien tratados y los que él tenía no estaban tales; también le envió el cacique Chacomar con los caballos de presente a Jerónimo Hortal, algunas cosas de comer con que se holgaron todos, porque según creo no les debía de sobrar la comida, por estar la gente y pueblos comarcanos a la fortaleza faltos de ella a causa de haber sustentado tanto tiempo, toda la gente que allí había estado, y por otras calamidades que habían sucedido en los naturales de aquella comarca como atrás queda dicho.

CAPITULO II

Cómo Jerónimo Hortal se pasó a Cubagua a juntar la gente que con el Capitán Alderete había llegado a aquella Isla y Alonso de Herrera con la gente subió río arriba, y se alojó a invernar y hacer una barca en la Provincia de Carao.

Ya que los bergantines se iban acabando de hacer, le vino nueva a Jerónimo Hortal, cómo Alderete, su Capitán, había llegado a la Isla de Cubagua, con ciento cincuenta hombres y otros aderezos y municiones para la jornadas. De esta nueva recibió muy gran contento Jerónimo Hortal y todos los que con él estaban, y luego se determinó que Alonso de Herrera con toda la gente que allí tenía, diese principio a la jornada, y comenzase a subir el río arriba, y él irse a Cubagua a verse con Alderete y recoger los soldados que traía y procurar juntar más para ir en seguimiento de Alonso de Herrera y dentro de seis meses alcanzarlo e irse juntos, porque Alonso de Herrera se había de ir poco a poco y entreteniendo por el río arriba. Determinado y acordado esto, se acabaron de todo punto los bergantines y Jerónimo Hortal dió todo poder a Alonso de Herrera para regir y Gobernar la armada y gente, además del que él se tenía de Teniente general; y nombró por Alguacil Mayor a Alvaro de Ordaz, sobrino de Don Diego de Ordaz, a quien Sedeño quiso cortar la cabeza, como en otra parte se dijo, y se partió la vuelta de Cubagua al efecto dicho; Alonso de Herrera hizo luego aprestar y embarcar su gente, y dejando en la fortaleza de Paria veinte hombres de los más inhabilitados para trabajar, que estuviesen allí, como guardas de ella, se partió con los bergantines que había hecho y uno de los navíos que Hortal había traído, el cual no menos trabajo causó a sus soldados que la nave que Ordaz había metido el río arriba, el cual era tan dificultoso de llevar, que ni con los barcos a remo, ni con las velas, lo podían hacer navegar, y tomaron por

último remedio, que una áncora que el navío traía la echaron atada a un cable, el río arriba, todo lo que el cable alcanzaba y luego tiraban con el cabestrante, y de esta suerte llevaron el navío hasta el pueblo de Uriaparia en la cual distancia se tardaron harto tiempo, con tan excesivo trabajo, cuanto de semejante manera de navegar se puede imaginar que se padecería, además de lo cual les faltó la comida, como a los demás que con Ordaz habían por allí navegado; y aunque en esta jornada iban muchos de los que con Ordaz habían padecido los trabajos que arriba se han contado, ni en cabeza agena ni en las suyas propias no habían escarmentado, pues el remedio de hacer candela en que aderezar eso poco que tenían de comer, no le hallaron en muchos días, por estar toda la tierra anegada, que entraba entonces el invierno; mas de cuando topaban algunos troncos o raigones de árboles que los había por allí muy grandes, juntábanse a ellos y encima hacían candela y aderezaban lo que había que aderezar para comer; llegados con tanta calamidad y trabajos al pueblo de Paria, donde había estado Ordaz, halláronlo despoblado de poco tiempo y sin ninguna comida a causa de que ciertos indios caribes, salteadores, que por allí cerca vivían, habían dado sobre la gente y naturales del pueblo, y habían preso y muerto muchos de ellos y se los habían comido, y los demás que pudieron escapar por no venir a manos de tan crueles enemigos se pasaron a vivir a otra parte; además de pretender proveerse de comida en este pueblo de Paria, llevaba intención el Capitán Herrera de si hubiese o hallase en él tanta abundancia de comida como cuando en él entró Ordaz, invernar allí por no navegar en tiempo de agua, y por entretenerse hasta ver si durante el invierno venía su Gobernador Hortal; y después que vió el mal aderezo que allí había, pasose de la otra banda del río a la provincia de Carao, donde así mismo antes había estado con Ordaz, y saltando en tierra dejó un Capitán con algunos soldados

en guarda de los bergantines y él con todos los demás soldados entró la tierra adentro en demanda del pueblo o población de Carao, que estaba apartada del río dos leguas, y halláronlo sin gente aunque bien proveído de labranzas de yuca y maiz muy poco, porque en aquella provincia más se dan los naturales por la yuca que por el maiz. Los naturales se habían puesto en cobro, por el temor que tenían a españoles por el daño que Ordaz les había hecho; al tiempo de su partida con tan buen recurso y provisión de comida como en este pueblo halló, Alonso de Herrera acordó invernar en él por las causas dichas y porque en los bergantines que tenían hechos no cabía bien toda la gente ni aun se podían llevar en ellos los caballos, acordó de hacer una barca grande y llana, a manera de las cordobesas que andan por el río Guadalquivir, y así luego mandó comenzar a serrar madera y poner las manos en la obra; la gente estaba dividida en dos partes porque los unos habitaban en el pueblo de Carao con el Capitán Herrera, guardando y haciendo y juntando la comida, los otros residían en los barcos, guardándolos y continuando la obra de la barca que tenían entre manos, mas cada día iban los unos adonde estaban los otros, los que residían en el pueblo, llevaban del cazabe que hacían a los del río y los del río enviaban á los del pueblo, pescado y tortugas y otras chucherías que del río sacaban, y porque el camino por donde se trataban les pareció algo largo para andarlo tan de ordinario, abrió el Capitán otro por una montaña y sierra que entre medias de los dos alojamientos estaba, la cual aunque era áspera, no dejaba de atajarse por ella parte del camino.

CAPITULO III

En el cual se escribe cómo algunos Principales vinieron de paz al alojamiento de Herrera, y cómo por traición intentaron pegar fuego a los bohíos donde los españoles estaban alojados, y cómo fué descubierto y remediado.

En este tiempo, dos o tres Señores o Principales de aquella provincia, vinieron, como suelen decir, de paz, aunque su principal intento fué ver y conocer la gente española que allí había, para si fuesen parte a echarlos de su tierra. Alonso de Herrera los recibió amigablemente y les dió a entender que su venida ni su estada allí no era para damnificarles ni hacerles mal ninguno, mas de esperar a que pasase el invierno y proveerse de alguna comida o matalotaje para su viaje, después de lo cual se irían. Los indios mostraron holgarse de la compañía de los españoles, aunque en lo interior no debían de tener ningún contento, pues los veían enseñoreados en su tierra, casas y labranzas, y así se ofrecieron aunque fingidamente de guardar y conservar la amistad y paz con los españoles; Herrera les dijo: que para que con más brevedad él y sus compañeros se fuesen de su tierra y pueblos, que ellos y sus súbditos les ayudasen a hacer cazabe para su matalotaje y que teniendo la provisión de lo que para su viaje y jornada había menester, que aunque no fuese bien salido el invierno, se irían el río arriba; los indios respondieron que les placía de hacer lo que se les rogaba, y así lo pusieron luego por la obra. El Capitán Alonso de Herrera mandó so graves penas, que no se les hiciese ningún daño a los caciques ni a sus sujetos, y para que más a recaudo estuviese la comida que se hacía, hizo desembarazar un bohío o casa de indios que cerca donde posaba estaba, y allí hacía poner o juntar todo el cazabe que sus soldados con sus propias manos hacían, y el que los indios traían, no descuidándose en el mirar por sí y vivir más recatadamente que hasta allí; porque debajo de la fingida paz que le habían dado, no le hiciesen alguna traición donde todos pereciesen; y

viendo cuan buena maña se daban a hacer este género de vitualla y qué presto tenían lo necesario de ello, mandó a la gente que en el río residían, que guardasen los bergantines y en la obra de la barca que pusiesen en orden todos los aderezos de fragua que llevaban y labrasen las herramientas y clavazones que para juntar y acabar la barca eran necesarios; y con estas maneras de gastar el tiempo, casi todos andaban ocupados y aun trabajados, porque los mismos soldados cortaban la madera para el barco y la traían al astillero, y la labraban; hacían el carbón para la fragua y lo cargaban, majaban y martillaban e iban por la yuca a las labranzas, arrancábanla, traíanla a cuestas a su real, y por sus propias manos la rallaban, exprimían y aderezaban para hacer el cazabe; el mismo trabajo tenían en proveerse de agua y leña, y con estar ocupados en todos estos trabajos no eran tan moderados que no hacían algunos desabrimientos a los indios de la tierra que de paz tenían y les servían, por donde deseasen echar los españoles de su tierra, los cuales para no ser sentidos de lo que deseaban hacer, y porque para echarlos por fuerza de armas, ellos no eran partes, ni hallaban ningún descuido en los soldados, enviaron ciertas noches un indio de los más valientes y osados que entre ellos había, a que con una flecha de fuego, tirada con su arco, pegase fuego al bohío do los españoles juntaban el cazabe, para que pegádose el fuego en aquel bohío, se les quemase el matalotaje y las demás casas que allí cerca estaban; y si la ocasión fuese tal cual ellos deseaban, acudir con sus armas a dar en los españoles y si no, con aquel daño serían compelidos a irse a otra parte. Esta invención no la hizo el indio a quien se sometió tan encubiertamente, que no fuese visto por las velas que velaban, porque al tiempo que el indio tiraba la flecha con el fuego desde lejos iba centellando y acudiendo al bohío, donde cayó o se hincó, vióse claramente la traición; de lo cual se enojó tanto el Capitán Herrera, que determinó de vengarse muy a su salvo; enviando toda la más de la

gente que allí tenía, a los pueblos donde los indios estaban descuidados, por pensar que no habían sido sentidos para que so color de ir a cocer yuca para hacer cazabe como otras veces lo habían hecho, prendiesen a todos cuantos en los pueblos hallasen, y para más descuidarlos hizo que no llevasen armas ningunas, lo cual pudiera causarle al Capitán más daño del que pensaba hacer a los indios si fueran redomados o guerreros; los soldados lo hicieron como su Capitán les mandó, y prendiendo toda cuanta gente hallaron en el pueblo, así varones como mujeres, los llevaron a todos donde Alonso de Herrera había quedado con otro poco de soldados, el cual, a los indios que le pareció que eran para guerrear y que si se soltaban le podrían damnificar, púsolos en prisiones de hierro, de suerte que no se podían ir, y a los demás ató con sogas por el pescuezo, como se acostumbraba hacer en semejantes hechos; la gente que en esta injusta y cautelosa presa se tomó, pasaron de trescientas personas, entre los cuales había un indio extranjero, natural de Arvaco, aunque muy amigos de estos y casado allí, de grandísima disposición y fuerzas y muy gentil presencia, el cual al tiempo de la toma, cupo en suerte a un valenciano, no de menor disposición y fuerzas que el indio, para que lo atase o amarrase como a los demás hacían, el indio se aprovechaba tan bien de sus fuerzas, que aunque después llegaron al efecto otros españoles, no lo pudieron sujetar hasta que, con un machete que uno de los soldados llevaba, le dieron dos o tres golpes en la cabeza con que lo aturdieron, y así casi sin sentido lo aprisionaron como pretendían; este indio traído al real descalabrado y viéndolo Herrera, reprendió ásperamente a los que lo habían hecho, y lo hizo soltar para que se fuese o hiciese lo que quisiese, procurando primero curarlo de los golpes que en la cabeza tenía el indio; no consintió que los españoles lo curasen, no fiándose de la cura que le podría hacer quien le había descalabrado; mas después de haberse estado allí algunos días, se fué al pueblo y a su modo

se curó, de suerte que, sano en más breve tiempo que pudiera sanar si los españoles le curaran, y aunque sanó y en su libertad se vió, nunca dejó de venir a ver a sus compañeros y amigos que presos estaban, trayéndoles algunas cosas para su sustento, y con esta libertad que tenía, lo más del tiempo entendía en espiar y mirar el modo que los españoles tenían en velarse, y guardarse y tratarse de una ranchería a la otra, para que juntando alguna gente, intentar de soltar a sus compañeros.

CAPITULO IV

Cómo el indio Arvaco juntó gente y se puso en emboscada para con ella librar a sus compañeros, y lo que le sucedió y se hizo de los demás indios presos.

Aunque no es cosa usada mezclar los hechos de los indios con los trabajos que voy narrando de los españoles, sumarialmente diré lo que el indio descalabrado, de quien de suso hice mención, ordenó e hizo por libertar y sacar de prisión a sus compañeros, y por ventura a su mujer, que con los demás presos debía estar. Este Arvaco, andando con esta ansia de libertar a sus amigos, juntó entre todos los demás que por allí andaban libres, y de las joyas que los cautivos tenían escondidas, cierta cantidad de oro que ellos llamaban [?] una (*) hava [?] que era un cestillo pequeño que no dejarían de caber en él más de mil pesos, y fuese a la Provincia de Guayana que estaba pocas jornadas de allí, que era gente con quien los presos, en tiempo de su libertad, tenían contrato y conversación, y habló con el señor y principal de aquella provincia, y haciéndole saber el infortunio y prisión de sus compañeros, rogole que le favoreciese para libertarlos, pues todos eran amigos, y para que la gente fuese de mejor gana, le llevaba aquel poco de oro, que había podido juntar de lo que les quedó; que los cristianos lo tomaron para ayudar a los gastos que en el socorro se había

(*) Puede variar la lectura de estas dos palabras la manera de separarlas o unirlas, dudosa en el original.

de hacer. El principal recibió el presente sin hacerse mucho de rogar, y luego, convocó y juntó su gente de guerra, que serían hasta dos mil galdules y mandándoles tomar las armas, les dijo el efecto para que los había llamado, haciéndoles que allí en su presencia hiciesen los acometimientos y orden conque habían de pelear, los cuales lo hicieron con mucha grita y regocijo, como gente que peleaba con sus propias sombras, y después de conclusa su representación, bebieron, y bailaron y cantaron conforme a la costumbre que en esto generalmente hay en todo lo demás de las Indias, que cuando han de ir a pelear se emborrachan y hacen grandes bailes y cantos; y los envió con Arvaco, diciéndoles que fuesen con él y lo obedeciesen como a su Capitán general. El indio Arvaco se vino con su gente de guerra y se emboscó en una montaña por do atravesaba el camino que los españoles llevaban o seguían desde su real a los bergantines y río, para que al tiempo que por allí pasasen con las piezas e indios que presos tenían, cargados de la comida, dar sobre ellos y matar los españoles que en su guarda fuesen, y soltar los indios y dar luego en la demás gente y acabarla, lo cual hicieran fácilmente con esta orden que había inventado, si Dios Todopoderoso por su misericordia no permitiera que fueran descubiertos. De esta manera, según la orden que el Capitán había dado en su campo, había velas y rondas de a caballo, y al que le cabía rondar el cuarto del alba, estaba obligado a correr, después de amanecido, distancia de un tiro de arcabuz al rededor del sitio; y habiendo salido un Morán a cumplir con su obligación, por haberle cabido aquella noche la ronda llevaba unos perros consigo, los cuales sintiendo el olor de los indios que estaban en la emboscada, fueron hacia el arcabuco y sin osar entrar dentro, comenzaron a ladrar; el amo se fue llegando a ver lo que era y ahotando los perros entraron en el arcabuco y descubriose la celada; los indios viendo que eran sentidos, salieron tras del Moran, y tirándole muchas flechas le constriñeron a que

se retirase a donde la demás gente estaba aderezando de partirse con todos los indios presos, cargados de cazabe, para ir a los bergantines y río, y habiendo de pasar por la emboscada de los indios y se hubieran ya partido, si no se lo estorbara el Capitán que había oído el ruido de los perros, y aunque enteramente no sabían ni pensaban lo que era, no consintió que saliesen hasta que el que rondaba hubiese vuelto, el cual llegó como se ha dicho, retrayéndose de los indios y dando alarma, con lo cual luego con la brevedad que el caso requería, se armaron todos, así de a pie como de a caballo, y después de habérseles bien acercado a los indios, dieron en ellos, hiriendo y alanceando los ahuyentaron con harta pérdida de muchos de ellos que mataron en el alcance; sólo dos españoles hirieron (*sic*) los indios y el uno fué el Capitán, que habiendo dado a un indio una lanzada por una teta, que lo pasó de parte a parte, el indio disparó la flecha y le pasó el sayo de armas y lo hirió; recogida la gente, de los heridos, no peligró ninguno, mas de causarles gran dolor en todo el cuerpo las heridas, a causa de estar las flechas untadas con ají caribe. Habida esta victoria, luego determinó el Capitán de no detenerse allí más tiempo, y haciendo llevar toda la comida que tenía a los bergantines, él se recogió al río con toda la gente e indios que tenía presos, a los cuales, en pago de su hospedaje, los embarcó en el navío, para que con cierta cantidad de oro que por allí había recogido los llevasen a Jerónimo Hortal a Cubagua para ayudar a rehacerse de más gente; los indios viéndose en el navío, debajo de cubierta y que los querían llevar fuera de su natural, acordaron probar fortuna y ver si se podrín soltar, y una noche, a media noche, alzaron la puerta del escotillón y con el mayor silencio que pudieron se comenzaron a salir uno a uno y echarse al agua, y nadando se iban hacia la tierra y se ponían en salvo. El que hacía la guardia o vela a este tiempo, estaba durmiendo, y cuando acudió o sintió que los indios se le salían, eran ya huídos la mayor parte de

ellos, y tapando de nuevo la tapa del escotillón, llamó a sus compañeros y dió noticia de lo sucedido, lo cual sabido por Alonso de Herrera, recibió harto enojo por la poca gente que le había quedado, y porque no se le fuese la que restaba, mandó luego partir el navío, con cinco o seis españoles que con pena mandó que fuesen en él, porque tenían todos tan buena esperanza del suceso de la jornada, que no querían volverse atrás, por hallarse presentes al entrar de la tierra, y gozar de las riquezas que ellos mismos se prometían. El Piloto de la carabela, al tiempo de su partida, manifestó al Capitán que, entre ciertos levantiscos que en su campo estaban, se usaba el pecado de sodomía, que los castigase; Alonso de Herrera recibió su declaración sobre ello del Piloto, y lo envió luego, y procuró averiguar los que habían usado y usaban aquel nefando pecado. Confesaron cinco hombres que dijeron ser italianos, entre los cuales había uno llamado Juan María, natural de Florencia; éste prometía de dar al Capitán gran suma de dineros porque lo soltase y no lo quemase; los demás sus compañeros de éste, afirmaban que podía dar lo que prometía y mucho más, por suceder, como sucedía, en la hacienda de un tío suyo, muy rico, que no tenía otro heredero sino a él, mas el Capitán no se curó de ello; queriendo más castigar aquel delito con la merecida pena, que llevar en su compañía quien lo inficionase y fuese para más indignación y castigo suyo y de su gente, y así los quemó a todos.

CAPITULO V

Cómo Alonso de Herrera y los españoles que con él estaban, salieron de la Provincia de Carao y comenzaron su navegación y jornada el río arriba, y lo que les sucedió con ciertos caribes que en el camino toparon.

Era por principios del año treinta y cinco, cuando de todo punto Alonso de Herrera acabó de aderezarse para navegar el río arriba, en demanda de su noticia de Meta; embarcada toda la gente y bastimentos, así en los bergantines que de Paria habían sacado como

en la barca que en esta provincia hizo, comenzó a navegar con un género de tormenta que, con la marea y brisa que de la mar venía, les sobrevino y alcanzó de tal suerte que estuvieron en riesgo de perderse en el río, porque con las muchas olas que el viento y la creciente de la marea levantaban, se les henchían los bergantines de agua, tanto que con dificultad y gran trabajo la agotaban; algunos no tuvieron este pronóstico por bien de su jornada, porque también al tiempo que salieron de la fortaleza, en el Golfo de Paria les tomó otra tormenta donde pensaron perecer. A bonanza del río, sin pérdida alguna su viaje prosiguieron con algún descanso, por ayudarles mucho el viento y navegar los bergantines a vela y sin necesidad de remos. Toparon otro día de como salieron de Carao, dos piraguas de indios caribes que venían de saltear de los pueblos comarcanos al río arriba; fueron ciertos soldados en una canoa de perlas a tomar las piraguas, los indios desde que los vieron cerca, arrojáronse al agua y dejaron las piraguas con lo que en ellas traían, que era cantidad de cuartos de indios frescos y asados en barbacoa de los pueblos que habían arruinado el río arriba; el Capitán tomó de las piraguas lo que le pudo aprovechar y lo demás echó en el río y mandó quebrar las piraguas. Prosiguió la armada su viaje y ya que era tarde y que quería anochecer, vieron cantidad de candelas el río arriba de indios que estaban arranchados, codiciáronse los soldados a ir a ellas por ver lo que fuese y si en ellas hubiese de que se aprovechar; el Capitán se lo estorbaba diciendo que las lumbres que se veían eran de caribes, compañeros de los demás cuyas canoas habían tomado aquel día, con los cuales no podían ganar nada, sino aventurar que le hiriesen algún hombre o caballo y muriese rabiando; los soldados todavía persuadían a su Capitán a ir a ver lo que en las candelas había, por lo cual, después de aranchados en tierra a la parte de donde las lumbres aparecían, y pasado buen rato de la noche, Alonso de Herrera tomó consigo veinte hombres con sus

espadas y rodelas y se fué derecho a donde las lumbres estaban, y acercándose a ellas todo lo que pudo, conoció ser indios caribes, de los cuales algunos dormían y otros andaban asando cuartos de indios de los que habían tomado y otros hacían barbacoas para asar sus partes; y considerando el Capitán bien la gente que había y el sitio y alojamiento donde estaban, se volvió a sus bergantines sin ser sentido; y para que el brío y voluntad que los soldados tenían de dar en aquellos inhumanos indios y desbaratarlos se cumpliese, echó en tierra dos caballos y envió con ellos treinta hombres que antes que amaneciese tuviesen tomadas las espaldas a la parte de tierra a los indios, para que llegándose con los bergantines por el río, los cogiesen en medio, y diesen en ellos a su voluntad. Amanecido, el Capitán se partió el río arriba en sus bergantines, y no pudieron llegar tan en breve que ya los indios no habían sentido a los que por tierra habían ido a tomarles las espaldas, con los cuales se comenzaron a revolver por las armas y ofenderse los unos a los otros; los indios eran tan diestros en su género de pelear y de tan buen ánimo, que tuvieron por pundonor no volver las espaldas a sus contrarios, y así se trabó entre ellos una bien reñida guazavera, la cual duró hasta que la gente de los bergantines saltó en tierra con su Capitán; y después de juntos todos los españoles, pelearon los indios con más ánimo que de antes, pareciéndoles que si no era venciendo o matando los cristianos, no tenían otro remedio para escapar las vidas en el conflicto; de esta guazavera dieron a un soldado llamado Juan Fuerte, que reside ahora en el Nuevo Reino, cinco flechazos, y pareciéndole a los indios que con tantas heridas lo tenían muerto, corriendo arremetieron a él para llevárselo vivo; y él se dió tan buena maña que de más de quince indios que lo tenían asido, se soltó y salvó, por ser hombre de grandes fuerzas. El suceso de esta guazavera fué que los indios murieron todos en ella, que no escapó ninguno, excepto dos, que el uno de ellos reservaron para que les guiase a algunas po-

blaciones de aquel río, y el otro con ciertas heridas se echó al río, donde a vista de todos le recogió un caimán y lo metió debajo del agua; de la parte de los cristianos quedaron heridos seis hombres y un caballo, de los cuales murieron tres; concluída esta guazavera los españoles se esparcieron por la campiña, así por se recrear en ver tantos cuerpos muertos por sus manos como por buscar si hallarían algún oro u otras cosas de que se aprovechar, y viendo las carnicería de indios que aquellos caribes tenían allí para su sustento. En el propio sitio donde los indios caribes estaban rancheados, había ciertos árboles en los cuales vieron estar cinco indios de los que aquellos caribes habían traído vivos hasta allí, y los tenían atados en lo alto de estos árboles para cuando hubiesen comido los que ya tenían muertos, matar éstos, los cuales como fuesen vistos por algunos soldados, creyendo estar sueltos, comenzáronlos a llamar y hacer señas para que se defendiesen y como viesen que no bajaban subieron arriba y halláronlos de la forma dicha, y, soltándolos, llevárónlos a su Capitán el cual halló que uno de ellos era hijo de un Principal o Señor de cierto pueblo, que estaba el río arriba, cerca del paso de Calaitu, el cual contó al Capitán por un intérprete la forma que aquellos caribes habían tenido en prenderle y cautivarlo a él y a otros muchos indios e indias, estando sus padres fuera del pueblo, y prometió al Capitán que si lo llevaba a donde su padre estaba, que les haría hacer mucha cortesía y proveer de lo necesario para el viaje. En esta ranchería de estos caribes se detuvo esta armada cuatro días, así por tener en ella que comer del despojo que los caribes traían robado como por tener necesidad de aderezar el timón de la barca grande que no podía navegar; venían estos indios caribes muy proveídos de hamacas de tela de las cuales se tomaron muchas, y de gran cantidad de flecherías de todas suertes, para guerra y para caza y para pesquería; la flechería de la guerra traían muy a recaudo, y de suerte que no se les mojase y las demás no tan guardadas.

CAPITULO VI

Cómo prosiguiendo su viaje el río arriba los españoles y pasando por el pueblo de Cabritu llegaron al pueblo de donde eran los indios que hallaron atados en los árboles; y lo que allí les sucedió hasta pasar adelante.

Aderezado lo que había que aderezar en la barca, el Capitán se partió de la ranchería de los caribes con toda su armada y gente, los cuales iban con toda alegría y contento, así porque con la brisa que corría eran relevados de remar porque navegaban a la vela los bergantines como por no llover y hacer tiempo enjuto, y haber en el río muchas playas en las cuales saltaban y hallaban gran cantidad de huevos de tortugas soterrados en el arena, y algunas de las propias tortugas con que hallaban muy buen comer, con esta bonanza y contento navegaron algunos días hasta haber llegado cerca del pueblo de Cabritu, en cuya demanda por entonces iban, donde de golpe les faltó el viento y se les apocó la comida, la cual se les daba ya por ración más limitada y corta que de antes, en tanta estrechura que había algunos soldados a quien se daba la ración de una semana y por ser tan poca se la comían de una sentada, mas esta falta suplían las hicoteas y huevos de tortugas que en las playas se tomaban como he dicho, y algún pescado, que en algunos remansos que el río hacía se pescaron; con este trabajo se llegó al pueblo de Cabritu el cual hallaron sin naturales, los cuales se habían ausentado, porque como del tiempo que por él pasó Ordaz habían conocido españoles, no curaron de esperarlos y tuvieron por mejor hacerles el pueblo franco, que poniéndose en riesgo de ser muertos y presos defenderlo; perdieron el gozo de la llegada a este pueblo los soldados con no hallar, como no hallaron en él, ninguna comida ni labranzas ni otras cosas de sustento con que poder remediar su importuna hambre; de dos cosas solamente hallaron abundancia, que fueron crisoles que estos indios hacían para vender a otros de la tierra adentro para sus fundiciones

de oro, según se entendió de indios que después se tomaron, lo otro eran murciélagos que había tantos y en tanta cantidad que hacían hasta daño a los soldados. A una mulata que en su compañía llevaba un soldado, persiguieron tanto los murciélagos de este pueblo, y la trataron y lastimaron tan malamente que casi muerta y sin sentido, de desangrada por las muchas heridas que los murciélagos le dieron, la llevaron cargada a los bergantines donde la curaron y volvió en sí. Hallaron que la gente de este pueblo, hacía poco que se había ausentado y el Capitán deseando haber algunos indios para informarse de ellos de lo que le convenía, tomó consigo hasta ochenta hombres y cinco caballos y caminando en su busca, entró por algunas ciénegas y anegadizos que por ser verano tenían poca agua, y al cabo de dos días dió en un lugarejo de hasta doce o trece casas; en ellas estaban las mujeres e hijos de los dueños, los cuales habían ido a pescar. Toda esta gente lla (*sic*) mandó recoger el Capitán con la comida que en el pueblo había, que era muy poca para la que deseaban y era menester para satisfacer el hambre que tenían; la comida era algún maiz y cierto género de pan hecho de corazones de palmas, lo cual estos indios de este pueblo, tenían por principal manjar y mantenimiento. Los padres y maridos y otros deudos de los presos y moradores de aquel lugar, desde que sintieron que los españoles se lo habían saqueado y les tenían presa toda la gente, se juntaron para probando su fortuna con sus flacas armas y seniles ánimos ver si podían libertad (*sic*) y a ver su gente vinieron en su orden de guerra a dar en los españoles; los cuales fueron sentidos con tiempo, de suerte que tuvieron lugar de prevenir sus armas y saliéndoles al encuentro, los desbarataron y ahuyentaron, con muertes de algunos indios que muertos quedaron; a la vuelta que el Capitán volvía de ahuyentar los indios, halló a un español que encima de un caballo andaba corriendo alrededor de un matorral donde se habían recogido cierto número de indios, dícese que este español no osaba arre-

meter a los indios y echarlos de allí, mas preguntado por el Capitán lo que hacía, respondió que tenía allí cercados aquellos indios por tomarlos vivos; al Capitán le pareció que lo hacía de pusilánime y reprendiéndole de su poco ánimo y cobardía, arremetió a los indios que en el matorral estaban e hiriendo dos de ellos, los demás, dejando las armas en el suelo, se le rindieron y él los trajo consigo. Recogidos todos los españoles después de haber habido esta victoria, y durmiendo en aquel lugarejo aquella noche, se partieron otro día, cargando en los indios e indias que tenían toda la comida que habían recogido y se fueron a los bergantines, y embarcándose, caminaron el río arriba siguiendo su derrota y jornada. Entre otras cosas que se hallaron en el pueblo de Cabritu, fueron unas calzas de red y con los nudos [?] muy gruesos, y preguntose a los indios que en aquella provincia se tomaron que para qué eran aquellas calzas, dijeron que los indios las usaban para entrar en las ciénegas porque unos peces llamados caribes que son muy atrevidos y hacen presa en cualquiera cosa que topen, en el agua no les mordiesen; otras cosas se les preguntaron a estos propios indios que no supieron dar razón de ellas. De este pueblo de Cabritu prosiguió su viaje el General en demanda del pueblo do eran los indios que los caribes habían tomado, de los cuales traían consigo los que hallaron atados en lo alto de unos árboles, entre los cuales estaba el hijo del Principal del pueblo que les prometió de hacer con su padre que les hiciese toda cortesía, el cual reconociendo la tierra por do iban, dijo cómo ya se acercaba su población y naturaleza y el señorío de su padre, al cual llegaron un día ya tarde porque estaba este pueblo apartado del río como dos leguas, en el cual no se hallaron al Principal ni su gente o vasallos, que eran idos a sus contratos a pueblos circunvecinos; solamente había la mujeres y muchachos que por no ser para caminar se estaban en su casa, los cuales no dejaron de sentir harto temor y pavor de ver la gente que en su pueblo veían nunca hasta entonces vista por

ellos; especialmente les ponía admiración y espanto los caballos, animales tan feroces que consigo los españoles llevaban, porque por estar como he dicho aqueste pueblo apartado del río, sacaron los caballos de los bergantines y fueron apercibidos para defenderse si los quisiesen ofender; el hijo del Principal, que los españoles llevaban consigo, diose luego a conocer entre la gente que en el pueblo había, los cuales viéndolo y conociéndo'e y dándoles él cuenta de su venida con aquella gente que lo traían, se aseguraron y no se ausentaron como los indios de otras partes habían hecho, con temor de los españoles; con esta seguridad las indias trajeron o dieron al Capitán de lo que tenían para que comiesen, diciendo que por no estar allí su cacique y maridos no les podían proveer bastantemente de lo que habían menester; admiráronse mucho de ver la mucha agua que los caballos bebían, los cuales, por haber llegado a aquel pueblo algo cansados y sedientos, fué mandado que les trajesen agua; algunas indias, las cuales desde que vieron lo mucho que habían bebido, dijeron: si estos caballos comen tanto como beben, nosotras no tenemos comida en nuestras casas para solo uno de ellos, y si cada uno de estos hombres que vienen con los caballos beben otro tanto, como estos han bebido, no hay gente en toda esta provincia que los harte de agua. Después de haber descansado la gente, esparciéronse los soldados alrededor del pueblo por ver si habían algunas comidas, temiendo que no vendría el cacique tan en breve o que ya que viniesen no sabían la cortesía que les haría, pues por la mayor parte se gobiernan como tienen el temple; hallaron en unas cuevas o silos que los indios tenían cantidad de maiz, lo cual todo hizo el Capitán recojer para su proveimiento y matalotaje. Después de haber estado en el pueblo cuatro días, asomó el Señor o Principal hasta con cien indios por una pequeña loma que cerca estaba y reconociendo estar gente extranjera en su pueblo, alborotose demasiadamente y mandando a los suyos a aprestar

las armas vino llegándose a su pueblo, dando voces y diciendo qué gente podía ser la de tan loco atrevimiento, que estando él ausente hubiesen entrado en su pueblo y que menospreciando su persona y el castigo que les podía dar, se estaban tan de asiento, que aun viéndole venir no hacían muestra de se ir; que si no querían ser todos muertos a sus manos que se fuesen con brevedad sin enojarle más de lo que le tenían enojado, ni llevarle cosa alguna; el Capitán con una lengua o intérprete que tenía, que lo entendía, le dió a entender la causa de su venida allí y el poco daño que le pretendía hacer, con lo cual no se aplacó nada el cacique, mas apartándose un poco de los suyos se llegó más a los españoles diciendo, que se holgaba del servicio que le habían hecho en traerle a su hijo, mas que no recibía ningún contento de que estuviesen en su pueblo, que si no querían que los echase con las armas (*sic*) que se fuesen y saliesen luego. Como el Capitán le vió solo, cerca de su gente, pareciendo que con prender aquel ingrato bárbaro, haría lo que quisiese de él y de los demás, hizo seña a algunos de sus soldados, los cuales antes que el cacique pudiese dar la vuelta a los suyos le prendieron, diciéndole que si no quería pagar con la vida su loco descomedimiento que mandase a los suyos que dejando las armas, viniesen con humildad ante el Capitán, trayendo de lo que en sus casas tuviesen para comer; el cacique viéndose preso y que estaba en manos de los que le podían quitarle o darle la vida, y entendiendo de los suyos por el alboroto y tumulto que entre sí tenían, que querían manejar las armas contra los cristianos, con gravedad de señor les habló, diciendo que no curasen de efectuar lo que pretendían si no querían ver su fin; mas conformándose con la voluntad de los que a él le habían sujetado o preso, incontinenti dejasen las armas y viniesen a obediencia con el mantenimiento que pudiesen; los indios lo hicieron así como les fué mandado y aplacados todos, el hijo del cacique dió parte a su padre del beneficio que los españoles le habían hecho en librarle de los vientres de

los caribes y la voluntad que tenían de no hacerle daño, y otras cosas con que lo aplacó y atrajo a la amistad de los cristianos, a los cuales habló luego, muy mansamente, ofreciéndose de hacer todo lo que el Capitán le mandase y servirlo en todo lo que pudiese, y proveyéndole de indios que le llevasen la comida que tenían junta a los bergantines, se fué con ellos hasta el río donde ofreciéndose los unos a los otros muy cumplidamente, para si adelante se ofreciese ocasión de pasar o volver por allí, se apartaron los unos a los otros, el cacique y su gente quedándose en tierra y el Capitán Herrera y sus compañeros prosiguiendo su viaje.

CAPITULO VII

En el cual se escribe cómo prosiguiendo su viaje Herrera y los demás españoles el río arriba, con grandes hambres y trabajos, entraron por el río de Meta padeciendo dobladas miserias

Salidos del puerto y barranca do habían estado surtos, navegaron algunos días en demanda del río Meta a quien iban buscando, los cuales fueron de grande aflicción y calamidad para nuestros españoles porque además del trabajo, que de llevar los vergantines a remo tenían y padecían, les afligía mucho la hambre, porque aunque habían sacado alguna comida del pueblo del Principal que tuvieron preso, no fué tanta cantidad que le pudiese durar mucho tiempo, y así procuraban aprovecharse de la pesquería, así con anzuelos como con otros artificios que consigo llevaban. Entre algunas cosas que acerca de las pesquerías les acaecieron, diré aquí dos o tres por parecerme dignas de notar a causa de la estrañeza y estremo de los peces que en este opulento río hay; un soldado llamado Navidi, extranjero, buen oficial de martillo de hierro, deseando sacar algún pescado como los demás para ayuda a su sustento, echó un anzuelo al agua y atose el cabo del cordel al brazo, porque no se le sacasen de las manos, que no debiera; asiole un pescado o demonio el anzuelo, y tiró con tanto ímpetu que se llevó tras sí al pescador y nunca más lo pudieron ver; y así

fué hecho mantenimiento de peces el que pretendía mantenerse de ellos; otro soldado después de esto, llamado Juan de Avellaneda, que en el nuevo reino pobló el pueblo que se llamó San Juan de los Llanos, pretendiendo también sacar algunos peces para comer, echó al agua su anzuelo y no curándose fijar el cordel en ninguna parte, por no imitar al soldado Navida a quien su propio anzuelo lo pescó, fuéle tomado el anzuelo de un pez de tanta furia, que aunque él hizo lo que pudo con sus fuerzas y llamó en su ayuda otros cinco o seis compañeros, los cuales, todos juntos, poniendo todas sus fuerzas de tirar del anzuelo o cordel, jamás lo pudieron sacar; antes se los llevaba al agua tras sí, los cuales temiendo el suceso del soldado referido, soltaron de todo punto el cordel con harto daño suyo, porque de la fuerza que en tirar ellos el pescado pusieron, quedaron tan lastimadas las manos y rasgadas, que por hartos días no se les sanaron las llagas, ni aun quitaron las señales; no se pudo ver ni conocer qué género de pescado fuese éste de tanta fuerza; sacose por otros soldados una manera de pescado estremado por su propiedad, nunca visto hasta entonces, pero después se hallaron de estos peces en los ríos que por los llanos de Venezuela atraviesan, y era que así como el soldado lo sacaba del agua, así comenzaba a temblar y casi a perder la fuerza del brazo y de todo el cuerpo, hasta que lo soltaba; después de puesto en tierra se llegaron muchos soldados a ver aquella extrañeza, y meneándolo, en tanto que el pez estaba vivo, ninguno le tocaba o meneaba con alguna cosa que en la mano tuviese que no le temblase la mano y todo el brazo, de suerte que casi no le quedaba fuerza para tener nada en la mano, mas luego cesaba todo; y esto como he dicho, en tanto como está vivo, porque después de muerto, no tenía ninguna virtud ni ponzoña, antes lo comieron y lo hallaron de muy buen comer y gusto; era este pez de cuero y no de escama, de hechura de una anguila, excepto que la cabeza y cuerpo tenía muy gorda y no tan largo como la anguila, sino algo

menor; con estos y otros acaecimientos de pescas y muertes de algunos soldados, llegaron do atraviesa el río una cingla de peñas que está cerca del río de Meta, donde el Comendador Ordaz se vió en trabajo de subir y pasar por allí los bergantines a causa de la gran corriente que las peñas causaban, los cuales no en menos trabajo pusieron esta flota de Jerónimo Hortal o de Herrera, su Capitán, que habían puesto a los de antes; finalmente, trabajando todo lo que pudieron, subieron los bergantines; la barca en que llevaban los caballos, por ser mayor y más pesada, no la podían pasar, y estando en esta confusión, que no sabían qué remedio se tener, refrescó la brisa con tanto ímpetu y tan de repente, que lo que se tenía por imposible, lo vieron en un momento efectuado; con este viento pasó la barca aquel raudal que no poco contento y alegría causó a todos, porque les pareció que en haberles sobrevenido tan buen suceso en el subir de la barca, que todas las cosas del descubrimiento o tierra que iban a buscar, les sucedería muy prósperamente; luego, pasado el raudal, reconocieron estar cerca de las juntas de los dos ríos Meta y Uriaparia que allí se llamaba Orinoco, este Orinoco se llama Guaviare, como en la jornada de Ordaz se dijo más largamente. Por señales muy particulares de algunos soldados de los que antes habían andado por allí, vieron que les dobló el contento, con el cual disimularon harta parte de la hambre que llevaban, y así llegaron a las juntas donde se regocijaron muy mucho y dijeron misa y dieron gracias a Dios por haberlos puesto en el río que deseaban; y porque si Jerónimo Hortal viniese por allí con alguna gente como había prometido, hallase señal y rastro de su viaje y derrota, escribieron ciertas cartas y metiéronlas en un calabazo y tapándolo con cera, porque no se mojasen, lo pusieron en el brazo de una cruz alta que, en unas grandes peñas que a las juntas de los dos ríos estaban, hicieron; por las cartas daban aviso a Jerónimo Hortal del suceso de la jornada y de la derrota que llevaban; y con esto, navegando por el río de

Meta arriba, se les iban acrecentando y doblando los trabajos donde más descanso pensaban tener. Era verano y el río traía poca agua, y el viento les era contrario y siempre había falta de comida y habían de llevar los bergantines a remo, y por allí era la tierra de más mala constelación que la de abajo, con lo cual empezaron a enfermar los soldados y a morirse algunos; todas estas circunstancias los traían tan acosados que deseaban y aun con ánimos flacos y locos había algunos que le pedían a Dios que los sacase de aquellas calamidades y trabajos en que estaban, y los pusiese en perpetuo cautiverio y servidumbre de moros, que les parecía que librarían mejor en la sujeción de los infieles que en los presentes trabajos que con sus propias manos habían tomade, y por pedir o desear lo que no entendían, permitió Dios que luego viniesen las aguas y creciesen los ríos, con que crecieron sus trabajos, porque esas pocas playas que el río hacía, en que hallaban algunos mariscos y huevos de hicoteas conque se sustentaban, se cubrieron con el agua, y así les faltó de todo punto el recurso que en aquello tenían para ayudar a pasar las hambres, y aun para llevar por ellas los bergantines a la sirga; además de esto, los recios aguaceros que les daban, les calaban hasta las carnes, y en estando la ropa por enjugarse dos o tres horas, luego criaba gusanos y se podría sin poder ser de provecho. Entre estos trabajos afligía mucho a los soldados, la barca grande por ser tan pesada y cargada y aun era ocasión de que enfermasen y muriesen, por lo cual, repartiendo entre los bergantines lo que la barca llevaba la dejaron por mandato de su Capitán, en una isla que el río hacía; los demás bergantines ya no los podían llevar a remo, y así, por las barrancas del río que todas eran manglares y arcabucos, los llevaban tirando o a la sirga, y si acaso se soltaba o quebraba la soga con que tiraban, en un momento volvían atrás lo que en días habían trabajado; después de haber navegado con este excesivo trabajo treinta días por este río de Meta, estando todavía el

Capitán obstinado en proseguirlo, y viendo que de todo punto le había faltado la comida, paró en una parte que le pareció cómoda para ir a buscar tierra en donde invernar, y porque con la falta de la comida no desmayasen de todo punto los soldados, mató unas puercas que traía para criar, y repartiolas entre todos, con lo cual se animaron algo y se determinaron de no pasar de allí por entonces, mas ver y hacer lo que les conviniese.

CAPITULO VIII

En el cual se escribe cómo después de haber invernado los españoles en la sriberas de Meta, fué muerto Alonso de Herrera, su Capitán, en una guazavera que los indios le dieron.

Con la brevedad que se requería, echó el Capitán Herrera su gente y caballos en tierra y mandó a apercibir y aderezar los más sanos y bien dispuestos, y se partió con ellos en busca de alguna población donde pudiesen remediar parte de sus trabajos con hallar qué comer, que ya no deseaban ni procuraban otra cosa. Caminando con esta demanda, encontraron cierto número de indios salteadores que atravesaban por aquella tierra, los cuales viendo la extrañeza de la gente española, tomaron las armas para ofenderlos y defenderse; los soldados arremetieron a ellos y haciéndoles el daño que pudieron, los ahuyentaron, forzándolos a que dejasen lo que robado llevaban; tomáronse en el alcance dos indios para claridad o guías de lo que iban buscando, a uno de los cuales se le preguntó por señas dónde había población, dijo que él los llevaría a ella; trájolos engañados de una parte a otra ocho días, sin llevarlos donde tuviesen ningún descanso, antes se les doblaba el trabajo con andar y no comer; constriñeron al indio, con alguna corporal pena que le dieron, a que los desengañase y llevase a poblado, y entendiendo el indio la causa de su aflicción, díjoles que por aquella banda no había pueblos ni comida ninguna, que le pasasen de la otra banda del río donde se proveerían bastantemente de lo nece-

sario; el Capitán lo hizo así, que volviéndose al río, embarcándose en los bergantines, se pasó a la parte de la mano derecha del río de Meta con toda su gente y dejando los que le pareció en guarda de los bergantines, se metió por do el indio los guiaba que fueron unos muy malos anegadizos, y después de haberlos pasado, los trajo algunos días de una parte a otra sin hallar más de un bohío despoblado sin gente ni comida; los que en guarda de los bergantines habían quedado, pareciéndoles que su Capitán con su indiscreta determinación antes procuraba acabarlos de matar que remediarlos, estaban determinados de volverse con los barcos el río abajo lo cual habían dicho a algunos soldados de los que con Herrera iban, dándoles a entender que si algunos días se tardaban, que no los hallarían donde los dejaban, pues no les quedaba qué comer; esto se lo dijeron a Alonso de Herrera, que se andaba tras la guía que llevaba buscando comida, y entendiendo el propósito con que habían quedado los del río, dió con toda presteza la vuelta y los halló casi de camino para partirse, que otro día después de como llegó habían de navegar el río abajo. Con su llegada todos se sogaron (*sic*) y disimulando el Capitán no haber entendido sus designios, se pasó otra vez de la otra banda del río, y castigando al indio con la pena que por haberlos traído burlados tantos días merecía, lo hizo ahorcar, al cual, por persuaciones que hicieron, dándole a entender el beneficio que de recibir el sacramento del bautismo en semejante tiempo se le seguía, lo bautizaron, pidiéndolo y consintiéndolo el propio indio, y luego lo ahorcaron; y estando perneando o barqueando, un soldado con bárbara crueldad le tiró una jara y se la enclavó por un muslo y con un inhumano atrevimiento se llegó al indio ahorcado y diciendo, perro, dacá mi jara, se la sacó de donde la tenía hincada, al cual soldado no muchos días después en la primera refriega que con indios tuvieron, le fué dado un flechazo por el propio lugar por donde él le había dado el jarazo al indio

ahorcado, del cual murió casi rabiando o desesperado, lo cual se tuvo por permisión divina. El Capitán Alonso de Herrera tornó a echar su gente en tierra y dejando en guarda de los barcos los más amigos y de quienes más confianza tenia, tomó consigo a todos los demás y metiéndose la tierra adentro, después de haber caminado algunos días, llegaron a un crecido arroyo que con dificultad se podía pasar sin hacer puente, y como el trabajo de hacerla había de cargar sobre todos los soldados, comenzáronse a amotinar secretamente sin darlo a entender, mas de que con nu secreto concierto trataron de dar la vuelta y dejar al Capitán si no quisiese volverse. Entendió Alonso de Herrera la plática y trabajando por su persona todo lo que pudo y con el favor de sus amigos, lo más brevemente que pudieron, hicieron una flaca puente por do pasaron todos aquel arroyato, y tomándolos de la otra banda como en cárcel o corral, Alonso de Herrera hizo echar bando público so pena de la vida ninguno tratase en volverse y con esto cesó la plática; por entonces a los dos o tres días, hallaron cierta población bien provista de comida, donde se holgaron y regocijaron poco más de meses, al cabo de los cuales les fué necesario dividirse para ir a buscar donde estar lo que del invierno quedaba. Estando divididos por esta causa, que había ido un caudillo con parte de los soldados a buscar población para el efecto dicho, los indios de aquel pueblo sintiendo y viendo tan buena coyuntura se juntaron hasta ciento de ellos, bien armados, y viniendo sobre el Capitán y los que con él habían quedado, les forzaron a tomar las armas con las cuales pelearon un buen rato; los indios flecharon al Capitán Alonso de Herrera de cuatro o cinco flechazos, y a otros cinco o seis españoles, con todo esto fueron desbaratados los indios y muertos la mayor parte de ellos; Alvaro de Ordaz iba a caballo en esta guazavera, y saliendo en seguimiento de ciertos indios que ya iban de huída se fué a buscar la demás gente que el propio día de madrugada había salido

de aquel sitio donde les dieron la guazavera; alcanzolos apartados buen rato y no dando cuenta del daño que sus compañeros habían recibido, mas que de la guazavera que habian tenido, los hizo volver a donde vieron y reconocieron su total perdición por las peligrosas heridas de su Capitán, el cual, después de haber recibido los santos sacramentos, murió a los siete días que le flecharon, dejando encargada la gente a Aloso de Ordaz, y así mismo murieron todos los demás que en la guazavera fueron flechados, excepto Alvaro de Ordaz que aunque lo flecharon, debió de ser con flecha sin yerba y así no murió. Sintieron mucho los soldados la muerte de su Capitán por haberlos tratado siempre afable y comedidamente, y estar muy bien quisto de todos; y aunque por verse quitados de tan insufribles trabajos deseaban apartarse de él quisieron que este apartamiento fuera por otro modo y no por este que tanto dolor y lástima les causó.

CAPITULO IX

Cómo tomando Alvaro de Ordaz a su cargo el gobierno de la gente, después de haber hecho un parlamento a los soldados sobre lo que debían hacer, dieron la vuelta el río abajo hasta llegar a Perataure.

Muerto Alonso de Herrera de la manera dicha, y habiendo nombrado por su Teniente a Alvaro de Ordaz, para que rigiese y gobernase la gente y campo como le pareciese, los soldados pasaron por este nombramiento sin hacer en ello innovación alguna, por conocer a Alvaro de Ordaz, que además de ser caballero era muy afable y bien quisto de todos y hombre prudente, entendido y de buen ingenio, el cual aceptó el cargo porque le pareció que recibían de ello contento los soldados y aun por mandar, antes que ser mandado; y pareciéndole que el pretender pasar adelante con la empresa era en vano, así por la poca gente que había, porque de la gente y soldados que de Paria salieron a esta sazón, ya

no había más de ochenta o noventa, que todos los demás los había consumido el río y trabajo de él, como por conocer de los soldados que aunque él lo quisiera hacer, ellos se lo habían de estorbar e impedir y aun si les pareciese, forzarlo a que se volviese por lo que antes que Alonso de Herrera muriese, había entendido de ellos y aun vístoles intentar, acordó ganarles por la mano, para con esta manera de anticipación atraerlos más a sí y tenerlos más propicios; sobre lo cual les habló, teniéndolos a todos juntos, poniéndoles y trayéndoles a la memoria, para consolarlos de su perdición, cuántos Emperadores, Reyes y grandes señores, habían comenzado descubrimientos y conquistas de tierras no vistas, conforme a la potencia de sus estados, y después de haber gastado mucha parte de sus riquezas, y andando lo más del camino, dar vuelta sin haber hecho ninguna cosa memorable, con pérdida de sus gentes y campo; y que pues todo había pasado por personas tan poderosas y principales, que teniendo ellos tan justas causas para no pasar de allí, no les sería cosa muy afrentosa el volverse, pues en todo les era tan contraria la fortuna, a la cual otros Capitanes muy poderosos y briosos ejércitos no habían podido resistir ni tener de su bando por vía de fuerza, cuánto más unos soldados tan destrozados, trabajados y debilitados como ellos estaban de las hambres, y trabajos y calamidades que en aquella trabajosa y larga navegación habían traído, donde se les habían muerto todos los más de su compañeros, y los pocos que presentes estaban, habían quedado tales, de los trabajos pasados, que poco número de enemigos bastaba a destruírlos de todo punto; y que para última ruina y perdición suya había sido Dios servido de quitarles el Capitán, que hasta allí con discreta sagacidad los había traído y gobernado tan afablemente, cuya muerte les haría tanta falta para pasar adelante, cuanto entre todos los presentes no entendía que hubiese quien la pudiese suplir, y que aunque

los ánimos y bríos no estaban consumidos como las fuerzas, no era bastante causa el parecerles a todos, que eran parte para entrar entre muchos enemigos, proseguir su jornada, pues no todas veces suplían los ánimos el defecto de las fuerzas, sino cuando la fortuna del Capitán o del ejército era tal, que por el suceso de los acaecimientos se conocía claramente el favor de los hados, los cuales son las principales fuerzas de los ejércitos; y que todo esto conocía y habían conocido en contrario de sí mismos en todo el discurso de aquella su jornada, que él tenía por cosa más que temeraria el querer pasar de allí para arriba, como todos los más la mostraban; y que, pues, ellos no eran los primeros a quien la fortuna había derribado y hecho volver atrás de sus buenos principios, que no se les podrá seguir ninguna infamia en volverse, especialmente siendo el pasar adelante, remate y perdición de todos los que quedaban, y que podían llegar a parte donde mi pudiesen volver atrás ni pasar adelante, dando por su paracer que, pues todas las cosas le eran contrarias, como por lo que había dicho, constaba y parecía, que se volviesen a buscar nuevas entradas donde pudiesen recuperar lo que allí habían perdido, y que si algunos hubiese que les pareciese que se debía hacer lo contrario, que lo dijesen, dando las causas en que fundaban su parecer, y que lo que los más acordasen, aquello se efectuase, lo cual se hiciese con brevedad, porque se proveyesen de comida con tiempo, para hacer lo que se determinase. A todos les pareció que se debía poner en obra lo que Alvaro de Ordaz decía, así por tan justas causas que para ello daba como porque además de tenerlo los más en voluntad, deseaban grandemente verse fuera de aquel tan enfermizo y trabajoso río, en parte donde pudiesen descansar de los trabajos pasados y reformarse; resueltos todos en el parecer del Capitán, luego se proveyeron de comida de algunas labranzas, que no muchas jornadas de allí estaban, lo cual yendo a traer, procuraron los indios que lo

habían sembrado, defendérsela; más aunque flacos y enfermos los españoles lo hicieron tan bien, que los indios no les damnificaron en cosa alguna más, de herirles un caballo de dos que llevaban solos, el cual a poco murió rabiando, y fué repartido y comido entre todos, y tomando el maíz que pudieron y hubieron menestar, dieron la vuelta y se embarcaron y comenzaron a navegar agua abajo. Habíales quedado un solo caballo, el cual volvían consigo, y por dar pesadumbre a los soldados del bergantín en que iba lo mataron de conformidad, dando a entender a su Capitán que él se había muerto; recibió enojo del matar del caballo Alvaro de Ordaz, y deseando castigar al que lo había hecho, procuró averiguarlo y no pudo, y así lo repartió entre todos, que no les fué pequeña fiesta. Lo que del río de Meta habían andado en treinta días agua arriba, lo volvieron a desandar agua abajo, en poco más de un día que tardaron en llegar a las juntas de este río de Meta con el de Guayaure o Paria, donde hallaron, por la grande inundación de entrambos ríos, las altas peñas donde habían dejado la cruz y las cartas de aviso que arriba dije, todas cubiertas de agua, quecasi no conocían la tierra; prosiguieron con su vuelta por el río de Uriaparia abajo y ni curaron detenerse en ninguna parte ni en el camino hallaron quien les estorbase el pasaje; para un solo soldado fué desgraciada la navegación del río abajo, que de muy considerado perdió la vida, y fué de esta manera: este desgraciado soldado venía sentado a la proa de uno de los bergantines, el cual había de pasar por junto a unas peñas que el río tenía descubiertas, y con la furia que el bergantín llevaba, pareciole al soldado que iba derecho a dar en las peñas, donde no podía dejar de hacerse pedazos, y pretendiendo salvar la vida, se arroja del bergantín a una de las peñas, la cual con la lama y humedad que sobre sí tenía, estaba muy resbalosa, y no hubo puesto los piés sobre ella, cuando resbalando, dió consigo en el río, sin que más

apareciese. Por la ocasión dicha, al cabo de quince días que dieron la vuelta, llegaron a la Isla de Gaspar de Silva o Perataure que está a la boca de este río de Uriaparia, y lo que navegando agua arriba anduvieron en cinco meses de navegación, lo tornaron a desandar en sólo quince días, sin otros trece meses que en todo el decurso de la jornada gastaron desde que salieron de la fortaleza de Paria, hasta esta llegada de Perataure, que por todo fueron diez y ocho meses de jornada tan trabajosa cuanto no se puede encarecer por escrito.

CAPITULO X

En el cual se escribe cómo Alvaro de Ordaz y los demás españoles, después de haber pasado gran tormenta en la mar, aportaron a la Isla de Cubagua; y Jerónimo Hortal que estaba en La Trinidad a esta sazón se pasó a Tierra Firme, al puerto de Naver, sabiendo la pérdida de su gente.

Luego que llegaron a la Isla de Perataure, como tenían tan propincua la navegación de la mar, la cual es más peligrosa y fragosa a causa de los grandes movimientos y alteraciones que en ella hacen los vientos, que la de los ríos y navegaciones de aguas dulces, comenzaron a aderezar sus bergantines y a repararlos de todo lo que tenían necesidad de aderezarse, y temiéndose que en la fortaleza de Paria no estuviese Jerónimo Hortal con gente para seguir su navegación y los hiciese volver otra vez a proseguir su jornada, acordaron no llegar a ella y así se partieron la costa en la mano, en demanda de Cubagua; yendo navegando les dió tan gran tormenta que uno de los bergantines cuyo arraiz era un Andino, dió con él en tierra donde se hizo pedazos sin que peligrase persona alguna, los demás barcos iban prosiguiendo su viaje y sustentándose contra el viento, lo mejor que pudieron; un soldado de los del bergantín quebrado, llamado Perdomo, buen peón y nadador, lo más presto que pudo se fué la costa abajo, y comenzó a dar voces a los bergantines que iban navegando, fué oído por uno de ellos y reparándose a ver lo que era, el Perdomo se echó a la mar y

nadando llegó al barco que lo esperaba, y recogiéndolo dentro, dió noticia de la pérdida de sus compañeros mas no pudieron alcanzar al barco o bergantín donde iba Alvaro de Ordaz y así se hubieran de quedar perdidos aquellos españoles, si Dios no permitiera que la tormenta se les volviera con tiempo contrario, que los hizo a todos arribar y volver otra vez a Perataure donde supieron el suceso de la pérdida del bergantín de Andino. Determinó Alvaro de Ordaz, de que uno de los bergantines fuese a la costa donde estaban los españoles esperando su remedio, y que los recogiese y trajese; en este tiempo, habiéndose dividido los perdidos a buscar comida o algún marisco para comer la costa adelante, los que habían quedado en el lugar donde habían salido, aderezando o dando orden como de la propia madera del bergantín quebrado, hacer algún pequeño barco en que salir de allí, vieron venir cinco piraguas de indios hacia donde ellos estaban, que no poco temor y alteración los causó, por no tener armas con que ofender ni defenderse, que por haberse descuidado y haberlas dejado en la orilla de la mar fueron cubiertas con la creciente, y así acordaron de meterse la tierra adentro, en unas montañas o arcabucos que cerca tenían, donde se escondieron; los indios llegaron en sus piraguas a aquel lugar y viendo que no había quien los ofendiese, saltaron en tierra y tomaron lo que mejor les pareció, o todo lo que quisieron, y dieron la vuelta prosiguiendo su viaje, y do los indios llegó el bergantín que en busca de los perdidos venía, y no hallando allí a nadie navegó la costa abajo, y vió a los que andaban mariscando, o buscando comida a la orilla de la mar, y recogiéndolos se volvió a Perataure, donde había quedado Alvaro de Ordaz; diéronle relación de la gente que faltaba, que estaba escondida por temor de los indios, de lo cual recibió gran pesadumbre, y sabido que las piraguas de los caribes habían llegado a la costa, determinó de irlas a buscar el río arriba, puso en salto o emboscada con sus bergantines en cierta parte del río, para si las piraguas

pasasen, tomarlas; quiso su fortuna que pasaron de noche al tiempo que las velas se habían dormido, y cuando oyeron el ruido de los remos o canaletes ya las piraguas iban lejos; fuéronlas siguiendo y como era de noche hubiéronse de ir con su honra, excepto una que debía de ser de mal navegar, que se quedó trasera y por no ser tomada se metió en unos manglares del río donde todavía fué sentida por los españoles; tuviéronla cercada hasta que fué de día, y los indios entendiéndolo, saltaron en tierra y escaparon sin ser tomado ninguno. Los de los bergantines tomaron la piragua y no hallaron en ella rastro de cristianos porque si aquellos indios caribes hubieran tomado los españoles que faltaban no dejaran de hallar algún cuarto o sangre de ellos, y así Alvaro de Ordaz perdió la sospecha de que fuesen muertos y tornó a enviarlos a buscar, a los cuales hallaron en el propio lugar donde se perdieron, que habían salido del arcabuco; holgáronse los unos con los otros de su restauración y juntáronse otra vuelta en la Isla de Perataure, fornaron a proseguir su viaje para Cubagua y porque al tiempo de la tormenta ya dicha se apartó otro de los bergantines, y hasta entonces nunca habían hallado rastro ni tenido nuevas de él, acordó Alvaro de Ordaz de ir a dar vista a la fortaleza de Paria, por si habían aportado allí y también por ver si hallarían algún recurso de comida que ya no llevaban ninguna; llegados a la fortaleza no hallaron más que rastro de haber estado en él gente, lo cual les fué contento, por creer por aquella señal que no serían perdidos sus compañeros, mas el contento no fué tanto que bastase a moderar el sentimiento que la hambre les hacía tener, la cual remediaron en alguna parte con cierta cantidad de cueros de manatí podridos que hallaron por el suelo o muladar, y con muchos bledos que en aquel sitio había, de los cuales cogieron todos los que pudieron para matalotaje y aun de este género de comidas no hubo en tanta abundancia que les bastase a satisfacer la hambre que tenían; al fin, con ellos se sustentaron lo más tiempo que navegaron, en

el cual nunca les dejó de sobrar infortunios y trabajos, así de sospechas, por perderse de vista algunas veces los unos a los otros, como porque de todo punto les faltase el comer en el camino, lo cual remediaban con llegarse algunas tardes a tierra y coger algunas cosas de las que la mar suele criar en sus riberas. Estando una tarde Alvaro de Ordaz surto en un puerto, buscando de esta comida que he dicho, llegaron dos barcos que iban a donde estaba Jerónimo Hortal, a La Trinidad, con algunas cosas de provisión para su jornada, el cual estaba allí rehaciéndose y juntando su gente para ir en busca de Alonso de Herrera el río arriba, y se había recogido a aquella isla a juntar su gente por respeto de que los indios de Paria le habían flechado ciertos soldados con yerba y lo habían hecho salir de allí; los de los barcos que iban a donde Jerónimo Hortal estaba, dieron a los otros la comida que pudieron, y hubieron de ellos relación de la muerte de Alonso de Herrera y de todo el suceso de la jornada, y con esto se apartaron los unos de los otros los bergantines; los dos de ellos, que eran en donde iba Alvaro de Ordaz y otros, fueron a Cubagua, y el otro bergantín con una piragua en que iban ocho soldados aportó a la isla Margarita, donde les hicieron todo buen recibimiento y cortesía y les dieron muy bien de comer, y a pocos días se tornaron a embarcar y se fueron a la isla de Cubagua, donde fué tanta la falta de comida que había, que casi los propios vecinos no tenían que comer, y así los de los primeros bergantines, si no fueron algunos que tenían amigos conocidos de tiempo viejo, todos los demás se fueron a posar a la iglesia, y los del otro bergantín que después llegó por vía de la Margarita, se aposentaron en el hospital, y de allí salían de noche a pedir por Dios para su sustento, que lo tenían los más por mayor género de calamidad y trabajo que todos los pasados juntos. En este tiempo proveyó Dios de que el Sumo Pontífice concediese cierto jubileo, con que después de hechas ciertas obras santas y pías diesen de comer a tres pobres, tres días;

este jubileo, así como fué útil a las ánimas de los unos, así fué confortativo a los cuerpos de los pobres que en aquellos días comieron como convidados del Padre Santo. Llegados los barcos a La Trinidad, dieron aviso a Jerónimo Hortal de la pérdida y vuelta de su armada; sintiólo mucho y viendo que con los que allí consigo tenía no era parte para subir el río de Paria arriba ni menos para sustentarse en aquella isla, salióse de ella con toda la gente y vínose a tierra firme a un puerto llamado Neverí, más abajo del puerto de Maracorpima, y dejando a recaudo la gente que allí tenía, pasó a la isla de Cubagua a ver sí podía, atraer a sí algunos de los soldados que habían salido de Paria, para volver a conseguir su demanda de Meta, mas los soldados estaban tan escarmentados de los trabajos del río que nunca jamás quisieron condescender con su petición, sino fueron dos o tres, que confiados de la mucha amistad que con Jerónimo Hortal tenían y por no andar limosneando en Cubagua, se volvieron o fueron con él a Neverí, dende tenía la demás gente; y así hago distinción en este lugar, porque así como se muda aquí la jornada y derrota de Paria, así hay menos sucesos y acaecimientos como en el siguiente libro se verá.

LIBRO SEXTO

N el libro sexto se contiene cómo pasado Jerónimo Hortal a Tierra firme se dió a hacer esclavos, y entrados la tierra adentro, en el cual tiempo llegó a la propia provincia un Capitán Bautista, enviado por Antonio Sedeño desde Puerto Rico, el cual se entró a invernar la tierra adentro con la gente que traía, Hortal tenía poca gente, y envió a un Capitán suyo llamado Nieto a (*sic*) hacer espaldas a otros soldados que la, tierra adentro, andaban rescatando, cerca de donde estaba alojado el Capitán Bautista, el cual enojado de que la gente de Jerónimo Hortal se le acercase tanto, envió ciertos soldados suyos a que descompusiesen y desarmasen al Capitán Nieto, e hiciéronlo así; afrentado de esto, Jerónimo Hortal y los suyos fueron a Macarapana, donde a la sazón había llegado el Capitán Rodrigo de Vega con más gente enviada por Sedeño, dió en ellos Hortal y los suyos, y desarmáronles y quitáronles los caballos y cuanto tenían, y luego fueron a dar sobre el Capitán Bautista y los suyos, a los cuales así mismo desbarataron. Con estas victorias se hizo de gente y ármas Jerónimo Hortal y se entró en la tierra adentro en demanda de Meta, donde sus propios soldados se amotinaron contra él y le descompusieron y enviaron a la costa y nombraron dos Capitanes que los rigiesen y gobernasen. Prosiguiendo su jornada, fueron a dar a las provincias del Tocuyo y Barquisimeto, donde hallaron al Capitán Martínez con la gente de Federman, por el cual fue-

ron los dos Capitanes depuestos de sus mandos y enviados presos a Coro, y la gente se quedó con Federman; Hortal se fué a Santo Domingo, donde después de haber traído ciertos jueces sobre sus negocios a Tierra firme, murió de enfermedad que le dió.

CAPITULO I

En el cual se escribe cómo Jerónimo Hortal envió a Agustín Delgado, con gente, a hacer esclavos al pueblo del Cacique Guaramental, el cual se convidó con la paz y recibió amigablemente a los españoles.

Jerónimo Hortal, viéndose desamparado y aun negado de los suyos y que tenía poca gente para salir con ninguna jornada que a lo largo intentase, acordó aprovecharse del remedio que todos los más en aquel tiempo usaban para remediar sus necesidades, que era hacer esclavos, para lo cual él tenía una cédula del Emperador, que en aquellos tiempos era muy fácil de alcanzar y muy difícil de guardar, porque si los que hacían los esclavos guardaran la orden o instrucción que el Rey les daba que tuviesen e hiciesen en el hacer de los esclavos, es verísimo que nunca se despoblaran ni arruinaran tantas provincias como se destruyeron con la insaciable codicia de las gentes que entonces pasaban a Indias; porque si el Rey decía, podréis tener por esclavos aquellos que los Señores naturales de la tierra tienen por tales y os vendieren, juntábanse los que eran en la consulta o conciliábulo, y daban un albajo [?] en un pueblo y prendían al Señor o Cacique y a todos sus vasallos, y después de conocido quién era el Principal, decíanle que si se quería ver libre, que les vendiese aquellos indios que en su pueblo habían tomado, y que le darían tal y tal cosa; el Señor o Cacique por verse libre, decíales que los tomasen graciosamente, que él no quería nada por ellos; amedrentábanle o persuadíanle para que pareciese ante el Juez o Veedor que el Rey tenía allí para registrar los esclavos, y ver que no viniese fraude en el hacerlos, el cual muchas veces era en ello, y que dijese que él había vendi-

do aquella gente a los cristianos; el Cacique lo hacía como los españoles se lo pintaban y así se volvía a su pueblo solo y desacompañado, y cuando mucha cortesía le hacían, le daban alguna de sus mujeres para contentarle, y en pago de sus vasallos le daban cuatro niñerías que en España valdrían diez maravedís, y con estas cautelas y otras semejantes, es cosa averiguada que se hicieron todos los más de los esclavos, y se robaron y tomaron infinidad de haciendas, a los cuales autores y perpetradores de estos malvados hechos, se ha visto pagar sus engaños en esta vida con miserables trabajos y muertes, y en la otra estemos ciertos que no quedaron sin el castigo que la gravedad de sus culpas y pecados merecieron; no digo esto por Jerónimo Hortal, el cual en parte era tan buen cristiano, que, por no consentir que se les hiciese agravio a los indios ni se les robasen sus haciendas, procuraban los soldados y Capitanes que llevaba que no saliese con ellos a ninguna parte de las adonde habían de ir a hacer esclavos. Estando, pues, Jerónimo Hortal en esta provincia de Neverí, sustentándose con este género de aprovechamiento, tuvieron noticia de algunos indios comarcanos a donde él estaba, que por ser tan ladinos se habían sustentado y conservado en paz con los españoles; de que a ciertas jornadas de allí estaba un Principal o Señor muy poderoso, de mucha gente y riqueza, llamado Guaramental; moviéronse los soldados con mucha alegría para ir a dar salto en aquella población, mas el Capitán estuvo perplejo en ello, por querer él ir en la demanda, lo cual los soldados procuraban estorbarle e impedirle, sabiendo su condición, que les había de ir a la mano en sus demasías, y así le convencieron a que se quedase en aquel sitio y enviase con cincuenta hombres a Agustín Delgado, que era tenido por hombre experimentado en negocios de guerra, por haberse hallado en algunas entradas de las que de las Islas de Canaria suelen hacer a Berbería, y asimismo en las Indias, en algunas guazaveras y guerras entre indios, donde se había señalado por

buen soldado. Este Agustín Delgado es el que Ordaz dejó en la fortaleza de Paria, que después se confederó con Sedeño, como atrás queda dicho, y conociendo cuan buen hombre era para la guerra de indios, lo había atraído a sí Jerónimo Hortal, y era por él y por todos sus soldados tenido en mucho. Pues como he dicho, a persuasión de los soldados se cometió esta entrada de Guaramental a Agustín Delgado para que, como Capitán, fuese con aquella gente e hiciese lo que conviniese; el Cacique o Señor Guaramental, teniendo noticia de cómo los españoles iban a su población y provincia, acordó ganarles por la mano, enseñado del ejemplo y disciplina con que veía venir a otros Principales que tenían y conservaban la amistad de los españoles, y envió mensajeros al camino, a Agustín Delgado, con algunos presentes, así de oro como de otras cosas de comida, rogándole que le recibiese en su amistad, la cual él le prometía de sustentar todo el tiempo que por allí anduviese, y que se fuese derecho a su pueblo con toda su gente, que él les proveería de todo lo necesario; de esta embajada no se holgaron nada los soldados, por cesar con ella la ejecución de sus designios que eran pura codicia; al fin el Capitán Agustín Delgado, conformándose con lo que era razón, recibió amigablemente el mensaje y embajada del Señor Guaramental, dando por respuesta a sus criados que él haría todo lo que su Señor le enviaba a rogar, y así se fue pacíficamente a aposentar y ranchear al pueblo de Guaramental, donde el Señor o Principal lo recibió con toda alegría y aposentó a él con todos los que con él iban en una enramada que de las puertas adentro de su casa o cercado tenía, en que holgadamente se aposentaron todos los españoles y sus jumentos y servicio. Era esta enramada de sola un agua [?], hecha así, a posta, por respecto de gozar del fresco entre día, que el calor era molesto y pesado; este cercado donde este cacique tenía esta enramada, era de gran compás y cuadrado, hecho a manera de fuerza o fortaleza, y ciertamente entre ellos era tenido por cosa

muy fuerte, porque todo él era hecho de palos o árboles muy entretejidos y guarnecidos de crecidas espinas o puntas muy delgadas de que la naturaleza los armó, con que tenían tan fortificado aquel sitio, que no era parte ninguno a arrimarse a él sin ser lastimado de las púas que todos los árboles tenían en sí; dentro de este cercado tenía el Cacique o Señor, además, las casas o bohíos de su morada, que en su especie eran muy principales, y dentro de estas casas otros muchos aposentos, que eran como casas de despensa y provisión de las cosas necesarias para la guerra, así de armas de todo género, conforme a su modo y usanza, como de bastimentos y vituallas de carne y maíz, y otras comidas de que ellos usan, y vino hecho de maíz y de yuca; que es su principal sustento, de todo lo cual mandó el Cacique o Señor Guaramental proveer bastantemente al Capitán Agustín Delgado y los que con él estaban, de suerte que siempre les sobraba todo, porque no osaban los indios hacer otra cosa por conocer del semblante y gesto de los soldados y aun de su codicia, que deseaban que se les diese ocasión para saquearles el pueblo y hacerles otros daños que en semejantes actos se suelen recibir.

CAPITULO II

En el cual se escribe cómo Agustín Delgado pasó con los españoles y con muchos indios, amigos de Guaramental, a la población de Arcupón, la cual robó y saqueó y arruinó.

Al cabo de ciertos días que los españoles estuvieron en este pueblo de Guaramental, aunque nunca les faltaba nada de lo necesario para su sustento, siempre les sobraba la codicia de lo superfluo, y viendo que por todas vías estaban opresos y atasados para, conforme a buena disciplina, no hacer mal ni daño a esta gente, en cuya población estaban y de cuya hacienda se sustentaban, dijeron al Cacique, si en comarca de sus términos había algunas poblaciones de gentes con quien el tuviese enemistad que se lo dijese, que ellos vengarían las injurias que le hubiesen hecho; el Cacique se holgó de la pregunta porque en tiempos pasa-

dos había tenido guerras con cierto Principal, vecino suyo, llamado Arcupón, en las cuales le habían despojado de una laguna de pesquerías que él y sus pasados habían siempre tenido y poseído para su recreación, y así, les dijo, que cerca de allí estaba este cacique Arcupón, que era su enemigo, que si querían ir, que él les daría guía que los llevasen y gente de guerra que les ayudasen a pelear; los soldados importunando a su Capitán que efectuase aquella jornada, para que ellos hubiesen algún provecho y restaurasen lo que habían dejado de ranchear en aquel pueblo, aceptaron y concertaron la ida para otro día. El cacique Guaramental, de la gente que allí más a mano halló, juntó novecientos indios de guerra, y sacando las armas necesarias de las casas y bohíos de depósito de munición que tenía, por sus propias manos, la repartió entre su gente, a los cuales, con ciertas ceremonias entre ellos usadas, les hizo un parlamento, mandándoles lo que habían de hacer y nombrándoles un Capitán, a quien habían de obedecer; les mandó que fuesen con los españoles y lo que su Capitán Delgado les mandase, aquello hiciesen. Todos juntos se partieron ya que quería anochecer, por ir a amanecer al pueblo que iban a saquear, para no ser sentidos, el cual estaba a la ribera de un río pequeño, llamado Dunare, viciosísimo de todo género de árboles y frutas de Indias, fresco y de apacible y agradable temple, y muy provisto de todo género de caza y pesquería; caminaron toda la noche, al alba, ya que amanecía, dieron en el pueblo, hicieron el estrago que pudieron, robando y matando, y es cierto que en lo que tocase a matar, más daños y crueldades hacían las indios amigos que llevaban que los españoles, porque son de su natural tan crueles los indios, que pocas veces dejan con la vida a sus contrarios rendidos, sino es a algunas criaturas de poca edad, a quien ellos puedan criar y hacer a sus costumbres; y si es de casta de españoles no hay perdonar aunque sean de teta, porque piensan que en creciendo los han de sujetar como hicieron sus padres. Saqueado

este pueblo, con harto daño de sus moradores y de su Principal, que en el saco fué muerto, entre otras piezas que en él se tomaron, fueron cuatro indias de poca edad y de extraña blancura, y porque si sus trajes y lenguas no lo denunciaran, fueran tenidas por españolas; preguntando si aquellas blancas mujeres eran de otra generación alguna circunvecina a este pueblo, dijeron que no, mas que se habían criado tan blancas por mucho encerramiento, que desde que nacieron jamás les había dado el sol, y así como animales nocturnos, en sacándolas a la claridad del sol, se cubrían los ojos por no poder ver. Ya que habíase apagado la furia y calamidad del saco de aqueste pueblo, llegaron otros ochocientos indios enviados de socorro en favor de los cristianos por el cacique Guaramental; el Capitán les dió licencia que robasen lo que por el pueblo había quedado, y así a estos como a los que con él habían venido, los envió a su pueblo y provincia, porque lo que en aquel pueblo del cacique Arcupón habían rancheado. no era tanto que pudiese mitigar alguna parte de la sedienta codicia que tenían; informóse si por allí cerca había otra alguna población donde ir a hacer salto, diéronle noticia que a dos leguas de donde estaba, había otro pueblo de un Principal llamado Güere, de muchas riquezas y gente; despedidos los indios de Guaramental, los españoles y su Capitán se partieron en demanda de Güere, Principal el cual tuvo noticia de la ida de los españoles y envió al camino tres o cuatro Capitanes suyos, ofreciéndose por amigo de los españoles y que se fuesen amigablemente a su pueblo donde les haría todos los regalos que pudiese; el Capitán Delgado oyó la embajada que los indios le traían de su Cacique o Señor Guere, y contra voluntad y opinión de los soldados lo recibió en su amistad y se fué a su pueblo, sin hacerle daño ninguno, y estuvo en él algunos días descansando; sirviéronle los indios con todo lo que pudieron y tuvieron y sin hacerles ningún particular daño, se volvieron los españoles al pueblo de

Guaramental, donde hallaron tan provisto su alojamiento de vituallas, que había para sustentarse quinientos españoles con su carruaje, hartos días y aun meses; a los pocos días se salió de este pueblo de Guaramental Agustín Delgado con sus compañeros y dió la vuelta a donde su Gobernador Jerónimo Hortal había quedado, en Neverí, con algunas piezas de indios e indias que por esclavos se habían tomado.

CAPITULO III

En el cual se escribe cómo Antonio Sedeño tuvo en Puerto Rico noticia de Meta, y juntó gente y la envió con el Capitán Bautista a Maracapana: y cómo los soldados de Jerónimo Hortal se dieron a robar y hacer esclavos con más libertad que de antes.

En tanto que las cosas ya contadas pasaron así en la jornada del río de Paria como en la costa de Tierra Firme, Antonio Sedeño, que se había ido a la Isla de Puerto Rico, nunca cesaba de imaginar y pensar cómo podía juntar de nuevo gente para volver a su Gobernación y adelantamiento de La Trinidad, porque no hallaba soldados que en aquella jornada le quisiesen seguir, así por el gran temor que de los naturales de la Isla de La Trinidad tenían como por el poco provecho que de ella esperaban, de todo lo cual estaba muy infamada aquella tierra, por los que en ella habían estado con el propio Sedeño; y después de haber echado hartos balances sobre lo que debía hacer, sucedió que entre otros esclavos y esclavas que tenía habidos de Tierra Firme, estaba una india que le dió muy grandes nuevas de la jornada de Meta y de sus riquezas, prometiendo de si fuesen con gente que bastase resistir los naturales que por el camino había, meterlos en la riqueza y prosperidad de la tierra. Esta nueva se comenzó a derramar por la Isla, la cual movió a algunas ociosas gentes a que persuadiesen a Antonio Sedeño hacer esta jornada, el cual pareciéndole que no era mala ocasión para poner en ejecución sus designios, los cuales eran de so aquella color a que había sido persuadido,

juntar la gente que pudiese y traerla a Tierra Firme y de allí buscar modo como llevarlos a La Trinidad; pasó a Santo Domingo y pidió licencia y facultad al Audiencia para poder pasar gente a Tierra Firme y hacer jornadas o entradas a poblar en las provincias que descubriese; concedióselo esta licencia como la pidió, y con ella y la fama que la india esclava había dado de Meta, comenzó a juntar gente, lo cual hizo en breve tiempo, y por juntar todos los más soldados que pudiese, después de haber juntado hasta ciento y cuarenta hombres y cuarenta caballos, los envió en una carabela con el Capitán Bautista, el cual desembarcando en Maracapana, puerto de mar en Tierra Firme y muy nombrado en estos tiempos por la mucha y rica gente que cerca de él dicen que hay, Jerónimo Hortal estaba rancheado, obra de dos leguas de Maracapana, y aunque supo la llegada del Capitán Bautista a Tierra Firme y tan cerca de su alojamiento, no se alborotó cosa ninguna, antes se comunicó con él amigablemente y lo mismo hacía el Capitán Bautista, pareciéndoles a entrambos que en tierra larga y tan poblada no había para qué mover disenciones, pues todos podían poseer sin damnificarse los unos a los otros. Jerónimo Hortal acordó de entrarse la tierra adentro como antes que el Capitán Bautista llegase, tenía determinado, y poniéndolo en efecto con hasta setenta hombres, comenzó a caminar y llegar a algunas poblaciones, cuyos moradores eran tan bien acondicionados que procurando su amistad le salían a recibir al camino de paz, la cual por todo extremo aborrecían así capitanes como soldados por tener más cierto el provecho de la dudosa guerra que el de la muy segura paz, y porque su pretención y aprovechamiento era hacer esclavos; y como las gentes donde los habían de hacer salían de paz, no consentía el Gobernador que a estos tales se les hiciese ningún daño, por lo cual, como otra vez he dicho, aborrecían todos la compañía de Jerónimo Hortal, y así después de haber descansado ciertos días en una población que de paz tenían, persuadieron a su Goberna-

dor y aun casi le constriñeron a que se volviese a su viaje y alojamiento que en la costa de la mar tenía, dejándoles por cabeza y Capitán a Agustín Delgado, que debía de ser tan buena conciencia cual ellos la deseaban, para estas sus jornadas; constreñido el Gobernador por esta vía se volvió con hasta ocho compañeros a la costa. Agustín Delgado y sus compañeros desde que entendieron que ya estaba Jerónimo Hortal y los que con él iban fuera del peligro, comenzaron a desmandarse por las poblaciones circunvecinas a donde ellos estaban alojados, y a tuerto y a derecho, y que estuviesen de paz o que no ranchearlos y robarlos por fuerza, tanto que constriñeron a los indios con sus tiranías a que tomasen las armas para defenderse, lo cual hicieron los naturales de un pueblo que los soldados quisieron últimamente robar y saquear, los cuales esperando a los españoles con buen orden les defendieron la entrada, mas al fin como sus armas son tan flacas, no bastaron hacer tanta resistencia como quisieron; contentáronse con que no les llevaron gente ninguna, aunque les saquearon el pueblo, y con todo les hirieron algunos españoles, con lo cual y porque ya en los pueblos atrás tenían hechas sus mangas y presas en cautividad con esta perversa guerra, más de quinientas ánimas; dieron la vuelta a donde Jerónimo Hortal los estaba esperando, junto a la mar, en su antiguo alojamiento, y recibiéndolos alegremente no curó de preguntar la forma que habían tenido en hacer esclavos porque le aprovechaba poco, pues no era parte parte para remediarlo, aunque quisiera, y así dió luego orden en cómo se herrasen para ante los Oficiales del Rey que cobraban los quintos reales. En esta sazón había mercaderes que de Santo Domingo y Puerto Rico y las demás Islas de Barlovento tenían por granjería de venir en navíos a costas de Tierra Firme, a comprar esclavos a los españoles que en ella estaban de asiento, hurtándolos; y a la sazón que Agustín Delgado llegó con esta presa a donde su Gobernador estaba, llegó también un navío, de una de las Islas, a quien vendieron todos los esclavos a

trueco de mercaderías y otras cosas de España y oro, a precio cada uno de diez pesos; eran en el vender los soldados y capitanes muy moderados: no querían extremarse en los precios porque acudiesen los mercaderes otro día y porque la sangre inocente que vendían les costaba a ellos poco trabajo aunque harto dolor, pues si no era supliéndolo la misericordia divina y muerte y pasión de nuestro maestro y redentor Jesucristo, no podían ellos satisfacer los grandes daños y muertes y robos y pecados que con aquella manera de hacer esclavos cometían.

CAPITULO IV

En el cual se escribe cómo el Capitán Bautista se entró a invernar la tierra adentro donde desarmó e hizo cierto agravio a unos soldados de Jerónimo Hortal, el cual, después, en venganza de esto, desarmó la gente que con el Capitán Vega llegó a Maracapana. (*sic*)

En este tiempo ya se acercaba o entraba el invierno, por lo cual y por el poco recurso de comida que en el puerto de Maracapana tenía, el Capitán Bautista y su gente acordó entrarse a invernar la tierra adentro y esperar en ella a su Gobernador Sedeño; hízolo así y partiendo con todo su campo y gente de la costa de la mar se metió la tierra adentro, y pasando por el pueblo del Cacique Guaramental se fué a alojar dos jornadas más adelante, a la población y señorío de una india llamada Orocomay, donde procuraba sustentarse con el menos perjuicio que podía, así de los indios como de los españoles de Jerónimo Hortal que todavía se estaba aposentado y rancheado en Neverí. Con mucho trabajo por habérsele ido la más de su gente, que no le habían quedado más de hasta treinta hombres y esos se le hubieran ido si hallaran con quién, porque aun se habían convidado de irle a servir al Bautista; él no los había querido recibir en su compañía por no descomponer a Jerónimo Hortal ni hacer cosa que sonase mal, con lo cual habría encumbrado grandemente su bondad si después no la

deslustrara con lo que hizo con el Capitán Nieto, como luego se verá. Estos pocos soldados que a Jerónimo Hortal le habían quedado se entretenían con la esperanza que su Gobernador les daba de que cada (*sic*) día esperaba nuevos y cumplidos recaudos de España con que pensaba emprender nuevas jornadas, para las cuales se le llegaría más gente de la que él había menester y que los que con él permaneciesen y perseverasen serían mejor galardonados; y para tener algún sustento y entretenimiento andaban esparcidos algunos soldados por las poblaciones comarcanas que de paz estaban, rescatando algunas comidas y esclavos, y para que estos soldados que andaban en estas poblaciones de los indios rescatando estuviesen más seguros y no se les hiciese daño alguno, mandó Jerónimo Hortal un soldado que tenía que se decía el Capitán Nieto con cinco o seis compañeros, se fuese al pueblo de Guaramental y estuviese allí haciendo alto a sus compañeros; sabido por el Capitán Bautista esta estada del Capitán Nieto en Guaramental, mudado del primer propósito, deseando destruír de todo punto a Jerónimo Hortal, lo cual se cree que no había hecho hasta allí por no estar bien cursado en las cosas de aquella tierra, y pareciéndole con loca presunción que la estada de Nieto tan cercana a él era en vituperio y menosprecio suyo, o por otros secretos motivos que debía tener, envió cuarenta soldados que desarmasen al Capitán Nieto y a los que con él estaban y les quitasen un caballo que tenían, a fin de que por aquella vía amedrentar a Jerónimo Hortal y los que con él estaban, para que con temor de no verse destruídos de todo punto se saliesen de la tierra; los soldados que el Capitán Bautista envió a desarmar a Nieto y a sus compañeros lo hicieron como les fué mandado, cayendo al alborada en ellos los tomaron casi durmiendo y los despojaron de sus pocas armas que tenían y un caballo con que se defendían y dejándolos *in puribus naturalis* se volvieron con el flaco despojo a su Capitán, que lo tuvo en tanto como si fueran

las riquezas de Salomón; y algunos soldados del Capitán Bautista, no pareciéndoles bien este hecho, lo murmuraron y trataron de suerte que viniese a noticia de su Capitán para que con tiempo se apercibiese, pues estaba claro que Jerónimo Hortal había de procurar haber y tomar venganza de su enemigo, y aun no faltó quien le dijo que debía asegurarse de todo punto, prendiendo a Jerónimo Hortal y a sus amigos y ponerlos en parte donde aunque quisiesen no pudiesen tomar armas contra ellos. El Capitán Bautista y algunos amigos suyos se rieron de esas sus razones o avisos que sus soldados le daban, diciendo lo poco que podía hacer Jerónimo Hortal con tan pocos soldados como tenía y eso desavenidos; y menospreciando así los avisos que le daban como el temor que debia tener a su enemigo cesó la plática, como cosa que no podía haber efecto lo que los soldados trataban o decían que haría Jerónimo Hortal para satisfacerse; Nieto y sus compañeros luego dieron aviso a su Gobernador de la injuria que se les había hecho debajo de amistad, la cual cada soldado de los que con Jerónimo Hortal estaban tomó por suya propia, con presupuesto de vengarla como si a cada uno en particular se hubiera hecho, y casi alcanzaron a saber el menosprecio y poco caso que de ellos hacían Bautista y su gente, que les puso espuelas para mejor procurar y haber venganza. Antonio Sedeño que todavía se estaba en Puerto Rico envió otra carabela con ciento y cincuenta hombres y treinta caballos y por Capitán de ella a un Vega, los cuales a la sazón de lo que habemos dicho de paso dieron al través en el puerto de Maracapana sin que peligrasen ni perdiesen cosa alguna del casco del navío. La llegada de esta gente del Capitán Vega a Maracapana y su infortunio, vino luego a noticia de Jerónimo Hortal, porque como se ha dicho, desde Neverí donde Hortal estaba ranchado hasta el puerto de Maracapana no había más de dos leguas. Parecióle al Gobernador Jerónimo Hortal y al Capitán Agustín Delgado y al Capitán Nieto y a otros amigos suyos que pues

esta gente que con Vega había llegado a Maracapana, y la del Capitán Bautista era toda una que debían empezar a satisfacer su injuria en los recién llegados pues estarían más descuidados; esto pareció bien a todos y sin detenerse punto, con esas pocas armas que tenían se partieron para Maracapana y llegando el cuarto del alba al lugar donde el Capitán Vega y su gente estaban alojados, dieron en ellos sin ser sentidos por estar las velas durmiendo y sin haber entre toda la gente de Vega hombre que tomase las armas, excepto un clérigo que consigo tenían que procuró defenderse lo que pudo, y como era uno solo cansóse presto, los demás entendiendo por el tumulto y ruido que hacían los que los prendieron que era mucha más copia de gente, temiendo ser muertos o maltratados se dejaron prender y despojar de todo lo que tenían, lo cual hicieron tan cumplidamente los soldados y gente de Jerónimo Hortal que ni aun cuchillo de escribanías con que cortar la comida les dejaron ni otra cosa de que se pudiesen aprovechar, y sin hacerles otro ningún mal tratamiento, porque ni hirieron ni mataron a ninguno, se volvieron el propio día a su alojamiento de Neverí a dar orden en lo que debían hacer, trayendo consigo todos los caballos que el Capitán Vega y su gente habían traído de Puerto Rico.

CAPITULO V

En el cual se escribe como Jerónimo Hortal con la gente que tenia y alguna que se llegó de la del Capitán Vega, fué a dar sobre la del Capitán Bautista y lo prendió y desbarató y se vengó de la injuria que le había hecho.

Vuelto Jerónimo Hortal con su despojo a su alojamiento de Neveri, luego comenzó a tratar la orden que se debía tener para ir a dar en el Capitán Bautista y su gente y desbaratarlos, y hacer de ellos entera venganza de su injuria, y porque en el interin que se determinaban y aprestaban no tuviese aviso Bautista de lo sucedido al Capitán Vega y a su gente, puso guardas y cen-

tinelas en los caminos por donde forzosamente habían de pasar los que fuesen a dar el mandado, de tal manera que ni los del un Capitán podían ir a donde los otros estaban ni por el contrario sin ser tomados o sentidos, si no fuese por descuido o negligencia de las guardas, los cuales lo hicieron tan bien que, en unos pocos días que estuvieron guardando el pasaje de los caminos, prendieron casi treinta hombres de los del Capitán Vega que iban a dar mandado al Capitán Bautista, los cuales por ir desarmados y no ser prácticos en las cosas de aquella tiera eran fáciles de prender. Jerónimo Hortal se aprestó y aderezó lo más breve que pudo, y repartió los caballos que había tomado entre los que le pareció que los sabían mandar, y dando comisión de su Capitán General Agustín Delgado, se partió para el señorío de la india casica donde el Capitán Bautista estaba y halló en el camino las centinelas que había puesto con la presa que habían tomado de soldados, a los cuales persuadió y sujetó que les siguiesen en aquella jornada que iba hacer y serían bien remunerados, y si no quisiesen hacerlo de su voluntad se volviesen a la costa; los más de los presos se holgaron de seguir a Jerónimo Hortal, viendo cuan favorable se les mostraba la fortuna, y así con estos como con otros soldados que andaban esparcidos por aquellas poblaciones de indios, juntó el Gobernador Hortal pocos más de cincuenta hombres y con ellos, marchando por jornadas apresuradas, llegó cerca del alojamiento del Capitán Bautista y dando en él de noche lo halló casi despoblado, que no había más de veinte hombres, que los demás con su Capitán habían ido la tierra adentro a buscar comida; prendieron a éstos sin resistencia por ser tan pocos y saquearon todo lo que en el alojamiento había, y tomando noticia de la derrota que Bautista y los demás habían llevado, luego, en amaneciendo, se partieron con todo cuidado y diligencia porque al tiempo que vieron el alojamiento de Bautista se había huído o escapado un negro esclavo e iba delante de ellos a dar mandado a su Capitán; y por ver

si podían alcanzar este esclavo, como porque Bautista no tuviese lugar de recoger su gente si la traían esparcida, caminaban todo lo que les era posible y así llegaron a un pueblo de un indio o Principal, cristiano y ladino, donde creyeron estar el Capitán Bautista, en el cual no hallaron más de solamente dos soldados que allí habían quedado, en guarda de cierta comida que el Capitán Bautista dejó, y al negro esclavo que había salido a dar el mandado, a los cuales prendieron y de ellos supieron cómo su Capitán con la demás gente estaba tres jornadas de allí y que lo esperaban en breve; a esta sazón llegó a este pueblo, el Cacique o Señor del llamado Diego, que había ido con el Capitán Bautista y venía a ver a su mujer que lo había enviado a llamar, el cual dió noticia a Jerónimo Hortal de cómo el Capitán Bautista quedaba en donde los soldados habían dicho, y que en volviendo él luego vendrían Bautista y su gente; díjole Hortal al Principal cómo venía a prender a Bautista, el cual mostró alegrarse de ello, por haber recibido algunas pesadumbres de él y de sus soldados, y de allí a dos días, por tener ya su mujer a quien había venido a visitar buena, dijo a Jerónimo Hortal cómo se quería volver a donde Bautista estaba. El Gobernador le dijo e instruyó en todo lo que había de hacer y decir, de forma que no se entendiese su estada allí, con protestación de si lo hacía así galardonarle y si por el contrario hacerle grandes daños; el indio se partió, diciendo que haría todo lo que le era mandado, y que de allí a dos días sería allí la gente de Bautista, al cabo de los cuales el Gobernador mandó a poner atalayas en parte cómoda que pudiesen ver y señorear el camino de mucha distancia, las cuales dieron nueva, al tiempo que el indio dijo que vendrían, de cómo aparecía gente o bajaba por una pequeña sierra que cerca de allí estaba o se hacía; el Capitán Alderete era hombre experimentado en el arte militar conforme a la usanza que entre gente española se acostumbra y por reconocer por el orden que traían si habían sido avisados o no, pues estaba cierto que si tenían aviso, que ha-

bían de venir en ordenanza y si no como solían; subió en lo alto de un bohío o casa de aquel pueblo, y vió que bajando la gente a lo llano de la cuesta por do descendían, se juntaban y represaban, que lo tuvo por señal de ordenar su escuadrón, y la ocasión de esto fué que al pié de aquella cuesta hallaron el clérigo del Capitán Vega que les iba a dar mandado y aviso del suceso de su Capitán y gente, el cual clérigo había ido por diferente camino del que la gente de Jerónimo Horta había llevado, y así no supo dar razón de adonde estaban, mas antes descuidó y aseguró, sin saber lo que se hacía, al Capitán Bautista, diciendo que quedaban muy atrás sus contrarios y que por mucha prisa que se diesen no se verían en tres días; los soldados de Batista, sabido el sueeso y despojo de sus compañeros, comenzaron a blasonar y a mofar de los contrarios, tratando contra ellos los vituperios que les pareció como gente que estaba segura de no verse con ellos tan presto, y ya que se viesen los tenían en tan poco, que no pensaban usar de armas contra ellos y así con el desorden que antes traían, prosiguieron su camino hacia el pueblo donde estaba Jerónimo Hortal con su gente puesta a punto y emboscada para dar a sus contrarios; reconoció Alderete el desorden que traían y así lo tuvo en poco, y dijo, que gente tan desbaratada como aquella venía, sin sangre se vencía. Es de saber que por delante de este pueblo, hacia la parte do venía el Capitán Bautista y su gente, había una ceja pequeña de robledal que era lo que cubría el pueblo, que los que de aquella banda venían, no lo podían ver hasta estar en él y así no podía la gente de Bautista divisar ni saber si había gente en aquel pueblo o no. Dos soldados peones de los del Capitán Batista se adelantaron y entraron en una plaza que el pueblo hacía con sendas ballestas debajo del brazo, y sendas jaras en las manos, y como no vieron gente ninguna naturales del pueblo ni a los compañeros que habían dejado en guarda del maíz, comenzaron a tañer o tocar con las jaras en las ballestas, diciendo ca-

si por donaire coche coche, que en lenguaje de aquella tierra era como decir aquí no puede haber sino venados; estando con esto descuidados vieron rastro de los de a caballo, y admirándose de ello, sin poder huír fueron tomados y desarmados y puestos a recaudo. luego llegó el clérigo al pueblo, caballero en un caballo y una adarga y una lanza, salió a él Agustín Delgado, y sin hacerle mal de un recatonazo que le dió le derribó del caballo abajo y lo desarmó, y dió sus armas y caballo a otro soldado, y pareciéndoles ser ya sentidos, salieron de la emboscada y comenzaron a prender los desordenados y descuidados soldados que marchando venían; el Capitán Bautista sintió el alboroto y al primero que vió fué al Capitán Nieto, a quien él había desarmado, y enderezando sus palabras contra él, dijo a voces a Nieto, soldados matadmelo; a esta coyuntura llegó el Capitán Agustín Delgado, que con ciertos compañeros había salido por otra parte del robledal, y yéndose para el Capitán Bautista que con buen semblante le esperó para combatirse con él, le dió una lanzada en un brazo que se lo pasó y lo derribó del caballo, y allí lo prendió; los soldados que junto a Bautista venían, viendo a su Capitán caído, y teniéndolo por muerto, dieron la vuelta retirándose hacia los que atrás venían, y dándole noticia de lo sucedido a su Capitán se comenzaron a espacir más de lo que venían y a meterse por arroyos y arcabucos a esconder, y los de Jerónimo Hortal en su seguimiento, a muchos de los cuales prendían y desarmaban. Entre estos soldados de Bautista había un hombre muy robusto de cuerpo y fuerzas, y que por haber seguido la vaquería, era tenido por recio hombre de a caballo y con los demás iba en huída con su caballo, lanza y adarga, en cuyo seguimiento iba solo el Capitán Agustín Delgado, y como el vaquero se viese solo, y al Delgado tras sí, volvió las riendas a su caballo, diciendo al Capitán Delgado, mucho he deseado verme solo contigo y en esta forma; el Delgado le dijo que aquel era tiempo y lugar cómodo para efectuar

lo que quisiese, pues la ocasión les incitaba a éllo, y con esto, comenzaron a escaramucear con sus armas y caballos, en la cual escaramuza el Delgado dió al vaquero un golpe con el cuento o regatón de la lanza por no matarlo, que le derribó en el suelo y allí lo desarmó y dió el caballo y armas a uno de sus soldados que cerca venía; y unos huyendo, y otros rindiéndose, y otros siendo presos por fuerza, fué desbaratada la compañía y gente del Capitán Bautista de la forma dicha, conque él pagó su atrevida y loca demasía de que había usado con el Capitán Nieto, y sus soldados perdieron la furia y bríos conque blasonaban en ausencia de sus contrarios; de otros dos desbaratos nació un común refrán en aquella provincia que dura hasta este tiempo, y es que, como a esta gente de Sedeño les sucedió tan mal, y fueron desbaratos y rendidos de tan poca gente, quedaron infamados, no sólo de mal afortunados pero de cobardes, apocados y avichilados, por lo cual, cuando de ahí adelante se hallaba un soldado, que, o por serle contraria la fortuna o por ser él para poco y de poco ánimo, le sucedían mal sus negocios, se decía de él: es un pecador de los de Sedeño; y hoy en día como he dicho, se dice a los tales.

CAPITULO VI

Cómo Jerónimo Hortal despidiendo al Capitán Bautista y a los que eran de su opinión, se metió con los que lo quisieron seguir la tierra adentro en demanda de Meta; y cómo fué muerto Agustín Delgado de un flechazo.

Habida esta victoria, Jerónimo Hortal se recogió con todos los prisioneros, y despojó al pueblo del Principal Diego, y poniendo la guarda que era razón en los vencidos, descansó aquella noche con demasiado contento, por estar bastantemente satisfecho de su injuria; algunos soldados de los de Bautista, que en el conflicto de la batalla se habían escondido en arroyos y arcabucos cercanos, por gozar de la clemencia y misericordia se vinieron de su voluntad a pre-

sentar ante Jerónimo Hortal. De toda la gente de Bautista solamente escaparon hasta veinte hombres, que en caballos, huyendo, se fueron a la costa donde estaba la gente del Capitán Vega, y aunque Jerónimo Hortal envió tras ellos para los prender y haber cumplida victoria, porque no hubiese quien contra él se rehiciese, pero no pudieron ser habidos ni alcanzados.

Otro día siguiente el Gobernador juntó toda la gente del Capitán Bautista, y dándoles noticia de la jornada y derrota que pensaba seguir la tierra adentro, les dijo que a todos los que con él quisiesen ir les volvería todas sus armas y caballos y lo demás que se les hubiese tomado, y que serían galardonados tan por entero en la tierra que descubriesen y poblasen como los demás que siempre le habían seguido, y que los que se quisiesen volver a la costa, que él les daría licencia para ello, pero que no les pensaba volver cosa alguna de lo que se les había tomado; todos los más de los soldados de Bautista se declararon y ofrecieron de ir con Jerónimo Hortal, y los demás, con su Capitán Bautista fueron despedidos y enviados desnudos y despojados y con sendas varas en las manos a guisa de rendidos. Hallóse Jerónimo Hortal con más de ciento y cincuenta hombres, a los cuales declaró particularmente su intención, y les dijo cómo quería ir por tierra y proseguir su jornada e ir en demanda de Meta, pues Dios había sido servido de darle tan buen aparejo de gente y armas; los capitanes y soldados todos vinieron en ello y desde luego se pusieron a punto de caminar, y comenzaron a entrar la tierra adentro, marchando siempre casi al poniente; pasados algunos días de camino sin sucederles cosa notable, llegaron a una población rala y algo llana, donde los moradores, de temor nunca esperaron; entraron los soldados en ella y buscaron si había que pillar, y no hallaron más que comida enterrada en algunas vasijas debajo de la tierra, y alojóse el Gobernador en la mejor parte que les pareció; pasados pocos días que en esta población estaban descansando,

bajó un indio por una loma o cuchilla abajo hacia el real, con un arco y flechas en la mano, hallóse más a punto de salir a tomar a aquel indio el Capitán Delgado, por tener su caballo ensillado, lo cual siempre él tenía de costumbre andando en tierra de guerra, y cabalgando salió a tomar el indio, el cual sin hacer ninguna manera de defensa ni resistencia se vino con el Capitán Delgado, que delante de sí lo traía sin haberle quitado las armas por ver su mansedumbre; viniendo marchando el Capitán Delgado, con su indio delante de sí, asomó otro indio de la misma provincia por la loma por donde el indio ya dicho había bajado, y caminando hacia el real de los cristianos venía dando muy grandes voces en su lengua, hablando con el indio que Delgado traía delante de sí y diciéndole que donde se sufría que un hombre se dejase prender de otro hombre y llevar cautivo a miserable servidumbre que harto mejor le fuera defendiéndose, morir, que como cobarde dejarse prender del que lo llevaba; que estuviese cierto que si de la prisión en que iba escapaba y venía entre sus deudos y naturales, que todos le habían de consumir la vida con la más cruel muerte que pudiesen inventar; indignado con estas voces el indio preso, puso una de las flechas que llevaba en el arco, y en alzando y apuntando, se volvió para Agustín Delgado a disparar en él la flecha; el Delgado puso las piernas al caballo que estaba amaestrado en aquello, porque era usanza de los que hacían esclavos, en yendo en alcance de algún indio y llegando cerca, repararse el caballo para tomarlo de los cabellos, sin hacerles mal ninguno; esta maestría redundó en daño del Agustín Delgado, porque como el caballo se reparó, el indio embebió la flecha en el arco y apuntó al rostro del jinete, el cual, se adargó con la rodela, y viéndolo el indio adargado acometió a tirar la flecha al pecho del caballo, acudió allí el Capitán Delgado a cubrir con la adarga; el indio viendo el rostro descubierto, tornó a subir al arco y disparando con toda presteza e ímpetu dió con la flecha al

Capitán Delgado entre los ojos, o entre las cejas, que le llegó a la tela de los sesos; la herida fué mortal y así la sintió como tal, y después de haberse confesado murió aquel propio día. En la noche, el indio que lo hirió y el que se lo aconsejó, pagaron el daño con las vidas, que con muchas heridas que les dieron, les fueron allí quitadas. Sintió Jerónimo Hortal mucho la muerte de este Capitán porque además de ser tan buen Capitán y soldado como se ha dicho, era gran parte para que al Gobernados se le tuviese el respeto y acatamiento que era razón, y que todos lo obedeciesen, y también, para que Jerónimo Hortal tratase con los soldados y capitanes afable y generosamente, todo lo cual se perdió con su muerte; y comenzaron los soldados y capitanes a menospreciar a su Gobernador y tenerlo en poco, lo que fué causa de grandes tumultos como adelante se verá.

CAPITULO VII

Cómo los españoles que con Jerónimo Hortal iban se amotinaron por inducimiento de Escalante, y lo descompusieron del cargo de Gobernador y lo enviaron a la costa; y nombraron ciertos Diputados que los gobernasen.

De este pueblo se partió Jerónimo Hortal con harta tristeza, por la muerte de su Capitán Delgado que le hacía mucha falta, y caminando algunos días en demanda de su noticia de Meta, no curó hacer asiento en ninguna parte, porque se le acercaba ya el invierno, y si no era en provincia bien provista de comida no le convenía parar. Entre la demás gente que consigo llevaba era un Escalante que llevaba cargo y título de Veedor del Rey, hombre belicoso, envidioso, fascineroso y revoltoso, el cual por haber tenido ciertas mohinas y desabrimientos con el Gobernador, no sólo no se trataba [?] ni comunicaba con él, mas procuraba infamarle y desacreditarle con los soldados y capitanes, por ver si le podía derribar del trono y señorío de Gobernador; y para con buen color descubrir la intención mala y entrañas dañadas

que tenía, movió plática entre los capitanes y personas principales del campo, que no obstante que Jerónimo Hortal gobernaba tiránicamente por no tener, como no tenía, poderes suficientes para gobernar aquella gente, y usurpaba y robaba los quintos y cosas pertenecientes al Rey, lo cual, no sólo a él como Veedor, pero a todos los del campo, les era dado demandar cuenta de las cosas que pertenecían a su Rey y Señor, además que era tan pesado y molesto a los naturales por do pasaban, que secretamente les robaba todas las riquezas que tenían y se alzaba y quedaba con ellas, lo cual todo era obra de la maldad que contra su Rey se cometía, como está referido, en no acudirle con los quintos de todo lo que a los indios tomaba o ellos le daban, pertenecía así a capitanes como a soldados, pues todos lo trabajaban; y que solamente para atajar tan grande maldad y tan en perjuicio de todos, él no pretendía ni quería más de que se le diese un acompañado a Jerónimo Hortal para en sólo aquellos negocios del oro. Con estas y otras pláticas y persuaciones, procuraba Escalante indignar y provocar a los capitanes y soldados contra su Gobernador, lo cual fuera poca parte, si el propio Jerónimo Hortal no se echara a perder con una ley u ordenanza que hizo, aunque principalmente la indignación y conspiración de este Veedor que fué después y el todo de su daño y mala ordenanza era que porque la gente siempre se rancheaba entre poblaciones de enemigos, los cuales suelen en tiempo más seguros, tomar las armas y venir sobre los españoles, y había algunos soldados tan descuidados que en rancheándose o alojándose, luego soltaban los caballos en que habían de pelear, y cuando con la repentina necesidad eran menester, no fácilmente los podían haber; que cualquier soldado que por tres veces le fuese hallado suelto su caballo, se lo quitasen y diesen a otro para que usase de él en la guerra, y con esta ordenanza y con el continuo ahinco que Escalante llevaba en mover los ánimos de los capitanes y soldados contra su

Gobernador, entró el invierno, y se fueron a alojar a un pueblo llamado Timevirón, donde de nuevo y con más ahinco que solía, perseveraba Escalante en su mal propósito. Los capitanes Alderete y Nieto aunque eran muy grandes amigos del Gobernador, y se presumía que antes le favorecerían, que le serían contrarios, cada uno de ellos pretendiendo ser el acompañado, dieron buena esperanza al Veedor en lo que pretendía y urdía. Estando en este pueblo dicho, un alguacil del campo, con codicia de restaurar por la ley hecha, un caballo que a él como al primer quebrantador se le había quitado, procuró prender el de otro soldado que en el campo era favorecido de particulares amigos, a lo cual, conforme a la ordenanza, había hallado suelto otras dos veces y esta era la tercera. El dueño del caballo salió al camino rogando al alguacil que le dejase su caballo, el cual, pretendiendo recuperar su daño con pérdida ajena, no curó de hacer lo que le rogaban; salió o llegó a esta sazón otro soldado, llamado Machín Donate, que después fué muerto en Muso, en el Nuevo Reino, y casi por fuerza quitó el caballo al alguacil, denostándolo y vituperándolo de aquella manera de robo. A estas contiendas salió el Maese de Campo del Gobernador, que era Alvaro de Ordaz, el cual tuvo preso a Sedeño en La Trinidad, dando voces y diciendo que eran más que descomedidos los que así trataban a los alguaciles del Rey; el Machín Donate le replicó que fuese bien hablado y no se descomidiese porque le pesaría. El Maese de Campo se fué llegando a él para prenderle, apellidando la voz del Rey; Machín echó mano a su espada y lo desvió de sí con una estocada que le tiró, la cual se embarazó en un jubón estofado de nudillo, de los de Nicaragua, que Ordaz llevaba vestido; a estas voces y tumulto ninguno salía en favor de la justicia, si no fué el propio Gobernador, que se vino con ásperas palabras contra el Machín Donate, y con la espada que en la mano traía le tiró una cuchillada, el Machín Donate le respondió de palabra que no tirase otra porque

le respondería con las mismas palabras; viendo el Gobernador el atrevimiento de este soldado y que nadie le salía a favorecer, reportóse, considerando lo que podía ser, y volvióse a su propio aposento. En yéndose de allí el Gobernador, salió Escalante con ciertos amigos suyos diciendo a voces, ¡viva el Rey! que no han de ser sus vasallos tan mal tratados como lo son de Jerónimo Hortal, sin tener poder para ello; tras de él salieron los demás conspirados con sus armas, favoreciendo las palabras y partido del Veedor, al cual luego se juntaron los Capitanes Alderete y Nieto, y haciendo entre sí un conciliábulo, privaron al Gobernador Jerónimo Hortal de su oficio y dieron el cargo de Gobernador y regir la gente a cinco principales que lo deseaban, y a Jerónimo Hortal y a su Maestre de Campo Alvaro de Ordaz, les mandaron que se fuesen a aposentar en unos bohíos o casas que, obra de un tiro de arcabuz, estaban apartados del alojamiento principal, hasta tanto que ellos acordasen y determinasen lo que sobre todo se debía hacer. Con ellos se fueron otros tres o cuatro amigos suyos, personas principales, a quienes había parecido muy mal lo que se había hecho. Los amotinados o conspirados o cabezas de este motín, no acababan de determinarse en lo que debían hacer, porque algunos eran de parecer que los matasen y otros que no, sino que los enviaran a la costa. En tanto que la cosa estaba así, indecisa, algunos amigos de Jerónimo Hortal y de Alvaro de Ordaz, que serían hasta treinta hombres, les enviaron a decir secretamente que saliesen con sus varas y que ellos se mostrarían en su favor y harían lo que conviniese, y con quitar a tres o cuatro las cabezas se asegurarían las demás; faltóle el ánimo de todo punto a Jerónimo Hortal, y nunca se determinó de hacerlo, por temor de las guardas o centinelas que entre sus aposentos y la ranchería y alojamiento de los conspirados estaban.

Los diputados en el gobierno de aquella gente, temiéndose de algún secreto trato, como este lo era, abreviaron con su determinación y juntaron toda

la gente del campo, a los cuales el Escalante hizo un largo razonamiento infamando en él de tirano al Gobernador Hortal, y que usurpaba los quintos reales y el sudor de los soldados y que más servicio sería de Dios y del Rey, la administración de justicia que ellos, de su mano, pondrían, que no la violenta y tiránica que con Jerónimo Hortal tenían, y dando fin a su plática, dijo, que los que fuesen de parecer que fuese despojado de la vara Jerónimo Hortal y enviado a la costa, lo dijese ante un escribano que allí tenía. Estando o habiendo concluído esta plática Escalante, un soldado llamado Francisco Martín, que por atalaya tenían puesto sobre un árbol para ver si venían indios, dijo a voces que le diesen por testimonio cómo él no era de opinión que le quitasen el cargo al Gobernador ni lo enviasen a la costa; el Escalante, oyendo el atrevimiento con que el soldado había hablado y temiéndose de allí no tomasen osadía otros para decir lo mismo, mandó que le tirasen una jara y lo matasen, lo cual, aunque no se hizo, puso tanto temor en los que querían o pensaban declararse por el Gobernador, que no osaron y así pasaron todos por lo que el Escalante decía, y dándole hasta ocho compañeros y tres caballos y dos machos en que llevasen la comida, lo despojaron de todo punto de su trono, así a Jerónimo Hortal como a Alvaro de Ordaz, y los enviaron a la costa.

CAPITULO VIII

Cómo los españoles de Jerónimo Hortal, siendo gobernados por sólo dos Diputados, en quienes habían resumido el Gobierno, fueron a salir al Tocuyo, tierra de Venezuela.

Despachado y partido Jerónimo Hortal para la costa, privado de su oficio por sus propios soldados, luego otro día siguiente los Diputados y cabezas del campo, pareciéndoles que el Gobierno de tan poca gente repartido entre tantas cabezas, era negocio de gran confusión y que nunca se acertaría en cosa que conviniese, pues cada uno había de pretender sustentar su pa-

recer y salir con su opinión, acordaron que la jurisdicción de los cinco Diputados se resumiese en sólo dos que tuviesen igual jurisdicción y así nombraron por capitanes y gobernadores del campo a los Capitanes Alderete y Nieto, a quienes dieron poder para regir y gobernar y castigar. A unos les parecía bien y a otros mal, mas no había ninguno que osase hablar ni descubrir lo que en el pecho tenía en contraria opinión de lo hecho; este pueblo, donde todas estas cosas sucedieron, que dije llamarse Timevirón, era muy acosado y seguido de tigres, los cuales andaban tan cebados que en medio del día entraban en el real y les tomaban las piezas de servicio, por lo cual fueron constreñidos a dejar este alojamiento y buscar otro de menos perjuicio, lo cual hacían con muy gran pesadumbre por ser todavía invierno, en el cual tiempo les era tan peligroso el caminar, así por los muchos y recios aguaceros que de ordinario caían en el tiempo invernizo, como por las grandes e impetuosas avenidas que los muy pequeños arroyos traían consigo, que ponían en harto detrimento y riesgo a los caminantes; el invierno en esta tierra no sólo es variable del de España sino también del de otras partes de las Indias, y es invierno desde mayo hasta octubre y verano por el contrario, desde noviembre hasta abril. Salieron del alojamiento y población dicha, y caminando en pocos días llegaron a otro pueblo de mucha comida, aunque toda estaba verde, por lo cual y porque sus dueños no la viniesen a coger, los capitanes pusieron en las labranzas algunos soldados que las guardasen; luego que a este pueblo llegaron cayó enfermo de muy repentino y no sabido mal, el mollidor del motín, Escalante, el cual así como en la vida estuvo obstinado en mal hacer, así lo estuvo en mal morir, porque aunque fué persuadido a que se confesase e hiciese lo que era obligado como cristiano, jamás lo quiso hacer y así murió dejando mal opinión de sí; aun se tuvo por verdadera señal de haberlo Dios inmortal castigado con esto, por el motín que urdió contra el pobre Gobernador Jerónimo Hortal.

En esta sazón, ciertos soldados, no pareciéndoles bien la manera de gobernar de los nuevos gobernadores, quisiéronse juntar para irse a la costa, coligiendo de lo que veían que había de parar en mal la jornada; fueron descubiertos y hechas las averiguaciones por los Jueces o Diputados, al que inventó o concertó la ida le cortaron un pié; usaron de esta benevolencia por no caer en opinión de severos. Pasado el invierno, prosiguieron su jornada en demanda de Meta. Caminaron algunos días sin sucederles cosa notable, al cabo de los cuales llegaron a una abra que la cordillera hacía, de la cual salía un pequeño río; marcharon por él arriba, que iba poblado, y andando los soldados rancheando lo que hallaban por las casas de los indios, hallaron algunos clavos de herrar y otras cosas de españoles que les puso grande admiración, por parecerles que no era posible haber llegado por allí españoles, ni haberlos tan cerca que pudiesen haber de ellos los indios aquellas cosas. Con esta confusión no dejaron de marchar hasta llegar a la abra o valle que la sierra hacía de donde el río salía; llegados a este valle, entre ciertos soldados iba cierta pendencia y pasión de que se amohino o desagradó un Perdomo, y pidiendo licencia para volverse a la costa con veinte compañeros, se la dieron, y porque a los demás no se les antojase hacer lo mismo, pusieron pena de cien azotes los capitanes a cualquier otro soldado, que sin su licencia se fuese; ya que el Perdomo y sus compañeros habían salido de la ranchería, antojose a un ignorante soldado irse tras ellos y viéndolo los capitanes y sabiendo de él el propósito que llevaba, por poner pavor a los demás, ejecutaron en éste la pena por mano de un esclavo, y después de azotado le dieron licencia para que se fuese; este Perdomo es el que cuando se perdió el bergantín de los de Alonso de Herrera a la salida del río de Uria-Paria se echó a nado, en alcance de los que iban navegando. Prosiguió al campo su viaje y pasando la abra dieron en otro valle más llano y apacible; atravesaban dos ríos el uno turbio y el otro claro, entre los cuales

se ranchearon y desde allí por ser la tierra poblada salían los soldados a hacer correrías y a recoger lo que podían; entre otros saltos que hicieron dieron en una ranchería o recogimiento de mujeres que poseían mucho oro, lo cual habían ganado con sus cuerpos porque con aquel oficio se sustentaban y les era permitido, como a las cellencas de la Isla de Chipre a quienes los antiguos permitían que las dotes con que se habían de casar las ganasen primero con sus cuerpos, y para aquel uso tenían en la ribera de la mar un lugar señalado, donde se congregaban y las hallaban los que de ellas querían gozar; y además del oro que a estas mujeres les tomaron nunca dejaban de hallar en otras correrías y salidas que hacían algunas joyuelas de oro, y unos calabazuelos hechos de oro fino, en que los indios metían sus genitales miembros paa traerlos allí cubiertos. Caminaron algunos días por este valle y salidos de él dieron en otro muy más llano y más apacible y bien poblado, y por no tener guías ni lenguas que entendiesen la gente de aquel valle, porque los soldados no tomaban, alguna no sabían a donde estaban; habiendo salido un caudillo con gente a buscar qué ranchear, halló rastro de caballos muy fresco, dió aviso de ello a sus capitanes, los cuales luego marcharon adelante hacia donde su caudillo estaba, el cual yendo siguiendo el rastro de los caballos vió y reconoció la ranchería y alojamiento de gente española que en las provincias del Tocuyo estaba, que era el capitán Martínez con la gente de Federman; dió este caudillo aviso de lo que había visto a sus Capitanes, los cuales estando perplejos en lo que pudiere ser no sabían que determinación se tomar porque se temían no fuese Sedeño o algún juez que a pedimento de Jerónimo Hortal se hubiese dado en Santo Domingo. Al fin se determinaron de dar en ellos o entrar de mano armada y si no fuesen quien ellos pensaban, dejarlos, con esta determinación y la orden que los Capitanes dieron se entraron por el campo y alojamiento del Capitán Martínez casi sin ser sentidos, y reco-

nociendo ser gente de Venezuela no curaron de tomar armas contra ellos aunque otros dicen que no osaron; no dejó de haber algún escándalo o alboroto entre los unos y los otros, mas luego se mitigó sin sangre; dividiéronse o apartáronse, los Capitanes cada cual con su gente y alojáronse, apartados los unos de los otros, con recelo cada cual de su contrario, poniendo y teniendo vela, y centinelas entre los dos alojamientos.

CAPITULO IX

En el cual se escribe cómo los de Venezuela quitaron la gente a Nieto y Alderete y los enviaron presos a Coro.

Sosegadas ya las dos campañas de esta su primera vista y rancheadas como se ha dicho, apartados el uno del otro, ni el Capitán Martínez se fiaba de los Capitanes Alderete y Nieto ni los Capitanes Alderete y Nieto se fiaban del Capitán Martínez, y así cada cual tenía en su alojamiento y gente la guarda y vela que era razón. La sospecha del Capitán Martínez era tener por imposible haber atravesado los dos Capitanes con tan poca gente como allí de presente tenían tanta distancia de tierra y tan poblada como atrás habían dejado, y así le parecía que el haber llegado de aquella suerte a su alojamiento los dos Capitanes con hasta sesenta hombres que traían era celada, y aquellos solamente venían por espías y que atrás debía quedar algún grueso ejército con su Gobernador Jerónimo Hortal, de quien él antes había tenido noticias, y así hizo luego juntar toda su gente que a esta sazón estaba dividida en dos partes; los de Cubagua que eran los de Hortal, así mismo viendo que el Capitán Martínez juntaba toda su gente, temieron que fuese para dar sobre ellos y desarmarlos o hacerles otro agravio; algunos, aprovechándose de esto del vulgar o castellano proverbio que dice, que quien a las hechas las sospechas, estando en esta perplejidad, sin alcanzar ni saber los unos la determinación ni cogitaciones de los otros, ofrecióseles a todos de repente tomar las armas con que se confederaron y declara-

ron, y fué de esta manera: que aquel sitio donde entrambos Capitanes estaban alojados, era asiento de un pueblo y población a quien pocos días antes cierta nación de indios serranos llamados Cayones, habían destruído y arruinado y muerto y ahuyentado los moradores de él; estos cayones o gente serrana viendo que en el sitio del pueblo que ellos habían destruído había gente, creyendo que los propios moradores a quienes ellos poco antes habían destruido y ahuyentado se habían vuelto a rehacer y reformar en su propio pueblo, y en menosprecio suyo, tomaron las armas para tornar a dar en ellos y destruirlos de todo punto, y para que no fuesen sentidos ni vistos abrieron camino diferente por una montaña espesa por donde no se presumía que pudiese caminar gente, y llegando de repente al pueblo que ellos habían destruido donde los dos Capitanes estaban alojados, les forzaron a todos a tomar las armas para defenderse, los cuales salieron tan conformes a dar en los indios cayones que, aunque el número de los indios era en muy gran cantidad y sus armas harto perjudiciales, fueron en breve desbaratados y ahuyentados y muchos de ellos muertos. Con esta victoria se volvieron casi juntos y en conformidad los españoles, soldados y Capitanes, donde declarándose y hablándose más particularmente los unos a los otros perdieron del todo las sospechas que antes tenían y según algunos me contaron, el Capitán Martínez sabida la manera como aquellos Capitanes Nieto y Alderete se habían apoderado de aquella gente que consigo traían y despojado a Jerónimo Hortal de su Gobierno, tomó la gente en sí y aprisionó a los Capitanes y algunos soldados que le parecieron algo belicosos o fascinerosos y tomándoles el oro y otras riquezas que traían los envió presos con un Capitán Beteta y con ciertos amigos y personas de confianza a la ciudad de Coro donde a la sazón estaba su general Federman, a donde llegados y sabida la ocasión de su prisión, a los Capitanes Nieto y Alderete con los más culpados envió Federman a Santo Domingo, y algu-

nos dejó allí en Coro y él se partió luego para las provincias de Barquisimeto y el Tocuyo donde estaba esperando el Capitán Martínez con toda la gente de entrambos campos para proseguir su jornada, y según la noticia que los propios de Alderete y Nieto dan, dicen que a sus Capitanes Alderete y Nieto nunca osó prenderlos el Capitán Martínez, aunque tenía pujanza y aparejo para ello, mas de como supo el modo y suceso de todo lo acaecido y hecho con Jerónimo Hortal y en toda la jornada de los de Cubagua, dió aviso de ello a su Capitán General Federman, a Coro, el cual como lo supo, se partió incontinenti, que había setenta leguas de allí a donde estaba su gente, y llegado que fué a su alojamiento, supo más por extenso todo lo sucedido, y llamando a los Capitanes Nieto y Alderete, les persuadió a que, con los que les quisiesen seguir se fuesen a la costa y que con esta manera de comedimiento los propios Capitanes, de su voluntad dejaron la gente, y con algunos amigos suyos se fueron a Coro; que sea de la una o de la otra manera, ellos fueron despojados de su trono aunque no castigados conforme a su maldad, y el capitán Federman se quedó con toda la gente para proseguir su jornada de la cual en esta historia y parte se hace particular y larga relación. Por haber procedido de diferente y distinto principio que el presente adonde me remito, del fin y acabamiento de estos dos Capitanes Alderete y Nieto, no he hallado quien me diese noticias, por eso no lo digo aquí que era lugar acomodado para ello, mas proseguiré con lo sucedido a Jerónimo Hortal sumariamente hasta que murió, aunque, por hacer esto en este lugar, creo tengo de interrumpir el orden del suceso de los negocios, lo cual es imposible guardarse por ser tantos y tan varios los acaecimientos y sucesos en un mismo tiempo.

CAPITULO X

Cómo Jeronimo Hortal pasando por mucha gente de guerra, llegó a la costa donde fué seguido de la gente de Sedeño y escapándose de sus manos se embarcó en una canoa o piragua, y se fué a Cubagua y de allí a Santo Domingo donde murió.

Despojado de su trono Jerónimo Hortal, con esa poca compañía que los Diputados le dieron, se vino marchando a la costa. Maravillarse han algunos cómo los naturales por do pasaba, viéndole ir tan mal acompañado, no le mataban; a esto me parece que, como los indios de su natural son muy tímidos, y que si no es debajo de consulta muy pensada, pocas veces toman las armas, y como Jerónimo Hortal y los que con él iban nunca paraban en población alguna, no les daban lugar a los indios a que se determinasen en lo que habían de hacer; y así, caminando a priesa y pasando de noche algunos peligrosos pasos de gente belicosa, se acercó a las provincias comarcanas a la mar, donde andaba la gente de los capitanes Bautista y Vega, los cuales, por noticias que los indios les dieron, supieron cómo Jerónimo Hortal volvía; y deseando haberlo a las manos para vengarse de él, pusieron sus espías y guardas en las partes que les pareció conveniente para ello. Jerónimo Hortal, como hombre que sabía la tierra y *teraya* [?] a sus contrarios, dióse tan buena maña, que tomando por caminos ocultos se escapó de éllos y llegó a la mar donde halló una canoa en la cual al momento se embarcó; y él embarcado en ella, la gente de los capitanes, que, por haber sido avisados de su pasada adelante, venían en su seguimiento, y apartando de tierra la canoa, los dejó burlados a todos los que en su alcance vinieron, con harto deseo de haberlo a las manos; y ciertamente si lo prendieran, no dejaran de ejecutar en él todos los géneros de crueldades que pudieran, y aun les pareciera que no quedaban vengados de las injurias y daños que de él habían recibido. En esta sazón, sucedió que el

Capitán Reinoso que estaba la tierra adentro, en un pueblo de indios llamado Juabrare, como por lengua de los indios supiese que Jerónimo Hortal había pasado hacia la costa, envió un soldado portugués que con él estaba, buen peón, que se decía Pinto, para que fuese a dar aviso a los capitanes Vega y Bautista que estaban junto a la mar, de la salida de Hortal y lo prendiesen, ignorando que ellos lo supiesen; yendo pues este soldado caminando, llegó a una población llamada Cumanagoto, donde tomó para su compañía un hijo de un Principal de aquella tierra, llamado Rimarima, y pasando adelante llegó a un río que nombraban Neverí, el cual por ser caudaloso no se podía pasar si no era en canoa la cual él allí no tenía, por lo cual mandó al indio que consigo llevaba, que pasase a nado el río y de la otra banda, en cierto pueblo de indios que cerca de allí estaba, de paz obtuviese una canoa para pasar; el indio rehusó el pasaje del río, temiendo los muchos lagartos o caimanes que en él había, pero como el español le constriñese a que se echase al agua y le trajese la canoa para su pasaje, tomó el indio un machete que llevaba y púsolo en la cinta, en un cordel que llevaba atado al cuerpo a manera de pretina, y arrojóse al agua y fue nadando hasta qne hizo pié de la otra parte, y a la sazón que el indio se enhiestó [?] en el agua sobre los piés, llegó un caimán a echarle mano para comérselo, pero el indio no turbándose, a punto, con demasiado ánimo, extendió el brazo izquierdo para que en él hiciese presa el lagarto, como lo hizo, y tomando con la mano derecha el machete, le dió un recio golpe en la cabeza con que le hizo soltar la presa; y como del golpe fué el caimán herido, y vertía sangre en el agua, al olor de élla llegó otro caimán y asiéndose con el herido comenzaron a pelear en el agua el uno con el otro, por donde el indio tuvo lugar de ponerse en salvo, que fué gran ventura, porque en los que una vez hacen presa estos lagartos, pocos sueltan. Jerónimo Hortal se pasó a Cubagua y de allí a Santo Domingo a donde se quejó ante el Audiencia

real, de que la gente de Sedeño le usurpaba su Gobernación y no de lo que él les había usurpado. El Audiencia proveyó sobre ello un Juez que fué el Licenciado Frías, Fiscal de aquella Cancillería, de cuyo suceso se dirá adelante por extenso, aunque aquí, para copia de lo que voy diciendo, digo que pasó Frías a Maracapana sobre los negocios que le fueron cometidos por el Audiencia, y fué preso y desbaratado por Antonio Sedeño, de lo cual tuvo noticia el Audiencia y sobre ello y lo demás enviaron al Licenciado Castañeda, el cual vino con gente y envió un Capitán suyo la tierra adentro en seguimiento de Sedeño; volvióse el Capitán de Castañeda sin efectuar cosa alguna, aunque sacó de prisión al Licenciado Frías y a otros. El Licenciado Castañeda enojado de estos sucesos con Jerónimo Hortal porque decía que lo había engañado, aunque otros dicen que por quedarse con la Gobernación, lo prendió y lo envió a Santo Domingo, donde de nuevo se quejó del Castañeda Jerónimo Hortal. El Audiencia viendo los malos sucesos que todos sus Jueces habían, no curó de enviar otro, mas de enviar a llamar al Licenciado Castañeda que se volviese a Santo Domingo. Jerónimo Hortal estaba pobre y por no tener posible, quedóse en Santo Domingo donde le dió una enfermedad de que murió de su muerte natural; era hombre de buen cuerpo y gesto y afable en el tratar y hablar y de noble condición, sólo fué notado de hombre algo apretado y escaso con sus soldados que le deslustraba mucho las otras buenas partes que tenía, de donde era natural creo lo tengo dicho atrás, que era de Zaragoza en el Reino de Aragón. He aquí conclusa la vida e historia de Jerónimo Hortal, aunque como he dicho, en lo que toca a los sucesos de los Jueces que en este capítulo apunté, pretendo dar entera y larga relación en el siguiente Libro, donde trataré todo lo sucedido a Antonio Sedeño desde que saltó en Maracapana, hasta que murió, y después de muerto, lo acaecido a sus capitanes, como en el siguiente epítome en suma se verá.

LIBRO SEPTIMO

En el libro séptimo se dice la venida de Antonio Sedeño a Maracapana, y cómo se procuraba entretener en todas las provincias de aquella costa, por ver si podía, por alguna vía, inducir a sus soldados a que se fuesen a la Isla de La Trinidad, en el cual tiempo Jerónimo Hortal pasó a Santo Domingo a quejarse de Sedeño ante la Audiencia, porque le usurpaba su jurisdicción, a cuyo pedimento fué proveído Juez un Licenciado Frías, y yendo en cumplimiento de su comisión, fué desbaratado y preso por Antonio Sedeño y los suyos, después de lo cual, Antonio Sedeño se metió la tierra adentro en demanda de Meta, y murió en el camino. Los soldados eligieron por su Capitán a Pedro de Reinoso, el cual yendo marchando, fué alcanzado de un Capitán que en su seguimiento iba por mandado de otro Juez, que el Audiencia, sabiendo la prisión del Licenciado Frías, había enviado. Fueron conformados los dos Capitanes y el que iba en seguimiento de Sedeño se volvió a la mar con el Juez Frías y otros algunos presos. Pedro de Reinoso siguió su jornada, en el decurso de la cual se conspiraron o amotinaron ciertos de su campo contra él, por lo cual, y por otras ocasiones que se le ofrecieron, fué forzoso dar la vuelta y fue a parar, dividido su campo, a las provincias del Tocuyo y Barquisimeto, donde halló un Capitán Montalvo que le quitó la gente y así tuvieron fin los balances de Sedeño. Cuéntanse algunas propiedades y naturalezas de los indios por do anduvieron.

CAPITULO I

Cómo Antonio Sedeño pasó a Maracapana y con la gente que allí halló se metió en la tierra adentro; y cómo el Licenciado Frías, Juez proveído contra él en Santo Domingo, fue en su seguimiento con gente y Sedeño los prendió y desbarató.

Pasada la calamidad que sobre los Capitanes Vega y Bautista vino por mano de Jerónimo Hortal y los suyos, según atrás queda escrito, cuya causa fué el descomedimiento y atrevimiento del Capitán Bautista, todos los soldados y Capitanes que habían sido despojados y robados, con este título de venganza se recogieron y juntaron, para que ya que no tenían armas con que ofender ni defenderse, con la apariencia de ser muchos y estar juntos, podrían sustentarse y haber o sacar de los indios mantenimientos, hasta que viniese su Gobernador Antonio Sedeño, al cual cada día esperaban; en el cual tiempo, como atrás queda dicho, pasó Jerónimo Hortal despojado de los suyos, y poco después llegó Antonio Sedeño a Maracapana con cantidad de soldados, caballos, esclavos y otras provisiones y municiones necesarias a su jornada, y disimulando con buen ánimo la ofensa que en los suyos a él se le había hecho, comenzó a hacer algunas entradas la tierra adentro, y a tomar por esclavos indios, y vender, y usar de alguna manera de entretenimiento, ocupando el tiempo en las provincias y poblaciones de Mavyare, cuyo señor y Principal Alboligoto, en cuyas personas y haciendas los soldados usaban de todos los géneros de propiedad que podían, robando, forzando, y cautivando; con todo esto disimulaba y pasaba Antonio Sedeño, a fin de que los soldados, o hartos de estar allí o con temor de los indios, condescendiesen con su voluntad, la cual ellos entendían bien, que era irse con toda la gente a la Isla de La Trinidad a poblarla y pacificarla, por tenerla él por Gobernación; el cual propósito, siempre, desde que comenzó a juntar esta gente, había tenido Antonio Sedeño, como en otra parte queda referido, y viendo que ningún ardid ni cau-

tela ni buen comedimiento ni inducimiento bastaba a mover a los soldados a que dejasen aquella tierra y se fuesen con él a La Trinidad, despidiendo del todo ésta su esperanza, con el mejor orden que pudo se metió la tierra adentro, obra de sesenta leguas, comenzando ya a proseguir su derrota en demanda de los nacimientos de Meta, que era la noticia que en Puerto Rico le había dado la india esclava y la que la gente de Hortal llevaba; en este tiempo, llegó a la Isla de Cubagua el Licenciado Frías con las comisiones que el Audiencia le había dado, para entender en los negocios de entre Jerónimo Hortal y Antonio Sedeño, y hacer sobre ello lo que fuere justicia y le pareciese. Tuvo noticia en esta isla de cómo Antonio Sedeño se había entrado la tierra adentro, y pareciéndole que solo no era parte para pasar seguro por las poblaciones que en el camino había, juntó ochenta hombres y pasando con ellos a la costa de Tierra Firme, nombró por su Capitán a un caballero llamado Don Diego de Sandoval y comenzó a marchar por la derrota que Antonio Sedeño había llevado, y llegando a la provincia de Cumanagoto, un señor o Cacique de aquella tierra, queriendo saber el viaje que el Licenciado Frías y los suyos llevaban, le preguntó al propio Licenciado que adonde iban con aquella gente, el cual, dándole a entender su jornada, respondió cómo iba a prender a Sedeño y traerlo en ciertas cadenas que le mostró. El bárbaro replicó, diciendo: pues con qué has de prender a Sedeño? El Juez, mostrándole las armas que llevaba que era la vara de la justicia, le dijo, que con aquella vara; el Principal, casi como haciendo burla de lo que el Licenciado Frías le había dicho, y conociendo los bríos y aun los pensamientos de Sedeño y su gente, se rió y le dijo: muy necio vas, mal conoces a Sedeño y sus soldados, que tienen las lanzas muy largas y los corazones muy grandes; entiendo que te han de descalabrar porque son hombres muy valientes; rióse el Licenciado Frías de lo que el Principal le decía, no considerando que la ambición de mandar hace perder la

lealtad, y pareciéndole que a la vara y voz del Rey, como era razón, no habría lanza enhiesta, y así con esta confianza y con más descuido del que era razón, pasó adelante en seguimiento y busca de Antonio Sedeño, al cual halló rancheado y alojado de la otra banda de un río crecido que está entre el Cejo y Canima. Aquel día no pudo el Licenciado Frías pasar adelante con su gente, por serles estorbo e impedimento la creciente del río que por delante tenía y alojóse en una vega que el río en aquel lugar hacía. Sedeño, o por conjeturas o por aviso de los indios, supo el efecto de la ida de aquella gente que en su seguimiento y alcance iba, y aunque ignoraba quién fuese el Juez, y como él estaba muy bien quisto con los suyos, con pocas persuasiones los convenció, que no obedeciesen ningún Juez que sobre ellos viniese, pues los había de despojar de lo que tenían, y por ventura hacerles otras molestias y malos tratamientos; y usando de presteza en su determinación, como hombres que sabían mejor aquella tierra y los vados de aquel río, que los que en su busca iban, aquella propia noche pasaron los más de ellos, casi a nado, a la otra parte del río donde estaba alojado y aun descuidado el Licenciado Frías con su gente; dieron en ellos los de Sedeño, y desarmándolos y despojándolos de cuanto llevaban prendieron al Licenciado Frías y a su Capitán Sandoval y alguacil y escribano, y a otros cuatro o cinco hombres principales, con los cuales, usando de todo género de descomedimientos, afrentando y maltratando sus personas de palabra y obra, que si no fué dejarles con la vida otra cortesía no les hicieron, la cual tuvieran ellos por mejor perder que padecer lo que padecieron por mano de estos. A todos los demás soldados que con el Licenciado Frías habían ido los despojaron de todos los vestidos que sobre sí traían, y desnudos en carnes con bordones en las manos los enviaron por do habían venido, para que se volviesen a la costa, crueldad cierto más que de tiranos, pues con los de su propia nación se hubieron tan rigurosa y cruelmente.

CAPITULO II

En el cual se escriben algunas costumbres y ceremonias de los indios y naturales de Cumaná y Cubagua, y de otras provincias a éstas sufragáneas.

Porque me voy apartando de la costa de la mar, y podría ser tan presto no volver a ella, si alguna forzosa ocasión a ello no me constriñere, quiero aquí hacer una digresión de las costumbres y usanzas de los indios de estas provincias de Maracapana y Cubagua, aunque no será tan cumplida como yo quisiera, a causa de que los que en aquel tiempo andaban por ellas, más curiosidad y diligencia ponían en cómo se habían de aprovechar de las haciendas y personas de aquellos naturales, que en enmendar y reparar sus costumbres, y también porque cuanto duraron que no se acabaron de destruír aquellas provincias tanto tiempo, y no más hubo españoles en ellas, y así no puede haber en lo tocante a las naturalezas de estos indios la claridad que en otras provincias que se han conservado y sustentado hasta nuestros tiempos, de alguna de las cuales se verán hartas cosas de notar, escudriñadas con curiosidad y agudeza, para admiración nuestra. Estas dos provincias que arriba nombré de Cubagua y Maracapana, encierran en sí otras muchas de diferentes nombres, como son Cumanagoto, Chacopata, Píritu, Paragoto, Chaigoto, Cherigoto y otras muchas poblaciones que por no ser molesto no digo, en las cuales era tanto el número de los naturales y poblaciones, que afirman los que en su prosperidad los vieron, que había en ellas innumerables naturales; de estas gentes algunas había que ya no podemos decir que haya quien comiese carne humana, por venganza, o rito, o grandeza de alguna victoria que habían habido, y no la comían de todo género de indios, sino de algún señor y Principal que en la guerra acertaban a prender, como por experiencia lo vió la gente de Jerónimo Hortal, cuando habiendo ido con ciertos indios del señor Guaramental a sa-

quear un pueblo de unos contrarios y vecinos suyos, en el saqueo hubieron los indios un Principal, al cual trajeron ante su Cacique o señor, y después de haber dicho ciertos razonamientos en su lengua al preso y ciertas ceremonias que acostumbraban hacer, los indios más principales se llegaban a él y vivo como estaba le iban cortando los miembros y otros pedazos de su cuerpo, hasta que con aquel tormento lo mataron, y sacándole la asadura, envijadas las bocas por mayor grandeza la repartieron entre ellos y se la comieron; en sólo este acto y ceremonia, suelen comer estos indios y otros de esta provincia, esta parte del cuerpo humano, y no otra ninguna. Otra parcialidad de las propias provincias como eran los de Cherigoto y Paragoto y Pitagotaro, la comen por vicio, pudiéadose pasar sin ella por ser gente muy proveída de todo genero de comidas, así de carnes monteses como de pesquerías y mantenimientos de la tierra, y todo genero de aves; tenían por costumbre de hacerse muy grandes convites los unos a los otros, que comunmente entre españoles llaman borracheras, hacían en ellos muy grandes gastos; dábanse entre ellos muy grandes dádivas y presentes, conforme al posible que cada uno tenía; usaban de médicos que los curasen, a los cuales llamaban Piaches; era de costumbre y ley guardada entre ellos que el médico había de dar sano al enfermo que entre manos tomaba y se le pagaba muy bien su trabajo, donde nó si el enfermo moría, el médico pagaba con la vida, costumbre por cierto, que si entre nosotros se guardara, yo fío que hubiera cesado la medicina por no obligarse ni sujetarse los médicos a tanto como ésto, y aun por ventura hubiera habido menos inconvenientes y aun menos enfermedades, según la opinión de algunos, porque a las veces, algunos desordenados regimientos que los médicos dan, son causa de mayores enfermedades; estos médicos o piaches tenían su particular trato y pacto con el demonio. Un hombre que yo conocí, que andaba por estas provincias mucho tiempo, me certificó que estando él escon-

dido en un bohío, sin ser visto del médico o piache, entró este ministro a hablar con el demonio, a quien él no pudo ver, y que los oyó hablar el uno con el otro, en lengua de indios y de pájaros y en otras formas y maneras que él no pudo entender; otros muchos ha habido que me han certificado haber visto a los mohanes o jeques de los indios hablar con el demonio, a quien ellos jamás han podido ver, mas de oirle hablar con los jeques, y por esto me parece que se puede dar algún crédito a lo demás; y acostumbraban los señores de aquellas provincias dar a los Capitanes españoles presentes de oro, y esclavos que habían en las guerras que con otros sus comarcanos tenían y si los españoles o Capitanes no querían recibir los presentes que les daban, enojábanse muy de veras con ellos y decían que se declarasen por sus enemigos, mas yo sé cierto que pocos había de no querer recibir las dádivas de los indios. El número de mujeres que cada Cacique tenía no me lo supieron decir, mas de cada uno tenía muchas y entre aquellas una más principal, a quien todas las demás respetaban y obedecían. A los señores que son superiores y más principales en las provincias, se les hacía guardia cada noche, en sus propicios cercados, que eran muy suntuosos y grandes, y hechos de grandes árboles, con cuatro puertas en cada cuadra, la suya de la forma y hechura que el cercado de Guaramental que en el libro pasado tratamos, y con las mismas provisiones y despensas; la guardia se hacía con seiscientos indios de guerra, que los trescientos velaban la media noche y los otros trescientos la otra media, y esto usaban los indios especialmente cuando andaban españoles en sus provincias. El Capitán a quien le cabía la vela, si hacía falta en ello, pagaba con la vida y sus hijos y mujer quedaban por esclavos del Cacique o señor; a los indios no se les hacía castigo alguno. Acerca del suceder o heredar de los estados, es la costumbre extraña de otras partes, porque en esta tierra los heredaban el hijo menor de la principal mujer y no el mayor ni el segundo, ni ningu-

no de los otros; y si el menor muriese antes de heredar el siguiente hijo heredaba. Tenían los señores sus sotos o coto de caza y lagunas de pesquería, y cualquier particular que en ellos entraba, a pescar o a cazar, tenía pena de muerte y sus bienes perdidos y confiscados, y sus hijos y mujeres esclavos del Cacique. Si los señores iban a algunas guerras, peleaban personalmente, teniendo por su escudo y amparo, tres o cuatro indios por entre los cuales disparaban sus flechas, y aunque sobre estos indios que estaban por escudo de su Cacique caían mucho número de flechas, no se habían de menear ni mudar, si no si allí los mataban allí se habían de estar; eran muy temidos, acatados y reverenciados los Principales y Señores de sus sugetos y aun muy amados y queridos de ellos; en los mortuorios de lo Caciques o señores se usaban los ritos y ceremonias que diré: tomaban el cuerpo del Cacique muerto y envijábanlo todo, que es darle color o untarlo con un betún colorado, de que generalmente todos los indios de las Indias usan, y componíanlo de todas las joyas de oro y cuentas que en vida tenían de más estima y valor, y asentábanlo sobre un barbacoa o cañizo que tenían o le hacían a posta, y luego le ponían fuego por debajo, templadamente, de suerte que se iba consumiendo el humor del cuerpo y no quemando, y allí lo tenían hasta que se acababa de tostar y secar muy bien, lo cual duraba algunos días, en los cuales ocurrían todos los súbditos del señor y moradores circunvecinos a dar el pésame a la madre o parientes del muerto; en el cual tiempo tenía por oficio una india vieja, de salir a la plaza o sitio donde el cuerpo del Cacique estaba secando, compuesta de ciertas sartas de corales, a manera de pretales de cascabeles, y con un paso y semblante triste, al son que los cascabeles hacían, cantaba con triste canto las proezas y valentías que en su vida hizo el muerto, unas veces sacando a vista de todos el arco con que peleaba, otras las flechas, otras la macana, otras la lanza, y así discurría por todo lo que había que sacar, no callando en sus

lamentables endechas, las fiestas, convites, y regocijos y otras cosas que a ella le parecían que eran grandeza de su señor, lo cual duraba como he dicho, el tiempo que se tardaba en consumir la humedad del cuerpo y aun la carne, hasta quedar los huesos solos; y ya que no había más que el fuego por gastar, limpiaba muy bien los huesos de la seca carnosidad que encima les quedaba y untándolos con vija, metíanlos en un cataure o cestillo y colgábanlos en la cumbrera de su bohío; para este día de esta última ceremonia, los parientes del muerto tenían aderezado muy largamente de comer y beber a su modo de todos los géneros de comida que podían haber, de los que ellos usaban, y en una plaza donde se habían hecho las antecedentes ceremonias, tendían en el suelo muy gran cantidad de tortas de casabe y sobre ellas muchas presas de venado asado en barbacoas y sentándose por en orden, los principales primero, se comía y bebía y aun se emborrachaban muy bien, y conclusa la comida concluía el llanto y tristeza, y cada cual se volvía a su casa; y si en el interín se hacían las ceremonias dichas en el Cacique, llegaba algún español y les tomaba de las joyas que el muerto tenía sobre sí, no osaban contradecírselo aunque pudiesen, antes con muy grandes riesgos se lo tornaban a comprar como si no fuera suyo y le daban por ello más de lo que valía por parecerles que iría descontento el muerto sin su hacienda y joyas.

CAPITULO III

Cómo Antonio Sedeño, prosiguiendo su jornada, marchó la tierra adentro y murió, y en su lugar fueron nombrados por los soldados, Reinoso y Lezada para el gobierno de la gente.

Acabado el desbarate del Licenciado Frías y su gente, Antonio Sedeño se quedó con el Juez y con su Capitán Sandoval y con los otros principales que tenía en prisiones, y a la demás gentuza como dije, los envió desnudos a la costa, que fué gran ventura no matarlos; a lo menos usaron con ellos los bárbaros

naturales de aquellas provincias de más vecindad que sus propios hermanos y como señores; y aun debió ser la intención de Sedeño entregar estos soldados a los indios para que los matasen, pues los enviaba de la forma dicha y sin armas.

Porque no se tuviese en Cubagua noticia de la tiranía de que había usado con el Juez que el Audiencia Real había enviado, luego se aprestó Sedeño con su gente para meterse o caminar la tierra adentro, a partes donde no lo pudiesen fácilmente hallar aunque lo buscasen, y aunque estaba tan confiado en sus Capitanes y soldados y gente que consigo llevaba, que todos morirían en su defensa y pondrían por él la vida, no quiso ponerse en semejante condición, pues podía la fortuna en un punto mover los ánimos de todos a que si viesen cerca de sí algún campo que en fuerzas y poder se les igualase, amenazándolos con la infamia de traición y tiranía, totalmente lo desampararían por conservar en sus personas esta honra de lealtad de su condición. Era tan largo y generoso Antonio Sedeño que, con la mucha y desmedida largueza que en el dar con todos generalmente usaba, no había soldado que no lo tuviese en las entrañas y le pareciese que era poco perder la vida por él, porque le aconteció, que un sólo capote con que andaba cubierto, quitárselo de encima y darlo a un soldado que con necesidad le pedía una camisa o ropa vieja para cubrir y abrigar sus carnes del frío; mas la consideración que con todo esto tuvo Sedeño no fué tan en vano como a algunos parecerá, porque aunque dádivas quebrantan peñas, la honra y el temor propio pueden mucho más que todas las dádivas, pues en nuestro tiempo pocos años ha vimos que Francisco Hernández Girón habiendo de común consentimiento de algunas repúblicas y gentes que se le llegaron en las provincias del Cuzco, tomado las armas contra su Rey y señor y usando de todas las ceguedades y franquezas que otro Capitán de su posible podía usar, sus más principales amigos temiendo perder las vidas y queriendo restaurar las honras, las

cuales les eran prometidas de parte del Rey, le negaron y desampararon cuando más próspero estaba, y así fué desbaratado y muerto. Sedeño, como hombre avisado y bien considerado, cogitaba todas las cosas referidas y así, no queriendo esperar más en aquella provincia, por no ver otra vez rostro a rostro gente del Rey, se metió la tierra adentro con propósito de buscar y descubrir las provincias de Meta, que siendo tal como se decían, no dejaría de ser perdonado del delito cometido; pero todos sus designios fueron atajados, con que después de haber caminado con su campo y gente algunos días en demanda de su noticia de Meta, permitió Dios que muriese hinchado de ciertas yerbas ponzoñosas que una esclava suya le había dado, y tan paupérrimo que, con haber poseído harta cantidad de bienes temporales, no le hallaron una sábana con que poderlo enterrar; y aunque algunos tuviesen a gran virtud esto, los que bien lo miraren, hallarán que fué prodigalidad, porque el haberse tan largamente con los soldados Sedeño, no manaba de caridad sino de ambición y codicia de mandar, para con aquella su largueza atraerlos a sí y llevarlos a tierras remotas y apartadas, donde pudiese ser señor absoluto de ellos, y esto la experiencia nos lo mostró en él propio, pues un poco de tiempo que estuvo en la isla Trinidad, en dos veces con algunos soldados se había y hubo tan rigurosa y ásperamente con ellos, que la una vez se amotinaron contra él y la otra le dieron ocasión a que se saliese de la isla por verse fuera de su mando. Murió en un valle o provincia que se decía o dijo de Tiznados, nombre puesto por los españoles a causa de que la gente de aquella provincia todos traían los rostros pintados de ciertas sajaduras que en ellos se hacían, haciéndose y sacándose alguna sangre sobre la cual ponían tizne o carbón molido y zumo de yerba mora, y quedaban las pinturas señaladas siempre. De esta manera de galanía usan algunas naciones de moros de la costa de Berbería y aun de la tierra adentro de acer-

ca. [?] Muerto Sedeño, luego los Capitanes y soldados determinaron de hacer junta y elegir cabeza o Capitán que los rigiese y gobernase. Venían entre las demás gentes dos caballeros de solar conocido que, aunque mancebos y de poca edad, sus virtudes obligaron a toda la compañía que los nombrasen por cabezas; el uno era Pedro de Reynoso, hijo del Señor de Antillo, en Castilla la Vieja, y el otro Diego de Losada, hijo del Señor de Reinegro. Al Reynoso, por ser de más edad, nombraron por su Capitán General, y a Diego de Losada, por Maestre de Campo; aceptaron los cargos, por haber sido elegidos de común consentimiento, y comenzáronlos a usar en gracia y amistad de todos, y gobernando prudentemente su campo, después de haber descansado algunos días en el lugar donde Antonio Sedeño murió, prosiguieron su jornada con propósito de dar fin a ella o perder en la demanda las vidas.

CAPITULO IV

En el cual se escribe cómo el Audiencia de Santo Domingo, teniendo noticia de lo que Sedeño hizo con el Licenciado Frías, proveyó al Licenciado Castañeda que lo siguiese y prendiese, y lo que este Licenciado Castañeda hizo en la jornada. Cuéntanse algunas costumbres de ciertos indios por do el Capitán Reynoso pasó.

En tanto que lo dicho pasó en el campo de Sedeño, los soldados del Licenciado Frías, salieron a Maracapana, y de allí pasaron a Cubagua, donde dieron noticia de lo que les había sucedido con Sedeño; la justicia de Cubagua, luego temiéndose que Sedeño con los suyos no hubiesen conspirado y viniesen sobre ellos, viniendo con cuidado, dieron luego aviso a la Audiencia Real de Santo Domingo, de lo que pasaba. Sintieron el Presidente y Oidores en el grado que era razón el agravio que a su Juez se le había hecho, y luego con toda presteza y diligencia nombraron otro Juez que fuese sobre Antonio Sedeño, que fué el Licen-

ciado Castañeda, al cual mandaron que, solamente con un escribano y un alguacil, fuese donde Sedeño estaba y lo prendiese, e hiciese justicia de los culpados, considerando que si de aquella suerte no eran obedecidas las prisiones que ellos enviaban, que debían andar fuera del servicio del Rey, Sedeño y los que le seguían; y teniendo respuesta de ello remitirlo a las armas y castigarlos como a rebeldes. El Licenciado Castañeda se fué a Cubagua y allí se informó de la derrota que Sedeño había llevado, y sabiendo que se había entrado la tierra adentro, no curó de seguirle, así por no ponerse en el riesgo que el licenciado Frías se había puesto como por no tener ni hallar la copia de gente que le parecía que era necesaria para resistir a Sedeño, si fuese menester; y así pasó a Maracapana con unos pocos soldados de donde envió en seguimiento y alcance de Sedeño, para que le notificasen las provisiones del Audiencia, a un Capitán llamado Juan de Yucar con hasta veinte compañeros, los cuales metiéndose por el rastro y camino que Sedeño y su gente habían llevado, caminando por las propias jornadas, fueron a alcanzar el campo de Sedeño, que ya era muerto, al río de Nirva que cae en la gobernación de Venezuela, entre Barquisimeto y la Valencia, donde después se descubrieron minas de oro y se pobló la Villa Rica que tuvo otros muchos nombres y mudamientos. Como al tiempo que el Capitán Juan de Yucar alcanzó esta gente, era muerto su Capitán Sedeño, nunca hubo ningún alboroto ni descomedimiento de los que hubiera, si su Capitán fuera vivo; mas los que gobernaban el campo no perdiendo nada de su punto ni jurisdicción, recibieron amigablemente al Capitán Juan de Yucar y a los que con él iban, y como además de esto, todos los soldados estaban bien en aquella sazón con el Reinoso, y deseaban pasar adelante con su demanda, no hubo ningún alboroto ni removimiento de quererse volver atrás, porque como algunos soldados estuvieran de opinión de no pasar adelante, no dejaron de tener algunas dife-

rencias, aunque sabe Dios quién llevara la peor parte, y sin pasar de allí se confederaron (*sic*) y concertaron el Juan de Yucar y Reinoso, que pues Sedeño contra quien venía era muerto, y los soldados llevaban intención de servir al Rey en aquel descubrimiento que entre manos llevaban, tenían que se volviese a la costa el Capitán Juan de Yucar con sus soldados y con el Licenciado Frías y con los demás forzados; hízolo así Juan de Yucar, que desde allí dió la vuelta, y Reinoso con su campo, se quedó en aquel propio río invernando. Vuelto el Capitán Juan de Yucar a la costa, y sabido por el Licenciado Castañeda cómo era muerto Sedeño y cómo aquella gente llevaba a cargo el Capitán Reinoso, y cuán pacíficos iban todos y cuán sin pensamiento de hacer cosa que no debiesen contra el servicio del Rey, arrepintióse por no haber él ido al negocio y juntar alguna gente y salir en seguimiento de Pedro de Reinoso, para como Juez a quien el negocio estaba cometido, tomar en sí toda la gente y hacerse Gobernador y proseguir la jornada; y porque para hacer esto le era algún impedimento Jerónimo Hortal que allí había venido con el Licenciado Castañeda, procedió contra él diciendo que había engañado al Audiencia y que había asaltado y robado los capitanes y gente de Sedeño, y con estas ocasiones lo prendió y envió a Santo Domingo; el cual yendo ante el Audiencia, hizo relación de los designios e intención del Licenciado Castañeda, los cuales sabidos por el Audiencia, luego a la hora enviaron por él y se halló, y fué quitado de sus pensamientos como en otra parte atrás dije.

Pasado el invierno, los Capitanes Reinoso y Losada comenzaron a marchar con su campo, y de allí a pocos días, una escuadra al mando de un llamado Pedro de Cáceres, que iba descubriendo delante, topó el rastro de la gente de Federman que estuvo poco antes rancheada en la provincia del Tocuyo, y sin dar parte a nadie, disimuladamente dió noticia de lo que había visto a Reinoso, el cual como no llevaba ningunos poderes de Rey más de la elección que los sol-

dados habían hecho, temióse que si encontraban con la gente del rastro, que había visto Cáceres, que sería despojado de su trono con el Maese de Campo, Diego de Losada; que apartándose de la sierra por donde iba el rastro de Federman se diese guiñada y se metiese por los llanos, y todo esto hacía el Capitán Reinoso por consejo y astucia del Pedro de Cáceres, que era hombre entremetido y entendido. Este Cáceres es un viejo tullido y enfermo a quien Lope de Aguirre, viendo que las enfermedades que tenía y la trabajosa vejez no bastaban a consumir sus días, hizo con malvadas entrañas a sus ministros que se la quitasen. Apartados de la sierra y metidos por el llano, después de haber caminado algunos días con harto trabajo y necesidad, asi por el fastidioso calor que por aquellas bajas y ahogadas tierras hay, que es grandísimo, como por las ralas poblaciones que se hallaban, llegaron a un río caudaloso que algunos quisieron decir, y así lo afirmaron, que era uno de los brazos del río Uriaparia, al cual pasaron con harto trabajo; y caminando por las tierras que por delante tenían, hallaban cantidad de gentes extrañas por la brutalidad con que vivían, bien semejantes aquellas nuevas gentes a pocas vistas y descubiertas en la Noruega, llamados pigmeos e ictiófagos, que son gentes que se sustentan y mantienen de peces y su nombre propio lo significa así, porque ni ellos tenían casas donde recogerse ni labranzas ni otro género de mantenimientos, mas de unas raíces delgadas y nudosas como raíces de cañas, las cuales secan al sol y muélenlas y hacen de ellas cierta harina y revuélvenla con harina que también hacen de pescado, y de estas dos harinas hacen ciertos bollos y puches con que se sustentan. Es tanta la abundancia que de pescado tienen estos indios, que esto les hace vivir tan ociosamente, porque en el invierno se anega casi toda la más de aquella tierra, y es tan grande la abundancia de peces que en este tiempo se cría en los anegadizos (*sic*), que cuando viene el verano, lo que toman basta a sustentarlos en la forma dicha; y es tal la

calidad y constelación de esta tierra, que algunas lagunas después de secas y consumida el agua de la haz de la tierra, cavando los indios a medio estado y más hondo, tornan a hallar agua, donde hallan y toman muchos peces, como son armadillos y anguilas muy gruesas y otros géneros de peces, cosa que ciertamente parece increíble. Tienen estos indios cantidad de unos perrillos pequeños que aúllan y no ladran, que los españoles comen y llaman «mayas»; tienen buen comer, no los desuellan sino pélanlos como lechones y hácense de ellos gustosas cenas; hacen estos indios aceite de la grasa del pescado la cual guardan para untarse el cuerpo y comer con ella mazamorras; no tienen sal de la mar, excepto de una que en muchas partes usan los indios hacer de ceniza de cogollos de palma, y es una sal que resquema y amarga, casi a manera de salitre y es muy blanca, y hacen de ella panecillos pequeños de la forma de la vasija en que los cuajan. De invierno se recoge esta gente a lugares altos que por allí cerca hay, en el cual tiempo es su abrigo unos pequeñuelos pabellenes en que apenas caben el marido y la mujer, y durante este tiempo de invierno se sustentan del matalotaje que de las harinas de pescado y raíces que dije, han podido hacer en el tiempo del verano, de lo cual entonces gastan ellos muy poco por guardarlo para el invierno, y todo lo que comen es pescado fresco. Es esta gente de cuerpos muy crecidos y morenos muy mucho por andar desnudos y al sol, que en esta parte arde y quema en gran manera; las mujeres asimismo andan desnudas, solamente las dos partes de su cuerpo más vergonzosas traían cubiertas con una pampanilla de anchor de tres dedos; usan arcos de palo y flechas y macanas, en las guerras que unos con otros traen; y aunque en los lugares altos hay muchos venados no se dan nada por ellos los indios porque no los comen, y si los matan es solamente por recreación o pasatiempo y para aprovecharse de los cueros para dormir. No se alcanzaron a saber otras particularidades acerca de los ritos y ceremo-

nias de estos indios por ir la gente tan de pasada y con deseos de pasar aquella pésima tierra antes que entrase el invierno.

CAPITULO V

En el cual se escribe cómo yendo Reinoso en seguimiento de su jornada se le amotinó la mayor parte de la gente, de suerte que vino a pelear con ella y los venció.

Pasadas estas provincias de gente y tierra tan desesperada por su esterilidad, en las cuales padeció mucho trabajo toda la gente por la falta de la comida, llegaron a otras provincias de gente que, aunque eran tan bárbaras como las de atrás, tenían casas en que vivían, y labraban y cultivaban la tierra de que se sustentaban, en donde determinaron de descansar algunos días para rehacer sus personas y jumentos de la hambre y trabajos pasados; y ya que estaban algo reformados, acordó el Capitán enviar de allí a descubrir por la derrota que llevaban soldados a la ligera, por no afligir toda la gente junta; envióse una escuadra con hasta veinte hombres, los cuales, después de haber caminado por tierra llana algunos días, con harta falta de comida por no topar poblaciones, en los cuales no comían sino era carne de venado asada sin otra ayuda de costa, llegaron a un caudaloso río que, como las gentes no estaban diestras en aquella tierra y no tenían noticias de los ríos que de las sierras bajan por aquellos llanos, no pudieron reconocer qué río fuese aquel, aunque algunos hubo que quisieron decir que era el río Marañón, mas yo, duda pongo en ello, porque de otros que han ido en demanda de algunas provincias hacia la parte del río Marañón y han caminado por tierras altas, nunca han podido llegar a verlo; pero de este río se puede piadosamente creer ser el que hoy comunmente llaman Guaviare, que tiene sus nacimientos cerca de la ciudad que llaman San Juan de los Llanos, provincia del Nuevo Reino. A la orilla o playa de este río, hallaron un indio viejo que estaba en guarda de una canoa muy grande y bien

labrada, al cual por señas le preguntaron por gente y poblaciones, y él entendiendo lo que se le preguntaba señaló y dió a entender que en una baja serranía que el río abajo se hacía, había gran número de gente, y con esto y sin cosa de comer se volvió la escuadra y los soldados por su camino a donde estaba su Capitán con la demás gente y campo, para moverse de allí en demanda de aquella serranía, y habiendo enviado adelante a Diego de Losada, Maestre de su Campo, con hasta treinta compañeros; y según en su descubrimiento lo usaban o habían usado, moviose cierta sedición o argüello (?) entre algunos Capitanes o personas principales del campo, que revestidos de una perversa envidia y deseando quitar los mandos al Capitán y Maese de Campo, decían que aquella serranía eran anegadizos y que llevarlos allí era llevarlos a la carnicería, y que de ser gobernados por mozos de poca experiencia habían de venirse a perderse, todo lo cual nacía de envidia, y pareciéndoles que si daban en alguna rica provincia, que les era a ellos cosa afrentosa recibir mercedes de aquellos caballerosmancebos; esta murmuración no fué tan corrupta que viniese a oídos de Pedro de Reinoso más de para promover a los soldados a que viniesen en lo que ellos querían hacer. Los mullidores de estas pláticas eran el Capitán Alonso Alvarez Guerrero y el Capitán Aduca y el Capitán Pedro Copete y el Capitán García de Montalvo y el Capitán y el Capitán y el Capitán (*sic*), que entre diez hombres que allí iban debían ser los cinco hombres Capitanes, los cuales la noche antes que Pedro de Reinoso se partió, convocaron y juntaron todos sus amigos con los más que a sí pudieron atraer sin hacer mal ninguno a su general ni a otra persona, tomaron todos los caballos que hubieron menester y fuéronse a dar sobre Diego de Losada que estaría tres leguas de allí, al cual hallando descuidado de semejante suceso le quitaron los caballos y armas y los que eran de su opinión, para luego que amaneciese hacer lo que

les pareciese. Pedro de Reinoso sabido y visto lo hecho por estos Capitanes y sus secuaces, juntó los amigos que con él habían quedado para tomar acuerdo en lo que debían hacer, y a todos les pareció que usando de presteza saliesen luego en su seguimiento, y si no hubiesen los Capitanes y sus secuaces desbaratado a Losada, juntarse, y así harían lo que la ocasión les mostrase, y si lo hubiesen desbaratado también harían lo que conviniese. Partióse luego Reinoso con hasta trece hombres de a caballo y treinta y cinco peones, y caminando a todo andar llegó al alojamiento donde los Capitanes estaban, que habían desarmado a Diego de Losada, y hallólos puestos en arma porque, según parece, tenían puestos centinelas en el camino, que les diesen aviso de como en su seguimiento venía Reinoso y el resto de la gente, los cuales aunque sintieron que eran sentidos de sus contrarios y que estaban puestos en arma, arremetieron temerariamente por ser sus contrarios casi doscientos hombres y ellos hasta cincuenta; al arremeter la gente de los Capitanes amotinados, derrocaron un soldado llamado Labrador, que en las armas y el caballo les pareció ser el Capitán Reinoso, porque a esta hora aún no era bien de día, y así comenzaron a cantar victoria; los de Reinoso, que en las voces con que su Capitán los animaba conocieron no haberlo perdido, resistían con tan buenos ánimos y fuerzas el ímpetu de sus contrarios que, después de haber herido en ellos y peleado buen rato, los constriñeron a huír, porque la gente que entre ellos estaba del Capitán Losada, les ponía doblado miedo y les hacía que considerasen no tener las espaldas seguras. Ahuyentados y desbaratados la gente de este motín, luego allí fueron presos los tres Capitanes o cabezas que eran Guerrero y Copete y Montalvo, a los dos, Copete y Guerrero, luego incontinenti les cortaron las cabezas, y al Montalvo no, por intercesión de Diego de Losada, y aun según la benevolencia del Capitán Reinoso; si los dos tan de repente no fueran muertos también fueran perdona-

dos como lo fueron todos los demás soldados y Capitanes, que no se hizo más castigo ni daño en ellos del que en el conflicto de la batalla recibieron, en el cual murieron más de treinta españoles. Favoreció en este suceso mucho la fortuna a Pedro de Reinoso, porque parece cosa imposible que sólo cincuenta hombres, y eso mal aderezados, fuesen parte para desbaratar tan de repente y en tan breve espacio a doscientos hombres que también eran españoles como ellos y estaban puestos en arma y advertidos de la llegada de sus contrarios; podían estos amotinados, Capitanes y soldados, si les preguntaban cómo habían sido rotos y desbaratados de tan poca gente, responder lo que Parturo [?] Sha de Persia, respondió, siendo reprehendido de los suyos; pero estando en su propio reino, convidaba con la paz a Trajano, que le venía a hacer guerra, diciendo a los que le notaban de cobarde y pusilánime: "si fuese la guerra de ejército a ejército, no temerían los partos a los romanos, mas peleamos con el Emperador Trajano, al cual dieron los dioses tan gran fortuna, que sobrepuja toda nuestra potencia"; y ciertamente dijo Parturo lo que por experiencia, en nuestros tiempos, hemos visto que hacíamos (*) en la guerra la buena fortuna y ventura del Capitán que la mucha copia de gentes; pues sin éstas se ha visto en las Indias otras muchas veces Capitanes amotinados y no amotinados, desbaratar y arruinar, con pocos compañeros, grandes compañías de gente de sus propias naciones y por ventura mejor aderezados y pertrechados de armas que ellos; mas como en estos casos la fortuna es tan mudable, pocas veces dura en compañía de los que una vez favorece, si no es para ponerlos en cumbre donde derribándolos pueda dejarlos tan frustrados y deshechos de sus riquezas y potencias, que antes quieran el humilde obedecer que el soberbio mandar; como lo hizo Diocleciano Emperador, que con poseer aquella suprema

(*) Hacía más.

dignidad, entendiendo el engaño que en ella había y el fin que muchos de sus predecesores habían habido por mano de la fortuna, renunció y dejó el Imperio en manos de César, que había nombrado, y tomó vida privada y sosegada de la cual jamás se quiso desembarazar, aunque muchas veces fué rogado que volviese al Imperio. He dicho esto porque, aunque en este reencuentro tuvo Reinoso tanta ventura, como se ha visto, no quiso pasar, con sus favores, la fortuna adelante; mas dejándolo con la miel en la boca, vino a derribarlo como luego se dirá.

CAPITULO VI

En el cual se escribe lo demás que le sucedió a Reinoso con los soldados hasta volverse al Tocuyo, tierra de Venezuela *(sic)*.

Pacífica y sosegada ya la gente con el poco castigo y perdón general, no quedaron tan asentados como era razón, lo cual fué causa de nuevos bullicios, porque como todavía pretendiese Pedro de Reinoso pasar adelante con su jornada e ir a ver la tierra y serranía que por delante tenía, algunos hermanos, deudos y amigos de los muertos le ponían sospecha por la tristeza de sus rostros, de que movieran nuevos bullicios para venganza de sus Capitanes muertos, por lo cual estuvo algún tiempo perplejo Reinoso en lo que debía hacer, porque le parecía que quitar la vida a quien ya había perdonado, y hacer de nuevo el castigo que convenía para su seguridad, que era negocio que a su honor no convenía y que sería contada por gran severidad; por otra parte se temía que si con la demás gente llevaba estos hombres que sería ir sujeto a nuevas rebeliones, y así aun a que le quitasen la vida a él y sus amigos y redundaren otros daños mayores que los pasados; por lo cual determinó de tomar un medio entre estos extremos, y fué juntar todas aquellas personas de quien él tenía sospecha y se temía, y diciéndoles claramente la sospecha que de llevarlos en su compañía tenía y cómo por ruego de los de su campo no había usado con ellos de ningún rigor, les persua-

dió a que, tomando sus haciendas y lo que más hubiesen menester para el camino, se volviesen a la mar, porque él quería quedar con quietud y sosiego y sin ninguna sospecha de sus soldados; a quien les fué dicho esto, se holgaron de que se les diese y ofreciese licencia para volverse sin pedirla ellos, porque ciertamente tenían por gran suceso verse gobernar y regir por mano de quien tanto aborrecían y así luego se pusieron en camino, con lo cual Reinoso, pareciéndole que de todo punto había limpiado su gente, comenzó a apercibir sus soldados para caminar, y estando ya de camino, una noche o dos antes que se partiesen, un soldado llamado Ontiveros, convocó y juntó ciertos amigos para irse en seguimiento de los que habían vuelto a la mar y juntando consigo hasta treinta hombres se apartó de Reinoso, y se fué tras los otros que iban como desterrados, caminando la vía de la mar. Amanecido que fue, echó menos Reinoso a Ontiveros y a los demás que le habían seguido, y temióse no fuese trato y concierto de los unos o de los otros para juntarse y venir a dar sobre él; y así se puso luego en en arma, viniendo con el cuidado que se requería, hasta que por extenso supo la derrota que habían llevado; viendo la demás gente los sucesos y controversias que en tan poco tiempo les había sucedido, resfriáronse los demás y perdieron las voluntades que de querer pasar adelante tenían, y así comenzaron a persuadir a su Capitán Pedro de Reinoso, a que dejase de seguir su jornada y diese la vuelta atrás; pesóle de esta determinación de la gente a Reinoso, y quisiera no venir en ella sino seguir su opinión con pasar adelante, mas mirando los inconvenientes que de ello se seguirían, parecióle que era mejor hacer de grado lo que por ventura le habían de hacer efectuar de fuerza y aun podría ser con daño de su persona; y así por contentar a todos los que a ello le forzaban, dió la vuelta más de ciento y cincuenta leguas, con tanto trabajo, hambres y necesidades y muertes de españoles, cuanto yo no sé decir; y si trabajosa fué la entrada no fué más descansa-

da la vuelta; solamente tuvo de ventaja desandar en más breve tiempo, lo que en mucho habían andado. Vueltos y llegados a la cordillera o sierras, entraba ya el invierno y érales necesario parar sin caminar, para lo cual concertaron que porque aquella tierra era de pocas vituallas, ya si toda la gente invernaba junta, podría en breve acabárseles la comida y peligrar todos, que se dividiese la gente en dos partes y que Pedro de Reinoso, General con la una, tomase la derrota que mejor le pareciese y buscase sitio y provincia asignada para aquel efecto, y que Diego de Losada, Maese de Campo, con la otra parte de la gente hiciese lo mismo; apartándose con este concierto los dos capitanes, Pedro de Reinoso caminó lo que pudo, y sin poder hallar lugar cómodo donde invernar vino a dar a la provincia de Barquisimeto, donde halló a un Capitán llamado Montalvo de Lugo con cierta gente, que iba en seguimiento de Federman y de otros capitanes que habían salido la vuelta de los llanos arrimados a la cordillera. Este Montalvo de Lugo fué el que con su gente, salido de esta provincia, fue a parar al Nuevo Reino de Granada donde poco antes había llegado Nicolás Federman con su gente y la de Sedeño. Llegado Reinoso a donde Montalvo de Lugo estaba y sabido por él la manera de su venida y el suceso de la jornada de Sedeño, prendió al Capitán Reinoso y envióle preso a Coro, que era ciudad que en aquel tiempo estaba poblada, sin compañera, para que de allí lo enviasen preso a Santo Domingo, a que diese cuenta de su jornada al Audiencia Real, lo cual se efectuó así; y pasado Reinoso a Santo Domingo, como era de buen linaje no le faltó abrigo, porque allí le casaron honradamente, donde vivió mucho tiempo después y murió, y la más de su gente se fué con Montalvo de Lugo, y todos juntos como he dicho, salieron al Nuevo Reino de Granada, de los cuales y de su suceso se dice en la historia del Nuevo Reino. El Capitán Losada invernó en un pueblo o provincia de indios bien provistos de comida, llamado Curbaquiva; y pasado el invierno se vol-

vió a Maracapana por donde había entrado la tierra adentro, y allí se deshizo y desbarató su gente y él se pasó a Coro, donde en aquella Gobernación, sirviendo al Rey y haciendo algunas jornadas y entradas señaladas, como en algunas partes de esta historia se verá, vivió mucho tiempo, trabajosamente, hasta que murió en la provincia de los indios llamados caracas.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

INDICE

Páginas

LIBRO PRIMERO

Capítulo I. En el cual se escribe el principio que tuvo la Gobernación de Venezuela y cuales los primeros españoles que la principiaron..... 39

Capítulo II.—En el cual se escribe el principio que tuvo la ciudad de Coro y cómo la Gobernación fué dada a los Bezares por el Emperador..... 43

Capítulo III.—Cómo los Bezares enviaron Gobernador y gente a la Gobernación de Venezuela y de donde tomó este nombre de Venezuela y la laguna de Maracaibo..... 46

Capítulo IV.—Cómo Micer Ambrosio entró con gente en la Laguna de Maracaibo y se alojó en la otra banda de la laguna, donde después llamaron al pueblo de Maracaibo..... 49

Capítulo V.—En el cual se escribe cómo los españoles y Micer Ambrosio, su Capitán, anduvieron un año descubriendo la Laguna de Maracaibo; trátase de la forma de las canoas y sus remos..... 53

Capítulo VI.—Cómo Micer Ambrosio se partió con su gente de la Laguna por tierra y llegó a la Laguna de Tamalameque, donde prendió al Cacique y Principal de aquella tierra..... 57

Capítulo VII.—Cómo estando los españoles divididos se juntaron mucha cantidad de indios y vinieron a sacar del poder de los españoles a su Cacique, y cómo Micer Ambrosio envió a Gascuña a Coro por más gente..... 61

Páginas

Capítulo VIII.—En el cual se escribe cómo metiéndose Gascuña por los despoblados y arcabucos de la culata de la laguna, pereció de hambre él y todos los demás que con él iban..... 64

Capítulo IX.—En el cual se escribe el suceso de los cuatro españoles que se apartaron de Gascuña... 67

Capítulo X.—Cómo prosiguiendo Micer Ambrosio su jornada pasó por el Río del Oro y provincia de Guane, y fué a salir a los páramos y tierra donde ahora está poblada la ciudad de Pamplona..... 70

Capítulo XI.—En el cual se escribe cómo prosiguiendo Micer Ambrosio su descubrimiento hacia la laguna fué muerto de ciertas heridas que en una guazavera le dieron los indios..... 74

Capítulo XII.—Cómo muerto Micer Ambrosio fué electo por Capitán Juan de San Martín, y prosiguiendo su jornada fué a dar donde estaba Francisco Martín preso o cautivo de los indios, y tomándolo consigo salieron a la ciudad de Coro..... 77

Capítulo XIII.—En el cual se escribe cómo el Capitán Venegas que había quedado en el pueblo de Maracaibo, sabido la pérdida del oro de Gascuña, lo fué a buscar llevando consigo a Francisco Martín donde se hubiera de perder: y sin hallarlo se volvió a salir 84

LIBRO SEGUNDO

Capítulo I.—Cómo por muerte de Micer Ambrosio proveyeron los Bezares por Gobernador de Venezuela a Jorge Espira y por su teniente a Nicolás Fredemán; y de su pasada a Indias. 90

Capítulo II.—En el cual se escribe como llegado a Coro Jorge Espira, luego echó la gente la vía de los Llanos, y él se fué tras de ella para descubrir aquella vía, y cómo el teniente Fredemán se quedó en Coro para ir a Santo Domingo a hacer más gente. 94

Capítulo III.—En el cual se escribe cómo después de junto Jorge Espira con su gente pasó adelante hasta llegar a la población de Acarigua, donde tuvieron el invierno..... 98

Capítulo IV.—En el cual se escribe cómo Fredemán envió gente la vuelta del cabo de La Vela y

PÁGINAS

éste fue a Santo Domingo a rehacerse de más soldados y caballos, y la prisión que esta gente de Fredemán hicieron de ciertos soldados de Santa Marta y del Capitán Ribera que con ellos iba..... 101

Capítulo V.—Cómo pasando el invierno el Gobernador Jorge Espira marchó hasta llegar a las riberas del río Opia, donde tornó a invernar, y cómo en el camino prendió a Francisco Velasco con su teniente y lo envió a Coro por ciertas palabras que dijo..... 105

Capítulo VI.—Cómo el teniente Chaves llegó al cabo de La Vela, y halló allí al teniente Fredemán que había venido de Santo Domingo, y cómo el Capitán Ribera y los demás soldados de Santa Marta fueron sueltos..... 109

Capítulo VII.—En el cual se escriben algunas cosas de las que al Gobernador Jorge Espira y a sus soldados les sucedió en el invernadero del río Opia y cómo pasó de allí adelante..... 113

Capítulo VIII.—Cómo pasando adelante Jorge Espira con su gente, dieron en una población que por su fortaleza llamaron Salsillas y de cierta noticia que tuvieron de un gran río que presumieron ser el Marañón..... 118

Capítulo IX.—En el cual se escribe cierta noticia que una india dió a Jorge Espira de que había españoles perdidos cerca de donde estaba él alojado y cómo de aquí nació la opinión de la gente perdida de Ordaz y lo del Dorado..... 122

Capítulo X.—Cómo Fredemán partió del Cabo de La Vela y se metió la tierra adentro, donde tornó a encontrar con el Capitán Ribera y lo prendió a él y a sus soldados y dió la vuelta a la Laguna de Maracaibo por diferente camino..... 126

Capítulo XI.—En el cual se escribe una guazavera que los indios dieron a los españoles y el suceso de ella y cómo pasando adelante y pasando por muchas poblaciones y ríos caudalosos, llegaron al río del Papamene..... 131

Capítulo XII.—Cómo teniendo Jorge Espira paz con los indios del Papamene pasó el río, y atravesando la tierra de este nombre, fué a dar, con guías que de allí tomó, a los Choques, de donde envió un Caudillo con gente a descubrir lo que delante había. 137

PÁGINAS

Capítulo XIII.—En el cual se escribe la pelea que los españoles hubieron con los indios del pueblo que habían topado, y cómo retirándose hacia el alojamiento, fueron también acometidos y maltratados de otros indios que en el camino había..... 142

Capítulo XIV.—En el cual se escribe cómo venida la noche los españoles se retiraron llevando a cuestas sus enfermos, algunos de los cuales dejaron en el camino y llegaron al alojamiento donde Jorge Espira había quedado..... 148

Capítulo XV.—En el cual se escribe cómo después de haber Fredemán pasado la laguna se fué a Coro y envió toda la gente por la tierra alta, la vía de las provincias del Tocuyo con el Capitán Diego Martínez y lo que en el camino les sucedió hasta llegar a Carora..... 151

Capítulo XVI Cómo el Capitán Martínez llegó a las provincias del Tocuyo, donde a poco llegó el General Fredemán y pasó adelante con su gente. Cuéntase todo el decurso de la jornada hasta que llegaron al pueblo que llamaron de la Poca Vergüenza..... 156

Capítulo XVII.—En el cual se escribe cómo Jorge Espira se volvió de los Choques y dió la vuelta a Coro y el teniente Fredemán pasó adelante prosiguiendo su jornada, y se apartó del camino por no encontrarse con Jorge Espira..... 161

Capítulo XVIII.—Cómo el Gobernador Jorge Espira después de haber enviado gente en seguimiento de Fredemán llegó a Coro donde halló el gobierno de la tierra en el doctor Navarro, proveído por la Audiencia de Santo Domingo..... 166

Capítulo XIX.—Cómo atravesando ciertas ciénegas el teniente Fredemán con su gente se tornó a arrimar a la sierra y prosiguiendo su jornada llegó al pueblo de Nuestra Señora..... 170

Capítulo XX —Cómo atravesando Nicolás Fredemán desde el pueblo de Nuestra Señora, la Cordillera y Sierra, entró en el Nuevo Reino de Granada. 175

Capítulo XXI.—En el cual se escribe lo que después sucedió a Jorge Espira en Coro, hasta que murió; y el resto del gobierno del doctor Navarro..... 181

PÁGINAS

LIBRO TERCERO

Capítulo I.—Cómo la Audiencia de Santo Domingo proveyó, por Gobernador de Venezuela, al Obispo Bastidas y a Felipe de Utre, el cual juntó gente y salió en demanda de El Dorado..... 188

Capítulo II.—Cómo pasado el invierno Felipe de Utre siguió a Hernán Pérez hasta que por ciertos respectos se apartó de su vía; y por diferente camino, después de haber invernado en el camino, se volvió al pueblo de Nuestra Señora..... 192

Capítulo III.—En el cual se escriben los movimientos que en Coro sucedieron y hubo acerca del gobierno de la tierra en el interín que Felipe de Utre andaba en la jornada de suso referida..... 196

Capítulo IV.—Cómo dejando Felipe de Utre los enfermos en el pueblo de Nuestra Señora, se partió con cuarenta soldados en demanda de El Dorado; cuéntase lo que en el campo le sucedió hasta llegar a cierta población que estaba cerca de la tierra de los Omeguas..... 200

Capítulo V.—En el cual se escribe cómo siendo guiado Felipe de Utre de cierto Principal del pueblo arriba dicho, llegó al principio de la tierra del Dorado donde fué herido él y otro Capitán y de allí dió la vuelta al pueblo de Nuestra Señora..... 206

Capítulo VI.—En el cual se escribe como Felipe de Utre salió del pueblo de Nuestra Señora en seguimiento de Pedro de Limpias, que con cierta cautela se había apartado, y se encontró con Francisco de Carvajal en las provincias del Tocuyo..... 212

Capítulo VII.—En que se escribe cierta sedición y alboroto que entre Carvajal y Felipe de Utre hubo después de haberse juntado..... 216

Capítulo VIII.—Cómo Carvajal cortó las cabezas a Felipe de Utre y a Bartolomé Bezar y a otros. 220

Capítulo IX.—Cómo por Consejo Real de Indias fué proveído por Gobernador de Venezuela el Licenciado Juan Pérez de Tolosa, el cual viniendo a Venezuela cortó la cabeza a Carvajal y cómo la Gobernación fué quitada a los Bezares..... 224

Capítulo X.—De los principios que tuvo la ciudad del Tocuyo en la Gobernación de Venezuela y de

PÁGINAS

cómo el Gobernador Tolosa envió a Alonso Pérez de Tolosa, su hermano, con gente a descubrir las Sierras Nevadas donde hoy está poblada Mérida del Nuevo Reino..... 229

Capítulo XI.—En el cual se escribe el fundamento y principio de la ciudad de Borburata de la Gobernación de Venezuela..... 232

Capítulo XII.—Cómo el Capitán Alonso Pérez de Tolosa, subiendo por el río Apure arriba, fue a dar al valle de Santiago donde ahora está poblada la villa de San Cristóbal del Nuevo Reino y de allí a los llanos de Cúcuta..... 235

Capítulo XIII.—Cómo llegado el Capitán Alonso Pérez de Tolosa a la Laguna y no pudiendo pasar adelante se volvió al Tocuyo con mucho trabajo y cómo el Gobernador Tolosa murió..... 239

Capítulo XIV.—En el cual se escribe el descuido que en Venezuela se ha tenido y tiene en no enseñar la doctrina a los indios; y algunas cosas y propiedades de los llanos y falda de la Cordillera..... 243

Capítulo XV.—En que se escribe la fundación y principio de la Nueva Segovia, por otro nombre llamada Barquisimeto en Venezuela..... 250

Capítulo XVI.—En el cual se escribe cierto alzamiento que los negros que andaban en las minas de Barquisimeto hicieron; y cómo fueron desbaratados..... 253

Capítulo XVII.—De cómo fué proveído por Gobernador de Venezuela el Licenciado Villasanda y de su gobierno y muerte y de la fundación y suceso de una villa poblada en el valle de San Pedro..... 258

Capítulo XVIII.—En el cual se escribe el principio y fundación de la ciudad de Trujillo de esta Gobernación y algunas cosas de los indios naturales de ella..... 262

Capítulo XIX.—En el cual se escribe los mudamientos y traslaciones que en esta ciudad de Trujillo ha tenido hasta este tiempo; y mudanzas del gobierno de la Gobernación..... 266

Capítulo XX.—En el cual se escribe en suma lo sucedido en esta Gobernación de Venezuela a Lope de Aguirre, con su fin y muerte..... 272

PÁGINAS

Capítulo XXI.—En el cual se escriben las muertes de los Capitanes Luis de Narváez y García de Paredes; y la disposición de Caracas..... 276

Capítulo XXII.—En el cual se escribe el segundo gobierno que en esta Gobernación tuvo el Licenciado Fernández y cómo en su lugar sucedió Don Pedro Ponce de León, en cuyo tiempo fueron reedificados y poblados los pueblos de Caracas..... 280

LIBRO CUARTO

Capítulo I.—Que trata de quién descubrió la Isla de La Trinidad y cómo se la proveyeron a Antonio Sedeño por Gobernación, y cómo hizo gente en Puerto Rico y se fué a ella con dos navíos y con sesenta hombres..... 285

Capítulo II.—De cómo Sedeño saltando en tierra de La Trinidad hizo un palenque o fuerte de maderos y las causas que a ello le movieron y cómo los indios se confederaron con Sedeño..... 289

Capítulo III.—Cómo los indios de La Trinidad se alzaron y rebelaron y vinieron diversas veces a dar en el real de los españoles..... 291

Capítulo IV.—De una guazavera que dieron los indios a Antonio Sedeño, donde acaeció un notable hecho de una mujer española..... 293

Capítulo V.—Cómo Antonio Sedeño viendo su perdición determinó salirse de La Trinidad y pasarse a la Punta o ancón de Uriaparia y así lo puso por obra..... 296

Capítulo VI.—Cómo Sedeño hizo un fuerte en tierra de Paria y dejando en él algunos soldados se fué a Puerto Rico y cómo los indios de Uriaparia se rebelaron contra los españoles..... 298

Capítulo VII.—Cómo el Emperador Don Carlos dió a Don Diego de Ordaz una Gobernación en el río Marañón y su partida de España hasta llegar al paraje o boca del río Marañón..... 300

Capítulo VIII.—Cómo la nave pequeña y la carabela de Ordaz se perdieron a la boca del Marañón y lo que acerca de estos españoles perdidos se ha tratado después acá en el Nuevo Reino..... 303

Capítulo IX.—Cómo escapando Ordaz con su na-

PÁGINAS

ve Capitana de la fortuna del Marañón entró en el Golfo de Paria y se apoderó del fuerte de Antonio Sedeño por mandado de Jerónimo Hortal..... 305

Capítulo X.—Cómo Ordaz se informó así de los españoles de Sedeño como de los indios de aquella tierra, si había por allí cerca alguna provincia rica y lo que le respondieron y lo que él hizo..... 308

Capítulo XI.—De cómo los Silvas, hombres naturales de la Isla de Tenerife, siguieron al Comendador Ordaz y el fin que hubieron por sus malas obras..... 311

Capítulo XII.—Como Ordaz partió de la Fortaleza de Paria y entró por el río de Uriaparia arriba; y la gran mortandad que sobre su gente vino..... 315

Capítulo XIII.—Cómo el Comendador Ordaz llegó con sus naves al pueblo de Paria y echó su gente en tierra y los indios le dieron de noche una guazavera..... 318

Capítulo XIV.—Cómo dejando el Comendador Ordaz los enfermos en Paria con Gil González de Avila, se partió con la demás gente y fué al pueblo o provincia de Curao y de la noticia que tuvo de Guayana..... 321

Capítulo XV.—Cómo el Comendador Ordaz salió con gente de la provincia de Curao y fué navegando el río arriba adonde el propio río es llamado Orinoco..... 324

Capítulo XVI.—Cómo el Comendador Ordaz saltó en tierra de Orinoco y tuvo guerra con los indios, los cuales le dieron noticia de la riqueza de aquella tierra, por lo cual determinó dar la vuelta a la mar..... 326

Capítulo XVII.—De cómo Ordaz con la gente que le quedó dió la vuelta al río abajo y llegó al pueblo y fortaleza de Paria, donde halló los españoles que había dejado..... 331

Capítulo XVIII.—Cómo dejando Ordaz a Agustín Delgado con gente en la fortaleza de Paria se pasó con sus soldados a Cumaná o Cubagua, donde fué preso por Pedro Ortiz de Matienzo..... 334

Capítulo XIX.—Cómo Ordaz y Pedro Ortiz de Matienzo fueron a Santo Domingo y de allí a

PÁGINAS

España y en el camino fué muerto Ordaz con ponzoña 337

Capítulo XX.—Cómo teniendo Sedeño noticia de la muerte de Ordaz se pasó a Cubagua y de allí a Paria y llevando consigo algunos soldados que en la fortaleza había, se fué a la Isla de La Trinidad: y de la llegada de Alonso de Herrera a la misma Isla de Cubagua y después a Paria 341

Capítulo XXI.—Como Sedeño prendió a Alonso de Herrera y a los demás que con él estaban en Paria y los llevó a la Isla de La Trinidad y cómo la Audiencia de Santo Domingo tuvo noticia de ello y dió provisiones para que le soltasen 344

Capítulo XXII.—De cómo Alonso de Aguilar fue a la Isla de La Trinidad y Sedeño no quiso obedecer las provisiones, antes lo quiso prender sobre ello 347

Capítulo XXIII.—Cómo Alonso de Herrera se soltó y libró de la prisión en que Sedeño lo tenía y se fue en el bergantín a Paria, adonde a la sazón estaba Agustín Delgado y lo prendieron con los que hallaron en su compañía 350

Capítulo XXIV.—Cómo los soldados que estaban en la Isla de La Trinidad con Sedeño se amotinaron y lo prendieron y se fueron con él a Paria, donde Alonso de Herrera lo echó en prisión; y cómo después los propios soldados, amotinándose contra Herrera soltaron a Sedeño y se fueron con él a Cubagua 354

Capítulo XXV.—En el cual se escribe la venida de ciertos indios caribes de la Isla de La Dominica a la Isla de San Juan de Puerto Rico; y la prisión que en ella hicieron de Cristóbal de Guzmán y de muchos negros esclavos e indios de su Provincia 358

Capítulo XXVI.—Cómo los vecinos de Puerto Rico hicieron y juntaron gente y nombraron por Capitán de ella a Juan de Yucar y pasaron a La Dominica, donde comenzaron a hacer en los indios castigo de la muerte de Guzmán 362

Capítulo XXVII.—En que se escribe todo el demás suceso que Juan de Yucar tuvo en La Dominica con los indios; y lo que Luis Martín Gobal hizo

PÁGINAS

en una carabela en que había salido de Puerto Rico..... 366

Capítulo XXVIII.—Cómo los indios de La Trinidad, por inducimiento de Sedeño pasaron a Paria y mataron los españoles que allí habían quedado por Heredia y lo que sobre ello pasó..... 373

LIBRO QUINTO

Capítulo I.—Cómo Jerónimo Hortal pidió la Gobernación de Paria en España y se le dió e hizo y juntó gente y se vino con ella derecho a la Fortaleza de Paria, donde estaba Alonso de Herrera..... 378

Capítulo II.—Cómo Jerónimo Hortal se pasó a Cubagua a juntar la gente que con el Capitán Alderete había llegado a aquella Isla; y Alonso de Herrera con la gente subió el río arriba y se alojó a invernar y a hacer una barca en la Provincia de Curao 382

Capítulo III.—En el cual se escribe cómo algunos principales vinieron de paz al alojamiento de Herrera; y cómo por traición intentaron pegar fuego a los bohíos donde los españoles estaban alojados; y cómo fué descubierto y remediado..... 385

Capítulo IV.—Cómo el indio Arvaco juntó gente y se puso en emboscada para con élla librar a sus compañeros y lo que le sucedió y se hizo de los demás indios presos..... 388

Capítulo V.—Cómo Alonso de Herrera y los españoles que con él estaban salieron de la Provincia de Carao y comenzaron su navegación y jornada el río arriba y lo que le sucedió con ciertos caribes que en el camino toparon..... 391

Capítulo VI.—Cómo prosiguiendo su viaje el río arriba los españoles y pasando por el pueblo de Cabrito llegaron al pueblo de donde eran los indios que hallaron atados en los árboles; y lo que allí le sucedió hasta pasar adelante..... 395

Capítulo VII.—En el cual se escribe cómo prosiguiendo su viaje Herrera y los demás españoles el río arriba con grandes hambres y trabajos, entraron por el río de Meta, padeciendo dobladas miserias.... 400

Capítulo VIII.—En el cual se escribe cómo des-

PAGINAS

pués de haber invernado los españoles en las riberas de Meta, fué muerto Alonso de Herrera su Capitán en una guazavera que los indios le dieron 404

Capítulo IX.—Cómo tomando Alvaro de Ordaz a su cargo el Gobierno de la gente, después de haber hecho un parlamento a los soldados sobre lo que debían hacer, dieron la vuelta el río abajo hasta llegar a Perataure 407

Capítulo X.—En el que se escribe como Alvaro de Ordaz y los demás españoles, después de haber pasado gran tormenta en la mar, aportaron a la Isla de Cubagua; y Jerónimo Hortal que estaba en La Trinidad a esta sazón se pasó a Tierra Firme, al puerto de Naver, sabiendo la pérdida de su gente. 411

LIBRO SEXTO

Capítulo I.—En el cual se escribe cómo Jerónimo Hortal envió a Agustín Delgado con gente a hacer esclavos al pueblo del Cacique Guaramental, el cual se convidó y recibió amigablemente a los españoles..... 418

Capítulo II.—En el cual se escribe cómo Agustín Delgado pasó con los españoles y con muchos indios amigos de Guaramental a la población de Arcupón, la cual robó y saqueó y arruinó..... 421

Capítulo III.—En el cual se escribe cómo Antonio Sedeño tuvo en Puerto Rico noticia de Meta; y juntó gente y la envió con el Capitán Bautista a Maracapana; y cómo los soldados de Jerónimo Hortal se dieron a robar y hacer esclavos con más libertad que de antes 424

Capítulo IV.—En el cual se escribe cómo el Capitán Bautista se entró a invernar la tierra adentro, donde desarmó e hizo cierto agravio a varios soldados de Jerónimo Hortal; después en venganza de esto desarmó la gente que con el Capitán Vega llegó a Maracapana..... 427

Capítulo V.—En el cual se escribe cómo Jerónimo Hortal con la gente que tenía y alguna que le llegó de la del Capitán Vega, fué a dar sobre el Capitán Bautista y lo prendió y desbarató y se vengó de la injuria que le había hecho..... 430

PÁGINAS

Capítulo VI.—Cómo Jerónimo Hortal despidiendo al Capitán Bautista y a los que eran de su opinión, se metió con los que lo quisieron seguir la tierra adentro en demanda de Meta; y cómo fué muerto Agustín Delgado de un flechazo..... 435

Capítulo VII.—Cómo los españoles que con Jerónimo Hortal iban se amotinaron por inducimiento de Escalante; y lo descompusieron del cargo de Gobernador y lo enviaron a la costa; y nombraron ciertos Diputados que los gobernasen..... 438

Capítulo VIII.—Cómo los españoles de Jerónimo Hortal, siendo gobernados por sólo dos Diputados en quienes habían resumido el Gobierno, fueron a salir al Tocuyo, tierra de Venezuela..... 442

Capítulo IX.—En el cual se escribe cómo los de Venezuela quitaron la gente a Nieto y Alderete; y los enviaron presos a Coro..... 446

Capítulo X.—Cómo Jerónimo Hortal, pasando por mucha gente de guerra, llegó a la costa donde fué seguido de la gente de Sedeño y escapándose de sus manos se embarcó en una canoa o piragua y se fué a Cubagua y de allí a Santo Domingo donde murió..... 449

LIBRO SÉPTIMO

Capítulo I.—Cómo Antonio Sedeño pasó a Maracapana y con la gente que allí halló se metió en la tierra adentro; y como el Licenciado Frías, Juez proveído contra él en Santo Domingo, fué en su seguimiento con gente y Sedeño los prendió y desbarató..... 454

Capítulo II.—En el cual se escriben algunas costumbres y ceremonias de los indios naturales de Cumaná y Cubagua y de otras provincias a éstas sufragáneas..... 457

Capítulo III.—Cómo Antonio Sedeño prosiguiendo su jornada marchó la tierra adentro y murió; y en su lugar fueron nombrados los soldados Reinoso y Losada para el gobierno de la gente..... 461

Capítulo IV.—En el cual se escribe cómo la Audiencia de Santo Domingo, teniendo noticia de lo que Sedeño hizo con el Licenciado Frías, proveyó al

PÁGINAS

Licenciado Castañeda que lo siguiese y prendiese; y lo que este Licenciado Castañeda hizo en la jornada. Cuéntanse algunas costumbres de ciertos indios por do el Capitán Reinoso pasó 464

Capítulo V.—En el cual se escribe cómo yendo Reinoso en seguimiento de su jornada, se le amotinó la mayor parte de la gente de suerte que vino a pelear con ella y los venció 469

Capítulo VI.—En el cual se escribe lo demás que le sucedió a Reinoso con los soldados hasta volverse a El Tocuyo, tierra de Venezuela 473